

A close-up portrait of a woman with dark, wavy hair, wearing a black lace headpiece with a white lace bow and a black feather. She has light blue eyes, dark red lipstick, and is wearing a black lace high-collared garment and matching earrings. The background is a soft, out-of-focus grey.

León Tolstói

*Ana Karenina*

Lectulandia

*Ana Karenina* es la historia de una pasión. La protagonista es un personaje inquietante y fascinador por la intensidad de su vida.

Tolstoi, buen psicólogo y conocedor del mundo que le rodea, abre la intimidad de Ana y traza con pulso firme la trama de esta novela, una obra imperecedera por su hondura, su fuerza y su veracidad.

En la novela, Tolstoi utiliza los mismos métodos creativos realistas que en sus primeras obras, pero presenta una unidad artística mucho más sólida, y la exuberancia deja paso al pesimismo. El autor se reafirma en sus creencias y en su idea crítica respecto a la vida urbana, ahogada por la superficialidad.

# Lectulandia

León Tolstói

## Ana Karenina

ePUB v2.0

Horus01 14.03.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Анна Карéнина*, Anna Karénina

Fecha de publicación original: 1877

Traducción de J. Santos Hervás

Revisión de Olga Penzova

Imagen de portada: [JosefinaCS](#)

# Primera Parte

Mía es la venganza: yo daré el pago merecido.  
(Nuevo Testamento, Rom. 12,19)

## I

**T**ODAS las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera.

Todo estaba trastornado en la casa de los Oblonski. Habiendo sabido la princesa que su esposo tenía relaciones amorosas con una institutriz francesa recientemente despedida, declaró que no quería ya vivir bajo el mismo techo.

Esta situación se prolongaba, produciendo disgusto desde hacía tres días no solo a los cónyuges y a todos los individuos de la familia, sino también a los criados. Todos comprendían que ya no tenía sentido la convivencia, que eran más cordiales las relaciones entre personas reunidas por la casualidad en una posada, que no entre las que habitaban en aquel momento la casa de los Oblonski. La señora no salía de sus habitaciones; el marido llevaba fuera ya dos días; los niños corrían abandonados de una habitación a otra; el aya inglesa acababa de escribir a una amiga suya encargando que le buscara casa a consecuencia de una disputa con la administradora; el cocinero había abandonado la casa la víspera, precisamente a la hora de comer; y la cocinera y el cochero pedían su cuenta.

Tres días después de la cuestión promovida con su esposa, el príncipe Stepán Arkádich Oblonski, Stiva, según se le llamaba en sociedad, despertó a su hora de costumbre, es decir, a las ocho de la mañana, no en su alcoba, sino en su despacho, en un diván de tafilete; se volvió del otro lado para continuar su sueño, rodeó la almohada con ambos brazos, apoyando en ella la mejilla, e incorporándose después de improvisa, se sentó y abrió los ojos.

«Sí, sí, ¿cómo sucedía aquello? —pensó, tratando de recordar lo que soñaba—. ¿Cómo era? Sí, Alabin daba una comida en Darmstadt; no, no, en Darmstadt, no... Había algo americano; sí... Darmstadt estaba en América; Alabin obsequiaba con un banquete en mesas de cristal, y estas cantaban *Il mio tesoro*; aún había algo mejor..., unas botellitas que eran mujeres.»

Los ojos de Stepán Arkádich brillaron de alegría, y se dijo sonriendo: «Sí, era

agradable, muy agradable; pero esto no se cuenta con palabras ni se explica tampoco cuando se está despierto». Y observando un rayo de luz que penetraba en la habitación a través de la cortina, puso los pies en tierra y buscó como de costumbre sus zapatillas de marroquí bordado de oro, regalo de su esposa el día de su santo; y siempre bajo el imperio de una costumbre de nueve años, alargó el brazo sin levantarse para tomar su bata del sitio en que solía estar colgada. Solo entonces recordó cómo y por qué no estaba en su alcoba; la sonrisa desapareció de sus labios y frunció el entrecejo. «¡Ah, ah!», murmuró, recordando lo que había pasado; y mentalmente se representó todos los detalles de la escena ocurrida con su esposa y esa situación sin salida, y lo más terrible, la propia culpa de él.

«No, ella no me perdonará ni puede perdonarme; y lo más terrible es que, a pesar de ser yo causa de todo, no soy, sin embargo, culpable. He aquí el drama... ¡Ah, ah, ah!...» Y en su desesperación recordaba todas las impresiones penosas que le produjera aquella escena.

Lo más desagradable había sido el primer momento, cuando al volver del teatro, alegre y feliz, con una enorme pera en la mano para su esposa, no encontró a esta última en el salón. Extrañado la ausencia, buscó a su mujer en el gabinete, y la halló por fin en su alcoba, con el fatal billete que le revelara todo, entre las manos.

La buena Dolli, mujer a quien preocupaban mucho los quehaceres domésticos, y poco perspicaz, en concepto de su esposo, estaba sentada, con la carta en la mano, y lo miraba con expresión desesperada, de terror e indignación a la vez.

—¿Qué es eso? —preguntó a Stepán, señalando el papel.

Como sucede a menudo, no era el hecho mismo lo que le atormentaba, sino la manera de contestar a su esposa. A semejanza de aquellas personas que se ven complicadas en un asunto feo sin sospecharlo, no había sabido comunicar a su fisonomía una expresión conforme con el caso en que se hallaba; y en vez de darse por ofendido, de negar, de justificarse, de pedir perdón o mostrar indiferencia, lo cual hubiera sido mucho mejor, su rostro tomó, sin que él pudiese remediarlo («acción refleja», pensó Stepán Arkádich, muy aficionado a la fisiología), un aire risueño, con su acostumbrada sonrisa bonachona, que necesariamente debía ser tonta.

Esta sonrisa necia era la que Stepán no se podía perdonar. Dolli se había estremecido al observarla, como sobrecogida de un dolor físico, y después, con su acostumbrado arrebató, acogió a su esposo con un diluvio de palabras amargas y fue a refugiarse en su habitación, negándose desde entonces a verlo más.

«La culpa es de esa necia sonrisa —pensaba Stepán Arkádich—. ¿Qué hacer, qué hacer?», repetía con desesperación, sin hallar una respuesta.

## II

**S**TEPÁN Arkádich, sincero consigo mismo, era incapaz de hacerse ilusiones hasta el punto de persuadirse que experimentaba remordimientos de conciencia. Bien parecido, de temperamento enamorado; a sus treinta y cuatro años, ¿cómo hubiera podido arrepentirse de no estar ya enamorado de su esposa, madre de siete niños, de los cuales vivían cinco, y que solo contaba un año menos que él? Solo se arrepentía de no haber sabido disimular la situación. Sin embargo, se daba cuenta de toda la gravedad de su estado y sentía mucha lástima por su mujer, sus hijos y él mismo. Tal vez habría ocultado mejor sus infidelidades si le hubiese sido dado prever el efecto que producirían en su esposa. Jamás había reflexionado con detención sobre este punto; se imaginaba vagamente que su mujer sospechaba y cerraba los ojos para no ver sus faltas; y hasta le parecía que por un sentimiento de justicia su esposa debía mostrarse indulgente. ¿No estaba ya marchita, envejecida y gastada? Todo el mérito de Dolli consistía en ser una buena madre de familia, muy vulgar por lo demás, y sin ninguna cualidad que la distinguiese. ¡El error había sido grande! «¡Es terrible, es terrible!», repetía Stepán Arkádich sin hallar una idea consoladora. «¡Y todo iba tan bien, y éramos tan felices! Ella estaba contenta, era feliz con sus hijos. Yo no la molestaba en absoluto, y la dejaba en libertad de hacer lo que mejor le pareciese en casa. Ciertamente, es enojoso que *ella* haya sido institutriz en nuestra familia; esto no me parece bien, porque hay algo de vulgar y de cobarde en hacer el amor a la que enseña a nuestros hijos; pero ¡qué institutriz!» Recordó vivamente los ojos negros y picarescos de la señorita Roland y su sonrisa. «Mientras estuvo con nosotros nada me permití: lo peor es que... no sé qué hacer, no lo sé.» Stepán Arkádich no hallaba contestación, o solo esa respuesta general que en la vida se da a todas las preguntas más complicadas en las cuestiones difíciles de resolver: vivir al día, es decir, olvidar; mas no siéndole posible hallar el olvido en el sueño, hallar el olvido en las botellitas —mujeres que cantaban—, por lo menos hasta la noche siguiente era preciso aturdirse en el de la vida.

«Más tarde veremos», pensó Stepán Arkádich, decidiéndose al fin a levantarse.

Se puso su bata de color gris forrada de seda azul, anudó los cordones, aspiró el aire con fuerza en su ancho pecho, y con el paso firme que le era peculiar, y que no revelaba pesadez alguna en su vigoroso cuerpo, se acercó a la ventana, levantó la celosía y llamó vivamente. Matviéi, su antiguo ayuda de cámara, casi amigo suyo, entró al punto llevando la ropa, las botas de su amo y un telegrama; y detrás apareció el barbero con sus utensilios.

—¿Han traído papeles del tribunal? —preguntó Stepán Arkádich, tomando el telegrama y sentándose delante del espejo.

—Están sobre la mesa —contestó Matviéi, dirigiendo a su amo una mirada

interrogadora y de simpatía. Y después de una pausa, añadió con maliciosa sonrisa—: Se ha recibido un recado del alquilador de coches.

Stepán Arkádich, en vez de contestar, miró a Matviéi por el espejo, y esta mirada demostró hasta qué punto se comprendían aquellos dos hombres. «¿Por qué dices eso? ¿Acaso no lo sabes todavía?», parecía preguntar Stepán Arkádich.

Matviéi, con las manos en los bolsillos de su chaquetón y las piernas algo entreabiertas, contestó con imperceptible sonrisa:

—He dicho que vuelvan el domingo próximo, y que hasta entonces no molesten al señor inútilmente.

Stepán Arkádich comprendió que Matviéi intentaba bromear y llamar la atención con sus palabras. Abrió el telegrama, lo recorrió con la vista, corrigió lo mejor que pudo el sentido figurado de las palabras y su rostro se serenó.

—Matviéi, mi hermana Anna Arkádievna llegará mañana —dijo Stepán Arkádich deteniendo un instante la mano regordeta del barbero, que con ayuda de su peinecillo se disponía a abrir el camino entre sus largas rizadas patillas.

—¡Gracias a Dios! —repuso Matviéi con un tono que demostraba que, así como su amo, comprendía la importancia de aquella noticia, en el sentido de que Anna Arkádievna, la hermana querida de su amo, podía contribuir a la reconciliación del marido y de la mujer.

—¿Viene sola o con su esposo? —preguntó Matviéi Oblonski no podía contestar, porque el barbero se había apoderado de su labio superior; pero levantó un dedo, y Matviéi hizo con la cabeza un movimiento que se reflejó en el espejo.

—Sola. ¿Se habrá de preparar su habitación arriba?

—Donde Daria Alexándrovna<sup>[1]</sup> lo tenga por conveniente.

—¿Daria Alexándrovna? —preguntó Matviéi, con aire de duda.

—Sí; y llévale este telegrama; veremos lo que le parece.

«¿Quiere usted probar?», comprendió Matviéi; pero se limitó a contestar:

—Está bien.

Stepán Arkádich, lavado y peinado ya, comenzaba a vestirse, después de salir el barbero, cuando Matviéi, andando con precaución, volvió a entrar en el cuarto, llevando el telegrama.

—Daria Alexándrovna —dijo— anuncia que se marcha. «¡Que haga él lo que guste!», ha contestado.

Y al pronunciar estas palabras, el antiguo servidor miró a su amo, siempre con las manos en los bolsillos, inclinada la cabeza y los ojos alegres.

Stepán Arkádich guardó silencio algunos instantes, y después una dulce sonrisa iluminó sus hermosas facciones.

—¿Qué, Matviéi? —preguntó, meneando la cabeza.

—No pasa nada, señor; todo se arreglará —replicó Matviéi.



—¿Que se arreglará?

—Ciertamente, señor.

—¿Lo crees así?... ¿Quién anda por ahí? —preguntó Stepán Arkádich, que acababa de oír el roce de un vestido de seda junto a la puerta.

—Soy yo, señor —contestó una voz femenina, firme y agradable a la vez.

Y se dejó ver en la puerta el semblante de expresión grave de Matriona Filimónovna, la niñera.

—¿Qué hay, Matriosha<sup>[2]</sup>? —preguntó Stepán Arkádich acercándose a la puerta.

Aunque había caído en falta respecto a su esposa, como lo reconocía él mismo, tenía, sin embargo, toda la casa en su favor, incluso la niñera, la principal amiga de Daria Alexándrovna.

—¿Qué hay? —preguntó tristemente.

—Debería usted ir de nuevo a ver a la señora para pedirle otra vez perdón. Dios le ayudará. La señora se consume; da lástima verla, y toda la casa está patas arriba. Es necesario compadecer a los niños, señor.

—No me recibirá...

—Siempre habrá hecho usted lo posible. Dios es misericordioso.

—Pues bien, haré como dices —repuso Stepán Arkádich, sonrojándose de pronto. Y volviéndose hacia Matviéi, mientras se despojaba de la bata, añadió—: Vamos, dame mi ropa, pronto.

Matviéi, soplando sobre la almidonada camisa de su amo unas partículas invisibles de polvo, se la entregó con evidente satisfacción.

### III

UNA vez vestido, Stepán Arkádich se perfumó, se arregló los puños, puso en los bolsillos, según su costumbre, los cigarrillos, la cartera, los fósforos y el reloj con doble cadena y dijes; después arrugó el pañuelo; y a pesar de sus desgracias, sintiéndose remozado y físicamente feliz, se dirigió hacia el comedor, donde le esperaba ya su café, y junto a este, sus cartas y papeles.

Recorrió las cartas rápidamente. Una de ellas le desagradó; era la de un comercial que compraba madera en una finca de su mujer; era forzoso venderla; pero mientras no se efectuase la reconciliación, no se podía tratar de este asunto; sería muy enojoso mezclar una cuestión de intereses con la principal, que era la reconciliación. La idea de que se creyese que él la buscaba por amor al dinero le parecía ofensiva. Después de leer las cartas, Stepán Arkádich acercó los papeles; ojeó vivamente dos escrituras, escribió algunas notas con un lápiz muy grueso, y apartando al fin los documentos comenzó a almorzar; mientras tomaba el café, desdobló un diario de la mañana y leyó.

Este diario, aunque liberal, no era muy avanzado, y sus tendencias convenían a la mayoría del público. Por más que Oblonski no se interesase mucho en la ciencia, ni en las artes, ni en la política, no por eso dejaba de aferrarse a las opiniones de aquel diario en todas estas materias, sin cambiar de parecer hasta que todo el público juzgaba de otro modo. Mejor dicho, adoptaba las opiniones como las formas de sus sombreros y de sus levitas, porque todo el mundo las llevaba; y viviendo en una sociedad en que se hace obligatoria con los años cierta actividad intelectual, las opiniones le eran tan necesarias como los sombreros. Si tenía tendencias liberales más bien que conservadoras, como muchas personas de su sociedad, no era porque juzgase a los liberales más razonables, sino porque esas ideas cuadraban mejor con su género de vida. El partido liberal sostenía que todo iba mal en Rusia; lo mismo podía decir de sí Stepán Arkádich, que tenía muchas deudas y poco dinero. El partido liberal pretendía que el matrimonio era una institución envejecida, por lo cual urgía reformarla; y para Stepán Arkádich la vida conyugal ofrecía, en efecto, pocos atractivos, pues le obligaba a mentir y a disimular, cosa que repugnaba a su carácter. Los liberales decían, o más bien daban a entender, que la religión no es más que un freno para la parte inculta de la población; y Stepán Arkádich, que no podía asistir a la misa más corta sin resentirse de las piernas, no comprendía por qué la gente hablaba con tanto énfasis del otro mundo cuando tan bueno es vivir en este. Añádase que a Oblonski no le disgustaba alguna buena broma, y que le divertía escandalizar a las personas timoratas, sosteniendo que cuando alguno se glorifica de sus antecesores no conviene detenerse en Riúrik<sup>[3]</sup> y renegar del hombre primer fundador de la familia: el mono.

Las tendencias liberales llegaron a ser también una costumbre para Stepán Arkádich, y amaba su diario como su cigarro después de comer, solo por el gusto de que una ligera bruma rodease su cerebro.

Stepán Arkádich recorrió el artículo de fondo, en el cual se explicaba que en nuestro tiempo nadie debe inquietarse al ver que el radicalismo amenaza absorber todos los elementos conservadores; y que es un error suponer que el gobierno deba adoptar medidas para aplastar a la «hidra revolucionaria». «A nuestro modo de ver, por el contrario, el peligro no proviene de esa famosa hidra, sino de la terquedad tradicional que frena todo progreso, etc.» Oblonski recorrió igualmente el segundo artículo, sobre la hacienda, en el cual se hablaba de Bentham y de Mill, con algunas indirectas al ministerio; y rápido para asimilarlo todo, comprendía todas las alusiones, adivinaba su origen, y las personas que eran blanco de ellas, lo cual solía divertirle mucho; pero esta vez su goce se acibaraba al recordar los consejos de Matriona Filimónovna, y por el sentimiento de malestar que en su casa reinaba. Sin embargo, recorrió todo el diario, supo que el conde de Beust había marchado a Wiesbaden; que ya no había cabello gris; que se vendía una carretela, y que una joven buscaba casa donde colocarse. Estas noticias no le produjeron la satisfacción tranquila y ligeramente irónica que solía experimentar. Terminada su lectura, tomó una segunda taza de café con pan y manteca, se levantó, sacudió las migas que habían caído en su chaleco y sonrió de placer al ponerse en pie, no porque tuviera alegre el alma, sino por efecto de una excelente digestión.

Pero aquella sonrisa le recordó todo y comenzó a reflexionar.

Dos voces infantiles charlaban detrás de la puerta; Stepán Arkádich reconoció las de Grisha, su hijo menor, y Tania, su hija mayor: discutían sobre alguna cosa que habían dejado caer.

—Bien decía yo que no se debía poner a los viajeros en la imperial —gritaba la niña en inglés—. ¡Recógelos ahora!

«Todo va al revés —pensó Stepán Arkádich—; ya no se vigila a los niños», y acercándose a la puerta, los llamó. Los chicos abandonaron su caja, que representaba un tren, y acudieron al punto.

Tania entró atrevidamente y se colgó sonriendo del cuello de su padre, de quien era la favorita, divirtiéndose, como de costumbre, en respirar el perfume bien conocido que se exhalaba de sus patillas; después de besar aquel rostro que se había sonrojado, tanto por la emoción de ternura como por la postura inclinada de la cabeza, la niña se desasíó y quiso huir, pero su padre la retuvo.

—¿Qué hace mamá? —preguntó, pasando la mano por el blanco y delicado cuello de Tania—. Buenos días —añadió, sonriendo al ver a su hijo, que se acercaba a su vez.

Stepán Arkádich reconocía que amaba menos a su hijo y trataba de disimularlo;

pero el niño, comprendiendo la diferencia, no contestó a la sonrisa forzada de su padre.

—Ya se ha levantado mamá —respondió Tania.

Stepán suspiró.

«Anoche no habrá dormido», pensó para sí.

—¿Está contenta? —añadió.

La niña sabía que pasaba algo grave entre sus padres; que su madre no podía estar alegre, y que su padre fingía ignorarlo al hacerle la pregunta tan ligeramente; se ruborizó por su padre, y comprendiéndolo este, se sonrojó a su vez.

—Mamá —dijo la niña— no quiere que tomemos nuestras lecciones, y nos envía con la señorita Hull a casa de la abuela.

—Ya puedes ir, Tania; mas espera un momento —añadió Stepán, acariciando la delicada mano de su hija.

Se acercó a la chimenea para coger una cajita de bombones... uno de chocolate y otro de betún que dejara allí la víspera, y dio dos a la niña, escogiendo los que ella prefería siempre.

—¿Es para Grisha uno? —preguntó Tania.

—Sí, sí.

Y haciendo una última caricia a su hija, le besó el cabello y el cuello y la dejó marchar.

—El coche ha llegado —dijo Matviéi, entrando de pronto—, y ha venido también una solicitante.

—¿Hace mucho que espera? —preguntó Stepán Arkádich.

—Cerca de media hora.

—¿Cuántas veces habré de ordenar que se me avise inmediatamente?

—Preciso era dejarlo concluir su almuerzo —replicó Matviéi con tono de mal humor, aunque amistoso, que alejaba el deseo de reñir.

—Pues bien, que entre enseguida —dijo Oblonski, frunciendo el entrecejo con enojo.

La solicitante, esposa de cierto capitán Kalinin, pedía una cosa imposible, sin sentido común; pero Stepán Arkádich la invitó a sentarse, escuchándola sin interrumpirla; le dijo cómo y a quién debería dirigirse, y hasta le escribió una carta, con su bonito carácter de letra, para la persona que podía ayudarla. Después de despedir a la mujer del capitán, Stepán Arkádich cogió su sombrero y se detuvo, preguntándose si se le olvidaba alguna cosa. No había olvidado sino aquello que deseaba no tener que recordar: su mujer.

Su hermoso semblante tomó entonces una marcada expresión de descontento. «¿Ir o no ir?», se preguntaba a sí mismo. Su voz interior le decía que no debería ir, que allí no podía haber nada, solo falsedad, que era imposible reparar su relación porque era

imposible convertirla a ella en una mujer atractiva que despertara el amor, o hacerle a él un viejo incapaz de amar. Solo la falsedad y el engaño, nada más podía haber ahora, y la falsedad y el engaño eran contrarios a su carácter.

«Y, sin embargo, preciso será llegar a esto, porque las cosas no pueden quedar así», se decía Oblonski, esforzándose en armarse de valor. Entonces se irguió, encendió un cigarrillo, lanzó al aire dos bocanadas de humo, lo tiró en un cenicero-concha de nácar, y cruzando al fin el oscuro salón con largos pasos, abrió una puerta que comunicaba con la habitación de su mujer.

## IV

**D**ARIA Alexándrovna, vestida con un sencillo peinador y rodeada de varios objetos diseminados acá y allá, registraba en una canastilla; se había recogido apresuradamente el cabello, peinado en trenzas, en otro tiempo abundante y magnífico; y sus ojos, al parecer más grandes por efecto de la delgadez del rostro, conservaban una marcada expresión de espanto. Al oír los pasos de su esposo, se volvió hacia la puerta y se esforzó para ocultar bajo un aire severo y desdeñoso la turbación que le causaba aquella entrevista tan temida. Hacía tres días que trataba en vano de reunir sus efectos y los de sus hijos para ir a refugiarse en casa de su madre, comprendiendo que era preciso castigar al infiel de una manera u otra, humillarlo y devolverle una pequeña parte del mal que había causado; pero aunque se repitiese que lo abandonaría, le faltaba resolución para ello, porque no podía perder la costumbre de amarlo, considerándolo como su esposo. Además, confesaba que si en su propia casa le costaba trabajo gobernar a sus cinco hijos, peor sería allí donde se proponía llevarlos. El más pequeño se había resentido ya del desorden de la casa y se hallaba indispuesto a consecuencia de haber tomado un caldo pasado; y los otros no habían comido casi la víspera... Y comprendiendo que nunca tendría valor para marcharse, procuraba engañarse a sí misma, perdiendo el tiempo en reunir sus objetos.

Al ver que la puerta se abría, continuó revolviendo sus cajones sin levantar la cabeza hasta que su esposo estuvo junto a ella. Entonces, en vez del aire severo que se proponía adoptar, volvió el rostro, en el que se pintaban el sufrimiento y la vacilación.

—¡Dolli! —dijo Stepán Arkádich dulcemente, con acento triste y tímido. Le hubiera gustado mostrar un aire penoso y sumiso; sin embargo, desprendía frescura y salud..

La ofendida lo examinó con rápida mirada, y al verlo rebotando lozanía y salud, pensó para sí: «Es feliz y está contento, mientras que yo... Y esa amabilidad suya, tan desagradable, por la que le quieren y le aprecian tanto... ¡La odio!». Su boca se contrajo nerviosamente y el lado derecho de su pálido rostro empezó a temblar.

—¿Qué desea usted? —preguntó con la voz rápida, profunda, que no parecía la suya.

—Dolli —repitió Stepán Arkádich conmovido—, Anna llega hoy.

—Me es indiferente; no puedo recibirla.

—Sin embargo, es preciso, Dolli.

—¡Salga usted de aquí, pronto! —gritó Dolli sin mirarlo y como si un dolor físico le arrancase aquella exclamación.

Stepán Arkádich había podido permanecer sereno pensando en su mujer, había podido esperar que todo se arreglara, como decía Matviéi, había podido leer el diario

tranquilamente y tomar su café, pero cuando vio aquel semblante descompuesto por el sufrimiento, cuando oyó aquel grito desesperado y rendido frente al destino, se le paró la respiración como si algo le obstruyera la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío, qué he hecho! ¡Dolli! ¡Por Dios! Si...

No pudo decir más, porque un sollozo ahogó las palabras en su garganta.

Dolli cerró violentamente un cajón y, volviéndose hacia su marido, lo miró con fijeza.

—Dolli —exclamó, al fin—, ¿qué puedo decir yo? Solo una cosa: ¡perdóname! Piénsalo: no crees que nueve años de mi vida pueden compensar unos momentos, unos momentos de...

Dolli bajó la vista, escuchando lo que su esposo iba a decir, como rogándole que la convenciera.

—Un minuto de extravío —añadió Stepán Arkádich.

Quiso continuar, mas al oír estas palabras, Dolli oprimió los labios como por efecto de un dolor, y los músculos de su mejilla derecha se contrajeron otra vez.

—¡Váyase usted de aquí —gritó con más fuerza—, y no me hable de sus extravíos y villanías!

Así diciendo, quiso salir; pero faltó poco para caerse, y se agarró al respaldo de una silla para conservar el equilibrio. Stepán Oblonski tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dolli! —dijo casi llorando—. En nombre de Dios, piensa en los niños, que no son culpables. Solamente yo lo soy; castígame y dime cómo he de expiar mi falta: estoy dispuesto a todo. No encuentro palabras para expresar mi aflicción. ¡Perdóname!

Dolli tomó una silla y se sentó. Él oía su respiración, oprimida y sonora, y sentía tanta lastima por ella que no podía decir palabra. Y varias veces trató de hablar sin conseguirlo.

—Tú piensas en los niños —dijo al fin— cuando se trata de jugar con ellos; pero yo pienso en todo lo que han perdido.

Esta era probablemente una de las frases que se había dicho a si misma varias veces durante aquellos tres días.

Dolli le había dicho «tú»; la miró con agradecimiento e hizo ademán de coger una de sus manos; pero ella se apartó con expresión de aborrecimiento.

—Pienso en los niños y haría cualquier cosa para salvarles, pero ni yo sé cómo los puedo salvar. ¿Convendrá alejarlos de su padre, o dejarlos en compañía de un libertino, sí, de un libertino? Después de lo que ha pasado, ¿cree usted posible que vivamos juntos? ¡Conteste usted! —añadió levantando la voz—. Cuando mi esposo, el padre de mis hijos, mantiene relaciones ilícitas con su institutriz...

—Pero ¿qué hacer, qué hacer? —interrumpió Stepán Arkádich con voz dolorida, inclinando la cabeza y sin saber ya qué decir.

—Me irrita usted y me repugna —gritó Dolli, animándose cada vez más—; esas lágrimas no son más que agua, porque jamás me amó usted, y veo que no tiene corazón ni dignidad. No es usted más que un extraño para mí; ¡solo un extraño!

Y Dolli repitió con acento de cólera la palabra «extraño», que tan terrible le resultaba.

Stepán Arkádich la miró sorprendido y atemorizado, sin comprender hasta qué punto irritaba a Dolli con su compasión, el único sentimiento que ella le inspiraba, como esta lo había comprendido ya: el amor se había extinguido para siempre. «Me odia y no me perdonará», pensó Oblonski.

—Es horroroso, ¡horroroso! —dijo en voz alta.

En aquel instante uno de los niños lloró en la habitación contigua, y la fisonomía de Daria Alexándrovna se dulcificó, como la de una persona que vuelve a la realidad; pareció vacilar un momento, pero al fin se levantó vivamente y se dirigió hacia la puerta.

«Sin embargo, ama a mi hijo —pensó Oblonski, observando el efecto producido por el grito de la criatura—. Siendo así, ¿cómo me ha de aborrecer?»

—¡Dolli, una palabra más! —dijo Stepán Arkádich.

—¡Si me sigue usted, llamaré a los criados y a los niños para que sepan que es usted un cobarde! Hoy mismo me marchó, y así podrá usted vivir aquí con su querida.

Y salió, cerrando violentamente la puerta.

Stepán Arkádich suspiró, se pasó el pañuelo por el rostro y salió de la habitación silenciosamente.

«Matviéi —se dijo— pretende que esto se arreglará; pero no veo cómo. ¡Esto es terrible! ¡Y ha gritado como una mujer ordinaria! —añadió mentalmente, al pensar en las palabras “cobarde” y “querida”—. Quizá los sirvientes hayan oído algo. ¡Qué vulgaridad!»

Era un viernes; el relojero estaba en el comedor arreglando el péndulo, y Oblonski, al verlo, recordó que la regularidad de aquel alemán calvo le había inducido a decirle una vez que él debía estar compuesto toda la vida para componer bien los relojes; el recuerdo de esta broma hizo sonreír a Stepán Arkádich.

«¡Quién sabe —pensó después— si al fin y al cabo tendrá razón Matviéi y se arreglará la cuestión!»

—Matviéi —gritó—, haz preparar todo en la sala pequeña para recibir a Anna Arkádievna.

—Está bien —contestó el ayuda de cámara, apareciendo al punto—. ¿No comerá el señor en casa? —preguntó, mientras ponía el abrigo de pieles a su amo.



—Ya veré. Toma, aquí tienes para el gasto —añadió Oblonski, sacando de su cartera un billete de diez rublos—. ¿Habrá bastante?

—Haya o no suficiente, nos arreglaremos —replicó Matviéi, cerrando la portezuela del coche.

Entretanto, Dolli, advertida de la marcha de su esposo por el ruido del coche al alejarse, volvió a su habitación, su único refugio en medio de tantos sinsabores. La inglesa y el aya la habían agobiado con sus preguntas. ¿Qué vestido se pondría a los niños? ¿Se daría leche al pequeño? ¿Se iría a buscar otro cocinero?

—Dejadme en paz —les había contestado Dolli al entrar en su habitación.

Cuando estuvo sola, cruzó sus manos enflaquecidas —todas las sortijas le habían quedado grandes—, y repasó en su memoria la conversación con su marido.

«¡Ha marchado! —murmuró—. ¿Habrá roto con ella? ¿Será posible que aún la vea? ¿Por qué no se lo habré preguntado? No, no, veo que no podremos vivir ya juntos, y que estando bajo el mismo techo seremos siempre extraños uno para otro..., ¡extraños para siempre! —repitió, recalcando esta palabra tan cruel—. ¡Cuánto lo amaba yo, Dios mío, y cuánto lo amo aún!... Tal vez no le haya amado nunca tanto. Y lo más duro es... Aquí la interrumpió la entrada de Matriona Filimónovna.

—Ordene usted, al menos, señora —dijo—, que se vaya a buscar a mi hermano para que haga la comida, pues, si no, sucederá lo de ayer, y llegará la tarde sin que los niños tomen su alimento.

—Está bien; ahora iré yo a dar órdenes. ¿Han ido a buscar leche fresca?

Y sin esperar contestación, Dolli se entregó a sus ocupaciones cotidianas, ahogando en ellas por un momento su dolor.

## V

**S**TEPÁN Arkádich había hecho buenos estudios gracias a sus felices dotes naturales; pero era perezoso y frívolo, y a causa de esos defectos, fue siempre el más atrasado de la escuela. Aunque había observado una vida disipada y tenía poca fortuna, siendo además muy joven, no por eso dejaba de ocupar un cargo honroso, el de presidente de uno de los tribunales de Moscú, cargo que le reportaba muy buen sueldo. Había obtenido este empleo por la protección de su cuñado, Alexiéi Alexándrovich Karenin, uno de los hombres más influyentes del ministerio; pero, a falta de Karenin, centenares de personas, hermanos, hermanas, primos, tíos y tías, le hubieran facilitado aquel cargo o cualquier otro del mismo género, así como los seis mil rublos que necesitaba para vivir, pues sus negocios prosperaban poco, a pesar de la considerable fortuna de su mujer. Stepán Arkádich contaba la mitad de la sociedad de Moscú y San Petersburgo entre su parentela y sus relaciones amistosas, pues había nacido entre los poderosos de este mundo. Una tercera parte de los personajes agregados a la corte y al gobierno habían sido amigos de su padre, y lo habían conocido cuando aún estaba en pañales; los demás lo tuteaban o eran sus «buenos amigos»; de modo que tenía por aliados a todos los dispensadores de mercedes en forma de empleos, fincas, concesiones, etc. Oblonski, pues, no hubo de molestarse mucho para obtener un cargo ventajoso. Se trataba solo de evitar negativas, envidias, disputas y susceptibilidades, lo cual le era fácil, a causa de su bondad natural. Le habría parecido gracioso que le hubieran rehusado —la plaza y el tratamiento que solicitaba. ¿Qué exigía él de particular? Solo pedía lo que sus contemporáneos obtenían, y se creía tan capaz como ellos para desempeñar sus funciones.

No se apreciaba solo a Stepán Arkádich por su amable carácter y su lealtad indiscutible: en su brillante exterior había atractivo; en sus ojos de mirada penetrante, en sus negras cejas, en su cabello y en el conjunto de su persona predominaba una influencia física que producía su efecto en cuantos trataban a Stepán Arkádich. «¡Ah! ¡Ahí tenemos a Stiva Oblonski!», exclamaban todos casi siempre, con una sonrisa de placer, apenas lo divisaban; y aunque no resultase nada de particular de aquel encuentro, no por eso causaba menos placer ver a Stepán Arkádich uno y otro día.

Después de haber desempeñado durante tres años la plaza de presidente, Oblonski conquistó, no solamente la amistad, sino también la consideración de sus colegas, inferiores y superiores, así como la de las personas que por sus asuntos debían ponerse en contacto con él. Las cualidades que le valieron este aprecio general eran: primeramente, una extrema indulgencia para cada cual, fundada en el sentimiento de lo que le faltaba a él mismo; y en segundo lugar, un liberalismo absoluto, no el que predicaba su diario, sino el que circulaba naturalmente por sus venas, induciéndolo a ser afable con todo el mundo, fuera cual fuese su condición. Además de esto, lo

distinguía su completa indiferencia por los asuntos en que se ocupaba, gracias a lo cual no se apasionaba nunca, y por consiguiente no podía incurrir en parcialidades.

Llegado al tribunal, se dirigió a su gabinete particular, gravemente acompañado del portero, que llevaba su cartera, a fin de revestir el uniforme antes de pasar a la sala del consejo.

Todos los empleados de servicio se levantaron a su paso y lo saludaron con respetuosa sonrisa. Stepán Arkádich se apresuró, como siempre, a ir a ocupar su sitio, después de estrechar la mano a sus compañeros. Se chanceó un poco y habló en la justa medida de las conveniencias, y abrió la sesión. Nadie sabía tan bien como él conservar el tono oficial con cierto viso de sencillez y bondad, muy útil para despachar agradablemente los negocios. El secretario se acercó con aire desenvuelto, aunque respetuoso, común a todos aquellos que rodeaban a Stepán Arkádich; le presentó varios papeles y le dirigió la palabra con el tono familiar y liberal introducido por el presidente.

—Por fin hemos conseguido obtener los informes sobre la administración del gobierno de Pienza —dijo—; helos aquí.

—¡Muy bien! —repuso Stepán Arkádich, hojeando los papeles con la punta del dedo—. Señores, vamos a dar principio a la sesión.

«¡Si pudieran saber —pensaba Oblonski, inclinando la cabeza mientras leían el informe— qué aspecto de pillete culpable tenía su presidente hace media hora!» Y sus ojos se reían mientras escuchaba el informe.

El consejo debía prolongarse hasta las dos, a cuya hora se almorzaba; y aún no había dado la hora cuando las grandes puertas vidrieras de la sala se abrieron y entró alguien. Todos los individuos del consejo volvieron la cabeza; pero el ujier de guardia mandó salir inmediatamente al intruso y cerró las puertas tras él.

Terminada la lectura del informe, Stepán Arkádich se levantó y, en honor al liberalismo de la época, sacó sus cigarrillos en plena sala del consejo antes de pasar a su gabinete. Dos de sus colegas, Nikitin, veterano militar, y Griniévich, gentilhombre de la cámara, lo siguieron allí.

—Tendremos tiempo de terminar después del almuerzo —dijo Oblonski.

—Así lo creo —contestó Nikitin.

—Debe ser un redomado tunante ese Fomín —repuso Griniévich, refiriéndose a uno de los personajes de la cuestión que se acababa de tratar.

Stepán Arkádich hizo un ligero ademán como para dar a entender a su colega que no era conveniente anticipar juicio, y no contestó.

—¿Quién había entrado en la sala? —preguntó al ujier.

—Alguien que se introdujo sin permiso, mientras yo estaba vuelto de espaldas. Preguntaba por vucencia y yo le contesté que esperase a que salieran los individuos del consejo.

—¿Dónde está?

—Probablemente en el vestíbulo, pues hace poco lo vi allí... Helo aquí —añadió el ujier, designando a un hombre muy robusto, de barba rizada, que franqueaba ligera y rápidamente los gastados peldaños de la escalera de piedra, sin quitarse su gorro de pieles.

Un empleado que bajaba con su cartera debajo del brazo se detuvo para mirar con expresión poco benévola las piernas del desconocido. El presidente, en pie en lo alto de la escalera, fijó la vista en el recién llegado y su rostro expresó la alegría de reconocerlo.

—¡Es él! ¡Lievin! —exclamó Stepán Arkádich, sonriendo afectuosamente, aunque con cierta expresión burlona, al mirar al extranjero que se acercaba—. ¡Cómo! —le gritó—. ¿Te atreves a venir a buscarme en este mal sitio? —y no contento con estrechar la mano de su amigo, lo besó—. ¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó.

—Acabo de llegar y tenía grandes deseos de verte —contestó Lievin con timidez, mirando a su alrededor con cierta inquietud.

—Pues bien, pasemos a mi gabinete —dijo Stepán Arkádich, que conocía la timidez mezclada de amor propio y el carácter susceptible de su amigo.

Y como si tratara de evitar algún riesgo, lo cogió de la mano para conducirlo.

Stepán Arkádich tuteaba a casi todos sus conocidos, lo mismo a los viejos de sesenta años que a los jóvenes de veinte, así a los actores como a los ministros, comerciantes y generales, y a todos aquellos con quienes bebía champán, y lo bebía con cualquiera. Entre las personas así tuteadas en ambas extremidades de la escala social algunos se hubieran asombrado mucho al saber, gracias a Oblonski, que había algo de común entre ellas; pero cuando el presidente encontraba, en presencia de sus inferiores, a uno de esos «tuteados vergonzosos», como llamaba en broma a varios de sus amigos, tenía el buen tacto de evitarles una impresión desagradable.

Lievin no era uno de esos «vergonzosos»; era un compañero de la infancia; pero Oblonski comprendió, que Lievin pensaba que delante de sus inferiores le podía resultar incómodo demostrar su íntima amistad con ese tipo tan rústico, y por ello se apresuró a llevárselo. Lievin tenía casi la misma edad que Oblonski, y no lo tuteaba solo por razón del champán; se apreciaban a pesar de la diferencia de su carácter y de sus inclinaciones, como se aprecian los amigos que fueron compañeros desde su primera juventud; pero, como sucede a menudo a los hombres cuya esfera de acción es muy distinta, cada uno de ellos, aprobando por el razonamiento la carrera de su amigo, la despreciaba en el fondo del alma, creyendo que su profesión y género de vida eran reales, y los de su amigo, una fantasma.

Al ver a Lievin, Oblonski no pudo reprimir una sonrisa irónica. Muchas veces lo había visto llegar del campo, donde hacía «alguna cosa» (Stepán Arkádich no sabía a

punto fijo el qué, ni tampoco le interesaba mucho) agitado, presuroso, algo tímido y molesto por su timidez y manifestando generalmente ideas del todo nuevas e inesperadas sobre la vida y las cosas. Stepán Arkádich se reía y se divertía con esto; mientras que Lievin despreciaba el género de vida de su amigo en Moscú, chanceándose sobre su profesión; pero Stepán Arkádich lo escuchaba complaciente, como hombre que sabe mejor a qué atenerse; mientras que Lievin se reía sin convicción y se enfadaba.

—Hace mucho tiempo que te esperábamos —dijo Stepán Arkádich al entrar en su gabinete y soltando la mano de Lievin, como para demostrar que ya no había ningún peligro—. Me alegro mucho de verte. ¿Cómo te va? ¿Qué haces? ¿Cuándo has llegado?

Lievin guardaba silencio, mirando las figuras, desconocidas para él, de los colegas de Oblonski; la mano del elegante Griniévich, con sus blancos y afilados dedos, de largas uñas amarillentas y encorvadas en la extremidad, y los enormes botones que brillaban en los puños, absorbían visiblemente toda su atención. Oblonski sonrió al notarlo.

—Permitidme, señores, hacer las presentaciones —y dirigiéndose a Lievin, añadió—: Estos dos caballeros son mis colegas, Filip Ivánich Nikitin y Mijaíl Stanislávich Griniévich —y, mirándole a Lievin, dijo—: Os presento un propietario, hombre nuevo, que se ocupa en negocios, un gimnasta de notable fuerza, ganadero y hábil cazador; todo esto es mi amigo Konstantín Dmitrich Lievin, hermano de Serguéi Iványch Kóznishev.

—Me alegra conocerlo —dijo el consejero de más edad.

—Tengo el honor de ser amigo de su hermano —repuso Griniévich, ofreciendo su mano de afilados dedos.

El rostro de Lievin se oscureció; estrechó fríamente la mano que se le presentaba y se volvió hacia Oblonski. Aunque respetaba mucho a su hermano mayor, el escritor conocido de toda Rusia, no le era menos desagradable que se dirigiesen a él no como a Konstantín Lievin, sino como al hermano del célebre Kóznishev.

—No, ya no me ocupo de negocios —contestó, dirigiendo la palabra a Oblonski; me he indispuerto con todo el mundo, y no asisto a las asambleas.

—Eso se ha hecho muy pronto —repuso Oblonski sonriendo—; pero ¿cómo y por qué?

—Larga historia es la que te referiré algún día —replicó Lievin—; mas para ser breve, te diré que me he convencido de que no se ha ejecutado ni se puede ejecutar acto alguno formal en nuestras cuestiones provinciales. Por una parte, se juega al parlamento, y yo no soy bastante joven ni tampoco viejo para divertirme con juguetes; y por otra —aquí se cortó—, solo veo en eso un medio para que ciertos hombres del distrito ganen algunos cuartos. En otro tiempo teníamos las tutelas, los

juicios; ahora es el *zemstvo*, que ya no recibe sobornos, pero sí el sueldo no merecido<sup>[4]</sup>.

Lievin lo decía con tanta vehemencia como si alguien de los presentes estuviera impugnando su opinión.

—¡Vaya! —exclamó Stepán Arkádich—. Me parece que entras en una nueva fase, haciéndote conservador. Ya hablaremos de eso despacio.

—Sí, más tarde; pero deseaba verte—replicó Lievin, fijando siempre una mirada de aversión en la mano de Griniévich.

Stepán sonrió imperceptiblemente.

—Pues tú decías —repuso este último, examinando la ropa enteramente nueva de su amigo, obra de un sastre francés— que no vestirías ya traje europeo. Vamos, te digo que estás en una nueva fase.

Lievin se sonrojó de pronto, no como un hombre de edad madura, sino como un joven tímido y ridículo: este rubor infantil comunicó a su rostro, inteligente y enérgico, una expresión tan extraña, que Oblonski dejó de mirarlo.

—Pero ¿dónde nos veremos? —preguntó Lievin—. Necesito hablarte.

Oblonski reflexionó.

—Si quieres —repuso—, iremos a almorzar en casa de Gurin, donde podemos hablar cuanto quieras; estoy libre hasta las tres.

—No —contestó Lievin, después de meditar un momento—; debo evacuar antes una diligencia.

—Pues entonces cenaremos juntos.

—¿Cenar? No tengo que decirte más que dos palabras en particular; ya comeremos otro día.

—En ese caso, di las dos palabras al punto y hablaremos de la cena.

—He aquí las dos palabras —dijo Lievin, y su rostro adquirió una expresión dura, debida a su deseo de vencer la timidez—. ¿Qué hacen los Scherbatski? ¿No hay novedad?

Stepán Arkádich sabía hacía largo tiempo que Lievin estaba enamorado de su cuñada Kiti; se sonrió y sus ojos brillaron de alegría.

—Has dicho dos palabras —replicó—; pero no puedo contestar a ellas, porque... Dispénsame un momento.

El secretario acababa de entrar, siempre con respetuosa familiaridad, con ese sentimiento de modestia propio de todos los secretarios, que están penetrados de su superioridad en el conocimiento de los negocios respecto a su jefe; se acercó a Oblonski, y en forma interrogativa comenzó a explicarle una dificultad cualquiera; mas sin esperar el fin, Stepán Arkádich le puso la mano amistosamente sobre el brazo.

—No, haga usted como le he indicado —dijo, dulcificando su observación con

una sonrisa. Y después de explicar brevemente cómo comprendía el asunto, rechazó los papeles, añadiendo—: Ruego a usted que lo haga así, Zajar Nikítich.

El secretario se alejó confuso. Durante esta breve conferencia, Lievin había tenido tiempo para reponerse, y en pie detrás de la silla en que se apoyaba, escuchó el diálogo con atención irónica.

—No comprendo —dijo—, no comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes? —repuso Oblonski, sonriendo también, y buscando un cigarrillo. No le hubiera extrañado en Lievin cualquier originalidad.

—No comprendo lo que haces —repuso Lievin, encogiéndose de hombros— ni me explico cómo puedes hacer eso formalmente.

—¿Por qué?

—Porque eso no significa nada.

—¿Lo crees así? Pues, mira, estamos agobiados de trabajo.

—Todo se reduce a papeles y garrapatos; y, por cierto, que tú tienes un don especial para esas cosas.

—¿Quieres decir que falta algo?

—Tal vez. Sin embargo, no puedo menos de admirar tu grave aspecto, y vanagloriarme de tener por amigo un hombre de tal importancia. Entretanto, no has contestado a mi pregunta —añadió, haciendo un esfuerzo desesperado para mirar a Oblonski de frente.

—Vamos, vamos, ya llegaremos a eso. Todo irá bien mientras tengas tres mil hectáreas de tierra en el distrito de Karazin, músculos de acero y la frescura de un chico de doce años. Para contestarte de una vez a lo que me preguntas, te diré que no hay cambios; pero es de sentir que hayas tardado tanto en venir.

—¿Por qué? —preguntó Lievin alarmado.

—Porque..., ya hablaremos de eso más tarde. ¿Qué te ha traído aquí?

—También hablaremos de eso más tarde replicó Lievin, sonrojándose hasta las orejas.

—Muy bien; ya comprendo —dijo Stepán Arkádich—. Yo te hubiera rogado que vinieras a comer a casa, pero mi mujer está enferma; si quieres «verlas», las hallarás en el Jardín Zoológico, de cuatro a cinco, pues Kiti va allí a patinar. Puedes ir; yo me reuniré allí contigo e iremos a cenar a cualquier parte.

—Está bien; hasta luego.

—¡No lo olvides! Te conozco y sé que eres capaz de volverte inmediatamente al campo —repuso Stepán Arkádich sonriendo.

—No; te aseguro que iré.

Lievin salió del gabinete, y solo cuando hubo traspasado el umbral recordó que había olvidado saludar a los colegas de Oblonski.

—Ese hombre debe de ser muy enérgico —dijo Griniévich cuando Lievin hubo

salido.

—Sí —dijo Stepán Arkádich, encogiéndose de hombros—, es un mozo de suerte; propietario de tres mil hectáreas en el distrito de Kazarin; tiene un gran porvenir y mucha juventud. ¡No es como nosotros!

—Tampoco tiene usted motivos para quejarse, Stepán Arkádich.

—Sí; todo va mal —contestó Oblonski, suspirando profundamente.



## VI

CUANDO Oblonski preguntó a Lievin para qué había venido a Moscú, su amigo se había sonrojado a pesar suyo, siendo así que hubiera podido contestar: «Vengo a pedir la mano de tu cuñada». Tal era el único objeto de su viaje.

Las familias Lievin y Scherbatski, ambas de Moscú y de antigua nobleza, habían mantenido siempre relaciones amistosas, y su intimidad se había estrechado durante los estudios de Lievin en la universidad, a causa de su intimidad con el joven príncipe Scherbatski, hermano de Dolli y de Kiti, que estudiaba los mismos cursos. En aquella época, Lievin iba muy a menudo a casa de Scherbatski, y por extraño que esto parezca, estaba enamorado de toda la casa, particularmente de la parte femenina de la familia. Habiendo perdido a su madre sin conocerla, y teniendo solo una hermana de mucha más edad que él, en la casa Scherbatski fue donde encontró esa atmósfera inteligente y honrada propia de las antiguas familias nobles. Todos los individuos de aquella familia, y especialmente las mujeres, le parecían rodeados de una aureola misteriosa y poética; no solamente no descubría en ellos defecto alguno, sino que los suponía adornados de los más elevados sentimientos, de las perfecciones más ideales. ¿Por qué aquellas tres señoritas hablaban un día el inglés y otro el francés? ¿Por qué tocaban sucesivamente el piano? ¿Por qué los maestros de literatura francesa, de música, de baile y de dibujo se sucedían en la casa, y por qué a ciertas horas del día iban las tres en carretela acompañadas de la señorita Linon y paseaban en el Tverskói Bulevar<sup>[5]</sup>, escoltadas por un lacayo de brillante librea y luciendo sus pellizas de seda? (Dolli llevaba una larga, Natalia una mediana y Kiti una muy corta que dejaba al descubierto sus bonitas piernas con las medias rojas.) Estas cosas y otras muchas eran incomprensibles para Lievin; pero sabía que todo cuanto pasaba en aquella esfera misteriosa era perfecto, y al mismo tiempo le encantaba.

Había comenzado por enamorarse de Dolli, la mayor, durante sus años de estudio; pero esta se casó con Oblonski; entonces creyó amar a la segunda, pues le parecía que debía amar necesariamente a una de las tres, sin saber a punto fijo cuál de ellas, mas apenas hizo su entrada en el mundo, Natalia se unió con el diplomático Lvov; y en cuanto a Kiti, aún era una niña cuando Lievin dejó la universidad. El joven Scherbatski se ahogó en el Báltico poco después de haber ingresado en la marina, y las relaciones de Lievin con la familia comenzaron a ser más raras, a pesar de la amistad que tenía con Oblonski. Sin embargo, a principios del invierno, habiendo ido a Moscú, y después de pasado un año en el campo, volvía a ver a los Scherbatski, y comprendió entonces a cuál de las tres hijas debía amar. Nada más sencillo, al parecer, que pedir la mano de la joven princesa Scherbátskaia; un hombre de treinta y dos años, de buena familia y de no escasa fortuna debía considerarse como un buen partido, y era verosímil que se le acogiera bien; pero Lievin estaba enamorado; Kiti le

parecía un ser perfecto, superior e ideal; y él se juzgaba, por el contrario, muy desfavorablemente, tanto, que no admitía que se le creyese digno de aspirar a semejante matrimonio.

Después de pasar en Moscú dos meses, que fueron un sueño, viendo a Kiti todos los días en aquella sociedad, en que volvía a introducirse por causa de ella, volvió a marchar rápidamente al campo, después de haberse persuadido de que aquella boda era imposible. ¿Qué posición en el mundo, ni qué carrera bien definida tenía él para halagar a los padres? Mientras sus compañeros eran los unos coroneles o *Flugeladjutant*<sup>[6]</sup>; los otros profesores distinguidos, directores de banco o de ferrocarriles, o presidentes de tribunal, como Oblonski, ¿qué hacía él o qué era a los treinta y dos años? Se ocupaba en sus tierras en la cría de ganados, construía granjas y cazaba la becada, es decir, había tomado el camino de aquellos que, a los ojos del mundo, no han sabido seguir otro; no se forjaba ninguna ilusión sobre el juicio que de él se podrían formar, y le parecía que se le consideraría como un pobre muchacho sin gran capacidad.

Por otra parte, ¿podría la encantadora y misteriosa joven amar a un hombre tan feo, y sobre todo tan poco brillante como él? Sus antiguas relaciones con Kiti eran las de un hombre con una niña, y le parecía un obstáculo más.

«Se podía —pensaba— amar amistosamente a un buen muchacho tan ordinario como él; mas era preciso ser bien parecido y estar dotado de las cualidades de un ser superior para ser amado con un amor comparable al que él experimentaba.» Ciertamente había oído decir que las mujeres se enamoran a menudo de hombres feos y medianos; pero no creía en esto y juzgaba a los demás por él mismo, que no podía amar sino a una mujer distinguida, hermosa y poética.

No obstante, después de pasar dos meses en el campo, se convenció de que el sentimiento que lo absorbía no se semejaba a los entusiasmos de su primera juventud, y que no podría vivir sin resolver aquella gran cuestión. ¿Se le aceptaría o no? Nada probaba, bien mirado, que se rehusaría su petición. En consecuencia, marchó a Moscú resuelto a declararse y contraer matrimonio si se le admitía. De lo contrario... no podría imaginar lo que sería de él.

## VII

LIEVIN, llegado a Moscú en el tren de la mañana, se había alojado en casa de su hermano mayor, Koznishov. Después de arreglarse un poco, entró en el despacho de aquel, proponiéndose darle cuenta de todo y pedirle consejo; pero su hermano tenía visita: hablaba con un célebre profesor de filosofía, llegado de Járkov expresamente para aclarar un mal entendimiento surgido entre ellos con motivo de una cuestión científica. El profesor estaba en guerra contra el materialismo. Serguiéi Koznyshov continuaba la polémica con interés, y le había hecho algunas objeciones después de leer su último artículo. Censuraba al profesor por sus tolerancias sobre aquella doctrina, y este había venido a explicarse personalmente. La conversación versaba sobre el asunto de moda: ¿hay un límite entre los fenómenos psíquicos y fisiológicos en los actos del hombre? ¿Dónde se hallaba este límite?

Serguiéi Ivánovich recibió a su hermano con la fría y amable sonrisa que le era habitual, y después de haberlo presentado al profesor, prosiguió el debate. El profesor era un hombrecillo que usaba anteojos, y se detuvo un momento para contestar al saludo de Lievin; continuando después la conversación sin hacer más caso del recién llegado.

Lievin tomó asiento para esperar hasta que se marchase, y muy pronto se interesó en el asunto de la discusión. Había leído en una revista los artículos de que se hablaba, con la atención que generalmente puede dispensar un hombre cuando ha estudiado las ciencias naturales en la universidad al desarrollo de este asunto; jamás había hecho comparación alguna entre estas cuestiones sabias sobre el origen del hombre, sobre la acción refleja, la biología, la sociología y todas aquellas que le preocupaban cada vez más: el objeto de la vida y la muerte.

Siguiendo el debate, observó que los dos interlocutores establecían cierta relación entre las cuestiones científicas y las que se referían al alma; a veces creía que por fin abordarían este asunto; pero siempre que se acercaban solo era para alejarse enseguida con cierto apresuramiento y profundizar después en el dominio de las distinciones sutiles, de las refutaciones, de las citas y de las alusiones; de modo que apenas podía comprenderlos.

—No puedo aceptar la teoría de Keiss —decía Serguiéi Ivánovich en un elegante y correcto lenguaje—, ni admitir tampoco que toda mi concepción del mundo exterior se derive únicamente de mis sensaciones. El principio de todo conocimiento, el sentido del «ser», de la existencia, no vino por los sentidos, ni existe órgano especial para producir esa concepción.

—Sí, pero Wurst, Knaust y Pripásov contestarán que usted tiene conocimiento de su existencia únicamente por efecto de una acumulación de sensaciones; en una palabra, que solo es el resultado de estas últimas. Wurst dice además que allí donde la

sensación no existe, la conciencia de la vida falta.

—Yo diría, por el contrario... —replicó Serguiéi Ivánovich.

Lievin observó de nuevo que en el momento de tocar en el punto capital, según él, iban a rehuirle otra vez, y entonces se atrevió a dirigir al profesor la siguiente pregunta:

—En ese caso, si mis sensaciones no existen ya y si mi cuerpo ha muerto, ¿no hay existencia posible?

El profesor miró con expresión de contrariedad al que así le preguntaba, cual si le ofendiera aquella interrupción, y examinó al intruso, cuyo aspecto era más bien de campesino que de filósofo. Después se volvió hacia Serguiéi Ivánovich; pero este no era tan mediocre/limitado como el profesor, y sin dejar de discutir, podía comprender el punto de vista sencillo y racional que había sugerido la pregunta, a la que contestó, sonriendo:

—Aún no tenemos derecho para resolver esta cuestión.

—No tenemos datos suficientes —continuó el profesor, siguiendo el hilo de sus razonamientos—. No, yo pretendo que si las sensaciones se fundan en impresiones, como lo dice claramente Pripásov, debemos distinguir más severamente estas dos nociones.

Lievin no escuchaba ya, esperando solo la salida del profesor.

## VIII

CUANDO este se hubo marchado, Serguiéi Ivánovich se volvió hacia su hermano menor.

—Me alegro de verte —le dijo—. ¿Has venido para mucho tiempo? ¿Cómo van los negocios?

Lievin sabía que su hermano mayor se interesaba poco en las cuestiones agronómicas y que le hacía una concesión al hablar de ellas; por eso se limitó a contestar sobre la venta del trigo y la cantidad realizada en sus tierras. Su verdadera intención había sido hablar con su hermano sobre sus proyectos de matrimonio y pedirle parecer, pero después de la conversación con el profesor, y ante el tono involuntario de protección con que Serguiéi Ivánovich le había interrogado sobre los asuntos del campo —la finca que habían heredado de su madre no estaba repartida y Lievin se encargaba de su administración—, no se sintió con valor para ello, le pareció que su hermano no vería las cosas como él deseaba.

—¿Cómo van los asuntos del *zemstvo*? —preguntó Serguiéi Ivánovich, que se interesaba por las asambleas provinciales designadas con ese nombre, atribuyéndoles mucha importancia.

—No sé nada.

—¿Cómo es eso? ¿No formas parte de la administración?

—No, he renunciado; ya no asisto a las asambleas.

—Es una lástima —murmuró Serguiéi Ivánovich, frunciendo el entrecejo.

Para disculparse, Lievin dio cuenta de lo que sucedía en las reuniones de distrito.

—¡Siempre es así! —interrumpió Serguiéi Ivánovich—; he aquí cómo somos nosotros los rusos. Tal vez deba considerarse como un buen rasgo de nuestro carácter esa facultad de reconocer los errores; pero los exageramos, y nos complace la ironía, que nunca falta en nuestra lengua. Si se concedieran nuestros derechos y esas mismas instituciones provinciales a cualquier otro pueblo de Europa, alemanes o ingleses, sabrían extraer la libertad, mientras que nosotros nos contentamos con reír.

—¿Cómo ha de ser? —replicó Lievin con la expresión de un hombre culpable—. Era mi último ensayo; lo tomé con mucho afán, pero ya no puedo hacer nada; soy incapaz de...

—¡Incapaz! —interrumpió Serguiéi Ivánovich—; tú no consideras el asunto como deberías.

—Es posible —repuso Lievin, con tristeza.

—¿Sabes que nuestro hermano Nikolái está otra vez aquí?

Nicolái era el hermano mayor de Konstantín y semihermano de Serguiéi; era un perdido que había devorado la mayor parte de su fortuna, indisponiéndose con sus hermanos para vivir en una sociedad tan perjudicial como extraña.

—¿Qué dices? —preguntó Lievin, atemorizado—. ¿Cómo lo sabes?

—Prokofi lo ha visto en la calle.

—¿Aquí en Moscú? ¿Dónde está?

Y Lievin se levantó como si deseara correr en su busca.

—Siento habértelo dicho —replicó Serguiéi Ivánovich, encogiéndose de hombros al notar la emoción de su hermano—. He enviado una persona para averiguar dónde vivía, remitiéndole su letra de cambio sobre Trubin, la cual he pagado ya. Hete aquí lo que me ha contestado...

Y Serguiéi tomó de la mesa una carta, presentándola a Lievin. Este último leyó el billete, escrito en caracteres tan familiares, que decía lo siguiente:

*Pido humildemente que se me deje en paz; es todo cuanto solicito de mis queridos hermanos.*

NICOLAI LIEVIN

Konstantín permaneció en pie, sin levantar la cabeza. En su corazón el deseo de olvidarse ya de su hermano desgraciado estaba luchando con la sensación de que eso estaba mal.

—Por lo visto, quiere ofenderme —continuó Serguiéi—; pero esto es imposible. Yo deseaba de todo corazón poder ayudarle, aun sabiendo que no lo conseguiría.

—Sí, sí —repuso Lievin—; comprendo y aprecio tu conducta con él, pero iré a verlo.

—Si te place, puedes ir —dijo Serguiéi—; mas no te lo aconsejaría; y no es que lo tema por lo que respecta a las relaciones que median entre tú y yo, pues no podría indisponernos; si te aconsejo no ir, es por ti mismo, porque nada conseguirás. Sin embargo, obra como te parezca.

—Tal vez no haya verdaderamente nada que hacer; pero en este momento... no podría estar tranquilo...

—No te comprendo—replicó Serguiéi Ivánovich—; lo único que veo es que aquí hay para nosotros una lección de humildad. Desde que nuestro hermano Nikolái ha llegado a ser lo que es, considero con más indulgencia lo que llaman una «bajeza». ¿Sabes lo que hace?

—¡Ay de mí, es verdaderamente espantoso! —contestó Lievin.

Después de pedir las señas de Nikolái al criado de Serguiéi Ivánovich, Lievin se puso en camino para ir a buscarlo; pero cambiando luego de idea, aplazó su visita hasta la noche. Ante todo, a fin de recobrar la paz interior, quería resolver la cuestión que le había llevado a Moscú; y por eso fue a buscar a Oblonski. Cuando supo dónde estaban los Scherbatski, se dirigió al sitio en que pensaba encontrar a Kiti.

## IX

**A**ESO de las cuatro, Lievin dejó su *Izvózhik*<sup>[7]</sup>; a la puerta del jardín zoológico, y procurando contener los latidos de su corazón, siguió la senda que conducía a las montañas y a la pista de hielo, donde se patinaba. Sabía que la encontraría allí, pues acababa de ver el coche de los Scherbatski a la entrada.

Hacía un día claro y muy frío; a la puerta del jardín se veían, alineados en fila, trineos, coches de lujo, *isvoschiks* y gendarmes. El público se apretaba en las angostas sendas abiertas alrededor de las casitas al más puro estilo ruso, adornadas con esculturas de madera; los añosos abedules del jardín tenían sus ramas sobrecargadas de escarcha y de nieve.

Siguiendo el sendero, Lievin se decía a sí mismo: «¡Calma, calma! Es preciso no turbarse. ¿Qué quieres, qué pasa? Calma ya, tonto». Así interpelaba a su corazón.

Pero cuanto más procuraba calmarse, más lo embargaba la emoción, impidiéndole casi respirar. Una persona conocida lo llamó al poco, y Lievin no se fijó siquiera en ella. Se acercó a las montañas; los trineos se deslizaban con rapidez y remontaban luego la cuesta por medio de cadenas, oyéndose un incesante crujido y rumor de voces alegres y animadas. A pocos pasos de allí se patinaba, y entre los que se entregaban a este deporte «la» reconoció muy pronto: supo que estaba a su lado por la alegría y el temor que embargaron su alma.

En pie, junto a una señora, en el lado opuesto al que Lievin se hallaba, la princesa Scherbátskaia no se distinguía de las personas que la rodeaban ni por su actitud ni por su tocado; mas para Lievin resaltaba entre la multitud como una rosa entre ortigas, iluminando con su sonrisa y su presencia cuanto había allí. «¿Me atreveré —pensó— a bajar hasta la pista y acercarme a ella?» El sitio donde estaba le pareció un santuario, al que temía acercarse; y tanto miedo tuvo, que poco le faltó para retroceder. No obstante, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, llegó a persuadirse de que estaba rodeado de personas de toda especie, y que en rigor también tenía derecho para patinar. En consecuencia, bajó a la pista de hielo, guardando tanto de fijar en «ella» los ojos como de mirar al sol, aunque no necesitaba su luz para verla.

Era costumbre reunirse en la pista una vez a la semana, siendo conocidos casi todos los concurrentes; había allí maestros en el arte de patinar que iban a lucir su destreza; otros que hacían su aprendizaje, por lo regular, muy jóvenes; y también las personas de cierta edad que practicaban aquel deporte para estar en forma (por su salud). A Lievin le parecieron todos seres favorecidos del cielo, por estar cerca de Kiti; aquellos patinadores se deslizaban a su alrededor, corrían tras ella, la alcanzaban y hasta le hablaban, divirtiéndose al parecer con el espíritu del todo libre, como si la presencia de la hermosa joven hubiera bastado para su felicidad.

Nikolái Scherbatski, primo de Kiti, que vestía chaqueta y pantalón ceñido, estaba

sentado en un banco, con los patines puestos, cuando divisó a Lievin.

—¡Ah! —exclamó—. ¡He aquí al primer patinador de Rusia! ¿Hace mucho tiempo que estás aquí? ¡Vamos, ponte los patines enseguida, que el hielo está excelente!

—No los he traído —contestó Lievin, admirado de que se pudiese hablar en presencia de Kiti con aquella libertad y audacia y sin perderla de vista un segundo, aunque no la miraba. Sentía que se le acercaba el sol. La joven, visiblemente temerosa, con sus altas botinas de patinar, se lanzó hacia él desde el rincón donde se hallaba, seguida de un mancebo que vestía traje ruso y trataba de adelantarse, haciendo los ademanes desesperados de un patinador torpe.

Kiti no avanzaba con seguridad; había retirado sus manos del manguito, sostenido en su cuello por una cinta, y parecía dispuesta a cogerse a cualquier cosa. Miraba a Lievin, a quien acababa de reconocer, y se reía de su propio temor. Cuando al fin hubo tomado felizmente su impulso, dio un ligero golpe con el tacón de su botina y se deslizó hasta su primo Scherbatski, cogió su brazo y envió a Lievin un saludo amistoso. Jamás la había soñado estar tan hermosa.

Le bastaba, sin embargo, pensar en ella para evocar vivamente el recuerdo de su persona, sobre todo de su linda cabecita rubia, de su infantil expresión de candor y de bondad y de sus redondos hombros. Aquella mezcla de gracia de niña y de hermosura de mujer tenía un encanto particular que Lievin comprendía muy bien; pero lo que más le llamaba la atención era su mirada modesta, tranquila y sincera, que juntamente con su sonrisa la transportaba a un mundo encantado donde todo se dulcificaba en él, sumergiéndolo en los sentimientos de su primera infancia.

—¿Desde cuándo está usted aquí? —preguntó, ofreciéndole la mano—. Gracias —añadió, al verlo coger el pañuelo que se le había caído del manguito.

—¿Yo? He llegado hace poco: ayer, es decir, hoy —contestó Lievin, tan conmovido que no pudo comprender bien la pregunta—. Quería ir a su casa... —añadió, y recordando al punto con qué objeto, se ruborizó y se turbó—. No sabía que usted patinase tan bien.

Kiti lo miró atentamente, como para adivinar la causa de su confusión.

—Ese elogio —dijo— es precioso para mí, pues conservamos el recuerdo de su destreza como patinador.

Y sacudió con su pequeña mano, cubierta con guante negro el polvo de hielo que cubría su manguito.

—Sí, en otro tiempo patinaba con entusiasmo, pues quería llegar a ser un maestro.

—Me parece que todo lo hace usted con entusiasmo —repuso Kiti, sonriendo—. ¡Cuánto me agradecería verlo patinar un poco! Póngase los patines y correremos juntos.

«¡Patinar juntos! ¿Sería posible?», pensó Lievin, mirando a la joven.

—Voy a ponérmelos ahora mismo —contestó.



Y corrió a buscar unos patines.

—Hace mucho tiempo, caballero, que no viene usted aquí —dijo el alquilador, sosteniendo el pie de Lievin para ajustar el patín—. Ya no hemos tenido por aquí otro patinador como usted. ¿Está bien así? —añadió, estrechando la correa.

—Perfectamente; pero despabílate —replicó Lievin, sin poder disimular la sonrisa, que a pesar suyo, iluminaba su rostro. «¡He aquí la vida, he aquí la felicidad!», pensaba. «¿Deberé hablarle ahora? No me atrevo, por que soy muy dichoso en este instante, dichoso por lo menos con la esperanza; mientras que... Pero es preciso..., es preciso; ¡Fuera la debilidad!»

Lievin se despojó del abrigo, y después de hacer una corta prueba, se lanzó sobre el hielo compacto de la pista, deslizándose sin esfuerzo alguno, tan pronto despacio como rápidamente; y después se acercó a Kiti con cierta timidez, pero una sonrisa de esta lo tranquilizó una vez más.

Le dio la mano y patinaron juntos, acelerando poco a poco su carrera; cuanto mayor era la rapidez más estrechaba Kiti la mano de su compañero.

—Aprendería mucho con usted —dijo la joven—, pues sin saber por qué, tengo mucha más seguridad que con otros.

—También la tengo yo en mí cuando se apoya usted en mi brazo —contestó Lievin, sonrojándose después, como asustado de lo que había dicho.

Efectivamente, apenas pronunciadas estas palabras, cuando, así como el sol se oculta detrás de una nube, la expresión de amabilidad de la joven desapareció al punto, y Lievin observó un cambio de fisonomía que conocía muy bien y que indicaba un esfuerzo del pensamiento: en la tersa frente de Kiti apareció un ligero pliegue.

—¿Se siente usted disgustada por algo? Perdone, no tengo derecho a hacerle esta pregunta —exclamó Lievin.

—No tengo nada —contestó Kiti fríamente. Y añadió de pronto—: ¿No ha visto usted aún a *mademoiselle* Linon?

—Todavía no.

—Pues vaya usted a saludarla, porque lo quiere mucho.

«¿Qué le pasará? ¿La habré disgustado? Señor, compadeceos de mí», pensó Lievin, dirigiéndose a la dama francesa de cabello gris que lo observaba desde su banco. La señora Linon lo recibió como a un antiguo amigo y le mostró todos sus dientes postizos al sonreírse.

—Crecemos y avanzamos en años —dijo la dama, señalando a Kiti con una mirada—. La pequeña se hace grande —añadió con una sonrisa. Y le recordó sus chanzas sobre las tres señoritas, a quienes llamaba los tres «oseznos» del cuento inglés—. ¿Recuerda usted que las llamaban así?

Lievin lo había olvidado completamente; pero la dama se reía de aquella broma

de hacía diez años, sin olvidarla nunca.

—Vamos, vaya usted a patinar. ¿No es verdad que nuestra Kiti ya patina muy bien?

Cuando Lievin se acercó de nuevo a la joven, observó que la expresión de su rostro no era ya severa; sus ojos revelaban una franqueza cariñosa; mas le pareció que hablaba con cierto tono intencionadamente tranquilo, y se entristeció. Después de hablar de madame Linon y de sus rarezas, le hizo preguntas sobre su género de vida.

—¿No se aburre usted en el campo, señor Lievin?

—No, porque siempre estoy ocupado —contestó Lievin, comprendiendo que la joven lo llevaba a un género de conversación intrascendente.

—¿Ha venido usted para mucho tiempo? —preguntó Kiti.

—No lo sé —replicó Lievin sin pensar en lo que decía. La idea de seguir su conversación en tono amistoso y tranquilo y volver tal vez a su casa sin haber resuelto cosa alguna, lo impulsó a rebelarse.

—¿Cómo es que no lo sabe usted? —preguntó Kiti.

—No sé nada; todo dependerá de usted —repuso Lievin, asustado de sus propias palabras.

¿No las oyó la joven o no quiso oírlas? El caso es que fingió dar un paso en falso en el hielo, se deslizó hasta llegar a la señora Linon, le dijo algunas palabras y se dirigió hacia la casita donde se dejan los patines.

«¡Dios mío!, ¿qué mal puedo haber hecho? ¡Ayudadme, protegedme!», se decía Lievin interiormente. Y comprendiendo que necesitaba hacer algún movimiento desordenado, describió con furor varias curvas en el hielo.

En aquel instante un joven, el más hábil de los nuevos patinadores, salió del café con sus patines calzados y el cigarrillo en la boca; sin detenerse, corrió hacia la escalera, franqueó los peldaños saltando, sin cambiar siquiera la posición de sus brazos, y se lanzó sobre la pista helada.

«Un nuevo truco», pensó Lievin, subiendo a su vez la escalera para intentar repetirlo.

—¡No te fatigues; se necesita costumbre! —le gritó Nikolái Scherbatski.

Lievin patinó algún tiempo antes de tomar impulso, y después bajó la escalera, procurando conservar el equilibrio; en el último peldaño se enganchó, e hizo con violencia un movimiento para desprenderse, recobró el equilibrio y se lanzó en el hielo sonriendo.

«¡Qué buen muchacho! —pensaba entre tanto Kiti al entrar en la casita, seguida de la señora Linon, y mirando a Lievin con cariñosa sonrisa, como si fuera un hermano querido—. ¿Es culpa mía? ¿Me he conducido mal? Sé muy bien que no es a él a quien amo, mas no por eso dejo de estar menos contenta en su compañía. ¡Es tan bueno! Pero ¿por qué me habrá dicho eso?»

Al ver a Kiti salir con su madre, que iba a buscarla, Lievin, muy colorado aún a causa del ejercicio violento que acababa de hacer, se detuvo y reflexionó. Después se quitó los patines y fue a reunirse con la madre y la hija a la salida.

—Me alegro mucho de verlo a usted —dijo la princesamadre—; recibimos los jueves, como siempre,

—Entonces será hoy.

—Nos complacerá mucho verlo a usted —contestó la princesa con sequedad.

Este tono afligió a Kiti, que no pudo menos de hacer algo para dulcificar el efecto producido por la frialdad de su madre. Se volvió hacia Lievin, y le dijo sonriendo:

—¡Hasta luego!

En aquel momento Stepán Arkádich, con el sombrero ladeado y las facciones muy animadas, entraba con aire triunfante en el jardín; mas al ver a su suegra, su rostro tomó una expresión triste y confusa para contestar a las preguntas que le dirigió sobre la salud de Dolli. Después de haber hablado en voz baja con aspecto humilde, se irguió y tomó el brazo de Lievin.

—¿Nos vamos? —preguntó—. No he dejado de pensar en ti, y me alegro mucho que no hayas faltado —añadió, mirándolo de modo expresivo.

—Vamos, vamos —contestó el feliz Lievin, que creía oír aún el acento de Kiti al decirle «hasta luego», representándose la sonrisa con que acompañó sus palabras.

—¿Iremos al hotel de Inglaterra o al Ermitage?

—Me es igual.

—Pues al hotel de Inglaterra —dijo Stepán Arkádich, que elegía aquel restaurante porque debía allí más dinero que en el otro, pareciéndole indigno de él no darle la preferencia—. Me alegro que hayas venido en tu coche, porque yo he despedido el mío.

Durante todo el trayecto, los dos amigos no hablaron palabra. Lievin pensaba en lo que podía significar el cambio sobrevenido en Kiti, y se tranquilizaba un momento para desesperarse después, repitiéndose que era una insensatez confiar en nada. A pesar de todo, le parecía ser otro hombre, que no se semejaba ya al que había existido antes de la sonrisa y de las palabras de Kiti.

Stepán Arkádich reflexionaba sobre el menú.

—¿Te gusta el rodaballo? —preguntó a Lievin al entrar en el restaurante.

—¿Qué? ¡Ah!, el salmón. Deliro por él.

## X

**E**L mismo Lievin no pudo menos de notar la expresión de contento que rebosaba en la fisonomía y en toda la persona de Stepán Arkádich. Este último se quitó el abrigo y el sombrero, se adelantó hacia el comedor, dando de paso sus órdenes a los camareros tártaros en los fracs que lo seguían casi pegados con las servilletas debajo del brazo. Saludó por derecha e izquierda a las personas conocidas que allí, como en todas partes, lo velan siempre con placer; se acercó al aparador y tomó una copita de vodka con un trocito de pescado en salazón. La señorita del mostrador, una francesa de cabello rizado, con muchos afeites, cubierta de cintas y de encajes, fue al punto el objeto de su atención, y le dirigió algunas palabras que la hicieron reír a carcajadas.

En cuanto a Lievin, la vista de aquella mujer, con su cabello postizo su *poudre de riz* y *vinaigre de toilette*, lo hizo perder la gana de comer y se alejó con disgusto; su alma estaba llena del recuerdo de Kiti, y en sus ojos brillaba el triunfo y la felicidad.

—Por aquí, excelencia, por aquí no le molestará nadie —le decía obsequiosamente el mozo, viejo tártaro con el pelo grisáceo, con el trasero tan ancho, que se le abrían los faldones de su frac.

—Tenga usted la bondad de acercarse —dijo también a Lievin, honrándolo por el respeto hacía Stepán Arkádich.

En un instante extendió una servilleta limpia sobre la mesa redonda, cubierta ya con su mantel; acercó dos sillas de asiento de terciopelo, y con la servilleta en una mano y la lista en la otra, permaneció en pie ante Stepán Arkádich, esperando sus órdenes.

—Si vucencia lo desease, tendría un gabinete particular a su disposición en pocos instantes, pues el príncipe de Golitsin, que lo ocupa con una dama, saldrá muy pronto. Hemos recibido ostras frescas.

—¡Ah, ostras! —exclamó Stepán Arkádich, reflexionando—. ¿Cambiamos nuestro plan de campaña, Lievin?—preguntó, pasando el dedo por la lista con expresión de duda—. Pero ¿serán buenas las ostras?

—Son de Flensburgo, excelencia; no hay de Ostende.

—Vaya por las ostras de Flensburgo, si son frescas.

—Llegaron ayer.

—¿Qué te parece, Lievin? ¿Quieres que comencemos por las ostras, cambiando después todo el menú?

—A mí me es igual; lo mejor sería *schi*<sup>[8]</sup> y *kasha*<sup>[9]</sup>; pero aquí no habrá.

—Se puede hacer *kasha à la russe* si lo desea —dijo el camarero, inclinándose hacia Lievin como una niñera sobre la criatura que guarda.

—Lo que tú elijas estará bien —dijo Lievin a su amigo—, pues he patinado y

tengo apetito; no temas —añadió al notar una expresión de descontento en el rostro de Oblonski— que no sepa apreciar tu menú, pues no me desagradará una buena comida.

—¡Solo faltaría eso! Por más que se diga, este es uno de los placeres de la existencia —repuso Stepán Arkádich—. Pues bien —añadió—, tráenos dos o tres docenas de ostras, sopa de raíces...

—*Printanére*<sup>[10]</sup> —dijo el tártaro.

Por lo visto, Stepán Arkádich no quería dejarle disfrutar nombrando los platos en francés, continuó:

—Con raíces, ya sabes cómo. Después traerás rodaballo con la salsa un poco espesa; luego rosbif, cuidando de que esté bien a punto; a esto seguirá un capón y, por último, conservas.

El camarero, recordando que a Stepán Arkádich no le agradaba nombrar los platos según la lista francesa, le dejó hablar; pero después se complació en repetir el menú según las reglas: «Sopa primaveral, salmón a lo Beaumarchais, pularda al estragón, macedonia de frutas». Dicho esto, y como movido por un resorte, hizo desaparecer una lista para presentar otra, la de los vinos, que puso delante de Stepán Arkádich.

—¿Qué beberemos?

—Lo que tú quieras, con tal que haya un poco de champán —contestó Lievin.

—¡Cómo! ¿Desde el principio? Bien, no hay inconveniente. ¿Te gusta la marca blanca?

—*Cachet blanc* —dijo el camarero en francés.

—Bien, con las ostras será estupendo.

—¿Qué vino de mesa serviré?

—Danos el clásico *chablis*.

—Está bien. ¿Serviré queso?

—Sí, parmesano, si mi amigo no prefiere otro.

—No, me es igual —contestó Lievin, que no podía menos de sonreírse.

El tártaro con sus faldones volando encima de su ancho trasero, salió corriendo, y cinco minutos después volvía con una bandeja llena de ostras en una mano y una botella en la otra.

Stepán Arkádich arrugó su servilleta, se tapó el chaleco, alargó tranquilamente las manos y tomó la primera ostra.

—No son malas —dijo, separando los moluscos de su concha con un diminuto tenedor de plata y sorbiéndolos con marcado placer—. No son malas —repitió, fijando sucesivamente en Lievin y en el camarero una mirada brillante.

Lievin comió las ostras, aunque hubiera preferido pan y queso; pero no podía menos de admirar la desenvoltura de Oblonski. El mismo camarero, después de

destapar la botella y de escanciar el espumoso vino en las finas copas de cristal, miró a Stepán Arkádich con una sonrisa de satisfacción, arreglando al mismo tiempo su corbata blanca.

—A ti no te gustan mucho las ostras —dijo Oblonski, vaciando su copa—; o tal vez estés preocupado, ¿eh?

Quería alegrar a Lievin; pero este, sin estar triste, experimentaba cierto malestar. Con lo que tenía en el alma, sentíase a disgusto en aquel sitio, por el continuo movimiento, y en la inmediación de los gabinetes donde caballeros y damas comían alegremente; todo lo ofuscaba, el gas, los espejos y hasta los tártaros, todo eso le resultaba insultante. Temía enturbiar el sentimiento que llenaba su alma.

—Sí, estoy preocupado —contestó—, pero además, todo me molesta aquí. No podrías imaginarte hasta qué punto es extraño para un hombre del campo todo esto. Es como las uñas de aquel caballero que vi en tu despacho.

—Sí, ya observé que las uñas del bueno de Griniévich te interesaban mucho —dijo Stepán Arkádich, sonriendo.

—No puedo remediarlo —contestó Lievin—; procura comprenderme y ponte en mi lugar. Nosotros, en el campo, tratamos de tener manos aptas para trabajar; por eso nos cortamos las uñas, y muy a menudo nos remangamos para tener los brazos más libres. Aquí, por el contrario, se acostumbra a dejar crecer las uñas todo lo posible; y para tener la seguridad de no poder hacer nada con las manos, se adornan los puños con una especie de platillos a guisa de gemelos.

Stepán Arkádich sonrió agradablemente.

—Esto prueba —dijo— que no hay necesidad de trabajar con ellas y que la cabeza es la que lo hace todo.

—Es posible; pero esto no obsta para que parezca tan extraño como lo que hacemos aquí. En el campo nos hartamos de alimento a fin de poder trabajar; y aquí se procura comer, alargar la comida todo lo posible sin comer bastante; por eso se toman ostras.

—Es verdad —dijo Stepán Arkádich—; pero ¿no es objeto de la civilización cambiarlo todo en goces?

—Si tal es su objeto, prefiero seguir siendo bárbaro.

—Ya lo eres un poco; todos los de vuestra familia sois salvajes.

Lievin suspiró, pensando en su hermano Nikolái; se oscureció su rostro y lo acometió una profunda tristeza; pero Oblonski le habló sobre un asunto que muy pronto lo distrajo.

—¿Vendrás esta noche a casa, es decir, a la de los Scherbatski? —preguntó Stepán Arkádich, guiñando un ojo, mientras desviaba las conchas para tomar el queso.

—Sí, seguramente —contestó Lievin—; aunque me ha parecido que la princesa

no me invitaba de buena gana.

—¡Vaya una ocurrencia! Siempre se porta como gran dama —dijo Oblonski—. Yo también iré cuando salga de una reunión de casa de la condesa Bánina. ¿Cómo no he de tratarte de salvaje? Explícame, por ejemplo, tu fuga de Moscú. Los Scherbatski me han atormentado más de una vez con sus preguntas respecto a ti, como si yo pudiera saber alguna cosa. Lo único que sé es que tú haces siempre lo que nadie pensaría hacer.

—Sí —contestó Lievin lentamente y con cierta emoción—; soy un salvaje, pero no es mi marcha lo que lo ha demostrado, sino mi regreso. He venido ahora...

—¡Eres feliz! —interrumpió Oblonski, mirando fijamente a Lievin.

—¿Por qué?

—Reconozco en los ojos a los enamorados —replicó Stepán Arkádich—. El porvenir es tuyo.

—¿Y no también para ti?

—Yo no tengo más que el presente, y te aseguro que no todo son rosas.

—¿Pues qué ocurre?

—La cosa no marcha; pero no quiero hablarte de mí, tanto más cuanto que no podría explicártelo todo —repuso Stepán Arkádich—. Pero dime, ¿por qué has venido a Moscú?... ¡Eh, camarero, ven a servirnos!

—Sin duda lo adivinas —replicó Lievin, sin separar la vista de su amigo.

—Sí, lo adivino; pero no he de ser el primero en hablarte de ello. Por este detalle podrás comprender si lo acierto o no —dijo Stepán Arkádich, mirando a Lievin con malicia.

—¿Y qué me dirás? —preguntó Lievin, con voz temblorosa, conociendo que se estremecían los músculos de su rostro—. ¿Cómo consideras tú el asunto?

Stepán Arkádich apuró lentamente el contenido de su vaso, sin separar la vista de su amigo.

—Yo —contestó— lo desearía como tú.

—Pero ¿no te engañas? ¿Sabes de qué hablamos? —murmuró Lievin, mirando ansiosamente a su interlocutor—. ¿Crees verdaderamente que será posible?

—¿Por qué no ha de serlo?

—¿Lo dices con toda sinceridad? ¡Vamos! Manifiéstame todo lo que piensas. Me expongo a una negativa, y estoy casi seguro de ella.

—¿Por qué?—preguntó Stepán Arkádich, sonriendo al observar aquella emoción.

—Yo tengo esa idea; y sería terrible, así para mí como para ella.

—¡Oh!, en todo caso no veo nada terrible para ella; a una joven la lisonjea siempre que pidan su mano.

—A las jóvenes en general, tal vez; pero no a ella —Stepán Arkádich; conocía muy bien los sentimientos de Lievin, y no ignoraba que para él todas las jóvenes del

universo podían dividirse en dos categorías: en una figuraban las que participaban en todas las debilidades humanas y son las más comunes; y la otra se componía de «ella», solo «ella», sin la menor imperfección, y a cien codos sobre todas las demás mujeres.

—Toma un poco de salsa —dijo Stepán Arkádich, conteniendo la mano de Lievin, que la rechazaba.

Lievin aceptó resignadamente lo que le ofrecían, pero no dejó a Oblonski comer.

—Escucha y compréndeme bien antes, porque para mí es una cuestión de vida o muerte. Con nadie he hablado nunca sobre el particular, ni puedo hablar tampoco de ello más que contigo. Por más que haya tanta diferencia entre tú y yo, y tengamos otras inclinaciones, viendo las cosas desde distintos puntos de vista, sé que no por eso dejas de quererme y de comprenderme; por lo mismo te aprecio yo también. En nombre del cielo, háblame con franqueza.

—No te he dicho sino lo que pienso —contestó Stepán Arkádich sonriendo—; pero te diré más: mi esposa, mujer extraña —Oblonski se detuvo un momento, suspirando al recordar el trance en que se hallaba con su mujer—, tiene el don de segunda vista, y adivina lo que pasa en el corazón de los demás; pero prevé, sobre todo, el porvenir cuando se trata de matrimonios. Así, por ejemplo, pronosticó el de Shajóvskaia con Brenteln; nadie quiso creerlo, y sin embargo se efectuó. Pues bien, mi mujer está por ti.

—¿Cómo lo entiendes?

—Entiendo que ella te quiere mucho, y que asegura que Kiti será tu esposa.

Al oír estas palabras, el rostro de Lievin se iluminó con una sonrisa que casi rayaba en profundo enternecimiento.

—¿Ha dicho eso? —exclamó—. Siempre pensé que tu mujer era un ángel; pero ya hemos hablado bastante —añadió, levantándose de pronto.

—¡Pero, hombre, siéntate! —exclamó Stepán Arkádich.

Lievin no podía permanecer quieto; dio dos o tres vueltas por la sala con paso firme, guiñando los ojos a fin de ocultar una lágrima, y volvió a sentarse más tranquilo.

—Compréndeme bien —dijo—; no es amor lo que siento, aunque estaba enamorado; lo que me impulsa es una fuerza exterior que me domina. Yo me puse en marcha en la persuasión de que semejante felicidad no podía existir, pues me parece que no tendría nada de humana; pero aunque luche contra mí mismo, comprendo que toda mi vida depende de esta cuestión. Por tanto, es preciso que esto se decida.

—Pero ¿por qué te marchaste?

—¡Ah!, tú no sabes cuántos pensamientos se agolpan en mi espíritu y cuántas cosas quisiera pedirte. Escucha: no puedes figurarte qué favor me has prestado; soy tan feliz que me vuelvo egoísta y todo lo olvido. Por ejemplo, he sabido hoy que mi



hermano Nikolái, ya sabes, se halla aquí, y no he vuelto a pensar en él. Me parece que también debe ser dichoso... Una cosa me parece terrible: tú que estás casado debes comprenderla... Los que somos ya viejos y tenemos nuestro pasado, lleno no de amor, sino de pecados, ¿no es casi espantoso que osemos acercarnos a un ser puro e inocente? ¿No se justifica, pues, que yo me crea indigno?

—No creo que tengas muchos pecados.

—Sin embargo —repuso Lievin—, al repasar mi vida con disgusto, tiemblo, me maldigo y me quejo amargamente... Así es.

—¡Cómo ha de ser! El mundo es así —dijo Oblonski.

—Solo hay un consuelo, y es esa oración que siempre me agradó tanto: «Perdónanos según la grandeza de tu misericordia y no según nuestros méritos». Solo así podría ella perdonarme.

## XI

LIEVIN apuró el contenido de su copa y durante unos momentos los dos amigos permanecieron silenciosos.

—Debo decirte otra cosa. ¿Conoces a Vronski? —preguntó Stepán Arkádich.

—No. ¿A qué viene esa pregunta?

—Tráenos otra botella —dijo Oblonski al camarero, que llenaba los vasos—. Vronski —añadió— es uno de tus rivales.

—¿Y qué hombre es ese? —preguntó Lievin, cuya fisonomía, tan alegre y animada antes, solo expresó ya el descontento.

—Vronski es uno de los hijos del conde Kiril Ivánovich Vronski, y uno de los más bellos tipos de la juventud dorada de San Petersburgo. Yo lo conocí en Tvier, cuando estaba en el servicio. Es inmensamente rico, buen mozo, *Flugeladjutant* del emperador, tiene muy buenas relaciones y, a pesar de todo esto, es un buen muchacho. Según lo que yo he visto de él, no solo es un buen chico, sino que se distingue por su instrucción e inteligencia; en fin, es hombre que hará carrera.

Lievin se entristecía más y callaba.

—Pues bien —continuó Stepán Arkádich—, parece que después de tu marcha, según dicen, se enamoró de Kiti; ya comprenderás que la madre...

—Dispénsame, yo no comprendo nada —contestó Lievin, cada vez más sombrío, pues le asaltaba el recuerdo de Nikolái y tenía remordimientos por haberlo olvidado.

—Espera —dijo Oblonski, tocándole el brazo y sonriendo—; te he dicho lo que sabía, pero repito que en mi opinión las ventajas están de tu parte.

Lievin palideció y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Yo te aconsejaría decidirte de una vez —continuó Oblonski, y le llenó la copa.

—Gracias, no quiero más —le dijo Lievin y apartó la copa de vino—. Temo embriagarme. Bueno, ¿y tú qué tal? —continuó procurando cambiar de tema.

—Una palabra más. Decídate, pero no vayas hoy —dijo Stepán Arkádich— vete mañana por la mañana, a la vieja usanza, y pide la mano de Kiti. ¡Y que Dios te ayude!

—¿Por qué no has venido a cazar nunca en mis tierras, según me lo prometiste? —preguntó de pronto—. No dejes de ir cuando llegue la primavera.

Lievin se arrepentía ahora sinceramente de haber tratado de aquel asunto con Oblonski; sus más íntimos sentimientos se resentían por lo que acababa de saber sobre las pretensiones rivales de un oficial de San Petersburgo y también por los consejos y suposiciones de Stepán Arkádich. Este comprendió lo que pasaba en el alma de su amigo y no pudo menos de sonreír.

—Bien quisiera ir un día u otro —contestó—; pero ya lo ves: las mujeres son el resorte que todo lo mueve en este mundo. El caso es que me encuentro en un

conflicto muy grave, y todo a causa de las mujeres. Dame un consejo con franqueza —añadió Stepán Arkádich, con el cigarro en una mano y la copa en la otra.

—¿Sobre qué?

—Voy a decírtelo: supón que eres casado, que amas a tu esposa y que te enamoras de otra mujer.

—Dispénsame —repuso Lievin—; no te comprendo; eso es para mí como si al acabar de comer robase un pan al pasar por delante de una tahona.

Al oír esto, los ojos de Stepán Arkádich brillaron más que de costumbre.

—¿Y por qué no habías de hacerlo? El pan tierno tiene a veces tan buen gusto que podría ser difícil resistir la tentación.

*Himmlisch ist's wenn ich bezwungen  
Meine irdische Begier;  
Aber doch wenn's nicht gelungen,  
Hatt'ich auch recht hübsch Plaisir!*

Al recitar aquello, Stepán Arkádich sonreía maliciosamente.

Lievin no pudo menos de sonreírse.

—Bromas a un lado —continuó Oblonski—. Imagínate una mujer encantadora, modesta, cariñosa, que todo lo ha sacrificado, que es pobre y está aislada: ¿sería justo abandonarla una vez hecho el mal? Supongamos que sea necesario romper para no perturbar la vida doméstica; en este caso se ha de tener lástima y dulcificar la separación, pensar en el porvenir.

—Ya sabes —repuso Lievin— que para mí hay dos clases de mujeres, o mejor dicho, hay mujeres y... Yo no he hallado nunca bellas arrepentidas, sino damas como esa francesa del mostrador, con sus rizos y adornos; todas ellas me repugnan, así como las que se han enfangado.

—¿Y qué me dices del evangelio?

—Déjame en paz con el evangelio. Jesucristo no hubiera pronunciado jamás las palabras que dijo si le hubiera sido dado a conocer el mal uso que de ellas se haría; eso es todo lo que se retiene del evangelio. Por lo demás, reconozco que es una impresión personal y no otra cosa. A mí me disgustan las mujeres caídas, como a ti las arañas; para esto no has tenido necesidad de estudiar las costumbres de esos insectos ni yo las de esas mujeres.

—Es muy cómodo juzgar así; tú haces como aquel personaje de Dickens que arrojaba con la mano izquierda por encima del hombro derecho todas las preguntas espinosas; pero negar un hecho no es contestarme. ¿Qué hacer? Dime qué debo hacer. La mujer envejece, mientras que uno se siente pletórico de vida. Sin advertirlo casi, se encuentra ante una situación, cuando ya no ama a su propia mujer por mucho que la respete. Y si encima, conoce a otra mujer, ¡está uno perdido! ¡Perdido del todo! —

dijo Stepán Arkádich con desesperación.

Lievin sonrió irónicamente.

—Sí, estoy perdido —continuó Oblonski— ¿qué debo hacer?

—No robar el pan tierno.

Stepán Arkádich soltó la carcajada.

—¡Oh moralista! Pero hazte cargo de la situación. Hay dos mujeres: la una se prevale de sus derechos y estos se reducen a tu amor, que ya no puedes otorgarle, mientras que la otra los sacrifica todos sin exigir nada. ¿Qué se ha de hacer? ¿Cómo se procederá en este caso? Es un drama espantoso.

—Si quieres conocer mi opinión, te diré que no creo en el drama, y voy a decirte por qué. A mi modo de ver, el amor, o más bien los dos amores, tales como los caracteriza Platón en su *Banquete*, ya te acordarás, sirven de piedra de toque a los hombres: los unos solo comprenden uno de aquellos; los otros no los comprenden; y los que no conocen el amor platónico no tienen motivo alguno para hablar de drama. ¿Y puede existir en tales condiciones? «Estoy muy agradecido por el recreo de que he disfrutado.» He aquí todo el drama. El amor platónico no puede conocer otra cosa, porque en él todo es claro y puro, porque...

De repente, Lievin recordó sus propias faltas y las luchas interiores que había debido sostener, y añadió de una manera inesperada:

—Bien mirado, tal vez tengas razón; es muy posible. Yo no estoy en condiciones de aconsejar...

—Ya lo ves —repuso Stepán Arkádich—; tú eres hombre de una sola pieza; es tu mejor cualidad y también tu defecto. Porque tienes ese carácter, querrías que toda la vida se compusiera de acontecimientos también de una pieza. Así, por ejemplo, desprecias el servicio del estado porque no ves ninguna influencia social útil y porque, según tú, cada acto debería responder a un objeto preciso; quisieras que el amor y la vida conyugal no fuesen sino una cosa. Todo esto no existe; y además, el encanto, la variedad y la belleza de la vida consisten precisamente en los matices.

Lievin suspiró sin contestar; ya no escuchaba, y pensaba solo en sus propios asuntos.

De pronto comprendieron los dos que aquella comida que hubiera debido acrecentar su intimidad, los distanciaba, aunque sin alterar su afecto; cada cual no pensó ya sino en lo que lo concernía, sin cuidarse de su compañero. Oblonski conocía este fenómeno, por haber hecho la experiencia varias veces después de comer, y también sabía lo que debía hacerse en tal caso.

—¡La cuenta! —gritó.

Y levantóse para pasar a un gabinete inmediato, donde encontró un ayudante de campo amigo suyo con quien trabó al punto conversación sobre una actriz y su protector. Esta conversación alivió a Oblonski del efecto que le produjera la que

había tenido con Lievin, pues su amigo le ocasionaba una tensión de espíritu muy fatigosa siempre.

Cuando el mozo se presentó con la cuenta de veintiséis rublos con algo, sin olvidar de propina, Lievin, que como campesino se habría espantado en cualquiera otra ocasión al ver que debía pagar catorce rublos por su parte, no fijó la atención en ello; pagó y se fue a su casa para cambiar de traje, a fin de asistir a la reunión de los Scherbatski, donde se iba a decidir su suerte.

## XII

LA joven princesa Kiti Scherbátskaia tenía dieciocho años, y aquel invierno hacía por primera vez su presentación en el mundo aristocrático; pero ya tenía más partido que sus dos hermanas mayores, más del que su madre hubiera esperado. Sin hablar de toda la juventud dorada de Moscú, más o menos enamorada de Kiti, se habían presentado ya dos pretendientes muy notables: Lievin y, después de su marcha, el conde Vronski.

Las frecuentes visitas de Lievin y su evidente amor a Kiti habían sido tema de las primeras conversaciones serias entre el príncipe y la princesa sobre el porvenir de su hija menor, conversaciones que degeneraron a menudo en debates muy vivos. El príncipe optaba por Lievin, diciendo que no deseaba mejor partido para Kiti; pero la princesa, con esa habilidad peculiar de las mujeres para cambiar el giro de la conversación, contestaba que Kiti era muy joven, que no manifestaba mucha inclinación por Lievin y que este no parecía abrigar intenciones formales... Sin embargo, no era este el fondo de su pensamiento; lo que no decía era que esperaba un partido más brillante, que Lievin no le era simpático, ni lo comprendía tampoco; por eso se alegró mucho cuando se enteró de que se había marchado inopinadamente.

—Ya ves que yo tenía razón —dijo con aire triunfante a su esposo.

Mayor fue su satisfacción cuando Vronski ingresó en las filas de los pretendientes, pues con esto se acrecentó su esperanza de casar a Kiti no solamente bien, sino con un hombre de brillante posición.

Para la princesa no había comparación posible entre los dos pretendientes: lo que le disgustaba de Lievin era su manera brusca y extravagante de juzgar las cosas, su rudeza en sociedad, que atribuía a orgullo, y su género de vida salvaje en el campo, donde solo se ocupaba de sus trabajadores y de las bestias. Y les desagradaba sobre todo que Lievin, enamorado de Kiti, hubiera frecuentado la casa durante seis semanas con el aire de un hombre que, vacilando y observando, se preguntase si, al declararse, no dispensaría demasiado honor a la familia. ¿Cómo no comprendía que es un deber explicar sus intenciones cuando se visita con asiduidad a una familia que tiene una hija casadera?

«Es una fortuna —pensaba la princesa— que tenga tan poco atractivo y que Kiti no se haya enamorado de él.»

Vronski, por el contrario, llenaba todos sus deseos: era rico, inteligente y de noble alcurnia; tenía una brillante carrera y además se distinguía por su físico. ¿Qué más se podía ambicionar? Hacía la corte a Kiti, bailaba con ella y se había hecho presentar a los padres. ¿Cómo dudar de sus intenciones? Y, sin embargo, la pobre madre pasaba el invierno muy inquieta.

Cuando la princesa se casó, hacía unos treinta años, se había arreglado su

matrimonio por mediación de una tía. El novio, de quién se sabía todo ya algún tiempo antes, fue a verla y a dejarse ver; la entrevista resultó favorable; y la tía, encargada del asunto, había dado cuenta al uno y a la otra de la impresión producida; después se hizo a los padres la demanda oficial en el día indicado, y una vez admitida, todo ocurrió sencilla y naturalmente. La princesa recordaba esto; pero cuando se trataba de casar a sus hijas, aprendió por experiencia hasta qué punto esta cuestión, tan sencilla al parecer, era en realidad difícil y complicada.

¡Cuántas inquietudes y preocupaciones, cuánto dinero gastado y cuántas luchas con su esposo cuando fue preciso casar a Daria y a Natalia! Ahora debía pasar por las mismas inquietudes y discusiones, más penosas aún. El anciano príncipe, como todos los padres, era comúnmente quisquilloso en todo lo referente al honor y a la pureza de sus hijas, y miraba sobre todo por Kiti, su favorita. A cada instante promovía altercados con la princesa, acusándola de comprometer a la niña. La madre, acostumbrada a esas escenas desde antes de casar a sus hijas mayores, se confesaba ahora que la susceptibilidad exagerada de su marido tenía su razón de ser. Muchas cosas habían cambiado en las costumbres de la sociedad, y los deberes de una madre iban siendo cada vez más difíciles. Muchachas de la edad de Kiti se reunían libremente, asistían a diversos cursos, eran muy desenvueltas en sus costumbres con los hombres, se paseaban solas en coche, muchas de ellas no hacían ya reverencia a los mayores, y lo más grave de todo era que cada cual se creía íntimamente convencida de que la elección de esposo le correspondía a ella solo y no a los padres. «Ahora no se casa nadie como antes», pensaban y decían las jóvenes, y hasta las viejas. «¿Pues cómo se casan ahora?», preguntaba la princesa. Nadie la informaba sobre este punto. La costumbre francesa, que concede a los padres el derecho de resolver la suerte de sus hijos, no se aceptaba, y hasta se criticaba vivamente; la costumbre inglesa, que deja en completa libertad a las hijas, no se juzgaba admisible, y la costumbre rusa, que consiste en casar por mediación de un tercero se consideraba como un resto de barbarie. Pues ¿cómo arreglarse para proceder bien? Nadie sabía nada. Todos aquellos con quienes la princesa había hablado le contestaban la misma cosa: «Ya es tiempo —decían— de renunciar a esas antiguas ideas; los jóvenes son los que se casan, y no los padres; de modo que ellos son los que se han de arreglar como lo entiendan». Razonamiento muy cómodo para aquellos que no tienen hijas. La princesa comprendía que al permitir a Kiti tratar con jóvenes, se exponía al verla enamorada de alguno que no quisiera casarse o que no fuera un buen esposo; y, por más que le dijeran que en nuestro tiempo los jóvenes deben decidir su suerte ellos mismos, aquellas razones no podían convencerla, como no la hubiesen convencido si le afirmaran que un arma cargada es el mejor juguete para un niño de cinco años. He aquí por qué Kiti constituía para ella la máxima preocupación.

En aquel instante temía, sobre todo, que Vronski no se limitase solo a cortejarla;

Kiti estaba enamorada, lo comprendía muy bien, y solo podía tranquilizarles al pensar que Vronski era un caballero; pero con la libertad de relaciones últimamente admitida en sociedad, era fácil trastornar la cabeza a una chica, sin que esta especie de delito inspirase el menor escrúpulo a un hombre de mundo. La semana anterior Kiti había referido a su madre una de sus conversaciones con Vronski durante el mazurca, y el diálogo pareció tranquilizador a la primera, aunque sin desvanecer todos sus temores. Vronski había dicho a Kiti que su hermano y él estaban tan acostumbrados a someterse en todo a su madre, que no hacían nunca nada importante sin consultar con ella. «En este momento —había añadido— espero la llegada de mi madre como una gran felicidad.»

Kiti repitió estas palabras sin darles importancia, pero la madre las tomó en un sentido conforme a sus deseos. Sabía que se esperaba a la anciana condesa, y que esta quedaría satisfecha de la elección de su hijo; pero entonces, ¿por qué el joven parecía temer ofenderla declarándose antes de su llegada? A pesar de estas contradicciones, la princesa interpretó favorablemente la actitud del pretendiente.

Por mucho que sintiese el infortunio de su hija mayor, Dolli, que pensaba en separarse de su esposo, la absorbían completamente sus preocupaciones respecto al porvenir de Kiti. La llegada de Lievin aumentó su inquietud, pues temió que su hija, por un exceso de delicadeza, rehusase la petición de Vronski en recuerdo del cariño que un momento profesó a Lievin. A su modo de ver, aquel regreso lo embrollaría todo, retardando un desenlace tan deseado.

—¿Ha llegado hace mucho tiempo? —preguntó a su hija al entrar.

—Hoy mismo, mamá.

—Solo quiero advertirte una cosa —comenzó a decir la princesa.

Por su expresión de gravedad, Kiti adivinó de qué se trataba.

—Mamá —interrumpió ruborizándose vivamente—, te ruego que no digas nada; ya sé lo que piensas.

Participaba de las ideas de su madre; pero los motivos que determinaban el deseo de esta la ofendían.

—Quiero decir solamente que habiendo dado esperanzas a uno...

—Querida mamá, por Dios, no me digas nada, porque temo hablar.

—No diré nada —contestó la madre, viendo lágrimas en los ojos de su hija—; pero solo una palabra: tú me has prometido no tener secretos para mí.

—Jamás —exclamó Kiti, mirando a su madre de frente y ruborizándose—; nada tengo que decir ahora ni podría aunque quisiera; yo no soy...

«No, con esos ojos no puede mentir», pensó la madre, sonriendo al observar la emoción de Kiti, y pensando cuán enorme e importante le tenía que parecer a la niña lo que pasaba en su corazón.



## XIII

**D**ESPUÉS de comer, y a la entrada de la noche, Kiti experimentó una impresión análoga a la que debe de sentir un joven en la víspera de un primer lance de honor: su corazón latía con violencia y le era imposible coordinar sus ideas.

Aquella noche en que «ellos» se encontrarían por primera vez, decidiría su suerte; Kiti lo pensaba así, y en su imaginación creía verlo tan pronto a su lado como lejos. Al pensar en el tiempo pasado, se fijaba con placer, casi con ternura, en los recuerdos que se referían a Lievin, y todo le comunicaba un encanto poético: la amistad que le unía con su hermano, muerto ya, y sus relaciones de la infancia; le era grato pensar en él y decirse que lo amaba, pues Kiti no dudaba de su amor, y se enorgullecía de él. Hasta experimentaba cierto malestar cuando pensaba en Vronski, pareciéndole ver en sus relaciones algo falso, porque poseía en alto grado la calma y la sangre fría de un hombre de mundo, manteniéndose siempre igualmente amable y natural. Todo era claro y sencillo en sus relaciones con Lievin; pero mientras que Vronski le presentaba perspectivas deslumbradoras y un porvenir brillante, el que le ofrecía Lievin quedaba oscurecido entre la bruma. Después de comer, Kiti subió a su cuarto para vestirse. De pie ante su espejo, se convenció de que era una belleza, y, cosa importante aquella noche, que disponía de todas las fuerzas, porque estaba tranquila y en plena posesión de sí misma.

Cuando bajaba al salón, a eso de las siete y media, un criado anunció:

—Konstantín Dmítrich Lievin.

La princesa estaba todavía en su cuarto y el príncipe no había llegado aún. «Ya está aquí», pensó Kiti, y toda su sangre afluyó a su corazón. Al pasar por delante de un espejo, se asustó de su palidez.

Ya no podía dudar que Lievin había venido temprano para encontrarla a solas y declararse; y la situación se le apareció por primera vez bajo un nuevo aspecto; no se trataba de ella sola ni de saber con quién sería feliz y a quién debía dar la preferencia; comprendió que sería preciso zaherir el amor propio de un hombre a quien amaba y ofenderlo cruelmente. ¿Y por qué? Porque el pobre muchacho estaba enamorado de ella; pero Kiti no podía hacer nada.

«¡Dios mío!, ¿es posible que haya de hablarle yo misma —se preguntaba Kiti— y que deba decirle que no lo amo? Esto no es verdad; pero ¿le diré que amo a otro? Es imposible. Huiré, sí, huiré.»

Ya se acercaba a la puerta cuando oyó los pasos de Lievin: «No —se dijo—; no estaría bien que me fuera. ¿De qué he de tener miedo? Yo no he hecho daño a nadie; y suceda lo que quiera, diré la verdad. Con él no debo inquietarme... Ahí está» —añadió mentalmente al verlo aparecer, con sus robustas formas y sus ojos brillantes, pero siempre tímido.

Kiti lo miró fijamente, con una expresión que parecía implorar su auxilio, y le ofreció la mano.

—Me parece que he venido demasiado pronto —dijo Lievin, pasando su mirada por el salón vacío. Y comprendiendo que no se había defraudado su esperanza y que nada le impedía hablar, se oscureció su frente.

—¡Oh, no! —contestó Kiti, sentándose cerca de la mesa.

—Precisamente yo lo deseaba así, a fin de encontrar a usted sola —comenzó a decir Lievin, sin sentarse y sin mirar a la joven, a fin de no perder su ánimo.

—Pronto vendrá mamá —contestó Kiti—; ayer se cansó mucho, y...

La joven hablaba sin darse cuenta de lo que decía, y mirando siempre a su interlocutor con expresión suplicante y cariñosa.

Lievin se volvió hacia ella, y esto la hizo ruborizarse.

—Manifesté a usted ayer —dijo— que ignoraba si permanecería aquí largo tiempo, y que esto dependía de usted.

Kiti inclinó la cabeza cada vez más; no sabiendo qué contestar a lo que iba a decirle.

—Que esto dependía de usted... —repitió Lievin—. Quería decir..., decir..., para eso he venido..., que... ¿Consentiría usted en ser mi mujer? —murmuró sin saber lo que decía, aunque con la idea de haber dado el paso más difícil. Hecha esta pregunta, se detuvo y miró a la joven.

Kiti no levantó la cabeza; respiraba fatigosamente y su corazón rebosaba de contento; jamás había creído que aquella declaración amorosa pudiera causarle una impresión tan viva; pero fue instantánea. Kiti se acordó de Vronski, y fijando en Lievin su mirada sincera y limpia, le contestó con acento breve, a pesar de su expresión desesperada:

—No puede ser... Perdóneme.

¡Qué cerca de él estaba y qué necesaria era para su vida! ¡Cuánto se alejaba de improviso y hasta qué punto se convertía para él en una extraña, en un ser inalcanzable!

—No podía ser de otro modo —replicó sin mirarla. Y saludándola, quiso alejarse.

## XIV

**L**A princesa entró en aquel preciso instante, y en sus facciones se pintó el terror al ver a los dos jóvenes solos, con la fisonomía alterada. Lievin se inclinó sin decir cosa alguna, y Kiti guardaba silencio sin levantar la vista. «A Dios gracias, habrá rehusado», pensó la madre. Y en sus labios apareció la sonrisa con que recibía a sus invitados los jueves.

Se sentó e interrogó a Lievin sobre su género de vida en el campo. Su interlocutor tomó asiento también, con la esperanza de esquivarse cuando llegaran los invitados.

Cinco minutos después anunciaron a una amiga de Kiti, casada desde el invierno anterior: era la condesa de Nordston, mujer seca, de cutis amarillento, nerviosa y enfermiza, y que se hacía notar por sus grandes ojos, negros y brillantes. Quería a Kiti, y su afecto, como el de toda mujer casada por una joven, no parecía tener otro objeto que el procurarle un casamiento según sus ideas de felicidad conyugal; su candidato era Vronski. Lievin, a quien encontraba con frecuencia en casa de los Scherbatski a principios del invierno, la desagradaba por sus maneras campesinas, y su mayor placer cuando la encontraba consistía en mortificarlo.

«Me agrada bastante que me mire desde su encumbrada posición y no me entretenga con sus conversaciones sabias, porque soy demasiado ignorante para que consienta en tratarse conmigo. Me alegro mucho de serle antipática», decía siempre al hablar de él.

Lievin, efectivamente, no podía sufrirla, despreciando en ella aquello de que más se jactaba la condesa: su nerviosismo, su refinado desdén para todo lo que juzgaba material y tosco.

Entre Lievin y la condesa Nordston se estableció, pues, ese género de relaciones que con frecuencia se encuentran en el mundo, y por las que dos personas, amigas al parecer, se desprecian en el fondo de tal manera que ya no se pueden ofender por lo que se digan mutuamente.

La condesa la emprendió al punto con Lievin

—¡Ah, Konstantín Dmítrich! —exclamó, ofreciendo su pequeña mano seca—. Ya está usted de vuelta en nuestra abominable Babilonia, como llamaba a Moscú el invierno pasado. ¿Es Babilonia la que se ha convertido o es usted quien se ha viciado? —preguntó, mirando de soslayo a Kiti con burlona sonrisa.

—Me lisonjea mucho, condesa, que recuerde usted con tanta exactitud mis palabras —contestó Lievin, que, habiendo tenido tiempo para recobrase, tomó al pronto el tono agridulce propio de sus relaciones con aquella dama—; se conoce que la impresionaron a usted muchísimo.

—¡Ya lo creo! ¡Como que tomé nota de ellas! ¿Y qué tal, Kiti, has ido hoy también a patinar?

Y comenzó a conversar con su joven amiga.

Aunque no fuera conveniente retirarse en aquel momento, Lievin hubiera preferido cometer esta torpeza al suplicio de permanecer allí toda la noche, viendo a Kiti observarlo a hurtadillas y evitando su mirada. Cuando intentó levantarse, la princesa, que pareció adivinar su propósito, le dijo:

—¿Cuenta usted permanecer mucho tiempo en Moscú? ¿No es usted ya el miembro *dezemstvo* en su distrito?

—No, princesa, he renunciado a esas funciones, y estaré aquí solo pocos días.

«Alguna cosa ha pasado aquí —pensó la condesa, observando la fisonomía severa y grave de Lievin—; no quiere pronunciar alguno de sus discursos acostumbrados, pero yo le haré hablar; nada me divierte tanto como ponerlo en ridículo delante de Kiti.»

—Lievin —dijo—, usted que lo sabe todo, hágame el favor de explicarme cómo es que en nuestra tierra de Kaluga los campesinos y sus mujeres se han gastado todo lo que tenían en bebida y rehúsan pagar los arriendos. Usted, que siempre elogia a esas gentes, me podría decir qué significa esto.

En aquel momento entró una dama en el salón, y Lievin se levantó.

—Dispéñeme usted, condesa —replicó—, pues yo no sé nada de eso y no puedo contestarle.

Y fijó su atención en un oficial que entraba detrás de la dama.

«Ese debe de ser Vronski», pensó; y para asegurarse dirigió una mirada a Kiti, que había tenido ya tiempo de ver al recién llegado y observar a Lievin. Este último se convenció al ver los brillantes ojos de la joven, que lo amaba de veras, y lo comprendió tan claramente como si ella se lo hubiera confesado.

¿Cómo era aquel hombre a quien Kiti quería? Quiso saberlo y pensó que debía quedarse para averiguarlo.

En presencia de un rival feliz, muchos hombres están dispuestos a negar sus buenas cualidades, sin ver más que sus defectos; mientras que otros, por el contrario, solo piensan en averiguar qué méritos le han valido el triunfo, y con el corazón ulcerado solamente descubren aquellos. Lievin era de estos últimos, y no le fue difícil reconocer que Vronski tenía atractivos; esto saltaba a la vista. Moreno, mediana estatura y bien formado, poseía bellas facciones, de expresión benévola y serena; y todo en su persona, desde el cabello, negro y corto, hasta su uniforme, era sencillo y elegante.

Vronski dejó pasar a la dama que entraba al mismo tiempo, se acercó enseguida a la princesa y después a Kiti. Le pareció a Lievin que al aproximarse a la joven sus ojos tomaron una expresión de ternura, y que su sonrisa era de triunfo; alargó su mano, algo pequeña, y se inclinó respetuosamente.

Después de saludar a las personas presentadas y de cambiar algunas palabras, se

sentó sin haber dirigido la mirada a Lievin, que no lo perdía de vista.

—Permítanme ustedes, caballeros —dijo la princesa, indicando con un ademán a Lievin—, presentarles uno a otro —y dirigiéndose sucesivamente a los dos, añadió—: Konstantín Dmítrich Lievin; el conde Alexiéi Kirílovich Vronski.

Este último se levantó y fue a estrechar amistosamente la mano de Lievin.

—Me parece —dijo con franca sonrisa— que debíamos haber comido juntos el invierno pasado; pero su repentina marcha al campo lo impidió.

—Lievin desprecia la ciudad y sus habitantes, y huye de una y de otros —dijo la condesa.

—Supongo que mis palabras la impresionaron a usted vivamente, puesto que tan bien las recuerda —dijo Lievin. Y comprendiendo que repetía lo que poco antes había dicho, se ruborizó.

Vronski miró a Lievin y a la condesa y sonrió.

—¿De modo que sigue usted viviendo en el campo? —preguntó Vronski—. Debe de ser muy triste en invierno.

—No cuando hay ocupación —replicó Lievin con tono adusto—, y además nadie se aburre consigo mismo.

—A mí me gusta mucho el campo —dijo Vronski, notando el tono de Lievin, pero fingiendo no advertirlo.

—Supongo que no consentiría usted en vivir siempre allí —dijo la condesa.

—No lo sé, porque nunca he resistido mucho tiempo; pero debo decir que jamás eché tanto de menos la verdadera campiña rusa como durante el invierno que pasé en Niza con mi madre. Esta ciudad es muy aburrida; y en cuanto a Nápoles y Sorrento, no valen tanto como se dice. Allí es donde se recuerda más vivamente nuestra patria, y sobre todo su campiña...

Vronski hablaba tan pronto a Kiti como a Lievin, fijando su mirada benévola sucesivamente en una y en otro. Advirtió que la condesa Nordston quería decir algo, se detuvo, sin terminar la frase y se puso a escuchar con atención.

La conversación no languideció un instante, tanto que la anciana princesa no necesitó apelar a los recursos extremos para animarla en el caso de que el silencio se hubiese prolongado; en estos casos su artillería pesada, era la enseñanza clásica y moderna y el servicio militar obligatorio. En cuanto a la condesa, no tuvo ocasión para seguir mortificando a Lievin.

Este último quería tomar parte en la conversación general y no podía; se repetía a cada momento que iba a retirarse, y, sin embargo, permanecía allí cual si hubiera esperado alguna cosa.

Se habló de las mesas giratorias y de los espíritus; y la condesa, que era espiritista, comenzó a referir las maravillas que había presenciado.

—Condesa, en nombre del cielo, hágame usted ver esas cosas —dijo Vronski,

sonriendo—, pues jamás he conseguido descubrir nada extraordinario, por mucha que fuera mi voluntad.

—Muy bien, esto se hará el sábado próximo —repuso la condesa—. ¿Y usted cree en ello, amigo mío? —preguntó a Lievin.

—¿Por qué me pregunta usted eso, sabiendo muy bien lo que contestaré?

—Porque quisiera conocer su opinión.

—Pues mi opinión es —contestó Lievin— que las mesas giratorias nos prueban hasta qué punto nuestra buena sociedad está atrasada, no siendo por tal concepto muy superior a nuestros campesinos. Estos creen en el mal de ojo, en los hechizos, en las metamorfosis, y nosotros...

—Entonces, ¿usted no cree...?

—No puedo creer, condesa.

—Pero ¿y si le dijese a usted que yo misma he visto?

—Las campesinas dicen también que han visto el *domovoi*<sup>[11]</sup>.

—Entonces ¿cree usted que yo no digo la verdad?

Y comenzó a reír. Su risa denotaba cierta molestia.

—Nada de eso, Masha —interrumpió sencillamente Kiti, ruborizándose—. Konstantín Dmítrich dice tan solo que no cree en el espiritismo.

Lievin iba a contestar con enojo, cuando Vronski intervino, y con su amable sonrisa consiguió que la conversación se mantuviera en los límites de una estricta cortesía.

—¿No admite usted en absoluto la posibilidad? —preguntó—. ¿Por qué? ¿No admitimos la existencia de la electricidad, sin comprenderla tampoco? ¿Por qué no pudiera haber una fuerza nueva, desconocida aún que...?

—Cuando se descubrió la electricidad —interrumpió Lievin con viveza —solo se habían visto los fenómenos, sin saber qué los producía ni de dónde provenían; y han pasado siglos antes que se pensara en hacer su aplicación. Los espiritistas, por el contrario, comenzaron por sus mesas giratorias, evocando a los espíritus, sin demostrar nada científicamente.

Vronski escuchaba atentamente, como siempre lo hacía, interesándose al parecer en aquellos razonamientos.

—Sí —repuso—; pero los espiritistas dicen: ignoramos aún qué fuerza es esa, aunque reconociendo que existe y obra en condiciones determinadas; a los sabios es a quienes corresponde descubrir ahora en qué consiste. ¿Por qué no existiría efectivamente una nueva fuerza si...?

—Porque —interrumpió Lievin— siempre que frote usted lana con resina producirá en electricidad un efecto seguro y conocido; mientras que el espiritismo no da ningún resultado cierto; de modo que sus efectos no se podrían considerar como fenómenos de naturaleza física.

Vronski, comprendiendo que el diálogo tomaba un carácter demasiado serio para un salón, no contestó, y a fin de cambiar de tema, dijo a las damas, sonriendo alegremente:

—¿Por qué no hacer un ensayo? ¿Qué le parece, condesa?

Pero Lievin quería apurar su demostración.

—La tentativa de los espiritistas para explicar sus milagros por una fuerza nueva —dijo— no puede dar resultado alguno en mi concepto; proclaman una fuerza sobrenatural, y quieren someterla a una prueba material.

Todos esperaban que acabase de hablar, y Lievin lo comprendió.

—Yo creo —dijo la condesa— que usted sería un médium excelente, porque no le falta entusiasmo.

Lievin abrió la boca para contestar, pero no dijo nada y se ruborizó.

—Vamos, señoras, hagamos la prueba con las mesas —dijo Vronski—. ¿Lo permite usted, princesa?

Y el joven se levantó, buscando con la vista una mesilla.

Kiti se puso en pie, y sus ojos se encontraron con los de Lievin, de quien se compadecía tanto más cuanto que era la causa de su dolor. «¡Perdóneme usted, si puede —decía su mirada—; soy tan feliz!» «Aborrezco al mundo entero, incluso a usted y a mí», contestaba la mirada de Lievin. Y se alejó en busca de su sombrero.

—Pero la suerte le fue adversa esta vez también; cuando se disponía a salir, el anciano príncipe entró y, después de saludar a las damas, se apoderó de Lievin.

—¡Ah! —exclamó con alegría—. Ignoraba que estuvieses aquí. ¿Desde cuándo? Me complace mucho verlo.

El príncipe trataba a Lievin tan pronto de «tú» como de «usted». Lo agarró del brazo, y no hizo aprecio de Vronski, que estaba en pie detrás, esperando tranquilamente a que el príncipe lo viera para saludarlo.

Kiti comprendió que la amistad de su padre debía resultar dolorosa a Lievin después de lo ocurrido; y también observó que el anciano príncipe contestaba fríamente al saludo de Vronski. Este último, sorprendido por aquella glacial acogida, parecía preguntarse por qué el padre de Kiti no podría estar amistosamente dispuesto en su favor.

—Príncipe —dijo la condesa—, devuélvame usted a Lievin, pues queremos hacer un experimento.

—¿Qué experimento? ¿Se trata de hacer girar los veladores? Pues bien me dispensarán ustedes: pero a mi modo de ver, el juego de la ardilla sería más divertido —dijo el príncipe mirando a Vronski a quien consideraba como el autor de la diversión.

Vronski fijó su mirada de asombro en el anciano príncipe y se volvió hacia la condesa de Nordston, sonriendo; un momento después hablaban de un baile que se

debía celebrar la semana siguiente.

—Espero que no faltará usted —dijo a Kiti.

Apenas el príncipe lo hubo dejado, Lievin se esquivó; y la última impresión que conservó de aquella noche fue el rostro risueño de Kiti al contestar a Vronski sobre el baile.



## XV

**A**QUELLA misma noche, Kiti refirió a su madre lo que había pasado entre ella y Lievin. Aunque sentía haberlo afligido, halagaba su amor propio que la hubiera pedido por esposa; pero aun teniendo la convicción de haber obrado bien, pasó mucho tiempo sin que pudiera dormir. Lo que más la impresionaba era recordar el aspecto de su pretendiente cuando, en pie junto a su padre, fijaba en ella y en Vronski una mirada sombría y triste. Entonces las lágrimas se agolparon a sus ojos; mas pensando en tal instante en aquel que lo reemplazaba, se representó vivamente sus varoniles y hermosas facciones, su calma llena de dignidad y su expresión benévola; recordó el amor que le manifestaba, y en su alma renació la alegría.

«¡Esto es triste, muy triste —se decía—; pero yo no puedo hacer nada ni tengo la culpa!» Sin embargo, una voz interior le repetía lo contrario, y por eso no era su dicha tan completa. ¿Por qué experimentaba aquel arrepentimiento? ¿Por haberlo atraído o por haber rechazado su petición? Kiti no lo sabía, pero las dudas enturbiaban su felicidad. De modo que hasta el momento de dormirse no dejó de repetir: «¡Señor, Señor, compadeceos de mí!».

Entretanto, en el gabinete del príncipe se había producido una de esas escenas que tan a menudo se repetían entre los esposos acerca de su hija preferida.

—¡Ya te diré lo que es! —repetía el príncipe, levantando un brazo—. No tienes orgullo ni dignidad y estás perdiendo a nuestra hija, buscándole esposo de una manera baja y ridícula.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué he hecho yo? —contestaba la princesa, casi llorando.

Había ido a dar las buenas noches a su esposo como de costumbre, muy satisfecha de la conversación que acababa de tener con su hija; y sin decir palabra sobre la petición de Lievin, se había permitido hacer una alusión sobre el proyecto de matrimonio con Vronski, considerando el asunto como cosa resuelta. Con este motivo, el príncipe se había incomodado dirigiéndole las palabras más duras.

—¿Qué has hecho? —repetía—. Voy a decírtelo. En primer lugar, has traído aquí un hombre para casarlo, de lo cual se hablará en Moscú con justa razón. Si quieres tener reuniones, tenlas en buena hora; pero invita a todo el mundo y no a los pretendientes de tu elección. Haz venir a todos esos pisaverdes —así era como el príncipe llamaba a los jóvenes de Moscú— y a los elegantes bailarines; pero, ¡vive Dios!, no arregles entrevistas como las de esta noche. Esto me disgusta, aunque llene tu objeto. Has trastornado el seso a la pequeña con ese lechuguino. Lievin vale mil veces más que ese fatuo, hecho a máquina como sus semejantes, que están todos cortados por el mismo patrón. Aunque fuese un príncipe de sangre real, mi hija no necesita ir a buscar a ninguno.

—Pero ¿de qué soy culpable?

—De que... —gritó el príncipe, encolerizado.

—Bien sé que si hubiera de escucharte —interrumpió la princesa— no casaríamos nunca a nuestra hija, y para esto tanto valdría irnos al campo.

Seguramente sería mucho mejor.

—¡Espera! ¿Por qué dices que le estoy adulando? Nada de eso... Porque un hombre joven, bien parecido y enamorado, y que ella también...

—¡Eso es lo que a ti te parece! ¿Y si al fin se enamora la niña de veras y él no tiene la menor intención de casarse? Entonces no quisiera tener ojos para ver lo que sucederá. «¡Oh, el espiritismo! ¡Oh, Niza! ¡Oh, los bailes!» —y el príncipe, imitando a su esposa, hacía una reverencia después de cada frase—. ¡Bien satisfechos podremos estar cuando hayamos hecho desgraciada a Káteñka<sup>[12]</sup> y ella se empeñe!...

—Pero ¿por qué piensas eso?

—Yo no lo pienso; lo sé. Para eso tenemos los ojos nosotros los hombres, mientras que las mujeres estáis ciegas. Por una parte, veo un hombre de intenciones formales, que es Lievin; y por la otra, un lechuguino como ese caballerito que solo quiere divertirse.

—¡Vaya unas ideas!

—Ya las recordarás, aunque demasiado tarde, como sucedió con Dásheñka<sup>[13]</sup>.

—¡Vamos! Está bien, no hablemos más de ello —replicó la princesa, a quien el recuerdo de la pobre Dolli hizo enmudecer.

—¡Tanto mejor! Buenas noches.

Los esposos se abrazaron, haciéndose mutuamente la señal de la cruz, según costumbre, pero conservaron cada cual su opinión, y después se retiraron.

La princesa, persuadida poco antes de que la suerte de Kiti había quedado asegurada aquella noche, sintió debilitada su convicción por las frases de su esposo; y cuando volvió a su cuarto, pensando con terror en aquel porvenir desconocido, hizo como Kiti, repitió muchas veces las palabras: «¡Señor, Señor, compadeceos de nosotros!».

## XVI

**V**RONSKI no había conocido nunca la vida familiar. Su madre, mujer de mundo, muy brillante en su juventud, había tenido durante su matrimonio, y sobre todo después, aventuras novelescas, de las cuales todo el mundo habló. Vronski no había conocido a su padre, y se educó en el cuerpo de pajes.

Terminados sus estudios de una manera brillante, y apenas salido del cuerpo con el grado de oficial, comenzó a frecuentar los círculos militares más elegantes de San Petersburgo. Se presentaba en sociedad de cuando en cuando, pero todas sus aventuras amorosas se encontraban fuera de esta esfera.

En Moscú fue donde experimentó por primera vez el encanto de la sociedad familiar y del trato con una joven distinguida, amable y cándida, de la cual comprendió que era amado. Este contraste con la vida lujosa, pero ruda, de San Petersburgo lo sedujo, y no pensó que pudieran tener inconvenientes sus relaciones con Kiti. En el baile, la sacaba a bailar, la visitaba en casa de sus padres, hablaba con ella de bagatelas, como se hace en sociedad; pero cuanto le decía hubiera podido ser escuchado por cualquiera; y, sin embargo, no se le ocultaba que sus palabras tomaban un sentido particular al dirigirlas a Kiti, estableciéndose así entre ellos un lazo que cada día le era más querido. Lejos de creer que semejante conducta pudiera calificarse de tentativa de seducción, sin idea de matrimonio, se imaginaba simplemente haber descubierto una nueva diversión, y se aprovechaba de ella.

¡Cuál hubiera sido su asombro al saber que ocasionaría un profundo pesar a Kiti no casándose con ella! Seguramente no lo habría creído. ¿Cómo admitiría que aquellas agradables relaciones pudiesen ser peligrosas, y sobre todo que lo obligaran a casarse? Jamás había tomado en consideración la posibilidad del matrimonio, no solamente no comprendía la vida en familia, sino que desde su punto de vista como célibe, esta última, y en particular el marido, eran cosas extrañas, y sobre todo ridículas. Aunque Vronski no sospechase en absoluto la conversación a que había dado lugar, salió de casa de los Scherbatski con la persuasión de haber consolidado más aún el misterioso lazo que le unía con Kiti, tan íntimo ya, que era preciso adoptar una resolución, aunque ignoraba cuál.

«Lo más gracioso y agradable es —se decía, al volver de casa de los Scherbatski, experimentando, como siempre, un sentimiento de pureza y frescura, debido en parte al hecho de que no había fumado durante toda la noche pero, fundamentalmente, a la dicha de sentirse amado por Kiti— que sin pronunciar una palabra ni uno ni otro, nos entendemos tan perfectamente en el mudo lenguaje de las miradas y de las entonaciones, que hoy he podido comprender muy bien que me amaba, tan claramente como si lo hubiera dicho. ¡Qué amable es, qué sencilla y, sobre todo, qué confiada! Esto me hace mejor de lo que soy, pues siento que en mí hay un corazón y

alguna cosa de bueno. ¡Qué lindos son esos ojos enamorados! ¿Y después?... Nada... Esto me seduce y a ella también.»

Vronski reflexionó luego sobre lo que había de hacer para terminar la noche. «¿Iré al club —se preguntó— para beber un poco de champán con Ignátov? ¿Iré al *Château des Fleurs*, donde veré a Oblonski y me distraerá el canto y el cancán? No, esto sería enojoso. He aquí por qué me gusta ir a casa de los Scherbatski: me parece que soy mejor cuando salgo de allí. Volveré al hotel.» Así lo hizo, efectivamente, dirigiéndose a casa de Dussaux, donde tenía su habitación. Le sirvieron la cena, se desnudó y, apenas hubo apoyado la cabeza en la almohada, se durmió profundamente.

## XVII

**A**L día siguiente, a las once de la mañana. Vronski fue a la estación de San Petersburgo para buscar a su madre, que debía llegar de un momento a otro, y la primera persona a quien encontró en la escalera fue a Oblonski, que iba a esperar a su hermana.

—Buenos días, conde —le gritó Stepán Arkádich—. ¿Qué buscas por aquí?

—A mi madre —contestó Vronski, con la sonrisa habitual de todos los que encontraban a Oblonski; y estrechándole la mano, subió la escalera con su amigo—. ¡Hoy debe llegar de San Petersburgo

—¡Y yo te he esperado hasta las dos de la mañana! ¿Adónde has ido al salir de casa de los Scherbatski?

—A mi número —contestó Vronski—. A decir verdad, no tenía deseos de ir a ninguna otra parte; tan agradable me había parecido la reunión de los Scherbatski.

—Conozco a los cojos en el modo de andar, y en los ojos a los jóvenes enamorados —dijo Stepán Arkádich, repitiendo las palabras dichas a Lievin.

Vronski sonrió, cambiando al instante de conversación:

—¿Y a quién vienes a buscar? —preguntó.

—A una mujer muy bonita.

—¿De veras?

—*Honni soit qui mal y pense*: esa mujer es mi hermana Anna.

—¡Ah! ¿La señora Karénina? —preguntó Vronski.

—Seguramente la conoces.

—Me parece que sí, aunque tal vez podría engañarme —repuso Vronski con aire distraído. El nombre de Karénina evocaba en el joven el recuerdo de una persona tiesa y aburrida.

—Pero ¿conoces por lo menos a mi cuñado, Alexiéi Alexándrovich? Es conocido del mundo entero.

—Solamente lo conozco de reputación y de vista; sé que es muy sabio como hombre de ciencia; pero debes tener presente que ese *not in my line* —dijo Vronski.

—Sí, es un hombre notable, algo conservador, pero excelente —repuso Stepán Arkádich.

—Mejor para él —replicó Vronski, sonriendo—. ¡Ah, ya te veo! —gritó al divisar a la puerta de entrada a un anciano servidor de su madre—. Entra por aquí.

Vronski, así como todos los demás, experimentaba el mayor placer cuando veía a Stepán Arkádich, pero este placer era mucho mayor hacía algún tiempo, pues cuando le encontraba le parecía acercarse a Kiti. Lo cogió del brazo y le dijo alegremente:

—¿Obsequiaremos con una cena a la diva el domingo?

—Seguramente. Para ello he abierto una suscripción. Y dime, ¿tú no trabaste

anoche conocimiento con mi amigo Lievin?

—Sí; pero se marchó muy pronto.

—¿No te parece un buen muchacho?

—No sé por qué —dijo Vronski—, todos los moscovitas, excepto naturalmente aquellos a quienes hablo —añadió sonriendo—, tienen algo de rudo; todos se incomodan por la menor cosa y quieren siempre enseñar a los demás.

—Es cierto —dijo Stepán Arkádich, sonriendo también.

—¿Llega ya el tren? —preguntó Vronski, dirigiéndose a un empleado.

—Ya ha salido de la última estación.

El movimiento creciente, las idas y venidas, la aparición de los gendarmes y de los mozos de cuerda y la llegada de las personas que iban a esperar a los viajeros, todo indicaba que el tren estaba cerca. El tiempo era frío, y a través de la niebla se veían obreros con sus abrigos de invierno que pasaban silenciosamente entre los carriles de la vía; se oía el silbido de la máquina, y un cuerpo monstruoso parecía avanzar lentamente.

—No —dijo Stepán Arkádich, que deseaba revelar a Vronski las intenciones de Lievin respecto a Kiti—; tú no eres justo en tu opinión sobre mi amigo; es un hombre muy nervioso que a veces podría hacerse desagradable, pero también muy bueno. Tiene un alma generosa y sincera y un corazón de oro. Ayer podía tener motivos particulares para ser muy feliz o muy desgraciado —añadió Oblonski con una significativa sonrisa, olvidando completamente la simpatía que le inspirara Lievin la víspera, por la que sentía en aquel instante en favor de Vronski.

Este último se detuvo, y preguntó a su vez:

—¿Quieres decir que ha pedido la mano de tu *belle soeur*?

—Podría ser muy bien —contestó Stepán Arkádich—. Anoche me pareció así; y si se marchó temprano y de mal humor, fue sin duda porque no se atendió a su demanda. Hace tanto tiempo que está enamorado, que verdaderamente me da lástima.

—¿De veras? Pues yo creo que la niña podría pretender mejor partido —dijo Vronski, continuando su marcha—. Bueno, tampoco lo conozco; la situación debe de ser muy penosa... la culpa a su bolsillo, y aquí está en juego tu orgullo y honor. ¡Ah!, ya llega el tren.

En efecto, la pesada máquina se acercaba, y se produjo cierta agitación, divisándose muy pronto la locomotora, que disipaba a su paso la helada niebla. Lentamente, y a compás, la biela de la gran rueda parecía plegarse y desplegarse; el maquinista, con su abrigo cubierto de escarcha, hizo el saludo a la estación, y muy pronto apareció el furgón de los bagajes, que hizo retemblar el pavimento; detrás de él se vieron por fin los coches de viajeros, a los cuales imprimió una ligera sacudida la súbita detención del tren.

Un conductor de buena presencia, con pretensiones a la elegancia, saltó

ligeramente del coche, dando un silbido, y casi detrás de él bajaron los viajeros más impacientes: un oficial de la guardia, de aspecto marcial; un traficante afanoso y risueño, con su morral al hombro, y un campesino, provisto de un saco.

Vronski, en pie junto a Stepán Arkádich, contemplaba aquel espectáculo, olvidando por completo a su madre. Lo que acababa de saber respecto a Kiti le producía a la vez emoción y alegría: sus ojos brillaban, y lo enorgullecía la idea de su triunfo.

El conductor se acercó al joven y le dijo:

—La condesa Vronski está en ese coche.

Estas palabras hicieron volver en sí a Vronski; obligándolo a pensar en su madre y en su próxima entrevista. Sin que pudiese remediarlo ni convenir en ello, el joven no había profesado nunca mucho respeto a su madre, a la cual no amaba; pero su educación y las costumbres de la sociedad en que vivía le impidieron admitir que pudiese haber en sus relaciones con ella la menor falta de consideración. Cuanto menos cariño y afecto experimentaba por su madre, más exageraba las formas exteriores.

## XVIII

VRONSKI siguió al conductor; al entrar en el coche se detuvo para dejar paso a una dama que salía, y, con ese tacto propio de un hombre de nobleza, le bastó una mirada para reconocer que pertenecía a la alta sociedad. Después de dirigirle una palabra de atención, iba a pasar adelante, pero involuntariamente se volvió para mirar una vez más no a causa de su hermosura, de su gracia y elegancia, sino porque la expresión de su rostro le había parecido tan dulce como cariñosa.

También la dama volvió la cabeza en el mismo instante, y sus ojos grises, sombreados por espesas cejas, le lanzaron una mirada benévola, como si aquella mujer conociese al joven. Un momento después se perdió entre la multitud, buscando, al parecer, una persona. Por rápida que fuese una mirada, le bastó a Vronski para observar en aquella fisonomía mucha viveza contenida, que se revelaba en la ligera sonrisa de dos frescos labios y en la expresión animada de los ojos; en toda su persona había como un exceso de juventud y de alegría que la dama hubiera querido disimular, pero que se traslucía en el fulgor de sus ojos y en su sonrisa.

Vronski entró en el coche. Su madre, una anciana con bucles, de ojos negros y pequeños, lo recibió con una ligera sonrisa en sus delgados labios; se levantó de su asiento, entregó a su doncella el saquito que llevaba, y presentó a su hijo su pequeña mano seca, que el joven besó con respeto.

—¿Recibiste mi telegrama? Supongo que todo va bien.

—¿Ha hecho usted buen viaje? —replicó el hijo, sentándose a su lado y prestando oído al mismo tiempo a una voz de mujer que hablaba junto a la puerta, pues reconoció que era la de la dama a quien encontrara antes.

—No estoy de acuerdo —decía la voz.

—Es un punto de vista propio de San Petersburgo, señora.

—Nada de eso, es simplemente un punto de vista de mujer —replicó la voz.

—Pues bien, permítame usted besarle la mano.

—Hasta la vista, Iván Petróvich; hágame el favor de buscar a mi hermano y enviármelo —dijo la dama, volviendo a entrar en el coche.

—¿Lo ha encontrado usted ya? —preguntó la señora Vronski.

El joven reconoció entonces a Anna Karénina.

—El hermano de usted se halla aquí —dijo, levantándose al punto—, y le ruego me dispense por no haberla reconocido antes; he tenido tan rara vez el honor de encontrarla, que seguramente no se acuerda usted tampoco de mí.

—¡Oh!, sí —contestó la dama—; siempre lo hubiera reconocido, pues su señora madre y yo no hemos hablado más que de usted durante todo el viaje—, Al pronunciar estas palabras, su semblante expresó la mayor alegría—. Pero mi hermano no viene —añadió.



—Llámalo, Aliosha<sup>[14]</sup> —dijo la anciana condesa.

Vronski salió del coche y gritó:

—¡Oblonski, por aquí!

Al ver a su hermano, la señora Karénina no esperó a que se acercara, sino que saliendo del coche corrió a su encuentro, y con un ademán lleno de gracia y de energía le rodeó el cuello con un brazo, lo atrajo hacia sí y lo besó.

Vronski no la perdía de vista; la miraba y sonreía sin saber por qué; y recordando al fin que su madre lo esperaba, entró en el coche.

—¿No es verdad que es encantadora? —dijo la condesa, refiriéndose a la señora Karénina—; su esposo me la ha confiado, con gran satisfacción mía, y hemos hablado mucho. Y tú, ¿qué me cuentas?... Me han dicho que *vous filez le parfait amour. Tant mieux, mon cher, tant mieux*.

—No sé a quién se refiere usted, mamá —contestó fríamente—. ¿Quiere usted que salgamos?

En aquel momento la señora Karénina entró en el coche para despedirse de la condesa.

—Vamos, condesa —exclamó alegremente—; usted ha encontrado a su hijo, y yo a mi hermano; y como ya he agotado todas mis historias, ya no me queda qué contar a usted.

—No importa —repuso la condesa, cogiendo su mano—; con usted daría la vuelta al mundo sin aburrirme, porque es una de esas mujeres amables cuya simpatía recrea. En cuanto a su hijo, no se inquiete usted, porque un día u otro es preciso separarse.

Los ojos de la señora Karénina parecían sonreír, mientras que escuchaba inmóvil.

—Anna Karénina tiene un niño de ocho años —añadió la condesa, como para dar una explicación a su hijo—; siempre ha vivido a su lado, y ahora está inquieta por haberlo dejado solo.

—Hemos hablado de nuestros hijos: yo del mío y la condesa del suyo —dijo Anna Karénina, dirigiéndose a Vronski con esa sonrisa cariñosa que iluminaba su rostro.

—Esto debe haber sido aburrido para usted —replicó el joven con otra sonrisa.

—Gracias mil veces —dijo Anna, volviéndose hacia la condesa—; el día de ayer ha transcurrido demasiado pronto. ¡Hasta la vista!

—Adiós, querida amiga —contestó la anciana—; permítame usted besar otra vez ese lindo rostro y decirle de nuevo, como yo lo puedo hacer, que me deja encantada de su trato.

Por trivial que pareciese esta frase, Anna pareció agradecerla mucho: se ruborizó, se inclinó ligeramente acercando su lindo rostro al de la anciana condesa, y presentó después su mano a Vronski, con aquella misma sonrisa que parecía serle peculiar. El

joven estrechó aquella pequeña mano, considerando como una cosa extraordinaria sentir su dulce y a la vez firme presión.

Anna Karénina salió con paso rápido.

—¡Encantadora! —murmuró la condesa.

Su hijo era sin duda del mismo parecer, pues siguió con la vista a la dama mientras pudo; la vio acercarse a su hermano, cogerlo del brazo y hablar con él vivamente; era claro que su conversación nada tenía que ver con Vronski, y esto pareció contrariar al joven.

—¿Y qué tal, mamá; está usted del todo bien? —preguntó a su madre.

—Muy bien; Alexandre ha sido muy amable y Marie está mucho más linda.

La condesa habló después de lo que más le preocupaba: del bautismo de su nieto, principal objeto de su viaje a San Petersburgo, y de la benevolencia del emperador para con su primogénito.

—Ahí está Lavrienti —dijo Vronski al ver al anciano criado—: ya podemos salir, pues hay poca gente.

Al decir esto ofreció el brazo a su madre, mientras que el criado, la doncella y un faquín se encargaban del equipaje. Al bajar del coche vieron a varios hombres que corrían hacia la extremidad del tren, seguidos del jefe de la estación; acababa de ocurrir un accidente, y todo el mundo se dirigía hacia allí.

—¿Qué hay, dónde ha caído? —preguntaron algunos. Stepán Arkádich y su hermana habían vuelto también, y muy inquietos permanecían junto al coche para no tropezar contra la multitud.

Las damas subieron de nuevo, mientras que Vronski y Stepán Arkádich iban a ver lo que ocurría.

Un hombre embriagado o que llevaba la cabeza demasiado cubierta a causa del frío, impidiéndole esto oír la señal cuando el tren retrocedía, acababa de ser pillado por las ruedas.

Las damas supieron lo ocurrido antes que Vronski y Oblonski volvieran; estos acababan de ver el cadáver desfigurado, y Stepán Arkádich parecía a punto de llorar.

—¡Qué espantoso! —decía—. ¡Más vale que no lo hayas visto, Anna! Vronski guardaba silencio; tenía la expresión grave, pero del todo serena.

—¡Si lo hubiera usted visto, condesa! Y lo más terrible es que su mujer está ahí, y se ha precipitado sobre el cadáver. Dicen que el infeliz sostenía una familia numerosa. ¡Qué horror!

—¿No se podría hacer algo por ella? —murmuró Anna.

Vronski la miró.

—Regreso al momento —dijo, volviéndose hacia la condesa. Y salió del coche.

Cuando volvió, al cabo de pocos minutos —Stepán Arkádich hablaba ya a la condesa de una nueva cantante, y la anciana miraba impaciente hacia la puerta.

—Salgamos ahora —dijo Vronski.

Todos bajaron al instante; el joven conde iba delante con su madre, seguidos de Anna Karénina y su hermano. Muy pronto los alcanzó el jefe de la estación, que iba en busca de Vronski.

—Ha entregado usted doscientos rublos a mi compañero —dijo—; sírvase usted indicar a quién destina esa cantidad.

—Es para la viuda —contestó Vronski, encogiéndose de hombros—. ¿A qué viene la pregunta?

—¿Eso has dado? —exclamó Oblonski. Y estrechando la mano de su hermana, añadió—: ¡Muy bien, muy bien! Es un muchacho encantador. Felicito a usted, condesa.

Y se detuvo para buscar con la vista a la camarera de la anciana.

Cuando salieron de la estación, el coche de Vronski había marchado ya; por todas partes se hablaba de la desgracia que había ocurrido.

—¡Qué muerte tan espantosa! —exclamó un caballero junto a ellos—. Se hubiera dicho que han dividido el cuerpo en dos partes.

—Hermosa muerte, por el contrario —observó otro—, porque ha sido instantánea.

—¿Por qué no se adoptan más precauciones? —preguntó un tercero.

Anna Karénina subió al coche que la esperaba, y su hermano observó con asombro que le temblaban los labios y que apenas podía contener sus lágrimas.

—¿Qué tienes, Anna? —preguntó cuando se hubieron alejado un poco.

—Es un presagio funesto.

—¡Qué locura! Tú estás aquí y esto es lo esencial. Nunca podrías imaginarte cuántas esperanzas me infunde tu visita.

—¿Conoces a Vronski hace mucho tiempo? —preguntó Anna.

—Sí... Ya sabes que confiamos en que se casará con Kiti.

—¿De veras? —replicó Anna dulcemente—. Muy bien, ahora marchemos —añadió, moviendo la cabeza cual si hubiera querido rechazar una idea importuna y penosa—. Hablemos de tus asuntos. He recibido tu carta, y aquí me tienes.

—Sí, en ti fundo mi esperanza —dijo Stepán Arkádich.

—Pues cuéntamelo todo.

Stepán Arkádich comenzó su relato.

Al llegar a la casa, su cuñada se apeó del coche y, después de estrecharle la mano suspirando, marchó al tribunal.

## XIX

CUANDO Anna entró, Dolli estaba sentada en su gabinete, ocupada en hacer leer en francés a un rollizo muchacho de cabello rubio, vivo retrato de su padre.

El chico leía tratando de arrancar de su chaqueta un botón que apenas se sostenía; su madre le había reñido varias veces, pero la manecita volvía siempre a dar tormento al pobre botón; y, al fin, fue preciso arrancarlo del todo y guardarlo.

—¡Quietas las manos, Grisha! —decía la madre.

Y cogió una colcha de punto a medio hacer, obra en que se ocupaba hacía largo tiempo y que no proseguía sino en circunstancias difíciles; en aquel momento trabajaba con afán y como si estuviese nerviosa, contando los puntos rápidamente. Aunque hubiese dicho la víspera a su esposo que le importaba poco la llegada de su hermana, no por eso había dejado de prepararlo todo para recibirla.

Absorta, aniquilada por su dolor, Dolli no podía olvidar, sin embargo, que Anna era esposa de un personaje oficial importante y, por tanto, una gran dama de San Petersburgo.

«Al fin y al cabo —se decía—, Anna no es culpable; todo cuanto de ella sé la favorece, y nuestras relaciones han sido siempre amistosas.» El recuerdo que conservaba del interior de los Karenin en San Petersburgo no le era, sin embargo, agradable, pues había creído observar algo falso en su género de vida.

«Mas ¿por qué no he de verla? —pensaba Dolli—. ¡Con tal que no se mezcle en nuestros asuntos para consolarme! Conozco muy bien esas resignaciones y consuelos cristianos, y sé lo que valen.»

Dolli había pasado aquellos últimos días sola con sus hijos; no quería hablar de sus penas a nadie, y no se sentía con fuerzas para hablar de cosas indiferentes; pero ahora debería confiar sus cuitas a Anna; y tan pronto se alegraba de poder desahogar al fin su corazón como se afligía al pensar en aquella humillación ante su hermana, de la cual debería escuchar los razonamientos y consejos.

A cada momento esperaba ver entrar a su cuñada, y seguía con la vista el péndulo; pero como sucede a menudo en semejantes casos, se absorbió y no oyó la campanilla; de modo que cuando unos ligeros pasos y el roce de un vestido junto a la puerta llamaron su atención, su rostro cansado expresó asombro y no placer.

—¿Cómo! ¿Ya estás aquí? —exclamó, corriendo a su encuentro para abrazarla.

—Dolli, me alegro mucho de verte.

—Y yo también —contestó Dolli con una ligera sonrisa, tratando de adivinar por la expresión del rostro de Anna si habría averiguado algo. «Todo lo sabe», pensó al observar el aire compasivo que manifestaban sus facciones—. Ven y te conduciré a tu estancia —añadió, tratando de alejar el momento de la explicación.

—¿Ese es Grisha? —preguntó Anna, besando al niño, sin separar la vista de Dolli

—. ¡Cómo ha crecido! —y después de un momento de pausa, dijo a su cuñada, ruborizándose—: Permíteme permanecer aquí.

Se despojó de su chal, y moviendo con gracia la cabeza, separó los rizos de su cabello negro, que se habían enredado con el sombrero.

—Tú rebosas de dicha y de salud —dijo Dolli, casi con envidia.

—Sí —replicó Anna—; pero ¿esa es Tania, que tiene los mismos años que mi pequeño Seriozha? —preguntó de pronto volviéndose hacia una niña que acababa de entrar corriendo y a la cual besó cariñosamente—. ¡Qué hermosa criatura! —exclamó—. ¡Vamos, enséñamelos todos!

No solo recordaba el nombre y la edad de los niños, sino también su carácter y sus ligeras dolencias. Dolli se conmovió.

—Pues bien —repuso—, vamos a verlos; pero Vasia duerme.

Después de ver a los niños volvieron al salón, esta vez solas, y hallaron ya el café servido. Anna fue a sentarse delante de la bandeja, y, rechazándola después, dijo a su cuñada:

—Stepán me ha hablado.

Dolli miró a su interlocutora fríamente, sin contestar; esperaba alguna frase de falsa simpatía; pero Anna no dijo la menor cosa que tuviera este carácter.

—Querida —continuó—, no quiero hablarte en su favor ni consolarte tampoco; esto es imposible, pero sí te diré que me entristezco hasta el fondo del alma.

Algunas lágrimas brillaron en sus ojos, se acercó a su cuñada y le cogió una mano, sin que Dolli se opusiese, a pesar de su aspecto de frialdad.

—Nadie puede consolarme —dijo—; todo ha concluido para mí.

Al pronunciar estas palabras, la expresión de su fisonomía se dulcificó un poco; Anna acercó a sus labios la mano enflaquecida de Dolli y la besó.

—Pero, querida —dijo—, ¿qué haremos para salir de esta triste situación? Debemos pensarlo.

—Todo acabó; yo no puedo hacer ya nada —repuso Dolli—; y lo peor es, compréndelo bien, verme sujeta por los niños, porque no puedo abandonarlos, y me es imposible vivir con él; solo el verlo me entristece.

—Dolli querida, él me ha hablado; pero yo quisiera oírte a ti, cuéntamelo todo.

Dolli fijó en su cuñada una mirada interrogadora; los ojos de Anna expresaban solo el afecto y la simpatía.

—Voy a complacerte —contestó—; pero debo decírtelo todo desde el principio. ¿Sabes tú cómo me casé? La educación que de mi madre recibí no solo me dejó inocente, sino que me hizo del todo necia...; yo no sabía nada... Se dice que los maridos cuentan su pasado a sus esposas; mas Stiva —Dolli se detuvo y rectificó—, Stepán Arkádich no me comunicó jamás cosa alguna. Tú no creerías lo que voy a decirte: hasta ahora me había imaginado que Stepán no trató nunca más mujer que

yo; he vivido ocho años en esta persuasión, y no solamente no le suponía infiel, sino que creía imposible semejante cosa. Con tales ideas imagínate lo que habré experimentado al conocer de improviso esa villanía... Creer en mi felicidad sin la menor sospecha —añadió Dolli, tratando de ahogar sus sollozos— y recibir una carta de él..., una carta de él a su querida, la institutriz de mis hijos. ¡Oh, esto es demasiado cruel!

Y cogiendo el pañuelo, se ocultó el rostro para llorar.

—Hubiera podido dispensar un momento de extravío —continuó Dolli al cabo de un instante—; mas no ese disimulo, esa constante astucia para engañarme. ¿Y con quién? ¡Ah, esto es horrible, y tú no puedes comprenderlo!

—¡Ah, sí que lo comprendo, pobre Dolli! —dijo Anna, estrechando su mano.

—¿Y crees tú que él se hace cargo de mi dolorosa situación? —continuó Dolli—. ¡Nada de eso! Es feliz y se divierte.

—¡Oh, eso no! —interrumpió vivamente Anna—. A mí me ha inspirado compasión; su remordimiento es sincero.

—¿Es acaso capaz de arrepentirse? —preguntó Dolli, fijando en Anna una mirada penetrante.

—Sí; lo conozco muy bien, y no he podido mirarlo sin que me causara lástima. Ya sabes que es bueno, pero altivo, a pesar de lo cual se ha humillado. Lo que más siente —Anna adivinó lo que debía impresionar sobre todo a Dolli— es la situación de los niños; reconoce que te ha ofendido cruelmente, y esto lo hace sufrir tanto más cuanto que te ama..., sí, sí, te ama más que a todo. Siempre está repitiendo: «No, ella no me perdonará nunca».

Dolli escuchaba atentamente a su cuñada, sin mirarla.

—Ya comprendo que padece —dijo al fin—; el culpable debe sufrir más que el inocente, sobre todo cuando está persuadido de que es la causa de todo el mal; pero ¿cómo he de perdonarlo? ¿Cómo puedo ser su esposa después de la otra? Vivir con él sería ahora un tormento al recordar mi amor de antes...

Los sollozos ahogaron sus palabras, y como suele suceder en tales casos, apenas se calmaba un poco se acordaba de lo que más la afligía.

—Ella es joven y bonita —continuó—; mas ¿por quién sino por él he perdido yo mi belleza y mi juventud? La perdí para cuidar de sus hijos; todo cuanto tenía lo he sacrificado por él; y ahora, naturalmente, prefiere una mujer más joven y fresca, aunque vulgar. Seguramente habrán hablado de mí, o tal vez ni siquiera se habrán acordado de mi persona.

Los celos hacían brillar más los ojos de Dolli.

—¿Y qué vendrá a decirme después de eso? —continuó—. Yo no podré creerlo. No; todo ha concluido para mí, todo lo que constituía la recompensa de mis afanes y padecimientos... ¿Lo creerás? Hace poco daba lección a Grisha; otras veces esto era

una alegría para mí; mas ahora me molesta. ¿Por qué tendré hijos? Lo más terrible es que mi alma se ha trastornado completamente; en vez de mi amor y de mi ternura, solo hay odio, sí, odio; hasta podría matar a ese hombre, y...

—Querida Dolli, comprendo todo eso; pero no te atormentes así; ahora estás demasiado agitada y ofendida para considerar las cosas desde su verdadero punto de vista.

Dolli se calmó, y durante algunos minutos las dos guardaron silencio.

—¿Qué hacer, Anna? —dijo al fin Dolli—. Piensa y ayúdame. Yo he buscado y no encuentro medio.

Anna no hablaba tampoco; pero su corazón respondía a cada palabra, a cada mirada dolorosa de Dolli.

—Te diré lo que pienso —repuso al fin—; como hermana, conozco su carácter y su facultad de olvidarlo todo —hizo el ademán de tocarse la frente—, facultad favorable para seguir el impulso del momento, mas también para arrepentirse. Estoy segura de que ahora no cree ni comprende que haya podido hacer lo que hizo.

—No; lo ha comprendido y lo comprende aún —replicó Dolli—, ¿Y yo qué? Te olvidas de mí... ¿Me tiene que aliviar eso?

—Espera —dijo Anna—. Debo confesarte que cuando él me habló yo no medí más que la extensión de vuestra desgracia, y únicamente veía la desunión de la familia, lo cual me entristeció. Después de hablar contigo, veo, como mujer, otra cosa más, y es tu padecimiento; pero, querida Dolli, aun comprendiendo tu infortunio, ignoro una parte de la cuestión; yo no sé hasta qué punto lo amas todavía. Tú sola puedes comprender si lo amas bastante para perdonar; y si te es posible, perdona.

—No... —comenzó a decir Dolli, pero Anna la interrumpió besándole la mano.

—Conozco el mundo mejor que tú —dijo— y la manera de ser de los hombres como Stiva. Tú pretendes que han hablado de ti... No lo creo. Los hombres como tu esposo pueden cometer infidelidades; pero la mujer y el hogar doméstico son siempre para ellos sagrados. Luego a ciertas mujeres las desprecian, ellas nunca molestan su vida familiar. Entre ciertas mujeres y su familia levantan una barrera infranqueable. Yo no comprendo bien cómo puede ser así; pero te aseguro que es.

—Pero piensa que la besaba...

—Escucha, Dolli; yo he visto a Stiva cuando estaba enamorado de ti; recuerdo el tiempo en que iba a llorar a mi lado; sé a qué altura te colocaba, y conozco que cuanto más tiempo ha vivido contigo, más digna de admiración has sido para él. Nos burlábamos cariñosamente de Stiva, porque al hablar de ti repetía a cada instante: «¡Es una mujer extraordinaria!». Siempre fuiste y serás el ídolo de su adoración; y esto no por capricho.

—Pero ¿y si volviera a enamorarse de otra?

—Imposible.

—¿Hubieras perdonado tú?

—No sé, no puedo decirlo... Sí puedo —añadió Anna después de reflexionar un momento—; tal vez no fuera ya la misma; pero perdonaría, y de tal modo que no pensaría ya en el pasado.

—¡Oh!, por supuesto —interrumpió vivamente Dolli, como si contestara a un pensamiento secreto—; de lo contrario, no sería perdón. Vamos, ahora te conduciré a tu cuarto —añadió, levantándose y rodeando con un brazo la cintura de su cuñada—. Querida Anna, me alegro mucho de que hayas venido, porque me siento más aliviada.



## XX

PASÓ Anna todo el día en casa de los Oblonski, sin recibir a ninguna de las personas que, conocedoras de su llegada, se presentaron para hacer su visita. Consagró toda la mañana a Dolli y a sus hijos, y escribió dos palabras a su hermano, invitándolo a que fuera a comer a casa. «Ven. Dios es misericordioso», le decía.

Stepán Arkádich se presentó a comer; la conversación se generalizó, y Dolli tuvo a bien tutear a su esposo, cosa que no había hecho hacía tiempo; su trato fue algo frío, mas ya no habló de separación, y Stepán Arkádich vio la posibilidad de un arreglo.

Kiti llegó después de haberse terminado la comida. Apenas conocía a Anna, y se inquietaba un poco sobre el recibimiento que merecería de aquella señora de San Petersburgo, tan ensalzada por todos. Esta se conmovió un poco al ver la juventud y belleza de Kiti, quien, por su parte, quedó prendada de Anna como las niñas pueden prendarse de las mujeres de más edad. En ella no había cosa alguna que hiciera pensar en la mujer de mundo o en la madre de familia; se hubiera dicho que era una joven de veinte años, a juzgar por su esbelto talle y la frescura y animación de su rostro; pero se notaba en este cierta expresión seria, casi triste, que llamó la atención de Kiti y la sedujo. Aunque muy sencilla y sincera, Anna parecía llevar en sí un mundo superior inaccesible para una niña.

Después de comer, Anna se acercó vivamente a su hermano, que fumaba un cigarrillo, mientras que Dolli volvía a su habitación.

—¡Stiva —dijo señalando la puerta de aquella estancia—, entra y que Dios te ayude!

Stepán Arkádich comprendió, y arrojando su cigarro desapareció detrás de la puerta.

Anna se sentó en un canapé, rodeada de los niños; los dos mayores, y por imitación el menor, quizá atraídos por la actitud de su madre, quizá por el propio encanto de Anna, se habían cogido a su nueva tía aun antes de sentarse a la mesa, y se entretenía en estrechar sus manos, abrazarla, tocar sus sortijas y esconderse entre los pliegues de su vestido.

—Vamos —dijo Anna—, cada cual a su sitio.

Grisha, muy orgulloso al parecer, colocó su rubia cabecita bajo la mano de su tía, apoyándola en las rodillas.

—¿Y cuándo es el baile? —preguntó Anna a Kiti.

—La semana próxima; será un baile magnífico, uno de aquellos en que siempre se halla diversión.

—¿Conque hay bailes que siempre divierten? —dijo Anna con dulce ironía.

—Parece extraño, pero es así. En casa de los Bobríschev nadie se aburre nunca; lo mismo sucede en la de los Nikitin; pero las reuniones de los Mieshkov causan tedio

invariablemente. ¿No ha observado usted nunca eso?

—No, hija mía, porque ya no hay para mi baile divertido —al pronunciar Anna estas palabras, Kiti entrevió en sus ojos algo desconocido, cerrado para ella—. Todas esas reuniones son para mí más o menos enojosas —añadió la dama.

—¿Cómo es posible que se aburra usted en un baile? —preguntó Kiti.

—¿Por qué no podría aburrirme?

La joven pensó que Anna adivinaría su contestación.

—Porque es usted la más bella siempre.

Anna se ruborizaba fácilmente, y esta vez sucedió lo mismo.

—No es así —replicó—; y aunque fuese, poco me importaría.

—¿Irá usted a ese baile? —preguntó Kiti.

—No podré dispensarme de ello, a mi modo de ver.

—Me alegraría mucho verla a usted allí.

—Ten este —dijo a Tania, la cual intentaba sacar una sortija de sus manos blancas y finas. Y continuó: Pues bien, si he de ir, me consolaré con la idea de que la complaceré a usted... Grisha —añadió—, no me despeines más —y arrolló una trenza que servía de juguete al niño—. Vamos, hijos míos, id al corredor, pues oigo a vuestra aya que os llama para tomar el té. Ya se ve —dijo a Kiti— por qué desea usted que asista yo a ese baile; me han dicho que espera usted allí un gran resultado.

—¿Lo sabe usted ya? Sí, es cierto.

—¡Qué hermosa edad la de usted! —dijo Anna—. Me hace pensar en esa nube azul semejante a las que se observan en las montañas de Suiza; todo se ve a través de ella en la edad feliz en que la infancia termina, y todo lo que la cubre es hermoso y encantador. Después aparece poco a poco un sendero que se va estrechando, y en el cual se entra con emoción, por luminoso que parezca... ¡Quién no lo ha recorrido!

Kiti escuchaba sonriendo. «¿Cómo habrá pasado ella por allí? —pensaba la joven—. ¡Cuánto daría por conocer su historia!» Y recordó la figura poco poética del esposo de Anna.

—Estoy al corriente de todo —dijo esta última— porque Stiva me lo ha dicho. Esta mañana encontré a Vronski en la estación, y me agradó mucho.

—¡Ah!, ¿conque estaba allí? —preguntó Kiti, ruborizándose—. ¿Y qué le ha contado a usted Stiva?

—Ha charlado un poco. Me alegraría mucho de que eso se realizase. Yo he viajado con la madre de Vronski y no ha dejado de hablar un momento de su querido hijo; sé que las madres no son imparciales, pero...

—¿Y qué le ha dicho la condesa?

—Muchas cosas, y en primer lugar que es su favorito; parece que tiene un carácter caballeresco; su madre me aseguró que había querido ceder toda su fortuna a un hermano, y que ya en su infancia salvó a una mujer la vida. En fin, es un héroe —

añadió Anna, sonriendo al recordar el donativo de doscientos rublos que el joven hizo en la estación.

Y al pensar en este rasgo, Anna experimentó cierta inquietud, comprendiendo que Vronski había procedido así en obsequio a ella. Por eso lo ocultó a Kiti.

—La condesa —continuó Anna— ha insistido para que vaya a verla, mañana iré... Vamos, veo que Stiva permanece mucho tiempo con Dolli —añadió, levantándose con cierto enojo.

—¡Yo quiero ser primero! —gritaban todos los niños, que acababan de tomar su té en el salón, corriendo hacia su tía.

—¡Todos juntos! —dijo Anna, saliéndoles al encuentro; y cogiéndolos en sus brazos, los echó en un diván, riendo de la mejor gana al oír sus gritos de alegría.

## XXI

**D**OLLI salió de su cuarto a la hora de tomar el té; Stepán Arkádich lo había hecho antes por otra puerta.

—Temo que tengas frío allá arriba —dijo Dolli, dirigiéndose a Anna—, y quisiera hacerte bajar para que estuviéramos más cerca.

—No te inquietes por mí —replicó Anna, tratando de adivinar por el semblante de Dolli si se había efectuado la reconciliación.

—Tal vez haya demasiada claridad.

—Te aseguro que duermo bien en todas partes, y siempre profundamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Stepán Arkádich, entrando en el salón y dirigiéndose a su esposa.

El tono de la voz indicó ya por sí solo a Anna y Kiti que los cónyuges se habían reconciliado.

—Quisiera instalar a Anna aquí —contestó Dolli—; pero se deberían bajar las cortinas, y nadie sabrá hacerlo, sino yo.

«¡Sabe Dios si la reconciliación habrá sido completa!», pensó Anna, al notar el tono frío y tranquilo de Dolli.

—No compliques las cosas, querida —dijo el esposo—; si quieres, yo lo arreglaré.

«Se han reconciliado», pensó Anna.

—Ya sé cómo te arreglarás —contestó Dolli, con burlona sonrisa—; darás a Matviéi una orden que él no entenderá; después te irás a la calle, y se enredará todo.

«A Dios gracias —pensó Anna—, han hecho las paces del todo.» Y muy satisfecha de haber conseguido su objeto, se acercó a Dolli y la besó.

—No sé por qué nos desprecias tanto a Matviéi y a mí —dijo Stepán Arkádich a su esposa, sonriendo ligeramente.

Durante aquella noche, Dolli se mostró un poco irónica con su marido, manifestándose este contento, aunque en una justa medida, cual si hubiese querido dar a entender que el perdón no le hacía olvidar sus errores.

A eso de las nueve y media se había entablado una conversación muy viva y animada alrededor de la mesa, mientras se tomaba el té, cuando sobrevino un incidente, harto común al parecer, pero que se consideró extraño.

Se hablaba de un amigo de San Petersburgo, y Anna se levantó de improviso, diciendo:

—Tengo su retrato en mi álbum; voy a buscarlo, y os enseñaré a la vez el de mi pequeño Seriozha.

Por lo regular, solía dar las buenas noches a su hijo cuando este debía acostarse, a eso de las diez; y con frecuencia lo dejaba en su lecho antes de irse al baile. En el

instante de recordar esto, la sobrecogió una profunda tristeza por hallarse tan lejos de él; y por más que hablase de otra cosa, su pensamiento volvía al niño, con sus rosadas mejillas y su cabello rizado. Por esto sintió el deseo de ir a mirar su retrato, para decirle una palabra desde lejos.

Salió del salón con el paso ligero que le era peculiar, y se acercaba ya a la escalera que conducía a su cuarto, y que daba sobre el vestíbulo de la entrada principal, cuando sonó un campanillazo.

—¿Quién puede ser? —dijo Dolli.

—Es demasiado pronto para que vengan a buscarme —observó Kiti—, y muy tarde para una visita.

—Sin duda traen papeles para mí —dijo Stepán Arkádich.

Anna vio al criado correr para anunciar al visitante; mientras que este esperaba, iluminado por la lámpara del vestíbulo.

Se inclinó sobre la rampa para mirar, y reconoció al punto a Vronski; su presencia le produjo una extraña impresión de alegría y de temor; estaba en pie, sin quitarse el abrigo, y buscaba una cosa en el bolsillo. Cuando Anna llegaba a la mitad de la escalera, el joven levantó los ojos, y al verla, se pintó en su rostro una extraña expresión de vergüenza y timidez.

Anna lo saludó con un movimiento de cabeza, y pudo oír a Stepán Arkádich llamar a Vronski ruidosamente, mientras que el joven rehusaba entrar.

Cuando Anna bajó con su álbum, Vronski se había marchado ya, y Stepán Arkádich estaba diciendo que solo se había presentado para preguntar la hora de una comida que debía darse al día siguiente en honor de un ilustre viajero.

—Nunca quiere entrar —añadió Oblonski—. ¡Qué hombre tan extraño!

Kiti se ruborizó; creía ser la única que comprendiese por qué Vronski había venido y por qué rehusó penetrar en el salón.

«Habrà ido a casa —pensó—, y no habiendo encontrado a nadie, ha supuesto sin duda que yo estaba aquí; seguramente no ha subido por hallarse aquí Anna y porque es tarde.»

Todos se miraron sin hablar y se examinó el álbum de Anna.

Nada tenía de extraordinario que Vronski se presentase a las nueve y media de la noche para hacer una pregunta a un amigo, rehusando entrar en el salón; pero todos quedaron sorprendidos, y Anna más que nadie, no pareciéndole aquello del todo bien.

## XXII

**A** PENAS comenzaba el baile cuando Kiti y su madre franquearon la escalera principal, brillantemente iluminada y llena de flores; en toda su longitud se veían lacayos muy empolvados, con librea roja; y desde el vestíbulo, donde madre e hija se detuvieron para arreglar su traje y tocado, se oía un rumor semejante al de una colmena; los músicos preparaban sus instrumentos para tocar el primer vals.

Un anciano de escasa estatura, que se atusaba su escaso cabello blanco ante un espejo, esparciendo a su alrededor penetrantes perfumes, miró a Kiti con admiración; la había encontrado en la escalera y se apartó para dejarla pasar. Un joven imberbe, de aquellos a quienes el anciano príncipe Scherbatski llamaba pisaverdes, con chaleco en forma de corazón y corbata blanca, saludó a las dos damas al paso, y después se acercó a Kiti, solicitando una cuadrilla. La primera estaba comprometida a Vronski, pero accedió a bailar la segunda con el joven. Un militar, que se abotonaba los guantes a la puerta del salón, pareció admirar la belleza de Kiti y se retorció el bigote.

El traje, el tocado y todos los preparativos necesarios para aquel baile habían sido asunto de muchas preocupaciones para Kiti; pero nadie lo hubiera sospechado al verla entrar, tanta era la sencillez y naturalidad con que lucía sus galas; solo una rosa adornaba su linda cabeza. Kiti estaba realmente bella y satisfecha de sí misma; su vestido, sus zapatos y guantes; le parecían bien; pero lo que más le agradaba era la estrecha cinta de terciopelo que hacía las veces de collar. A su modo de ver, esto era lo más característico; tal vez se pudiese criticar todo lo demás, pero nunca aquella cinta. Los ojos de Kiti brillaban de contento, sus carmíneos labios sonreían involuntariamente, y, en fin, la joven tenía la persuasión de estar en aquel momento encantadora.

Apenas hubo entrado en el salón, y cuando estuvo cerca del grupo de damas cubiertas de tul, de flores y de cintas, que esperaban a los jóvenes bailarines, Kiti fue invitada para el primer vals por el principal caballero según la jerarquía del baile, el célebre director de cotillones, el elegante Yegórushka Korsunski, hombre ya casado. Acababa de separarse de la condesa Bánina, con la cual abrió el baile, y al ver a Kiti, se dirigió hacia ella con la desenvoltura especial que le era propia, y sin preguntarle si deseaba bailar rodeó con su brazo el flexible talle de la joven. Kiti miró a su alrededor buscando con sus ojos a quien dejar el abanico. La dueña de la casa lo tomó sonriente.

—Bien ha hecho usted en venir temprano —dijo Korsunski—, pues no comprendo eso de llegar a medio baile.

Kiti apoyó el brazo izquierdo en el hombro de su pareja, y sus graciosos pies, calzados con botinas de color de rosa, se deslizaron sobre el piso encerado al compás

de la música.

—Se descansa bailando con usted —dijo Korsunski, disminuyendo un poco su rapidez antes de lanzarse en el torbellino del vals—. ¡Qué ligereza, qué precisión; esto es delicioso!

Lo mismo decía Korsunski a todas sus parejas.

Kiti sonrió por el elogio, y siguió examinando el salón por encima del hombro de su caballero; comenzaba a conocer la sociedad, y ya no confundía a todos los asistentes en la embriaguez de sus primeras impresiones. Pero tampoco era la muchacha, harta de ver siempre los mismos rostros aburridos. Estaba excitada, pero no había perdido el dominio de sí misma. Observó, pues, el grupo que se había formado junto al ángulo izquierdo del salón; allí se reunía lo más escogido de la sociedad: la hermosa Lidia, la esposa de Korsunski, descaradamente escotada; la dueña de la casa y el calvo Krivin, a quien se veía siempre con las personas más notables. Kiti vio muy pronto a Stepán Arkádich, después, a la elegante Anna, y también él se hallaba allí, no había vuelto a verlo desde la noche de la declaración de Lievin, y en aquel momento notó que él también la miraba.

—Daremos otra vuelta, si no está usted cansada —dijo Korsunski, ligeramente sofocado.

—No, gracias. Me parece que la señora Karénina está allí; me reuniré con ella.

—Como usted guste.

Y Korsunski, disminuyendo la rapidez del paso, pero valsando siempre, se dirigió hacia el grupo de la izquierda.

Cuando hubo llegado, ofreció su brazo a Kiti, que estaba algo aturdida y luego se volvió para buscar a la señora Karénina.

Esta última llevaba un vestido de terciopelo negro, escotado, que dejaba ver sus hombros esculturales y sus hermosos brazos, reduciéndose el adorno de la falda a un rico encaje de Venecia; una guirnalda de «pensamientos» hacía resaltar el brillo de su cabello negro, y en el lazo negro que rodeaba su cintura entre el encaje blanco llevaba un ramo de las mismas flores; su tocado, muy sencillo, solo tenía de notables unos pequeños rizos naturales que caían sobre las sienes, y la parte posterior del cuello, terso y blanco como el marfil, y engalanado con un hilo de perlas muy finas.

Kiti veía diariamente a la bella Anna, casi se enamoró de ella, y se la imaginaba siempre solo con los colores lila. Pero ahora al verla en negro, de pronto sintió que nunca había comprendido su belleza. La veía absolutamente distinta e inesperadamente desconocida. Entonces comprendió que no podía llevar lila; que su mayor encanto consistía en ella misma, y no en el traje que llevaba puesto. El vestido negro con encaje abundante casi ni se notaba, solo era un marco para ella, muy sencilla, natural, elegante y, al mismo tiempo, animada y alegre.

Cuando Kiti llegó hasta el grupo en que Anna hablaba con el dueño de la casa, lo

oyó decir:

—No, yo no tiraré la primera piedra, aunque no apruebe.

Y al ver a Kiti, la acogió con una sonrisa cariñosa y protectora. Una rápida ojeada le bastó para juzgar el traje de la joven, e hizo una ligera señal de aprobación que Kiti comprendió al punto.

—Ha hecho usted su entrada bailando —le dijo.

—Es una de mis fieles ayudantes. La princesa me ayuda a que el baile sea divertido y maravilloso. ¿Me concederá usted una vuelta de vals... Anna Arkádievna? —preguntó Korsunski, inclinándose.

—¿Se conocían ustedes? —preguntó el dueño de la casa.

—¿A quién no conocemos mi esposa y yo? —replicó Korsunski—. Somos como el lobo blanco. ¿Accede usted, Anna Arkádievna?

—No bailo cuando me es posible excusarme de ello.

—Esta noche no puede ser.

En aquel instante se acercó Vronski.

—En ese caso, bailemos —contestó, cogiendo vivamente el brazo de Korsunski, sin hacer aprecio del saludo de Vronski.

«¿Por qué le tendrá mala voluntad?», pensó Kiti, al observar que Anna se había abstenido intencionadamente de contestar al saludo de Vronski.

Este último se acercó a Kiti para recordarle la primera cuadrilla, manifestando que sentía no haberla visto hacía algún tiempo. La joven contemplaba a Anna, que había comenzado a bailar, y la admiraba, escuchando al mismo tiempo a Vronski. Esperaba que este la invitaría para el vals; pero como no dijese nada, lo miró con aire de asombro.

Vronski se ruborizó, e invitó a Kiti apresuradamente; mas apenas dieron los primeros pasos, la música cesó. La joven miró a su caballero, cuyo rostro estaba muy cerca del suyo... Durante largo tiempo, muchos años después, no pudo recordar sin un sentimiento de vergüenza que laceraba su corazón la mirada amorosa que había fijado en Vronski, y a la cual este no contestó.

—¡Vals, vals! —gritaba Korsunski en el otro lado de la sala, apoderándose de la primera pareja que encontró, para ir a perderse con ella entre el torbellino de los danzantes.



## XXIII

VRONSKI dio algunas vueltas de vals con Kiti, y esta fue después a reunirse con su madre; mas apenas hubo tenido tiempo de cambiar algunas palabras con la condesa de Nordston, cuando el joven conde se presentó de nuevo solicitándola para bailar la contradanza. Entonces hablaron a intervalos de Korsunski y de su esposa, a quienes Vronski calificaba de amables muchachos de cuarenta años; y de un teatro de sociedad que se organizaba. En un momento dado, no obstante, Vronski produjo cierta emoción en su pareja al preguntarle si Lievin estaba todavía en Moscú, y añadiendo que le agradaba mucho su persona. Kiti no había contado con la contradanza; lo que ella esperaba con ansiedad era mazurca, pues le parecía que durante la misma se debía resolver todo. Aunque Vronski no la hubiese invitado para bailar al terminar la contradanza, estaba segura de ser su pareja, como en todos los bailes anteriores, y tanto era así, que había rehusado cinco invitaciones, contestando que estaba comprometida.

Todo aquel baile, hasta el último rigodón, fue para Kiti como un sueño delicioso, lleno de flores, de alegres sonidos y de movimiento; no dejaba de bailar sino cuando le faltaban fuerzas, y entonces pedía un momento de reposo; pero en el último rigodón, siendo su pareja uno de esos jóvenes presumidos y petulantes que causan enojo, se halló frente a frente de Vronski y de Anna. Esta última, a la cual no se había acercado desde su entrada en el baile, se le apareció esta vez bajo un aspecto nuevo e inesperado, y Kiti creyó reconocer en ella los síntomas de una sobreexcitación que conocía por experiencia, pues era la del triunfo. Se hubiera dicho que Anna se había embriagado; Kiti sabía a qué atribuir aquella mirada brillante y animada, aquella sonrisa de felicidad, aquellos labios entreabiertos y los graciosos movimientos de Anna, llenos de encanto.

«¿Cuál es la causa, todos o solo uno?» Sin hacer caso alguno de su acompañante, le dejó que tratara inútilmente de reanudar el hilo de una conversación interrumpida; y sometiéndose de buen grado al parecer, a las ruidosas órdenes de Korsunski, que con sus señales indicaba cuándo se debía hacer el círculo y la cadena, observaba a Vronski y su pareja, y su corazón se oprimía cada vez más.

—«No —se decía—, no es la admiración de la multitud lo que la embriaga así, es la de una persona sola. ¿Quién puede ser? ¿Será él?»

Cada vez que Vronski dirigía la palabra a Anna, los ojos de esta parecían iluminarse y una sonrisa de felicidad entreabría sus sonrosados labios; se hubiera dicho que trataba de disimular su alegría, pero en su rostro se revelaba la dicha.

«¿Y él?», pensó Kiti. Al mirar a Vronski, tembló, pues la impresión que se reflejaba como en un espejo en el semblante de Anna era también visible en el suyo. ¿Dónde estaba esa sangre fría, ese aspecto de calma y ese rostro siempre sereno? Al

hablar con Anna inclinaba la cabeza, como si hubiera querido prosternarse, y en sus ojos se leía una expresión a la vez humilde y tímida.

«No quiero ofenderla —decía su mirada—; pero desearía salvar mi corazón y no sé cómo.»

El diálogo versaba sobre las amistades en común, sobre nada en especial y, sin embargo, a cada palabra le parecía a Kiti que su suerte se decidía. Para ellos también, aunque hablaban del ridículo francés de Iván Ivánovich, y del casamiento de la señorita Yelétskaia, cada frase adquiría un valor particular, cuyo alcance comprendían tan bien como Kiti.

En el alma de la pobre niña se confundía todo como una bruma: el baile, la gente, la música y el movimiento; solamente se sostuvo por la fuerza de la educación, que la ayudó a cumplir con su deber, es decir, a bailar, a contestar a las preguntas que le dirigían, y aun a sonreírse; pero en el momento de organizarse la mazurca, y cuando se comenzó a colocar las sillas, mientras que todos salían de los salones pequeños para reunirse en el grande, Kiti se sintió acometida de un acceso de desesperación y de terror. Había rehusado la petición de cinco bailarines y no tenía pareja, ni era probable que la tuviese ya, porque sus triunfos en el mundo alejaban la idea de que no tuviese caballero. Hubiera debido decir a su madre que estaba indispuesta para salir del salón; mas no tuvo fuerza suficiente para ello, se sentía aniquilada.

Sin embargo, se trasladó a un saloncito y se dejó caer en un sofá; los pliegues vaporosos de su falda rodeaban como una nube su frágil talle; uno de los delicados brazos pendía sin fuerza, en parte oculto por los pliegues del vestido y la mano del otro agitaba nerviosamente un abanico para refrescar el rostro enardecido; pero aunque pareciese una linda mariposa posada en la flor y dispuesta a desplegar sus alas, la más espantosa desesperación martirizaba su alma.

«¡Tal vez me engañe y no exista todo eso!», se decía Kiti pensando en lo que había visto.

—¿Qué tienes, hija mía? —dijo la condesa de Nordston, que se había acercado sin que se oyeran sus pasos sobre la alfombra.

Los labios de Kiti se estremecieron y se levantó vivamente.

—¿No bailas la mazurca?

—No, no —contestó con voz temblorosa.

—La ha invitado delante de mí —dijo la condesa, sabiendo bien que Kiti comprendía de qué se trataba—; y Anna le preguntó que si no bailaba con la princesa Scherbátskaia.

—¡Todo me es igual! —contestó Kiti.

Solo ella sabía que la víspera un hombre a quien probablemente amaba había sido sacrificado por ella al ingrato Vronski.

La condesa fue a buscar a Korsunski, con quien había bailado la mazurca, y le

recomendó que invitase a Kiti.

Por fortuna para la joven, no le fue preciso hablar, pues su caballero, en calidad de director, pasaba el tiempo corriendo de una parte a otra para arreglar las figuras. Vronski y Anna bailaban casi frente a ellos; Kiti los veía tan pronto de lejos como de cerca, cuando le llegaba su vez de bailar, y cuanto más los miraba, más se persuadía de su desgracia. Estaban solos a pesar de la multitud, y en el semblante de Vronski, por lo regular tan impasible, Kiti observó esa expresión singular de humildad y de temor que recuerda al perro inteligente cuando se cree culpable.

Anna sonreía, y el joven la imitaba; si reflexionaba al parecer, sus facciones tomaban una expresión seria. Una fuerza casi sobrenatural atraía las miradas de Kiti sobre Anna, que estaba deslumbradora con su vestido negro, sus hermosos brazos cubiertos de brazaletes, su bien torneado cuello adornado de perlas y su cabello negro rizado, seductor en su desorden. Los movimientos ligeros y graciosos de sus diminutos pies, su rostro lleno de animación; todo en ella, en fin, atraía las miradas; pero aquel encanto tenía algo de terrible y de cruel.

Kiti la admiraba más aún que antes, aunque su pena se acrecentaba; el dolor se retrataba en su rostro, y de tal manera se habían alterado sus facciones, que una vez, al pasar Vronski por su lado, no la reconoció al punto.

—¡Qué hermoso baile! —murmuró él, por decir alguna cosa.

—Sí —contestó Kiti.

A la mitad de la mazurca, en un paso inventado últimamente por Korsunski, Anna, saliendo del círculo, hubo de llamar a «dos caballeros y dos damas»; una de estas fue Kiti, que se acercó con cierta turbación; Anna, cerrando a medias los ojos, la miró y le estrechó la mano con una sonrisa; pero como observó al punto la expresión de triste sorpresa y desesperación con que Kiti contestaba, se volvió hacia la otra dama y le habló con tono animado.

«Sí —pensó Kiti—, hay en ella una seducción extraña, casi infernal.»

Anna no quería quedarse a cenar, y el dueño de la casa insistió.

—Quédese usted, Anna Arkádievna —le dijo Korsunski, cogiéndola del brazo. ¿No le agrada a usted el cotillón inventado por mí? ¡*Un bijou!*

Y trató de llevarla consigo, al ver que el dueño de la casa le incitaba con una sonrisa.

—No puedo permanecer aquí más tiempo —contestó Anna, sonriendo también; pero los dos hombres comprendieron por su tono que estaba resuelta a marcharse—. No —añadió—, porque he bailado esta noche más que durante todo el invierno en San Petersburgo.

Después se volvió hacia Vronski, que estaba a su lado, y le dijo:

—Es preciso descansar antes del viaje.

—¿Decididamente marchará usted mañana? —preguntó el joven.

—Pienso que sí —contestó Anna, como admirando el atrevimiento de aquella pregunta.

Mientras hablaba, el brillo de sus ojos y su sonrisa abrasaba el corazón de Vronski.

Anna marchó sin asistir a la cena.

## XXIV

«**D**EBE de haber en mí algo repulsivo —pensaba Lievin al salir del palacio de los Scherbatski para volver a casa de su hermano—. No soy simpático a los demás hombres; dicen que tengo orgullo, y carezco de él completamente. ¿Me habría colocado yo en semejante situación si no fuera así?» Se figuraba a Vronski feliz, amable, tranquilo, dotado de talento, y sin imaginarse siquiera una posición semejante a la suya. «Ella debía elegir —pensaba—; es muy natural, y yo no debo quejarme de nada ni de nadie; el único culpable soy yo. ¿Qué derecho tengo para suponer que ella consentiría en ser mi esposa? ¿Qué soy yo? Un hombre inútil para mí mismo y para los otros.»

De pronto pensó en su hermano Nikolái, y este pensamiento alegró su corazón. «¿No tiene él razón cuando dice que todo es malo y detestable en este mundo? ¿Hemos sido justos alguna vez al juzgar a Nikolái? Ciertamente, a los ojos de Prokofi, que lo encontró embriagado y con la pelliza desgarrada, es un ser despreciable; pero mi punto de vista es distinto; conozco su corazón y sé que nos parecemos. ¡Y yo que en vez de ir a buscarlo he venido aquí!»

Lievin se acercó a un reverbero para descifrar las señas de su hermano, y alquiló un coche. Durante el trayecto, que fue largo, Lievin recordó uno por uno los incidentes de la vida de Nikolái: recordó que en la universidad, y un año después de haberse separado de él, su hermano vivió como un monje, sin hacer caso de las bromas de sus compañeros, cumpliendo rigurosamente con todas las prescripciones de la religión, huyendo de todos los placeres y, sobre todo, del sexo femenino; más tarde se había relacionado con hombres de la peor especie, para entregarse al libertinaje; y cierto día adoptó un muchacho campesino para educarlo; pero lo maltrataba de tal modo durante los accesos de cólera, que se le formó causa y faltó poco para que se lo condenara por delito de mutilación. Lievin recordó también la historia de Nikolái con un estafador, a quien dio una letra de cambio para pagar una deuda de juego, citándolo después ante un tribunal por haberse engañado. Precisamente era la letra de cambio que Serguiéi Ivánovich acababa de pagar. Tenía muy presente la noche en que Nikolái fue detenido por desórdenes nocturnos, y el proceso escandaloso entablado por él contra su hermano Serguiéi cuando acusó a este de no querer pagarle la parte de herencia de su madre; y, por último, recordaba su última aventura, cuando se le citó a juicio por golpes inferidos a un brigada. Todo esto parecía odioso; mas para Lievin la impresión no era tan mala como para aquellos que no conocían a Nikolái, porque se imaginaba conocer el fondo de aquel corazón y su verdadera historia.

Lievin no olvidaba que en el tiempo en que Nikolái buscó en las prácticas de la devoción un freno a sus malas pasiones nadie le había aprobado ni sostenido; cada

cual, por el contrario, trató de ridiculizarlo; y después, cuando llegó el momento de la caída, nadie le tendió la mano; muy lejos de ello, todos huyeron de él con horror y disgusto.

Lievin comprendía que Nikolái no debía juzgarse en el fondo de su alma más culpable que aquellos que lo despreciaban. ¿Era él responsable de su indómito carácter y de su vehemente inteligencia? ¿No había tratado de mantenerse en el buen camino? «Le hablaré con la mayor franqueza —pensó Lievin—, obligándolo a que haga lo mismo, procurando probarle que le comprendo porque lo amo.»

Dio orden para que lo condujeran a la casa cuyas señas indicó, y a eso de las once de la noche estaba ya a la puerta.

—Números doce y trece —contestó el portero a la pregunta de Lievin.

—¿Está en casa?

—Supongo que sí.

La puerta del número 12 estaba entornada, y de la habitación salía un espeso humo de tabaco de calidad inferior. Lievin oyó una voz desconocida, y después reconoció la presencia de su hermano por su manera de toser.

Al entrar en una especie de recibimiento, la voz desconocida decía:

—Todo depende de que el asunto se conduzca con acierto.

Lievin dirigió una mirada por la abertura de la puerta y vio que el que hablaba era un hombre joven, de la clase del pueblo, a juzgar por su traje; en el sofá estaba sentada una mujer, joven también, de pobre aspecto, con vestido de lana sin cuello y sin puños. No se veía a Nikolái. El corazón de Lievin se oprimió al ver con qué clase de gente se trataba su hermano. Nadie le había oído, y adelantándose con precaución, escuchó lo que el hombre decía: se trataba, al parecer, de arreglar un negocio.

—¡El diablo se lleve a las clases privilegiadas! —decía su hermano, después de haber tosido—. Masha —añadió—, arréglanos pronto la cena, y danos vino si ha quedado; si no lo hay, puedes ir a comprarlo.

La mujer se levantó, y al salir vio a Lievin al otro lado de la puerta.

—Alguien pregunta por usted, Nikolái Dmitrich —dijo la mujer.

—¿Qué quiere? —preguntó Nikolái con acento de cólera.

—Soy yo —contestó Lievin, presentándose en la puerta.

—¿Quién? —preguntó la voz de Nikolái, con tono irritado.

Lievin lo oyó levantarse vivamente, cogiéndose a alguna cosa, y un momento después pudo ver la elevada estatura de su hermano, flaco y encorvado, cuyo salvaje aspecto, hosco y enfermizo, le causó pavor.

Había enflaquecido más desde la última vez en que Lievin lo había visto, tres años antes; llevaba una levita recortada, y no solo sus manos, sino todos sus miembros, parecían más grandes; el bigote se erizaba alrededor de los labios como en otro tiempo, y su mirada era extraviada.

—¡Hola, Kostia! —exclamó al reconocer a su hermano, mientras sus ojos brillaban de alegría; después, volviéndose hacia el joven, hizo con la cabeza y el cuello un movimiento nervioso, bien conocido de Lievin, y en su rostro enflaquecido se pintó una expresión salvaje y cruel.

—Ya he escrito a Serguiéi Ivánovich y a usted; no quiero saber nada de ustedes. ¿Qué se le ofrece, qué necesita usted de mí?

Konstantín Lievin había olvidado cuán difícil era tolerar el carácter de Nikolái, que había imposibilitado siempre toda relación de familia; se había representado a su hermano de otra manera al pensar en él; pero al observar sus facciones y ademanes, recordó el pasado.

—No he venido a pedirte nada —contestó Lievin con timidez—; mi único objeto era verte.

El aspecto temeroso de su hermano dulcificó a Nikolái.

—¡Ah! —exclamó, haciendo una mueca—. En ese caso, entra y siéntate. ¿Quieres cenar? Masha, trae tres platos...; no, espérate. ¿Sabes quién es? —añadió, señalando al hombre mal vestido. Es mi amigo Kritski; lo he conocido en Kíev y lo tengo por persona muy notable. La policía lo persigue, naturalmente, porque no es un canalla.

Así diciendo, miró a los presentes, como lo hacía siempre después de hablar, y dirigiéndose luego a la mujer, que estaba a punto de salir, gritó:

—¡Te digo que esperes!

Y comenzó a referir, con esa dificultad para hablar que Lievin conocía ya, toda la historia de Kritski; dijo cómo se le había expulsado de la universidad por haber querido fundar una sociedad de ayudas para los estudiantes pobres y escuelas dominicales; recordó que después fue nombrado maestro de una escuela pública, de la cual también fue expulsado, y que, por último, dio motivo a una formación de causa, sin saberse a punto fijo por qué.

—¿Es usted de la universidad de Kíev? —preguntó Lievin, para interrumpir un silencio enojoso.

—Sí, he sido —contestó Kritski, frunciendo el entrecejo con expresión de enojo.

—Y esa mujer —añadió Nikolái, señalándola— es Maria Nikoláievna, la compañera de mi vida; la he recogido en un burdel, pero la amo y la aprecio, y todos aquellos que quieran conocerme deben respetarla, la considero como mi esposa. Ya sabes a qué atenerte; y ahora, si crees rebajarte, dueño eres de irte.

Y dirigió una mirada interrogadora a los presentes.

—No comprendo por qué me rebajaría —dijo Lievin.

—Pues entonces, que suban tres raciones, Masha, aguardiente y vino; no, espera...; vamos, es igual, vete.

## XXV

**M**IRA —continuó Nikolái Lievin, arrugando la frente y agitándose, pues no sabía qué hacer ni qué decir—. ¿Ves esa? —y señaló algunas barras de hierro atadas con cordeles, que estaban en un ángulo de la habitación—. Pues has de saber que es el principio de una nueva obra que ahora emprendemos: se trata de un *artel*<sup>[15]</sup> profesional.

Lievin no escuchaba apenas; se limitaba a observar el aspecto enfermizo de su hermano, y su compasión creciente le impedía fijar la atención en lo que decía; pero no ignoraba que aquella obra no era sino una tabla de salvación para evitar que el infeliz se despreciase a sí mismo completamente.

—Ya sabes —continuó Nikolái— que el capital aniquila al obrero; este último es, entre nosotros, el campesino; el que sostiene todo el peso, y que nunca puede salir de su estado de bestia de carga por mucho que trabaje. Todo el beneficio, todo lo que podría mejorar la suerte de los campesinos, dejándoles algún desahogo y ocasión además para recibir alguna instrucción, es absorbido por el capitalista. Y la sociedad se ha constituido de tal modo, que cuanto más se afanan los jornaleros más se enriquecen a sus expensas los propietarios y comerciantes, sin que el trabajador salga nunca de su triste situación. Esto es lo que se debe cambiar.

Y miró a su hermano con aire interrogador.

—Sí, seguramente —contestó Konstantín, observando que en las mejillas de su hermano se formaban dos manchas rojas.

—Por eso organizamos un *artel* de cerrajería, en el que todo será común: trabajo, beneficio y hasta los mismos útiles.

—¿Dónde estará ese *artel*? —preguntó Konstantín.

—En el pueblo de Vozdrema, en la provincia de Kazáñ.

—¿Por qué en un pueblo? Me parece que en el campo no falta trabajo. ¿Y por qué establecer un *artel* de cerrajería?

—Porque el campesino sigue siendo siervo, como siempre; y he aquí por qué os desagrada, a Serguiéi y a ti, que se trate de sacarle de esa esclavitud —contestó Nikolái, contrariado por aquella observación.

Mientras que hablaba, Konstantín había examinado la estancia, triste y sucia; y como suspirase, irritó con esto más aún a su hermano.

—Ya conozco vuestras preocupaciones aristocráticas —dijo Nikolái—, y sé que Serguiéi hace uso de todas las fuerzas de su inteligencia para defender los males que nos agobian.

—¿Por qué hablas de Serguiéi? —preguntó Lievin, sonriendo.

—¿De Serguiéi? Voy a decirte por qué hablo —gritó Nikolái—; pero ¿de qué serviría? Dime tú por qué has venido; parece que desprecias todo esto. ¡Mejor vete



con Dios! —y Nikolái se levantó, gritando—; ¡Vete de aquí, vete!

—Yo no desprecio nada —dijo Lievin dulcemente—, ni tampoco discuto.

En aquel momento entró Maria Nikoláievna; Nikolái se volvió con ademán de cólera, pero la mujer se acercó a él vivamente y le dijo algunas palabras al oído.

—Estoy enfermo —añadió Nikolái, al parecer más tranquilo— y tengo el carácter irritable. Has venido para hablarme de Serguiei y de sus artículos, que para mí están plagados de insensateces, de locuras y de errores. ¿Cómo puede hablar de justicia un hombre que no sabe nada de ella? ¿Ha leído usted su artículo? —añadió, dirigiéndose a Kritski.

Y acercándose a la mesa, quiso tirar los cigarrillos que en ella estaban a medio hacer.

—No lo he leído —contestó Kritski, con expresión sombría, rehusando evidentemente tomar parte en la conversación.

—¿Por qué? —preguntó Nikolái, con acento de cólera.

—Porque me parece inútil perder así el tiempo.

—¿Y cómo sabe usted que perdería el tiempo? Para muchas personas, el artículo sería incomprensible; mas no para mí, que leo a través de los pensamientos.

Nadie contestó. Kritski se levantó lentamente y cogió su gorro.

—¿No quiere usted cenar? —preguntó Nikolái—. Entonces, buenas noches; podrá volver mañana con el cerrajero.

Apenas hubo salido Kritski, Nikolái guiñó un ojo sonriendo.

—Tampoco ese sabe mucho —murmuró—; ya lo veo...

Kritski lo llamó desde el umbral de la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó Nikolái, dirigiéndose hacia el comedor.

Una vez solo con Maria Nikoláievna, Lievin le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que está usted con mi hermano?

—Unos dos años. Su salud se ha debilitado mucho; bebe con exceso.

—¿Cómo que «bebe con exceso»?

—Bebe vodka, y esto le hace daño.

—¿Y en gran cantidad? —preguntó Lievin en voz baja.

—Sí —contestó la mujer, mirando con temor hacia la puerta, donde apareció Nikolái.

—¿De qué habláis? —preguntó este, frunciendo el entrecejo.

—De nada —contestó Lievin confuso.

—Si no queréis decirlo, no lo digáis; pero tú no necesitas hablar con ella, Konstantín, porque es una mujer abandonada y tú un caballero... Ya veo que has comprendido y juzgado todo, y que miras con desprecio mis errores —añadió, levantando la voz.

—¡Nicolái Dmítrich, Nikolái Dmítrich! —murmuró Maria Nikoláievna,

acercándose a él.

—¡Está bien, está bien!... ¿Y dónde está esa cena? ¡Ah!, ya la tenemos aquí —dijo al ver entrar un criado con una bandeja—. Por aquí —continuó, con acento irritado; y llenando una copita de vodka la apuró con avidez—. ¿Quieres? —preguntó a Lievin, más sereno ya—. No hablemos una palabra más de Serguiéi Ivánovich. Yo me alegro mucho de verte, y por más que se diga, no somos extraños el uno para el otro. Bebe, pues; cuéntame lo que haces y dime cómo vives.

Nicolái volvió a llenar su vaso.

—Lo mismo que antes, en el campo; solo me ocupo de la agricultura —dijo Lievin, observando, no sin terror, la avidez con que su hermano comía y bebía, y esforzándose para disimular sus impresiones.

—¿Por qué no te casas?

—Aún no ha surgido —respondió Lievin, sonrojándose.

—¿Cómo es eso? En cuanto a mí, todo ha concluido; he malgastado mi vida; pero digo, y diré siempre, que si me hubieran dado mi parte de herencia cuando la necesitaba, otra hubiera sido mi suerte.

Konstantín se apresuró a cambiar de conversación.

—¿Sabes que tu Vaniushka<sup>[16]</sup> está de escribiente en mi finca de Prokóvskoie?

Nicolái hizo un movimiento nervioso con el cuello, pareciendo reflexionar.

—¡Ah! —exclamó—. Dime lo que pasa en Pokróvskoie. ¿Está la casa lo mismo? ¿Y nuestros abedules? ¿Y nuestra habitación de estudio? ¿Es posible que Filip, el jardinero, viva aún? ¡Cómo me acuerdo del pequeño pabellón y de aquel diván grande! No cambies nada en la casa, busca esposa pronto y vuelve a la vida de otro tiempo. Yo iré entonces a tu casa, si tienes buena esposa.

—¿Y por qué no has de ir ahora? Nos arreglaríamos muy bien.

—Ya hubiera ido si no temiese encontrar a Serguiéi Ivánovich.

—No lo encontrarás; yo vivo independiente.

—Sí, pero por más que digas, te es preciso elegir entre él y yo —dijo Nicolái, fijando con temor una mirada en su hermano.

Aquella timidez conmovió a Lievin.

—Si quieres que te hable con franqueza respecto a vuestra disputa, te diré que no me declaro en favor del uno ni del otro; en mi concepto, ambos estáis en un error. Solo que tú te engañas exteriormente y él interiormente.

—¡Ah! ¡Tú lo has comprendido! —gritó Nicolái, con expresión de alegría.

—Y si quieres saberlo todo —dijo Lievin—, añadiré que tu amistad es la que más aprecio personalmente, porque...

—¿Por qué, por qué?

Konstantín no se atrevía a decir que era porque compadecía a Nicolái; pero este lo comprendió, y siguió bebiendo con aire sombrío.

—¡Basta, Nikolái Dmítrich! —dijo Maria Nikoláievna, alargando su gruesa mano para coger la botella de vodka.

—¡Déjame en paz, o de lo contrario te sacudo!

Maria desarmó a Nikolái con una sonrisa, y retiró la botella.

—Tal vez te parezca a ti —dijo Nikolái a su hermano— que esta mujer no entiende nada; pero te aseguro que es más lista que nosotros. ¿No te parece que hay algo bueno en ella?

—¿No ha estado usted nunca en Moscú? —preguntó Konstantín, por decir alguna cosa.

—No la trates de usted, se asusta —replicó Nikolái—, pues salvo el juez de paz que la juzgó cuando quiso salir de la casa donde estaba, todos la tutearon siempre. ¡Dios mío, cuánta falta de buen sentido hay en este mundo! ¡Esas nuevas instituciones, esos jueces de paz..., qué monstruosidades!

Konstantín escuchaba silencioso; su idea de falta de sentido en todas las instituciones públicas que compartía con su hermano le era desagradable en aquel momento.

—Ya comprenderemos todo eso en el otro mundo —dijo en tono de broma.

—¡En el otro mundo! —repitió Nikolái—. ¡No me hables de eso, que me desagrada mucho! —añadió, fijando en su hermano una mirada de terror—. Bueno sería salir de este caos, de todas estas miserias; pero temo mucho la muerte. Vamos, bebe un poco —dijo, estremeciéndose involuntariamente—. ¿Quieres un poco de champán o te parece mejor que salgamos? Iremos a ver a los gitanos. ¿Sabes que me he aficionado a los gitanos y a las canciones rusas?...

Nicolái tenía ya la lengua muy torpe, y tan pronto hablaba de una cosa como de otra, con lo cual Lievin, auxiliado por Masha, lo indujo a no salir, y lo acostaron completamente ebrio.

Masha prometió a Lievin escribirle, si fuese necesario, esforzándose para persuadir a Nikolái a que fuera a vivir a su casa.

## XXVI

**A** LA mañana siguiente, Lievin salió de Moscú, y por la noche estaba ya en su casa. Durante el viaje trabó conversación en el coche con sus compañeros de camino; habló de política, de ferrocarriles; y así como en Moscú, le disgustó oír tantas opiniones diversas y estuvo descontento de sí mismo sin saber por qué; pero cuando divisó a Ignat, su cochero tuerto, con el trineo revestido de una alfombra, en la cual se reflejaba la luz vacilante de las lámparas de la estación; cuando vio los caballos, con sus colas bien recogidas y sus cascabeles, y cuando al sentarse en el trineo su criado le habló de los asuntos domésticos, su mal humor y su disgusto se desvanecieron poco a poco. Solo la vista de Ignat y de los cuadrúpedos bastó para aliviarlo; pero cuando, después de abrigarse con la pelliza de piel de carnero que le habían llevado, se instaló en su vehículo y comenzó a pensar en las órdenes que daría al llegar a casa, el pasado se le apareció bajo un aspecto muy distinto. Ya no deseó cambiarse por otro, y se propuso solo ser mejor de lo que había sido hasta entonces. Sin aspirar a la dicha extraordinaria que hubiese supuesto su matrimonio con Kiti, se contentaría con la realidad presente: sabría resistir a las malas pasiones, como las que lo dominaron el día que hizo su petición de matrimonio; y, por último, se prometió no olvidar a Nikolái y ayudarle cuando estuviese peor, lo cual sucedería pronto, por desgracia, a su modo de ver. La conversación sostenida con su hermano sobre el comunismo, a la cual entonces no había prestado atención, lo hizo reflexionar. Consideraba como absurda una reforma de las condiciones económicas; pero no le chocaba menos el injusto contraste de la miseria del pueblo comparada con lo superfluo de que él podía disfrutar; por lo mismo, y para tranquilizar su conciencia, se prometió trabajar en adelante más y no ostentar tanto lujo como en otro tiempo. Sumido en estas reflexiones, llegó al fin a su casa bajo la impresión de los más agradables presentimientos.

Ya eran más de las ocho de la tarde cuando Lievin, colmado de esperanzas de comenzar una nueva y mejor vida, llegó a su finca.

Una débil claridad iluminaba las ventanas de su anciana sirvienta, Agafia Mijáilovna, que hacía las veces de ama de llaves. Kuzmá, el criado, despertado de improviso, se precipitó descalzo y casi dormido para abrir la puerta; y *Laska*, la perra de caza, corrió también al encuentro del amo, derribando casi a Kuzmá para recibir a Lievin; el fiel animal, sosteniéndose sobre sus patas posteriores, se proponía, sin duda, apoyar las otras en el pecho de su amo.

—Ha vuelto usted muy pronto, señor —dijo Agafia Mijaílovna.

—Me aburría en Moscú —contestó Lievin—; no se está mal en casa de los otros, pero me hallo mejor en la mía.

Y pasó a su habitación. La estancia se iluminó al punto con bujías, llevadas

apresuradamente, y poco a poco observó todos los detalles que le eran familiares: las grandes astas de ciervo, los estantes cargados de libros, el espejo, la estufa con sus conductos que hacía tiempo se debían componer, el antiguo diván de su padre, la enorme mesa, y sobre esta un libro abierto y un cuaderno con casi todas las hojas escritas.

Al verse allí Lievin comenzó a dudar de la posibilidad de un cambio de existencia tal como lo soñara en el camino. Todos aquellos vestigios de su vida pasada parecían decirle: «No, tú no nos abandonarás, ni te convertirás en otro; seguirás siendo lo que siempre fuiste, con tus dudas, tu continuo descontento de ti mismo, tus inútiles tentativas de mejora, tus recaídas y tu eterna esperanza de una felicidad que no se ha hecho para ti».

Esto le decían los objetos exteriores mientras una voz diferente hablaba en su alma, murmurando que no debía ser esclavo de su pasado, y que cada cual hacía de sí cuanto quería. Obedeciendo a esta voz, se acercó a un ángulo de la habitación, donde se veían dos grandes pesos, y los levantó para hacer un poco de gimnasia, a fin de recobrar toda su fuerza; mas en el mismo instante oyó ruido junto a la puerta. Lievin colocó apresuradamente los pesos en su sitio.

Era el intendente, quien comenzó por anunciar que, a Dios gracias, todo iba bien; pero que el alforfón se había quemado en el nuevo secadero. Lievin se irritó, porque aquel aparato, construido y casi inventado por él, no había merecido nunca la aprobación del intendente, que ahora anunciaba el hecho con calma y cierto aire de modesto triunfo. Lievin estaba persuadido de que se habrían descuidado precauciones cien veces recomendadas, y dejándose llevar de su mal humor, reprendió al pobre hombre; pero este le dio otra noticia importante: *Pava*, la mejor de las vacas, comprada en la exposición, había parido.

—Kuzmá —dijo Lievin—, dame el capote. Y usted —añadió, volviéndose hacia el intendente—, ordene que enciendan una linterna; quiero ver eso.

El establo de las vacas de más valor estaba junto a la casa. Lievin cruzó el patio entre los montones de nieve acumulada entre las matas; se acercó al establo y abrió la puerta, medio helada en los goznes. Al punto se percibió un olor cálido de estiércol; las vacas, asombradas por la inesperada luz de las linternas, se revolvieron en sus frescos lechos de paja, y muy pronto vio Lievin brillar en la penumbra el lomo negro y blanco de la vaca holandesa. *Bérkut*, el toro, con el anillo en el belfo, quiso levantarse, pero se contentó con producir un ruidoso resoplido.

La hermosa *Pava*, tan grande como un hipopótamo, estaba echada junto a su ternera, y la protegía con su cuerpo.

Lievin examinó al animal, poniéndolo en pie, aunque apenas se sostenía con sus largas patas temblorosas.

*Pava* mugió por efecto de su emoción, pero se tranquilizó cuando Lievin le

devolvió su hijuelo, al que comenzó a lamer, respirando ruidosamente.

—Alumbra por aquí, Fiódor —dijo Lievin, examinando otra vez el ternero—. ¡Ah!, tiene el mismo pelaje del padre: ¿Verdad que es un hermoso animal, Vasili Fiódorovich? —preguntó al intendente, olvidando, por la satisfacción que esto le causaba, que se le hubiera quemado el alforfón.

—Sí, señor, no podía ser feo. Semión, el contratista, vino al día siguiente de haber marchado usted, y opino que convendrá arreglarse con él. Ya he tenido el honor de hablarle de la máquina.

Esta sola frase hizo pensar a Lievin en todos los detalles de su explotación, que era grandiosa y complicada, y desde el establo pasó a la oficina para hablar con el contratista y el intendente, trasladándose después a su salón.

## XXVII

**L**A casa de Lievin era grande y antigua, pero la ocupaba por completo, aunque viviese en ella solo; era, en cierto modo, absurda e impropia para realizar sus nuevos proyectos; pero aquella casa le representaba todo un mundo, en el que habían vivido y muerto su padre y su madre, con esa existencia que para Lievin constituía el ideal de la perfección, y que se proponía continuar con una familia propia.

Lievin no conservaba apenas recuerdos de su madre, pero su memoria le era sagrada, y si se casaba su esposa debía semejarse mentalmente a ese ideal encantador y adorado. Para él no podía existir el amor fuera del matrimonio, y aun iba más allá; se imaginaba antes la familia, y después a la mujer que se la diese, de modo que sus ideas sobre el casamiento diferían mucho de las que profesaban los más de sus amigos, para los cuales el matrimonio representaba únicamente uno de los numerosos actos de la vida social; mientras que Lievin lo consideraba el más importante de la existencia, aquel de que dependía toda su felicidad. ¡Y, sin embargo, era preciso renunciar!

Cuando entró en su pequeña sala, donde solía tomar el té, y se hubo sentado en su sillón con un libro en la mano, en tanto que Agafia Mijaílovna le llevaba su taza y se colocaba junto a la ventana, diciendo como de costumbre: «Señor, permítame usted sentarme», Lievin reconoció que no había renunciado a sus meditaciones ni podía vivir sin ellas. Se casaría con Kiti o con otra, pero se casaría. Las imágenes de una futura vida de familia ocupaban su pensamiento, y solo se distraía de ellas para escuchar a veces; las habladorías de la vieja sirvienta, comprendiendo que en el fondo de su alma se moderaba alguna cosa, aunque fijándose también irrevocablemente.

Agafia Mijaílovna refería cómo Prójor se había olvidado de Dios, y en vez de comprar un caballo con el dinero que Lievin le diera, había comenzado a beber sin tregua y a pegar a su mujer hasta matarla casi. Escuchando estas cosas, Lievin leía en su libro, y en él hallaba el hilo de los pensamientos que su lectura le despertaba. Este libro era de Tyndall, y trataba del calor. Lievin recordaba haber criticado al autor por la satisfacción con que hablaba del buen éxito de sus experimentos y por su falta de observaciones desde el punto de vista filosófico. De repente, una idea agradable cruzó por su mente, y murmuró: «De aquí a dos años podré tener dos holandesas, y aún conservaré a *Pava*, y si a las doce crías de *Bérkut* se añaden estas tres, ¡será magnífico!». Después continuó su lectura, y se dijo: «Pues bien, supongamos que la electricidad y el calor no sean sino una sola y misma cosa. ¿Se podrá en este caso emplear las mismas unidades en las ecuaciones que sirven para resolver la cuestión? No. Pues, ¿y entonces? El lazo que existe entre todas las fuerzas de la naturaleza se deja sentir, por lo demás, instintivamente... ¡Y qué buen rebaño tendré cuando la hija de *Pava* haya llegado a ser una vaca roja y blanca! Mi esposa y yo saldremos con

algunos visitantes para ver cómo entran en el establo. Y mi mujer dirá: «Konstantín y yo hemos cuidado el ternero, como si fuera un niño». «¿Y a usted le interesan esas cosas?», preguntará el visitante. «Todo lo que le interesa a Konstantín, me interesa a mí.» Pero ¿quién será mi mujer? «¿Y recordando lo que había pasado en Moscú, añadió: «¿Qué hacer? Yo no puedo nada. Sin embargo, ahora todo marchará de otra manera; es una necedad dejarse dominar por el pasado; se ha de luchar para vivir mejor, mucho mejor...».

La vieja *Laska*, que no había saboreado bien aún la dicha de haber vuelto a ver a su amo, acababa de dar una vuelta por el patio, atronándole con sus ladridos, y volvía a la habitación meneando la cola, muy satisfecha; se acercó a su amo, y apoyando la cabeza en su rodilla, reclamó una caricia, gruñendo expresivamente.

—Aunque sea un perro —dijo la anciana Agafia Mijaílovna—, no le falta más que hablar; comprende que el amo ha vuelto y está triste.

—¿Por qué triste?

—¿No lo veo yo, señor? Hora es ya de que conozca a los amos, pues en su compañía he vivido, desde la infancia. Con tal que la salud sea buena y la conciencia esté tranquila, lo demás importa poco.

Lievin la miró atentamente, admirándose de que adivinara así sus pensamientos.

—¿Le sirvo otra taza? —preguntó.

Y sin esperar contestación, fue a buscar el té. *Laska* seguía empujando con su cabeza la mano de Lievin; cuando este la acarició, se echó en redondo a sus pies; y como para demostrar que todo iba bien y estaba en orden, abrió ligeramente la boca, deslizó la lengua entre sus viejos dientes, y, pronunciando un ligero chasquido con los labios, se entregó a un reposo lleno de beatitud. Lievin seguía todos sus movimientos.

«Haré lo mismo —pensó—; nada... Todo está bien.»



## XXVIII

**A** NNA Arkádievna envió al día siguiente del baile un telegrama a su esposo para anunciarle que saldría de Moscú a las pocas horas.

—No, es preciso que me marche —dijo a su cuñada para explicar su cambio de proyectos, como si recordase de pronto los muchos asuntos que debía despachar—; más vale que emprenda el viaje hoy mismo.

Stepán Arkádich comía fuera; pero prometió volver a las siete para acompañar a su hermana. Kiti no se presentó, y se excusó con una esquila, en la que decía que le aquejaba la jaqueca.

Dolli y Anna comieron solas con la inglesa y los niños. Estos últimos, bien fuese por inconstancia o instinto, no jugaban con su tía como el día de su llegada; su ternura se había desvanecido, y al parecer se preocupaban muy poco de su marcha. Anna pasó las primeras horas haciendo sus preparativos de viaje: escribió algunas esquelas de despedida, pagó sus cuentas y arregló los baúles. A Dolli le pareció que no tenía el alma tranquila, y que aquella agitación, la cual conocía por experiencia, tenía su razón de ser en un descontento general de sí misma. Después de comer, Anna subió a su habitación para vestirse, seguida de Dolli, que le dijo de pronto:

—Me parece observar hoy en ti alguna cosa extraña.

—¿Extraña? Nada de eso; es que no estoy bien; esto me sucede también con frecuencia cuando tengo ganas de llorar. Reconozco que es una estupidez, mas ya pasará —añadió vivamente, ocultando en parte el rostro con un saquito de seda, donde guardaba su tocado de noche y sus pañuelos de bolsillo. En sus ojos brillaron algunas lágrimas que a duras penas pudo contener—. No deseaba salir de San Petersburgo, y ahora me cuesta marcharme de aquí.

—Has venido a hacer una buena acción —dijo Dolli, observando a su cuñada atentamente.

Anna la miró con los ojos preñados de lágrimas.

—No digas eso, Dolli; nada he hecho ni podía hacer tampoco. Con frecuencia me pregunto por qué se conjuran todos al parecer para mimarme. ¿Qué podía hacer yo? Has hallado en tu corazón bastante amor para perdonar...

—¡Dios sabe lo que habría sucedido sin ti! ¡Qué feliz eres, Anna! —exclamó Dolli—. ¡Todo es claro y puro en tu alma!

—Cada cual tiene en ella sus *skeletons*, como dicen los ingleses.

—¿Cuáles puedes tener tú?

—¡Tengo los míos! —replicó Anna, con una sonrisa burlona que plegó sus labios a pesar de las lágrimas.

—En tal caso —repuso Dolli, sonriendo—, serán *skeletons* divertidos, y no tristes.

—¡Oh, no! Son tristes. ¿Sabes por qué me marchó hoy en vez de mañana? Esta confesión me pesa, pero quiero hacerla —añadió Anna, sentándose con aire resuelto y mirando a Dolli fijamente.

Esta última observó con asombro que Anna se había ruborizado de un modo extraordinario.

—Sí —continuó—: ¿Sabes por qué Kiti no ha venido a comer? Pues voy a decírtelo: es porque está celosa de mí..., yo he sido la causa de que ese baile, en vez de ser una alegría para ella, se convirtiera en martirio; pero debo asegurarte de veras que no soy culpable, o, si acaso, muy poco —añadió, recalcando la última palabra.

—¡Cómo te has parecido a Stiva al decir esto! —repuso Dolli, sonriendo.

Anna se resintió de estas palabras.

—¡Oh, no, yo no soy Stepán! —repitió, con expresión sombría—. Te refiero esto porque no quisiera dudar de mí misma un solo instante.

En el momento de pronunciar estas palabras, Anna comprendió que no eran justas, pues no solamente dudaba de sí misma sino que el recuerdo de Vronski la impresionaba de tal modo, que había resuelto marcharse antes de lo que pensaba para no encontrarlo más.

—Sí —repuso Dolli—, Stepán me ha dicho que habías bailado una mazurca con él, y que...

—No puedes figurarte qué giro tomó todo eso. Yo pensaba contribuir a que se efectuase el matrimonio, y en vez de ayudar..., tal vez contra mi deseo...

Anna se ruborizó de nuevo y guardó silencio.

—¡Oh! Esas cosas se sienten de pronto —dijo Dolli.

—Me desesperaría si por parte de él hubiese algo serio —interrumpió Anna—; pero estoy convencida de que todo se olvidará pronto, y de que Kiti no me tendrá mala voluntad.

—A decir verdad, no sentiría que se descompusiera el proyecto de matrimonio en el caso de que Vronski se hubiese enamorado de ti en un solo día.

—¡Dios mío, eso sería una locura! —exclamó Anna, ruborizándose de placer al ver que Dolli emitía el mismo pensamiento que ocupaba su espíritu—. Hete aquí que ahora me marchó, dejando a Kiti como enemiga, siendo así que la amaba tanto. Pero ya arreglarás tú eso, ¿no es verdad?

Dolli reprimió a duras penas una sonrisa. Amaba a su cuñada, pero no le disgustaba encontrar en ella también debilidades.

—¿Una enemiga? —replicó—. Es imposible.

—Hubiera deseado que me quisierais tanto como yo os quiero —dijo Anna, con lágrimas en los ojos—. ¡Dios mío, cuántas tonterías digo hoy!

Y pasándose un pañuelo por los ojos, comenzó a arreglarse.

Por fin llegó el momento de marchar. Stepán Arkádich se presentó con el rostro

enrojecido y animado, oliendo a vino y tabaco.

La ternura de Anna se había comunicado a Dolli, y al abrazarse por última vez, esta murmuró al oído de aquella:

—Piensa, querida Anna, que no olvidaré nunca lo que has hecho por mí, y que te quiero y te querré siempre como a mi mejor amiga.

—No comprendo por qué —contestó Anna, abrazando a Dolli y reteniendo sus lágrimas.

—Me has comprendido y me comprendes aún. ¡Adiós, querida mía!

## XXIX

**T**ODO acabó al fin, ¡a Dios gracias!, pensó Anna, después de despedirse de su hermano, que había ocupado con su persona la entrada del coche hasta que hicieron la tercera señal. La hermosa dama fue a sentarse al lado de Ánnushka, la doncella, en el pequeño diván, y examinó el compartimiento, débilmente iluminado. «A Dios gracias —se dijo—, mañana volveré a ver a mi hijo y a Alexiéi Alexándrovich, y mi vida volverá a ser la misma de antes.»

Con esa necesidad de agitarse de que estuvo dominada todo el día, Anna hizo minuciosamente sus preparativos para la noche; con sus lindas manos sacó del maletín una almohada, la puso sobre sus rodillas y se tapó los pies. Una dama enferma arreglaba ya también sus cosas; otras dos entablaron conversación con Anna; y una vieja, rodeando sus piernas con una manta, hizo varias observaciones críticas sobre la calefacción. Anna contestó a lo que le dijeron; pero como no tenía interés alguno en la conversación, pidió a su camarera la linterna de viaje, la fijó en el respaldo de su asiento y tomó de su saco una novela inglesa y una plegadera. Al principio le fue difícil leer, porque a cada momento pasaba alguien junto a ella, pero cuando el tren se puso en movimiento, escuchó involuntariamente los ruidos exteriores: la nieve que azotaba los vidrios, el conductor que pasaba, completamente cubierto de blancos copos; la conversación de sus compañeras de viaje, que hablaban de la tempestad que reinaba; todo, en fin, era para Anna un motivo de distracción. Después siguió algo más monótono; siempre las mismas sacudidas y el mismo ruido, la misma nieve en la ventanilla e iguales cambios bruscos de temperatura, del calor al frío y viceversa; los mismos semblantes y las mismas voces. Anna consiguió al fin leer y comprender lo que leía, mientras su camarera dormitaba ya, con el saco sobre las rodillas, sostenido por sus gruesas manos, revestidas de guantes de abrigo. Sin embargo, la lectura no la inducía a interesarse en la vida de otro; esto le era intolerable, porque necesitaba demasiado vivir para sí misma. Si la heroína de su novela cuidaba a un enfermo, a Anna le hubiera gustado moverse con los pasos silenciosos por el cuarto del paciente. Si un diputado del parlamento pronunciaba su discurso, Anna deseaba hallarse en su lugar. Si *lady Mary* montaba a caballo y admirando al mundo por su audacia, Anna deseaba hacer lo mismo. Pero no había nada que hacer, sus pequeñas manos atormentaban impacientemente la plegadera, Anna se esforzaba por seguir leyendo.

El héroe de su novela llegaba al fin al apogeo de su dicha inglesa, por haber adquirido un título de barón y algunas tierras; Anna hubiera querido marchar a su posesión, más le pareció de pronto que en esto habría algo vergonzoso para el favorecido, y para ella también. «Pero ¿de qué podría avergonzarme yo?», se preguntó la dama, apoyándose en el respaldo de su asiento y oprimiendo la plegadera.

Anna evocó todos sus recuerdos de Moscú, que eran tan buenos y agradables; pensó en el baile, en Vronski, en sus relaciones con él, en su expresión enamorada. ¿Había en esto cosa alguna de la que pudiera ruborizarse? Seguramente que no, y, sin embargo, en vano pugnaba por desechar un sentimiento de vergüenza al evocar este último recuerdo, pareciéndole que una voz interior le repetía: «¡Caliente, caliente, muy caliente!», cada vez que pensaba en Vronski. «¿Qué significa esto? —se preguntó, agitándose en su asiento con violencia—. ¿No me será dado hacer nada frente a mis recuerdos? ¿Puede existir algo de común entre ese joven oficial y yo, como no sean las relaciones que se tienen con todo el mundo?» Anna sonrió con desdén, y cogió de nuevo su libro; pero decididamente no le era posible comprender lo que leía. Con la punta del cuchillo comenzó a frotar el vidrio del coche para pasar después la fría superficie por su mejilla abrasada, mientras se reía casi en voz alta. Entonces reconoció que sus nervios se irritaban cada vez más, que sus ojos se abrían desmesuradamente y que sus dedos se crispaban, pareciéndole que la oprimía una sofocación; las imágenes y los sonidos adquirirían una importancia exagerada en la semioscuridad del coche, tanto que la dama se preguntó si avanzaban o retrocedían, o si el tren estaba parado. Poseída del temor de que la sobrecogiese un estado de atonía, y comprendiendo que aún le era dado resistir por la fuerza de la voluntad, se levantó, se despojó de su abrigo y de su cuello de pieles, y creyó sentir alivio. Un hombre alto y seco entró en aquel instante; en él reconoció al encargado de los calentadores; lo vio mirar el termómetro y observó cómo el viento y la nieve se introducían en el coche; después, todo se volvió a confundir para ella. De allí a poco, Anna creyó oír un ruido extraño, como de algo que se desgarrase rechinando, pareciéndole ver un hierro enrojecido que brillaba y desaparecía detrás de una pared, y de pronto se le figuró que caía en un foso.

Todas estas sensaciones eran más divertidas que pavorosas. La voz del hombre cubierto de pieles pronunció un nombre a su oído; Anna se levantó, y entonces pudo comprender que llegaban a una estación y que aquel individuo era el conductor. Al punto pidió su chal y sus pieles, se las puso y se dirigió hacia la puerta.

—¿La señora quiere salir? —preguntó Ánnushka.

—Sí, necesito respirar; aquí hace mucho calor.

Y abrió la portezuela.

La nieve y el viento le cerraron el paso, lo cual le pareció divertido; pero sujetándose el vestido con una mano y cogiéndose con la otra a un poste, bajó al andén.

Una vez preservada por los coches, se serenó un poco, y con verdadero placer aspiró el aire frío de aquella noche tempestuosa. En pie junto al tren, miró a su alrededor el suelo cubierto de nieve y la estación brillante de luces.

## XXX

**E**L viento soplaba con fuerza, introduciéndose entre las ruedas; formaba torbellinos alrededor de los postes y cubría de nieve el tren y los viajeros. Algunas personas corrían acá y allá abriendo y cerrando las grandes puertas de la estación y conversando alegremente. Una sombra rozó el vestido de Anna, y esta oyó el ruido de un martillazo sobre el hierro.

—¡Que se envíe el telegrama! —gritaba una voz irritada al otro lado de la vía.

—Por aquí, al número veintiocho —vociferaban en otra parte.

Dos caballeros, con el cigarrillo en la boca, pasaron en aquel instante por delante de Anna; esta se disponía a subir de nuevo al coche después de respirar con fuerza, como para hacer provisión de aire fresco, y sacaba ya la mano de su manguito, cuando la luz vacilante del reverbero quedó interceptada por un hombre que, cubierto de un paletó de militar, se acercó a ella: era Vronski, a quien reconoció al punto.

El joven saludó, llevando la mano a la visera de su gorra, y preguntó respetuosamente a la viajera si podría serle útil en algo. Anna lo miró, sin poder contestarle al pronto; y aunque Vronski estaba en la sombra, creyó observar en sus ojos la expresión de admiración respetuosa que tanto llamara su atención la víspera. Muchas veces la dama se había repetido que Vronski no era para ella sino uno de esos jóvenes como los que se encuentran a centenares en el mundo, y en el cual no se permitiría pensar; pero al reconocerlo en aquel momento, experimentó una orgullosa alegría. Inútil era preguntarse por qué estaba allí; Anna sabía, con tanta seguridad como si él se lo hubiese dicho, que se hallaba allí solo por ella.

—Ignoraba que se propusiese usted ir a San Petersburgo —dijo Anna—. ¿Qué lo llama allí? —preguntó sin poder disimular la alegría que iluminó su semblante.

El viento amainó por un instante, pero enseguida volvió con más ímpetu, y parecía que no existiese fuerza capaz de oponerle resistencia.

Y dejó caer su mano, dispuesta a abrir la portezuela del coche.

—¿Por qué voy? —repitió Vronski, mirándola fijamente—. Bien sabe usted que solo voy por estar a su lado; no he podido hacer menos.

En aquel instante el viento, como si hubiese vencido todos los obstáculos, barrió la nieve del techo de los coches y agitó triunfalmente una plancha de cinc que acababa de desprender, mientras que el silbato de la locomotora producía un sonido plañidero y triste; jamás el horror de la tormenta había parecido tan hermoso a la bella Anna. Acababa de oír las palabras que temía su razón, pero que su corazón deseaba escuchar.

Guardó silencio, pero comprendía la lucha que en ella se empeñaba.

—Dispéñeme usted si le disgusta lo que acabo de contestar —murmuró Vronski, humildemente.

Hablaba con el mayor respeto, pero con un tono tan determinado, que Anna estuvo mucho tiempo sin responder.

—Lo que usted ha dicho no está bien —replicó al fin—, y si se tiene por un caballero galante, debe olvidarlo, como yo lo olvidaré también.

—Yo no olvidaré, ni me será posible olvidar nunca, ninguno de los ademanes ni de las palabras de usted...

—Basta, basta —exclamó Anna, procurando inútilmente comunicar a su rostro, que el joven observaba con amor, una expresión de severidad.

Y apoyándose en el poste, franqueó rápidamente los peldaños de la pequeña plataforma y entró en el coche. Se detuvo junto a la portezuela, deseosa de recordar lo que acababa de ocurrir, mas no halló en su memoria las palabras pronunciadas entre los dos; solo comprendía que aquella conversación de pocos minutos los había acercado más; establecía como un lazo entre ella y el joven conde, y esto la espantaba, complaciéndola al mismo tiempo. A los pocos segundos, se adentró en el coche y fue a ocupar su asiento.

Su excitación nerviosa aumentaba cada vez más; le parecía que se iba a romper algo en su interior, y le era imposible dormir, pero su tensión de espíritu y sus meditaciones no tenían nada de penoso, semejándose más bien a una agradable perturbación.

Por la mañana se adormeció un poco; era muy entrado el día cuando despertó, y pudo reconocer que se acercaban a San Petersburgo. Entonces pensó en su esposo, en su hijo, en su casa y en todas las preocupaciones que la esperaba aquel día y los siguientes.

Apenas estuvo el tren en la estación, Anna bajó del coche, y el primer semblante conocido que vio fue el de su esposo. ¡Santo Dios!, «¿por qué se le han alargado tanto las orejas?», se dijo, al divisar el rostro frío, aunque distinguido, de su esposo, y observando el efecto que producían los cartílagos de aquellas orejas bajo las alas de su ancho sombrero redondo.

Al ver a su esposa, el señor Karenin se adelantó a su encuentro, mirándola fijamente, con expresión fatigada y una sonrisa irónica que le era peculiar.

Aquella mirada impresionó a Anna desagradablemente; le pareció que hallaba en su esposo otro hombre, y de su corazón se apoderó un sentimiento de pesar; no solamente estaba descontenta de sí misma, sino que se imaginaba reconocer cierta hipocresía en sus relaciones con Alexiái Alexándrovich. La impresión no era nueva, pues ya la había experimentado otras veces, aunque sin darle importancia; entonces se la explicaba claramente y con sentimiento.

—Ya ves que soy un tierno esposo, como el primer día de nuestra unión —dijo Alexiái Alexándrovich, con voz lenta y como cuchicheando, cual si quisiera ridiculizar a las personas que hablaban así—: Ardía en deseos de volver a verte.

—¿Cómo está Seriozha? —preguntó Anna.

—¿Es así como recompensas mi amor? —replicó Alexiúi Alexándrovich—. Está bien, muy bien.



## XXXI

VRONSKI no había tratado siquiera de dormir aquella noche; permaneció siempre sentado, abiertos los ojos y mirando con la mayor indiferencia a cuantos entraban y salían; para él, los hombres no tenían más importancia que las cosas; lo que en circunstancias ordinarias le hubiera hecho perder su imperturbable calma, no le habría impresionado aquel día en absoluto. Un joven muy nervioso, empleado en un tribunal, que iba enfrente, acabó odiándolo por este aspecto suyo. Se esforzó lo posible para recordarle que figuraba entre los seres animados; le pidió fuego, le dirigió la palabra y hasta lo empujó; pero ninguna de esas demostraciones bastó para que se alterase la impasibilidad del conde. El joven, mal dispuesto ya contra él, lo miró con enojo al ver su indiferencia.

Vronski no miraba ni oía; le parecía haberse convertido en un héroe, no porque creyera haber conmovido ya el corazón de Anna, sino porque la fuerza del sentimiento que lo dominaba le hacía feliz.

Ignoraba cuál sería el desenlace de todo aquello, y ni siquiera quería pensar en su naciente pasión; mas comprendía que todas sus fuerzas, diseminadas hasta entonces, tenderían ahora, con terrible energía, hacia un objeto único. Y se sentía feliz. Sabía que le había dicho la verdad, que iba a San Petersburgo a verla, que toda la felicidad de su vida, su único fin, era verla y oírla. Al bajar del coche en la estación de Bologoie para tomar una bebida, vio a la hermosa Anna, y desde la primera frase le manifestó casi involuntariamente lo que sentía. Vronski estaba contento; ella lo sabía ya todo; cuando volvió a subir al coche, el joven repasó sus recuerdos uno por uno, y su imaginación le representó la posibilidad de un porvenir que trastornó su espíritu.

Llegado a San Petersburgo, y a pesar de aquella noche de insomnio, Vronski se sintió tan fresco y rozagante como si saliera de un baño frío; se detuvo cerca del tren para verla pasar, y se dijo mentalmente: «Veré una vez más su rostro encantador, su gracioso andar; tal vez diga alguna palabra que yo comprenderé, o me dirigirá una mirada, o veré en sus labios una sonrisa». Mas lo primero que vio fue al esposo, cortésmente escoltado a través de la multitud por el jefe de la estación.

«¡Es su marido!» Solo entonces comprendió Vronski que el marido era una parte esencial de la existencia de Anna; sabía ya que esta era casada, pero no pensó en ello hasta el instante en que vio al esposo, vestido de negro, acercarse tranquilamente a su mujer y coger su mano como hombre que tenía derecho para ello.

La figura de Alexiíei Alexándrovich, con su aspecto de ciudadano bien conservado, su aire severo, su sombrero redondo y su espalda algo encorvada, no pudo menos de chocarle; y experimentó la desagradable sensación de un hombre acosado por la sed que, al descubrir un manantial de agua pura, tiene el disgusto de verla enturbiada por un perro, un carnero o un cerdo. El andar rígido y acompasado

de Alexiéi Alexándrovich fue lo que más llamó la atención a Vronski, quien no reconocía en nadie el derecho de amar a Anna. Cuando esta última apareció, se reanimó al verla, y su corazón latió apresurado. Después de ordenar a su criado alemán que se llevara el equipaje, se acercó para presenciar el encuentro de los esposos, y con la perspicacia del amor sorprendió al punto la expresión forzada con que Anna recibió a su marido. «No lo ama —se dijo—, ni puede amarlo.»

En el momento de acercarse, observó con alegría que Anna echaba de ver su presencia: se aproximó a ella como si la reconociese de pronto, y le preguntó:

—¿Ha pasado usted bien la noche?

Y al mismo tiempo saludó al esposo, esperando que este le correspondiese, aunque sin cuidarse de que lo reconociera o no.

—Muy bien, gracias —contestó Anna.

Su rostro, sin embargo, expresaba la fatiga; pero sus ojos brillaron un momento, apagándose después al punto, lo cual bastó para que Vronski se diera por feliz. Anna fijó después la vista en su esposo, para ver si se acordaba del conde; mas Alexiéi Alexándrovich lo miraba con aire descontento, pareciendo que trataba de reconocerlo. El aplomo de Vronski se estrelló esta vez contra la calma glacial del señor de Karenin.

—El conde Vronski —dijo Anna.

—¡Ah! Me parece que nos conocemos —replicó Alexiéi Alexándrovich, con indiferencia ofreciendo su mano—. Veo —añadió— que has viajado con la madre a la ida y con el hijo a la vuelta. ¿Vuelve usted de su temporada de permiso? —dijo a Vronski; y sin esperar contestación, se volvió hacia su mujer y añadió con el mismo tono irónico—: ¿Y qué tal? ¿Se han vertido muchas lágrimas en Moscú al efectuarse la despedida?

Esta manera de hablar exclusivamente con su esposa demostraba a Vronski que Karenin deseaba estar solo con ella; y Alexiéi Alexándrovich lo confirmó tocando su sombrero y volviéndose; pero Vronski dirigió la palabra una vez más a la esposa.

—Espero —dijo— que tendré el honor de presentarme en casa de ustedes.

El señor Karenin fijó en el joven una de sus miradas de fatiga, y contestó fríamente:

—Lo celebraremos mucho; recibimos los lunes.

Al pronunciar estas palabras, se separó definitivamente de Vronski, y, siempre en tono de broma, dijo a su esposa:

—¡Qué suerte haber hallado media hora de libertad para venir a buscarte, dando así una prueba de mi ternura!

—Recalcas demasiado esa palabra para que yo la aprecie —replicó Anna, en el mismo tono sarcástico, aunque oía involuntariamente los pasos de Vronski, que iba detrás. «¿Qué me importa a mí eso?», pensaba para sí. Después preguntó a su esposo

cómo había pasado el tiempo su hijo durante su ausencia.

—Muy bien —contestó Karenin—; Mariette dice que ha sido muy juicioso, y siento confesarte que no te ha echado de menos, como me sucedía a mí. Te vuelvo a dar las gracias por haber regresado un día antes. Nuestra querida *samovar*<sup>[17]</sup> se volverá loca de alegría —Karenin daba este sobrenombre a la célebre condesa Lidia Ivánovna, a causa de su estado de continua agitación—; ha preguntado muchas veces por ti, y yo te aconsejaría que fueses a verla hoy mismo. Ya sabes que basta la menor cosa para hacerla sufrir, y ahora, además de sus preocupaciones de costumbre, está inquieta por el asunto de la reconciliación de los Oblonski.

La condesa Lidia era amiga de su esposo y centro de un círculo al que Anna pertenecía por su unión con el señor de Karenin.

—Ya le he escrito —contestó Anna.

—No importa; quiere conocer los detalles. Si no estás muy cansada, haz tu visita desde luego. Kondrati preparará el coche y yo iré entre tanto al consejo. ¡Vamos! Ya no comeré solo —añadió Alexiúi Alexándrovich, sin chancearse esta vez—; no podrías imaginarte qué acostumbrado estoy...

Y con una sonrisa particular, el señor Karenin estrechó lo mano de su esposa y la condujo hacia el coche, que ya había llegado.

## XXXII

**L**A primera persona que Anna vio al entrar en su casa fue a su hijo, que se precipitó por la escalera, a pesar de su aya, gritando con la mayor alegría:

¡Mamá, mamá! Bien le decía que era mamá —dijo a su aya—; ya sabía yo que era ella.

El hijo, así como el padre, produjo en Anna una especie de descanso; se lo representaba mejor de lo que en realidad era, y, sin embargo, a cualquiera le habría parecido hermoso, con su cabello rizado, sus ojos azules y sus graciosas formas.

No obstante, Anna experimentó un bienestar casi físico al recibir sus caricias, y cierta calma al ver la expresión de sus ojos y su seductora gracia; escuchó sus preguntas infantiles, colocando sobre la mesa los regalitos que le enviaban los hijos de Dolli, y le dijo que en Moscú había una niña llamada Tania, que sabía ya leer y hasta enseñaba a los otros niños.

—Entonces ¿soy peor que ella? —preguntó Seriozha.

—Para mí no hay otro como tú en el mundo.

—Ya lo sé —repuso el niño, sonriendo.

Apenas hubo almorzado Anna, anunciaron a la condesa Lidia Ivánovna. Era una mujer alta, de cutis amarillento y aspecto enfermizo, pero tenía magníficos ojos negros; Anna la quería mucho, mas aquel día le llamaron la atención sus defectos por primera vez.

—Veamos, amiga mía, ¿ha traído usted la rama del olivo? —preguntó la condesa al entrar.

—Sí; ya está arreglado todo; pero la cosa no era tan grave como pensábamos; mi *belle soeur* es un poco viva de genio al adoptar sus resoluciones.

La condesa Lidia, que tenía la costumbre de interesarse en todo cuanto no le importaba, solía no prestar la menor atención a lo que podía preocuparla, y así es que interrumpió a su amiga diciendo:

—Sí, hay muchos males y tristezas en este mundo, y hoy día me siento muy agobiada.

—¿Pues qué ocurre? —preguntó Anna, sonriendo involuntariamente.

—Comienzo a cansarme de luchar en vano por la verdad. La obra de nuestras hermanitas —se trataba de una institución filantrópica y patrióticamente religiosa— marcha perfectamente; pero nada se puede hacer con esos señores —agregó la condesa con una sonrisa de resignación ante el destino—. Se han apoderado de la idea para desfigurarla en absoluto, y ahora la juzgan de una manera mísera y pobre. Dos o tres personas, entre las cuales figura el esposo de usted, son la únicas que comprenden esa obra; las demás no hacen otra cosa sino desacreditarla. Ayer mismo, Pravdin me escribió...

La condesa refirió lo que contenía la carta del personaje, célebre paneslavista que residía en el extranjero, hablando después de los numerosos lazos que se habían tendido a la obra de la unidad de las iglesias. Se extendió también sobre los disgustos que con este motivo sufría; y, por último, se retiró apresuradamente, pues le era preciso asistir aquel mismo día, según dijo, a una reunión del comité eslavo.

«Pero si siempre fue igual —se dijo a sí misma Anna—. Sin embargo, yo no lo advertía. ¿Quizá la condesa esté irritada hoy? La verdad es que resulta divertida; su fin es la virtud cristiana, pero se enfada con todos y todos son sus enemigos en la virtud y el cristianismo.»

Después de la condesa Lidia, se presentó otra amiga de Anna, esposa de un alto funcionario, que le dio cuenta de las noticias de la ciudad. Anna se quedó luego sola, pues el señor Karenin estaba en el ministerio. El tiempo que precedía a la hora de comer lo consagró a presidir la mesa de su hijo, pues siempre se le servía aparte, y a poner orden en sus asuntos y en su correspondencia atrasada.

La turbación y el sentimiento de vergüenza que tanto la habían disgustado durante el camino se desvanecían ahora en las condiciones ordinarias de su vida; recobraba la calma y la tranquilidad, y se admiraba del estado de su espíritu de la víspera. ¿Qué había ocurrido que fuera grave? Vronski había dicho una locura, a la que no debía dar importancia, y por lo mismo juzgaba inútil hablar de ello al señor Karenin, tanto más cuanto este, al haberle referido Anna hacía tiempo cómo un joven le había insinuado su amor, le había dicho que toda mujer de mundo debía esperar incidentes de este género; pero que su confianza en ella era demasiado absoluta para que pudiera abrigar una pasión de celos humillante.

«Más vale callarse —pensó Anna—, y además, a Dios gracias, nada tengo que decirle.»

## XXXIII

**A**LEXIÉI Alexándrovich volvió del ministerio a eso de las cuatro; pero le faltó tiempo, como le sucedía a menudo, para entrar en la habitación de su esposa, y se dirigió a su despacho a fin de dar audiencia a los solicitantes que le esperaban y firmar algunos papeles del jefe de negociado.

A la hora de comer llegaron los convidados (los Karenin recibían cada día a tres o cuatro personas); eran una anciana prima de Alexiési Alexándrovich, un jefe de división del ministerio con su esposa y un joven recomendado al señor Karenin para asuntos del servicio.

Anna se presentó en el salón para recibir. El gran péndulo de bronce de la época de Pedro I acababa de dar las cinco cuando Alexiési Alexándrovich salió de su gabinete, en traje de etiqueta con dos condecoraciones y corbata blanca; le era preciso presentarse en sociedad después de comer; todos sus momentos estaban contados, y para desempeñar durante el día sus diversas ocupaciones debía sujetarse a una puntualidad religiosa, tenía por lema: «Sin prisa y sin reposo». Al entrar, saludó a todos y se sentó a la mesa, sonriendo a su esposa.

—¡Al fin terminó mi soledad! No podrías imaginarte qué «molesto» —y recalcó esta palabra— es estar siempre solo.

Durante la comida interrogó a su esposa sobre Moscú y Stepán Arkádich en particular, siempre con su burlona sonrisa; pero la conversación se generalizó, versando principalmente sobre asuntos del servicio y la sociedad de San Petersburgo.

Terminada la comida, el señor Karenin se entretuvo media hora con sus convidados, y después salió para ir al consejo, no sin estrechar antes la mano de su esposa. Anna había recibido una invitación para asistir a la tertulia de la princesa Betsi Tverskaia; pero no fue, así como tampoco al teatro, donde tenía palco; prefirió quedarse en casa, porque la costurera no le había cumplido su palabra.

Cuando se retiraron los convidados, Anna se ocupó de su tocador, y no fue poco su enojo al saber que de sus tres vestidos que había mandado arreglar —Anna poseía el arte de vestir bien por poco dinero y arreglaba sus vestidos de tal modo que no los pudieran reconocer— antes de su viaje a Moscú dos no estaban aún acabados y el tercero no estaba arreglado a su gusto. La modista se excusó, pero Anna la reprendió tan vivamente que la mujer pareció avergonzarse de sí misma. Para calmarse, la señora Karénina pasó la noche junto a su hijo, lo acostó y no quiso separarse de él sin bendecirlo antes, haciendo la señal de la cruz. Aquella noche se reposó completamente, y aligerada la conciencia de un gran peso, esperó a su marido junto a la chimenea, leyendo su novela inglesa. Aquella escena ocurrida en el tren, que tan grave le pareciera, no fue ya a sus ojos más que un accidente de la vida mundana.

A las nueve y media en punto se oyó un campanillazo, y Alexiési Alexándrovich

entró en la habitación.

—¡Al fin eres tú! —exclamó Anna, ofreciéndole la mano.

El señor Karenin la besó y se sentó junto a su esposa.

—¿Ha sido útil tu viaje? —le preguntó.

—En un todo —contestó Anna.

Y comenzó a referir los detalles; su marcha con la anciana condesa, su llegada, el accidente del ferrocarril y la compasión que le habían inspirado su hermano y Dolli.

—No admito que se pueda dispensar a un hombre semejante, aunque sea tu hermano —dijo severamente Alexiéi Alexándrovich.

Anna sonrió, reconociendo que no tenía empeño en probar con este rigor que ni aun las relaciones de parentesco podían influir en la rectitud de sus juicios; era un rasgo de carácter que Anna apreciaba en su esposo.

—Me alegro mucho —continuó este— que todo haya terminado bien, permitiéndote volver pronto. ¿Y qué se dice allí de la nueva medida adoptada por mí en el consejo?

Anna no había oído decir cosa alguna sobre el particular, y se avergonzó un poco de haber olvidado una cosa tan importante para su esposo.

—Aquí ha hecho mucho ruido —continuó Alexiéi Alexándrovich, sonriendo con satisfacción.

Anna comprendió que su esposo deseaba contarle detalles lisonjeros para él, y con sus preguntas lo indujo a que hablase de las felicitaciones recibidas.

—He quedado muy contento —dijo—, porque esto prueba que al fin se comienza a tener entre nosotros opiniones razonables y juiciosas.

Cuando hubo tomado su té con leche y pan, Alexiéi Alexándrovich se levantó para pasar a su despacho.

—¿Conque no has querido salir esta noche? —preguntó a su esposa—. Te habrás aburrido.

—Nada de eso —contestó Anna, levantándose para acompañarlo—. ¿Y qué lees tú ahora?

—La *Poesía de los infiernos*, del duque de Lille, un libro muy notable.

Anna se sonrió como se sonríe al comprender las debilidades de aquellos a quienes se ama, y enlazando con su brazo el de su esposo lo siguió hasta la puerta de su gabinete. Conocía que su costumbre de leer por la noche era para él una necesidad, y que consideraba como un deber estar al corriente de cuanto se publicaba interesante en el mundo literario, a pesar de los deberes oficiales, que lo ocupaban casi todo el tiempo. También sabía que, interesándose especialmente en las obras de política, de filosofía y de religión, Alexiéi Alexándrovich no dejaba pasar ningún libro de arte o de poesía de algún valor sin tomar conocimiento de él, precisamente porque el arte y la poesía eran cosas contrarias a su naturaleza. Y si en política, en filosofía y en

religión llegaba a tener dudas sobre ciertos puntos, y trataba de aclararlas, jamás vacilaba en sus juicios tratándose de poesía y de arte. Le agradaba hablar de Shakespeare, de Rafael, de Beethoven y del alcance de las nuevas escuelas de poetas y de músicos; las clasificaba con rigurosa lógica sin haber comprendido jamás una nota musical.

—Dios te bendiga —dijo Anna—. Te dejo para escribir a Moscú.

A la puerta del gabinete se veían, como de ordinario, cerca del sillón de su esposo, unas bujías con su pantalla y una botella de agua.

«Es un hombre honrado, leal y noble en su esfera», se dijo Anna al entrar en su habitación, como si hubiera querido refutar las palabras de una persona que pretendiese que no era posible amar al señor Karenin.

«Pero ¿por qué le sobresalen tanto las orejas? —se preguntó Anna, por segunda vez—. Tal vez sea porque le dejan el cabello demasiado corto.»

A medianoche Anna escribía aún a Dolli, cuando se oyeron los pasos de Alexiéi Alexándrovich. Iba con zapatillas y bata, bien lavado y peinado, y llevaba debajo del brazo un libro. Se acercó a su esposa antes de pasar a la alcoba, y le dijo sonriendo.

—Ya se hace tarde.

«¿Con qué derecho lo miró así?», pensó Anna en aquel momento, recordando la mirada que Vronski fijó en Alexiéi Alexándrovich.

Fue a desnudarse y pasó a la alcoba; pero ¿dónde estaba aquella llama que animaba toda su fisonomía en Moscú y que parecía iluminar sus ojos y su sonrisa? Se había extinguido, o, por lo menos, estaba muy oculta.



## XXXIV

**A**L salir de San Petersburgo, Vronski había cedido su espaciosa casa de la calle Morskaia a Petritski, su mejor amigo.

Petritski, joven teniente que nada tenía de ilustre, no solo no era rico, sino que estaba cargado de deudas; volvía todas las noches embriagado; pasaba mucha parte de su tiempo en las oficinas de policía a causa de sus aventuras, tan pronto extravagantes como escandalosas, y a pesar de todo sabía hacerse querer de sus compañeros y de sus jefes.

Al volver a su casa, a eso de las once de la mañana, Vronski vio a la puerta un coche bien conocido; al llamar pudo oír las carcajadas de varios hombres y un acento de mujer, así como también la voz de Petritski, que gritaba a su ordenanza:

—Si es uno de esos miserables, no lo dejes entrar.

Vronski penetró hasta la primera habitación sin decir una palabra.

La baronesa Shilton, amiga de Petritski, con su vestido de seda color de lila y sus rubios bucles, hacía el café ante una mesa redonda, hablando sin cesar en su jerga parisiense; junto a ella estaban sentados Petritski, con paletó, y el capitán Kamerovski, de gran uniforme.

—¡Bravo, Vronski! —gritó Petritski, saltando de su silla ruidosamente—. ¡He aquí el amo! Baronesa, sírvale usted el café de la cafetera nueva; no te esperábamos todavía. Creo que estarás satisfecho del ornamento de su salón —añadió, designando a la baronesa—. ¿No os conocíais ya?

—¡Ya lo creo! —contestó Vronski, sonriendo alegremente y estrechando la mano de la baronesa—. Somos antiguos amigos.

—¿Vuelve usted de un viaje? —preguntó la dama—. Si es así, me marchó, pues no quiero molestar.

—Está usted en su casa, baronesa —contestó Vronski—. Buenos días, Kamerovski —añadió, estrechando fríamente la mano del capitán.

—Usted no sabría nunca decir así galanterías a las mujeres —dijo la baronesa a Petritski.

—¿Por qué no? Después de comer haré otro tanto.

—Después de comer no tiene gracia. Vronski, voy a preparar el café mientras que usted se viste —dijo la baronesa, volviéndose hacia el joven—. Pierre<sup>[18]</sup> —... a causa de su apellido, sin disimular sus relaciones con él—, deme usted un poco más de café para añadir a este.

—Se echará a perder.

—Nada de eso, no hay cuidado. ¿Y la esposa de usted? —dijo de repente la baronesa, interrumpiendo la conversación de Vronski con sus compañeros—. Aquí le suponemos a usted casado. ¿La trae usted en su compañía?

—No, baronesa; soy soltero y lo seré.

—Tanto mejor; déme la mano.

Y sin dejar tiempo a Vronski para marcharse, la baronesa comenzó a referir sus últimas aventuras, pidiendo consejo y permitiéndose muchas bromas.

—¡No quiere autorizarme para el divorcio! ¿Qué debo hacer? —hablaba del marido—. Le propongo entablar un proceso. ¿Qué le parece a usted? Kamerovski, cuidado con el café, que se sale... Ya ve usted que hablo de negocios. Sí, pediré el proceso, porque tiene toda mi fortuna. Bajo el pretexto de que le soy infiel quiere aprovecharse de mis bienes —dijo la baronesa con desprecio.

Vronski se divertía con aquella charla y aprobaba a la condesa, dándole consejos de cuando en cuando; pero tomaba el tono habitual de sus relaciones con aquella clase de mujeres.

Según sus ideas, la sociedad de San Petersburgo se dividía en dos clases de gentes muy opuestas: la primera, compuesta de gente insulsa, necia y, sobre todo, ridícula, que se imagina que un marido debe vivir solo con su esposa; que las jóvenes han de ser puras, las mujeres castas, los hombres valerosos y firmes; que es preciso educar a los hijos, ganarse la vida, pagar las deudas y otras necedades por el estilo: esta clase es la de la gente pasada de moda y fastidiosa. En cuanto a la segunda, para pertenecer a ella era preciso, ante todo, ser elegante, generoso, audaz y divertido, y entregarse sin rubor a todas las pasiones, burlándose de lo demás.

Vronski, que aún se hallaba bajo la impresión de la atmósfera de Moscú, tan diferente de aquella, quedó un poco aturdido al volver a su antiguo género de vida; pero pronto, como si volviera a calzar sus viejas zapatillas, se sintió sumergido de nuevo en aquella atmósfera alegre y agradable.

El famoso café no llegó a servirse nunca, pues desbordándose de la cafetera cayó sobre la alfombra y manchó el vestido de la baronesa; pero en cambio dio lugar a muchas bromas, excitando la hilaridad de todos.

—Vamos —dijo la baronesa—, ahora me marchó, porque si me quedara no se vestiría usted nunca, y no quiero cargar la conciencia con el peor de los crímenes que puede cometer un hombre bien educado, cual es el de no lavarse. ¿Así que me aconseja usted que proceda con un cuchillo al cuello?

—Sí —contestó Vronski—; pero de modo que pueda usted acercar esa linda mano a sus labios, pues él la besará y todo quedará arreglado.

—¡Pues hasta la noche en el Teatro Francés!

Y la baronesa, arrastrando su vestido, desapareció.

Kamerovski se levantó también, y Vronski, sin esperar a que se marchase, le ofreció la mano y pasó a su habitación.

Mientras que se lavaba, Petritski le bosquejó a grandes rasgos la situación: faltaba el dinero; el padre no quería dar un cuarto ni pagar la menor deuda; un sastre estaba

resuelto a mandar prenderlo, y otro quería hacer lo mismo. El coronel le había amenazado con expulsarlo del regimiento si el escándalo continuaba. La baronesa era muy enojosa, sobre todo a causa de sus continuas ofertas de dinero; pero había otra en campaña, verdadera belleza de estilo oriental, especie de Rebeca, que presentaría a su amigo. Debía efectuarse un lance de honor con Berkóshev, que trataba de enviar sus padrinos; pero no haría nada. Por lo demás, todo iba bien y se salía del paso. Después de haber dicho todo esto apresuradamente, Petritski habló de las noticias del día, sin dejar a su amigo tiempo de enterarse bien de nada.

Estas habladurías, aquella habitación que ocupaba hacía tres años y todo aquel conjunto que veía, contribuyeron a que Vronski adoptara más fácilmente las costumbres propias de su género de vida en San Petersburgo, y hasta experimentó cierto bienestar al verse otra vez en su antiguo centro.

—¿Es posible? —exclamó al oír a su amigo decirle que cierta joven llamada Lora había abandonado a Fertingof para trabar relaciones con Miléiev—. ¿Es siempre tan estúpido y vanidoso? —añadió—. ¿Y qué se ha hecho de Buzulúkov?

—¡Ah! Buzulúkov es toda una historia —contestó Petritski—. Ya conoces su afición a los bailes; no pierde uno solo de los de la corte, y últimamente lleva su casco nuevo. ¿Has visto estos cascos? Sientan muy bien, son muy ligeros y... Pero escucha la historia.

—Ya escucho —repuso Vronski, frotándose el rostro con la toalla.

—La gran duquesa iba del brazo con un embajador extranjero, y desgraciadamente la conversación recayó sobre los nuevos cascos. La dama ve a nuestro amigo en pie luciendo el suyo, y le ruega que se lo enseñe, pero mi amigo permanece inmóvil. ¿Qué significaba aquello? Sus compañeros le hacen señas para que atienda a la petición; mas no da un solo paso, y hasta parece una estatua. Al fin se lo quieren quitar de la cabeza, pero él rechaza a los que se acercan, y, por último, se descubre y le presenta a la duquesa. «He aquí el nuevo modelo», dice la dama, devolviendo el casco; pero, de pronto, ven caer del mismo varios objetos: dos peras, confites y dos libras de caramelos, las provisiones del pobre muchacho.

Vronski se desternillaba de risa, y durante largo tiempo, aun hablando de otras cosas, se reía si recordaba lo del casco.

Una vez conocidas las noticias del día, Vronski se puso el uniforme con el auxilio de su ayuda de cámara y fue a presentarse en el cuartel. Quería ir después a casa de su hermano, de Betsi, y hacer varias visitas, a fin de poder presentarse en la sociedad frecuentada por los Karenin. Según se practicaba siempre en San Petersburgo, salió de su casa con intención de no volver hasta altas horas de la noche.

# Segunda Parte

## I

**H**ACIA fines del invierno, los Scherbatski necesitaron una consulta de médicos para resolver sobre la salud de Kiti, que había enfermado y empeoraba al acercarse la primavera. El médico de la casa había recetado el aceite de hígado de bacalao; después, hierro, y, por último, nitrato de plata; pero como ninguno de estos remedios produjese efecto, aconsejó un viaje al extranjero.

Entonces se acordó consultar a una celebridad médica, hombre joven aún y bien parecido, que exigió un profundo examen en la enferma, insistiendo con marcada complacencia en el hecho de que el pudor de las jóvenes no es más que un resto de barbarie, y que nada era tan natural como auscultar a una muchacha medio vestida. Como lo hacía diariamente, y no daba importancia alguna al pudor de las jóvenes, le parecía hasta una injuria personal este resto de barbarie.

Fue preciso resignarse, pues aunque todos los médicos fueran de la misma escuela, estudiasen los mismos libros y tuviesen, por tanto, la misma ciencia, se había convenido en la familia, por una razón cualquiera, que la celebridad médica en cuestión poseía la ciencia que debía salvar a Kiti. Después de un detenido examen de la pobre enferma, confusa y avergonzada, el célebre médico se lavó las manos cuidadosamente y volvió al salón para hablar con el príncipe, quien escuchó con aire sombrío. Como hombre que jamás había estado enfermo, no creía en la medicina, y guiándose por su buen sentido, le irritaba tanto más aquella comedia cuanto que él era tal vez el único que comprendía bien la enfermedad de su hija. «Vaya charlatán, como un perro tonto que no hace más que ladrar», pensó, sirviéndose del término que usaba como cazador para expresar su opinión sobre el diagnóstico del célebre médico. Este último, por su parte, condescendiendo a duras penas al dirigirse a una inteligencia mediana, como era a su parecer la de aquel anciano caballero, disimuló mal su desdén; y apenas le parecía necesario hablar al pobre hombre, siendo la princesa cabeza de la casa. Delante de ella preparó, pues, una elocuente peroración cuando la vio entrar con el médico de la familia, mientras que el anciano príncipe se alejaba para no dar a conocer su opinión sobre aquello. La princesa, muy turbada, no sabía ya qué hacer, y se reconocía más que nadie culpable de la dolencia de Kiti.

—Vamos, doctor, decida usted de nuestra suerte y dígame todo lo que hay.

La pobre mujer quería decir más bien: «¿Queda alguna esperanza?». Pero sus labios temblorosos no llegaron a pronunciar estas palabras.

—Estaré a las órdenes de usted, princesa, cuando haya conferenciado con mi colega; entonces tendremos el honor de manifestarle nuestro parecer.

—¿Han de estar ustedes solos?

—Como usted guste.

La princesa suspiró y salió.

El médico de la familia emitió tímidamente su parecer sobre un principio de afección tuberculosa, etcétera. El célebre doctor le escuchó, y cuando su colega estaba en la mitad del discurso, sacó su reloj de oro para ver la hora.

—Sí —dijo—; pero...

Su cofrade guardó silencio respetuosamente.

—Ya sabe usted —dijo el otro— que apenas es posible precisar el principio del desarrollo tuberculoso; antes de la aparición de las cavernas, no hay nada positivo. En el caso actual no podemos menos de temer esas dolencias, atendidos los síntomas, como son la falta de apetito, la excitación nerviosa y otros; y, por tanto, la cuestión se puede plantear así: dado que hay dos razones para temer un desarrollo tuberculoso, ¿qué se ha de hacer para conseguir una buena alimentación?

—Pero ya comprenderá usted que aquí se oculta alguna causa moral —se permitió decir el médico de la casa con maliciosa sonrisa.

—Por supuesto; inútil parece decirlo —repuso el célebre doctor, volviendo a mirar su reloj—. Dispéñeme que le haga una pregunta —añadió—. ¿Sabe usted si han arreglado ya el puente del Yáuza o si hay que hacer todavía un rodeo?

—Ya está arreglado.

—Entonces en veinte minutos llegaré. Decíamos, pues, que la cuestión se puede planear así: regularizar la alimentación y fortificar los nervios; lo uno ha de ir con lo otro, y es preciso obrar en las dos mitades del círculo.

—Pero ¿y el viaje al extranjero?

—Soy enemigo de tales viajes. Sírvase usted seguir mi explicación: si el desarrollo tuberculoso comienza, lo cual no podemos saber, ¿de qué sirve un viaje? Lo esencial es hallar el medio para conseguir una buena alimentación y al mismo tiempo que no le perjudique.

Y desarrolló su plan de curación por medio de las aguas de Soden, en las que el mérito principal consistía, a su juicio, en ser de todo punto inofensivas.

El médico de la casa escuchaba con atención y respeto.

—En favor de un viaje al extranjero —dijo— haré valer el cambio de costumbres y el alejamiento de condiciones propias para evocar recuerdos tristes, prescindiendo de que la madre lo desee.

—En tal caso, que se vayan; mas para que esos charlatanes de Alemania no

agraven el mal, es preciso que se atengan estrictamente a nuestras prescripciones. ¡Sí, sí, pueden marcharse!

Y volvió a mirar el reloj.

—Ya es hora de que me retire —dijo, dirigiéndose a la puerta.

El célebre doctor manifestó a la princesa, sin duda por un principio de conveniencia, que deseaba ver otra vez a la enferma.

—¿Se ha de practicar de nuevo el examen? —preguntó la madre de Kiti, con espanto.

—¡Oh, no! Solo se trata de algunos detalles.

—Entonces, entre usted.

La princesa introdujo al doctor en la habitación de Kiti. La pobre joven, enflaquecida, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, después de la confusión que le produjera la visita del médico, estaba en pie en medio de su cuarto. Al ver al doctor, sus ojos se llenaron de lágrimas y se ruborizó más aún; el tratamiento que le imponían para su enfermedad le parecía en alto grado ridículo; ¿qué modo de proceder era aquel? ¿No equivalía a recoger los pedazos de una vasija rota para tratar de unirlos? ¿Se podría devolver a su corazón la salud por medio de píldoras y polvos? Así pensaba, pero sin atreverse a contrariar a su madre, tanto más cuanto que esta se reconocía culpable.

—Sírvase usted sentarse, princesa —dijo el doctor.

Y colocándose frente a ella, le tomó el pulso, sonrió afablemente e hizo una serie de enojosas preguntas. Kiti contestó a ellas al principio, mas impacientada al fin, se levantó de pronto, diciendo:

—Dispéñeme, doctor; pero yo comprendo que eso no conduce a nada; me ha dirigido ya tres veces la misma pregunta.

El médico no se resintió.

—Es una irritabilidad enfermiza —dijo a la madre cuando Kiti hubo salido—. Por lo demás, ya había terminado mi interrogatorio.

Y el doctor explicó a la princesa el estado de la joven como si fuese una persona inteligente en la ciencia; para concluir, le hizo las recomendaciones más precisas acerca de la manera de beber las aguas, cuyo mérito, a sus ojos, consistía en ser completamente inútiles. En cuanto a lo de viajar, el doctor reflexionó profundamente, opinando al fin que se podría hacer, mediante la condición de no fiarse de los charlatanes ni seguir más prescripciones que las suyas.

El doctor se retiró, y la familia quedó tranquilizada como si hubiera ocurrido algún feliz suceso. La madre, muy animada, fue a reunirse con su hija, y Kiti pareció igualmente satisfecha, si bien es cierto que acostumbraba disimular muchas veces lo que sentía.

—Hablando con franqueza, mamá —dijo—, ahora me siento bien; pero si ustedes

lo desean, marchemos.

Y para demostrar el interés que tomaba en el viaje, habló desde luego de sus preparativos.

## II

**D**OLLI no ignoraba que aquel día se celebraba la consulta para Kiti, y aunque apenas se hallaba restablecida de su parto (había dado a luz una niña a fines del invierno) y tenía un niño enfermo, resolvió ir a ver a su hermana.

—¿Qué tal? —preguntó, entrando sin quitarse el sombrero—. Os veo alegres, y supongo que todo va bien.

Se trató de repetir a Dolli lo que el médico había dicho; pero aunque hubiese hablado mucho con frases muy escogidas, nadie pudo recordar la más pequeña parte de su discurso; el punto esencial era la resolución de emprender un viaje.

Dolli suspiró involuntariamente, porque iba a perder a su mejor amiga. Sus relaciones con su esposo le parecían cada vez más humillantes; la reconciliación facilitada por Anna no había sido duradera, y la tranquilidad de la familia chocaba contra los mismos escollos. Stepán Arkádich permanecía muy poco tiempo en su casa y dejaba escasa cantidad de dinero. Las sospechas sobre su infidelidad atormentaban siempre a Dolli; pero recordando con horror los padecimientos causados por los celos, y conviniéndole ante todo no interrumpir la vida de familia, prefería dejarse engañar, si bien despreciaba no solo a su esposo, sino también a sí misma por aquella debilidad. Por otra parte, los cuidados de una numerosa familia le imponían una carga muy pesada. Unas veces tenía dificultades con la alimentación del niño de pecho, otras se despedía la niñera, otras, como entonces, caía enfermo alguno de los niños.

—¿Cómo van los niños? —preguntó la princesa.

—¡Ah!, mamá; tenemos muchas miserias. Lilí está en cama, y temo que se declare la escarlatina. He salido hoy para saber dónde estaba usted, porque temo que no me sea posible visitarla en algún tiempo.

En aquel instante entró el príncipe, recibió un beso de Dolli y, después de hablar un poco con ella, dijo a su esposa:

—¿Qué se ha resuelto? ¿Os marcháis? En tal caso, ¿qué debo hacer yo?

—Creo, Alexandr, que lo mejor que puedes hacer es quedarte.

—Como queráis.

—¿Y por qué no ha de venir papá con nosotras? —preguntó Kiti—. Él estaría más alegre, y nosotras también.

El anciano príncipe hizo una caricia a Kiti, quien, levantando la cabeza, sonrió con esfuerzo al mirarlo. Le parecía siempre que solo su padre la comprendía, aunque no dijese gran cosa. Era la más joven de todas y, por consiguiente, la favorita del príncipe, lo cual bastaba para que este viera más claro en lo que a Kiti se refería o por lo menos así lo creía esta. Cuando su mirada se encontró con los ojos azules y bondadosos de su padre, que la observaba atentamente, se le figuró que leía en su alma; se ruborizó y se inclinó para recibir un beso. El príncipe se limitó a acariciarle



los cabellos y le dijo:

—¿Y para qué queréis esos moños postizos? En lugar de acariciar a la propia hija, uno acaricia el pelo de mujeres muertas. Y bien, Dóliñka<sup>[19]</sup> —se dirigió a su hija mayor—, ¿qué hace tu «mitad»?

—Nada de particular —contestó Dolli, comprendiendo que se trataba de su esposo—. Siempre ocupado y apenas lo veo —añadió con sonrisa irónica.

—¿No ha ido aún a vender la madera al campo?

—No; pero esa es su intención.

—Entonces —dijo el príncipe—, será preciso darle ejemplo. Y tú, Kiti —añadió—, voy a decirte lo que es preciso hacer. Convendría que todas las mañanas a primera hora hagas lo posible por estar contenta y te decidas a emprender de nuevo tus paseos matutinos con papá. ¿Qué te parece, eh?

Al oír estas palabras tan sencillas, Kiti se turbó, como un delincuente cogido *in fraganti*, pensando para sí: «Lo sabe todo, sí, todo lo comprende; esas palabras significan que, cualquiera que sea mi humillación, debo sobreponerme a ella». Sin tener fuerza para contestar, comenzó a llorar y salió de la habitación.

—¡Vamos, ya has hecho una de las tuyas! —exclamó la princesa, encolerizándose contra su esposo—. Siempre tienes...

Y comenzó a recriminar a su marido con la mayor acritud. El príncipe escuchó al principio tranquilamente la reprimenda, y después se nubló su rostro.

—La pobrecita da lástima —decía la princesa—; tú no comprendes que la menor alusión a la causa de sus padecimientos basta para entristecerla. ¡Ah, qué fácil es engañarse cuando se juzga al mundo!

Por su acento y expresión, Dolli y el príncipe comprendieron que se refería a Vronski.

—No comprendo —añadió— que no haya leyes para castigar un proceder tan vil y poco noble.

El príncipe se levantó con expresión sombría y se dirigió a la puerta como para salir, pero se detuvo en el umbral y replicó:

—Leyes hay, amiguita mía, y puesto que me haces hablar, te diré que la verdadera culpable de esto eres tú, y solo tú. Hay leyes contra esos galanteadores, y las habrá siempre; y aunque soy viejo, habría podido castigar a ese si no hubieras sido la primera en atraerlo a casa. ¡Ahora cura a la niña, enseñándola a todos tus charlatanes!

El príncipe hubiera dicho mucho más si la princesa no se hubiera callado, como lo hacía siempre en las cuestiones graves.

—¡Alexandr, Alexandr! —murmuró, acercándose a su marido con lágrimas en los ojos.

El príncipe se calló al verla llorar, y le dijo después:

—Sí, sí, ya sé que también te entristece esto; pero basta ya, no llores; Dios es

misericordioso.

Y sintiendo en su mano el beso de la princesa, húmedo de lágrimas, salió de la habitación.

Dolli, guiada por su instinto maternal, quiso seguir a Kiti a su habitación, comprendiendo que necesitaría algún auxilio de mujer. Dolli se quitó el sombrero y se remangó moralmente, dispuesta a actuar. Mientras la princesa atacaba a su esposo, Dolli procuró contener a aquella, en la medida en que el respeto filial se lo permitía. Cuando el príncipe estalló, Dolli permaneció callada. Sentía vergüenza por su madre y ternura por su padre, por la bondad de este. Pero en cuanto el príncipe salió, se preparó a hacer lo más importante: tranquilizar a Kiti.

—Siempre he querido manifestar a usted —dijo a la princesa—, aunque tal vez lo sepa ya, que Lievin tenía intención de pedir la mano de Kiti la última vez que vino aquí. Así se lo dijo a Stepán...

—Bien, pero no comprendo...

—Tal vez Kiti rehusara. ¿Se lo ha dicho a usted?

—No me ha hablado de esto; es demasiado orgullosa, pero yo sé que todo viene...

—Sin embargo, advierta usted que, en el caso de haber dado una negativa a Lievin, yo sé que no lo hubiera hecho a no ser por el otro, que tan indignamente la engañó.

La princesa se reconocía culpable ante su hija y esto la irritó.

—No comprendo nada —dijo—; cada cual quiere obrar a su antojo; no se dice nada a la madre, y luego...

—Mamá, voy a verla.

—Puedes ir —contestó la madre—; no me opongo a ello.

### III

**A**L entrar en el pequeño gabinete de Kiti, tapizado en rosa, adornado con muñecos de vieja porcelana de Sajonia, Dolli recordó con placer que las dos hermanas habían decorado aquella habitación el año anterior. ¡Qué alegres y felices vivían entonces! En aquel momento sintió frío en el corazón al ver a su hermana sentada en una pequeña silla junto a la puerta, con la vista fija en un ángulo del tapiz. La joven vio entrar a Dolli, pero no se alteró la expresión fría y severa de su rostro.

—Temo que, una vez en mi casa, no me sea ya posible salir —dijo Dolli, sentándose a su lado—, y por eso vengo a conversar un rato contigo.

—¿De qué? —preguntó asustada Kiti, alzando la cabeza.

—¿De qué ha de ser si no de tu pesar?

—No tengo ninguno.

—No digas eso, Kiti. ¿Te parece a ti que no lo sé todo? Si quieres creerme, será poca cosa. ¿Cuál de nosotras no ha pasado por eso?

Kiti se callaba, y la expresión de su rostro volvió a ser severa.

—Ese hombre no vale la pena que te causa —continuó Dolli, entrando de lleno en el asunto.

—Me ha desdeñado —murmuró Kiti, con voz temblorosa—. Te suplico que no hablemos de esto.

—¿Quién te ha dicho que te desprecia? Yo juraría que estaba enamorado de ti, y que aún lo está; pero...

—Nada me exaspera tanto como la compasión —exclamó Kiti, encolerizándose de pronto; y dando una vuelta a su silla, con sus dedos inquietos revolvió la hebilla de su cinturón.

Dolli conocía ya esta costumbre de su hermana cuando tenía alguna pena, y recordó también que era capaz de pronunciar palabras duras y desagradables en un momento de mal humor. Por eso trató de calmarla; pero ya era tarde.

—¿Qué quieres hacerme comprender? —continuó vivamente Kiti—. ¿Que me he enamorado de un hombre que no me quiere y que me muero por él? ¿Y es mi hermana la que me dice eso para manifestarme su simpatía? ¡Rechazo esa compasión hipócrita!

—Kiti, eres injusta.

—¿Por qué me atormentas?

—No era esa mi intención; te veo triste, y...

Kiti, arrebatada, no oía ya.

—No tengo nada por qué afligirme ni consolarme; soy demasiado orgullosa para amar a un hombre que no me corresponde.

—No es eso lo que yo quiero decir... Escucha y dime la verdad —añadió Dolli,

cogiendo la mano de su hermana—. Dime si Lievin te ha dicho algo.

Al oír el nombre de Lievin, Kiti perdió todo dominio de sí misma; saltó de su silla, arrojó al suelo la hebilla de su cinturón, que había arrancado, y con bruscos ademanes gritó:

—¿Por qué me hablas de Lievin? No sé por qué se complacen todos en martirizarme. Ya he dicho y repito que yo soy orgullosa e incapaz de hacer nunca, *nunca*, lo que tú has hecho: reconciliarme con un hombre que me hubiera faltado; tú te resignas a esto; pero yo no podría hacerlo.

Al pronunciar estas palabras, miró a su hermana. Dolli bajó tristemente la cabeza; pero Kiti, en vez de salir de la habitación, como pensaba, se sentó junto a la puerta y ocultó su rostro con el pañuelo.

Durante algunos minutos las dos permanecieron silenciosas; Dolli pensaba en sus penas y en su humillación, que recordada por su hermana le parecía más cruel aún; jamás hubiera creído a Kiti capaz de mostrarse tan dura; pero de repente oyó a su lado un sollozo, y dos brazos rodearon su cuello: era Kiti, arrodillada a sus pies.

—Dolli, soy muy desgraciada, perdóname —murmuró, ocultando su lindo rostro en el regazo de su hermana.

Tal vez eran necesarias aquellas lágrimas para restablecer la armonía entre las dos mujeres; y, sin embargo, después de llorar, no trataron del asunto que las interesaba; Kiti se sentía perdonada, aunque sin ocultarse que las crueles palabras dirigidas a su hermana quedarían impresas en su corazón; y Dolli comprendió, por su parte, que había adivinado y que el punto doloroso para Kiti era haber rechazado la mano de Lievin, siendo engañada después por Vronski. De eso deducía que su hermana estaba tan dispuesta a dispensar su cariño al primero como a odiar al segundo. Kiti no habló ya más que del estado general de su alma.

—No tengo pesar —dijo, algo más serena—; pero no puedes imaginarte hasta qué punto me parece todo odioso, repugnante y ordinario, y, sobre todo, yo misma; nunca te formarás idea de los malos pensamientos que me acuden al espíritu.

—¿Qué malos pensamientos puedes tener tú? —preguntó Dolli, sonriendo.

—Los peores y los más feos, y difícil sería explicártelos; no es tristeza ni enojo, es mucho peor; se diría que todo cuanto hay de bueno en mí ha desaparecido, y que solo queda el mal. Papá me habló antes, y creí comprender que el fondo de su pensamiento era que necesito marido; mamá me lleva al baile, y me parece que es con objeto de librarse de mí, casándome cuanto antes. Ya sé que no es verdad; y, sin embargo, no puedo desechar estas ideas. Me son intolerables esos jóvenes que nos presentan como pretendientes a nuestra mano; en otro tiempo me agradaba presentarme en sociedad, porque esto me divertía; me gustaba el tocador, y me complacía adornarme; ahora me parece inconveniente, y siento un vago malestar. ¿Qué más te diré? El doctor...

Kiti se interrumpió; quería decir que desde que se había transformado así, no podía ver a Stepán Arkádich sin hacer las conjeturas más extravagantes.

—Pues bien —continuó—, te diré que todo adquiere a mi vista el aspecto más repugnante; es una enfermedad...; tal vez pase, pero no estoy a mi gusto sino en tu casa con los niños.

—¡Qué lástima que no puedas venir ahora!

—Ya iré; he tenido la escarlatina, y mamá no se opondrá a mi deseo.

Kiti insistió tan vivamente, que se le permitió ir a casa de su hermana. Durante todo el curso de la enfermedad, pues la escarlatina se declaró efectivamente, ayudó a Dolli a cuidar de los niños, que muy pronto entraron en convalecencia sin ningún accidente enojoso; pero la salud de Kiti no se mejoró. Los Scherbatski salieron de Moscú durante la cuaresma para viajar por el extranjero.

## IV

**L**A alta sociedad de San Petersburgo es muy reducida; todos se conocen más o menos y se visitan; pero hay ciertas subdivisiones.

Anna Karénina contaba con relaciones amistosas en tres círculos diferentes, que pertenecían todos a la alta sociedad; uno de ellos era el círculo oficial en que figuraba su esposo, compuesto de sus colegas y subordinados, divididos entre sí por las relaciones sociales más diversas y a menudo caprichosas.

Anna no se explicaba apenas el sentimiento de respeto casi religioso que le infundieron al principio aquellos personajes; ahora los conocía, como se conocen en una ciudad de provincia, con sus debilidades y manías, y no ignoraba cuáles eran sus relaciones entre sí y con el centro común a que pertenecían; pero aquella camarilla oficial con que la relacionaban los intereses de su esposo no la agradó jamás, e hizo cuanto pudo para evitarla, a pesar de las insinuaciones de la condesa Lidia. El segundo círculo, al que Anna pertenecía, era el que había contribuido a favorecer la carrera de Alexiái Alexándrovich, y tenía por eje a la condesa Lidia, componiéndose de mujeres de cierta edad, feas, caritativas y devotas, y de hombres inteligentes, instruidos y ambiciosos; algunos designaban este círculo con el nombre de *conciencia de la sociedad de San Petersburgo*. Karenin apreciaba mucho este círculo, en el cual Anna tenía amigos, pues su carácter voluble se acomodaba fácilmente con el de las personas que la rodeaban. Después de su regreso de Moscú, esta sociedad le fue insoportable, pues comprendía la falsedad que impregnaba a todos sus componentes, y muy pocas veces vio a la condesa Lidia.

Por último, Anna tenía también relaciones amistosas en la alta sociedad por excelencia, en aquel mundo de bailes, de banquetes y de lujo, que por una parte se da la mano con la corte para no alternar del todo con la sociedad semimundana, a la cual se imagina despreciar, pero cuyas inclinaciones se semejan tanto a las suyas propias que parecen idénticas. El lazo que unía a la hermosa Anna con esta sociedad era la princesa Betsi Tverskaia, mujer de un primo suyo, que disfrutaba de una renta de ciento veinte mil rublos y que se había enamorado de Anna apenas esta se presentó en la capital.

—Cuando sea vieja y fea haré lo mismo —decía Betsi, riéndose de la sociedad que veía en casa de la condesa Lidia—; pero una mujer joven y hermosa como usted no debe estar en un asilo de ancianos.

Anna había comenzado por evitar todo lo posible la sociedad de la princesa Tverskaia, pues la manera de vivir, en esas altas esferas exigía gastos que no estaban a su alcance, y, además, el primer círculo era más de su agrado; pero todo cambió después de su regreso de Moscú; descuidó a sus amigos razonables y no frecuentó ya sino el gran mundo, donde tuvo la alegría de encontrar a Vronski. Se veían

principalmente en casa de Betsi, de soltera Vrónskaia, y prima hermana del joven conde. Vronski se hallaba en todas partes donde pudiese ver a Anna para hablarle de su amor. Esta última parecía no hacerle caso, mas al ver al joven en su corazón rebosaba ese mismo sentimiento de plenitud que la sobrecogió cerca del tren, y así en sus ojos como en su sonrisa se revelaba un placer que no podía disimular.

Anna creyó sinceramente estar descontenta de la especie de persecución que Vronski se permitía respecto a ella; pero cierta noche que fue a una casa donde creía encontrarlo y en la cual no se presentó, comprendió claramente, por su oculto pesar, cuán vanas eran sus ilusiones y hasta qué punto su preocupación, lejos de desvanecerse, constituía el interés dominante de su vida.

\* \* \*

Una célebre artista cantaba por segunda vez, y toda la buena sociedad de San Petersburgo estaba en el Teatro de la Ópera. Vronski vio a su prima y, sin esperar al entreacto, abandonó su asiento para subir al palco.

—¿Por qué no ha venido usted a comer? —le preguntó. Y añadió después en voz baja, con afable sonrisa—: Admiro la perspicacia de los enamorados; «ella no estaba allí»; pero vuelva usted cuando se acabe la función.

Vronski la miró como para interrogarla, y como Betsi hiciese una señal con la cabeza, se sentó, dando las gracias con una sonrisa.

—¿Y qué se ha hecho de las bromas de otras veces? —continuó la princesa, que conocía con no poca satisfacción los progresos de aquella pasión amorosa—. Está usted cogido, amigo mío.

—No deseo otra cosa —contestó Vronski, sonriente—; si me quejo es de no estarlo tanto como yo quisiera, pues, a decir verdad, comienzo a perder toda esperanza.

—¿Cuál podría usted tener? —dijo Betsi, como si quisiera defender a su amiga—. Entendámonos...

Pero su mirada maliciosa indicaba que comprendía tan bien como Vronski lo que este esperaba.

—Ninguna —contestó Vronski, cuyos labios entreabría una sonrisa, dejando ver sus blancos y bien alineados dientes—. Dispense usted —añadió, tomando los gemelos de mano de su prima para examinar uno de los palcos del lado opuesto—, temo hacer un papel ridículo.

Vronski sabía muy bien que a los ojos de Betsi, así como a los de todos sus conocidos, no se exponía a este peligro, pues no ignoraba que si un hombre podía parecerlo al amar sin esperanza a una joven, no sería nunca así por consagrar su amor a una mujer casada, arriesgándolo todo para seducirla. Por el contrario, aquel papel le otorgaba belleza y le ensalzaba a los ojos de la alta sociedad, por lo cual nunca

hubiera podido hacer el ridículo.

—¿Por qué no ha venido usted a comer? —preguntó Betsi, sin poder menos de admirarlo.

—He tenido ocupaciones, y seguramente no adivinaría usted cuál. He reconciliado a un marido con el ofensor de su esposa.

—¿Y lo ha conseguido usted del todo?

—Creo que sí, o poco menos.

—Ya me referirá usted eso en el primer entreacto —dijo Betsi, levantándose.

—Imposible; ahora me voy al Teatro Francés.

—¿Y deja usted a la Nilson para ir allí? —exclamó Betsi, indignada, aunque no sabía distinguir entre la notable cantante y la última corista.

—No puedo menos; tengo cita para el asunto de la reconciliación.

—Bienaventurados los que aman la justicia, porque ellos se salvarán —dijo Betsi, recordando haber oído decir esto en alguna parte—. Siéntese y cuénteme de qué se trata.



## V

**E**s un poco picante, pero tan singular, que siento deseos de referírselo a usted — dijo Vronski, mirando los animados ojos de su prima—; por lo demás, no citaré nombre alguno.

—Mejor, yo lo adivinaré.

—Escuche usted, pues: dos jóvenes muy alegres...

—Sin duda dos oficiales del regimiento de usted.

—Yo no he dicho que fuesen oficiales, y sí solo jóvenes que habían almorzado bien.

—Diremos que se habían achispado.

—Es posible... Los dos van a comer a casa de un compañero, y en el camino encuentran a una dama que iba en su coche, y la cual se sonríe al pasar por delante de ellos, volviendo después la cabeza para mirarlos; la persiguen al galope, y con gran asombro ven que el vehículo se detiene precisamente delante de la casa adonde ellos se dirigen; la dama sube al piso superior, y solo ven sus frescos labios bajo el velo, y sus piececitos admirables.

—Habla usted con una animación que me haría creer que era uno de los actores.

—Los dos jóvenes suben a casa de su compañero, que daba un banquete de despedida, y este los obliga tal vez a beber un poco más de lo que debían. Interrogan a su amigo sobre los inquilinos de la casa, pero no sabe nada; solo el criado puede satisfacer su curiosidad. «¿Hayseñoritas arriba?», le preguntan. «Hay muchas», se les contesta. Después de comer, los jóvenes pasan al despacho de su amigo y escriben a su desconocida una carta llena de promesas de amor, subiéndola ellos mismos a fin de explicar cualquier punto oscuro.

—¿Por qué me refiere usted semejantes horrores? ¿Y qué más?

—Los jóvenes llaman, la criada les abre la puerta y entregan su carta, afirmando que están dispuestos a morir allí; la sirvienta, muy asombrada, quiere parlamentar; pero en el mismo instante se presenta un caballero, rojo como un cangrejo cocido, con patillas en forma de chuletas, que despide a los visitantes sin cumplimiento alguno, declarando que en la habitación no hay nadie más que su mujer.

—¿Cómo sabe usted que el buen hombre tenía patillas en forma de chuleta?

—Va usted a saberlo. Hoy he querido firmar la paz.

—¿Y qué ha sucedido?

—Esto es lo más curioso del incidente: resulta que esa feliz pareja es la de un consejero y una consejera titular; el primero ha presentado una queja, y he debido intervenir como mediador. ¡Vaya un mediador! Talleyrand no era nada comparado conmigo.

—¿Qué dificultades ha debido usted vencer?

—Voy a decírselo. Hemos comenzado por excusarnos lo mejor posible, como convenía, diciendo: «Sentimos muy de veras esta enojosa equivocación.» El consejero titular parece suavizarse, pero se empeña en expresar sus impresiones; entonces se encoleriza de pronto, deja escapar algunas palabrotas, y entonces me veo en la precisión de apelar a los medios diplomáticos. «Convengo en que su conducta ha sido deplorable —digo a mi hombre—; pero advierta usted que se trata de una equivocación; son jóvenes y acababan de comer bien... Ya comprenderá usted. Ahora se arrepienten con toda sinceridad, y le ruegan que les dispense su error.» El consejero se dulcifica más aún. «Convengo en ello —replica mi interlocutor—, y estoy dispuesto a perdonar, señor conde; pero ya comprenderá usted que mi esposa, una mujer honesta, ha estado expuesta a las persecuciones, groserías e insultos de dos calaveras... Como estos se hallaban presentes, me es preciso calmarlos a su vez, sirviéndome otra vez de la diplomacia; pero cada vez que la cuestión está a punto de arreglarse, mi consejero titular se encoleriza de nuevo, sus patillas se mueven otra vez, y no sé ya cómo salir del paso.»

—¡Ah, amiga mía, es preciso que le cuente esto! —dice Betsi a una dama que entraba en su palco—. Aseguro a usted que me he divertido mucho. ¡Vamos, buena suerte! —añadió, ofreciendo a Vronski los dedos que el abanico le dejaba libres; y después de hacer un movimiento de hombros para descubrir mejor su desnudez, se volvió a sentar en la delantera de su palco, en el sitio en que mejor se la pudiera ver.

Vronski se fue al Teatro Francés para buscar al coronel de su regimiento, que no faltaba una sola noche, pues quería hablarle de la obra de pacificación que hacía tres días lo ocupaba, proporcionándole no poca diversión. Los héroes de esta historia eran Petritski y un joven príncipe Kiédrov, gallardo mancebo que acababa de ingresar en el regimiento; y se trataba principalmente de los intereses del regimiento, pues ambos jóvenes formaban parte del escuadrón de Vronski.

Wenden, el consejero titular, había presentado queja al coronel contra sus oficiales por haber injuriado a su esposa, que, casada hacia medio año apenas y en estado interesante, había ido con su madre a la iglesia, donde, sintiéndose indispuesta, tomó el primer coche que pasó para volver cuanto antes a su casa. Los oficiales la habían perseguido; la dama se sintió peor por la emoción, y subió la escalera precipitadamente. Wenden volvía de su oficina cuando oyó las voces y el campanillazo, y al ver que eran dos oficiales ebrios, los puso en la puerta, exigiendo después que se los castigara severamente.

—Por más que diga usted —contestó el coronel a Vronski, Petritski se hace intolerable, pues no pasa una sola semana sin ningún escándalo. El caballero ofendido persistirá seguramente en su reclamación.

Vronski había comprendido que no se podía recurrir a un duelo en semejante circunstancia; había que hacer todo lo posible para suavizar al consejero y echar tierra

sobre el asunto. El coronel lo había mandado llamar, sabiendo que era hombre de tacto y celoso del honor de su regimiento. A consecuencia de la consulta, Vronski, acompañado de Petritski y de Kiédrov, fue a dar una satisfacción al consejero, confiando en que su nombre y su cifra de *flugeladjutant* contribuirían a calmar al ofendido. Vronski no consiguió su objetivo más que en parte, como acababa de referir, y la reconciliación parecía aún dudosa.

En el teatro el joven conde refirió al coronel el resultado de su misión, y después de reflexionar, este resolvió dejar el asunto tal como estaba. Después, por curiosidad, pidió a Vronski detalles. Al oír el relato del conde, el coronel rio largamente, especialmente cuando escuchaba cómo el consejero titular, tras parecer calmado, volvía a irritarse de nuevo al recordar los detalles del incidente, y cómo Vronski, aprovechando la última medio palabra de reconciliación, emprendió la retirada empujando a Petritski delante de él.

—El asunto es fastidioso aunque divertido. Kiédrov no puede batirse con ese señor. ¿Dice usted que se encolerizó mucho? —volvió a preguntar riendo—. ¡Claire es sorprendente! —dijo el coronel acerca de una nueva actriz francesa—. Todos los días la veo, y cada vez descubro en ella nuevas facetas. ¡Solo los franceses son capaces de una cosa así!

## VI

LA princesa Betsi salió del teatro antes de concluir el último acto, y apenas había tenido tiempo de entrar en su tocador para cubrir con una capa de polvos de arroz su larga y pálida faz, arreglarse un poco el cabello y dar sus órdenes para servir el té, cuando comenzaron a llegar los coches, deteniéndose en el vasto pórtico de su palacio en la Gran Morskaia. El portero abrió sin ruido la inmensa puerta a los visitantes, mientras la dueña de la casa, remozada ya convenientemente, salía para recibir a sus convidados. Las paredes del gran salón estaban revestidas de tapices oscuros y el suelo cubierto de una gruesa alfombra; en una gran mesa, con un mantel de deslumbrante blancura e iluminada por numerosas bujías, se veía el servicio del té, de porcelana transparente.

La princesa tomó asiento, y mientras se quitaba los guantes, varios lacayos, hábiles para colocar sillas sin que se observara, ayudaban a todo el mundo a ocupar su sitio, formando dos grupos, uno alrededor de la princesa y el otro en un ángulo del salón, en torno de una hermosa embajadora que lucía vestido de terciopelo negro. La conversación en ambos grupos, como sucede siempre en los primeros momentos, era poco animada y frecuentemente interrumpida por los encuentros, saludos y ofrecimientos de té, como si se buscara el tema en que debía generalizarse la charla.

—Es muy buena como actriz, y se ve que ha estudiado en Kaulbach —decía un diplomático en el grupo de la embajadora—. ¿Han observado ustedes cómo ha caído?

—Ruego a ustedes que no hablen más de la Nilson, pues nada nuevo se puede añadir —dijo una dama rubia, muy rechoncha y colorada, que llevaba un vestido de seda bastante ajado. Era la princesa Miagkaia, célebre por su manera de expresarse, y a quien se apellidaba *enfant terrible* a causa de su desenvoltura; estaba sentada entre los dos grupos, escuchando lo que se decía en uno y otro e interesándose igualmente en los dos—. Ya es la tercera vez que oigo decir lo mismo del tal Kaulbach; parece que se hayan puesto todos de acuerdo. Francamente, no comprendo por qué les ha gustado tanto esa frase.

Esta observación había interrumpido la conversación y era preciso buscar un nuevo tema.

—Cuéntenos usted alguna cosa divertida, pero que no sea mala —dijo al diplomático la embajadora, gran artista de eso que llaman los ingleses *small talk*.

—Se pretende —repuso este último— que no haya nada tan difícil como eso, pues solo la malignidad es divertida, pero procuraré complacer a mis oyentes. Denme un tema; todo está aquí, pues todo se tiene, es fácil hablar sobre él. He pensado a menudo que los célebres narradores del siglo último se verían muy apurados hoy, pues en nuestros días el genio ha llegado a ser enojoso.

—No es usted el primero en decirlo —replicó la embajadora, sonriendo.

La conversación tomaba un giro demasiado insulso para que pudiera continuar mucho tiempo en el mismo terreno, y para reanimarla fue preciso apelar al único medio infalible: la maledicencia.

—¿No les parece a ustedes que Tushkiévich tiene algo de Luis XV? —dijo alguno, señalando con la vista a un hermoso joven rubio que estaba cerca de la mesa.

—Sí, está a tono con el salón —contestó otro—, y por eso viene tan a menudo.

Este asunto de conversación se sostuvo porque solo consistía en alusiones; no se podía hablar abiertamente, pues se trataba de las relaciones de aquel joven con la dueña de la casa.

En el grupo de la princesa el asunto de la conversación fluctuó largo tiempo entre los tres, temas inevitables: las noticias del día, el teatro y el juicio sobre el prójimo; pero se fijó al fin en este último.

—¿Han oído ustedes decir que la Maltíscheva, la madre y no la hija, se hace un *trajediable rose*?

—¿Es posible?

—Me extraña mucho que con su talento, pues lo tiene, no comprenda que se pone en ridículo.

Cada cual tuvo una palabra para criticar a la desgraciada Maltíscheva, y la conversación se reanimó con mucha viveza.

El esposo de la princesa Betsi, hombre grueso y bonachón, celoso coleccionista de grabados, entró muy despacio en aquel instante había oído decir que su esposa tenía reunión, y quería presentarse antes de ir a su círculo. Se cercó a la princesa Miagkaia sin que esta lo oyera, merced a la alfombra, y le preguntó:

—¿Ha quedado usted satisfecha de la Nilson?

—¡Vaya un modo de asustar a las personas, dejándose caer así del cielo sin avisar! —exclamó la princesa—. Le ruego que no me hable de la ópera, porque usted no entiende nada de música; prefiero descender hasta usted y que me diga algo sobre sus grabados y sus láminas. ¿Qué tesoro ha descubierto usted últimamente?

—Si lo desea usted, se lo enseñaré; pero no comprenderá usted nada.

—No importa; yo me educo entre esa gente, entre... los banqueros. ¿No se llaman así? Tienen grabados magníficos, y ya me los han enseñado.

—¿Cómo? ¿Ha ido usted a casa de los Schiutsburg? —preguntó desde su asiento la dueña de la casa.

—Sí, amiga mía; nos convidaron a comer a mi esposo y a mí, y por cierto que se sirvió una salsa que había costado mil rublos, según me han dicho —replicó la princesa Miagkaia en voz alta para que la oyesen todos—. Sin embargo, la salsa, algo verdosa, me pareció muy mala. Yo debí recibir a mi vez a esos señores, y les hice otra que solo costaba ochenta y cinco kopeikas<sup>[20]</sup>, lo cual no impidió que todos quedaran contentos. Yo no puedo confeccionar salsas de mil rublos.

—Nadie como ella —dijo Betsi.

—¡Admirable! —añadió otro.

La princesa Miagkaia no dejaba nunca de producir su efecto, que consistía en extremar con buen sentido cosas muy ordinarias, las cuales no decía siempre oportunamente; pero, en la sociedad en que vivía, este buen sentido hacía las veces de un chiste sutil.

Aprovechándose del silencio que se prolongaba, la dueña de la casa quiso entablar una conversación más general, y dirigiéndose a la embajadora, le dijo:

—¿Decididamente no quiere usted té? Véngase por aquí.

—Estamos bien en nuestro rincón —contestó la embajadora con una sonrisa, continuando una conversación interrumpida que al parecer le interesaba mucho, se criticaba a los Karenin, marido y mujer.

—Anna ha cambiado mucho desde su viaje a Moscú —decía una de sus amigas —; noto en ella algo extraño.

—El cambio consiste en que la ha acompañado la sombra de Alexiái Vronski —repuso la embajadora.

—¿Qué prueba esto? Yo conozco un cuento de Grimm, en que un hombre se ve privado de su sombra en castigo de no sé qué falta. Jamás comprendí este género de castigo, pero tal vez sea muy penoso para una mujer verse privada de sombra.

—Sí, pero las mujeres que tienen sombra suelen acabar mal —dijo la amiga de Anna.

—Así tuviera usted la *pepita*<sup>[21]</sup> —exclamó de pronto la princesa Miagkaia al oír aquellas palabras—. Karénina es una mujer encantadora, a quien yo amo mucho; pero no me agrada su esposo.

—¿Y por qué? —preguntó la embajadora—. Es un hombre muy notable, y mi esposo pretende que hay pocos políticos de tanto mérito en Europa.

—Lo mismo dice mi marido, pero yo no lo creo —replicó la princesa—; si nuestros esposos no hubieran tenido esta idea, siempre habiéramos visto a Alexiái Alexándrovich tal como es. Yo lo tengo por un mico; lo digo en voz muy baja, pero me satisface expresar esta opinión. En otra época, cuando me creía obligada a reconocerle talento, me consideraba yo misma una estúpida, porque no sabía encontrarle esa cualidad. Pero en cuanto me dije a mí misma que Karenin era un estúpido, eso sí, lo dije en voz baja, en seguida todo quedó claro.

—Es usted muy mordaz, princesa.

—De ningún modo. No tengo otra salida. Uno de los dos es un estúpido. Y yo no lo voy a pensar de mí misma.

—Nadie está conforme con su estado, y todos están conformes con su inteligencia —y citó un verso francés el diplomático.

—Eso mismo —se dirigió la princesa Miagkaia al diplomático—. En cuanto a la

bella Anna, debo hablar en su favor: es amable y buena; la pobre mujer no tiene culpa si todo el mundo se enamora de ella y si la persiguen como su sombra.

—No me permito juzgarla —dijo la amiga de Anna para disculparse.

—Aunque nadie nos siga como nuestras sombras, no por eso tenemos el derecho de juzgar.

Después de dar esta lección a la amiga de Anna, la princesa y la embajadora se acercaron a la mesa de té para tomar parte en una conversación general sobre el rey de Prusia.

—¿De quién habéis dicho picardías? —preguntó Betsi.

—De los Karenin; la princesa nos ha pintado al bueno de Alexiéi Alexándrovich —contestó la embajadora, sentándose junto a la mesa.

—Siento no haber podido oírlo —contestó Betsi, mirando hacia la puerta—. ¡Ah, ya está aquí! —añadió, volviéndose hacia Vronski, que acababa de entrar.

El conde conocía y encontraba diariamente a todas las personas que estaban aquella noche en casa de su prima, así es que entró con la tranquilidad de un hombre que vuelve a ver a los mismos de quienes se ha separado poco antes.

—¿De dónde vengo? —dijo, contestando a la pregunta que le hizo la embajadora—. Debo confesarlo: vengo de los Bufos, y siempre muy satisfecho, aunque he ido ya cien veces. Es humillante decirlo, pero aseguro a ustedes que en la Ópera me duermo, mientras que en los Bufos estoy divertido hasta el último instante. Hoy...

Vronski nombró a una actriz francesa, pero la embajadora lo contuvo con un ademán de terror burlesco.

—¡No nos hable usted de esas cosas! —exclamó.

—Pues me callo, tanto más cuanto que todos ustedes las conocen.

—Y todos estarían dispuestos a ir tras ellos si se consintiese como en la Ópera —añadió la princesa Miagkaia.

## VII

SE oyeron pasos cerca de la puerta, y Betsi, persuadida de que vería entrar a Anna, miró a Vronski; este última miraba también, y su rostro expresaba una mezcla singular de alegría, de ansiedad y de temor. Se levantó lentamente de su asiento, y en el mismo instante se presentó Anna. Después de cruzar el corto espacio que la separaba de la dueña de la casa, con aquel paso rápido, ligero y decidido que la distinguía de todas las demás mujeres de la sociedad, con la mirada fija en Betsi, fue a estrechar su mano; después saludó con una sonrisa a Vronski, que hizo una profunda reverencia, ofreciendo a la dama una silla.

Anna inclinó ligeramente la cabeza y se ruborizó con expresión de enojo; algunas personas se aproximaron para darle la mano, y a todas las recibió con la sonrisa en los labios.

—Ahora vengo de casa de la condesa Lidia —dijo a Betsi—. Hubiera querido verla antes, mas no me ha sido posible porque estaba allí *sir* John, que es muy interesante.

—¡Ah, el misionero!

—Sí; ha referido hechos curiosos sobre su vida en las Indias.

La conversación, interrumpida por la llegada de Anna, vaciló de nuevo como la luz de una lámpara que está a punto de extinguirse.

—¡*Sir* John!

—Sí, yo lo he visto; habla muy bien. Vlásieva está prendada de él.

—¿Es cierto que la más joven de los Vlásieva se casa con Tópov?

—Se afirma que es cosa decidida.

—Me extraña que los padres consientan.

—Es un casamiento por amor, según dicen.

—¿Por amor? —preguntó la embajadora—. ¿De dónde toma usted esas ideas tan antediluvianas? ¿Quién habla de esa pasión en nuestros días?

—¡Ah!, esa pasión tan ridícula y antigua se encuentra diariamente —dijo Vronski.

—Tanto peor para aquellos que la experimenten; en materia de matrimonios felices, no conozco sino aquellos que se efectúan por razón y conveniencia.

—Sí, pero ¿no sucede a menudo que esos matrimonios de razón quedan reducidos a la nada, precisamente a causa de esa pasión que usted desconoce?

—Entendámonos, lo que se llama casamiento de razón es aquel que se efectúa cuando las dos partes han conocido ya bien el mundo. El amor es un mal que se ha sufrido como la escarlatina.

—En tal caso, sería prudente servirse de un medio artificial para inocularlo, a fin de preservarse como de la viruela.

—En mi juventud estuve enamorada de un sacristán —dijo la princesa Miagkaia



—, y quisiera saber si esto me ha favorecido.

—No, hablando con franqueza, creo que para conocer bien el amor es preciso, después de haberse engañado una vez, poder reparar el error.

—¿Hasta después del casamiento? —preguntó la embajadora, sonriendo.

—Nunca es tarde para enmendarse —dijo el diplomático, citando un proverbio inglés.

—Precisamente —interrumpió Betsi—; engañarse primero para entrar en lo verdadero después. ¿Qué dices a esto? —añadió, interrogando a Anna, que escuchaba la conversación con una sonrisa.

Vronski la miró, esperando su respuesta con ansiedad; cuando hubo hablado, respiró como si se librara de un peligro.

—Creo —dijo Anna, jugando con un guante— que si hay tantas opiniones como cabezas, también se encontrarán tantas maneras de amar como corazones.

Y volviéndose bruscamente hacia Vronski, le dijo:

—He recibido carta de Moscú, en la cual me dicen que Kiti Scherbatskaia está muy enferma.

—¿De veras? —preguntó Vronski, con expresión sombría. Anna lo miró con aire severo.

—¿Le es a usted indiferente? —preguntó.

—Me importa mucho, por el contrario. Quisiera saber, si es posible, qué le dicen.

Anna se levantó y acercóse a Betsi.

—¿Quiere usted darme una taza de té? —dijo, apoyándose en el respaldo de su silla.

Mientras que Betsi echaba el té, Vronski se aproximó a Anna y le preguntó:

—¿Qué le escriben a usted?

—He pensado a menudo —dijo Anna, sin contestar directamente— que si los hombres pretenden obrar con nobleza, esta frase carece en realidad de sentido. Hace mucho tiempo que deseaba decírselo a usted.

—No comprendo bien lo que significan esas palabras —repuso Vronski, ofreciéndole su taza.

Anna dirigió una mirada al diván que estaba a su lado, y se sentó al punto.

—Sí, deseaba decir a usted —continuó, sin mirarlo— que ha obrado mal, muy mal.

—¿Cree usted que no lo siento? Pero ¿de quién es la culpa?

—¿Por qué me dice usted eso? —preguntó Anna, con acento severo.

—Bien lo sabe usted —contestó Vronski, sosteniendo la mirada de su interlocutora sin bajar la vista.

Entonces fue la dama quien se turbó.

—Eso prueba simplemente —dijo al fin— que usted no tiene corazón.

Sus ojos, sin embargo, desdecían sus palabras.

—Eso de que hablaba usted ahora era un error, y no amor.

—Recuerde usted que le he prohibido pronunciar esa fea palabra —repuso Anna, estremeciéndose; y al punto comprendió que por la sola palabra «prohibido» se reconocía ciertos derechos sobre el conde—. Desde hace largo tiempo —continuó, mirando a Vronski fijamente, aunque sus mejillas estaban brillantes de rubor— deseaba hablar con usted, y hoy he venido expresamente para ello, sabiendo que lo encontraría aquí. Es preciso que todo esto concluya, porque jamás he tenido que ruborizarme delante de nadie, y cuando usted me dirige la palabra no sé por qué me creo culpable.

Vronski miraba a su interlocutora, admirando aquella nueva expresión de belleza interior.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó simplemente, con acento breve.

—Deseo que vaya usted a Moscú a pedir perdón a Kiti.

—Usted no desea eso.

Vronski comprendía que Anna se esforzaba por decir una cosa y que pensaba otra.

—Si me ama usted como dice —murmuró—, haga de modo que yo esté tranquila. El semblante de Vronski se serenó.

—¿No sabe —dijo— que es usted mi vida y que habiendo perdido ya la tranquilidad me sería imposible dársela? Puedo entregarme en cuerpo y alma, consagrarle mi amor, mas no está en mi mano desechar a usted de mi pensamiento. A mis ojos, los dos no somos sino uno, y por lo mismo no veo medio alguno de tranquilidad para ninguno de nosotros en lo futuro. Solo columbro en perspectiva el infortunio, la desesperación o la dicha. ¿Será esto verdaderamente imposible? —murmuró con los labios, sin atreverse a pronunciar las palabras. Anna, sin embargo, comprendió.

Todas las fuerzas de la inteligencia de Anna parecían concentrarse solo para contestar como su deber lo exigía; pero en vez de hablar, fijó en él una mirada de amor y guardó silencio.

«¡Dios mío! —pensó Vronski, transportado de alegría en el momento en que desesperaba, creyendo no llegar jamás—. He aquí el amor. ¡Ella me ama: eso es una confesión!»

—Haga usted eso por mí; seamos buenos amigos y no me hable más de tal modo —dijeron sus palabras, pero su mirada expresaba lo contrario.

—Jamás seremos amigos, ya lo sabe usted —dijo Vronski—. Usted decidirá si hemos de ser los más felices o los más desgraciados del mundo.

Anna quiso hablar, pero Vronski la interrumpió:

—Todo lo que pido —dijo— es el derecho de esperar y sufrir como en este

instante; si es imposible, mándeme usted desaparecer y desapareceré; jamás me volverá a ver si mi presencia le es enojosa.

—Yo no lo despidió a usted.

—Entonces no cambiemos nada; dejemos las cosas tal como están —añadió con voz temblorosa—. Ahí tiene usted a su esposo.

Efectivamente, Alexiéi Alexándrovich entraba en aquel momento en el salón, con su aire tranquilo y su fea manera de andar.

Se acercó a la dueña de la casa, dirigió al paso una mirada a su esposa y a Vronski, se sentó cerca de la mesa y, con su voz lenta y bien acentuada, y aquella sonrisa con que parecía burlarse siempre de alguna persona o cosa, dijo, mirando a los presentes:

—El cuadro está completo: aquí las Gracias y las Musas.

Pero la princesa Betsi, que no podía sufrir aquel tono *sneering*, procedió con mucho tacto para conducir al señor Karenin a tratar de un asunto formal. Para esto habló del servicio obligatorio, y Alexiéi Alexándrovich lo defendió vivamente contra los ataques de Betsi.

Vronski y Anna permanecían junto a una mesita.

—Eso es ya inconveniente —dijo una dama en voz baja, designando con una mirada a Karenin, a su esposa y a Vronski.

—¿Qué decía yo? —dijo la amiga de Anna.

No fueron aquellas señoras las únicas que hicieron tal observación; la princesa Miagkaia y Betsi miraron más de una vez hacia el sitio donde estaban Anna y Vronski; solamente Alexiéi Alexándrovich no fijó su atención ni se distrajo del interesante asunto de que trataba.

Betsi, observando el mal efecto que sus amigos producían, maniobró de modo que alguien la sustituyera momentáneamente para contestar a Alexiéi Alexándrovich y se acercó a Anna.

—Admiro siempre —le dijo— la claridad del lenguaje de su esposo; las cuestiones más trascendentales me parecen comprensibles cuando él habla.

—¡Oh, sí! —contestó Anna, sin saber lo que decía.

Y radiante de felicidad, se levantó y se acercó a la mesa grande para tomar parte en la conversación general.

Al cabo de media hora, Alexiéi Alexándrovich propuso a su esposa retirarse; pero Anna contestó, sin mirarlo siquiera, que deseaba quedarse a cenar. Alexiéi Alexándrovich se despidió de todos y salió.

\* \* \*

El anciano cochero de los Karenin, robusto tártaro revestido de su impermeable, sujetaba con trabajo, delante del peristilo, los caballos excitados por una temperatura

de hielo; el lacayo permanecía junto a la portezuela del coche, y el portero estaba en pie junto a la puerta de entrada, abierta de par en par. Anna escuchaba con placer las palabras de Vronski.

—Convenga en que no se ha comprometido usted a nada y nada le exijo —decía el joven, acompañándola hasta su carruaje—; pero ya sabe que no es amistad lo que yo le pido; para mí, la única felicidad de mi vida se contiene en esa palabra que parece desagradarle tanto: el amor.

—El amor —repitió Anna lentamente, como hablando consigo misma, y añadió después de una pausa—: Esa palabra me desagrada porque para mí tiene un sentido más profundo y mucho más grave de lo que usted puede figurarse. Hasta la vista —dijo de pronto, mirando fijamente al conde.

Y después de darle la mano, pasó rápidamente por delante del portero y desapareció en su coche.

Aquella mirada y aquel apretón de manos trastornaron a Vronski, que besó la palma de la suya en el sitio que habían tocado los dedos de Anna. El conde volvió a su casa en la persuasión de que aquella noche había adelantado más que en los dos meses anteriores para llegar a la realización de su sueño dorado.

## VIII

**A**L señor Karenin no le había parecido inconveniente que su esposa hablara con Vronski de una manera algo animada; pero observó que otras personas lo juzgaban extraño. Por eso, él mismo lo consideró indecoroso y resolvió hacer la observación a Anna.

Según costumbre, al entrar en su casa Alexiúi Alexándrovich pasó a su gabinete, se sentó en una butaca, abrió un libro en el sitio marcado por una plegadera y leyó un capítulo sobre el papismo hasta la una de la madrugada. De cuando en cuando se pasaba la mano por la frente, como para desechar un pensamiento importuno. A la hora habitual hizo sus preparativos para acostarse (Anna no había vuelto aún), y con su libro debajo del brazo se dirigió a la alcoba; pero en vez de las preocupaciones ordinarias sobre los asuntos de su servicio, pensó en su esposa y en la desagradable impresión que había experimentado por causa de ella. Comprendiendo que no podría dormir, comenzó a pasear de un lado a otro con las manos a la espalda, cual si no quisiera acostarse sin haber reflexionado maduramente sobre los incidentes de la noche.

En primer lugar, Alexiúi Alexándrovich juzgó natural hacer una observación a Anna, mas le pareció después que aquellos incidentes tendrían una complicación desagradable. Karenin no tenía celos; a su modo de ver, un marido ofendía a su esposa cuando se dejaba llevar de esta pasión; pero ¿por qué tendría ciega confianza en ella, viviendo convencido de que le amaría siempre? Karenin no se preguntaba esto, pues no habiendo tenido jamás ni sospechas ni recelos, se prometía conservar plena confianza. Sin embargo, aunque abrigase tales sentimientos, se hallaba ante una situación excepcional y absurda, e indefenso para combatirla. Alexiúi Alexándrovich se encontraba cara a cara ante la vida, ante la posibilidad de que su esposa se enamorara de otro hombre; y aquello precisamente le parecía absurdo e irracional, porque era la vida misma. Hasta entonces no había tenido que luchar contra las dificultades de la vida sino en la esfera de su servicio oficial; y ahora experimentaba una sensación semejante a la del hombre que, pasando tranquilo por un puente sobre un precipicio, observara de improviso que aquel estaba desmontado y que bajo sus pies se abría una sima profunda. Esta última era para él la vida verdadera, y el puente, la existencia artificial que hasta aquel día conociera. La idea de que su esposa pudiese querer a otro se le ocurría por primera vez y le causaba cierto terror.

Sin pensar en desnudarse, comenzó a pasear por varias habitaciones, cruzando sucesivamente el comedor, iluminado por una sola lámpara; el salón oscuro, donde un rayo de luz se reflejaba en su retrato, recientemente hecho; y el gabinete de su esposa, donde brillaban dos bujías sobre los costosos dijes de su escritorio y los retratos de sus parientes y amigos. Llegado a la puerta de la alcoba retrocedió.

De cuando en cuando se detenía, y se decía: «Sí; es preciso de todo punto poner término a esta situación, adoptar un partido, manifestarle mi modo de ver; pero ¿qué le diré? ¿Y qué partido puedo tomar? ¿Qué ha sucedido, al fin y al cabo? Nada. Que habló largo tiempo con él...; mas ¿qué mujer no habla con un hombre en sociedad? Mostrarse celoso por tan poca cosa sería humillante para los dos».

Este razonamiento, que el señor Karenin juzgó al principio concluyente, le pareció después, sin embargo, de muy poco valor. Desde la puerta de la alcoba se dirigió al salón oscuro, donde creyó oír una voz que le decía: «Puesto que otros se han extrañado al parecer, es porque hay alguna cosa... Sí, es preciso poner término a todo esto, adoptar un partido... ¿Cuál?».

Sus pensamientos, así como su cuerpo, giraban en el mismo círculo, y no encontraba ninguna idea nueva; se pasó la mano por la frente y fue a sentarse en una butaca del gabinete de su esposa.

Una vez allí, mirando la mesita de escribir de Anna, donde se veía una carta sin acabar, sus ideas siguieron otro curso. Se presentó la vida de su esposa, las necesidades de su espíritu y de su corazón, sus inclinaciones y deseos; y entonces lo dominó tan poderosamente la idea de que debía tener una existencia distinta de la suya que se apresuró a desecharla. Era el abismo que no se atrevía a sondear con la mirada; penetrar con la reflexión y el sentimiento en el alma de otro era una cosa desconocida para él, y que le parecía peligrosa.

«Y lo más terrible —pensó— es que esta inquietud insensata me sorprende en el momento de dar la última mano a mi obra —el proyecto que se proponía hacer aprobar—, cuando más necesito todas las fuerzas del espíritu y la calma. ¿Qué hacer? Yo no soy de aquellos, que no saben mirar sus males de frente; pero es preciso reflexionar, resolver una cosa u otra, y librarme de esta preocupación. No me creo autorizado a escudriñar sus sentimientos e intervenir en lo que pasa en su alma: esta es cuestión de su conciencia y del dominio de la religión —añadió, muy satisfecho por haber hallado una ley que podía aplicar a las circunstancias del momento—. Así pues —continuó—, las cuestiones relativas a sus sentimientos son de conciencia, y no debo tocarlas. Mi deber se indica claramente: obligado, como jefe de familia, a dirigir a mi esposa, señalándole los peligros que entreveo, y siendo responsable de su conducta, me es forzoso usar de mis derechos en caso necesario.»

Y Alexiái Alexándrovich pensó lo que debía decir a su esposa, lamentándose de que fuera preciso gastar su tiempo y sus fuerzas intelectuales en asuntos caseros. A su pesar, formó mentalmente un plan que debía comprender, con tanta lógica como claridad, los puntos de que trataría al hablar con ella.

«Debo hacerle entender —se dijo— lo que sigue: primero, la significación e importancia de la opinión pública; segundo, el sentido religioso del matrimonio; tercero, las desgracias que pueden resultar para su hijo, y cuarto, las malas

consecuencias que tal vez alcancen a la madre.»

Alexiéi Alexándrovich oprimió sus manos una contra otra e hizo crujir las articulaciones de sus dedos. Esta costumbre lo calmaba, permitiéndole recobrar el equilibrio moral que tanto necesitaba.

De pronto se oyó el ruido de un coche, y Karenin se detuvo en medio del comedor; un paso ligero le indicó que su mujer subía; y con su discurso preparado permaneció inmóvil, haciendo crujir sus dedos. Aunque satisfecho de su pequeño discurso, tuvo miedo de lo que iba a suceder.

## IX

**A** NNA entró, jugando con las borlas de su abrigo y con la cabeza baja; su rostro estaba radiante, pero no de alegría; era más bien el fulgor terrible de un incendio en una noche oscura. Al ver a su esposo, levantó la cabeza y sonrió, como si despertara de una meditación.

—¿Aún no estás en la cama? —exclamó—. ¡Qué milagro! —añadió, despojándose de su abrigo.

Y sin detenerse, pasó a su gabinete y gritó desde la puerta:

—Ya es tarde, Alexiái.

—Anna —replicó Alexiái Alexándrovich—, necesito hablar contigo.

—¿Conmigo? —exclamó Anna con aire de asombro, dirigiéndose a su esposo y mirándolo fijamente—. Pues bien, hablemos si es tan necesario; pero más valdría dormir.

Anna contestaba lo primero que se le ocurría, admirándose ella misma de que pudiera mentir tan fácilmente; sus palabras eran todas naturales, y se hubiera dicho que verdaderamente deseaba acostarse; pero se sentía impulsada por una fuerza invisible, y estaba dispuesta a sostener toda discusión apelando al engaño.

—Anna —dijo Karenin—, es preciso que mires un poco lo que haces.

—¿Por qué? —contestó Anna.

Y miró tan alegre y cándidamente a su esposo, que para cualquier otro que no la hubiera conocido tan bien como él, el tono de su voz habría sido del todo normal; mas para el señor Karenin, que sabía que cuando faltaba a cualquiera de sus costumbres su mujer le preguntaba al punto la causa, y que ella, por su parte, le comunicaba siempre sus alegrías y sus pesares, era muy significativo el hecho de que Anna no quisiese observar su agitación ni hablar de ella misma. El alma de su esposa, abierta para él otras veces, le parecía ahora cerrada, y hasta comprendió por el tono de su mujer que no era su ánimo disimularlo, y que en su interior pensaba: «Así ha de ser y será en adelante.» Alexiái Alexándrovich se figuró estar en el caso de un hombre que, al volver a su casa, encuentra la puerta cerrada. «Quizá sea posible encontrar la llave», pensó Alexiái Alexándrovich.

—Quiero prevenirte —dijo con voz tranquila— para evitar las interpretaciones que se pueden hacer en el mundo sobre tu imprudencia y tu aturdimiento: tu conversación demasiado animada con el conde Vronski —pronunció este nombre con lentitud y firmeza— en casa de la princesa esta noche ha llamado la atención de todos.

Alexiái Alexándrovich miraba los ojos risueños e impenetrables de Anna, y le parecía reconocer con terror que sus palabras serían inútiles y ociosas.

—Siempre eres así —contestó Anna, como si no comprendiese lo que se le decía,



y solo dio importancia a una parte de la frase—. Tan pronto te incomoda que me aburra como que me divierta; esta noche me he distraído. ¿Te ofende que sea así?

Alexiéi Alexándrovich se estremeció y oprimió de nuevo sus manos para hacerlas crujir.

—Te ruego —le dijo su esposa— que tengas las manos quietas, pues me molesta mucho ese ruido.

—Anna, ¿eres realmente tú la que me hablas? —repuso Alexiéi Alexándrovich, haciendo un esfuerzo para reprimir el movimiento de sus manos.

—Pero, en fin, ¿qué hay? —preguntó la joven, con un asombro sincero y casi cómico—. ¿Qué quieres de mí?

Karenin guardó silencio, pasándose la mano por la frente y los ojos; le parecía que en vez de advertir a su esposa sus errores a los ojos del mundo, se inquietaba a su pesar de lo que pasaría en la conciencia de aquella, chocando tal vez contra un obstáculo imaginario.

—He aquí lo que deseaba decirte —replicó, fría y tranquilamente—, y te ruego que me escuches hasta el fin. Ya sabes que considero la pasión de los celos como ofensiva y humillante, y que jamás me dejaré dominar por ella; pero hay ciertas barreras sociales que no se franquean impunemente. Hoy, a juzgar por la impresión que has producido, no soy yo solo quien te ha observado, sino todo el mundo, tu conducta no ha sido conveniente.

—Vamos, no entiendo una palabra —dijo Anna, encogiéndose de hombros. «Ya se ve que le es todo igual —pensó— y que solo teme las observaciones del mundo.»—. Tú estás enfermo, Alexiéi Alexándrovich —añadió, levantándose para irse. Pero su esposo la detuvo, adelantándose hasta ella.

Jamás le había visto Anna el semblante tan sombrío y desagradable, y permaneció en pie, inclinando la cabeza para retirar con mano ágil las horquillas de su cabello.

—Bien, ya escucho —dijo tranquilamente, con tono burlón—, y hasta escucharé con interés, porque quisiera comprender de qué se trata.

Se admiraba ella misma de su aplomo y naturalidad, así como de la elección de sus palabras.

—No me juzgo autorizado para penetrar en tus sentimientos, y lo creo, además, tan inútil como peligroso —comenzó a decir Alexiéi Alexándrovich—, pues al socavar a demasiada profundidad nuestras almas, nos exponemos a tocar lo que tal vez pasaría inadvertido. Tus sentimientos son cosa de tu conciencia; pero tratándose de ti, de mí y de Dios, me veo en la precisión de recordarte tus deberes. Nuestras existencias están unidas, no por los hombres, sino por Dios. Solo un crimen puede romper este lazo, y un crimen semejante lleva consigo su castigo.

—Yo no comprendo nada, sino que tengo sueño —dijo Anna, retirando de su cabello las últimas horquillas.

—Anna —repuso Alexiúi Alexándrovich con dulzura—, no hables así; tal vez me engañe, pero creo que lo que ahora te digo es en interés de ambos; soy tu esposo y te quiero.

El rostro de Anna se oscureció un momento, y en sus ojos se extinguió la expresión burlona; pero la palabra «amar» la irritó. «¿Sabe él lo que es amor? —pensó—. ¿Y le sería posible amar? Si no hubiera oído pronunciar esa palabra, seguramente no la conocería.»

—Alexiúi —replicó—, repito que no te comprendo; explícate, y dime qué ves...

—Permíteme concluir. Yo te amo, pero no se trata de mí; los principales interesados son tu hijo y tú misma. Es muy posible que mis palabras, te lo repito, te parezcan inútiles e inoportunas, y tal vez sean resultado de un error por mi parte, en cuyo caso te ruego que me dispenses; pero si comprendes tú misma que mis palabras tienen algún fundamento, te suplico que reflexiones, y si el corazón te lo dicta así, que me hables con toda franqueza.

Alexiúi Alexándrovich, sin echarlo de ver, decía una cosa muy diferente de lo que tenía imaginado.

—Nada tengo que decirte —replicó Anna vivamente, disimulando a duras penas una sonrisa—; y creo que ya es hora de acostarse. Alexiúi Alexándrovich suspiró y, sin añadir palabra, se dirigió hacia la alcoba.

Cuando Anna entró, su esposo estaba acostado ya; tenía los labios oprimidos y el aspecto severo, y no miró una sola vez a su mujer; esta última esperaba que le hablaría, temiéndolo y deseándolo a un tiempo; pero guardó silencio.

Dejó transcurrir un largo rato sin moverse, y acabó por olvidar al hombre que tenía a su lado; pensaba en otro, cuya imagen llenaba su corazón de culpable alegría. De repente oyó un ronquido regular, el cual despertó sin duda al mismo Alexiúi Alexándrovich, pues cesó al punto; pero poco después continuó de nuevo.

«Ya es tarde, ya es tarde», pensó Anna sonriendo. Y permaneció largo tiempo inmóvil, sin cerrar los ojos, y figurándose que los veía brillar en la oscuridad.

## X

**A** PARTIR de aquella noche, comenzó una nueva vida para Alexiúi Alexándrovich y su esposa, aunque, al parecer, no se notaba nada de particular. Anna seguía presentándose en las reuniones, sobre todo en casa de la princesa Betsi, y encontraba a Vronski en todas partes. Karenin lo veía sin poder impedirlo; y siempre que hacía una tentativa para obtener una explicación, Anna manifestaba su asombro y un aspecto risueño verdaderamente impenetrable.

Nada había cambiado exteriormente; pero las relaciones de los cónyuges eran muy distintas. Alexiúi Alexándrovich, tan fuerte cuando se trataba de los asuntos de estado, se reconocía en esto impotente, y esperaba resignado, con la cabeza baja, el último golpe, como el buey en el matadero. Cuando lo acosaban estas ideas, se decía que era preciso hacer la última prueba; apelando a la bondad, a la ternura y a los razonamientos, para salvar a Anna y volverla al buen camino; cada día formaba el propósito de hablarle por última vez, pero llegado el momento decía cosas diferentes de las que había pensado. Involuntariamente, tomaba ese tono singular con el que parecía burlarse de los que habían hablado como él, y no era este el tono propio para expresar las cosas que debía decir...

## XI

Lo que para Vronski había sido durante cerca de un año el objeto único de su existencia, y para Anna un sueño de felicidad, tanto más encantador cuanto que le parecía inverosímil y terrible, se había realizado al fin. Pálido y tembloroso, estaba en pie ante ella, y le suplicaba que se calmase, sin saber por qué.

—¡Anna, Anna! —decía con acento conmovido—. En nombre del cielo, serénate.

Pero cuanto más elevaba la voz, más inclinaba ella la cabeza, tan altiva en otro tiempo y tan humillada ahora; habría tocado el suelo desde el diván en que estaba sentada, cayendo sobre la alfombra, si Vronski no la hubiera sostenido.

—¡Dios mío, perdóname! —exclamó, sollozando, mientras oprimía contra su seno las manos del conde.

Anna se juzgaba tan criminal y culpable, que no podía hacer otra cosa sino humillarse y pedir gracia, y de Vronski era de quien imploraba perdón, porque solo con él contaba en el mundo. Al mirarlo, le parecía tan palpable su envilecimiento, que apenas podía pronunciar otra palabra. En cuanto a Vronski, creía parecerse a un asesino ante el cuerpo inanimado de su víctima. El cuerpo inmolado por ellos era su amor, o más bien la primera fase de este; y el recuerdo del alto precio que habían pagado por su vergüenza tenía verdaderamente algo de terrible y odioso.

La idea de su envilecimiento moral agobiaba a Anna, y esta idea se comunicó a Vronski; pero cualquiera que fuese el horror del asesino ante el cadáver de su víctima, es preciso ocultarlo y aprovecharse, por lo menos, del crimen que se cometió. Y así como el culpable se precipita sobre el cadáver con rabia y lo arrastra para hacerlo pedazos, Vronski cubría de besos la cabeza y el cuello de su amante. Anna oprimía su mano sin moverse; aquellos besos los había comprado a costa de su honor, y la mano que estrechaba era la de su cómplice. Anna besó aquella mano. Vronski se arrodilló, procurando ver aquel rostro, que Anna ocultaba sin querer hablar. Al fin se levantó, haciendo un esfuerzo, y lo rechazó. Su rostro, bello como siempre, inspiraba compasión.

—Todo ha concluido —dijo—; ya no me queda nadie más que tú; no lo olvides.

—¡Cómo he de olvidar lo que es mi vida! Por un instante de esta felicidad...

—¡Qué felicidad! —exclamó Anna, con tan marcada expresión de disgusto y de terror que comunicó a Vronski el mismo sentimiento—. ¡En nombre del cielo, no digas una palabra más!

Y levantándose vivamente, se alejó del conde.

—¡No, ni una palabra más! —replicó con un aire tan desesperado que asombró singularmente a Vronski.

Y salió de la habitación.

Al principio de aquella nueva vida, le era imposible a Anna expresar su

vergüenza, su temor y alegría; y más bien que manifestar su pensamiento con palabras insuficientes o triviales, prefería callarse. Más tarde no halló tampoco las frases propias para definir sus sentimientos, y ni aun sus ideas tradujeron las impresiones de su alma. «No —decía—, yo no puedo reflexionar en todo eso ahora; más tarde lo haré, cuando recobre alguna tranquilidad.» Sin embargo, la calma del espíritu no se producía, y cada vez que pensaba en lo ocurrido, en lo que debía suceder aún, y en lo que llegaría a ser de ella, la acosaba el temor y hacía lo posible por no preocuparse más del presente.

«Más tarde, más tarde —repetía—, cuando esté más serena.» En cambio, si durante su sueño perdía todo su imperio sobre sus reflexiones, se le representaba la verdadera situación en su espantosa realidad; casi todas las noches era presa de la misma pesadilla, y soñaba que los dos hombres eran sus esposos y se compartían sus caricias. Alexiúi Alexándrovich lloraba besándole las manos y diciendo: «¡Qué felices somos ahora!», y Vronski la amaba también con delirio. Anna se admiraba de haber creído que aquello fuese imposible, reía al explicarles que todo se iba a simplificar y que ambos vivirían en adelante contentos y felices. Sin embargo, este sueño la oprimía dolorosamente, y convirtiéndose en pesadilla, la despertaba cada vez más espantada.

## XII

**E**N los primeros días que siguieron a su regreso de Moscú, siempre que Lievin se sonrojaba al recordar la vergüenza que le causó la negativa de Kiti, se decía: «Del mismo modo padecí, creyéndome un hombre perdido, cuando me suspendieron en física, y tuve que repetir el curso no pude presentarme para sufrir el examen de física, y otro tanto me sucedió el día en que comprometí el asunto de mi hermana; pero ahora han transcurrido los años, y me asombro al recordar esas exasperaciones. Lo mismo me sucederá con mi dolor de hoy: el tiempo pasará y ya no me acordaré de nada».

Sin embargo, transcurrieron tres meses sin que se produjese la indiferencia, y el recuerdo le hacía padecer a Lievin tanto como los primeros días. Lo que más le entristecía era que, después de haber soñado tanto la vida familiar, creyéndose bien preparado para ella, no solamente no se había casado, sino que se hallaba más lejos que nunca del matrimonio; y comprendía, así como todos cuantos le rodeaban, que no es bueno para el hombre vivir solo. Recordaba que antes de marchar a Moscú había dicho a su vaquero Nikolái, ingenuo campesino con quien a veces departía: «¿Sabes tú, Nikolái, que siento deseos de casarme?», a lo cual había contestado sin vacilar el aldeano: «Hace ya largo tiempo que se debería haber hecho eso, Konstantín Dmítrich».

Nunca se había hallado tan lejos del matrimonio. Si alguna vez se acordaba de cualquier joven conocida, le parecía imposible reemplazar a Kiti en su corazón, y los recuerdos del pasado lo atormentaban siempre.

Lo atormentaba el recuerdo de la negativa de Kiti. Aunque intentaba convencerse a sí mismo de que su conciencia estaba libre de toda culpa, aquel recuerdo, al igual que otros recuerdos vergonzosos, le producía una sensación de vergüenza y rubor. Como todo ser humano era consciente de haber cometido en su vida más de una mala acción. Sin embargo, aquellos recuerdos insignificantes, pero vergonzosos de su fracaso matrimonial, atormentaban más su conciencia que el recuerdo de las malas acciones. Era una herida que no quería cicatrizarse. Además, no podía olvidar el haber sido humillado aquella noche en casa de Kiti.

No obstante, el tiempo y el trabajo hicieron su obra; las impresiones penosas se desvanecieron poco a poco por los acontecimientos importantes, aunque modestos al parecer, de la vida del campo; cada semana se llevó algo del recuerdo de Kiti, y hasta Lievin llegó a esperar con impaciencia la noticia de su casamiento, confiando en que esto le curaría como a la persona a quien arrancan un diente.

La primavera se aproximaba al fin, bella, cariñosa y sin falsas promesas; era una de esas raras primaveras de que se regocijan las plantas y los animales tanto como los hombres. Aquella estación magnífica comunicó a Lievin nuevo ardimiento,

vigorizando su resolución de olvidar el pasado para organizar su vida solitaria en condiciones de independencia. Los planes que formara al volver al campo no se habían podido realizar todos; pero, en cambio, se conservaba la castidad de su vida, y podría mirar a cuantos le rodeaban sin sonrojarse por ninguna falta. Hacia el mes de febrero, Maria Nikoláievna había escrito para decirle que el estado de su hermano empeoraba, sin que fuera posible inducirle a cuidarse. Esta noticia bastó para que Lievin marchara inmediatamente a Moscú, donde consiguió que Nikolái consultase a un médico y fuera después a tomar las aguas en el extranjero; también le adelantó cierta cantidad para su viaje, y con esto quedó satisfecho de sí mismo.

Además de su explotación, que en primavera exigía toda su atención, y de sus lecturas habituales, Lievin emprendió durante el invierno un estudio sobre la economía rural. Consistía este en considerar el carácter del jornalero, como un factor determinante; junto al clima y el suelo, en el estudio de la economía rural. Así es que ocupaba muy bien sus horas, a pesar de la soledad. Lo único que le faltaba era tener personas a quienes comunicar las ideas que se desarrollaban en su espíritu; solo podía contar con su anciana sirvienta, y así acabó por discutir con ella sobre física, economía rural y, en particular, filosofía, que era el asunto favorito de Agafia Mijáilovna.

La primavera fue bastante tardía; en las primeras semanas de la cuaresma el tiempo se mantuvo sereno, aunque frío, y por más que el sol produjera durante el día cierto deshielo, el termómetro marcaba siete grados por la noche, siendo tan dura la capa formada sobre la nieve que no había ya caminos trazados.

El día de pascua nevó mucho, pero al siguiente sopló de improviso un viento cálido, amontonándose las nubes, y por espacio de tres días con sus noches no dejó de caer una lluvia tibia; el viento se calmó el jueves y entonces se extendió sobre la tierra una espesa bruma de color gris, como para ocultar los misterios que se producían en la naturaleza. Los hielos crujían, derritiéndose por todas partes; y de los ríos y torrentes se escapaban con violencia las aguas espumosas y turbias.

A la caída de la tarde, la niebla que ocultaba la colina Roja pareció desgarrarse como un velo; las nubes se disiparon en forma de blancos copos; y la primavera apareció al fin, la primavera brillante y deslumbradora. Al otro día, un sol magnífico hizo desaparecer las ligeras capas de hielo que aún quedaban sobre las aguas, y el aire cálido se impregnó de los vapores emanados de la tierra. La hierba antigua tomó al punto verdes tintes; la nueva comenzó a brotar en forma de pequeñas agujas; los botones de los abedules y de otras plantas se llenaron de savia, y en sus ramas, bañadas por el sol, los enjambres de abejas se precipitaron zumbando.

Invisibles alondras entonaron su alegre cántico sobre el terciopelo de la campiña desembarazada de nieve; los frailecillos parecieron llorar sus pantanos sumergidos por las aguas torrenciales; y las cigüeñas y las ocas remontaron su vuelo por las altas

regiones, lanzando ese grito particular, precursor de la primavera.

Las vacas, cuyo pelaje no crecía ya con regularidad, mugían de placer al salir de sus establos; alrededor de las ovejas, con su espeso vellón, los corderillos saltaban torpemente; los niños corrían descalzos por los húmedos senderos, donde dejaban impresas sus huellas; las campesinas conversaban alegremente a orillas del estanque, ocupándose en blanquear su ropa; y por todas partes resonaban el hacha de los campesinos y el crujido de las carretas. La primavera imperaba en todo su esplendor.



## XIII

**P**OR primera vez, Lievin no quiso ponerse la pelliza, y vestido a la ligera, aunque con sus grandes botas, salió de su casa.

La primavera es la época de los proyectos y de los planes. Lievin no sabía en aquel momento a punto fijo qué dirección iba a tomar; pero en su espíritu se acumulaban las ideas para acometer las más útiles empresas.

Primeramente fue a ver su ganado; se había permitido salir a las vacas, y se calentaban al sol mugiendo, cual si pidiesen licencia para ir a los campos. Lievin las conocía todas en sus menores detalles; las examinó con satisfacción y dio orden al pastor para que las condujera a los pastos, dejando salir a los terneros. Entre estos últimos, los recién nacidos se distinguían por una belleza nada común, y los de más edad alcanzaban ya la alzada de una vaca común; el ternero de *Pava*, de tres meses de edad, parecía tener ya un año. Lievin admiró estos animales, dando orden para que se pusiera su alimento detrás de las empalizadas portátiles que les servían de cerca.

Sin embargo, se vio que estas empalizadas, construidas durante el otoño, se hallaban ya en mal estado, porque no habían sido necesarias, y, en su consecuencia, Lievin envió a buscar el carpintero, que debía de estar ocupado en componer la máquina de batir; pero no se lo encontró; porque había ido a reparar las cercas, trabajo que debió ejecutar durante la cuaresma. Lievin se encolerizó: siempre tropezaba contra la eterna indolencia, que en vano había procurado corregir hacía mucho tiempo. Como las empalizadas, según le dijeron, no se habían utilizado en la estación rigurosa, se hallaban en los talleres de los obreros, pero todas ellas rotas a causa de ser muy ligera su construcción.

En cuanto a los instrumentos agrícolas, que debieron componerse en los meses de invierno, para lo cual se contrataron tres carpinteros, se hallaban en el mismo estado, y se comenzaba la recomposición cuando ya se necesitaban. Lievin envió a llamar al intendente, y como tardase, fue a buscarlo él mismo. Muy pronto lo vio aparecer, risueño y rozagante, con su pelliza de piel de carnero y muy satisfecho al parecer.

—¿Por qué no está el carpintero ocupado con la máquina? —preguntó Lievin.

—Esto es lo que yo quería decirle a usted, Konstantín Dmítrich; es preciso componer los arados, porque se necesitan ya para trabajar.

—¿Qué ha hecho usted, pues, durante el invierno?

—Pero ¿para qué se necesita al carpintero?

—¿Dónde están las empalizadas para el cercado de las vacas?

—Ya he dado orden para que las coloquen. ¿Qué se puede hacer con esa gente? —añadió el intendente, con ademán desesperado.

—No es con ellos, sino con el intendente con quien no es posible llevar nada a cabo —dijo Lievin, con irritación creciente—. ¿Para qué se le paga a usted? —le

gritó; pero recordando que a gritos no había de lograr nada, se contuvo y preguntó después de una pausa—: ¿Cuándo será posible dar principio a la siembra?

—Mañana o pasado mañana.

—¿Y el trébol?

—He enviado a Vasili y a Mishka para que lo siembren, pero no sé si lo conseguirán, porque el suelo está muy húmedo.

—¿En cuantas *desiatinas*<sup>[22]</sup>?

—En seis.

—¿Y por qué no en todas partes? —gritó Lievin con acento de cólera, pues su propia experiencia, así como la teoría, le habían convencido de la necesidad de sembrar el trébol tan pronto como fuera posible, casi sobre la nieve, lo cual no podía conseguir nunca.

—Faltan trabajadores. ¿Qué quiere usted que se haga con esa gente? Han faltado tres jornaleros, y ahí está Semión...

—Mejor hubiera sido no entretenerlos en descargar la paja.

—No se ocupan de eso.

—Pues ¿dónde están?

—Cinco en el granero y cuatro remueven la avena. ¡Con tal que no se eche a perder, Konstantín Dmítrich!

Para Lievin esto significaba que la avena inglesa —destinada para la siembra, se había malogrado ya, por haberse faltado al cumplimiento de sus instrucciones.

—Pero ¿no le he dicho a usted —gritó— que durante la cuaresma se debían poner chimeneas para airear la avena?

—No se inquiete usted; todo se hará a su tiempo.

Lievin, exasperado ya, hizo un ademán de cólera y fue a examinar su avena, trasladándose después a la cuadra. La avena no se había malogrado. Para salvarla, bastaba con cambiarla a otro granero. Lievin ordenó el cambio y mandó dos jornaleros a la siembra de trébol. Su irritación se había disipado. Además, el día era tan hermoso que Lievin no pudo menos que perdonar al intendente.

—¡Ignat! —gritó al cochero, que en aquel momento se ocupaba en limpiar el coche cerca del pozo—, ensíllame un caballo.

—¿Cuál?

—*Kólpik*.

Mientras le ensillaba el caballo, Lievin llamó al intendente, que iba y venía a su alrededor a fin de ponerse en buen lugar con el amo, y le habló de los trabajos que se debían ejecutar durante la primavera, así como de sus proyectos agronómicos; era preciso transportar el estiércol lo más pronto posible para terminar este trabajo antes de la primera siega; y después se debía labrar el campo más lejano.

El intendente escuchaba con la mayor atención, con el aire de un hombre que se

esfuerzo para aprobar los proyectos de su amo; su rostro expresaba esa desanimación y abatimiento que irritaban a Lievin en el más alto grado. «Todo eso está muy bien — parecía decir—, pero tendremos lo que Dios dará.»

Este proceder desesperaba a Lievin; pero como era común a todos los intendentes que había tenido a su servicio, los cuales le oían hablar de sus proyectos con la misma expresión desanimada, había determinado no incomodarse ya. Sin embargo, la frase «lo que Dios dará» le parecía una especie de fuerza elemental destinada a oponerle siempre un obstáculo.

—Veremos si hay tiempo, Konstantín Dmítrich.

—¿Y por qué no ha de haberlo?

—Se necesitan quince trabajadores más, los cuales no vienen; hoy se ha presentado uno que pedía setenta rublos por este verano.

Lievin calló; siempre tropezaba con la misma dificultad. Sabía que por muchos esfuerzos que se hicieran, nunca era posible reunir más de treinta y ocho jornaleros al precio normal; pero quiso probar una vez más.

—Envíe usted a buscar a Sury y a Chefírovka, y si no vienen de allí, será preciso ir a otra parte.

—Lo que es el enviar, poco cuesta —dijo Vasili Fiódorovich, con aire abatido—; pero los caballos están ya muy débiles.

—Compraremos otros. Ya sé —añadió, sonriendo— que siempre hará usted lo menos que pueda y del peor modo; pero le prevengo que no lo dejaré obrar a su antojo este año. Yo lo haré todo.

—¡Si usted apenas duerme! En cuanto a nosotros, preferimos trabajar a la vista del amo.

—¿Dice que están sembrando el trébol? Yo mismo iré a inspeccionar la operación —dijo Lievin, montando el caballo que el cochero acababa de traer.

—No podrá pasar usted por los arroyos, Konstantín Dmítrich —gritó el cochero.

—Pues iré por el bosque.

Montado en su caballo, que relinchaba de alegría al salir de la cuadra, Lievin salió del cenagoso patio, poniendo su cuadrúpedo al galope.

La agradable impresión que Konstantín Lievin experimentara en la casa iba en aumento, y se balanceaba suavemente en su montura, aspirando el aire ya tibio, aunque impregnado aún de la frescura de la nieve; «el aspecto de los árboles, con su musgo naciente y sus botones» a punto de abrirse, le causaba placer; y al salir del bosque se ofreció a su vista la extensión inmensa de los campos cubiertos de verdor, con algunos pequeños espacios de nieve acá y allá. Nada era capaz de encolerizarle: ni el haber encontrado a un caballo en sus campos, ni las estúpidas respuestas de Ipat, a quien Lievin encontró por el camino. Al preguntarle: «¿Qué tal, Ipat? ¿Sembraremos pronto?», este le contestó: «Antes hay que labrar, Konstantín

Dmítrich». Cuanto más adelantaba, mayor era su satisfacción, pues sus planes agrícolas parecían producir los mejores resultados: proteger los campos por la parte del mediodía, estableciendo plantaciones que impidieran a la nieve ocupar un sitio demasiado tiempo; dividir las tierras laborables en nueve partes, de las cuales se estercolarían seis, consagrándose tres al forraje; construir una vaquería en la parte más lejana de la finca; abrir un estanque; tener cercas portátiles para el ganado a fin de utilizar los abonos en las praderas; llegar a cultivar así en grandes extensiones el trigo, las patatas y el trébol...; tales eran los proyectos de Lievin.

Sumido en estas reflexiones, y dirigiendo con prudencia el cuadrúpedo para no estropear sus campos, Konstantín Dmítrich llegó al sitio donde los trabajadores sembraban el trébol. El carro cargado de simiente, en vez de estar detenido en el límite del campo, había aplastado con sus ruedas el trigo de invierno, que el caballo hollaba con sus cascos; y los dos jornaleros, sentados a la orilla del camino, encendían su pipa. La simiente del trébol, en vez de haberse cernido, estaba en el carro, mezclada con la tierra, en forma de partículas duras y secas.

Al divisar al amo, el trabajador Vasili se dirigió hacia el carro y Mishka comenzó a sembrar. Allí faltaba orden, pero Lievin se incomodaba muy rara vez con sus jornaleros. Al acercarse Vasili, le ordenó que condujera el caballo del carro al camino.

—No importa que pise la hierba —dijo Vasili—; ya volverá a crecer.

—Haga usted lo que le mando sin contestar —replicó Lievin.

—Ya voy—repuso el hombre, dirigiéndose hacia el caballo—. ¡Qué siembra, Konstantín Dmítrich —añadió—, no hay nada más hermoso! Sin embargo, no se adelanta sin dificultad, porque la tierra está muy pesada.

—¿Por qué no han cernido el trébol? —preguntó Lievin.

—Eso no importa, ya se arreglará —contestó Vasili, cogiendo una simiente y triturándola entre sus dedos.

Vasili no era culpable; pero el amo se enojó. Se apeó al punto, y cogiendo la sembradora de manos de Vasili, comenzó a trabajar.

—¿Dónde lo has dejado? —preguntó.

Vasili indicó el sitio con el pie, y Lievin continuó sembrando lo mejor que pudo; pero la tierra estaba convertida en un pantano, y al poco tiempo se detuvo, bañado en sudor, y devolvió el instrumento al jornalero.

—En verano, señor, no me riña por este surco —dijo Vasili.

—¿Por qué? —preguntó alegremente Lievin, sintiendo que el remedio empleado daba su resultado...

—Ya lo verá. Será diferente de los otros. Mire usted cómo ha crecido lo que yo sembré la primavera pasada. Ya sabe, Konstantín Dmítrich, procuro hacer el trabajo bien como si fuera para mi propio padre. No me gusta trabajar mal, ni permito que

otros lo hagan. Así el amo queda contento y nosotros también. ¡Se le ensancha a uno el corazón viendo todo eso! —añadió Vasili mostrando el campo.

—La primavera es buena —dijo Vasili—; los ancianos no recuerdan otra igual; el abuelo de casa ha sembrado también trigo, y dice que no se distingue ya del centeno.

—¿Hace mucho que sembráis trigo vosotros?

—Usted mismo fue quien nos enseñó el año pasado.

—Pues bien, ten cuidado —dijo Lievin, dirigiéndose hacia su caballo—; vigila de cerca a Mishka, y si la siembra sale bien, te pagaré cincuenta *kopeikas* por *desiatina*.

—Le damos las más expresivas gracias, ya estamos contentos con usted sin recompensas.

Lievin volvió a montar a caballo y fue a visitar su campo de trébol del año anterior, y después el que se labraba para el trigo de verano.

El trébol crecía admirablemente y el trabajo era muy bueno; dentro de dos o tres días podrían comenzar las siembras.

Lievin volvió por los arroyos muy satisfecho, esperando que el agua habría bajado; y, en efecto, pudo cruzar sin dificultad, espantando al paso dos ánades.

«Debe de haber becasas», pensó, y un guarda que encontró al acercarse a su casa confirmó esta suposición.

Konstantín apresuró el paso de su montura, pues deseaba comer cuanto antes y limpiar su escopeta de caza.

## XIV

**E**N el momento de entrar en su casa, lleno de satisfacción, Lievin oyó sonar de campanillas por la parte del zaguán.

«Alguien llega desde la estación —pensó—; es la hora del tren de Moscú. ¿Quién puede venir? ¿Será mi hermano Nikolái? Me dijo, según recuerdo, que en vez de ir al extranjero vendría a mi casa tal vez.»

Durante un momento temió que esta llegada interrumpiera sus planes de la primavera, pero, avergonzado después de la idea tan egoísta, esperó con alegre emoción que las campanillas anunciaran su llegada.

Para satisfacer cuanto antes su curiosidad, hizo avanzar un buen trecho a su caballo, y de pronto divisó una *troika*<sup>[23]</sup> que conducía a un viajero con pelliza; pero no era su hermano.

«¡Con tal que sea alguno con quien yo pueda hablar! —pensó—. ¡Calla! —exclamó al reconocer a Stepán Arkádich—. Es el más amable de los hombres. ¡Cuánto me alegro verlo! Seguramente él me dirá si Kiti se ha casado.»

Ni aun el recuerdo de la hermosa joven le causaba ya pesar gracias a aquel magnífico día de primavera.

—Supongo que no me esperabas —dijo Stepán Arkádich, saliendo de su *troika* con el rostro manchado de lodo, pero rebosando salud y satisfacción—. He venido para tres cosas: para verte, para disparar un par de tiros y para vender la madera de Yergushovo.

—Perfectamente. ¿Qué dices de esta primavera? ¿Cómo has podido llegar aquí en *troika*?

—En una carreta, que es más difícil aún, Konstantín Dmítrich —dijo el cochero, antiguo conocido de Lievin.

—En fin, me alegro mucho de verte —dijo este último, sonriendo de placer.

Y condujo a su amigo a la habitación destinada a los forasteros, donde llevaron un momento después su equipaje, consistente en un saco de noche, una escopeta en su funda y un cajón de cigarros. Lievin fue después a ver al intendente para hacerle algunas observaciones sobre el trébol y la labranza.

Agafia Mijáilovna, que tenía en mucho el buen nombre de la casa, lo detuvo al paso en el vestíbulo para dirigirle algunas preguntas respecto a la comida.

—Haga usted lo que quiera, pero que sea pronto —contestó Lievin.

Cuando entró en la habitación, Stepán Arkádich, lavado, peinado y risueño, se disponía ya a salir, y ambos subieron al primer piso.

—¡Cuánto me alegro de haber llegado hasta ti! —dijo Stepán Arkádich—. Al fin voy a iniciarme en los misterios de tu existencia, y, a decir verdad, te envidio. ¡Qué casa! ¡Qué cómodo y qué alegre es todo! —añadió Stepán Arkádich, olvidando que

los días serenos y la primavera no duraban todo el año—. ¡Qué buena mujer parece tu anciana sirvienta! Solo te faltaría ahora una linda doncella con su delantal blanco, pero esto no cuadraría con tu estilo severo y monástico.

Entre otras noticias interesantes, Stepán Arkádich dijo a su amigo que Serguieí Ivanovich pensaba ir al campo apenas llegase el verano; no habló una palabra de los Scherbatski, y se contentó con darle noticias de su esposa. Lievin apreció esta delicadeza; y como en su soledad había hecho buena provisión de ideas y de impresiones que no podía comunicar a las personas que lo rodeaban, no le faltó asunto para conversar largamente con Oblonski. De todo habló: de su alegría por la llegada de la primavera, de sus planes agrícolas, de sus observaciones sobre las obras que ya había leído, y, en particular, de la idea fundamental del libro que se había propuesto escribir, el cual sería una crítica de todas las obras de economía rural. Stepán Arkádich, amable y con suficiente talento para penetrarse al punto de todo, se mostró muy cordial esta vez, y Lievin creyó observar también que le trataba con especial consideración y ternura, lo cual lo lisonjeó.

Los esfuerzos de Agafia Mijáilovna y del cocinero dieron por resultado que los dos amigos, agujoneados por el hambre, se precipitaran, sin esperar la sopa, sobre el pan y la manteca, la salazón y las setas; Lievin dio orden después para que subieran la sopa sin esperar los *pirozki*<sup>1241</sup> confeccionados por el cocinero con la esperanza de deslumbrar al huésped; pero Stepán Arkádich, acostumbrado a otras comidas, lo halló todo excelente. Los licores hechos en casa, el pan y la manteca, la sopa de ortigas, el pollo con salsa blanca y el vino blanco de Crimea fueron para el convidado cosa del mejor gusto.

—¡Perfecto, perfecto! —exclamó, encendiendo un cigarrillo después de comer el asado—. Me parece verme libre de las sacudidas y del incesante ruido de un buque y haber llegado a una tierra hospitalaria. ¿Conque tú dices que el elemento representado por el trabajador se debe estudiar fuera de los otros, a fin de que sirva de guía en la elección de los procedimientos económicos? Yo soy muy profano en estos asuntos; mas me parece que semejante teoría y sus aplicaciones tendrán su influencia en el trabajador...

—Sí, pero advierte que yo no hablo de economía política, sino de economía rural, considerada como una ciencia. Es preciso estudiar los datos y los pormenores lo mismo que para las ciencias naturales; y el obrero también, desde el punto de vista económico y etnográfico...

Agafia Mijáilovna entró en aquel momento con un plato de confitura.

—Amiga mía —le dijo Stepán Arkádich— se ha excedido usted para obsequiarme y le doy las más expresivas gracias. ¡Qué salazones y qué licores! ¿Y qué hacemos ahora? —añadió, dirigiéndose a su amigo—. ¿No es hora ya de salir?

Lievin miró por la ventana el sol que en aquel momento desaparecía detrás de las

copas aún desnudas de los árboles.

—Ya es tiempo —contestó.

Y bajó la escalera, gritando:

—¡Kuzmá, que enganchen enseguida!

Stepán Arkádich bajó también, y fue a retirar cuidadosamente la funda de su escopeta, que era de modelo nuevo y costoso.

Kuzmá, que veía en perspectiva una buena gratificación, le ayudó a ponerse las medias y las botas de caza, y Oblonski le dejó hacer todo con la mayor complacencia.

—Si viene el traficante Riabinin mientras estamos fuera —dijo a Lievin—, quisiera que se lo recibiese, rogándole que haga el favor de esperarnos.

—¿Es él quien te compra la madera?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Mucho; he tenido que ver con él «positiva y definitivamente».

Stepán Arkádich sonrió; estas dos palabras eran las favoritas del negociante, que las empleaba siempre.

—Sí —dijo—, tiene un modo de hablar muy divertido. ¡Cómo sabe adónde va su amo! —añadió, acariciando a *Laska*, que daba vueltas alrededor de Lievin, lamiéndole tan pronto las manos como las botas.

Un pequeño vehículo esperaba a los dos amigos a la puerta.

—He mandado enganchar, aunque el sitio está cerca de aquí, pero si lo prefieres iremos a pie.

—Nada de eso; bueno es el vehículo —repuso Stepán Arkádich, ocupando su sitio y encendiendo un cigarro después de taparse bien los pies con una piel atigrada—. ¿Cómo puedes abstenerte de fumar, Konstantín? —añadió Oblonski—. El cigarro no es solo un placer sino el colmo del bienestar. ¡He aquí la verdadera existencia; así es como yo quisiera vivir!

—¿Quién te lo impide? —dijo Lievin, sonriendo.

Tú eres «un hombre feliz; posees todo cuanto te gusta, caballos, perros y abundante caza; todo esto se halla a tu «disposición; eres apasionado por la agronomía, y puedes ocuparte de ella.

—Tal vez sea feliz, como tú dices, porque aprecio lo que poseo y no ambiciono demasiado lo que no tengo —contestó Lievin, pensando en Kiti.

Stepán Arkádich comprendió, pero se limitó a mirar a su amigo sin decir palabra.

Lievin agradecía a su amigo que aún no hubiera hablado de los Scherbatski, adivinando con su tacto de costumbre que temía tratar de este asunto; mas en aquel instante hubiera querido saber, sin hacer preguntas, a qué atenerse sobre aquella cuestión.

—¿Cómo van tus negocios? —dijo al fin, arrepintiéndose de no pensar en lo que le interesaba personalmente.



Los ojos de Stepán Arkádich parecieron iluminarse.

—Tú no admites —repuso— que se pueda desear pan tierno cuando se tiene en casa duro; a tu modo de ver, esto es una falta; yo no admito que se pueda vivir sin amor —comprendiendo a su manera la pregunta de Lievin—. No me es posible remediarlo, porque yo soy así; y, a decir verdad, cuando se reflexiona sobre esto, se reconoce que sin hacer apenas daño a otro, se puede disfrutar del placer.

—¡Cómo! ¿Alguna nueva aventura? —preguntó Lievin.

—Sí, Kostia. ¿Conoces tú el tipo de las mujeres de Osián, de esas mujeres que solo se ven en sueños? Pues bien, a veces existen realmente, y entonces son terribles. La mujer, créelo, es un tema inagotable; por más que se la estudie, siempre se le encuentra algo nuevo.

—Entonces no vale la pena estudiarla.

—¡Oh, sí! No sé quién era aquel gran hombre que dijo que la dicha consistía en buscar la verdad y no en hallarla...

Lievin escuchaba sin decir cosa alguna; mas no le era posible penetrar en el alma de su amigo y comprender el encanto que le producía ese género de estudios.

## XV

**E**L lugar donde Lievin condujo a Oblonski era un bosquecillo próximo a la casa; Konstantín Dmítrich situó a su compañero en un paraje cubierto de musgo, algo pantanoso, y él fue a colocarse en el lado opuesto, junto a un abedul; apoyó su carabina en una rama inferior, se despojó de su caftán, se oprimió el talle con un cinto y movió varias veces los brazos para asegurarse de que podría manejar bien su arma.

La vieja *Laska*, que lo seguía paso a paso, se sentó con precaución delante de él y enderezó las orejas. El sol se ocultaba detrás del bosque grande, y por la parte de levante los abedules jóvenes se destacaban claramente con sus ramas pendientes.

En el bosque, allí donde la nieve no había desaparecido del todo, se oía correr el agua con lentitud por numerosos arroyuelos; las avecillas trinaban, pasando de un árbol a otro; y a veces el silencio parecía completo, en cuyo caso se oía el rumor de la hojarasca movida por el deshielo o por la hierba naciente.

—A decir verdad, aquí se ve la hierba crecer —murmuró Lievin, observando una hoja húmeda aún, levantada por la punta de una brizna de hierba que brotaba del suelo.

Konstantín Dmítrich estaba en pie, mirando tan pronto la tierra cubierta de musgo como a su fiel *Laska*, que acechaba atentamente, o bien las copas desnudas de los árboles, que se extendían como un mar al pie de la colina. Un buitre cruzó de pronto por las alturas, agitando lentamente sus alas sobre el bosque; otro ave de la misma especie siguió a poco igual dirección; en la espesura las avecillas trinaron más vivamente, y un mochuelo dejó oír su grito a lo lejos. *Laska* enderezó las orejas, dio algunos pasos con cautela e inclinó la cabeza para escuchar mejor; mientras que en la opuesta orilla del río un cuco produjo dos veces su grito particular.

—¿Oyes el cuco? —dijo Stepán Arkádich, adelantándose un poco.

—Sí, ya lo oigo —contestó Lievin, descontento porque se interrumpía el silencio. Atención ahora, pues pronto comenzaremos.

Stepán Arkádich volvió a su sitio, y ya no se vio de él más que la llama de un fósforo, el ruego de su cigarrillo y una ligera nube de humo azulado. Un momento después se oyó el ruido que hacía al cargar su escopeta.

—¿Qué ocurre por ahí? —preguntó, llamando la atención de su compañero sobre un ruido sordo que se acababa de oír.

—Es una liebre; no hablemos —contestó Lievin, cargando también su arma.

Pronto se oyó en lontananza una especie de silbido, que se repitió dos o tres segundos después, convirtiéndose en un ligero grito ronco. Lievin miró a derecha e izquierda, y vio al fin sobre su cabeza, tocando en las cimas de los árboles, un ave que volaba hacia él, y de la cual distinguió al fin el largo pico de le becada; mas apenas la hubo apuntado, un relámpago brilló en los aires partiendo del sitio donde

estaba Oblonski; el ave se agitó como herida de un flechazo, mas al punto resonó una segunda detonación y la becada cayó pesadamente a tierra.

—¿La he tocado? —gritó Stepán Arkádich, que no veía nada a través del humo.

—Ya la trae la perra —contestó Lievin, mostrando a *Laska*, que con el ave en la boca se acercaba lentamente a su amo, muy satisfecha al parecer del servicio que prestaba.

—¡Me alegro mucho de que la hayas tocado! —dijo Lievin, sintiendo a la vez cierta envidia de no haber sido él quien matara a la becada.

—¡Pero erré el tiro del cañón derecho! —contestó Stepán Arkádich volviendo a cargar el arma—. ¡Ya vienen!

Efectivamente, se oyeron varios silbidos rápidos y penetrantes, y se vieron aparecer dos becasas que se perseguían; resonaron cuatro tiros y rápidas como golondrinas las becasas dieron una vuelta y desaparecieron de la vista.

La cacería produjo excelente resultado: Stepán Arkádich mató aún dos piezas, y Lievin otras tantas, de las cuales se perdió una. El día declinaba rápidamente; Venus comenzaba ya a mostrar su luz argentada, y por el poniente brillaban otras estrellas, entre las cuales los dos cazadores distinguían a intervalos la Osa Mayor. No se veían ya las becasas, pero Lievin resolvió esperarlas hasta que Venus se elevase en el horizonte y brillaran en el cielo las otras constelaciones.

—¿No es hora de retirarnos? —preguntó Stepán Arkádich.

Todo estaba silencioso en el bosque; ni una sola ave se movía.

—Esperemos aún —contestó Lievin.

—Como quieras.

En aquel momento se hallaban a quince pasos uno de otro.

—Stepán —gritó de pronto Lievin—, aún no me has dicho si tu cuñada se ha casado o si el matrimonio está próximo.

Lievin estaba tan tranquilo y tan resuelto sobre su futura conducta que no creía que nada pudiera conmoverle, pero no esperaba la contestación de Stepán Arkádich.

—No está casada ni piensa casarse; ha enfermado de gravedad y los médicos la envían al extranjero. Se teme por su vida.

—¿Qué dices? —gritó Lievin—. ¿Enferma?... ¿Qué tiene? ¿Cómo...?

Mientras hablaba así, *Laska*, con las orejas derechas, observaba el cielo, mirando después a los cazadores con expresión de reproche.

En el mismo instante un silbido llamó la atención de Lievin y su compañero, los dos apuntaron, ambas detonaciones resonaron simultáneamente, y el ave cayó, agitando las alas.

—¡Los dos a la vez! —gritó Lievin, corriendo con *Laska* en busca de la pieza.

«¿Qué me ha entristecido hace poco? —pensó luego Lievin—. ¡Ah, ya me acuerdo! Kiti está enferma. ¿Qué hacer? Esto es muy triste.»

—¡Ya la has encontrado! Buena chica —le dijo a la perra, y luego a Stepán Arkádich—: ¡Aquí la tengo!

Y tomando el ave de la boca de *Laska*, la guardó en su morral, casi lleno ya.

## XVI

**D**E vuelta a la casa, Lievin interrogó a su amigo sobre la enfermedad de Kiti y los proyectos de los Scherbatski. Oyó sin desagrado las contestaciones de Oblonski, reconociendo, sin osar confesárselo, que aún le quedaba una esperanza y celebrando casi que aquella que le había hecho sufrir tanto padeciera a su vez; pero cuando Stepán Arkádich habló de las causas de la enfermedad de Kiti, pronunciando el nombre de Vronski, lo interrumpió al punto.

—No, debo cuidarme —dijo— de los secretos de familia, que en nada me interesan.

Stepán Arkádich sonrió disimuladamente al observar la transformación repentina de Lievin, que en un segundo había pasado de la alegría a la tristeza, como le sucedía a menudo.

—¿Has arreglado con Riabinin el negocio de la madera? —preguntó.

—Sí; me la paga muy bien; dará treinta y ocho mil rublos, ocho mil por adelantado y los demás en seis años. No ha costado poco conseguir esto, pues nadie ofrecía tanto.

—Vendes la madera por nada —dijo Lievin.

—¿Cómo por nada? —replicó Stepán Arkádich, con una sonrisa de buen humor, sabiendo de antemano que su amigo estaría descontento de todo.

—Tu madera vale mucho más.

—Usas el tono despectivo común a todos vosotros, los grandes agricultores, cuando se trata de los pobres ciudadanos; y, sin embargo, cuando se ha de hacer algún negocio, siempre lo realizamos con más ventajas que vosotros. Créeme, todo lo he calculado: la madera se ha vendido en muy buenas condiciones, y solo temo que el traficante se desdiga.

Lievin sonrió desdeñosamente.

«He aquí lo que son estos señores de la ciudad —pensó—, que van al campo una vez en diez años, y después de aprender dos o tres palabras del vocabulario campesino, el cual aplican equivocadamente, se imaginan conocer el asunto a fondo y hablan sin saber una palabra de lo que afirman.»

—Yo no me atrevo —añadió en voz alta— a hacerte observaciones cuando se trata de los papelotes de tu administración, y si te necesitara te pediría consejo; mientras que tú te imaginas comprender el negocio de las maderas, no tan sencillo como crees al parecer. En primer lugar, ¿has contado tus árboles?

—¿Cómo contar mis árboles? —repuso Stepán Arkádich con una sonrisa, procurando siempre distraer el mal humor de su amigo—. Contar las arenas del mar, contar los rayos de los planetas, es cosa que un genio...

—Está bien, está bien; yo te aseguro que el genio de Riabinin lo conseguirá, pues

no hay mercader que compre sin contar, a menos que le regalen la madera, como tú haces. Conozco la tuya, porque la veo todos los años, y te aseguro que vale mucho más, pagada al contado, mientras que tú la cedés a plazos. Haces al traficante un regalo de treinta y cinco mil rublos, por lo menos.

—Déjate de esas cuentas imaginarias —dijo Oblonski con acento compungido—. Si fuera así, ¿cómo es que nadie me ha ofrecido ese precio?

—Porque los traficantes se entienden entre sí, ayudándose mutuamente. Yo conozco a todos esos hombres porque he tenido que tratar con ellos, y sé que no son traficantes, sino revendedores, a la manera de los chalanés. Ninguno de ellos se contenta con un beneficio de un diez o un quince por ciento; esperan hasta que se les presenta ocasión de comprar por veinte *kopeikas* lo que vale un rublo.

—Tú ves las cosas de un modo muy sombrío.

—Nada de eso —repitió tristemente Lievin, en el momento de acercarse a la casa...

Una sólida carreta con un robusto caballo se hallaba detenida ante la puerta principal; el dependiente de Riabinin, bien abrigado con su *caftan*, sujetaba las riendas; el traficante había entrado ya en la casa, y al ver a los dos amigos salió a su encuentro. Riabinin era hombre de mediana edad, alto y delgado; llevaba bigote, y la barba muy bien afeitada; sus ojos, de color gris, carecían de expresión. Vestía una larga levita de color azul oscuro, con los botones muy bajos por detrás, y calzaba botas altas. Se adelantó hacia los dos amigos con la sonrisa en los labios, pasándose un pañuelo por la cara, y presentó a Stepán Arkádich una mano que parecía querer coger alguna cosa.

—¡Ah!, ¿ya está aquí? —preguntó Stepán Arkádich, dándole la mano—. Muy bien.

—No hubiera osado desobedecer las órdenes de vucencia, aunque los caminos están muy malos: he recorrido todo el trayecto a pie, pero estoy aquí el día prefijado. Dios lo guarde, Konstantín Dmítrich —añadió, volviéndose hacia Lievin con la intención de estrecharle la mano, pero este aparentó no ver el ademán y comenzó a sacar tranquilamente las becasas del morral—. ¿Se han divertido ustedes en la cacería? —preguntó Riabinin—. ¿Qué ave es esa? —añadió, mirando las becasas—. ¿Qué sabor tendrá eso? —añadió, encogiéndose de hombros con aire despreciativo, como si dudase de la posibilidad de preparar para el alimento semejante volátil.

—¿Quieres pasar a mi gabinete? —dijo Lievin en francés—. Id allá y podréis hablar mejor del negocio.

—Iremos donde a usted le plazca —contestó el traficante con tono de suficiencia desdeñosa, como para dar a entender que si otros hallaban dificultades en la realización de un negocio, él no las conocía nunca.

Una vez en el gabinete, Riabinin buscó naturalmente con la vista la imagen santa,

pero cuando la hubo hallado no hizo la señal de la cruz; y al fijar su mirada en los estantes cargados de libros, sus ojos expresaron tanto desdén como antes al contemplar las becasas.

—Vamos —dijo Stepán Arkádich—, ¿ha traído usted el dinero?

—No faltará; pero antes quisiera hablar con usted.

—¿Qué hemos de hablar? Siéntese usted.

—Bien se puede hacer esto —replicó Riabinin, sentándose y apoyando la espalda en el respaldo de la silla de la manera más cómoda—. Es preciso ceder alguna cosa, príncipe, pues de lo contrario se pecaría... En cuanto al dinero, ya está corriente hasta el último cuarto, y en este punto no habrá dificultades.

Lievin, que colocaba su escopeta en un armario y se disponía a salir de la habitación, se detuvo al oír las últimas palabras del traficante.

—Compra usted la madera a vil precio —dijo—; he visto a mi amigo demasiado tarde; de lo contrario, le habría inducido a pedir mucho más.

Riabinin se levantó y fijó su mirada en Lievin, sonriendo.

—Konstantín Dmítritch es muy avaro... Le hubiera comprado su trigo por muy buen precio.

—¿Por qué le he de regalar a usted mi hacienda? —replicó Lievin—. Ni la he encontrado ni menos robado.

—Dispense usted en los tiempos que corren es de todo punto imposible robar; todo se hace honrada y abiertamente. ¿Quién se atrevería a robar? Hemos hablado despacio sobre el asunto; la madera que he de comprar es demasiado cara, y como no podría ganar nada en la compra, rogaré al príncipe que rebaje un poco.

—Pero ¿está o no concluido el trato? —preguntó Lievin—. En el primer caso, ya es inútil regatear; y en el segundo, yo compro la madera.

La sonrisa desapareció de los labios de Riabinin, y su mirada desdeñosa expresó entonces la codicia y la rapacidad. Con sus huesudos dedos se desabotonó el levitón, dejando ver sus chalecos con botones de cobre y la cadena de su reloj; y sacó del pecho una gruesa cartera muy usada.

—La madera es mía —dijo a Lievin, haciendo rápidamente la señal de la cruz con la mano extendida—. Ahí va mi dinero y venga la madera. Así es como Riabinin entiende los negocios; y no cuenta los *copecs*— añadió, agitando su cartera con aire descontento.

—Si me hallase en tu lugar, no me apresuraría —dijo Lievin.

—Advierte que ya he dado mi palabra —repuso Stepán Arkádich.

Lievin salió de la habitación, cerrando la puerta violentamente, mientras el traficante lo miraba sonriendo.

—Todo eso es definitivamente —dijo— un efecto de juventud, de pura niñería. Créame usted, Stepán Arkádich, yo compro, hasta cierto punto, por la gloria y porque

quiero que se diga que Riabinin es quien ha comprado el bosque de Oblonski. ¡Sabe Dios cómo saldré del negocio! Ahora, sírvase consignar por escrito nuestras condiciones.

Una hora después, el traficante volvía a su casa en carro, bien abrigado con sus pieles y con la escritura de venta en el bolsillo.

—¡Oh! —dijo a su dependiente—. Siempre tendremos la misma historia con esos señores.

—Así es —contestó aquel, dando las riendas al traficante para enganchar la cubierta de cuero del vehículo.



## XVII

**S**TEPÁN Arkádich volvió al salón con los bolsillos atestados de rollos de billetes que no debían circular hasta tres meses después, pero que el mercader consiguió hacerle tomar a cuenta. Se había cerrado el trato y llevaba dinero en la cartera; por otra parte, estaba muy contento de la cacería, y, por consiguiente, se consideraba del todo feliz, por lo cual quería distraer a su amigo de la tristeza que le embargaba; el día tan bien comenzado debía terminar lo mismo.

Pero Lievin, aunque muy deseoso de mostrarse amable y solícito con su huésped, no conseguía desechar su mal humor: la especie de embriaguez que experimentaba al saber que Kiti no se había casado fue de corta duración. ¡Sin casarse y enferma de amor por aquel que la despreció! Esto era casi una injuria personal. ¿No tenía Vronski, en cierto modo, derecho para despreciarle a él, Lievin, puesto que desdeñaba a la que le había rechazado? Era, pues, un enemigo. Sin reflexionar sobre esta impresión, estaba resentido, se juzgaba agraviado y le incomodaba todo, particularmente aquella absurda venta del bosque de su amigo, efectuada bajo su techo sin poder impedir que engañaran a Oblonski.

—Vamos, ¿has concluido ya? —preguntó a Stepán Arkádich, saliéndole al encuentro—. ¿Quieres cenar?

—Para esto no hay negativa. ¡Qué apetito se tiene en el campo; es asombroso! ¿Por qué no has ofrecido un refrigerio a Riabinin?

—¡Llévelo el diablo!

—¡Pero qué manera la tuya de proceder con él! Ni siquiera le has dado la mano. ¿Por qué?

—Porque no se la doy a un lacayo, valiendo este cien veces más que él.

—¡Qué ideas tan atrasadas! ¿Y qué me dirás de la fusión de las clases!

—Dejo esa fusión —para aquellos a quienes agrada; a mí me disgusta.

—Decididamente eres un retrógrado.

—Hablando con franqueza, te diré que jamás me he preguntado lo que era: soy Konstantín Lievin, y nada más.

—Y Konstantín Lievin de muy mal humor —repuso Stepán Arkádich, sonriendo.

—Es verdad. ¿Y sabes por qué? Pues solo por esa ridícula venta de tu madera, dispensa la palabra.

Stepán Arkádich adoptó la expresión de un inocente a quien se calumnia, y contestó en tono de broma:

—Vamos a ver, ¿sabes tú de alguno que vendiese cualquier cosa sin que le dijeran después que hubiera podido obtener mejor precio? Nadie piensa en ofrecer más antes de la venta. Veo que tienes rencor contra ese pobre Riabinin.

—Es posible, y voy a decirte por qué. Sin duda volverás a llamarme retrógrado,

aplicándome algún feo calificativo; pero no puedo menos de afligirme al ver que la nobleza, esa nobleza a la cual me alegro de pertenecer, a pesar de la fusión de las clases, se va empobreciendo poco a poco. Si esto se debiera a las prodigalidades, a una vida en alto grado fastuosa, pase, pues vivir como grandes señores es propio de los nobles; por eso no me disgusta ver a los campesinos comprar nuestras tierras, puesto que si el propietario no hace nada y aquellos trabajan, justo es que ocupen el lugar del que está ocioso; pero lo que me enoja y aflige es ver cómo se despoja a la nobleza, por efecto de lo que yo llamaría su inocencia. Aquí un labrador polaco compra a mitad de precio, a una dama que reside en Niza, una tierra magnífica; y allá un mercader adquiere una granja pagando un rublo por lo que vale diez. Hoy eres tú quien, sin cuenta ni razón, regalas a ese tunante la friolera de treinta mil rublos.

—¿Querías que contase mis árboles uno por uno?

—Seguramente; y si no los has contado, ya lo habrá hecho el traficante por ti; y así sus hijos tendrán el medio de vivir y de instruirse, mientras que los tuyos carecerán tal vez de esta ventaja.

—¿Qué hemos de hacer? A mis ojos hay mezquindad en esa manera de calcular. Nosotros tenemos nuestros negocios, ellos tienen los suyos, y bueno es que también se beneficien. Por lo demás, ya es inútil hablar del asunto... ¡Ah!, he aquí mis huevos fritos favoritos; Agafia Mijáilovna nos dará ahora sin duda un vasito de su mejor aguardiente.

Stepán Arkádich se sentó a la mesa y se chanceó un rato con Agafia Mijáilovna, asegurando que hacía mucho tiempo que no comía ni cenaba tan bien.

—Usted, al menos —dijo Agafia Mijáilovna—, tiene muy buenas palabras; Konstantín Dmítrich no me dice nunca nada, aunque se le dé una corteza de pan.

A pesar de sus esfuerzos por desechar el mal humor, Lievin continuaba sombrío y taciturno; deseaba hacer una pregunta y no hallaba ocasión de dirigirla ni la forma en que debería plantearla. Oblonski acababa de retirarse a su habitación, donde se había desnudado, lavado y vuelto a vestir, poniéndose una magnífica camisa para acostarse, mientras que Lievin daba vueltas a su alrededor, hablando de cien bagatelas sin tener valor para preguntarle lo que más le interesaba.

—¡Es curioso cómo hacen el jabón! —dijo Lievin sacando un pedazo de jabón perfumado, obsequio de Agafia Mijáilovna, y que Oblonski no había utilizado—. Mira, esto es una verdadera obra de arte.

—Sí, todo se perfecciona en nuestro tiempo —repuso Stepán Arkádich, bostezando—. Los teatros, por ejemplo..., y esas divertidas luces eléctricas.

—Sí, las luces eléctricas... —repitió Lievin—. ¿Y... dónde está ahora Vronski? —preguntó de repente, soltando el jabón.

—¿Vronski? —repitió Arkádich, dejando de bostezar—. Ahora está en San Petersburgo; se marchó casi detrás de ti y no ha vuelto a Moscú. Voy a decirte una

cosa, Konstantín —añadió, apoyando los codos en la mesita de noche y en una mano su rostro, mientras fijaba en su amigo una mirada cariñosa y soñolienta—, y es que tú eres en parte culpable de toda esa historia; has tenido miedo de un rival, y te repetiré lo que entonces te decía: que no sé cuál de los dos tenía más probabilidades. ¿Por qué no te adelantaste más? Bien te advertí que...

Y bostezó interiormente para no abrir la boca.

«¿Tendrá ya conocimiento del paso que di? —se preguntó Lievin, mirando a su amigo—. Me parece que en su fisonomía hay astucia y diplomacia.»

—Si ella ha experimentado un sentimiento cualquiera —continuó Oblonski—, fue, sin duda, muy superficial; fue solo una alucinación de esa alta aristocracia cuando se figura un poco en el mundo, alucinación que sufrió más bien la madre que la hija.

Lievin frunció el ceño, pues el recuerdo de la negativa le resintió otra vez como si fuera reciente; pero, por fortuna, estaba en su casa, y en ella se creía más fuerte.

—Espera, espera —interrumpió Lievin—. Ya que hablas de aristocracia, ¿quieres decirme en qué consiste la de Vronski o de cualquier otro y cómo puede autorizar el desprecio que se ha hecho de mí? Tú lo consideras como un aristócrata, pero yo no lo considero tal. Un hombre cuyo padre ha salido del polvo gracias a la intriga que su madre tuvo Dios sabe con quién, no es lo que tú supones. ¡Oh, no! Los aristócratas son para mí aquellos hombres que pueden mostrar en su pasado tres o cuatro generaciones honradas, pertenecientes a las clases superiores..., no hablo aquí de los dones intelectuales notables..., y que no han necesitado a nadie, como mi padre y mi abuelo. Conozco muchas familias de esta especie. Tú, por ejemplo, haces regalos de treinta mil rublos a un tunante, y te parezco mezquino porque cuento mis árboles; pero tú recibes un sueldo y no sé qué más, lo cual no haré yo nunca. He aquí por qué aprecio lo que me ha dejado mi padre y lo que mi trabajo me da; y por eso digo que nosotros somos los potentados de este mundo, dejándose comprar por veinte aristócratas y no aquellos que viven a expensas de los *copecs*.

—¿Qué me dices a mí? También soy de tu parecer —contestó alegremente Stepán Arkádich, a quien hacía gracia la salida de su amigo, aunque comprendía que el tiro se dirigía también contra él—. Tú no eres justo con Vronski; pero aquí no se trata de él. Te digo francamente que en tu lugar iría a Moscú, y...

—No; ignoro si tienes conocimiento de lo que ha pasado, y en cuanto a lo demás, nada me importa... He pedido su mano a Ekaterina Alexándrovna, y como me la ha negado, su recuerdo es penoso y humillante para mí.

—¿Por qué? ¡Vaya una locura!

—No hablemos más. Dispénsame si he sido algo brusco contigo; ahora ya está explicado todo.

Y con su tono de costumbre, añadió, tomándole la mano:

—Espero que no me guardarás rencor, Stepán.

—Nada de eso; muy por el contrario. Me alegro mucho de que hayamos hablado con franqueza. Y pasando a otro asunto, como es higiénico cazar por la mañana, volveremos otra vez si quieres, pues no necesito dormir, y desde allí me iré derecho a la estación.

—Perfectamente.

## XVIII

**A**UNQUE absorto por su pasión, Vronski no había cambiado nada en el curso exterior de su vida y conservaba todas sus relaciones mundanas y militares. Su regimiento tenía mucha importancia para su existencia, no solo porque le profesaba cariño, sino también porque todos sus compañeros lo apreciaban en alto grado; se admiraba y se respetaba al joven conde, y el regimiento se enorgullecía de contar en sus filas con un hombre de la categoría y del valor intelectual de Vronski, tanto más cuanto que anteponía a todo los intereses de sus compañeros, incluso los triunfos de la vanidad o del amor propio a que tenía derecho. El joven conde sabía apreciar los sentimientos que inspiraba y, en cierto modo, se creía obligado a mantenerlos, prescindiendo de que la vida militar le agradaba de por sí.

Inútil parece decir que no hablaba a nadie de su amor; jamás se le escapaba una palabra imprudente, aunque tomase parte en alguna orgía con sus compañeros (bebía con mucha moderación), pues sabía cerrar la boca a los indiscretos cuando llegaban a permitirse algunas alusiones. Sin embargo, toda la ciudad conocía su pasión y los jóvenes envidiaban precisamente lo que más le mortificaba a él, es decir, la elevada posición de Karenin, que contribuía a poner más en evidencia sus relaciones amorosas.

La mayor parte de las damas jóvenes, envidiosas de Anna y cansadas de oírla nombrar siempre, se complacían en ver cómo se realizaban sus predicciones, y esperaban solamente la sanción de la opinión pública para agobiar a la dama con su desprecio: ya tenían preparado el cieno que le arrojarían cuando llegase el momento oportuno. Las personas de edad y las que ocupaban altos cargos veían con desagrado cómo se preparaba un escándalo mundano.

La madre de Vronski no dejó de experimentar cierta satisfacción al tener conocimiento de las relaciones de su hijo; según ella, un amor en el gran mundo era lo que mejor acabaría de formar al joven; y no sin cierto placer, pensó que aquella Karénina, que tanto se absorbía con su hijo, no era, bien mirado, más que una mujer como otra cualquiera, le parecía natural que siendo hermosa y elegante se enamorase del conde. Sin embargo, esta manera de ver cambió cuando la anciana condesa supo que su hijo, a fin de no abandonar su regimiento y separarse de Anna, había rehusado un ascenso importante en su carrera y ello le había acarreado el disgusto de sus superiores; por otra parte, en vez de las mundanas relaciones que la madre hubiera aprobado, aquella pasión tomaba un carácter dramático, a lo Werther, lo cual hacía temer a la anciana condesa que su hijo cometiese un disparate. Desde la salida del joven de Moscú no había vuelto a verlo, aunque le envió a decir varias veces que deseaba su visita. El hermano mayor no estaba satisfecho tampoco, no porque le inquietara que aquellos amores fuesen profundos o efímeros, inocentes o culpables,

pues manteniendo él mismo relaciones con una bailarina, aunque era padre de familia, no tenía derecho para ser severo, sino porque sabía que aquella pasión desagradaba en las altas esferas y podía perjudicar a su hermano.

En cuanto a Vronski, además de sus relaciones mundanas y de su regimiento, era un apasionado por los caballos. Muy pronto debían efectuarse algunas carreras, organizadas por oficiales el joven conde quiso tomar parte en ellas y compró una yegua inglesa de pura raza. A pesar de su amor, las carreras tenían para él gran atractivo, y pensaba que aquellas dos pasiones no se perjudicarían entre sí. Además de Anna, necesitaba un interés cualquiera para reponerse de sus violentas emociones.

## XIX

**E**L día de las carreras de Krásnoie-Seló, Vronski se presentó antes que de costumbre para comer un bistec en la sala común de los oficiales; no le era necesario disminuir su alimento, pues no pesaba más de lo que debía, pero no quería engordar, y se abstenía de tomar azúcar y manjares harinosos. Se sentó ante una mesa, se desabotonó la levita, dejando ver su chaleco blanco, y abriendo una novela francesa, pareció absorberse en su lectura; mas no tomaba esta actitud sino para eludir las conversaciones de los que entraban y salían: su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba en la cita que le había dado Anna para después de las carreras; hacía ya tres días que no la había visto y se preguntaba si podría cumplir su promesa, pues su esposo acababa de volver de un viaje al extranjero. ¿Cómo asegurarse de ello? En la quinta de Betsi, su prima, era donde se habían visto por última vez, y como visitaba lo menos posible a los Karenin vacilaba en ir a verlos.

«Diré simplemente —pensó— que Betsi me ha encargado preguntar si van a las carreras... Sí, iré.» Y al reflexionar sobre el placer que le causaría aquella entrevista, su semblante expresó el más vivo gozo.

—Envía recado a mi casa —dijo al camarero que le servía— para que enganchen el coche.

Y acercó la bandeja de plata en que le presentaban el bistec.

En la sala de billar se oía ruido de bolas, y las voces de personas que hablaban y reían; en la puerta aparecieron dos oficiales: uno de ellos muy joven, de facciones delicadas, y el otro grueso y ya entrado en años con los ojos húmedos.

Vronski los miró y siguió comiendo y leyendo a la vez, con aire descontento, como si no los hubiera visto.

—Tomas fuerzas, ¿eh? —preguntó el oficial grueso, sentándose junto al conde.

—Ya lo ves —contestó Vronski, limpiándose la boca y frunciendo el ceño, siempre sin mirar a su interlocutor.

—¿Y no temes engordar? —continuó el oficial grueso, ofreciendo una silla al más joven.

—¿Qué dices? —preguntó Vronski, dejando ver sus dientes al hacer una mueca que expresaba su aversión.

—Que si no temes engordar.

—¡Mozo, tráeme jerez! —gritó el joven, sin contestar al oficial. Y colocó su libro al otro lado del plato para seguir leyendo.

El oficial cogió la lista de los vinos y se la presentó a su compañero.

—Mira, tú, ¿qué podemos beber?

—Vino del Rhin, si te parece —contestó el interpelado, procurando coger su

imperceptible bigote y dirigiendo una tímida mirada a Vronski.

Al ver que este no se movía, se levantó y dijo:

—Vamos a la sala de billar.

El oficial grueso se levantó también y ambos se dirigieron hacia la puerta.

En el mismo instante entró un capitán de caballería muy buen mozo, llamado Yashvin; saludó con cierto desdén a los dos oficiales y se acercó a Vronski.

—¡Ah!, al fin te encuentro —exclamó, poniendo su ancha mano sobre el hombro del conde.

Vronski volvió la cabeza con ademán de enojo, pero, la expresión de su semblante cambió al punto y fijó en el recién llegado una mirada cariñosa.

—Has hecho bien, Alexiúi —dijo el capitán con voz sonora—. Come ahora y bebe un poco.

—No tengo ganas.

—Esos son los inseparables —dijo el capitán, mirando con aire burlón a los dos oficiales que se alejaban y se sentó junto a Vronski.

—¿Por qué no fuiste anoche al teatro? —preguntó—. La Numerova estuvo muy bien. ¿No la has visto?

—Me retardé en casa de los Tverskói.

—¡Ah!

Yashvin era, en el regimiento, el mejor amigo de Vronski. Aunque jugador y libertino, no se podía decir que fuese un hombre sin principios, pero estos eran marcadamente inmorales. Vronski admiraba su fuerza física excepcional, que le permitía beber sin embriagarse en absoluto; en caso de necesidad, podía prescindir del sueño, y distinguirse sobre todo por su vigor moral, que le hacía temible hasta para sus jefes, de los cuales sabía hacerse respetar lo mismo que de sus compañeros. En el club inglés tenía fama de ser uno de los primeros jugadores, porque sin dejar de beber arriesgaba sumas de consideración con una calma y presencia de ánimo imperturbables.

Si Vronski dispensaba al capitán su amistad y cierta consideración, era porque sabía que este no le apreciaba a causa de su fortuna y de su posición social, sino por su propia persona, y he aquí por qué Yashvin era el único hombre a quien Vronski habría hablado de su amor, persuadido de que, a pesar de su afectado desdén a toda especie de sentimientos, solo él podía comprender su pasión en cuanto tenía de formal y absorbente. Lo juzgaba incapaz también de descender a las habladurías y a la maledicencia, y, por lo mismo, la presencia del capitán le era siempre agradable. Yashvin comprendía que aquel amor no era para Vronski una diversión y un pasatiempo, sino algo serio y profundo.

—¡Ah, sí! —exclamó Yashvin al oír el nombre de Tverskói; y miró al conde mordiéndose el bigote.



—¿Y qué has hecho tú? —preguntó Vronski—. ¿Has ganado!

—Ocho mil rublos, de los cuales creo que no cobraré tres mil.

—Entonces puedo hacerte perder en las carreras —dijo Vronski sonriendo, puesto que Yashvin cruzaba una suma considerable en su favor.

—No entiendo de perder; solo Majotin es temible.

Y la conversación versó sobre las carreras, único asunto interesante en aquel momento.

—Vamos, ya he concluido —dijo Vronski, levantándose, mientras que Yashvin estiraba sus largas piernas.

—No puedo comer tan pronto —dijo—; voy a beber alguna cosa y te seguiré. ¡Muchacho! —gritó con su voz tonante, tan notada en el regimiento—. Tráeme vino pronto. No —añadió—; es inútil. Si vuelves a tu casa, Alexiéi, te acompañaré.

## XX

VRONSKI ocupaba un pabellón muy limpio, dividido en dos compartimentos por un tabique; Petritski vivía con él en el campamento lo mismo que en San Petersburgo, y dormía cuando Vronski y el capitán entraron.

—¡Basta ya de dormir, levántate! —exclamó Yashvin, sacudiendo por un brazo a Petritski, que tenía la cabeza en parte oculta por la almohada.

El durmiente se incorporó, mirando a su alrededor.

—Tu hermano ha venido y me ha despertado —dijo a Vronski—. ¡Malos diablos lo lleven! Y ha dicho que volvería.

Y pronunciadas estas palabras, volvió a echarse, tapándose con la colcha.

—¡Déjame en paz Yashvin! —gritó encolerizado al capitán, que se divertía en despertarlo. Y abriendo después los ojos, se volvió hacia él y añadió—: Mejor fuera que me dijese lo que debo beber para quitarme de la boca el mal gusto que tengo.

—Vodka ante todo —replicó Yashvin—. Teriéschenko —gritó después—, trae a tu amo un vaso de aguardiente.

—¿Crees tú que será lo mejor? —preguntó Petritski, frotándose los ojos—. ¿Beberás tú también? Si consientes en ello te imitaré. ¿Tomarás tú también un poco, Vronski?

Y saltando del lecho, se cubrió con la colcha y se adelantó hasta el centro de la habitación entonando una canción francesa.

—¿Beberás tú, Vronski? —repitió.

—Vete a paseo —contestó el conde, poniéndose una levita que acababa de traerle su criado.

—¿Adónde piensas ir? —le preguntó Yashvin, al ver que se acercaba a la casa un coche con dos caballos.

—A casa de Brianski, con quien debo arreglar un asunto —contestó Vronski.

Había prometido, en efecto, llevar algún dinero a Brianski, que vivía bastante lejos; pero sus amigos comprendieron al punto que iba a otra parte.

Petritski guiñó el ojo, haciendo una mueca que quería decir: «Ya sabemos lo que significa ese Brianski».

—No te retardes —se limitó a decir Yashvin. Y cambiando de conversación añadió, mirando por la ventana—: Supongo que el caballo que te vendí te presta buen servicio.

En el momento en que Vronski iba a salir, Petritski lo detuvo, gritando:

—Espera, tu hermano me ha dejado una carta y un billete para ti; pero ¿dónde diablos lo he puesto? Ya no me acuerdo.

—¡Vamos, habla, no seas tonto! —dijo Vronski, sonriendo.

—Como no he encendido fuego en la chimenea, debe de estar por aquí.

—Vamos a ver si encuentras pronto esa carta.

—Te aseguro que me había olvidado de ella; tal vez lo haya soñado... Espera, y no te incomodes: si hubieras bebido tanto como yo ayer, ni siquiera sabría dónde estás ahora; ya trataré de recordar.

Petritski se dirigió hacia la cama y volvió a echarse.

—Me hallaba en esta postura —dijo— y tu hermano estaba ahí... ¡Ah!, ya me acuerdo.

E introduciendo la mano debajo del colchón, sacó una carta.

Vronski la tomó al punto y vio que la acompañaba un billete de su hermano: su madre se quejaba de que no hubiese ido a verla, y su hermano le decía que necesitaba hablarle.

—¿Y qué les importará a ellos? —murmuró, prescindiendo de lo que se trataba.

Después arrugó los dos papeles e los introdujo entre los botones de su levita con la intención de volver a leerlos más detenidamente.

En el momento de salir, Vronski encontró a dos oficiales, uno de ellos de su regimiento, la habitación del conde servía en cierto modo de punto de reunión.

—¿Adónde vas?

—A Petergof, para despachar una diligencia.

—¿Ha llegado el caballo?

—Sí, pero no lo he visto aún.

—Dicen que *Gladiátor*, de Majotin, cojea.

—¡Disparates! Pero ¿cómo os arreglaréis para correr con tanto barro?

—¡He aquí a mis salvadores! —gritó Petritski al ver entrar a los recién venidos.

El ordenanza, en pie delante de su amo, le presentaba la botella de aguardiente en una bandeja.

—Yashvin es quien me manda beber para refrescarme —dijo Petritski.

—Con vuestra serenata de ayer —dijo uno de los oficiales— no hemos podido dormir en toda la noche.

—Ya os diré cómo terminó —repuso Petritski—. Vólkov había subido al tejado, y como nos dijera desde allí que estaba triste, propuse que tocásemos una marcha fúnebre, la cual bastó para que se quedase dormido en el tejado.

—Vamos, bebe el aguardiente y después agua de Seltz con mucho limón —dijo Yashvin, estimulando a Petritski como una madre que quiere hacer beber una medicina a su hijo—. Enseguida podrás tomar media botella de champaña.

—Eso sí que estará bien. Espera un poco, Vronski, y beberás con nosotros.

—No, señores, me marchó; hoy no beberé.

—¿Temes aturdirte? Vaya, beberemos solos; que traigan el agua de Seltz y el limón.

—¡Vronski! —gritó uno cuando salía.

—¿Qué hay?

—Deberías cortarte el cabello para aligerarte un poco la cabeza.

Vronski, que comenzaba a perder el cabello, no pudo menos de sonreír cuando oyó estas palabras, y calándose más la gorra por la frente, subió al coche.

—¡A las cuerdas! —gritó.

Iba a leer las cartas de nuevo; pero a fin de no pensar más que en su caballo, aplazó la lectura.

## XXI

LA cuadra provisional, barracón de tablas, estaba cerca del campo de las carreras. Solo el picador había montado el caballo de Vronski para pasearlo, y el conde ignoraba en qué estado lo hallaría. Un muchacho que hacía las veces de *groom* reconoció desde lejos el coche, y al punto llamó al picador, un inglés de rostro enjuto, cuya barba se reducía a un mechón de pelos.

Se adelantó al ver a Vronski, contoneándose a la manera de los *jockeys*, y saludó; vestía una chaquetilla corta y calzaba botas de montar.

—¿Cómo sigue *Fru-Fru*? —preguntó Vronski en inglés.

—*All right, sir* —contestó el inglés—; pero más valdrá no entrar ahora, porque le he puesto bozal y esto lo inquieta.

—No importa; entraré para verlo.

—Pues vamos allá —replicó el inglés, siempre sin abrir la boca.

Y con largos pasos se dirigió hacia la cuadra, donde los introdujo un muchacho muy listo, con chaqueta blanca, que escoba en mano estaba allí cerca. Cinco caballos ocupaban la cuadra, cada cual en su compartimiento, figurando entre ellos el de Majotin, el competidor más temible de Vronski, de nombre *Gladiátor*, alazán de siete cuartas y cinco dedos de alzada. Vronski tenía más curiosidad por ver este caballo que el suyo propio; pero según las reglas de las carreras, no debía solicitar que se lo enseñase, ni menos hacer preguntas sobre él. Avanzando a lo largo del corredor el *groom* abrió la puerta del segundo compartimiento y Vronski pudo entrever un vigoroso alazán calzado de los pies: era *Gladiátor*. El conde lo sabía, pero se volvió al punto hacia *Fru-Fru*, como lo hubiera hecho al ver una carta abierta que no fuese para él.

—Es el caballo de Mak..., Mak —dijo el inglés, sin poder pronunciar el nombre y señalando el compartimiento de *Gladiátor*.

—De Majotin, sí; es mi único adversario formal.

—Si lo montase usted, apostaría por él.

—*Fru-Fru* es más nervioso y es más sólido —repuso Vronski por el elogio del yóquey.

—En las carreras de obstáculos, todo consiste en el arte de montar —dijo el inglés—; es lo que nosotros llamamos el *pluck*.

El *pluck*, es decir, la audacia y la sangre fría, no era cosa que le faltara a Vronski, el cual estaba firmemente persuadido de que nadie le aventajaba por tal concepto.

—¿Está usted seguro de que no será necesario una fuerte transpiración?

—Nada de eso —contestó el inglés—; pero no hable usted alto, porque la yegua se inquieta —añadió señalando el compartimiento cerrado.

Y abriendo la puerta, dejó entrar a Vronski en aquel; un caballo bayo, que tenía

bozal, piafaba inquieto sobre la paja fresca.

La constitución algo defectuosa de su cuadrúpedo favorito llamó la atención de Vronski: *Fru-Fru* era de mediana talla y de osamenta estrecha, así como el pecho, aunque tuviese el pretal saliente; tenía la grupa caída y las patas, sobre todo las delanteras, algo acanilladas; los músculos parecían endeble y los costados muy anchos, a pesar de lo angosto del vientre. Por debajo de la rodilla, sus piernas, vistas de frente, parecían delgadas como alambres; y de lado, por el contrario, enormes; pero tenía un mérito que hacía olvidar estos defectos. El caballo era de «raza» o de «pura sangre»; sus músculos formaban saliente bajo una red de venas cubiertas de una piel lisa y suave como la seda; la cabeza era afilada, los ojos brillantes y animados y las narices salientes. En todo el conjunto de aquel hermoso caballo se revelaba marcada decisión y energía; era uno de esos animales en los que no parece faltar el don de la palabra sino por efecto de una constitución mecánica incompleta. Vronski pensó que el caballo comprendía por qué lo examinaba, pues lo vio aspirar el aire ruidosamente y mirar de lado, mostrando el blanco del ojo inyectado de sangre; de pronto hizo un movimiento para sacudir su bozal y se agitó como movido por un resorte.

—Ya ve usted qué agitado está —dijo el inglés.

—¡Vamos, quieto! —exclamó Vronski, acercándose para calmar al caballo, que se agitaba cada vez más, y que no se calmó hasta que su amo le hubo pasado la mano por la cabeza y el cuello.

Vronski apartó un mechón de crin de la cabeza del animal y acercó su rostro a la boca; el cuadrúpedo respiró con fuerza, enderezó las orejas e hizo ademán para coger entre los dientes la manga de su amo, pero como el bozal se lo impidiera, volvió a piafar con más inquietud que antes.

—¡Cálmate, cálmate! —le dijo Vronski, haciendo otra caricia al caballo.

Y salió al fin, convencido de que el animal estaba en buen estado.

Pero la agitación de la yegua se había comunicado a Vronski, que sentía afluir la sangre a su corazón y necesitaba movimiento; también él hubiera querido morder, y esto le perturbaba y divertía al mismo tiempo.

—Cuento con usted —le dijo al inglés—; a las seis y media estaremos en el terreno.

—Todo lo tendré al corriente; pero ¿adónde va usted, milord? —preguntó el inglés, sirviéndose de un título que no empleaba nunca.

Asombrado por aquella audacia, Vronski levantó la cabeza sorprendido y miró al inglés como él sabía hacerlo; comprendiendo al punto que el picador no le hablaba como a su amo, sino como a su jockey, y contestó:

—Necesito ver a Brianski y volveré dentro de una hora.

«¡Cuántas veces me habrán hecho la misma pregunta hoy!», pensó,

ruborizándose, lo cual le sucedía muy raras veces. El inglés lo miró fijamente, como si supiera adónde iba.

—Lo esencial es —dijo— conservar la mayor tranquilidad antes de la carrera; no se haga usted mala sangre ni se atormente con cosa alguna.

—*All right!* —contestó Vronski, sonriendo.

Y saltó a su vehículo, dando orden de que lo condujeran a Petergof.

Pocos momentos después, el cielo, que estaba nublado desde las primeras horas de la mañana, se oscureció del todo y comenzó a llover.

«Esto es enojoso —pensó Vronski, levantando la capota de su vehículo—; antes había barro y ahora tendremos un pantano.» Después, aprovechando aquel momento de soledad, tomó las cartas de su madre y de su hermano para leerlas.

Siempre se trataba de lo mismo; tanto la una como el otro creían necesario intervenir en sus amores, lo cual le irritaba hasta el punto de encolerizarse, cosa no muy común en Vronski.

«¿Qué les importa a ellos esto y por qué se creen obligados a mezclarse en mis asuntos? Será porque conocen que aquí hay alguna cosa que no pueden comprender. Si se tratara de unas relaciones vulgares me dejarían en paz; pero adivinan que esa mujer no es un juguete para mí y que la quiero más que a mi vida, lo cual les parecerá increíble y enojoso. Cualquiera que fuere nuestra suerte, a nosotros la debemos, y ninguno de los dos se arrepentirá; pero no, ellos entienden que han de enseñarnos a vivir, siendo así que no tienen la menor idea de la felicidad. No saben que sin este amor no habría para mí alegrías ni dolores en este mundo y que ni aun la vida existiría.»

Lo que más irritaba a Vronski contra los suyos en el fondo era que su conciencia le gritaba que tenía razón. Su amor a la hermosa Anna no era un capricho pasajero, que, como otras relaciones mundanas, se extingue sin dejar más que recuerdos, dulces o penosos. Vronski conocía muy bien todas las dificultades de su situación para con el mundo, al que era preciso ocultarle todo, ingeniándose en mentir, engañar e inventar mil ardidés, y siendo la pasión de ambos tan violenta, que no se ocupaban de ninguna otra cosa, les era preciso pensar en los demás.

La continua necesidad de apelar al disimulo y al fingimiento había preocupado muchas veces a Vronski, pues nada era tan contrario a su carácter; y varias veces había observado lo mismo en Anna.

Desde sus relaciones con ella experimentaba a veces una extraña sensación repulsiva y de disgusto que no podía definir. ¿Quién la despertaba?... ¿Sería él mismo, Alexiái Alexándrovich, o el mundo entero?... No lo sabía; pero en cuanto le era posible, desechaba esta impresión.

«Sí —se decía—, en otro tiempo era desgraciada, pero disfrutaba de tranquilidad, y ahora ha perdido esta última, sin esperanza de recobrarla.»

Y por primera vez cruzó por su espíritu, clara y precisa, la idea de poner término a aquella vida de disimulo; cuanto antes lo hicieran, mejor sería.

«Es preciso —pensó— que lo abandonemos todo, y que, solos con nuestro amor, vayamos a ocultarnos los dos en alguna parte.»



## XXII

**E**L chaparrón duró poco, y cuando Vronski llegó, al trote de su caballo, al punto a que se dirigía, el sol brillaba de nuevo, iluminando los tejados y el follaje de los añosos tilos, cuya sombra se proyectaba desde los jardines de las inmediaciones de la calle principal. El agua corría por las fachadas de las casas y las ramas de los árboles parecían acudir alegremente las gotas de lluvia. Vronski no pensaba ya en el daño que esta última podía causar en el campo de las carreras, y regocijándose al reflexionar que, gracias al agua, «ella» estaría sola, pues sabía que Alexiéi Alexándrovich, de regreso de un viaje hacía poco, no había salido aún de San Petersburgo para ir al campo.

Vronski detuvo el coche a corta distancia de la casa, y a fin de llamar la atención lo menos posible, entró en el patio a pie, en vez de llamar a la puerta principal.

—¿Ha llegado ya el señor Karenin? —preguntó al jardinero.

—Todavía no; pero la señora está en casa. Si llama usted, le abrirán.

—No, prefiero entrar por el jardín.

Sabiendo que estaba sola, quería sorprenderla, y no habiendo anunciado su visita, no podía esperarlo a causa de las carreras. En su consecuencia, se adelantó con precaución a lo largo de los senderos orilladas de flores, levantando su sable para no hacer ruido, y al fin llegó al terrado por donde se bajaba al jardín. Ya no se acordaba de sus preocupaciones durante el camino ni de las dificultades de su situación; pensaba solamente en la dicha de «verla» y hablar con «ella». Ya franqueaba la escalera del terrado con el mayor sigilo posible, cuando recordó lo que olvidaba siempre y lo que constituía la parte más dolorosa de sus relaciones con Anna: la presencia de su hijo, de aquel niño de mirada investigadora.

Este niño era el principal obstáculo para sus entrevistas; jamás Vronski y Anna se permitían, cuando estaba presente, la menor palabra que no pudiera ser oída de todo el mundo, ni hacían la menor alusión que el niño pudiese comprender. No necesitaban ponerse de acuerdo para esto, pues cada cual hubiera creído injuriarse al pronunciar una sola palabra engañosa para el hijo de Anna. A pesar de sus precauciones, Vronski encontraba a menudo la mirada escrutadora y algo desconfiada de Serguiéi, siempre fija en él, unas veces tímida y otras cariñosa, pero rara vez la misma. Se hubiera dicho que el niño comprendía intuitivamente que entre aquel hombre y su madre existía un lazo formal, cuya significación no adivinaba.

Serguiéi, efectivamente, se esforzaba en vano para comprender cómo debía conducirse con aquel caballero; había adivinado, con la intuición propia de la infancia, que su padre, su aya y la criada lo miraban con aversión, mientras que su madre lo trataba como a su mejor amigo.

«¿Qué significa esto, quién es ese caballero? —se preguntaba el niño—. ¿Cómo

debería amarlo? ¿Si no lo entiendo, será porque es culpa mía y soy un niño malo y tonto?»

De aquí resultaba su timidez y su expresión curiosa y desconfiada, así como la volubilidad que tanto molestaba a Vronski, a quien la presencia del niño producía también esa impresión repulsiva, sin causa aparente, que lo acosaba hacía algún tiempo. Vronski y Anna se semejaban en cierto modo a unos navegantes a quienes la brújula demostrase que derivaban, sin que les fuera posible detenerse en su curso, aunque a cada momento se alejasen de la vía recta y reconociesen que esto los arrastraba a su pérdida. El niño, con su cándida mirada, era esa implacable brújula, y ambos lo comprendían sin querer convenir en ello.

Aquel día Seriozha<sup>[25]</sup> había salido y Anna estaba sola en el terrado, esperando la vuelta de su hijo, tal vez sorprendido por la lluvia en el paseo; la doncella y un criado habían ido en su busca. Vestida con traje blanco, estaba sentada en un ángulo del terrado, en parte oculta por varias plantas y flores, y no oyó los pasos de Vronski. Con la cabeza inclinada, apoyaba su frente sobre una regadera, la cual atraía hacia sí con sus delicadas manos, cargadas de preciosos anillos. La hermosura de aquella cabeza, con su cabello negro y rizado, de aquellos brazos admirables y, en fin, de todo el conjunto de su persona, producía siempre profunda impresión en Vronski y lo sorprendía cuando la contemplaba. Se detuvo y la miró con amor, mientras que ella, conociendo instintivamente su aproximación, rechazaba la regadera, para mirar al conde.

—¿Ha estado enferma? —preguntó Vronski en francés, acercándose a Anna.

Hubiera querido correr hacia ella, pero temiendo que lo vieran, dirigió una mirada hacia la puerta del terrado, ruborizándose, como siempre que se trataba de disimular.

—No, estoy buena —dijo Anna, levantándose y estrechando vivamente la mano de Vronski—. No te esperaba. Me has atemorizado; estoy sola y espero a Serguiei, que ha ido a pasear; deben pasar por aquí.

A pesar de la calma que fingía, sus labios temblaban.

—Dispéñeme usted por haber venido —repuso Vronski—; pero no podía pasar el día sin verla —dijo en francés, evitando así el «usted», ya imposible entre ellos, y el «tú», tan peligroso en ruso.

—Nada tengo que dispensar; soy demasiado feliz.

—Pero está usted enferma o triste —añadió, inclinándose hacia Anna sin dejar su mano—. ¿En qué piensa usted?

—Siempre en la misma cosa—contestó Anna, sonriendo.

Y decía verdad: a cualquier hora del día que le hubieran preguntado, habría respondido inevitablemente que pensaba en su felicidad; y en el momento de entrar Vronski se preguntaba por qué algunos, como por ejemplo Betsi, cuyas relaciones con Tushkiévich conocía, tomaban a la ligera lo que para ella era tan cruel. Este

pensamiento la había martirizado aquel día particularmente. Habló de las carreras, y Vronski refirió a fin de distraer a Anna de su preocupación, los preparativos que se hacían. Su tono era de todo tranquilo.

«¿Se lo diré o no se lo diré? —pensaba Anna, mirando aquellos ojos tranquilos y cariñosos—. Parece tan feliz y de tal modo le divierten las futuras carreras, que tal vez no comprenda la importancia de lo que nos sucede.»

—No me ha dicho usted en qué pensaba cuando entré —dijo Vronski, interrumpiendo su relato—. ¿No podré saberlo?

Anna no contestó; con la cabeza inclinada fijaba en el conde la mirada cariñosa de sus hermosos ojos, mientras que sus dedos oprimían una hoja desprendida. La fisonomía de Vronski tomó al punto esa expresión de amor humilde y de abnegación absoluta que le era peculiar cuando hablaba con Anna.

—Comprendo —dijo— que ha sucedido alguna cosa, y no puedo estar tranquilo un solo instante cuando sé que tiene usted un pesar del que yo no participo. En nombre de Dios —añadió con tono suplicante—, hable usted.

«Si no comprende toda la importancia de lo que debo decirle —pensó Anna—, sé que no lo perdonaré nunca, y por tanto, vale más callar que ponerlo a prueba.»

—¡Pero Dios mío! ¿Qué hay? —preguntó Vronski, tomando su mano.

—¿Deberé decirlo?

—Sí, sí.

—Pues has de saber que estoy encinta —murmuró Anna lentamente.

La hoja que tenía entre los dedos se agitó más aún, pero Anna no separaba la vista de Vronski y trataba de leer en sus ojos el efecto que le produciría aquella confesión.

El conde palideció y quiso hablar; pero se detuvo e inclinó la cabeza, soltando la mano que tenía entre las suyas.

«Sí, comprende todo el alcance de lo que ha sucedido», pensó Anna, cogiendo agradecida la mano de Vronski.

Pero se equivocaba al creer que pensaba como ella. Al oír aquellas palabras, la impresión de aborrecimiento que lo perseguía lo sobrecogió más vivamente que nunca y comprendió que había llegado la crisis que deseaba. En adelante no se podía ya disimular nada a los ojos del marido, y era forzoso salir cuanto antes a todo trance de aquella situación odiosa e insostenible. La turbación de Anna se le había comunicado; fijó en su amante una mirada humilde, besó la mano, se levantó y comenzó a pasear por el terrado sin decir palabra.

Después se acercó a Anna y le dijo con tono resuelto:

—Ni usted ni yo hemos considerado nuestras relaciones como una dicha pasajera; ahora está ya echada nuestra suerte; es preciso de todo punto poner término al engaño en que vivimos.

—¿Y cómo hemos de poner término, Alexiéi? —preguntó Anna con dulzura,

tranquila y serena.

—Es preciso la separación con tu esposo para que unamos nuestras existencias.

—¿No están unidas ya?—preguntó Anna a media voz.

—No del todo.

—Pero ¿cómo lo haremos, Alexiéi? Explícamelo —añadió con triste ironía, pensando en lo excepcional de su situación—. ¿Existe acaso una salida? ¿No soy la mujer de mi marido?

—Por difícil que sea una situación, siempre tiene alguna salida, y ahora se trata solo de tomar un partido... Cualquiera cosa será mejor que tu vida presente. ¿Crees que no veo cuánto ha cambiado todo para ti..., tu esposo, tu hijo, el mundo y todo?

—De mi esposo no hay que hablar —repuso Anna sonriendo con sencillez—, pues no lo conozco ni pienso en él, ni siquiera sé que existe.

—No eres sincera; te conozco bien y sé que te atormentas así a causa de él.

—Pero si no sabe nada... —repuso Anna ruborizándose, no solo en las mejillas y en la frente, sino hasta en el cuello, mientras que las lágrimas se agolpaban a sus ojos—. No hablemos de él.

## XXIII

**N**o era aquella la primera vez que Vronski trataba de hacer comprender a Anna su posición, pero nunca se había expresado con tanta energía, pues tropezaba siempre con las mismas apreciaciones superficiales y casi fútiles. Le parecía que la esposa de Karenin se hallaba entonces bajo el imperio de sentimientos que no quería o no podía profundizar, y al reflexionar esto, la verdadera Anna desaparecía, remplazándola un ser extraño y enigmático que no podía comprender y que era casi repulsivo. Esta vez, sin embargo, quiso explicarse hasta el fin.

—Que lo sepa o no —dijo con tono tranquilo, pero resuelto— poco importa. No podemos, o «usted» no puede permanecer en esta situación, sobre todo ahora.

—¿Pues qué convendrá hacer en su concepto? —preguntó Anna con la misma ironía burlona.

Ella, que había temido tanto ver acogida con ligereza su revelación, llevaba a mal ahora que Vronski dedujese la necesidad absoluta de adoptar una resolución enérgica.

—Confiésalo todo y sepárate de él.

—Supongamos que lo haga. ¿Sabes cuál sería el resultado? Voy a decírtelo —y sus ojos tomaron una expresión maligna que antes era de ternura—. «¡Ah! Usted ama a otro y mantiene relaciones criminales —dijo Anna, imitando el tono de su marido y recargando la palabra “criminal” como él lo hubiera hecho—. Ya estaba usted advertida de las consecuencias que iban a resultar desde el punto de vista religioso, de la sociedad y de la familia; no quiso usted escucharme, y ahora no puedo entregar a la vergüenza pública mi nombre y...» —iba a decir «mi hijo», pero se detuvo, porque no le era dado chancearse sobre este punto—. En una palabra, me dirá claramente, en el mismo tono que discute los asuntos de estado, que no puede devolverme la libertad, pero que adoptará medidas para evitar el escándalo. Esto es lo que sucederá, porque mi esposo no es un hombre, sino una máquina, y cuando se incomoda, una máquina muy mala.

Y recordó los menores detalles del lenguaje y de la fisonomía de su esposo, dispuesta a censurar todo lo que pudiese reconocer en él de malo, con tanta menos indulgencia cuanto más culpable se juzgaba ella.

—Pero Anna —dijo Vronski con dulzura, esperando convencerla y calmarla—, lo que importa ahora es confesarlo todo y después obraremos según lo que él haga.

—Entonces será preciso huir...

—¿Por qué no? No veo la posibilidad de seguir así; ahora no se trata de mí, sino de ti, que eres la que sufres...

—¡Huir para publicar que soy la querida de usted! —exclamó Anna con maligna intención.

—¡Anna! —exclamó Vronski con acento dolorido.

—Sí, la querida de usted, y perderlo todo...

Y quiso volver a decir «mi hijo», pero no pudo pronunciar esta palabra.

Vronski no podía explicarse que aquella naturaleza enérgica y leal aceptase la falsa situación en que se hallaba sin tratar de salir de ella, pues no comprendía que el obstáculo era la palabra «hijo», que no podía resolverse a pronunciar.

Cuando Anna se representaba la vida de aquel niño con el padre cuando lo hubiera abandonado le parecía tan horrible su falta que, como verdadera mujer, no se hallaba en estado de razonar y se empeñaba en persuadirse de que todo podría continuar como antes; era preciso a toda costa desechar este horrible pensamiento: «¿qué será de mi hijo?».

—Te suplico encarecidamente —dijo de pronto, con un acento totalmente distinto, lleno de ternura y sinceridad —que no me hables nunca más de eso.

—¡Pero Anna!

—Jamás, jamás. Déjame seguir siendo juez de la situación; comprendo la bajeza y el horror; pero no es tan fácil como tú crees cambiar nada. Ten confianza en mí y no me hables nunca de eso. ¿Me lo prometes?

—Prometo todo; pero ¿cómo quieres que esté tranquilo después de lo que acabas de confesarme? ¿Puedo tener calma cuando a ti te falta?

—¡A mí! A decir verdad, esto me mortifica; pero ya pasará si no me hablas de nada.

—No comprendo...

—Ya sé —interrumpió Anna— que con tu carácter leal te es insufrible mentir; te compadezco de veras, y muy a menudo pienso que has sacrificado tu vida por mí.

—Eso es lo que yo digo precisamente de ti; y hasta me preguntaba hace poco cómo podías haberte inmolado por mi causa. No me perdonaré nunca haberte hecho desgraciada.

—¡Desgraciada yo! —exclamó Anna acercándose a Vronski y mirándolo con una sonrisa llena de amor—. ¡Yo me parezco a una persona que se muere de hambre y a la que dan de comer, lo cual hace olvidar el frío y los andrajos que cubren su cuerpo! ¡No soy desgraciada, no; he ahí mi felicidad!

En aquel momento se oyó la voz de Seriozha: Anna dirigió una mirada a su alrededor, se levantó vivamente, y alargando sus brazos hacia Vronski, le cogió la cabeza, fijó en él una larga mirada, acercó su rostro al de él, lo besó en los labios y los ojos y después quiso rechazarlo, pero el joven la contuvo.

—¿Cuándo? —murmuró Vronski, mirándola con ternura.

—Hoy a la una —contestó Anna en voz baja, suspirando.

Y corrió al encuentro de Seriozha, que sorprendido por la lluvia en el parque, se había refugiado en un pabellón con la criada.

—Pues hasta la vista —dijo Anna—. Voy a prepararme ahora para ir a las

carreras. Betsi me ha prometido venir a buscarme.  
El conde miró su reloj y salió precipitadamente.

## XXIV

VRONSKI estaba tan conmovido y preocupado que al mirar el reloj no vio la hora que era.

Pensando solo en Anna, llegó al sitio donde lo esperaba su coche, avanzando con precaución por el camino fangoso. Su memoria no era más que instintiva y recordaba solamente lo que había resuelto hacer sin que la reflexión interviniera. Se acercó a su cochero, dormido en el pescante, lo despertó maquinalmente, observó la nube de moscas que se elevaba sobre sus caballos bañados de sudor y saltó a su asiento. Se proponía ir a casa de Brianski, y había recorrido ya una regular distancia, cuando de pronto recobró su presencia de ánimo y vio que se retardaría mucho: su reloj marcaba las cinco y media.

Aquel día debían efectuarse varias carreras; primeramente las de los caballos de tiro y después las de oficiales: de dos *verstás*<sup>[26]</sup>, de cuatro, y la última en la que debía correr él, y en rigor podía llegar a tiempo, sacrificando a Brianski, de lo contrario se exponía a no hallarse en el terreno hasta que la corte hubiese llegado, lo cual no era conveniente. Por desgracia había dado su palabra a Brianski y, por tanto, continuó su camino, recomendando al cochero que castigara a los caballos. Después de estar solo cinco minutos en casa de Brianski, emprendió la vuelta al galope de sus cuadrúpedos; este rápido movimiento hizo bien y poco a poco olvidó sus cuidados. Había olvidado todo lo desagradable en sus relaciones con Anna; pensaba con placer en las carreras, en que a pesar de todo llegaría a tiempo, y de cuando en cuando, la idea de su cita con Anna aquella noche se encendía como un rayo de luz en su imaginación.

A medida en que, adelantando a los coches que encontraba por el camino, Vronski se acercaba al hipódromo, la atmósfera de las carreras lo envolvía más y más, apoderándose de todo su ser.

En su casa no encontró más que al criado, que lo esperaba a la puerta; todos se habían ido ya.

Mientras cambiaba de traje, el criado tuvo tiempo para indicarle que la segunda carrera había comenzado ya y que varias personas preguntaban por él.

Vronski se vistió sin apresuramiento, pues sabía conservar su calma, y mandó conducir el vehículo a las cocheras, desde las cuales se veía una infinidad de trenes de varias clases, peatones, soldados y todas las tribunas llenas de espectadores. La segunda carrera iba a comenzar, en efecto, pues se oyó una campanada, cerca de la cuadra había encontrado el alazán de Majotin, *Gladiátor*, que conducían cubierto con una manta amarilla y azul de enormes orejeras.

—¿Dónde está Kord? —preguntó al palafrenero.

—En la cuadra; ahora ensillan.

*Fru-Fru* estaba ya preparado e iba a salir.



—¿No me he retardado? —preguntó Vronski.

—*All right, all right* —contestó el inglés—; no se inquiete usted por nada.

Vronski contempló las bellas formas de su yegua y se separó de ella con sentimiento, pues la veía temblar como una azogada. El momento era propicio para acercarse a las tribunas sin ser observado, porque la carrera terminaba y todas las miradas se fijaban en un oficial de la guardia y un húsar que iba detrás, hallándose ya los dos próximos a la meta. Todos corrían hacia aquel punto y un grupo de soldados y oficiales de la guardia saludaban con gritos de alegría a su compañero.

Vronski se confundió con la multitud en el momento que la campana anunciaba el fin de la carrera, mientras que el vencedor, cubierto de barro, se inclinaba sobre la silla, dejando caer la brida, sin aliento y bañado de sudor.

El caballo, recogiendo penosamente los cuartos traseros, contuvo con dificultad su rápida carrera, mientras que el oficial miraba a su alrededor cual si despertara de un sueño, sonriendo con trabajo y rodeado de una multitud de amigos y curiosos.

Vronski evitaba expresamente el encuentro con la sociedad elegante que por allí circulaba alrededor de las tribunas; había visto a Betsi, a Anna y a la esposa de su hermano y no quería acercarse a ellas para evitar toda distracción; pero a cada paso encontraba personas conocidas que le daban algunos detalles sobre la última carrera o le preguntaban por qué se había retrasado.

Mientras se distribuían los premios en el pabellón, hacia el cual se encaminaba la gente, Vronski vio a su hermano Alexandr, que se acercaba, así como él, era hombre de mediana estatura y un poco fornido, pero más gallardo, aunque tenía las mejillas y la nariz muy coloradas por efecto del vicio de la bebida. Vestía el uniforme de coronel con los cordones.

—¿Has recibido una carta mía? —preguntó a su hermano—. Nunca se te encuentra en casa.

Alexandr Vronski, a pesar de su vida de libertino y de su afición a la embriaguez, frecuentaba exclusivamente la sociedad de la corte; y mientras hablaba con su hermano de un asunto enojoso, sabía conservar el semblante risueño del hombre que se chanea de una manera inofensiva, porque observaba que todas las miradas se habían fijado en ellos.

—La he recibido —contestó Alexiéi—, y no me explico por qué te inquietas.

—Me inquieto porque me han hecho notar hace poco tu ausencia, diciéndome que estabas en Petergof.

—Hay cosas que solo pueden ser juzgadas por aquellos a quienes interesan directamente; y el asunto de que te preocupas es tal...

—Sí, pero entonces no se debe permanecer en el servicio, no sé...

—Tú no tienes nada que ver con esto, y te agradeceré que no te mezcles en mis asuntos.

Al decir esto, Alexiéi Vronski palideció, y las fibras de su rostro se estremecieron; rara vez se encolerizaba, pero cuando esto sucedía su barba parecía moverse y se hacía peligroso. Alexandr, sabiéndolo muy bien, sonrió alegremente.

—Solo he querido entregarte la carta de nuestra madre —replicó—; contéstale y no te incomodes antes de la carrera. *Bonne chance* —añadió en francés, alejándose.

Apenas hubo marchado, se acercó a Vronski otra persona, diciéndole con acento cariñoso:

—Ya no conoces a tus amigos. ¡Buenas tardes, querido Alexiéi!

Era Stepán Arkádich, con el rostro animado y las patillas muy bien peinadas, tan brillante en la buena sociedad de San Petersburgo como en la de Moscú.

—He llegado ayer, y me alegro mucho de hallarme aquí a tiempo para presenciar tu victoria. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Entra mañana en el casino —contestó Vronski.

Y excusándose por su pronta separación, estrechó la mano de su amigo para dirigirse al lugar donde estaban los caballos destinados a la carrera de obstáculos.

Los palafreneros traían ya los que habían tomado parte en la última carrera, todos ellos rendidos, y por otro lado llegaban los que estaban inscritos para la siguiente: en su mayoría de raza inglesa, muy bien arreglados y cubiertos; de modo que parecían aves gigantescas.

*Fru-Fru*, hermoso a pesar de su flacura, se acercaba con paso ligero y elástico, y no lejos de allí despojaban de su manta a *Gladiátor*, cuyas formas soberbias, regulares y robustas, con su magnífica grupa y sus pies admirablemente formados, llamaron la atención de Vronski.

—Por ahí anda Karenin buscando a su señora, que está en el pabellón. ¿La ha visto usted?

—No —contestó Vronski, sin volver la cabeza hacia el punto que le indicaban, y acercándose a su caballo.

Apenas hubo tenido tiempo de examinar alguna cosa, que era preciso corregir en la silla, cuando llamaron a los que debían correr para distribuirles el número de orden: se acercaron todos, muy graves, casi solemnes, y varios de ellos en extremo pálidos. A Vronski le correspondió el número siete.

—¡A caballo! —gritó una voz.

Vronski se acercó al suyo, comprendiendo, como sus compañeros, que era el blanco de todas las miradas, y por lo mismo sus movimientos, como sucedía con él en semejantes ocasiones, eran lentos y seguros.

Kord se había puesto su traje de gala en honor de las carreras; llevaba un levitón negro abotonado hasta el cuello, camisa muy blanca y bien planchada, botas de montar y sombrero de ala redonda. Sereno y dándose importancia, según su costumbre, permanecía en pie a la cabeza del animal, sujetando él mismo la brida;

mientras que *Fru-Fru* temblaba cual si estuviese acometida por un acceso de fiebre, y sus ojos, llenos de fuego, miraban oblicuamente a Vronski. Este último pasó el dedo por debajo de la cincha de la silla; la yegua retrocedió, enderezando las orejas, y el inglés sonrió con cierto desdén, al pensar que pudiera dudarse de sus conocimientos para ensillar un caballo.

—Monte usted y no estará tan agitado —dijo.

Vronski dirigió la última mirada a sus competidores, sabiendo que no los vería más durante la carrera: dos de ellos se dirigían ya hacia el punto de partida; Galtsin, amigo suyo y uno de los más notables jinetes, daba vueltas alrededor de su caballo sin poder montarlo; un húsar de la guardia, doblado sobre su cuadrúpedo para imitar a los ingleses, hacía un tiempo de galope; y el príncipe Kúzovlev, blanco como una sábana, montaba una yegua pura sangre que un inglés conducía por la brida. Vronski, así como todos sus compañeros, conocía el amor propio feroz de Kúzovlev, y también la «debilidad» de sus nervios; sabido era que tenía miedo de todo, pero a causa de esto mismo, y porque estaba convencido de que se exponía a romperse el cuello, puesto que junto a cada obstáculo había un cirujano con unas angarillas, se resolvió a correr.

Vronski lo saludó con una sonrisa de aprobación: Majotin, con *Gladiátor*, el rival más temible entre todos, no estaba allí.

—No se apesure usted —decía Kord a Vronski—, y no olvide una cosa importante: ante el obstáculo no se ha de retener ni lanzar el caballo, sino dejar seguir su impulso.

—Bien, bien —contestó Vronski, cogiendo las bridas.

—Sostenga usted la carrera, si es posible, y, en todo caso, no se desanime.

Sin dejar a su caballo tiempo para hacer el menor movimiento, Vronski se lanzó ligeramente sobre la silla, igualó las riendas dobles entre sus dedos y Kord soltó el cuadrúpedo. *Fru-Fru* alargó el cuello, como si preguntara qué pie debía mover, balanceando a su jinete sobre su flexible lomo, y avanzando con ligero paso; Kord lo seguía de cerca. La yegua, muy inquieta, se esforzaba por engañar a su jinete, tirando tan pronto a derecha como a izquierda, y en vano Vronski procuraba tranquilizarla con la voz y el ademán.

Se acercaban ya al río, por la parte donde estaba el punto de partida, cuando Vronski, precedido de unos y seguido de otros, oyó detrás el galope de un caballo: era *Gladiátor*, montado por Majotin; este último sonrió al pasar, mostrando sus largos dientes, pero Vronski le contestó solo con una mirada de enojo; no le agradaba aquel hombre, y su manera de galopar cerca de él para inquietar a su caballo lo disgustó mucho, tanto más cuanto que veía en él un adversario muy temible.

*Fru-Fru* partió al fin al galope con el pie izquierdo, dio dos saltos y, enojada al sentir la presión de la brida, cambió de aire, tomando un trote que sacudió con fuerza

al jinete. Kord, muy descontento, corría casi tanto como la yegua junto a Vronski.

## XXV

EL campo de las carreras, una elipse de cuatro verstas, se extendía ante el pabellón principal, presentando nueve obstáculos: el río; una gran barrera, bastante alta, frente al pabellón; un foso en seco; otro lleno de agua; una rápida pendiente; una banqueta irlandesa (el obstáculo más difícil), es decir, una valla cubierta de hierba, detrás de la cual un segundo foso invisible obligaba al jinete a saltar dos obstáculos a la vez, a riesgo de matarse; además de la banqueta, se contaban otros tres fosos, dos de ellos llenos de agua, y, por último, la meta, delante del pabellón. No era en el recinto mismo del círculo donde comenzaba la carrera, sino; a un centenar de *sazhens*<sup>[27]</sup> más allá, y en este espacio se hallaba el primer obstáculo, el río de tres *arshin*<sup>[28]</sup> de anchura, que se podía saltar o vadear, según se quisiera.

Los jinetes se alinearon para la señal, pero tres veces seguidas salieron en falso y fue preciso comenzar de nuevo.

El coronel que dirigía la carrera comenzaba a impacientarse cuando al fin los jinetes partieron a la cuarta orden.

Todas las miradas, todos los gemelos se fijaban en aquellos hombres.

—¡Ya han partido, ya están ahí! —gritaban por todas partes.

Y para verlos mejor, los espectadores se precipitaron aisladamente por grupos hacia el punto mejor situado. Los jinetes se dispersaron al principio; desde lejos se hubiera dicho que corrían juntos, pero los espacios que los separaban tenían su importancia.

*Fru-Fru*, agitada y demasiado nerviosa, comenzó por perder terreno, pero Vronski, aunque reteniéndola, tomó fácilmente la delantera a dos o tres caballos, y al fin solamente lo precedieron *Gladiátor*, que lo aventajaba por todo el largo del cuerpo, y la graciosa *Diana*, que, a la cabeza de todos, llevaba al desgraciado príncipe Kúzovlev, medio muerto de emoción.

Durante los primeros minutos, Vronski no era ya dueño de dominar su caballo, ni tampoco a sí mismo.

*Gladiátor* y *Diana* se aproximaron y franquearon el río de un salto, casi al mismo tiempo: *Fru-Fru* se lanzó ligeramente detrás de ellos, como si volara; en el momento en que Vronski cruzaba el aire, vio bajo los pies de su caballo a Kúzovlev, agitándose con *Diana* (había soltado las riendas después de saltar, y el caballo cayó sin jinete); Vronski no supo estos detalles hasta más tarde, y entonces solo vio una cosa: es decir, que *Fru-Fru* estaba a punto de aterrizar sobre el pie o la cabeza de *Diana* y que, semejante a un gato al caer, hacía un esfuerzo con el lomo y las patas y saltaba más allá del caballo caído.

Pasado el río, Vronski pudo ya dominar su caballo, y hasta lo retuvo un poco, con

intención de saltar la barrera grande detrás de Majotin, al que no esperaba adelantarse hasta llegar al espacio libre de obstáculos. Dicha barrera se elevaba precisamente frente al pabellón imperial, donde el mismo emperador, la corte y una inmensa multitud los miraba al acercarse.

Vronski conoció que todos tenían la atención fija en él, pero solo veía las orejas de su caballo; la tierra desaparecía ante él, y *Gladiátor* batía el suelo con sus blancos pies, conservando siempre la misma ventaja sobre *Fru-Fru*. *Gladiátor* se lanzó al fin contra la barrera, agitó su corta cola y desapareció a los ojos de Vronski sin chocar con el obstáculo.

—¡Bravo! —gritó una voz.

En el mismo instante, sintió Vronski que las tablas de la barrera pasaban como un relámpago; su caballo saltó sin cambiar de aire, pero oyó tras sí un crujido: *Fru-Fru*, animándose al ver a *Gladiátor*, había saltado demasiado pronto, tocando la barrera con sus cascos posteriores; pero Vronski, que tenía el rostro lleno de barro, reconoció muy pronto que no había perdido ventaja al ver delante de sí la grupa de *Gladiátor*.

*Fru-Fru* hizo, al parecer, la misma reflexión que su amo, pues sin excitación alguna se aumentó marcadamente su velocidad y se acercó a Majotin, girando hacia la cuerda. Vronski se preguntaba si no podría tomarle ventaja al otro lado de la pista, cuando *Fru-Fru*, cambiando de pie, tomó por sí mismo la dirección. Su caballo, bañado en sudor, se acercó a la grupa de su rival; durante algunos segundos corrieron uno junto a otro; mas para acercarse a la cuerda, Vronski excitó a su caballo, y en el descenso se adelantó a Majotin, que, con la cara cubierta de lodo, sonreía irónicamente. Aunque lo precediera, Vronski oía siempre a su lado el mismo galope regular y la respiración precipitada, pero no fatigosa, de *Gladiátor*.

Los dos obstáculos siguientes, fueron franqueados sin dificultad; pero el golpe y el resoplido del caballo de Majotin se acercaban más y más. Vronski forzó el tranqueo de *Fru-Fru* y observó con alegría que aumentaba fácilmente su celeridad: ya no se oían tan cerca los cascos de *Gladiátor*.

El conde sostenía ahora la carrera como la deseaba, y según se lo recordara Kord: de modo que se creía seguro de la victoria. Su emoción y alegría y su cariño a *Fru-Fru* iban siempre en aumento; hubiera querido volverse, mas no se atrevía a mirar hacia atrás; procuraba calmarse y no abusar de su caballo. Solo faltaba un grave obstáculo que franquear, la banqueta irlandesa; y si después del salto se mantenía siempre a la cabeza su triunfo sería infalible. Así él como *Fru-Fru* vieron la banqueta desde lejos, y los dos, el jinete y el caballo, vacilaron un momento. Vronski lo observó en el cuadrúpedo por sus orejas, y ya levantaba el látigo cuando comprendió a tiempo que ya sabría *Fru-Fru* lo que debía hacer. El noble animal tomó su impulso y, según lo preveía Vronski, conservó la rapidez adquirida, que lo transportó mucho más allá del foso, continuando después el caballo su carrera sin esfuerzo y sin

cambiar de pie.

—¡Bravo, Vronski! —gritaron varias voces, en las que el conde reconoció las de sus compañeros y amigos, situados cerca del obstáculo, donde también se hallaba Yashvin, aunque no lo vio.

—¡Bien, yegua mía!—murmuraba Vronski, escuchando lo que sucedía detrás de él... «Ha saltado también»; se dijo al oír próximo el galope de *Gladiátor*.

Faltaba el último foso, de poca anchura, y Vronski no le daba apenas importancia; pero queriendo llegar el primero, mucho antes de los demás, comenzó a picar su caballo. El animal perdía sus fuerzas, con el cuello bañado en sudor, así como la cabeza y las orejas; su respiración «empezaba a ser fatigosa; pero Vronski comprendía que aún le quedaba fuerza para franquear las doscientas *sazhens* que lo separaban de la meta, y no «observaba la celeridad sino porque iba tocando casi el suelo. El foso fue franqueado sin que Vronski lo notase; *Fru-Fru* voló más bien que saltó, pero en el mismo instante, el jinete reconoció con espanto que en vez de seguir el movimiento del cuadrúpedo, el peso de su cuerpo había caído en falso sobre la silla, por un movimiento tan imperdonable como difícil de explicar. ¿Cómo había sucedido aquello? Vronski no lo comprendió, pero sí reconoció que le pasaba algo terrible: el alazán de Majotin cruzó por delante como un relámpago.

Vronski tocaba el suelo con un pie sobre el cual cayó la yegua, y apenas había tenido tiempo de retirarlo cuando el animal se tendió completamente produciendo un ruidoso resoplido y haciendo con su delicado cuello, empapado en sudor, inútiles esfuerzos para levantarse, cual ave herida por el tiro del cazador. Vronski le había roto los ijares por el movimiento que hizo en la silla, pero no comprendió su falta hasta más tarde; solo veía una cosa en aquel momento, y era que *Gladiátor* se alejaba rápidamente y que él estaba allí solo, delante de la yegua tendida en tierra, que fijaba en él una triste mirada. Siempre sin comprender aquello, Vronski tiró de la brida; el pobre animal se agitó como un pez cogido en la red, tratando de ponerse en pie; pero no pudiendo mover las patas, volvió a caer de lado. Vronski, pálido y descompuesto por la cólera, le descargó con el tacón de su bota un golpe en el vientre para obligarla a levantarse; pero *Fru-Fru* no se movió, y fijando en su amo una elocuente mirada, hundió el hocico en el suelo.

—¡Dios mío!, ¿qué he hecho yo? —gritó Vronski, mesándose los cabellos—. ¿Qué acabo de hacer?

Y al pensar en la carrera perdida, en su humillante e imperdonable falta y en el pobre animal que tenía ante sí, volvió a repetir las mismas palabras.

El cirujano y su ayudante, sus compañeros y amigos, todo el mundo, en fin, corrían hacia Vronski, que, con gran pesar suyo, se veía sano y salvo.

El caballo tenía rota la espina dorsal y era preciso matarlo. Incapaz de pronunciar una sola palabra, Vronski no pudo responder a ninguna de las preguntas que le

hicieron, y abandonó el campo de las carreras sin recoger la gorra que se le había caído, y andando a la casualidad sin saber adónde iba. Por primera vez en su vida era víctima de una desgracia que ya no tenía remedio, y de la cual se reconocía el único culpable.

Yashvin corrió tras de Vronski con la gorra y lo condujo a su alojamiento, donde al fin se calmó, volviendo del todo en sí; pero aquella carrera fue durante largo tiempo, uno de los recuerdos más penosos y crueles de su existencia.



## XXVI

LAS relaciones de Alexiúi Alexándrovich y de su esposa no parecían haber cambiado aparentemente; cuando más, se notó que Karenin estaba sobrecargado de trabajo más que nunca.

Llegada la primavera, marchó al extranjero, según su costumbre, a fin de reponerse de las fatigas del invierno en alguna estación termal.

Regresó en julio y se encargó otra vez de sus funciones con nueva energía. Su esposa habitaba en la casa de campo de los alrededores de San Petersburgo, y el señor Karenin permanecía en la ciudad.

Después de su conversación en la noche en que asistió a la tertulia de la princesa Tvierskaia, no se había tratado ya entre los cónyuges de sospechas ni de celos; pero Alexiúi Alexándrovich hacía uso más que nunca del tono que le era peculiar en sus actuales relaciones con Anna, y su frialdad había aumentado, mas no parecía conservar de aquella conversación ni una ligera contrariedad.

«No has querido explicarte conmigo —parecía decir—; tanto peor para ti, porque ahora habrás de venir a mí, y entonces yo no querré explicarme.» Y se dirigía a su mujer con el pensamiento, como un hombre furioso por no haber podido apagar un incendio, y que diría al elemento devorador: «¡Arde, arde, tanto peor para ti!».

Aquel hombre tan fino y tan sensato cuando se trataba de su servicio, no comprendía todo lo absurdo de semejante conducta, y si no comprendía era porque la situación le parecía demasiado terrible para osar analizarla. Prefirió sepultar en su alma el afecto que profesaba a su esposa y a su hijo, como si lo guardase en un cofre sellado y bien cerrado; y hasta comenzó a tratar a Serguiúi con cierta frialdad, llamándolo siempre joven, con ese tono irónico con que hablaba a su esposa. Alexiúi Alexándrovich pretendía no haber tenido nunca entre manos asuntos tan importantes como aquel año; pero no confesaba que los había creado a su antojo, a fin de no tener que abrir el cofre cerrado en que guardaba sus sentimientos, tanto más perturbado cuanto más tiempo los conservaba así.

Si alguien se hubiera arrogado el derecho de preguntarle lo que pensaba de la conducta de su esposa, aquel hombre sereno y pacífico se hubiera encolerizado en vez de contestar; por eso su fisonomía tomaba una expresión digna y severa siempre que le preguntaban por Anna; y a fuerza de empeñarse en no pensar nada sobre la conducta de su mujer, Karenin acabó por conseguirlo.

La residencia de verano de los Karenin estaba en Petergof, y la condesa Lidia Ivánovna, que solía vivir allí, mantenía frecuentes relaciones de buena vecindad con Anna. Aquel año la condesa no había querido habitar en Petergof, y hablando cierto día con el señor Karenin, hizo algunas alusiones sobre la inconveniencia de la intimidad de Anna con Betsi y Vronski. Alexiúi Alexándrovich la contuvo

severamente, declarando que para él su esposa estaba muy por encima de toda sospecha; y desde aquella conversación evitó el encuentro con la noble dama. Resuelto a no observar nada, no echaba de ver que muchas personas comenzaban a murmurar contra su esposa, y no había tratado de explicarse por qué esta insistió para instalarse, en Tsárskoie, donde vivía Betsi, no lejos del campamento de Vronski. Alexiái Alexándrovich no quería reflexionar, mas, a pesar de todo, sin darse cuenta de los hechos ni tener prueba o sospecha alguna, no dudaba que era engañado y sufría profundamente.

¡Cuántas veces se había preguntado, durante sus ocho años de felicidad conyugal, al ver matrimonios desunidos, cómo podía suceder semejante cosa y por qué no se saldría a toda costa de una situación tan absurda!

Ahora que aquella desgracia llamaba a su propia puerta, no solamente no pensaba en librarse de tan crítica posición, sino que no quería admitirla, porque lo espantaba lo que tenía de terrible.

Desde su vuelta del extranjero, Alexiái Alexándrovich había ido dos veces a ver a su esposa al campo, la una para comer y la otra para asistir a una reunión; pero sin quedarse a dormir como lo hacía antes.

El día de las carreras había sido muy atareado para el señor Karenin; pero al hacer su programa por la mañana, resolvió ir a Petergof, después de comer temprano, y luego a las carreras, pues hallándose allí la corte, le convenía dejarse ver. Por conveniencia también, había resuelto hacer todas las semanas una visita a su esposa; había llegado el día 15 del mes y tenía por costumbre entregar en esta fecha el dinero necesario para el gasto de la casa.

Todo esto fue resuelto con la fuerza de voluntad de Alexiái Alexándrovich, sin pensar en otra cosa.

Durante la mañana estuvo muy ocupado, pues había recibido la víspera un folleto de un viajero célebre por sus expediciones en la China, viajero a que la condesa Lidia recomendaba como hombre muy útil.

Alexiái Alexándrovich no había podido terminar la lectura del folleto por la noche, y debía concluirlo a la mañana siguiente; después vinieron las solicitudes, los informes, las audiencias, el correo y, en fin, todo el «trabajo de los días laborables», como él decía.

Seguía a esto su trabajo personal, la visita del médico y la del administrador; este último le ocupó poco tiempo, pues se limitó a darle dinero y un informe muy conciso sobre el estado de sus negocios, que aquel año no eran muy brillante, pues los gastos habían sido considerables, ocasionando esto un déficit.

El doctor, médico célebre y amigo de Karenin, le ocupó, en cambio, largo tiempo. Había ido sin que lo llamaran, y Alexiái Alexándrovich quedó sorprendido por su visita y por la escrupulosa atención con que le auscultó, haciéndole varias preguntas;

ignoraba que, inquieta por su estado poco normal, su amiga la condesa Lidia había rogado al doctor que lo viera y lo examinara bien.

—Hágalo usted por mí —le había dicho la condesa.

—Lo haré por Rusia, condesa —contestó el doctor.

—¡Qué hombre tan bueno! —dijo la condesa.

El doctor quedó muy descontento de su examen; el hígado estaba congestionado, la alimentación era mala y el efecto de los baños, nulo; en su consecuencia, prescribió más ejercicio físico, menos tensión de espíritu y, sobre todo, la abstención de preocupaciones morales, tanta hubiera valido ordenarle que no respirara.

El médico salió, dejando a Karenin bajo la desagradable impresión de que tenía un principio de enfermedad incurable.

En cuanto al doctor, al salir de casa de Alexiúi Alexándrovich encontró en el peristilo al jefe de negociado, llamado Sliudin, compañero de la universidad; rara vez se veían, mas no por eso dejaban de ser buenos amigos, y he aquí por qué el doctor no hubiera hablado a otros con la misma franqueza que a Sliudin.

—Me alegro mucho que lo haya visto usted —dijo este último—, pues me parece que no va bien. ¿Cuál es su opinión?

—Lo que yo pienso —replicó el doctor, haciendo seña a su compañero para que avanzase—, lo va usted a saber ahora —y retirando un dedo de su guante helado, añadió—: Si trata usted de romper una cuerda que no esté muy tirante, difícilmente logrará su objeto; pero si se halla muy tensa, bastará tocarla para conseguirlo; he aquí lo que le sucede con su vida, hartamente sedentaria, y sus trabajos concienzudos en demasía... ¿Irá usted a las carreras? —preguntó, subiendo a su coche.

—Sí, seguramente no faltaré.

Poco después de haber salido el doctor, llegó el célebre viajero, y Alexiúi Alexándrovich, ayudado por el folleto que leyera la víspera y por algunas nociones anteriores sobre el asunto, admiró a su visitante por la extensión de sus conocimientos y la exactitud de sus apreciaciones.

Después del viajero llegó un alto funcionario del gobierno, con el cual hubo de hablar Alexiúi Alexándrovich algún tiempo; luego fue necesario despachar con el jefe, y terminado este trabajo, hacer una visita importante a un personaje oficial. Karenin no tuvo apenas tiempo para volver a comer, acompañado del jefe de negociado, a quien invitó a ir a las carreras.

Sin darse cuenta de ello, buscaba ahora siempre un tercero que asistiese a las entrevistas con su esposa.

## XXVII

**A** NNA estaba en su habitación, en pie ante un espejo, sujetando el último lazo de un vestido con ayuda de Ánnushka, cuando se oyó el ruido de un coche en el patio.

«Es demasiado temprano para Betsi —pensó la señora de Karenin; y al mirar por la ventana vio en el coche el sombrero negro y las bien conocidas orejas de Alexiúi Alexándrovich—. ¡He aquí una dificultad enojosa! —añadió—. ¿Vendrá a pasar aquí la noche?»

Los resultados que esta visita podrían tener la espantaron; sin reflexionar un minuto, y bajo el imperio de ese espíritu de engaño que le era familiar y la dominaba, bajó radiante de alegría a recibir a su esposo, y habló con él sin saber por qué.

—¡Qué amable eres! —exclamó, presentando la mano a su esposo, mientras saludaba a Sliudin con una sonrisa—. Espero —añadió— que te quedarás aquí esta noche —el demonio de la mentira le aconsejaba estas palabras—. Supongo que iremos juntos a las carreras. ¡Qué lástima que me haya comprometido con Betsi, que ha de venir a buscarme!

Alexiúi Alexándrovich hizo una mueca al oír este nombre.

—¡Oh!, no quiero separar a las inseparables —dijo con tono irónico—; yo iré con Mijaíl Vasílievich. El doctor me ha recomendado el ejercicio, y deseo recorrer una parte del camino a pie.

—Pero no hay prisa —dijo Anna—. ¿Quieres tomar té?

Y llamó.

—Sirva usted el té —ordenó a la criada—, y diga usted a Seriozha que aquí está su padre. ¿Y cómo vamos de salud? —añadió—. Mijaíl Vasílievich, aún no había usted venido a mi casa; vea cómo tengo arreglado el balcón.

Anna hablaba sencilla y naturalmente, pero demasiado y muy deprisa, como se lo dio a conocer la curiosa mirada de Mijaíl Vasílievich, que la observaba a hurtadillas; este se dirigió hacia el terrado y Anna fue a sentarse junto a su esposo.

—Tienes mala cara —le dijo.

—Sí, el doctor vino esta mañana y me ha quitado bastante tiempo; pero estoy seguro de que lo envió uno de mis amigos. ¡Como mi salud es tan preciosa!

—¿Y qué ha dicho el doctor?

Anna interrogó a su esposo sobre sus trabajos, le aconsejó el descanso y le invitó a trasladarse al campo también. Todo esto lo dijo con mucha alegría y animación; pero Alexiúi Alexándrovich no daba importancia a este tono; solo oía las palabras y las tomaba en su sentido literal, contestando simplemente, aunque con cierta ironía. Esta conversación no tuvo nada de particular, y, sin embargo, Anna no pudo recordarla más tarde sin experimentar profunda pena.

Seriozha entró, acompañado de su aya; si Karenin hubiera observado, no habría podido menos de notar la expresión tímida con que el niño miró a sus padres; pero no quería ver nada, y nada vio.

—¡Hola, joven! —exclamó Alexiúi Alexándrovich—. Parece que crecemos; ya estás hecho todo un mozo.

Y ofreció su mano al niño, muy turbado en aquel momento. Seriozha había sido siempre tímido con su padre; pero desde que este lo llamaba «joven», y desde que se atormentaba la imaginación para averiguar si Vronski era amigo o enemigo, se mostraba más tímido aún. Se volvió hacia su madre como para buscar protección, porque solo a su lado estaba tranquilo, mientras que Alexiúi Alexándrovich, cogiendo al niño por los hombros, preguntó al aya cómo se portaba. Anna vio el momento en que Seriozha iba a llorar, y observando su inquietud, se acercó a él vivamente, separó las manos de su esposo apoyadas en el hombro del niño y condujo a este al terrado, abrazándolo. Después se acercó a su esposo.

—Se hace tarde —dijo, mirando su reloj—. ¿Por qué no vendrá Betsi?

—Sí —repuso Karenin, haciendo crujir las articulaciones de sus dedos y levantándose—. He venido también a traerte dinero, pues supongo que lo necesitas.

—No..., sí..., lo necesito —replicó Anna, ruborizándose y sin mirar a su esposo—; pero ¿no volverás después de las carreras?

—Sí —contestó Alexiúi Alexándrovich—. ¡Ah! Aquí tenemos a la gloria de Petergof, a la princesa Tvierskaia —añadió, al ver por la ventana una berlina a la inglesa que se acercaba al zaguán.

—¡Qué elegancia! ¡Vaya, vámonos también!

La princesa no bajó del coche; su lacayo, con riguroso traje a la inglesa, saltó al punto del pescante.

—¡Me voy, adiós! —dijo Anna, abrazando a su hijo y dando la mano a su esposo—. Te agradezco la visita.

Alexiúi Alexándrovich besó la mano de Anna.

—Supongo que vendrás a tomar el té—añadió esta, alejándose con expresión de alegría; mas apenas estuvo fuera del alcance de las miradas, se estremeció, al parecer con repugnancia, al sentir aún en su mano la impresión de aquel beso.

## XXVIII

CUANDO Alexiúi Alexándrovich se presentó en las carreras, Anna se había colocado ya junto a Betsi en el pabellón principal, donde se hallaba reunida la alta sociedad: divisó a su esposo a lo lejos, e involuntariamente, lo siguió con la vista entre la multitud. (Dos hombres —el marido y el amante— eran el centro de su vida y Anna percibía su proximidad sin recurrir a sus sentidos.) Lo vio avanzar hacia el pabellón, devolviendo con altanera benevolencia sus saludos a varias personas que encontraba al paso, cambiando otros distraídos con sus iguales, y buscando con ansiedad las miradas de los poderosos, a los cuales contestaba descubriéndose completamente, en cuyo caso dejaba ver sus grandes orejas. Anna conocía todas aquellas maneras de saludar, y le eran igualmente antipáticas.

«Todo es ambición y ansia de figurar —pensó Anna—; en su alma no hay otra cosa; en cuanto a sus miras elevadas y a su amor a la civilización y a la religión, no son más que medios para llegar a la altura que desea.»

A juzgar por las miradas que Karenin dirigía al pabellón, fácil era comprender que no había visto a su esposa en aquellas oleadas de muselina y cintas, de plumas, de flores y de sombrillas. Anna comprendió que la buscaba, pero no se dio por enterada.

—¡Alexiúi Alexándrovich! —gritó la princesa Betsi—. ¿No ve usted a su esposa? Aquí está.

Karenin saludó con una sonrisa glacial.

—Todo es tan brillante aquí —replicó, acercándose al pabellón— que los ojos se deslumbran.

Dicho esto, saludó a Anna como debe hacer un esposo que acaba de separarse de su mujer, y después a Betsi y a sus demás conocidos, mostrándose galante con las damas y cortés con los hombres.

Un general célebre por su talento y su saber estaba cerca del pabellón; Alexiúi Alexándrovich, que lo apreciaba mucho, se aproximó a él y entabló conversación.

Era el momento que mediaba entre dos carreras, el general criticaba aquel género de diversión y Alexiúi Alexándrovich lo defendía.

Anna oía aquella voz acompasada, sin perder una sola de las palabras de su esposo, que resonaban desagradablemente en sus oídos.

Cuando iba a comenzar la carrera de obstáculos, se inclinó hacia delante, sin perder de vista a Vronski, que en aquel momento se acercaba a su caballo para montar, la voz de su esposo se elevaba siempre hasta ella y le parecía odiosa, padecía por causa de Vronski, pero más aún por aquella voz, cuyas entonaciones conocía.

«Soy una mala mujer, una mujer perdida —pensaba—, pero odio el engaño y no puedo tolerarlo, mientras que mi marido se alimenta de él. Todo lo sabe y todo lo ve.

¿Qué podrá experimentar cuando habla con esa tranquilidad? Me infundiría algún respeto si me matara o si matase a Vronski; pero no, él prefiere a todo la mentira y las conveniencias.»

Anna no sabía apenas lo que hubiera deseado en su marido ni comprendía tampoco que la volubilidad de Alexiéi Alexándrovich, que tan vivamente la irritaba, no era sino la expresión de su agitación interior, necesitaba un movimiento intelectual cualquiera, así como lo necesita físico el niño que acaba de recibir un golpe; para Karenin era indispensable aturdirse, a fin de ahogar las ideas que lo acosaban en presencia de su esposa y de Vronski.

—El peligro —decía— es una condición indispensable para las carreras de oficiales; si Inglaterra puede mostrar en su historia hechos de armas gloriosas para la caballería, lo debe únicamente al desarrollo de la fuerza en sus hombres y sus caballos. En mi opinión, el deporte tiene un sentido profundo, pero nosotros no lo vemos más que superficialmente.

—No tanto como esto —replicó la princesa Tvierskaia—; dícese que uno de los oficiales se ha roto dos costillas.

Alexiéi Alexándrovich sonrió fríamente y sin expresión.

—Admito, princesa —dijo—, que ese caso es interno y no superficial; pero aquí no se trata de eso —y volviéndose hacia el general, añadió—: No olvide usted que los que corren son militares, que esa carrera se ha organizado por ellos y que toda vocación tiene un reverso de la medalla; esto entra en los deberes militares; así como el boxeo o las corridas de toros son indicios de la barbarie, el deporte especializado es, por el contrario, señal de desarrollo.

—¡Oh, no volveré! —dijo la princesa Betsi—. Esto conmueve demasiado, ¿no es verdad, Anna?

—Sí, pero fascina —dijo otra señora—; si yo hubiese sido romana, habría frecuentado mucho el circo.

Anna no hablaba; se limitaba a mirar en la misma dirección con sus gemelos.

En aquel instante, un general de elevada estatura cruzó por el pabellón; Alexiéi Alexándrovich interrumpió bruscamente su discurso, se levantó con dignidad e hizo un profundo saludo.

—¿No corre usted? —le preguntó el general, chanceándose.

—Mi carrera es de un género más difícil —contestó respetuosamente Karenin.

Y aunque la respuesta no tuviese nada de particular, el general pareció recoger la palabra profunda de un hombre de talento, aparentando que comprendía *la pointe de la sauce*.

—La cuestión tiene dos lados —repuso Alexiéi Alexándrovich—: el del espectador y el del actor, y convengo que el amor a estos espectáculos es indicio seguro de inferioridad en un público...; pero...

—¡Princesa, una apuesta! —gritó Stepán Arkádich, dirigiéndose a Betsi—. ¿Por quién pone usted?

—Anna y yo apostamos por Kúzovlev —dijo Betsi.

—Pues yo por Vronski... un par de guantes.

—Está bien.

Alexiúi Alexándrovich había guardado silencio mientras hablaban a su alrededor; pero terminado el diálogo comenzó a decir:

—Convengo en que los ejercicios viriles...

En aquel momento se oyó la señal de partida, y todas las conversaciones cesaron.

El señor Karenin calló también, pues todos se levantaban para mirar por la parte del río; y como las carreras no le interesaban, en vez de seguir con la vista a los jinetes, paseó su mirada distraída por el pabellón y la fijó al fin en su esposa.

Pálida y grave, Anna no tenía ojos más que para los que corrían, su mano oprimía convulsivamente el abanico y apenas respiraba. Karenin apartó de ella la vista para examinar a otras damas.

«He aquí otra señora muy conmovida —se dijo—; esto es muy natural», y, a pesar suyo, fijó en ella la atención y después en Anna, en cuyo rostro leía claramente con horror todo lo que deseaba ignorar.

A la primera caída, la de Kúzovlev, la emoción fue general; mas por la expresión de triunfo del rostro de Anna Karénina reconoció que aquel a quien ella miraba no había caído. Cuando un segundo oficial rodó por tierra después que Majotin y Vronski habían saltado la barrera grande y se creyó que este último se había matado, cruzó entre todos los espectadores un murmullo de terror; pero Alexiúi Alexándrovich echó a deber que su esposa no había observado nada y que apenas comprendía la emoción general; por eso la miró con creciente insistencia.

Aunque estuviese muy absorta, Anna sintió que la mirada fría de su esposo pesaba sobre ella, y entonces se volvió hacia Karenin con aire interrogador, frunciendo ligeramente las cejas.

«Todo me es igual», parecía decir. Y volvió a mirar con los gemelos.

La carrera fue desgraciada; de diecisiete jinetes, más de la mitad cayeron, y cuando terminaba aquella, la emoción era tanto más viva cuanto que el emperador manifestó su descontento.



## XXIX

POR lo demás, la impresión general era penosa, y todos se repetían la frase de uno de los concurrentes: «Después de esto ya no queda más que las arenas con leones». El terror producido por la caída de Vronski fue unánime, y el grito proferido por Anna no extrañó a nadie; más, por desgracia, su fisonomía expresó después sentimientos más vivos de lo que el decoro permitía. Perturbada y fuera de sí como ave cogida en el lazo, quiso levantarse, huir; y volviéndose hacia Betsi, repetía:

—¡Marchemos, marchemos!

Pero Betsi no escuchaba; inclinándose hacia un militar que se había acercado al pabellón, le hablaba con viveza.

Alexiéi Alexándrovich se aproximó a su esposa y le ofreció cortésmente el brazo.

—Marchemos si lo deseas —dijo en francés.

Anna no fijó la atención en su esposo, porque escuchaba ansiosa el diálogo de Betsi y del general.

—Se asegura que se ha roto también la pierna —decía el último—; pero esto no tiene sentido común.

Anna, sin contestar a su esposo, miraba siempre con sus gemelos el sitio donde Vronski había caído; pero estaba tan lejos y era tan considerable la multitud, que no distinguía nada. Entonces dejó de mirar, e iba a retirarse cuando llegó un oficial a galope para dar al emperador cuenta de lo ocurrido.

Anna se inclinó hacia delante para escuchar.

—¡Stepán, Stepán! —gritó a su hermano; y como este no oyera, quiso bajar otra vez de la tribuna.

—Le ofrezco a usted mi brazo si desea retirarse —repitió Alexiéi Alexándrovich, tocándole la mano.

Anna se alejó de él con repulsión y contestó sin mirarlo:

—No, no; déjeme usted permanecer aquí.

Acababa de ver a un oficial que desde el lugar del accidente corría a rienda suelta, cortando el campo de las carreras.

Betsi le hizo seña con su pañuelo; el oficial venía a decir que el jinete no estaba herido, pero que el caballo se había reventado.

Al oír esta noticia, Anna volvió a sentarse, ocultando su rostro con el abanico, y Alexiéi Alexándrovich observó no solamente que lloraba, sino que no podía reprimir los sollozos que levantaban su seno; entonces se colocó delante de ella para ocultarla en parte a los ojos del público y darle tiempo de reponerse.

—Por tercera vez le ofrezco mi brazo —dijo algunos momentos después, volviéndose hacia su esposa.

Anna lo miraba sin saber qué contestar; pero Betsi vino en su auxilio.

—No, Alexiúi Alexándrovich —dijo—; yo la he traído y la acompañaré.

—Dispense usted, princesa —replicó Karenin sonriendo cortésmente y fijando la mirada en Betsi—; veo que Anna está indispuesta y deseo acompañarla yo mismo.

Intimidada al oír estas palabras, Anna se levantó sumisa, y se cogió del brazo de su esposo.

—Ya enviaré a pedir noticias y se las comunicaré cuanto antes —murmuró Betsi en voz baja.

Al salir de la tribuna, Alexiúi Alexándrovich habló de la manera más natural con todos los conocidos que encontraba, y su esposa hubo de escuchar y responder, aunque tenía muy lejos de allí el pensamiento, pareciéndole que soñaba.

«¿Está herido, será todo eso verdad, lo veré hoy?», pensaba Anna.

Subió al coche silenciosamente, y muy pronto se alejaron de la multitud. A pesar de todo lo que había visto, Alexiúi Alexándrovich no se permitía juzgar a su mujer; para él las apariencias exteriores era lo que importaba; no se había conducido convenientemente y se creía obligado a manifestárselo; pero ¿cómo hacer esta observación sin ir demasiado lejos? Abrió la boca para hablar, e involuntariamente dijo otra cosa muy distinta de la que se proponía decir:

—¡Cómo nos inclinamos todos a contemplar con admiración esos espectáculos crueles! —exclamó—. Yo observo...

—¿El qué? No comprendo —replicó Anna, con tono de soberano desprecio.

Este tono ofendió a Karenin.

—Quería decir a usted... —comenzó a decir.

«He aquí la explicación», pensó Anna con cierto temor.

—Debo manifestarle que su proceder ha sido muy inconveniente hoy.

—¿En qué? —preguntó Anna, volviéndose vivamente hacia su esposo y fijando en él su mirada, no con la falsa alegría a que apelaba para disimular sus sentimientos, sino con un aplomo que ocultaba mal su temor.

—Tenga usted cuidado —dijo Alexiúi Alexándrovich, mostrando la ventanilla del coche, cuyo cristal estaba bajado.

Y se inclinó para subirlo.

—¿Qué ha encontrado usted inconveniente? —repitió Anna.

—La desesperación que tan mal ha disimulado usted cuando uno de los jinetes cayó.

El señor Karenin esperó la respuesta, pero su esposa guardaba silencio.

—Ya le he rogado a usted —continuó— que procure conducirse en el mundo de tal modo que no pueda ser presa de las malas lenguas. Hubo un tiempo en que hablaba de sentimientos íntimos, pero ya no he vuelto a tratar de semejante cosa; ahora es cuestión de hechos exteriores, y debo decirle que su proceder ha sido inconveniente y que deseo que no se repita.

Estas palabras llegaban solo a medias a los oídos de Anna, que si bien poseída de temor, solo pensaba en Vronski, preguntándose si sería posible que estuviese herido.

Cuando Alexiái Alexándrovich acabó de hablar, lo miró con una sonrisa de fingida ironía sin responder: no había oído nada. Su terror se comunicó a Karenin, que habiendo comenzado con energía, midió después todo el alcance de sus palabras y tuvo miedo; la sonrisa de Anna lo hizo incurrir en un error singular.

«Se ríe de mis sospechas —pensó—. Y ahora me dirá, como otras veces, que carecen de fundamento, que son absurdas.»

Esto era lo que Karenin deseaba con ansia, tanto temía ver sus temores confirmados, que estaba dispuesto a creer cuanto su esposa le dijera; pero la expresión de aquel semblante sombrío no prometía ni siquiera una mentira.

—Tal vez me haya engañado yo —dijo—, y en tal caso dispéñseme usted.

—No, no se ha engañado usted —dijo Anna lentamente, mirando con desesperación el rostro impasible de su esposo—; he sido presa de una profunda angustia y no puedo menos de experimentarla todavía: lo escucho a usted y solo pienso en él; lo quiero; soy su querida, y no puedo soportar la presencia de usted, porque lo temo y lo odio. Puede usted hacer de mí lo que quiera.

Y recostándose en el fondo del coche, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

Alexiái Alexándrovich no se movió, ni cambió la dirección de su mirada; pero la expresión solemne de su fisonomía tomó la rigidez de la muerte, la cual conservó todo el camino. Al acercarse el coche a la casa, se volvió hacia su esposa y le dijo:

—Entendámonos: exijo que hasta el momento en que yo haya adoptado las medidas necesarias —al pronunciar estas palabras su voz era trémula— para poner a cubierto mi honor, medidas que ya se las comunicarán a usted, procure conservar las apariencias.

Y saliendo del coche, hizo bajar a Anna delante de los criados, le estrechó la mano, volvió a ocupar su asiento y dio orden al cochero de conducir a San Petersburgo.

Apenas hubo marchado, un mensajero de Betsi llegó con un billete que decía:

«He enviado a pedir informes; me participan que sigue bien, pero está desesperado.»

«¡Entonces vendrá! —pensó Anna—. He hecho bien en confesarlo todo.»

Y miró su reloj, mostrándose inquieta al ver que no era tan tarde como ella deseaba; pero el recuerdo de la última entrevista hizo latir su corazón.

«¡Dios mío! Esto es terrible, pero me complace verlo. ¡Mi esposo! ¡Tanto mejor; todo ha concluido entre nosotros!»

**D**ONDEQUIERA que se reúnen los hombres, y así en la pequeña estación balnearia elegida por los Scherbatski como en otras partes, se forma una especie de cristalización social que mantiene a cada uno en su sitio; del mismo modo que una gotita de agua expuesta al frío toma invariablemente cierta forma cristalina, así cada persona encuentra señalada ya su categoría en la sociedad.

*Der Furst Scherbatski*<sup>[29]</sup> *samt gemahlin und tochter* se cristalizaron, desde luego, en el lugar correspondiente según su jerarquía social, indicándose esto por la habitación que ocuparon, por su nombre y las relaciones que contrajeron.

Este trabajo de estratificación se había efectuado aquel año con tanta más formalidad, cuanto que una Furstin<sup>[30]</sup> alemana de verdad honraba los baños con su presencia. La princesa se creyó en el deber de presentarle su hija, y esta ceremonia se efectuó dos días después de su llegada. Kiti, engalanada con un tocado muy «sencillo», es decir, muy elegante, y recién venido de París, hizo una profunda y graciosa reverencia a la gran dama.

—Espero —dijo esta— que no tardarán en renacer las rosas en ese lindo rostro.

Y esto bastó para que la familia Scherbatski quedase clasificada definitivamente.

Después trabó conocimiento con una *lady* inglesa y su familia, una condesa alemana y su hijo, herido en la última guerra; un científico sueco, el señor Canut y su hermana.

Pero la sociedad íntima de los Scherbatski se compuso casi espontáneamente de bañistas rusos, entre los cuales figuraban María Yevguénievna Rtícheva y su hija, que desagradaba a Kiti porque también estaba enferma a consecuencia de un amor contrariado, y un coronel moscovita que iba siempre de uniforme, y que por su corbata de color y su cuello descubierto parecía soberanamente ridículo. Esta sociedad era insoportable para Kiti.

Después de la marcha del anciano príncipe a Carlsbad, se aburrió mucho. Kiti no se interesaba por los conocidos, ya que no esperaba nada nuevo de ellos. Su mayor y más íntimo interés consistía en observar a los que no conocía y hacer conjeturas acerca de ellos. Por inclinación natural de su personalidad, Kiti suponía siempre solo todo lo bueno en los demás y sobre todo en los desconocidos. Y ahora, al hacer suposiciones sobre quien pudiera ser aquella gente, sus relaciones mutuas y sus caracteres, imaginaba que estos eran hermosos y excepcionales y encontraba la confirmación de ello en sus observaciones.

Una de las que le inspiraron el más vivo interés fue una joven rusa que había ido a los baños con una dama rusa a quien llamaban *madame Shtal*, perteneciente a la alta nobleza, según se decía.

Esta señora, muy enferma, se dejaba ver raras veces, y siempre iba en un

cochecito. No conocía a ningún ruso, pero ello se debía a su orgullo y no a la enfermedad. La citada joven cuidaba de ella, y según Kiti, atendía con la misma amable solicitud a otras varias personas gravemente enfermas.

*Madame Shtal* llamaba a su joven compañera *Váreñka*, los demás se referían a ella como «*m-lle* *Váreñka*». Esa joven rusa, según observaba Kiti, no era de la familia de *madame Shtal*, tampoco parecía una cuidadora retribuida; Kiti le profesaba una irresistible simpatía, y le parecía, cuando sus miradas se encontraban, que ella le dispensaba también su cariño.

*M-lle* *Váreñka*, aunque joven, parecía carecer de juventud: lo mismo podía tener diecinueve años que treinta; a pesar de su palidez enfermiza, la juzgaban todos más linda que fea cuando analizaban sus facciones; hasta hubiera pasado por muy bien formada si no hubiese sido por su cabeza algo grande y su excesiva flacura. No debía de agrandar a los hombres, y al verla se pensaba en una hermosa flor que, conservando sus pétalos, estuviese ya marchita y sin perfume. Además, para atraer a los hombres le faltaba aquello que en Kiti había con exceso: el fuego contenido de la vida y la conciencia de su propia belleza.

*Váreñka* parecía siempre absorta con algún deber importante, y se hubiera dicho que no tenía tiempo para ocuparse de cosas frívolas. El ejemplo de aquella vida tan atareada hacía pensar a Kiti que si la imitase hallaría lo que buscaba con dolor, es decir, un interés, un sentimiento de dignidad personal que no tuviese ya nada de común con esa actitud mundana de la muchacha respecto al hombre, que a Kiti se le antojaba como una exhibición vergonzosa de mercancías que esperaban al comprador. Cuanto más estudiaba a su amiga desconocida, más deseaba conocerla, segura de que sería una mujer perfecta.

Las dos jóvenes se encontraban varias veces al día y los ojos de Kiti parecían decir siempre: «¿Quién es usted? ¿No es verdad que no me engaño al creerla una mujer encantadora? No tendré la indiscreción de solicitar su amistad, y me contento con admirarla y quererla». «Yo también la quiero —contestaba la mirada de la desconocida—, y la querría más aún si tuviese tiempo.» La verdad era que *Váreñka* estaba siempre muy ocupada: unas veces se la veía conduciendo a los niños que venían del baño, o acompañando a un enfermo, o comprando golosinas para sus protegidos.

Cierto día, muy poco después de la llegada de los *Scherbatski*, se presentó en la localidad una pareja que fue objeto de una atención poco benévola.

El hombre era de elevada estatura y un poco encorvado; tenía manos enormes y ojos negros, a la vez de expresión cándida y terrorífica, y llevaba un paletó viejo muy corto; la mujer, bastante mal vestida también, se distinguía sobre todo por estar picada de la viruela, aunque su fisonomía era de dulce expresión.

Kiti reconoció desde luego que eran rusos, y ya su imaginación fraguaba toda una

novela conmovedora, cuyos héroes serían aquellos dos individuos, cuando la princesa supo, al mirar la lista de viajeros, que los recién venidos se llamaban Nikolái Lievin y Maria Nikoláievna, con lo cual puso fin a la novela de su hija, explicándola que aquel Lievin era hombre de muy mal género.

El hecho de que fuese hermano de Konstantín Lievin disgustó más a Kiti que las palabras de su madre; aquel hombre de movimientos extravagantes llegó a ser para ella odioso, pues creía leer en sus grandes ojos, que la miraban con obstinación, sentimientos irónicos y malévolos; y, por lo mismo, evitó siempre su encuentro.

## XXXI

**E**L día estaba lluvioso; Kiti y su madre se paseaban en la galería, acompañadas del coronel, que con su chaquetón a la europea, comprado en Fráncfort, se las echaba de elegante.

Los tres iban por un lado de la galería, tratando de evitar el encuentro con Nikolái Lievin, que paseaba por el otro. Váreñka, que vestía una falda oscura y sombrero negro, acompañaba a una anciana francesa ciega, y cada vez que se encontraba con Kiti se cruzaba entre las dos jóvenes una mirada amistosa.

—Mamá, ¿me permite usted hablarle? —preguntó Kiti al ver a su desconocida acercarse al manantial y juzgando el momento oportuno para entablar conversación.

—Si tantos deseos tienes de conocerla, déjame tomar antes informes; pero, a decir verdad, no sé qué encuentras de notable en ella. Si quieres, trabaré conocimiento con la señora Shtal, pues su cuñada fue amiga mía —añadió la princesa, con dignidad.

No se le ocultaba a Kiti que su madre estaba resentida por el proceder de la señora Shtal, que parecía evitarla, y, por tanto, no insistió.

—Es verdaderamente encantadora —dijo al ver a Váreñka ofrecer un vaso de agua a la francesa—. ¡Qué amable y sencilla es!

—Qué gracia me hace tu *engouements*<sup>[31]</sup> —repuso la princesa—; mas, por lo pronto, alejémonos —añadió, al ver que se acercaba Lievin con su compañera y un médico alemán, a quien hablaba con acento de enojo.

Al dar la vuelta, madre e hija oyeron voces ruidosas; Lievin se había detenido y gesticulaba gritando, mientras el doctor le contestaba con expresión de cólera, habiéndose formado ya un círculo alrededor de ellos. La princesa se alejó rápidamente con Kiti, y el coronel fue a mezclarse con la multitud para averiguar la causa de aquella discusión.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la princesa al coronel cuando volvió, a los pocos minutos.

—¡Es una vergüenza! —contestó el militar—. No hay nada peor que encontrar rusos en el extranjero. Ese hombre ha discutido con el doctor, censurándolo groseramente porque no lo ha tratado como él entendía, y acabando por amenazarlo con el bastón.

—¡Dios mío, eso es muy penoso! —dijo la princesa—. ¿Y cómo ha concluido eso?

—Gracias a esa señorita que lleva el sombrero en forma de seta; creo que es rusa, y es la primera que ha intervenido para llevarse a ese hombre del brazo.

—¿Lo ve usted, mamá? —exclamó Kiti—. ¿Extrañará usted ahora el entusiasmo que Váreñka me inspira?

Kiti observó al día siguiente que Váreñka se había puesto en relación con Lievin

y su compañera como con sus demás protegidos, hablaba con ellos y servía de intérprete a la mujer, que no hablaba ningún idioma extranjero. Kiti suplicó de nuevo a su madre que le permitiera trabar conocimiento con la joven, aunque a la princesa le desagradase, porque con esto parecía hacer una concesión a la señora Shtal, que se mostraba orgullosa; pero como tenía informes que no contenían nada malo sobre ella, aunque tampoco nada especialmente bueno de Váreñka, eligió el momento en que se hallaba en el manantial para trabar conversación.

—Permítame —le dijo con afable sonrisa— que me presente yo misma; mi hija la aprecia a usted mucho, y aunque tal vez no me conozca, yo...

—Y yo la correspondo —interrumpió vivamente la joven.

—Ayer hizo usted una buena acción con nuestro lamentable compatriota —dijo la princesa.

Váreñka se ruborizó.

—No lo recuerdo —repuso—; me parece no haber hecho nada.

—Sí, libró usted a ese Lievin de una cuestión muy desagradable.

—¡Ah, ya recuerdo! Su compañera me llamó y he procurado calmarlo; está muy enfermo y descontento de su médico. Yo acostumbro cuidar esa clase de pacientes.

—Ya sé que usted habita en Menton, con su tía, *m-me* Shtal. He conocido a su cuñada.

—Esa señora no es mi tía, y aunque la llamo *maman*, no lo es tampoco. Me ha educado —añadió Váreñka, ruborizándose.

Todo esto fue dicho con mucha sencillez, y la expresión de su rostro era tan franca y sincera que la princesa comprendió por qué Váreñka agradaba tanto a Kiti.

—¿Y qué piensa hacer ese Lievin? —preguntó.

—Se marcha —contestó Váreñka.

Kiti, que iba en busca de su madre, manifestó la mayor alegría al verla hablar con su amiga.

—Vamos, hija mía —dijo la princesa—, tu ardiente deseo de conocer a la señorita...

—Váreñka— añadió la joven sonriendo—; así es como me llaman.

La señorita Scherbátskaia se ruborizó de placer y estrechó la mano de su nueva amiga, ella no le respondió, su mano pertenecía inmóvil en la mano de Kiti. Pero la cara de Váreñka se iluminó con una sonrisa dulce y tranquila, aunque algo melancólica, dejando ver sus dientes, un poco grandes pero muy bonitos.

—También yo lo deseaba hace mucho tiempo —dijo.

—Pero como está usted tan ocupada...

—¿Yo? Nada de eso; nunca tengo que hacer —repuso Váreñka.

Pero en el mismo instante corrieron hacia ella dos niñas rusas, hijas de un enfermo.



—¡Váreñka, mamá nos llama! —gritaron.  
Y Váreñka las siguió.

## XXXII

**H**E aquí lo que la princesa había averiguado respecto a Váreñka y a sus relaciones con la señora Shtal. Esta última, enfermiza y exaltada, a quien los unos acusaban de haber sido el tormento de su esposo por su mala conducta, mientras que otros sostenían que el marido fue quien la hizo desgraciada, había dado a luz un niño poco después de su divorcio, pero la criatura murió al nacer. La familia de la señora Shtal, conociendo su sensibilidad y temerosa de que la noticia le ocasionara la muerte, había sustituido el niño muerto con la hija de un cocinero de la corte, nacida la misma noche y en la misma casa, en San Petersburgo: era Váreñka. La señora Shtal supo después que la niña no era suya, pero se quedó con ella, tanto más cuanto que la muerte de varios parientes de la criatura la dejaban casi huérfana.

Hacía más de diez años que la señora Shtal vivía en el extranjero, en el sur, guardando reposo casi siempre. Los unos decían que tenía en el mundo fama de caritativa y piadosa; y los otros la juzgaban como un ser superior que solo vivía para las buenas obras, asegurando que era realmente lo que parecía ser. Se ignoraba si era católica, protestante u ortodoxa, pero se sabía que estaba en relaciones con las notabilidades de todas las iglesias.

Váreñka vivía siempre con ella y todos los que conocían a *m-me* Shtal, conocían y querían a *m-lle* Váreñka, como la solían llamar.

Cuando la princesa conoció todos aquellos detalles, no vio ningún inconveniente en que su hija trabara amistad con Váreñka, tanto más cuanto los modales y educación de esta eran excelentes; hablaba a la perfección el inglés y el francés. Y, lo que a juicio de la princesa era fundamental, Váreñka le había transmitido de parte de la señora Shtal su pesar por no poder visitarla a causa de su enfermedad.

Kiti se aficionó cada vez más a su amiga, en la cual descubría diariamente alguna buena cualidad. Habiendo sabido la princesa que Váreñka cantaba, le suplicó que fuese a verla alguna noche.

—Mi hija toca el piano, y aunque el instrumento es malísimo, nos complacería mucho oírla a usted —dijo la princesa con su sonrisa forzada, lo cual desagradó particularmente a Kiti en aquel momento, ya que había observado que Váreñka no sentía deseos de cantar.

Váreñka se presentó el mismo día con su partitura, y encontró reunidos a María Ievguiéniévna, la princesa, Kiti y el coronel; pero se manifestó indiferente a la presencia de estas personas extrañas y se acercó al piano sin hacerse rogar. No sabía acompañarse, pero leía las notas a la perfección. Kiti, como tocaba muy bien el piano, la acompañaba.

—Tiene usted un talento notable —dijo la princesa cuando Váreñka hubo terminado la primera parte, que cantó con exquisito gusto.

María Ievguiénevna y su hija cumplieron también a la joven, dándole las gracias.

—Vea usted cómo atrae al público —dijo el coronel que miraba por la ventana.

En efecto, se habían reunido muchas personas delante de la casa.

—Me alegro mucho haber complacido a ustedes —contestó Váreñka simplemente.

Kiti miraba a su amiga con orgullo, admiraba su talento, su voz, toda su persona, pero particularmente su expresión; era evidente que Váreñka no apreciaba su propio mérito ni los cumplidos que le dirigían.

«¡Qué orgullosa estaría yo en su lugar —pensaba Kiti— y cómo me gustaría ver a toda esa gente delante de la ventana! A ella parece a serle del todo igual. Solo la mueve el deseo de no rechazar y complacer a su *maman*. ¿Qué es lo que tiene? ¿De dónde saca esa fuerza de prescindir de todos y permanecer independiente y serena? ¡Cómo me gustaría saberlo y aprenderlo de ella!»

Así pensaba Kiti, observando la expresión muy serena de su amiga.

La princesa rogó a Váreñka que cantase alguna otra cosa, y la joven lo hizo con igual perfección que la primera vez.

La composición, que seguía en el cuaderno era un aire italiano. Kiti tocó el preludeo y se volvió hacia su amiga.

—Pasemos adelante —dijo Váreñka, ruborizándose.

Kiti corrió algunas hojas, fijando en la joven una mirada interrogadora, y suponiendo que trataba de evitar un recuerdo penoso.

—No —dijo después Váreñka, como si cambiase de parecer—; toque usted ese aire italiano.

Y cantó con tanta tranquilidad como antes.

Cuando hubo concluido, todos le dieron las gracias de nuevo y salieron del salón para tomar el té. Kiti y Váreñka bajaron al jardín.

—Sin duda, ese arte italiano evoca en usted algún recuerdo —le dijo Kiti—. Dígame solo si es verdad.

—¿Por qué no he de explicárselo? —repuso tranquilamente Váreñka—. Sí, es un recuerdo doloroso, porque quise mucho a una persona. Le solía cantar esa melodía.

Kiti miraba de hito en hito a Váreñka, sin decir palabra.

—Yo lo quise —dijo la joven—, y era correspondida; pero su madre se opuso a nuestro enlace, y se casó con otra. Ahora reside cerca de aquí y lo veo algunas veces. ¿Pensaba usted que no tenía yo también mi historia?

Cuando dijo eso, se reflejó en su rostro un débil resplandor, que, según pensó Kiti, en otros tiempos debía iluminarlo todo por completo.

—¡Debí haberlo imaginado! —repuso esta última—. Si yo hubiese sido hombre no habría amado a nadie después de verla a usted; lo que no concibo es que pudiera él

olvidarla y hacerla desgraciada para obedecer a su madre, no tendría corazón.

—Al contrario, es un hombre excelente; y en cuanto a mi, no soy desgraciada; al contrario, me siento muy feliz. Vamos, ¿no cantamos más hoy? —añadió, dirigiéndose a la casa.

—¡Qué buena es usted! —exclamó Kiti, deteniéndola para darle un beso—. ¡Cuánto daría por parecerme un poco!

—¿Para qué? —replicó Váreñka, sonriendo dulcemente—. Bien está usted siendo lo que es.

—No, yo no soy buena... Vamos, dígame usted... Siéntese un ratito más —añadió Kiti, deteniendo a su amiga— y explíqueme cómo no puede serle ofensiva la idea de que un hombre haya despreciado su amor.

—No lo ha despreciado; estoy segura de que me quería, pero era un hijo sumiso...

—¿Y si no hubiera obrado así para obedecer a su madre y solo por su propia voluntad? —preguntó Kiti, comprendiendo que estas palabras revelaban su secreto, así como el ardiente rubor que coloreaba sus mejillas.

—En tal caso, habría obrado mal, y no pensaría en él —contestó Váreñka, comprendiendo que ya no se trataba de ella, sino de su amiga.

—¿Y el insulto? —replicó Kiti, recordando aquella mirada suya en el último baile, cuando se paró la música—. ¿Se puede olvidar? Esto es imposible.

—¿Qué insulto? Usted no habrá hecho nada malo...

—Sí, porque me he humillado...

—¿Y en qué se ha humillado usted? —repuso Váreñka, moviendo la cabeza y apoyando su mano en la de su amiga—. Supongo que no habrá declarado usted su amor a un hombre que le mostraba indiferencia.

—Ciertamente que no; jamás le dije una palabra, pero él lo sabía. Hay miradas y ademanes... No, no, aunque viviera cien años no lo olvidaría.

—Pues no comprendo; se trata solo de saber si lo quiere usted todavía —repuso Váreñka, que lo decía todo claramente.

—Lo odio; no podría perdonarlo...

—¿Pues de qué se queja usted?

—¡La humillación, la afrenta!

—¡Dios mío, si todas fueran tan sensibles como usted! No hay joven a quien no haya sucedido alguna cosa parecida. Todo esto tiene poca importancia.

—¿Pues qué es importante? —preguntó Kiti, con creciente curiosidad.

—Muchas cosas —contestó Váreñka, sonriendo.

—Pero diga usted.

—Repito que hay muchas cosas de más importancia —replicó la joven, sin saber qué contestar en el momento.

En aquel instante la princesa gritó por la ventana:

—Kiti, hace fresco; ponte un chal o entra.

—Ya es tiempo de retirarme —dijo Váreñka, levantándose—; debo ir a ver a *madame Berthe*.

Kiti seguía interrogando a su amiga con una mirada de súplica, que parecía decir: «¿Qué es más importante? ¿Cómo se obtiene la calma? Usted que lo sabe, dígamelo».

Pero Váreñka no comprendía aquel lenguaje mudo; solo recordaba que era preciso ir a ver a la señorita Berta y estar en casa a medianoche para tomar el té con *maman*.

Volvió a entrar en la habitación para recoger sus papeles de música, y habiéndose despedido de cada uno, se dispuso a marchar.

—¿Permitirá usted que la acompañe? —dijo el coronel.

—Ciertamente, ¿cómo ha de volver sola de noche? —dijo la princesa—. Por lo menos mandaré a Parasha.

Kiti observó que Váreñka reprimía una sonrisa al pensar que se tratase de acompañarla.

—Siempre voy sola y nunca me ha sucedido nada —dijo tomando su sombrero.

Y después de darle otro beso a Kiti, sin decirle «lo que era importante», se alejó con paso firme y desapareció en la semioscuridad de una noche de verano, llevando consigo el secreto de su dignidad y de su tranquilidad envidiable.

## XXXIII

**K**ITI trabó conocimiento con la señora Shtal, y sus relaciones con ella y con Váreñka ejercieron en su espíritu una influencia que contribuyó a mitigar su pena.

Encontró su consuelo que consistía en que, gracias a aquella amistad, se abrió un nuevo mundo para ella, un mundo sin nada en común con el suyo anterior, un mundo sublime y hermoso desde cuya altura se podía mirar el pasado con tranquilidad.

Entonces supo que, además de la vida instintiva, que siempre fue la suya, había otra espiritual, en la que se penetraba por la religión, en nada semejante a la que Kiti practicó desde la infancia, y que consistía en ir a misa y a vísperas, aprendiendo de memoria textos eslavos con un sacerdote de la parroquia. Era una religión superior, mística, relacionada con los sentimientos más puros, y en la que se creía, no por deber, sino por amor.

Kiti aprendió todo esto no por palabras. La señora Shtal le hablaba como a una niña a quien se admira, como si evocara un recuerdo de la juventud, y solo una vez hizo alusión a los consuelos que comunica la fe y el amor a los dolores humanos, añadiendo que Cristo misericordioso no conoce los que son insignificantes; después cambiaba de conversación, pero en cada uno de sus ademanes y de sus miradas «celestiales», como las llamaba Kiti, así como sus palabras e historia, la cual conoció por Váreñka, la señorita Scherbátskaia reconoció «lo que era importante» y lo que había ignorado hasta entonces.

Sin embargo, por notable que fuese el carácter superior de la señora Shtal y por conmovedora que su historia pareciese, Kiti observaba en su consejera ciertos rasgos de carácter que la afligían. Una vez, por ejemplo, al tratarse de su familia, la señora Shtal sonrió desdeñosamente, lo cual era contrario a la caridad cristiana; y otro día Kiti notó, con ocasión de haber entrado en su casa un sacerdote católico, que la señora Shtal, ocultando cuidadosamente su rostro en la sombra de una pantalla, sonreía de una manera singular. Estas dos observaciones, aunque muy insignificantes, le causaron cierta confusión, haciéndola dudar de la respetable dama; mientras que Váreñka, sola, sin familia ni amigos, y no esperando nada después de su triste decepción, era la misma perfección a los ojos de Kiti. Gracias a su amiga, Kiti reconoció que era preciso olvidarse de sí mismo y amar a su prójimo para llegar a ser buena y feliz, como deseaba serlo; y cuando lo comprendió así, no se contentó con admirar, sino que se entregó con toda su alma a la nueva existencia que se le ofrecía. Siguiendo el ejemplo de Aline, una sobrina de la señora Shtal, de quien Váreñka le hablaba a menudo, resolvió buscar los pobres dondequiera que se hallasen, ayudarlos lo mejor posible, distribuir evangelios y leer el Nuevo Testamento a los enfermos, a los moribundos y criminales. Esta última idea la sedujo particularmente; pero

formaba sus planes en secreto, sin comunicarlos a su madre ni tampoco a su amiga.

Mientras llegaba la hora de realizar sus planes en vasta escala, no le fue difícil a Kiti practicar sus nuevos principios, en los baños, los enfermos y los menesterosos no faltaban nunca, y la joven imitó a Váreñka.

La princesa observó muy pronto hasta qué punto Kiti estaba bajo la influencia de la señora Shtal, y sobre todo de Váreñka, a la cual no imitaba solo en sus buenas obras, sino también en su manera de andar y de hablar. Más tarde, la princesa reconoció que su hija pasaba por cierta crisis interior, independiente de la influencia ejercida por sus amigas.

Kiti leía por las noches un evangelio francés que le había prestado *madame* Shtal, cosa que no había hecho nunca hasta entonces, y evitando toda la relación mundana se ocupaba solamente de los enfermos protegidos por Váreñka, y en particular de la familia de un pobre pintor enfermo llamado Petrov.

La joven se mostraba orgullosa en el desempeño de sus funciones de hermana de la caridad, en lo cual no veía la princesa inconveniente alguno, oponiéndose tanto menos cuanto que la mujer de Petrov era una persona muy respetable, y la gran dama alemana había elogiado a Kiti llamándola «ángel consolador». Todo hubiera ido muy bien si la princesa no hubiese temido la exageración en que su hija se arriesgaba a incurrir.

—*Il ne faut jamais rien outrer* —le decía.

Kiti callaba y se preguntaba, al oír esto, si tratándose de caridad sería posible hablar de exageración en una religión que enseña a presentar la mejilla izquierda cuando se ha recibido un bofetón en la derecha, compartiendo cada cual su capa con el prójimo; y la princesa temía, más aún que la exageración, que su hija no le hablase con franqueza. La verdad es que Kiti hacía secreto de sus nuevos sentimientos, no porque dejara de profesar el mayor cariño y respecto a la princesa, pero simplemente porque era su madre. Habría revelado su secreto a cualquier desconocido antes que a ella.

—Me parece que hace algún tiempo que no hemos visto a Anna Pávlovna —dijo un día la princesa, hablando de la señora Petrova—. Yo la invité, mas me pareció que lo llevaba a mal.

—Yo no he observado eso, mamá—contestó Kiti, ruborizándose.

—¿No has ido a su casa estos días?

—Proyectamos para mañana un paseo por la montaña.

—No veo inconveniente —repuso la princesa, fijándose en la turbación de su hija y procurando adivinar la causa.

Váreñka fue a comer aquel mismo día, y anunció que Anna Pávlovna renunciaba a la excursión convenida para el día siguiente. La princesa notó que su hija se ruborizaba de nuevo.

—Kiti —le dijo cuando volvieron a quedar solas—, ¿no ha ocurrido nada desagradable entre tú y los Petrov? ¿Por qué no vienen ya ellos ni envían a sus niños?

La joven contestó que no había pasado nada, y que no comprendía por qué Anna Pávlovna se mostraba enojada. Esta era la verdad, pero si Kiti no conocía las causas del cambio sobrevenido, las adivinaba. Era una cosa que no osaba confesarse a sí misma, y mucho menos a su madre, porque sería humillante y penoso engañarse en sus suposiciones.

Tenía muy presentes todos los detalles de sus relaciones con aquella familia: recordaba la ingenua alegría que se pintó en el rostro de Anna Pávlovna en sus primeros encuentros; sus conferencias secretas para conseguir que el enfermo se distrajera, retrayéndolo de un trabajo que le estaba prohibido; y el cariñoso afecto del niño más joven, que la llamaba «mi Kiti» y no quería acostarse sin ella. ¡Que bonito fue todo aquello! Después se representó a Petrov, extremadamente delgado, con su cuello prolongado, su escaso cabello, sus ojos azules de mirada interrogadora, que al principio asustaban Kiti, y sus vanos esfuerzos para aparentar fuerza y energía cuando ella estaba presente. Por último, recordó lo mucho que le costó vencer la repugnancia que le inspiraba, como le sucedía con todos que padecían de tisis, y sus esfuerzos para escoger las palabras que le tenía que decir.

También pensó en las humildes y tímidas miradas que el enfermo fijaba en ella y en el sentimiento extraño de compasión y incomodidad que al principio experimentara, reemplazado después por la satisfacción de sí misma. Todo esto había durado poco, y hacía algunos días que observaba un brusco cambio en Anna Pávlovna, la cual, aparentando amabilidad con Kiti, vigilaba sin cesar a su esposo. ¿Era posible que la alegría conmovedora del enfermo al acercarse la joven fuera causa de la frialdad de Anna Pávlovna?

—«Sí —se dijo Kiti—, hay algo poco natural en el proceder de Anna Pávlovna, que contrasta con su acostumbrada bondad; lo he reconocido en la manera con que me dijo anteayer, sin ocultar su enojo. ¡Vaya! El enfermo no ha querido tomar su café antes que usted llegara». Tal vez le fue desagradable cuando le pasé la manta. Fue una cosa tan sencilla, pero él pareció tan confuso cuando la cogió, y luego me dio tantas gracias, que me sentí incomoda. Y luego el retrato mío, que le salió tan bien... Y lo peor —su mirada, confusa y tierna—. ¡Sí, sí, es cierto! —repetió Kiti horrorizada—. No, eso no puede ni debe ser. ¡Me inspira tanta compasión!

Estos temores emponzoñaban el encanto de la nueva vida de Kiti.



## XXXIV

**E**L príncipe Scherbatski fue a reunirse con la familia antes de terminar la curación; había estado en Carlsbad y después en Baden y en Kissingen para buscar compatriotas y «aspirar un poco de aire ruso», como él decía.

El príncipe y la princesa tenían ideas muy opuestas sobre la vida en el extranjero; la noble dama lo hallaba todo perfecto, y a pesar de su excelente posición dentro de la sociedad rusa, fuera del país intentaba parecer una dama europea, es decir lo que no era en realidad, precisamente porque se trataba de una dama rusa; por eso tenía que fingir y a veces se sentía incomoda. En cuanto al príncipe, por el contrario, le parecía todo detestable; estaba aferrado a sus costumbres rusas con exageración, y procuraba mostrarse menos europeo de lo que era en realidad.

El señor Scherbatski volvió enflaquecido y con el rostro macilento, pero con muchos ánimos, feliz disposición de espíritu que alcanzó mayor grado cuando el padre vio a Kiti en vías de curación.

Los detalles que la princesa le dio sobre la intimidad de su hija con la señora Shtal y Váreñka, y sus observaciones sobre la transformación moral de Kiti entristecieron al príncipe, despertando en él ese sentimiento de celos que le producía todo cuanto pudiera sustraer a la joven a su influencia, conduciéndola a regiones inaccesibles para él; pero estas enojosas noticias se olvidaron pronto, gracias al buen humor y a la alegría que el príncipe traía de Carlsbad.

Al día siguiente de su llegada, vestido con su largo paletó y ocultando en parte sus arrugadas mejillas en un cuello postizo muy almidonado, quiso acompañar a su hija al manantial, porque estaba de muy buen humor. El tiempo era magnífico; la vista de aquellas casas alegres y aseadas, con sus pequeños jardines, y los rayos de un sol resplandecientes contribuían a regocijar su corazón; pero cuanto más se acercaban al manantial, más enfermos veían, cuyo aspecto contrastaba penosamente con el paisaje. A Kiti ya no le sorprendía aquel contraste. El sol, el alegre verdor del follaje, la música, todo aquello era para Kiti el marco natural de todas las calles conocidas y de los cambios en la salud de los enfermos que ella observaba; pero para el príncipe la luz y el brillo de aquella mañana de junio y la melodía de la orquesta que tocaba un vals de moda y sobre todo el aspecto sano de las criadas se le antojaban indecentes y monstruosos, junto a aquellos cadáveres vivientes que habían llegado de toda Europa.

A pesar de que la compañía de su hija favorita lo llenaba de orgullo y parecía devolverle la juventud ya perdida, experimentaba una especie de vergüenza y violencia por su enérgico paso de hombre sano. Era la sensación que hubiera experimentado un hombre desnudo al encontrarse en sociedad.

—Quiero que me presentes a tus nuevos amigos —dijo el príncipe a su hija, estrechándola del brazo—, Hasta ese horrible *Soden*<sup>[32]</sup> me inspira la simpatía por

haberte curado, pero aquí veo muchas cosas tristes... ¿Quién es?...

Kiti le nombró las personas a quienes conocía. A la entrada del jardín encontraron a la ciega *m-me* Berthe con su acompañante, y el príncipe observó con placer la expresión de alegría que se pintó en el semblante de la anciana al oír la voz de Kiti. Con la exageración de una francesa, se deshizo en cumplidos, felicitando al príncipe por tener una hija encantadora, a la cual consideraba como un tesoro, como un ángel de consuelo.

—En tal caso, será el ángel número dos —dijo el príncipe, sonriendo—, pues Kiti me asegura que la señorita Váreñka es el número uno.

—¡Oh, sí!, esa joven es verdaderamente un ángel —contestó la señora Berta con viveza.

A pocos pasos encontraron a la misma Váreñka, que se acercó a ellos presurosa, llevando en la mano un elegante saco de seda encarnada.

—¡Ya ha llegado papá! —le dijo Kiti.

Váreñka saludó con natural sencillez y comenzó a conversar con el príncipe sin mostrarse tímida.

—Cualquiera creería que nos conocemos hace mucho tiempo —le dijo el príncipe, sonriendo con una expresión que probó a Kiti que su amiga agradaba a su padre—. ¿Adónde va usted tan deprisa? —preguntó a la joven.

—*Maman* está aquí —contestó Váreñka—; no ha dormido en toda la noche, y como el doctor le aconseja que tome el aire, llevo aquí su labor.

—Ese es el ángel número uno —dijo el príncipe cuando se hubo alejado Váreñka.

Kiti pensó que su padre tenía intención de chancearse con su amiga, pero que le retenía la buena impresión que en él había producido.

—Vamos a ver ahora a todos tus amigos, unos tras otros —dijo el príncipe—, incluso la señora Shtal, si es que se digna reconocerme.

—¿La conoces tú, papá? —preguntó Kiti, con cierto temor al observar la expresión irónica de su padre.

—Conocía a su marido, y a ella también un poco, antes de que ingresara en la secta de los «pietistas».

—¿Qué son los pietistas, papá? —preguntó Kiti, con cierta inquietud al oír este nombre.

—No lo sé muy bien; pero lo que puedo asegurarte es que esa señora da gracias a Dios por todas las desgracias que sufre, incluso la de haber perdido a su esposo, lo cual parece muy cómico si se tiene en cuenta que vivían bastante mal... ¿Y quién es esa pobre figura? —preguntó el príncipe al ver un enfermo que vestía levita, con pantalón blanco, el cual formaba extraños pliegues sobre sus piernas enflaquecidas. El hombre se quitó su sombrero de paja saludándolos, lo que permitió ver la ancha frente con un surco rojo formado por la presión de aquel.

—Ese es Petrov, un pintor —contestó Kiti, ruborizándose—; y aquella es su esposa —añadió, señalando a Anna Pávlovna, que se había levantado al verlos, como si fuera a propósito, para coger a uno de los niños, que se había alejado demasiado.

—¡Pobre criatura! —dijo el príncipe—. Tiene una fisonomía muy simpática. ¿Por qué no te has acercado a él? Parecía que deseaba hablarte.

—Pues vamos a verlo —repuso Kiti, adelantándose resueltamente hacia Petrov.

—¿Cómo está usted? —le preguntó.

El pintor se levantó, apoyándose en su bastón, y miró tímidamente al padre de la joven.

—Es mi hija —dijo el príncipe—; permita usted que me presente yo mismo.

El pintor saludó sonriendo, y dejó ver sus dientes, de una blancura extraña.

—La esperábamos a usted ayer, princesa —dijo a Kiti.

—Pensaba ir, pero Váreñka me dijo que Anna Pávlovna había renunciado al paseo.

—¿Cómo es eso? —replicó Petrov con emoción, y comenzando a toser al punto, mientras buscaba con la vista a su esposa—. ¡Aneta, Aneta! —gritó con una fuerza que hizo dilatar las gruesas venas de su cuello blanco y delgado.

Anna Pávlovna se acercó.

—¿Por qué has enviado a decir —murmuró en voz baja y con tono irritado, dirigiéndose a su esposa— que no saldríamos ya?

—Buenos días, princesa —dijo Anna Pávlovna con una sonrisa forzada, que no era ya la de otras veces—. Me alegro mucho de conocerlo —añadió, volviéndose hacia el príncipe—; hace ya largo tiempo que se le esperaba.

—¿Cómo has podido decir que no saldríamos? —murmuró de nuevo la voz apagada del pintor, a quien irritaba su impotencia para expresar lo que sentía.

—Pero, hombre, yo pensaba que no íbamos a salir —contestó la mujer, con acento de enojo.

—Pero ¿por qué?...

Un acceso de tos le impidió terminar la frase, e hizo con la mano un ademán de desesperación.

El príncipe saludó y se alejó con su hija, murmurando:

—¡Pobre gente!

—Cierto que sí, papá —contestó Kiti—, pues tienen tres hijos, no pueden contar con criado alguno para servirlos y carecen de recursos pecuniarios, aunque él recibe alguna cosa de la Academia —Kiti contaba todo aquello a su padre intentando contener la emoción que le había producido la nueva actitud de Anna Pávlovna respecto a ella—. ¡Ah, ahí tenemos a la señora Shtal! —añadió Kiti, señalando un cochecito en cuyo interior se veía una forma humana rodeada de cojines y en parte oculta por una sombrilla. Detrás de la enferma iba su conductor, robusto alemán, y al

lado un conde sueco de cabello rubio, a quien Kiti conocía de vista. Varias personas se habían detenido cerca del pequeño vehículo y consideraban a la dama como una curiosidad.

El príncipe se acercó a su vez y Kiti observó al punto en su mirada la misma expresión irónica de antes. Dirigió la palabra a la señora Shtal en ese francés correcto que tan pocas personas hablan hoy en Rusia y se mostró sumamente amable y cortés.

—No sé si se acordará usted aún de mí —le dijo—; pero deber mío es presentarle mis respetos para darle gracias por su bondad para con mi hija.

—¡El príncipe Alexandr Scherbatski! —exclamó la señora Shtal, fijando en su interlocutor su mirada «celestes», en la que Kiti observó una sombra de descontento—. Me complace ver a usted, y sobre todo decirle que quiero mucho a su hija.

—Veo que no sigue usted bien de salud...

—¡Oh!, ya estoy acostumbrada —contestó *madame* Shtal y le presentó al conde sueco.

—Ha cambiado usted muy poco en los diez u once años que han transcurrido sin tener el gusto de verla.

—Sí, Dios da la cruz y también la fuerza suficiente para llevarla; pero con frecuencia me pregunto por qué se ha de prolongar una vida semejante... Por el otro lado, mejor —se dirigió con voz irritada a Váreñka, la cual le envolvía los pies en una manta.

—Sin duda para practicar el bien —dijo el príncipe, cuyos ojos sonreían.

—No nos toca a nosotros juzgar —repuso la señora Shtal, sorprendiendo la expresión irónica en el rostro del príncipe.

—Deme usted ese libro, querido conde —añadió, volviéndose hacia el joven sueco.

—¡Ah! —exclamó el príncipe, que acababa de divisar al coronel de Moscú—. He ahí un amigo.

Y saludando a la anciana señora, fue a reunirse con él, acompañado de Kiti.

—Ahí tiene usted a nuestra aristocracia, príncipe —dijo el coronel con expresión de sarcasmo, porque a él también le resentía la actitud de *madame* Shtal que no se relacionaba con él.

—Siempre la misma —replicó el príncipe.

—¿La conoció usted antes de su enfermedad, o mejor dicho, antes de que se quedó en reposo.

—Sí, la he conocido cuando perdió el uso de las piernas.

—Asegura que hace diez años que no anda.

—No anda porque tiene las piernas cortas; está muy mal hecha.

—Es imposible, papá —dijo Kiti.

—Las malas lenguas lo aseguran, hija mía, y tu amiga Váreñka debe de sufrir

mucho con ella. ¡Oh, esas damas enfermas!

—¡Oh, no! Te aseguro que Váreñka la adora —repuso Kiti con viveza—. ¡Y hace tanto bien! Pregunta a quien quieras. Todo el mundo conoce a ella y a Aline Shtal.

—Es posible—contestó el príncipe—; pero más valdría que nadie conociese el bien que hace.

Kiti guardó silencio, no porque le faltase qué contestar, sino porque no quería revelar a su padre sus secretos pensamientos. Sin embargo, ¡cosa extraña!, aunque estuviera decidida a no someterse a los juicios de su padre, reconocía que la imagen de santidad ideal que llevaba en el alma hacía un mes acababa de borrarse, como la figura que forma un vestido tirado desaparece definitivamente cuando se comprende que no se trata sino de eso: de un vestido tirado. Por esto no vio ya en la señora Shtal más que una mujer corta de piernas que permanecía echada para ocultar su defecto y que atormentaba a la pobre Váreñka por la menor cosa, le era imposible encontrar ya en su pensamiento a la antigua señora Shtal.

**E**L humor del príncipe se comunicaba a todo cuanto lo rodeaba, incluso al dueño de la casa. Al volver del paseo con Kiti, el príncipe invitó al coronel, a Maria Ievguiéniévna; a su hija y a Váreñka a tomar el café, para lo cual se puso la mesa debajo de los castaños del jardín. Los criados se animaron también bajo la influencia de aquella alegría comunicativa, tanto más cuanto que era notoria la generosidad del príncipe. Media hora después el vecino de arriba, un médico enfermo de Hamburgo, contemplaba con cierta envidia por la ventana aquella compañía alegre de rusos, todos sanos, reunidos debajo del enorme castaño.

La princesa, con su gorro de cintas colocado en la parte superior de la cabeza, presidía la mesa, cubierta con un blanquísimo mantel, y en la cual se veían la cafetera, pan, manteca, queso y algunos fiambres; la señora Scherbátskaia distribuía las tazas en un lado de la mesa, mientras que en el otro el príncipe comía con el mejor apetito; había colocado a su alrededor los diversos objetos que comprara en varias estaciones balnearias, tales como cajitas, cuchillos de marfil, etc., y se divertía en repartirlos a sus convidados, incluidos la criada Lisgen y el dueño de la casa con quien bromeaba en su alemán, pobre y cómico, asegurándole que no eran las aguas mineralizadas las que habían curado a Kiti, sino su cocina estupenda, especialmente la sopa de ciruelas. La princesa se reía de las manías rusas de su esposo, estaba más animada y contenta de lo que había estado durante toda la estancia en las aguas; el coronel sonreía a las bromas del príncipe como siempre, pero estaba de acuerdo con la princesa acerca de Europa que imaginaba haber estudiado al fondo; la buena Maria Yevguéniévna se reía a carcajadas, y la misma Váreñka participaba de la alegría general, con no poco asombro de Kiti.

Esta última experimentaba cierta agitación interior, pues, sin quererlo, su padre acababa de plantear ante ella un problema que no le era posible resolver; y se agregaba a esto su preocupación sobre el cambio de relaciones con los Petrov. Kiti no podía estar alegre, y por eso la alegría de los demás la torturaba. Experimentaba una sensación parecida a la que había sentido en la infancia cuando, encerrada en una habitación por haber cometido alguna falta, oía la alegre risa de sus hermanos.

—¿Con qué objeto has comprado todas esas cosas? —preguntó la princesa a su esposo, sonriendo y ofreciéndole una taza de café.

—¿Qué quieres que haga? Cuando voy a pasear me acerco a todas las tiendas o se me presenta un vendedor acá y allá, y no sé resistir.

—Sin duda lo haces solo para no aburrirte tanto —dijo la princesa.

—Ciertamente, amiga mía, pues no sé en qué matar el tiempo.

—¿Cómo es posible que se aburra usted cuando tantas cosas hay que ver ahora en Alemania? —preguntó María Ievguiéniévna.

—Ya conozco todo lo que hay interesante; sé lo que es la sopa de ciruelas, el embutido de guisantes; en fin, todo.

—Por más que diga usted, príncipe, las instituciones son interesantes —replicó el coronel.

—¿En qué? Los alemanes pueden haber vencido al mundo entero, pero esto no es nada satisfactorio para mí. Yo no he vencido a nadie, y por eso debo descalzarme yo mismo, y lo que es peor, poner las botas a la puerta para que me las limpien; en fin, por la mañana, apenas levantado, debo vestirme, para ir a beber al salón un té detestable. En nuestro país tenemos derecho a despertarnos a cualquier hora; si estamos de mal humor, nada se opone a que lo manifestemos; se tiene tiempo para todo, y cada cual despacha sus asuntos sin apresurarse inútilmente.

—Pero no olvide usted que el tiempo es dinero —dijo el coronel.

—Según y cómo; hay meses enteros que se darían por cincuenta *copecs*, y cuartos de hora que no se cederían por ningún tesoro, ¿no es verdad, Káteñka? Pero ¿qué tienes? Parece que te aburres.

—No es nada, papá.

—¿Adónde va usted tan pronto? —dijo el príncipe, dirigiéndose a Váreñka.

—Debo retirarme —contestó la joven, sin poder reprimir un nuevo acceso de hilaridad.

Se despidió de todos y entró en casa para recoger su sombrero.

Kiti la siguió; le parecía que Váreñka había cambiado también; no era menos buena, pero difería de lo que ella imaginó en un principio.

—Hace mucho tiempo que no me he reído de tan buena gana —dijo la joven, buscando su sombrilla y su saco. ¡Qué agradable persona es el padre de usted! Vaya, ¿cuándo volveremos a vernos?

—Mamá quería ir a ver a los Petrov. ¿Estará usted? —preguntó Kiti, para escudriñar el pensamiento de su amiga.

—Sí; pensaban marchar, y he prometido ayudarlos a preparar el equipaje.

—Pues yo también iré.

—No, ¿para qué va a ir?

—¿Por qué? —exclamó Kiti, deteniendo a Váreñka y mirándola con asombro—. Espere usted un momento y explíqueme esa palabra.

—Lo digo porque habrá usted de estar con su padre, y porque esa gente no parece hallarse a su gusto en presencia de usted.

—No es eso; dígame qué razón hay para que yo no vaya a menudo a casa de Petrov. ¿Es que usted se opone?

—Yo no he dicho eso —contestó tranquilamente Váreñka.

—Le ruego a usted que me hable con franqueza.

—¿Será preciso decírselo todo?

—¡Todo! —contestó Kiti.

—En el fondo no hay nada grave, todo se reduce a que Petrov consentía antes en marchar tan pronto como se terminase la curación, y ahora ya no quiere.

—¿Y qué más? —preguntó Kiti vivamente, con aire sombrío.

—Pues bien, Anna Pávlovna supone que si su esposo no quiere marcharse ya es porque usted permanece aquí. Esto es una torpeza, pero involuntariamente ha sido usted la causa de una cuestión doméstica, y ya sabe usted hasta qué punto los enfermos se irritan fácilmente.

Kiti, siempre sombría, guardaba silencio, mientras que Váreñka procuraba calmarla, previendo una próxima perturbación, lágrimas y reprensiones.

—Por eso será mejor no ir; debe usted comprenderlo así y no incomodarse...

—Yo tengo la culpa de esto —repuso vivamente Kiti, cogiendo la sombrilla de Váreñka y sin mirar a esta.

Al observar aquella cólera infantil la joven reprimió una sonrisa para no resentir a Kiti.

—¿Por qué tiene usted la culpa? —preguntó—. No la comprendo.

—Porque todo eso era hipocresía y no emanaba del corazón. ¿Qué tenía yo que ver con un extraño, y para qué había de mezclarme yo en lo que no me importaba? Por eso he sido causa de la cuestión entre ellos; y repito que todo es hipocresía —añadió Kiti, cerrando maquinalmente la sombrilla.

—¿Con qué objeto?

—Para parecer mejor a los otros, a mí misma y a Dios; para engañar a todo el mundo. No, no me volverá a suceder esto; prefiero ser mala a mentir y engañar.

—¿Quién la ha engañado? —replicó Váreñka en tono de reprensión—. Habla usted como si...

Kiti estaba en uno de los accesos de cólera y no dejó a su amiga concluir.

—No se trata de usted, porque es una perfección; mientras que yo soy mala sin poder remediarlo; si no lo hubiese sido, no sucedería nada de esto. Tanto peor; seguiré siendo lo que soy, y no lo disimularé. ¿Qué tengo yo que ver con Anna Pávlovna? Vivan ellos como quieran, y yo haré lo mismo, no puedo cambiar. Por lo demás, no es eso...

—¿El qué? —preguntó Váreñka con expresión de curiosidad.

—Quiero decir que ya no viviré sino por el corazón; mientras usted se guía por sus principios. Yo la he querido con el alma, y usted no se ha propuesto otra cosa conmigo sino salvarme y enseñarme.

—No es usted justa —repuso Váreñka.

—Yo no hablo por los otros y sí solo por mí.

—¡Kiti!, ven aquí —gritó en aquel momento la voz de la princesa—; ven a enseñar tus corales a papá.



Kiti cogió una cajita que estaba sobre la mesa y se la llevó a su madre sin reconciliarse con su amiga.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan acalorada? —preguntaron a la vez el padre y la madre.

—Nada; ahora volveré.

«Aún está allí —se dijo Kiti—. ¡Dios mío, qué he hecho, qué le he dicho! ¿Por qué la habré ofendido?»

Váreñka, con el sombrero puesto, estaba sentada junto a la mesa examinando los pedazos de su sombrilla, que Kiti había roto.

—Váreñka —murmuró la señorita Scherbatski, acercándose a la joven—, perdóneme usted; no sé lo que he dicho; yo...

—Seguramente no tenía intención de causarle a usted el menor pesar —dijo Váreñka, sonriendo.

\* \* \*

La paz quedaba hecha; pero la llegada del príncipe había cambiado completamente para Kiti el mundo en que vivía. Sin renunciar a lo que había aprendido, se confesó que se hacía ilusiones al pensar que llegaría a ser lo que ella soñaba; aquello fue como si despertase de una pesadilla. Comprendió, desde luego que sin ser hipócrita no alcanzaría nunca la altura que imaginara; y sintiendo más vivamente el peso de las desgracias, de las enfermedades y de las agonías que la rodeaban, le pareció cruel prolongar los esfuerzos que hacía para interesarse en ellas. También experimentó la necesidad de respirar un aire verdaderamente puro y sano en Rusia, en Yergushovo, donde Dolli y los niños se hallaban ya, según le notificaba una carta que había recibido.

Sin embargo, su afecto a Váreñka no era menor que antes, y al marchar le suplicó que fuese a visitarla en Rusia.

—Iré cuando esté usted casada —contestó la joven.

—Yo no me casaré nunca.

—Pues entonces no iré jamás.

—En tal caso, solo me casaré para que usted vaya; pero no olvide su promesa.

Las previsiones del doctor se habían realizado, pues Kiti volvió a Rusia curada; tal vez no estuviera tan alegre como en otra época, pero disfrutaba de tranquilidad; los dolores del pasado no eran más que un recuerdo.

# Tercera Parte

## I

**S**ERGUIÉI Ivánovich Koznishov, en vez de ir como de costumbre al extranjero para descansar de sus trabajos intelectuales, llegó hacia fines de mayo a Pokróvskoie. Según él, nada era comparable con la vida del campo, e iba a disfrutar allí de algún solaz junto a su hermano, quien lo recibió con tanto mayor gusto cuanto que no esperaba aquel año a Nikolái.

A pesar de su cariño y respeto a Serguiéi, Konstantín experimentaba cierto malestar cuando iba a visitarlo al campo, porque su manera de comprenderlo difería de la suya. Para Konstantín el campo tenía por objeto realizar trabajos de incontestable utilidad; a sus ojos era el teatro mismo de la vida, de sus alegrías, de sus pesares y de sus labores. Serguiéi Ivánovich, por el contrario, solo veía allí un lugar de reposo, un antídoto contra las corrupciones de la ciudad y el derecho de no hacer nada. Su modo de ver respecto a los campesinos era también opuesto; Serguiéi Ivánovich pretendía conocerlos y quererlos; se complacía en hablar con ellos, lo sabía hacer muy bien sin fingir ni adoptar las actitudes de superioridad; después de cada conversación sacaba una conclusión muy general a favor de los campesinos, y con ello pretendía demostrar que los entendía bien. Este juicio superficial resentía a Lievin, que respetaba a los campesinos, diciendo siempre que había mamado el cariño que les profesaba; como copartícipe en el trabajo común, él a veces admiraba la fuerza, la bondad, el sentido de la justicia de aquella gente; sin embargo, muy a menudo, cuando el trabajo requería cualidades distintas, de ellos lo exasperaba su despreocupación, su dejadez, sus borracheras y sus mentiras. El pueblo representaba para él el asociado principal de un trabajo común, y, como tal, no establecía distinción alguna entre las buenas cualidades, los defectos, los intereses de ese asociado y los del resto de los hombres. Lievin no hubiera sabido qué responder si le preguntaran si amaba al pueblo. Amaba y no amaba al pueblo, como en general a los hombres. De naturaleza bondadosa, quería en general a los hombres y, por tanto, al pueblo. Pero no podía amar o dejar de amar al pueblo como algo especial, porque no solo vivía con el pueblo, no solo estaban todos sus intereses en el pueblo, sino que además se consideraba parte integrante de este; Lievin no veía en el pueblo ninguna virtud o defecto especial y, por tanto, no podía sentirse opuesto a él. Además, a pesar

de sus relaciones con los campesinos, como dueño, como intermediario y, sobre todo, como consejero —venían a pedirle consejo de unas cuantas *verstas* alrededor— no tenía una opinión definida acerca del pueblo, y no hubiera sabido responder a la pregunta de si conocía al pueblo. Decir que conocía al pueblo hubiera sido lo mismo que decir que conocía a la gente en general. Observaba constantemente a la gente, incluidos los campesinos, a los que consideraba interesantes y buenos. Veía rasgos nuevos, desconocidos para él, y modificaba sus opiniones sobre ellos. Serguiei Ivánovich era todo lo contrario. Gustaba y ensalzaba la vida del campo, en oposición a la vida de la ciudad, que a él lo desagradaba. Del mismo modo, amaba al pueblo, oponiéndolo a la clase de gentes, que no soportaba. En su mente, el campesino era algo distinto a los demás hombres. Su inteligencia metódica y clara había creado unas formas bien definidas de la vida popular, formas extraídas en parte de la observación, en parte de la oposición campesinos-resto de los hombres. Nunca cambiaba su opinión y su simpatía hacia el pueblo.

La victoria era siempre para Serguiei Ivánovich en las disensiones suscitadas entre los dos hermanos a causa de sus divergencias de opinión, y esto porque persistía siempre en el mismo modo de ver, mientras que Konstantín modificaba sin cesar el suyo, reconociendo sin dificultad una contradicción consigo mismo. Serguiei Ivánovich consideraba a su hermano como un buen muchacho, que tenía el corazón «bien puesto», según una expresión francesa, pero el espíritu demasiado impresionable y, por tanto, lleno de contradicciones. A menudo procuraba, con la condescendencia de un hermano mayor, explicarle el verdadero sentido de las cosas, pero discutía sin gusto contra un interlocutor tan fácil de vencer.

Konstantín, por su parte, admiraba la vasta inteligencia de su hermano, su espíritu noble en el más elevado sentido de la palabra, así como su talento superior, y veía en él un hombre dotado de las más envidiables facultades, sumamente útiles para el bien general. Pero en su fuero interno, a medida que, con los años, iba conociendo mejor a su hermano mayor, cada vez se convencía más y más de que esa facultad de actuar para el bien material —facultad de la cual él mismo se sentía totalmente desprovisto— no era tanta virtud, sino, por el contrario, un defecto que reflejaba la falta, no de bondad, de honradez o nobleza, sino de vigor, de lo que se ha dado en llamar corazón, esa aspiración que obliga al hombre a elegir y desear entre los numerosos caminos de la vida uno solo. Cuanto más conocía a su hermano, Lievin comprendía mejor que a Serguiei Ivánovich lo había llevado a dedicarse a los demás no el corazón, sino la inteligencia. Su suposición se veía confirmada en el hecho de que a Serguiei Ivánovich los problemas del pueblo o la inmortalidad del alma lo preocupaban no más que la solución de un problema de ajedrez o la construcción de una nueva máquina.

Otra cosa molestaba a Lievin cuando su hermano iba a pasar con él una

temporada. Los días le parecían siempre demasiado cortos para todo lo que tenía que hacer; mientras que Serguiéi Ivánovich no pensaba sino en descansar. Aunque no escribiese, la actividad de su espíritu era demasiado interesante para que no necesitara hablar con alguno expresándole en una forma concisa y elegante las ideas que le preocupaban, y Konstantín era su más asiduo oyente. Por tanto, a pesar de la sencillez amistosa de su relación, no se sentía bien dejando solo a su hermano.

Serguiéi Ivánovich se echaba sobre la hierba, y calentándose al sol, hablaba con todos.

—No podrías imaginarte —decía— cuánto disfruto de mi pereza; no tengo una sola idea en el magín, y me parece que mi cerebro está vacío.

Pero Konstantín se cansaba muy pronto de estar parado y escucharlo, sabiendo que durante su ausencia tal vez se distribuyera mal el estiércol en los campos, e inquieto porque no podía vigilar todas las operaciones.

—¿No te cansas de correr con este calor? —preguntaba Serguiéi Ivánovich.

—Solo te dejo un instante —contestaba Lievin—. Voy a ver lo que hacen en la oficina.

Y así diciendo, corría a los campos.

## II

**E**N los primeros días de junio la anciana Agafia Mijaílovna que hacía las veces de ama de gobierno, bajó al sótano con un puchero de setas que acababa de salar, resbaló en la escalera y se dañó la muñeca. Sin pérdida de tiempo, se fue a buscar al médico del distrito, joven estudiante muy hablador, que acababa de terminar sus estudios. Examinó la mano, y asegurando que no había ninguna dislocación, aplicó unas compresas. Durante la comida, orgulloso por hallarse en compañía del célebre Koznyshov, se extendió en la narración de todas las intrigas del distrito; y a fin de poder emitir sus ideas avanzadas, se quejó del mal estado de las cosas en general.

Serguiéi Ivánovich lo escuchó con atención, y animado por la presencia de un nuevo oyente, habló mucho e hizo observaciones muy exactas y oportunas que el joven apreció con respeto, retirándose cuando hubo terminado la comida.

Los dos hermanos volvieron a quedar solos, y entonces Serguiéi Ivánovich cogió una caña de pescar para ir a distraerse un rato; se hubiera dicho que se envanecía mostrando que podría divertirse con un pasatiempo tan pueril. Konstantín quería ir a vigilar los trabajos y examinar las praderas, por lo cual ofreció a su hermano conducirlo en cabriolé hasta el río.

Era el periodo de verano en que ya se marca la cosecha y en que comienzan las preocupaciones de la sementera siguiente. Las espigas formadas ya, pero aún verdes, se balanceaban al soplo del viento; la avena brotaba con irregularidad en los campos, donde se había sembrado tarde; el alforfón cubría ya vastos espacios; y el olor del estiércol diseminado en montones en los campos se mezclaba con el perfume de las hierbas, que se extendían como un inmenso mar. Este periodo del año era la calma que precede a los trabajos de la siega, al poderoso esfuerzo impuesto todos los años al campesino. La cosecha prometía ser magnífica y a los días largos y claros correspondían noches cortas con abundante rocío.

Para llegar a las praderas era preciso atravesar el bosque, cuya espesura agradaba mucho a Serguiéi Ivánovich al pasar por allí; este señaló a su hermano un añoso tilo a punto de florecer; pero a Konstantín no le gustaba hablar de las bellezas naturales ni tampoco oír ensalzarlas, porque las palabras, según decía, echaban a perder las mejores cosas. Se contentó, pues, con aprobar lo que su hermano le manifestaba, y concentró su atención en un campo en barbecho que se hallaba a la salida del bosque. Los carros llegaban en fila; Lievin los contó y quedó muy satisfecho del trabajo que se hacía; pero al punto le preocupó la grave cuestión de la siega, que para él tenía la mayor importancia. Poco después detuvo el caballo, porque las hierbas altas y espesas estaban cubiertas de rocío; pero Serguiéi Ivánovich, temiendo mojarse los pies, rogó a su hermano que lo condujera en cabriolé hasta el sitio donde se pescaban

las percas. Konstantín accedió, aunque sintiendo pisar aquel hermoso prado, cuyas blandas hierbas rodeaban los pies de los cuadrúpedos, dejando caer sus simientes bajo las ruedas del pequeño vehículo.

Serguiéi Ivánovich fue a sentarse junto a la orilla del agua y lanzó su sedal: no cogió nada, pero tampoco se aburría, y parecía estar de muy buen humor.

Al atravesar el prado, Konstantín Lievin encontró a un viejo con un ojo hinchado que llevaba una colmena de abejas.

—¿Qué hay, Fomich? ¿Ya es hora de empezar la siega? —preguntó.

—Nosotros creemos que hay que esperar hasta San Pedro. Usted siempre empieza antes. La hierba es buena. ¡Que Dios le ayude!

—Y el tiempo, ¿qué te parece?

—De Dios depende.

Lievin se acercó a su hermano. No conseguía pescar nada, pero conservaba su buen humor. Lievin vio que su hermano tenía ganas de hablar. Sin embargo, él quería volver a casa y dar las órdenes pertinentes respecto al comienzo de la siega.

—Volvamos —dijo.

—¿Qué prisa tienes? Siéntate. ¡Pero si estás empapado! Aunque no consigo pescar nada, se está bien aquí. ¡Qué encanto el de este río de acero! Estas orillas cubiertas de hierba me recuerdan una adivinanza: La hierba dice al agua: Nos tambaleamos, nos tambaleamos...

—No la conozco —respondió sin ganas Lievin.

### III

**P**ENSABA en ti —dijo Serguiéi Ivánovich—. ¿No te parece que es casi escandaloso cuanto pasa en el distrito, a juzgar por lo que dice el doctor, joven muy listo y muy alegre? Esto me hace pensar en lo que ya te he manifestado; haces mal en no asistir a las asambleas y mantenerte aislado. Si los hombres que valen no quieren mezclarse en los negocios, todo se lo llevará el diablo; y el dinero de los contribuyentes no servirá para nada, pues no hay escuelas, ni enfermeros, ni comadronas, ni boticas, ni nada.

—Ya he tratado de hacerlo —contestó Lievin, forzadamente—; pero no me es posible, no puedo.

—¿Por qué? Te aseguro que no me lo explico. No admitiré que sea incapacidad o indiferencia, y, por tanto, me pregunto si debo atribuirlo a pereza.

—Nada de eso; he tratado de asistir y me he convencido de que nada podría hacer.

Lievin no profundizaba mucho en lo que su hermano decía, y contemplando el río y la pradera, trataba de distinguir en lontananza un punto negro, tal vez el caballo del intendente.

—Te resignas con demasiada facilidad —replicó Serguiéi Ivánovich—. ¿Cómo es que no pones un poco de amor propio?

—Porque no lo concibo en semejante materia —contestó Lievin, resentido por aquella censura—. Si en la universidad me hubiesen censurado por ser incapaz de comprender el cálculo integral como mis compañeros, hubiera tenido amor propio; pero aquí se debería comenzar por estar convencido de tener ciertas capacidades para esos asuntos, y además, y es lo más principal, tienes que tener la convicción de que son importantes.

—¿Y crees que no lo son? —preguntó Serguiéi Ivánovich, molesto a su vez al ver que su hermano daba tan poca importancia a sus palabras.

—No; pero ¿qué quieres que haga? No veo nada útil, y por tanto no me intereso —replicó Lievin, que acababa de reconocer a su intendente a lo lejos.

—Escucha —dijo el hermano mayor, cuyas bellas facciones parecían haberse oscurecido—, todo tiene un límite: admitamos que sea una cosa muy buena odiar las apariencias y la mentira, pasando por un original; nada tengo que decir a esto, pero lo que acabas de contestar carece de sentido común. ¿Te parece a ti indiferente que el pueblo a quien amas, a lo que tú dices...?

«Yo no he asegurado nada de eso», pensó Lievin.

—¿Que ese pueblo a quien amas se muera sin auxilio? —continuó Serguiéi Ivánovich—. ¿Te sería igual que unas comadronas ignorantes sean causa de la muerte de los recién nacidos y que los aldeanos vegeten en la ignorancia, siendo presa del

primer escribano que se presente, y tú, teniendo en tus manos remedio, no haces nada solo porque te parece que carece de importancia?

Y Serguiéi Ivánovich planteó el dilema siguiente:

—O bien tu desarrollo intelectual es defectuoso, porque no eres capaz de ver todo lo que puedes hacer, o bien procedes así por tu amor al descanso, tu vanidad o qué sé yo qué.

Konstantín comprendió que solo tenía dos opciones: o someterse o confesar su indeferencia por el bien público. Esto lo resintió y lo entristeció.

—Las dos cosas —dijo determinado—. No veo que sea posible.

—¿Cómo? ¿No ves, por ejemplo, que vigilando mejor el empleo de las contribuciones sería posible obtener un auxilio médico cualquiera?

—No lo veo posible en una extensión de cuatro mil *verstas* cuadradas, como la de nuestro distrito, sin contar que no tengo la menor fe en la eficacia de la medicina.

—Eres injusto; te podría citar mil ejemplos... ¿Y las escuelas?

—¿Para qué se quieren las escuelas?

—¿Cómo que para qué se quieren! ¿Podrá dudar nadie de las ventajas de la instrucción? Si tú la reconoces útil para ti, ¿por qué se las has de negar a los demás?

Konstantín Lievin se vio entre la espada y la pared, y en su irritación confesó involuntariamente la verdadera causa de su indiferencia.

—Todo eso puede ser cierto; pero ¿por qué he de inquietarme yo respecto a las estaciones médicas, que no utilizaré nunca, y a las escuelas, donde jamás han de ir mis hijos, y donde los campesinos no quieren enviar los suyos, siendo dudoso para mí que sea bueno hacerles ir a ellas?

Serguiéi Ivánovich quedó desconcertado con esa brusca contestación, y sacando su sedal del agua silenciosamente, dijo a su hermano, sonriendo.

—Tú has reconocido, sin embargo, la necesidad del médico, puesto que lo enviaste a buscar para Agafia Mijaílovna.

—Pero creo que no por eso quedará su mano torcida.

—Falta saberlo... Y dime, cuando el campesino sabe leer, ¿no te presta mejor servicio?

—¡Oh, eso sí que no —contestó Lievin, resueltamente—; todos te dirán que el aldeano que sabe leer vale menos como trabajador, no irá a reparar los caminos; si se le emplea en la construcción de un puente, procurará ante todo llevarse las tablas.

—Aquí no se trata de eso —repuso Serguiéi Ivánovich frunciendo el ceño, porque le molestaba la contradicción, y sobre todo aquella manera de saltar de un asunto a otro, produciendo argumentos sin enlace aparente—. La cuestión se ha de plantear así: ¿convienes tú en que la educación sea un bien para el pueblo?

—Convengo en ello —dijo Lievin, sin reflexionar que no lo pensaba así; pero al punto comprendió que su hermano haría un arma de esta confesión para combatirlo y



que le demostraría fácilmente su inconsecuencia, lo cual fue muy fácil.

—Desde el momento en que lo comprendes así —continuó Serguiei Ivánovich—, no puedes rehusar, como hombre honrado, tu cooperación en la obra.

—Pero si yo no considero aún esa obra como buena —dijo Lievin, ruborizándose.

—¿Pues no acabas de decir...?

—Lo que digo es que la experiencia no ha demostrado todavía que fuese verdaderamente útil.

—Tú no sabes porque no has hecho esfuerzo alguno para convencerte de ello.

—¡Pues bien! Admitamos que la instrucción del pueblo sea un bien —replicó Konstantín—. Aun en este caso, ¿por qué me he de atormentar?

—¡Cómo!

—Explícame tu idea desde el punto de vista filosófico, puesto que ahí hemos llegado.

—No creo que la filosofía tenga nada que ver con lo que tratamos —contestó Serguiei Ivánovich, que parecía indicar dudas sobre el derecho de su hermano para hablar de filosofía.

—Voy a explicarme —repuso Lievin, excitándose a medida que hablaba—. En mi concepto, el móvil de nuestras acciones será siempre el interés personal, y yo, como representante de la nobleza, no veo en nuestras instituciones provinciales nada que contribuya a mi bienestar. Los caminos no son mejores, ni lo serán tampoco; y, por otra parte, mis caballos me conducirán tanto por los buenos como por los malos. Yo no hago aprecio ninguno de los médicos ni de las boticas; el juez de paz es para mí inútil, y nunca se me ocurrirá la idea de apelar a él. En cuanto a las escuelas, no solo me parecen ociosas, sino que, como ya lo he dicho, me perjudican. Por lo que hace a las instituciones provinciales, para mí no representan más que la obligación de pagar dieciocho *kopeikas* por *desiatina*, ir a la ciudad para dormir entre las chinches y oír necesidades de toda especie; nada de esto entra en mi interés personal.

—Dispensa —replicó Serguiei Ivánovich, sonriendo—: no era nuestro interés trabajar en la emancipación de los campesinos, y, sin embargo, lo hemos hecho.

—¡Oh!, la emancipación es otro asunto —replicó Konstantín, animándose cada vez más—; en esto se trataba de nuestro interés personal, pues nosotros, los hombres honrados, queríamos sacudir un yugo que nos pesaba; pero ser individuo del consejo de la ciudad para discutir sobre los conductos que se han de colocar en calles por donde no paso; formar parte de un jurado para juzgar a un campesino a quien se acusa de haber sustraído un jamón; escuchar durante seis horas las necesidades del defensor y del procurador, y preguntar, en calidad de presidente, a mi campesino, viejo Alexiiei, casi idiota, que si, se reconoce culpable de lo que se le acusa...

Y Konstantín representó esta escena vivamente, imaginándose continuar así la discusión.

—¿Qué entiendes por eso? —preguntó Serguiéi Ivánovich, encogiéndose de hombros.

—Entiendo que cuando se trate de los derechos relacionados con mis intereses personales, sabré defenderlos con todas mis fuerzas; cuando estudiaba, y los gendarmes iban a practicar un registro en nuestro domicilio, sabía defender mis derechos a la libertad y a la instrucción. Discutiré el servicio obligatorio, porque es cuestión que interesa a la suerte de mis hijos y de mis hermanos; pero entretenerme en averiguar cómo se gastan los cuarenta mil rublos de impuestos e instruir el proceso de un idiota, no me creo capaz de ello.

El dique se había roto; Konstantín hablaba sin detenerse, y esto hizo sonreír a Serguiéi Ivánovich.

—Y si mañana tienes un proceso —dijo—, ¿preferirás ser juzgado por los tribunales de otra época?

—Yo no tendré proceso, porque no asesinaré a nadie, y todo esto no me sirve a mí de nada. Nuestras instituciones provinciales —añadió, saltando de un asunto a otro, según su costumbre— me recuerdan los pequeños abedules, que clavábamos en tierra el día de la trinidad para simular el bosque que ha crecido en Europa, este último ha crecido de por sí, pero en cuanto a nuestros pequeños abedules, me es imposible regarlos ni creer en ellos.

Serguiéi Ivánovich se encogió de hombros con aire de asombro al oír a su hermano hacer mención de los abedules en la discusión, si bien comprendió la idea.

—Este no es un razonamiento —dijo.

Pero Lievin, queriendo explicar aquella falta de interés por los asuntos públicos, falta de que se reconocía culpable, añadió:

—Creo que no hay actitud duradera si no se funda en el interés personal, esta es una verdad *filosófica* —añadió, recalcando esta palabra, cual si quisiera probar que tenía tanto derecho como otro cualquiera para hablar de filosofía.

Serguiéi Ivánovich volvió a sonreír, diciendo para sí: «Mi hermano se hace una filosofía para ponerla al servicio de sus inclinaciones».

—Deja en paz a la filosofía —repuso en voz alta—; pues su objeto ha sido precisamente en toda época hallar ese lazo indispensable que existe entre el interés personal y el general. Lo único que haré es rectificar tu comparación. Los pequeños abedules de que hablas no fueron clavados en tierra, sino plantados, y se han de tratar con la debida consideración. Las únicas naciones que tienen porvenir, las únicas que pueden titularse históricas, son aquellas que reconocen la importancia y el valor de sus instituciones, y las aprecian en lo que valen.

Y para demostrar con más evidencia el error que su hermano cometía, trató la cuestión desde el punto de vista filosófico e histórico, terreno en que no podía Konstantín seguirlo.

—En cuanto a tu poca afición a los negocios —acabó diciendo—, dispénsame que la atribuya a nuestra pereza y a nuestras antiguas costumbres de grandes señores; pero confío que ya reconocerás este error pasajero.

Lievin no contestó. Reconocía que su hermano lo había batido en la brecha, aunque sin comprender su pensamiento o aparentando no comprenderlo. ¿Sería porque no se explicaba claramente o porque Serguéi no quería o no podía entenderlo? Decidió no profundizarlo más, y sin oponerse a su hermano, empezó a pensar en un asunto muy distinto, de interés personal.

—Vámonos ya.

Serguéi Ivánovich retiró sus sedales, Konstantín desató el caballo y se marcharon.

## IV

**E**L asunto de interés personal en que estaba pensando Lievin durante la conversación con su hermano fue el siguiente. El año anterior Lievin se había encolerizado un día con su intendente en ocasión de estar los trabajadores ocupados en la siega, y para calmarse cogió la guadaña de un campesino y comenzó a trabajar. La operación lo divirtió tanto que la repitió después varias veces, segó por su mano el prado que se extendía delante de su casa, y se prometió ocuparse el año siguiente en este trabajo días enteros con los campesinos.

Desde la llegada de Serguiéi Ivánovich se preguntaba si podría realizar su proyecto; lo avergonzaba abandonar a su hermano durante todo un día, y también temía un poco sus bromas. Mientras atravesaba la pradera, recordó las impresiones del año anterior, y estaba casi decidido a segar. Después de la violenta conversación con su hermano, Lievin volvió a pensar en su decisión.

«Necesito de todo punto un ejercicio violento —pensó—, porque si no lo practico llegaré a tener un carácter intratable; arrostraré la vergüenza que puedan causarme las observaciones de mi hermano y de mi gente.»

Aquella misma noche, al dar sus órdenes para los trabajos del día siguiente, Lievin, disimulando su confusión, dijo al intendente:

—Envíe usted mañana mi guadaña a Tit para afilarla, porque tal vez trabajaré un poco.

—Está bien —contestó el intendente, sonriendo.

Más tarde, al tomar el té, Lievin dijo a su hermano:

—Decididamente tenemos buen tiempo fijo; mañana segaré.

—A mí me gusta mucho ese trabajo —dijo Serguiéi Ivánovich.

—Yo soy en extremo aficionado —repuso Lievin—; el año último lo practiqué y mañana quiero ocuparme todo el día.

Serguiéi Ivánovich levantó la cabeza y miró a su hermano con asombro.

—¿Cómo? ¿Vas a trabajar todo el día como un jornalero?

—Sí, es muy divertido.

—Convengo en que es un excelente ejercicio físico; pero ¿podrás soportar semejante fatiga? —preguntó Serguiéi, sin ninguna intención irónica.

—Ya lo he probado: al principio es algo duro, pero después agrada; creo que llegaré hasta el fin.

—Pero ¿con qué ojos verán eso los jornaleros? ¿No temes que ridiculicen las «manías» del amo? ¿Y cómo te arreglarás para comer? Supongo que no tratas de que lleven allí una botella de burdeos y un capón asado.

—Volveré a casa mientras los hombres descansan.

A la mañana siguiente, aunque se levantó más temprano que de costumbre, Lievin

encontró ya varios segadores trabajando cuando llegó a la pradera, que se extendía al pie de la colina y en la cual se veían las líneas de hierbas ya cortadas y los montoncitos formados por las ropas de los trabajadores. Estos últimos avanzaban lentamente unos tras otros sobre el suelo desigual; Lievin contó cuarenta y dos hombres, y pudo distinguir entre ellos algunos conocidos: el anciano Yermil, con su camisa muy blanca y algo encorvado, y el joven Vásika, en otro tiempo su cochero.

También estaba allí Tit, su maestro, un hombre muy enjuto que manejaba la guadaña con suma facilidad.

Lievin se apeó, ató el caballo a un árbol y se acercó a Tit, que sacando una guadaña oculta detrás de un matorral, se la presentó al punto.

—Ya está bien afilada, señor —dijo—; es una navaja de afeitar, que siega por sí sola.

Lievin cogió el instrumento. Los segadores, después de haber terminado su línea, volvían bañados de sudor, pero alegres y contentos; todos saludaban al amo con una sonrisa, y ninguno se atrevió a decir nada hasta que un anciano, que vestía un chaquetón de piel de camero, exclamó:

—Atención, señor; cuando se comienza una faena es preciso concluir.

Lievin creyó oír una risa ahogada entre los segadores.

—Trataré de que nadie me adelante —contestó, colocándose detrás de Tit.

La hierba era corta y dura; Lievin no había segado hacía largo tiempo, y perturbado por las miradas fijas en él, comenzó mal, aunque manejaba la guadaña vigorosamente.

Dos veces dijeron detrás de él:

—Ha cogido mal el mango y tiene la guadaña muy alta; mira cómo se encorva.

—Se ha de apoyar más en el talón.

—No está mal —dijo el anciano—; vamos, ya adelanta, pero se cansará pronto. En otro tiempo habríamos recibido golpes si hubiésemos hecho un trabajo como ese.

La hierba comenzaba a ser más suave, y Lievin, escuchando las observaciones sin contestar, seguía a Tit; así recorrieron unos cien pasos, y el campesino avanzaba sin detenerse; pero Lievin se cansaba, temiendo no poder llegar hasta el fin, y ya iba a decir a Tit que se detuviera, cuando este lo hizo de por sí, e inclinándose para coger un puñado de hierba, comenzó a limpiar la guadaña. Lievin se enderezó, dirigiendo una mirada en torno suyo y dejando escapar un suspiro de desahogo.

Al comenzar la siega de una segunda línea, sucedió lo mismo; Tit avanzaba un paso de cada golpe, y Lievin, que iba detrás, no quería que lo adelantasen; pero en el instante en que el esfuerzo era tal que creía agotadas sus fuerzas, Tit se detenía para afilar su instrumento.

Lievin no deseaba otra cosa sino llegar al término de su faena tan pronto como los demás; solo oía el ruido de las hoces tras sí, y no veía más que a Tit, siempre delante,

y el semicírculo descrito por aquellas en las hierbas. De repente experimentó una agradable sensación de frescura en la espalda, y al mirar al cielo fijó su atención en una inmensa nube negra y vio que llovía. Algunos jornaleros habían ido a buscar su ropa, mientras que otros, imitando a Lievin, recibían con gusto la lluvia.

El trabajo avanzaba, y Konstantín, sin echar de ver cómo pasaban las horas, se complacía en su trabajo; se hallaba en un estado inconsciente en que, libre y sin preocupaciones, olvidaba del todo lo que hacía, aunque su trabajo valiese en aquel momento tanto como el de Tit.

Sin embargo, este último se había acercado al segador viejo y examinaba el sol.

—¿Por qué no continuamos? —preguntó Lievin, sin reflexionar que los jornaleros trabajaban sin descanso hacía cuatro horas y que era tiempo de almorzar.

—Es preciso tomar un refrigerio, señor —dijo el anciano.

—¿Tan tarde es? En tal caso, almorcemos.

Lievin entregó la guadaña a Tit, y cruzando con los campesinos el considerable espacio en que se había segado la hierba, fue a buscar su caballo, mientras que los hombres se disponían a comenzar su almuerzo. Lievin observó entonces que no había calculado bien el tiempo y que su heno se mojaría.

—Se echará a perder —dijo.

—No tenga usted cuidado señor —dijo el viejo—; esta lluvia no perjudicará a la siega.

Lievin desató su caballo y volvió a casa para tomar el café. Serguiei Ivánovich acababa de levantarse, y antes que se hubiera vestido para pasar al comedor, Konstantín estaba ya en el prado.

## V

**D**ESPUÉS de almorzar, Lievin continuó su trabajo, colocándose entre un viejo segador, que lo invitó a ser su vecino, y un joven jornalero recién casado que trabajaba aquel año por primera vez.

El anciano avanzaba a paso regular, pareciendo que segaba sin el menor esfuerzo; se veía solo el balanceo de sus brazos y su bien afilada guadaña, y se hubiera dicho que esta trabajaba sola.

La siega pareció a Lievin menos penosa, durante el calor del día le refrescaba el sudor que lo bañaba; y el sol, calentando su espalda, la cabeza y los brazos, desnudos hasta el codo, le comunicaba fuerza y energía.

¡Felices instantes aquellos en que olvidaba todo! Cuando se acercaban al río, el anciano que iba delante de Lievin limpiaba su guadaña con la hierba húmeda, para lavarla después, y sacando agua de la corriente, ofrecía un poco a su amo.

—¿Qué te parece mi bebida, señor? —le preguntaba el segador.

Konstantín creía no haber bebido nunca nada tan bueno como aquella agua templada, en la cual se veían fragmentos de hierba y que tenía cierto sabor a herrumbre muy pronunciado, que le comunicaba la escudilla de hierro del campesino.

El tiempo transcurría sin sentir, y se acercaba ya la hora de comer. El anciano segador llamó la atención del amo sobre los niños casi ocultos por la hierba, que llegaban de todas partes, llevando a los segadores el pan y los jarros con la bebida.

—Ya están ahí los moscones —dijo el segador a Lievin, mostrándole los chicos, y poniendo una mano sobre sus ojos a guisa de pantalla para examinar el sol.

La obra continuó un rato más, y después el segador dijo con tono resuelto:

—Es preciso comer, señor.

Los jornaleros se dirigieron hacia el sitio donde tenían depositada su ropa, y donde los niños esperaban para comer; unos se colocaron cerca de los carros y los otros en una arboleda. Lievin quiso sentarse junto a ellos, y no experimentaba el menor deseo de separarse de su gente. Ya había desaparecido toda cortedad por la presencia del amo y los segadores se dispusieron a comer y dormir; se lavaron, comieron su pan, destaparon sus vasijas y los jóvenes se bañaron en el río.

El segador anciano desmigajó pan en una escudilla, y lo aplastó después con el mango de la cuchara; y llenando casi el recipiente del líquido contenido en su vasija, añadió después algunas rebanadas de pan y la sal necesaria. Hecho esto, comenzó a orar, volviéndose hacia oriente, y cuando hubo concluido, dijo a Lievin:

—Vamos, señor, ven a probar mi sopa.

Konstantín la probó, y le pareció tan buena que no quiso ir ya a su casa; prefirió comer con el viejo, y su conversación giró sobre los asuntos domésticos de este, en los que el amo se interesó mucho. Lievin habló a su vez de los proyectos que trataba

de llevar a cabo; refiriéndose particularmente a lo que podía interesar a su compañero, cuyas ideas estaban más en armonía con las suyas que las de su hermano.

Terminada la comida, el anciano rezó su oración y se tumbó en el suelo después de formar una almohada de hierba; Lievin hizo otro tanto, y a pesar de las moscas y de los insectos que corrían por su rostro bailado de sudor, se durmió muy pronto y no se despertó hasta que el sol, dando la vuelta al matorral, comenzó a brillar sobre su cabeza. El anciano afilaba ya su guadaña.

Lievin miró a su alrededor, sin poder explicarse al principio dónde estaba; tan cambiado le parecía todo: la pradera, cuyas hierbas se habían segado ya, se extendía en un espacio inmenso iluminado de otra manera por los rayos oblicuos del sol; el río, en parte oculto antes por la espesura, se deslizaba ahora limpio y brillante, como el acero entre sus orillas descubiertas; y en las regiones aéreas se cernían las aves de rapiña.

Lievin calculó lo que se había hecho y lo que faltaba por hacer: el trabajo de aquellos cuarenta y dos hombres era considerable, pero hubiera querido adelantarlo más aún; él no experimentaba cansancio alguno.

—¿Te parece —preguntó al anciano— que tendremos tiempo para segar la colina?

—Si Dios lo permite. El sol no está alto, y se podrá animar a los chicos prometiéndoles para después una copita.

Cuando los fumadores hubieron apurado sus pipas, el anciano les dijo que si se segaba la colina no faltaría un trago.

—No hay inconveniente; adelante, Tit, despacharemos eso en una vuelta de mano, y se comerá de noche —dijeron algunos hombres.

—¡Vamos, hijos míos, ánimo! —exclamó Tit, abriendo la marcha en la carrera.

—¡Vamos, vamos! —decía el viejo, siguiéndolo y alcanzándolo sin problema alguno—. ¡Que te corto! ¡Cuidado!

Viejos y jóvenes segaron a porfía, y apenas los últimos trabajadores terminaban su línea, cuando los primeros se dirigían ya a la colina; muy pronto llegaron todos al pequeño barranco, donde la hierba, espesa y suave, los alcanzaba a la cintura.

Después de un breve conciliábulo para resolver si se haría el trabajo a lo largo o a lo ancho, un segador de barba negra, Prójor Iermilin, célebre en su oficio, marchó solo para dar la primera vuelta; y cuando hubo regresado, todos le siguieron para subir desde el barranco a la colina, saliendo luego al lindero del bosque.

El sol desaparecía poco a poco detrás de aquel; los segadores no divisaban ya su globo brillante sino en la altura: del barranco se elevaban blancos vapores, y en la vertiente de la montaña la fresca sombra estaba impregnada de humedad: el trabajo avanzaba rápidamente.

Lievin iba siempre entre sus dos compañeros: la hierba, tierna y suave, se podía



segar con facilidad; pero era algo duro subir y bajar por la escarpada pendiente del barranco.

El viejo no manifestaba fatiga, y manejaba con ligereza su guadaña, aunque a veces se estremecía todo su cuerpo. Lievin, que iba detrás, temía caer a cada paso y se decía que jamás volvería a trepar con una guadaña en la mano por aquellas alturas, tan difíciles de escalar aunque se llevaran las manos libres. Sin embargo, hizo como los demás, sin desanimarse, y como si lo sostuviera alguna fiebre interior.

## VI

**T**ERMINADO el trabajo, los segadores se pusieron sus caftanes para dirigirse alegremente a sus casas. Lievin volvió a montar a caballo y se separó de sus compañeros con tristeza, tanto que desde una altura volvió la cabeza para mirarlos por última vez; pero los vapores de la tarde le impidieron verlos. Solo se oía el choque de las guadañas y la algarabía que promovían con sus risas y gritos.

Serguiéi Ivánovich había comido hacía mucho tiempo, y tomando una limonada en su cuarto, revisaba los diarios y revistas que acababa de traer el correo, cuando Lievin entró de pronto, con el cabello en desorden y pegado a la frente por el sudor.

—¡Hemos segado toda la pradera! —exclamó—. No puedes figurarte qué bueno es trabajar así. ¿Y qué has hecho tú? —añadió, olvidando completamente las impresiones de la víspera.

—¡Santo Dios, no sé qué pareces! —dijo Serguiéi, fijando en su hermano una mirada de descontento—. Pero, hombre, ante todo cierra la puerta, pues ya has dejado entrar lo menos una docena.

Serguiéi Ivánovich se refería a las moscas, que le causaban horror; para librarse de ellas, jamás abría las ventanas de su cuarto sino de noche, y cuidaba siempre de tener las puertas cerradas.

—Te aseguro que no he dejado entrar una sola —replicó Lievin—. ¡Si supieras qué bueno ha sido este día para mí! ¿Y cómo lo has pasado tú?

—Muy bien. Supongo que no quieres hacerme creer que has segado todo el día. Debes tener un apetito de lobo. Kuzmá te ha preparado la comida.

—No tengo ganas, he comido con los trabajadores. Ante todo, quiero ir a limpiarme.

—Muy bien; ya me reuniré contigo —dijo Serguiéi, encogiéndose de hombros—; pero despáchate —añadió sonriendo, recogió sus libros y se levantó para salir. De repente sintió mucha alegría y no le apetecía separarse de su hermano—. ¿Dónde estabas durante la lluvia?

—¿Qué lluvia? Apenas han caído cuatro gotas. Vamos, me alegro que hayas pasado bien el día. Enseguida vuelvo.

Poco después, los dos hermanos se hallaban en el comedor. Lievin, creyendo no tener apetito, se sentó a la mesa solamente para no ofender a Kuzmá; pero cuando hubo comenzado a comer, le pareció todo excelente.

Serguiéi Ivánovich lo miraba sonriendo.

—Se me olvidaba decirte que abajo hay una carta para ti —dijo—; Kuzmá, ve a buscarla y ten cuidado de cerrar bien la puerta.

La carta era de Oblonski, que escribía desde San Petersburgo. Konstantín leyó en voz alta:

—«Recibo una carta de Dolli, que está en el campo. Las cosas andan allí al revés; y como tú lo sabes todo, te agradecería que fueses a verla para ayudarla con tus consejos, pues la pobre mujer está sola. Mi suegra continúa en el extranjero con toda su gente.» Ciertamente iré a verla —dijo Lievin—, y tú deberías venir conmigo. ¿No te parece que es una buena mujer?

—Sus tierras no están lejos de aquí, según creo.

—A unas treinta *verstas*, o acaso cuarenta; pero el camino es muy bueno, y lo franquearemos rápidamente.

—Iré con gusto —dijo Serguiéi Ivánovich, sonriendo, pues solo la vista de su hermano le ponía alegre—. ¡Qué apetito tienes! —añadió, observando el rostro curtido de Lievin, inclinado sobre el plato.

—Esto es excelente. No puedes imaginarte hasta qué punto este régimen ahuyenta del cerebro muchas necesidades. Quiero enriquecer la medicina con un nuevo término: *Arbeitscur*.

—No serás tú quien lo necesite.

—Pues te aseguro que es muy bueno para combatir las enfermedades nerviosas.

—La experiencia podrá demostrarlo. Has de saber que he querido ir a verte trabajar; pero el calor era tan insoportable, que me detuve en el bosque; desde aquí pasé al pueblo y encontré a tu nodriza, a la cual hice varias preguntas para saber cómo te juzgan los campesinos; he creído comprender que no te aprueban. «Ese no es asunto de los amos», me contestó la nodriza. Yo creo que el pueblo forma generalmente ideas muy precisas sobre lo que conviene hacer a los amos y parece que no le gusta verlos extralimitarse en sus atribuciones.

—Es posible; pero yo te aseguro que no he experimentado más vivo placer en toda mi vida. ¿Hago algún daño con esto?

—Vamos, veo que el día te ha satisfecho completamente.

—Sí, estoy muy contento; se ha segado toda la pradera y además he trabado conocimiento con un buen hombre que me interesa mucho.

—Pues si estás contento de tu día, yo lo estoy también del mío. Por lo pronto, he resuelto dos problemas de ajedrez, uno de ellos muy bonito, y además he pensado en nuestra conversación de ayer.

—¿Qué conversación? —preguntó Lievin, cerrando a medias los ojos después de comer, por efecto de una impresión de bienestar, y sin acordarse de la discusión de la víspera.

—He reflexionado que tienes en parte razón; la diferencia de nuestras opiniones consiste en que tú tomas el interés personal por móvil de nuestras acciones, al paso que yo pretendo que todo hombre, llegado a cierto desarrollo intelectual, debe tener por móvil el interés de todos; pero probablemente estás en lo cierto al decir que es preciso que la acción y la actividad se interesen en estas cuestiones. Tu naturaleza es

*primesautiere*<sup>[33]</sup>, como dicen los franceses, y necesitas obrar enérgicamente o no hacer nada.

Lievin escuchaba sin comprender, o sin tratar de entender, temiendo que su hermano le dirigiese alguna pregunta por la que se reconociera la ausencia de su espíritu.

—¿No tengo yo razón, amigo? —dijo Serguiéi Ivánovich apoyándole la mano en el hombro.

—Seguramente; y además, yo no pretendo estar en lo firme —dijo Lievin, sonriendo infantilmente.

«¿Qué discusión hemos tenido? —pensó—. Evidentemente los dos teníamos razón, y más vale así. Ahora iré a dar mis órdenes para mañana.»

Se levantó, sonriente, estirando las piernas y se dispuso a salir.

—Si te apetece dar un paseo te acompaño —dijo Serguói Ivánovich también sonriendo. No quería separarse de Konstantín, que desprendía frescura y energía—. Pasaremos además por la oficina, si quieres.

—¡Dios mío!—exclamó de pronto, tan vivamente que su hermano se alarmó.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—¡La mano de Agafia Mijaílovna! —repuso Lievin, golpeándose la frente—. Se me había olvidado.

—Ya está mejor.

—¡Qué importa! Voy a verla, y estaré de vuelta antes de que te hayas puesto el sombrero.

Y bajó precipitadamente, haciendo resonar sus tacones en la escalera.

## VII

**M**IENTRAS que Stepán Arkádich iba a San Petersburgo a cumplir con ese deber natural en los funcionarios públicos, deber que nunca discuten por incomprensible que parezca a los otros, y que consiste en «presentarse al ministro»; y mientras se disponía al mismo tiempo, provisto de la cantidad necesaria, a pasar agradablemente algunos días en las carreras y otras partes, Dolli marchaba al campo, con el fin de reducir los gastos, a su propiedad de Iergushovo, perteneciente a su dote, y cuyo bosque había sido vendido la primavera anterior; se hallaba a cincuenta *verstas* del Pokróvskoie de Lievin.

La antigua mansión señorial de Iergushovo había desaparecido hacía largo tiempo, pues el príncipe se contentó con ensanchar una de las alas para formar una habitación conveniente.

Cuando Dolli era niña, veinte años antes, dicha parte del edificio tenía bastante capacidad, y no dejaba de ser cómoda; pero ya estaba ruinoso. Cuando Stepán Arkádich fue al campo para vender la madera, su esposa le rogó que viese la casa para arreglarla un poco, a fin de que se pudiese vivir en ella; y Stepán Arkádich, deseoso, como todo marido culpable, de proporcionar a su mujer una vida material tan cómoda como fuese posible, mandó vestir los muebles de cretona y dispuso que pusieran cortinas; también se limpió el jardín, se plantaron flores y se construyó un puentecillo por la parte del estanque; pero, en cambio, se descuidaron muchos detalles esenciales, como lo reconoció con dolor Daria Alexándovna. Stepán Arkádich olvidaba siempre que era padre de familia, y sus inclinaciones eran las de un soltero. De regreso a Moscú, anunció con orgullo a su mujer que la casa quedaba perfectamente arreglada, y le aconsejó que se trasladase a ella, esto convenía a Oblonski por varios conceptos: los niños se divertirían en el campo, los gastos disminuirían y, por último, él quedaría del todo libre. Dolli, por su parte, pensaba que era necesario que los niños respirasen aires más puros después de sufrir la escarlatina; y, además, dejaba en la ciudad, entre otros enojos, las cuentas pendientes de los abastecedores, que la molestaban de continuo. Por último, pensaba atraer a su casa a Kiti, a la cual habían recomendado baños fríos, y que debía volver a Rusia a mediados de verano. Kiti le escribió diciendo que nada le agradaría tanto como terminar la temporada en Iergushovo, aquel lugar tan lleno de recuerdos de la infancia para las dos.

El campo, visto por Dolli a través de sus impresiones de la juventud, le parecía desde luego un refugio contra todos los enojos de la ciudad; y aunque no hubiese elegancia, por lo menos esperaba encontrar comodidad y economía; pero cuando estuvo en Iergushovo pudo reconocer que se había forjado ilusiones.

Al día siguiente de su llegada llovió a torrentes, y el agua, filtrándose por el

tejado, cayó en el pasillo y en la habitación de los niños; no se pudo encontrar una cocinera; de las nueve vacas que se hallaban en el establo, unas estaban preñadas y las otras eran demasiado jóvenes, de modo que no se podía obtener leche ni manteca; faltaban también gallinas y huevos, y no se encontraba ninguna mujer para limpiar los suelos. Como uno de los caballos era muy indómito, hasta el punto de no dejarse enganchar, se hubieron de suprimir los paseos en coche; en cuanto a los baños, no se podía pensar en ellos, pues los animales habían socavado las orillas del río, que estaban además, descubiertas, y hasta los paseos a pie eran peligrosos, atendido que por las cercas poco seguras del jardín se escapaba a cada momento el ganado, y había un toro temible al que se acusaba de varias fechorías. En la casa no se encontró un solo armario útil para las ropas, pues los pocos que había no se podían cerrar; en la cocina faltaban las ollas, en el lavadero, la caldera; y ni siquiera se encontró una tabla de planchar para alisar la ropa.

He aquí cómo Dolli, en vez de hallar el descanso que esperaba, se entregó a la desesperación, sin que le fuera posible contener sus lágrimas en aquel apuro. El intendente, un antiguo funcionario que le resultó agradable a Stepán Arkádich, y a quien este confió su nuevo cargo, no hizo aprecio de las quejas de Dolli, y se contentaba con responder:

—¡Es imposible obtener nada, porque esa gente es muy mala!

La posición hubiera sido intolerable si en casa de los Oblonski, como en las más de las familias, no hubiese habido una persona útil y de buena voluntad, a pesar de sus modestas atribuciones, como Matriona Filimónovna, que siempre solícita, calmaba a su señora, asegurándole que todo se arreglaría. Apenas llegada a la localidad, Matriona trabó conocimiento con la mujer del intendente, y desde los primeros días fue a tomar el té con ella y su esposo; allí se comenzó a discutir sobre los asuntos de la casa; se organizó un círculo con el alcalde y un tenedor de libros, y poco a poco se allanaron las dificultades de la vida. El tejado se reparó, se halló una cocinera, se compraron gallinas, las vacas comenzaron a dar leche, se compusieron las arcas, se arreglaron los armarios, se reparó el lavadero y no faltaron las planchas necesarias.

Hasta se halló medio de construir con tablas una barraca en la orilla del río, y Lilí pudo comenzar a bañarse; de modo que, al fin, la esperanza de vivir cómodamente, ya que no tranquila, llegó a ser una realidad para Dolli. Un periodo de calma con sus seis hijos era para la pobre mujer cosa rara; las inquietudes y los enojos la asediaban de continuo; pero tal vez a esto mismo debía que no se apoderasen de su ánimo las más negras ideas a causa de aquel esposo que no la amaba ya.

Por otra parte, si los niños la preocupaban por su salud o sus defectos, la distraían en cambio con sus alegrías. La soledad del campo contribuyó a que estas fueran más frecuentes, y aunque Dolli se acusara a menudo de parcialidad maternal, no podía

menos de admirar la pequeña familia agrupada a su alrededor, diciéndose que era raro encontrar seis niños tan hermosos, cada cual por su estilo.

En tales momentos se juzgaba feliz y estaba orgullosa.

## VIII

A finales de mayo, cuando las cosas se arreglaron más o menos, Daria Alexándrovna recibió una carta de su marido, respondiendo a sus quejas acerca de las incomodidades en el campo. Oblonski le pedía perdón por no haberlo pensado todo y le prometía ir a la finca en cuanto tuviera una posibilidad. Sin embargo no hubo semejante posibilidad y hasta principios de junio Daria Alexándrovna vivió sola.

Durante la cuaresma de San Pedro, Dolli llevó a sus niños a comulgar. Aunque sus parientes y amigos extrañaban a veces su libertad de pensamiento en las cuestiones de fe, Dolli no dejaba de tener su religión, que apenas relacionada con los dogmas de la iglesia, semejábase singularmente a la metempsicosis, lo cual no impedía que Dolli hiciera cumplir estrictamente en su familia las prescripciones de la iglesia. No solo quería dar así el ejemplo, sino que obedecía a una necesidad de su alma. Inquieta por la idea de que sus hijos no hubiesen comulgado en todo el año, quiso hacerles cumplir con este deber.

Se habían adoptado con anterioridad las disposiciones necesarias para arreglar el traje de los niños, a los que se pusieron, después de bien lavados, botones nuevos y lazos de cintas. Terminados todos los preparativos, los hijos de Dolli, bien engalanados y radiantes de alegría, se reunieron un domingo en el zaguán, delante del vehículo que debía conducirlos, esperando a su madre para ir a la iglesia. Gracias a la protección de Matriona Filimónovna, el caballo indómito había sido reemplazado por el del intendente. Daria Alexándrovna se presentó vestida de blanco, y un momento después se emprendió la marcha.

Dolli se había vestido cuidadosamente, casi con emoción. En otro tiempo le gustaba engalanarse con elegancia a fin de agradar; pero ya había perdido el gusto a los adornos, obligándola esto a reconocer que su belleza había desaparecido. Sin embargo, aquel día, deseosa de no hacer sombra en el cuadro, junto a sus hijos, quiso esmerarse un poco, aunque no para embellecerse. Se miró en el espejo la última vez y se quedó contenta. Iba guapa. No tan guapa como antes, cuando deseaba ir guapa al baile, pero guapa para lo que iba a hacer ahora.

En la iglesia no había más que algunos campesinos y gente de la casa; pero Dolli observó la admiración que sus niños y ella producían al pasar. Tania, semejante a una mujercita, cuidaba de sus hermanos, y Lili iba la última, haciendo gracia a todos por el asombro que manifestaba a cada paso cuando veía alguna cosa nueva; fue difícil no sonreír cuando después de haber comulgado, dijo: «*Please, some more*<sup>[34]</sup>.»

De regreso a su casa, después de comulgar, los niños, bajo la impresión del acto solemne en que acababan de tomar parte, fueron muy juiciosos hasta la hora del almuerzo; pero en aquel momento Grisha se permitió silbar, rehusando obedecer a la



inglesa, por lo cual se le privó del postre, castigo que Dolli debió confirmar, porque era justo; este episodio, sin embargo, turbó la alegría de todos.

Por fortuna, Tania, con el pretexto de hacer una comida para sus muñecas, obtuvo permiso de tomar un trozo de pastel, y se lo llevó a Grisha, a quien encontró llorando.

Terminado el almuerzo, y cuando se hubo desnudado a los niños para ponerles la ropa de diario, Dolli dispuso que se los condujera en la tartana al bosque para buscar setas. En medio de sus gritos de alegría pronto llenaron un cesto, y hasta Lili, la más pequeña, encontró por sí sola una, lo cual produjo un entusiasmo general.

El día terminó con un baño en el río; se ataron los caballos a los árboles, y el cochero, Terenti, dejándolos cazar las moscas con sus colas, se tumbó debajo de un abedul, encendió su pipa y se distrajo oyendo las carcajadas y los gritos de las criaturas.

Le complacía a Dolli bañar por sí misma a los niños, aunque no era cosa fácil impedirles que hicieran locuras ni encontrar completa la colección de medias y zapatitos cuando llegaba el momento de vestirlos. Los graciosos cuerpos que sumergía en el agua, los brillantes ojos de aquellas cabezas de querubines, las exclamaciones de espanto al hundirse en el líquido elemento, todo, en fin, era motivo de diversión para la madre.

Los niños estaban a medio vestir cuando acertaron a pasar por aquel sitio varias campesinas con su traje dominguero, que se detuvieron tímidamente ante la barraca. Matriona Filimónovna llamó a una de ellas para que hiciera el favor de sacar alguna ropa que había caído en el río, y Dolli les dirigió la palabra. Las buenas mujeres empezaron por reírse, ocultando la boca con una mano, pues no comprendían bien las preguntas, pero después tomaron confianza y se granjearon la simpatía de Dolli por su sincera admiración al contemplar los niños.

—¡Mira qué hermosa y qué blanca es esa! —dijo una de ellas señalando a Tania—. Parece un terrón de azúcar, pero está muy flaca.

—Es porque ha padecido una enfermedad.

—¿A este también le habrán bañado? —pregunto otra aldeana, señalando al niño más pequeño.

—¡Oh, no! Este no tiene más que tres meses —contestó Dolli con orgullo.

—¿De veras?

—Sí. ¿Y tienes tú hijos?

—He tenido cuatro; pero solo quedan dos, niño y niña.

—¿Qué edad tiene el más pequeño?

—Pronto cumplirá dos años.

Continuaron hablando algún tiempo sobre los niños y sus enfermedades, pues Dolli se interesaba en esta conversación tanto como las campesinas, y además estaba contenta, porque estas le envidiaban el número de sus hijos y su belleza. Una de las

aldeanas miraba fijamente a la inglesa, que se estaba vistiendo y se ponía varios refajos, uno sobre otro. Al llegar al tercero, la campesina no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, y gritó involuntariamente:

—¡Mira, mira esa señora; no acabará de vestirse nunca!

Esto excitó la hilaridad de todos.

## IX

**D**ARIA Alexándrovna, cubierta la cabeza con un pañuelo y rodeada de los pequeños bañistas se acercaba ya a la casa, cuando el cochero se detuvo y gritó:

—He ahí un caballero que viene a nuestro encuentro; debe de ser el dueño de Prokróvskoe.

Con la mayor alegría, Dolli reconoció, efectivamente, el paletó gris, el sombrero de anchas alas y el rostro amigo de Lievin; la agradaba siempre verlo, pero se regocijó particularmente aquel día, por hallarse un poco arreglada y con sus hijos, pues Konstantín podía comprender mejor que nadie la causa de su contento.

Al divisarla, Lievin creyó ver la imagen de la felicidad familiar íntima que tantas veces había soñado.

—Parece usted una gallina con sus pollitos —dijo a Dolli.

—¡Cuánto me alegra verlo a usted! —replicó esta, ofreciéndole la mano.

—¡Contenta, y no me decía usted nada! —repuso Lievin—. Tengo a mi hermano en casa, y por Stiva he sabido que se hallaba usted aquí.

—¿Por Stepán? —preguntó Dolli, con asombro.

—¡Sí, me escribió diciéndome que estaba usted en el campo, y piensa que se me permitirá servirla en cualquier cosa!

Al pronunciar estas palabras, Lievin se turbó, y andando junto al vehículo, arrancaba a su paso ramitas de tilo para morderlas; reflexionaba que a Dolli le parecía sin duda penoso ver a un extraño ofrecerle el auxilio que debía recibir de su marido. En efecto, la manera de Stepán Arkádich de encargar sus asuntos personales a terceros desagradaba a Dolli. Inmediatamente comprendió que Lievin lo entendía. Era precisamente por esa capacidad de entender, por su tacto y delicadeza por lo que lo apreciaba Dolli.

—He supuesto —dijo Lievin— que era una manera delicada de manifestarme que me vería usted con gusto, y me ha conmovido verdaderamente. Imagino que a usted, acostumbrada a la ciudad, le parecerá el país muy salvaje; y de todos modos, si puedo servirla en alguna cosa, le ruego que disponga de mí.

—¡Mil gracias! —contestó Dolli—. Al principio hemos tropezado con muchos inconvenientes; pero ahora todo va bien, —gracias a mi buena servidora Matriona Filimónovna.

Esta última saludó a Lievin al oír pronunciar su nombre, pues lo conocía bien y pensaba que sería muy buen partido para su señorita.

—Tome usted asiento con nosotras —dijo la sirvienta—; nos estrecharemos un poco.

—No, prefiero seguirlos a ustedes a pie. ¡Niños! ¿Quién quiere echar unas

carreras conmigo contra los caballos?

Los niños conocían poco a Lievin, y no recordaban bien cuándo lo habían visto, pero no les inspiraba desconfianza. A veces se riñe a las criaturas porque no son amables con las personas mayores; pero si se muestran así es porque el niño de más limitada inteligencia no se deja engañar por una hipocresía que con frecuencia escapa al hombre más penetrante, en este punto su instinto es infalible. Ahora bien: aunque Lievin tuviera defectos, nadie podía acusarlo de falta de sinceridad; y así es que los niños participaron de los buenos sentimientos que el rostro de su madre expresaba. Los dos mayores contestaron a la invitación, corriendo a reunirse con Lievin; Lili quiso ir también, y Konstantín la colocó sobre sus hombros y comenzó a correr, gritando a la madre:

—No tema usted nada, Daria Alexándrovna, que va bien segura.

Y al ver el aplomo de los movimientos de Lievin, Dolli no experimentó la menor desconfianza.

Konstantín se hacía tan criatura como las que llevaba, con tanto mayor gusto cuanto que Dolli le inspiraba una verdadera simpatía. Le agradaba a la madre ver a su amigo en tan buena disposición de espíritu, y le complacía que divirtiera a sus hijos y a la señorita Hull con la cual hablaba en su rudimentario inglés.

Después de comer, y cuando estuvieron solos en el balcón, se trató de Kiti.

—¿Sabe usted ya —dijo Dolli— que vendrá a pasar el verano conmigo!

—¿De veras? —contestó Lievin, ruborizándose; pero al punto cambió la conversación y repuso—: Voy a enviar a usted dos vacas, y si se empeña absolutamente en pagar, y no se avergüenza por ello, dará cinco rublos al mes.

—Le aseguro a usted que no es necesario, pues podemos arreglarnos muy bien.

—En tal caso, permítame al menos examinar sus vacas y el alimento que les dan.

Y para no reanudar la espinosa conversación que tanto deseaba, expresó a Dolli todo un sistema sobre la alimentación de las vacas, sistema que las convertía en simples máquinas para transformar el forraje en leche. Mientras hablaba, ansiaba conocer nuevos detalles sobre la vida de Kiti y al mismo tiempo temía perder la tranquilidad que tanto trabajo le había costado adquirir.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Dolli—; pero todo eso exige cierta vigilancia que yo no puedo ejercer.

Como ya se había restablecido el orden en la casa, Dolli no tenía el menor deseo de hacer cambios, y, por otra parte, los conocimientos científicos de Lievin eran para la buena señora tan sospechosos como dudosas sus teorías. El sistema de Matriona Filimónovna era incomparablemente más sencillo, pues se reducía a dar mayor cantidad de heno a las dos vacas de leche e impedir que el cocinero llevase los restos de la cocina a la vaca de la lavandera. Lo que Dolli quería era hablar de Kiti.

## X

**H**E recibido una carta de Kiti —comenzó a decir Dolli—, en la cual me indica que desea la soledad y el reposo.

—¿Ha mejorado ya su salud? —preguntó Lievin con emoción.

—A Dios gracias ya está restablecida del todo, jamás he creído que padeciese del pecho.

—Me alegro muchísimo —repuso Lievin, en cuyo rostro creyó leer Dolli algo tierno y desvalido.

—Dígame usted, Konstantín Dmitrich —continuó Dolli sonriendo con bondad y un poco de malicia—, ¿por qué conserva usted rencor a Kiti?

—¡Pero si yo no le tengo ninguna mala voluntad!

—Pues entonces, ¿por qué no ha visitado usted a ninguno de nosotros la última vez que fue a Moscú?

—Daria Alexándrovna —replicó Lievin, sonrojándose hasta la raíz de los cabellos—, ¿cómo es que siendo usted tan buena no tiene compasión de mí, puesto que sabe...?

—Yo no sé nada.

—¿... puesto que sabe que se me ha rechazado?

Y toda la ternura que sentía antes por Kiti se desvaneció al recordar el desaire recibido.

—¿Por qué supone usted que yo lo sé?

—Porque todo el mundo lo sabe.

—En eso se engaña usted; yo lo sospechaba, pero no sabía nada de positivo.

—Pues bien, ya lo sabe usted todo.

—Lo que yo sabía era que Kiti estaba muy atormentada por un recuerdo sobre el cual no permitía alusiones; y si a mí no me ha confiado nada, es porque no ha dicho a nadie la menor cosa. Dígame usted ahora lo que ha ocurrido entre los dos.

—Ya se lo he dicho.

—¿Cuándo sucedió?

—La última vez que estuve en casa de sus padres.

—Sepa usted que Kiti me da mucha lástima —dijo Dolli—; pero también comprendo que el amor propio de usted se ha resentido...

—Es posible —dijo Lievin—; pero...

—La pobre niña —interrumpió Dolli— es verdaderamente digna de compasión. Ahora lo comprendo todo.

—Dispéñeme usted si me retiro, Daria Alexándrovna —dijo Lievin, levantándose—. Hasta la vista.

—No, espere usted —exclamó Dolli, reteniendo a su interlocutor por la manga

del paletó—; siéntese un momento más.

—Le suplico que no hablemos más de eso —repuso Lievin, sentándose, mientras que se infiltraba en su corazón una esperanza que él creía para siempre perdida.

—Si no lo apreciase a usted —dijo Dolli con los ojos llenos de lágrimas—, si no lo conociese como lo conozco...

El sentimiento que Lievin creía extinguido para siempre llenaba más que nunca su corazón.

—Sí, ahora lo comprendo todo —continuó Dolli—. Ustedes, los hombres, libres en la elección, pueden saber ciertamente a quién quieren; mientras que una joven debe esperar con la reserva impuesta a las mujeres. A ustedes les es difícil comprender esto, pero una muchacha puede hallarse en el caso de no saber qué contestar.

—Sí, cuando su corazón no habla.

—Y aunque su corazón hable. Reflexiónelo bien: usted, que tiene sus miras respecto a una joven, puede ir a casa de sus padres, acercarse a ella y observarla, y no pide su mano hasta que está seguro que lo agrada.

—No siempre sucede así.

—Pero no es menos cierto que usted no se declara hasta que su amor ha madurado o cuando, habiendo dos personas, fija usted en una su preferencia. ¿Y la joven? Se pretende que elija, y nunca puede hacer más que contestar sí o no.

«Se trata de la elección entre Vronski y yo», pensó Lievin. Y le pareció que la imagen que resucitaba en su alma volvía a desvanecerse, martirizando su corazón.

—Daria Alexándrovna —repuso—, se puede elegir un vestido o cualquier otro objeto de poca importancia, pero no el amor. Por lo demás, la elección quedó hecha, tanto mejor; estas cosas no se vuelven a comenzar.

—¡Orgullo y más orgullo! —replicó Dolli, desdeñosamente, por la bajeza del sentimiento que Lievin expresaba, comparado con los que solo las mujeres comprenden—. Cuando usted se declaró a Kiti, ella estaba precisamente en una de esas situaciones delicadas en que no se sabe qué contestar, fluctuaba entre usted y Vronski; este visitaba la casa todos los días y usted no se había presentado hacía largo tiempo. Si hubiese tenido más edad, no habría vacilado; para mí, por ejemplo, no hubiera habido duda ni vacilación.

Lievin recordó en aquel momento la contestación de Kiti: «No, eso no puede ser».

—Daria Alexándrovna —replicó secamente—, me conmueve mucho su confianza, pero creo que se engaña. Con razón o sin ella, este amor propio, que usted desprecia en mí, es causa de que todas mis esperanzas respecto a Katerina Alexándrovna sean ya imposibles; y compréndalo usted bien, imposibles.

—Una palabra más, usted comprende bien que le hablo de una hermana, tan querida para mí como mis propios hijos; no pretendo decir que ella lo ame; solamente

deseaba decirle que su negativa, en el momento en que la hizo, no significa nada.

—¡No la comprendo! —exclamó Lievin, saltando de la silla—. Y no sabe cuánto daño me hace en este momento. Es como si hubiese usted perdido un niño y viniese alguno a decirle: He aquí cómo sería si hubiese vivido para ser su alegría, ¡pero desgraciadamente ha muerto!...

—¡Qué singular es usted! —dijo Dolli con triste sonrisa al observar la emoción de Lievin—. ¡Ah! Lo comprendo cada vez más —añadió con aire pensativo—. Quiere decir que no vendrá usted cuando Kiti esté aquí.

—¡No! Nunca huiré de Katerina Alexándrovna; pero en cuanto sea posible, le evitaré el enojo que mi presencia pueda causarle.

—Es usted muy original —dijo Dolli, mirando afectuosamente a su interlocutor—. Supongamos ahora que no hemos dicho nada... ¿Qué tienes, Tania?—añadió en francés al ver a su hija que acababa de entrar...

—¿Dónde está mi pala, mamá?

—Yo te hablo en francés; contéstame en el mismo idioma —replicó la madre.

Como la niña no recordaba la palabra, Dolli se la dijo en voz baja, indicando luego, siempre en francés, dónde estaba el objeto perdido.

Aquel francés desagradó a Lievin, a quien le pareció todo cambiado en casa de Dolli; hasta sus niños no eran ya tan graciosos.

«¿Por qué habla francés a sus hijos? —pensó—. Esto es poco natural, y los niños lo conocen, se les enseña el francés y se les hace olvidar la sinceridad.»

Lievin ignoraba que Dolli se había hecho veinte veces el mismo razonamiento, deduciendo que, a pesar de perjudicarse lo natural, no había otro medio de enseñar una lengua extranjera a los niños.

—¿Adónde va usted tan deprisa? —preguntó Dolli—. Acompáñenos otro ratito.

Lievin permaneció hasta la hora de tomar el té; pero toda su alegría se había desvanecido y experimentaba cierta contrariedad.

\* \* \*

Después del té, Lievin salió para dar orden de enganchar, y cuando volvió al salón halló a Dolli muy trastornada, con los ojos llenos de lágrimas. Durante su breve ausencia, el orgullo de la buena madre respecto a sus hijos acababa de resentirse dolorosamente. Grisha y Tania se habían pegado por una pelota; al oír sus gritos, Dolli acudió presurosa y los halló en estado lastimoso; Tania tiraba de los cabellos a su hermano, y este, con las facciones descompuestas por la cólera, descargaba puñetazos sobre su adversaria. Ante aquel espectáculo, le pareció a Dolli que algo se rompía en su corazón y que todo se cubría de un velo negro, aquellos niños de los que estaba tan orgullosa resultaban ser ahora malos y de perversas inclinaciones; y esta idea perturbó de tal modo a la madre, que no pudo expresar su pena a Lievin. Este la

consoló de la mejor manera posible, le aseguró que el hecho de pegarse los niños no tenía nada de terrible, pues todos lo hacían; pero al mismo tiempo se decía: «No, no me molestaré para hablar francés a mis hijos, porque no se debe desnaturalizar el carácter de las criaturas; esto las impide ser seductoras. ¡Oh, mis hijos serán muy diferentes!». Y despidiéndose de Dolli, se retiró sin que esta tratase de retenerlo.



## XI

**H**ACIA mediados de julio, Lievin vio llegar al intendente de la hacienda de su hermana, situada a unas veinte *verstas* de Pokróvskoie, que llevaba su informe sobre el estado de los negocios y el resultado de la siega. El principal rendimiento de aquella tierra provenía de los extensos prados que se inundaban en la primavera y que los campesinos arrendaban en otro tiempo. Cuando Lievin se encargó de la administración de aquella propiedad reconoció al examinar los terrenos que el precio pagado por aquellos era excesivamente módico, y, en su consecuencia, le aumentó en la proporción que le pareció equitativa. Los campesinos rehusaron arrendar con las nuevas condiciones, y como lo sospechaba Lievin, hicieron todo lo posible para ahuyentar a otros solicitantes. Fue preciso trasladarse a la localidad, buscar jornaleros y segar por cuenta propia. Los aldeanos hicieron cuanto estuvo en su mano para entorpecer este nuevo plan; mas, a pesar de ello, las praderas produjeron ya más del doble desde el primer verano. La resistencia de los campesinos se prolongó dos años más; pero después propusieron encargarse del trabajo, reteniendo para sí la tercera parte de la cosecha; y el intendente iba solo para anunciar que todo estaba terminado. Dijo que a causa de la lluvia se habían dado prisa a concluir los trabajos, y que era preciso comprobar la repartición para entregar al propietario las once cargas que le correspondían. Lievin sospechó, por el apresuramiento del intendente para hacer la distribución, sin haber recibido orden del administrador principal, que se había cometido alguna irregularidad, y en su consecuencia, juzgó prudente ir por sí mismo a poner el asunto en claro. Llegó al pueblo a la hora de comer, dejó los caballos en casa de un anciano campesino amigo suyo y marchó en busca de este, esperando obtener de él algún informe sobre el asunto de las praderas. El buen hombre recibió a Lievin con demostraciones de alegría, le enseñó su pequeño dominio y lo condujo al sitio donde estaban las colmenas: pero contestó vagamente a las preguntas que Lievin le hizo, lo cual bastó para confirmar las sospechas de este. Se dirigió al sitio donde estaban las gavillas, las examinó y, pareciéndole inverosímil que contuvieran cincuenta carretadas, dio orden de conducir las a un cobertizo, donde resultó de la comprobación que solo había treinta y dos. El intendente juró y perjuró que se había procedido con la mayor honradez: pero Lievin replicó que no aceptaba aquella distribución, y, al fin, después de un largo debate, se acordó que los campesinos se quedaran con las once cargas y se diera al amo la parte que exigía. Arreglado el asunto, Lievin fue a sentarse sobre una gavilla y contempló admirado la animación de la pradera con su mundo de trabajadores.

Delante de él se extendía el río, que en aquella parte formaba un recodo, y en las orillas se veían mujeres moviéndose en animados grupos alrededor del heno; lo

removían, lo levantaban en masas ondulantes de un bonito color verde claro, y lo alargaban a los hombres, que con las largas horquillas formaban los haces. Por un lado llegaban ruidosamente los carros, en los cuales se cargaba la parte de los campesinos; y en las carretas se amontonaba el heno sobre los caballos.

—¡Qué hermoso tiempo! —dijo el anciano, sentándose junto a Lievin—. El heno está seco como el grano que damos a las gallinas, y desde la hora de comer hemos alineado ya lo menos la mitad... ¿Es esa la última carretada? —preguntó a un joven que pasaba por delante de ellos en su carreta.

—La última, padre —contestó el campesino, sonriendo, y volviéndose a una mujer fresca y rolliza que lo acompañaba.

—¿Es tu hijo? —preguntó Lievin.

—Sí, el menor —contestó el anciano con una sonrisa cariñosa.

—¡Guapo muchacho!

—¿No es verdad?

—¿Está ya casado?

—Sí; hace dos años.

—¿Tiene hijos?

—¡Qué va! Durante un año entero no se enteraba, encima le daba vergüenza preguntar. ¡Vaya heno! —dijo él deseando cambiar del tema.

Lievin miró con atención a la joven pareja, que comenzaba a cargar su vehículo; el marido, en pie, recibía enormes brazadas de heno que su compañera le alargaba con una horquilla, y cuando la carreta estuvo llena, la mujer se introdujo por debajo para atar la carga. En el semblante de los jóvenes cónyuges se retrataba el amor y la felicidad.

## XII

**T**ERMINADA la operación de cargar, el joven campesino, llamado Iván, saltó a tierra, empuñó la brida del caballo y se puso en marcha con las demás carretas en dirección al pueblo, mientras que la mujer iba a reunirse con otras trabajadoras. Aquellas mujeres, con sus zagalejos de brillantes colores y sus rastrillos al hombro, alegres y animadas, comenzaron a cantar, y una de ellas entonó con voz robusta una estrofa, la cual repitieron a coro voces frescas y argentinas.

Lievin veía acercarse a las mujeres como una nube que pronto lo arrollaría todo. Al ritmo de aquella canción salvaje, con su acompañamiento de silbidos y agudos gritos, los campos parecían animarse. Semejante alegría hizo experimentar a Lievin un sentimiento de envidia; hubiera querido participar de ella, mas él no sabía hacer tales manifestaciones, y, por tanto, debía limitarse a mirar y escuchar.

Cuando aquella multitud hubo pasado, reflexionó sobre su aislamiento y su pereza física, pensando en la especie de hostilidad que existía entre él y aquel mundo de campesinos.

Aquellos mismos hombres con quienes había disputado, infiriéndoles una injuria si su intención no fue engañarle, lo saludaban ahora alegremente al paso, sin rencor y sin remordimiento, porque el trabajo había borrado todo mal recuerdo. Dios, que daba aquel día, comunicaba a todos la fuerza necesaria para salir de él, y nadie pensaba en preguntarse por qué trabajaba y para quién sería el beneficio. Lievin, bajo la impresión que le había causado la vista de Iván y su mujer, experimentaba más que nunca el deseo de cambiar su existencia, ociosa, artificial y egoísta, por la de aquellos campesinos, que le parecía tan seductora y pura.

Solo y sentado en su gavilla, mientras que los habitantes de las inmediaciones entraban en sus casas y los que venían de lejos se instalaban en la pradera, Lievin miraba y escuchaba sin ser visto, y pasó casi sin dormir aquella breve noche de estío.

Durante la cena, los aldeanos hablaron y rieron largo rato, entonando alegres canciones; pero un poco antes de la aurora se produjo un profundo silencio, solo se oía el canto incesante de las ranas en los pantanos y el rumor de los caballos que pastaban en la pradera. Entonces Lievin volvió en sí, se levantó y echó de ver, mirando a las estrellas, que la noche había pasado.

«¿Y qué haré yo? —se dijo, procurando dar forma a los pensamientos que le preocuparon durante la noche—. ¿Cómo realizaré mi proyecto?»

Por lo pronto, sería necesario renunciar a su vida pasada, a su inútil cultura intelectual, cosa fácil y que no le costaría mucho. Pero esto le hacía reflexionar sobre su futura existencia, sencilla y pura, la cual le devolvería la calma y tranquilidad del espíritu, que no conocía ya. Sin embargo, ¿cómo efectuar la transición de su vida actual a la otra? Sobre este punto nada le pareció claro; debería casarse con una

campesina, imponerse un trabajo, abandonar Pokróvskoie, comprar un terreno, hacerse individuo de una comunidad... ¿Cómo realizar todo esto? Lievin no lo veía con claridad.

«A decir verdad —pensó—, mis ideas no son claras, porque no he dormido en toda la noche; pero una cosa me parece positiva y es que estas pocas horas han decidido mi suerte. Mis sueños de otro tiempo no son más que una locura; lo que yo quiero es más sencillo y mejor.»

«¡Qué hermoso es —se dijo después, admirando las ligeras nubes sonrosadas que se deslizaban por el cielo, semejantes al fondo nacarado de una concha—, qué hermoso es cuanto veo en esta magnífica noche! ¿Cómo ha tenido tiempo de formarse esa concha? ¡Hace un momento observé el cielo y solo vi fajas blancas! Así se han transformado, sin que yo lo notase, mis ideas sobre la vida.»

Lievin salió de la pradera para dirigirse hacia el pueblo; comenzaba a soplar un aire fresco, y todo adquiría, en aquel instante que precede a la aurora, un tinte gris melancólico como para revelar mejor el triunfo del día sobre las tinieblas.

Konstantín andaba de prisa para entrar en calor, cuando de repente divisó en el camino, a unos cuarenta pasos de distancia, un coche tirado por cuatro caballos; la carretera era mala, y para no rozarse con las ortigas, los cuadrúpedos se oprimían contra la lanza pero el postillón los dirigía tan bien que las ruedas pasaban solo por el suelo llano de camino.

Lievin contempló distraídamente aquel coche sin pensar en lo que podía contener.

Una anciana dormitaba en el fondo, mientras que junto a la portezuela una joven jugaba con la cinta de su gorro de viaje; su rostro, de expresión tranquila y pensadora, parecía revelar un espíritu superior; en aquel instante contemplaba las claridades del alba, y ya iba a desaparecer la visión, cuando dos ojos brillantes fijaron en él una mirada. Ella lo reconoció, y la alegría de la sorpresa iluminó su rostro.

Lievin no se podía engañar, aquellos ojos eran únicos en el mundo y solo un ser humano personificaba para él la luz de la vida y su propia razón de ser. Era ella, Kiti. Konstantín comprendió que se dirigía desde la estación de ferrocarril a Iergushovo; y todas sus resoluciones, adoptadas durante una noche de insomnio, se desvanecieron al punto; la idea de casarse con una campesina le infundió horror. Allí, en aquel coche que se alejaba, estaba la contestación al enigma de la existencia que lo atormentaba tan penosamente. El rumor de las ruedas dejó de oírse, apenas se percibía el sonido de las campanillas y Lievin reconoció por los ladridos de los perros que el coche cruzaba el pueblo. De aquella visión no quedaba para él más que los campos solitarios, la aldea lejana, él, solitario y ajeno a todo, él mismo, que andaba solo por un ancho camino abandonado.

Lievin miró al cielo, esperando hallar esas tintas nacaradas que antes viera y que le habían parecido personificar el movimiento de sus ideas y de sus impresiones

durante la noche; pero nada recordaba ya los tintes de la concha. Allá arriba, en alturas inconmensurables, se había efectuado la misteriosa transición que sustituyó al nácar una vasta alfombra de pequeñas nubes blanquecinas, el cielo comenzaba a clarear y matizarse de un hermoso azul, y contestaba con igual dulzura y menos misterio a su mirada interrogadora...

«No —pensó—, por hermosa que sea esa vida sencilla y laboriosa, no me es posible adoptarla. A “ella” es a quien amo.»

## XIII

**E**XCEPTO sus familiares, nadie sospechaba que Alexiúi Alexándrovich, aquel hombre frío y reflexivo, fuese presa de una debilidad que estaba en contradicción absoluta con la tendencia general de su naturaleza. No podía ver llorar a un niño o una mujer sin alterarse; el ver las lágrimas lo trastornaba, y hasta perdía el uso de sus facultades. Sus subordinados lo sabían tan bien, que juzgaban necesario advertírsele a las solicitantes para no comprometer su demanda, por haber dado origen a un acceso de sensibilidad. «Se incomodará y no seréis escuchados», les decía siempre. En efecto, la perturbación que las lágrimas producían en Karenin se traducían por una cólera agitada: «Nada puedo hacer por usted —contestaba Karenin en semejante caso—; sírvase retirarse».

Cuando al volver de las carreras Anna le hubo confesado sus relaciones con Vronski, y cubriéndose el rostro comenzó a sollozar, Alexiúi Alexándrovich, aunque irritado contra su esposa, no pudo menos de experimentar una profunda perturbación; y para evitar toda señal exterior, trató de reprimir su emoción, permaneciendo inmóvil sin mirar a su esposa, con una rigidez mortal que llamó mucho la atención de Anna.

Al acercarse a la casa hizo un gran esfuerzo para bajar del coche y separarse de su esposa con la acostumbrada cortesía, y solo dijo algunas palabras insignificantes, resuelto a no tomar ninguna determinación hasta el día siguiente.

Las palabras de Anna habían confirmado sus peores sospechas, y el daño que le hicieron, agravándose con las lágrimas, era verdaderamente cruel; pero una vez solo en el coche, Alexiúi Alexándrovich se sintió aliviado de un gran peso, pareciéndole que ya no pesaban sobre él las dudas, ni los celos, ni la piedad. Experimentaba la misma sensación del hombre que, aquejado de un fuerte dolor de muelas, se hace arrancar la que está dañada, y aunque el dolor es terrible, siente después un consuelo y alivio indecibles. El dolor que había emponzoñado su vida tan largo tiempo no existía ya; en el futuro le sería dado pensar, hablar e interesarse en otra cosa que no fuese su mal.

Alexiúi Alexándrovich había experimentado un sufrimiento singular y terrible; pero ya estaba concluido, y en adelante podría pensar en otra cosa que no fuera su mujer.

«Es una mujer perdida —se decía—, sin honor, sin corazón y sin religión; siempre lo pensé así, y solo por compasión a ella he tratado de hacerme ilusiones.»

Y Karenin creía sinceramente haber sido perspicaz, recordando diversos detalles del pasado, en otro tiempo inocentes a sus ojos, y que ahora le parecían otras tantas pruebas de la corrupción de Anna.

«He cometido un error —se decía— al unir mi existencia con la suya, pero mi

error no ha tenido nada de culpable, y por consiguiente, no debo ser desgraciado; la culpable es ella, y cuanto la toque no me concierne ya, pues para mí ha dejado de existir...»

No se interesaba en las desgracias que pudieran recaer sobre su hijo, para el cual cambiaban también sus sentimientos del mismo modo; lo importante era salir de aquella crisis de una manera juiciosa, cómoda y, por tanto, justa, lavando el cieno con que Anna lo había manchado, y sin que se resintiera su vida, honrada, útil y laboriosa.

«¿He de ser yo desgraciado —pensaba— porque una mujer despreciable haya cometido un delito? Todo se reduce a encontrar una salida de la difícil situación en que me ha puesto. Y la encontraré. No soy el primero ni el último que se halla en semejante caso.» Y sin hablar del ejemplo histórico que la bella Helena y Menelao hacía revivir en todas las memorias, Alexiéi Alexándrovich recordó una serie de episodios contemporáneos en que maridos de más alta posición debieron deplorar la infidelidad de sus esposas.

«¡Dariálov, Poltavski, el príncipe Karibánov, Dram!, una persona tan honesta... Supongamos que sobre esos hombres recae un “ridículo” injusto; en cuanto a mí, jamás pensé sino en su desgracia, y siempre los compadecí.» Esto no era verdad: Karenin no sintió nunca compasión por ellos, y la desgracia de los otros le había servido para crecerse en su propia estimación. Y Alexiéi Alexándrovich pensó en la manera de proceder de los citados hombres cuando se hallaron en igual caso.

«Dariálov —se dijo— optó por batirse...» En su juventud, y a causa de su temperamento tímido, Alexiéi Alexándrovich había pensado en el duelo a menudo; nada le parecía tan terrible como la idea de ver una pistola apuntando contra su pecho; y jamás había hecho uso de arma alguna. Este horror instintivo le inspiró muchas reflexiones, y trató de acostumbrarse a la eventualidad posible o a la obligación de arriesgar su vida. Más tarde, llegado a una alta posición social, estas impresiones se borraron; pero la costumbre de temer su propia cobardía llegó a ser tan poderosa, que en aquel momento deliberó largo rato consigo mismo, considerando y acariciando la perspectiva de un duelo y examinándola en todas sus fases, a pesar de su convicción de que no se batiría en ningún caso.

«El estado de nuestra sociedad es aún tan salvaje —pensaba— que muchos hombres aprobarían un duelo: aquí no es como en Inglaterra. ¿A qué conduciría esto, suponiendo que yo lo provoque?» En este punto, Alexiéi Alexándrovich se representó vivamente la noche que pasaría después de la provocación y la pistola apuntando contra él, estremeciéndose al reflexionar que jamás podría soportarlo. «Admitamos —continuó— que aprendo a tirar, que me coloco delante de él, que oprimo el gatillo de mi pistola y que lo mato.» El señor Karenin cerró los ojos y movió la cabeza como para desechar esta idea absurda. «¿Qué lógica habría en matar a un hombre para clarificar sus relaciones con una mujer culpable y su hijo? ¿Se resolvería con esto la

cuestión? ¿Y si el herido o el muerto soy yo, lo cual me parece más probable? Entonces, sin culpa alguna, yo sería la víctima expiatoria. ¿No sería esto más absurdo aún? Y, por otra parte, ¿sería honroso que yo fuese a provocar a ese hombre, seguro como estoy de que mis amigos intervendrían para no exponer la vida de un individuo que es útil al país? ¿No parecería que trato de llamar la atención, promoviendo un lance que no podría conducir a nada? Nadie espera de mí ese duelo tan absurdo, y mi único objeto debe ser conservar mi reputación, sin consentir que ninguna cosa pueda estropear mi carrera.» El «servicio del estado», siempre importante a los ojos de Karenin, lo era más en aquel momento.

Descartada la cuestión del duelo, quedaba la del divorcio; alguno de aquellos hombres cuyo recuerdo evocaba, habían apelado a él; los casos de esta especie ocurridos en la alta sociedad le eran bien conocidos; pero Alexiéi Alexándrovich no halló uno solo en que semejante medida hubiera llenado el objeto que él proponía; en cada uno de ellos el esposo había cedido o vendido a su mujer; y la culpable, la que no tenía derecho a un segundo matrimonio, era la que contraía un nuevo lazo. En cuanto al divorcio legal, el que tendría por sanción el castigo de la mujer adúltera, no se podía recurrir a él, en concepto de Alexiéi Alexándrovich, porque no sería posible suministrar, en las complicadas condiciones de su vida, las pruebas brutales exigidas por la ley; aunque hubiesen existido, no le era dado hacer uso de ellas, pues el escándalo rebajaría al esposo en la opinión pública más que a la culpable. Los enemigos de Karenin se aprovecharían de esto para calumniarlo, procurando comprometer su elevada posición oficial, y entonces no se cumpliría su objetivo, que era salir con el menor ruido posible de la crisis en que se hallaba.

Por otra parte, el divorcio rompería toda relación con su esposa, dejando a esta en manos de su amante; lo cual quería evitar Karenin, porque, a pesar del desprecio indiferente que pensaba sentir por su mujer, le quedaba en el fondo del alma un afecto muy vivo, inspirándole horror todo cuanto tendiese a favorecer sus relaciones con Vronski para que se aprovechara de su falta. Esta idea le arrancó casi un grito de dolor; se puso en pie en su coche y cambió de asiento, tapándose las piernas, muy sensibles al frío.

«También se podría —continuó procurando calmarse— imitar a Karibánov, de Paskudin y al bueno de Dram, exigiendo la separación; pero esta medida tendría casi los mismos inconvenientes que el divorcio: equivaldría a dejar a mi esposa en brazos de Vronski. No, es imposible, imposible; yo no puedo ser desgraciado, y ellos no deben ser felices.»

Los celos, que tanto lo habían torturado mientras ignoró la verdad, habían desaparecido, cediendo su puesto a otro sentimiento; sin confesárselo, Alexiéi Alexándrovich deseaba en el fondo de su corazón ver a su esposa sufrir por haber atacado así su honor, turbado su tranquilidad.



Después de pesar los inconvenientes del duelo, del divorcio y de la separación, Alexiái Alexándrovich se convenció de que el único medio de salir de aquel mal paso era conservar su mujer, ocultando su desgracia al mundo, y procurar por todos los medios imaginables romper las relaciones de Anna con Vronski y castigar a la culpable; Alexiái Alexándrovich, sin embargo, no se confesaba esto último.

«Debo decirle que, dada la situación en que ha puesto a nuestra familia, juzgo el statu quo aparente preferible para todos, y consiento en conservarla bajo la expresa condición de que rompa las relaciones con su amante.»

Adoptada esta resolución, Karenin se sirvió de un argumento que la sancionaba en su espíritu. «De esta manera —se dijo— obro conforme a la ley religiosa, no rechazo a la mujer adúltera; le ofrezco el medio de enmendarse, y, por penoso que sea para mí, me consagro en parte a su rehabilitación.»

Alexiái Alexándrovich no ignoraba que no podría tener influencia moral alguna en su esposa, y que las pruebas que se proponía intentar eran ilusorias; durante las tristes horas que acababan de transcurrir, no había pensado un instante en buscar un punto de apoyo en la religión; mas viendo que esta se hallaba de acuerdo con lo que acababa de resolver, semejante sensación lo tranquilizó. Le aliviaba pensar que nadie tendría derecho para acusarlo de haber obrado en una crisis tan grave de su vida en oposición con la fe, cuya bandera llevaba tan alta en medio de la indiferencia general.

Reflexionando más aún, Karenin acabó por pensar que ninguna razón se oponía a que las relaciones con su esposa siguieran siendo poco más o menos lo que eran últimamente. Sin duda no podría apreciarla ya, mas no veía motivo para trastornar toda su vida y sufrir personalmente porque ella hubiese delinquido.

«Ya llegará el tiempo —se dijo—, ese tiempo que resuelve tantas dificultades, en que nuestras relaciones se reanudarán como antes; es preciso que ella sea desgraciada; pero como yo no soy culpable, no debo sufrir.»

## XIV

**A**L acercarse a San Petersburgo, Alexiéi Alexándrovich tenía ya trazada la línea de conducta que debía observar con su esposa, y hasta había ideado también la carta que se proponía escribirle. Al entrar en su casa dirigió una ojeada a los papeles depositados en la portería, y dio orden para que los llevaran a su despacho.

—Que desenganchen y que no se reciba a nadie —dijo al portero, recalcando sus últimas palabras con una especie de satisfacción, indicio evidente de que se hallaba en las mejores condiciones de espíritu.

Llegado a su despacho, Alexiéi Alexándrovich, después de dar dos o tres vueltas, haciendo crujir las falanges de sus dedos, se detuvo delante de su mesa, donde su ayuda de cámara acababa de encender seis bujías; se sentó, tocó sucesivamente varios objetos, y con la cabeza inclinada comenzó a escribir, después de reflexionar un momento. Prefirió servirse del idioma francés, sin poner nunca el nombre de Anna, y empleó la palabra «usted», por juzgarla menos fría y solemne que en ruso.

*En nuestra última entrevista manifesté a usted que le comunicaría mi resolución sobre el asunto de que hablamos; y después de reflexionar maduramente, voy a cumplir mi promesa. He aquí lo que he determinado: cualquiera que fuese la conducta de usted, no me reconozco el derecho de romper lazos que una autoridad suprema consagró. La familia no debe estar a la merced de un capricho, de un acto arbitrario, como lo es el delito de uno de los cónyuges; y, por tanto, nuestra vida no se debe alterar. Conviene que sea así en beneficio mío, de usted y de su hijo. Estoy persuadido de que ya se arrepiente del hecho que me obliga a escribir esta carta, y confío que me ayudará a extirpar en su raíz la causa de nuestra diferencia, olvidando el pasado. En el caso contrario, debe usted comprender lo que espera a usted y a su hijo. Cuando volvamos a vernos, supongo que podremos hablar detenidamente. Como la estación de verano toca a su fin, le agradeceré que vuelva a la ciudad lo más pronto posible, antes del martes, pues ya se habrán adoptado todas las medidas necesarias para el cambio de domicilio. Ruego a usted observe que doy mucha importancia al cumplimiento de mis deseos.*

A. Karenin

P. S.—Acompañó con esta carta el dinero que ahora podrá usted necesitar.

Alexiéi Alexándrovich releyó su carta y quedó satisfecho, y la idea de enviar dinero le pareció feliz; no había escrito ni una sola palabra dura ni hecho la menor reprensión, pero tampoco manifestaba debilidad; llenaba el objeto esencial, y ponía un puente de oro para que su esposa volviese. Después de doblar la carta, la alisó con

una gruesa plegadera de marfil, la introdujo en el sobre con el dinero y tiró de la campanilla.

—Entregarás esta carta al correo para que la lleve mañana a Anna Arkádievna — dijo al criado que se presentó.

—Está muy bien. ¿Se ha de traer el té a vucencia aquí?

Alexiúi Alexándrovich contestó afirmativamente y se acercó el sillón, colocado junto a una mesa, en la cual se veía un quinqué y un libro francés. El retrato de Anna, obra notable de un pintor célebre, realzado por su marco, estaba suspendido sobre aquel sillón, y Alexiúi Alexándrovich fijó en él su mirada. Los ojos impenetrables de la imagen le contestaron con otra llena de ironía, casi insolente; todo parecía serlo en aquel magnífico retrato, desde el encaje que adornaba la cabeza y el negro cabello hasta la blanca y admirable mano, llena de sortijas. Después de contemplar la imagen durante algunos minutos, se estremeció, sus labios temblaron y apartó la vista con una exclamación de disgusto. Se sentó, abrió el libro y trató de leer, pero ya no encontró el interés que le había inspirado aquella obra, relativa al descubrimiento de inscripciones antiguas; sus ojos miraban las páginas y su pensamiento estaba en otra parte. Sin embargo, no le preocupaba su esposa, sino cierta complicación sobrevenida recientemente en asuntos importantes relacionados con su servicio. Se juzgaba más dueño de la cuestión que nunca, y sin vanidad podía confesarse que la concepción germinada en su espíritu facilitaba el medio de resolver todas las dificultades, y se veía en vísperas de obtener una victoria sobre sus enemigos prestando un gran servicio al estado, lo cual le engrandecería a los ojos de todos.

Cuando Alexiúi Alexándrovich estuvo completamente solo, se acercó a su mesa, buscó la cartera de los asuntos corrientes, cogió un lápiz y se absorbió en la lectura de los documentos relativos a la dificultad que le preocupaba, con una imperceptible sonrisa de satisfacción. El rasgo característico de Alexiúi Alexándrovich, que lo distinguía especialmente y había contribuido a su renombre, al menos tanto como su ambición obstinada, su moderación y honradez, era un absoluto desprecio a la documentación oficial, y su firme empeño en disminuir las escrituras inútiles, para despachar los negocios rápida y económicamente. Sucedió que en la célebre comisión del 2 de junio, habiéndose suscitado la cuestión de crear regadíos en la provincia de Zaráisk, que correspondía al servicio de Alexiúi Alexándrovich, se tuvo un ejemplo notable de los pocos resultados obtenidos por los gastos y correspondencias oficiales. Esta cuestión databa del predecesor de Alexiúi Alexándrovich, y al entrar este en el ministerio quiso dirigir el asunto por su mano; pero, no hallándose en un terreno bastante sólido al principio, reconoció que resentiría los intereses de muchas personas si no procedía con discernimiento; más tarde, preocupado con otros muchos negocios, olvidó aquel. La irrigación del gobierno de Zaráisk seguía, entretanto, su curso como antes, es decir, por la simple fuerza de la inercia; muchas personas seguían

aprovechándose de esto, y entre ellas una familia muy respetable, cada una de cuyas hijas tocaba un instrumento de cuerda (Alexiéi Alexándrovich había sido padrino de boda de una de ellas). Los enemigos del ministerio se hicieron un arma de este asunto, y censurándolo por él con tanta menos razón cuanto que había otros análogos en todos los ministerios y en el mismo caso. Como le arrojaban el guante, lo recogió sin vacilar, exigiendo el nombramiento de una comisión extraordinaria para estudiar la situación de la minorías étnicas, asunto que, promovido en el comité del 2 de junio, fue apoyado enérgicamente por Alexiéi Alexándrovich, con el carácter de urgente. Le siguieron los más vivos debates entre los ministerios, y el que era hostil al señor Karenin probó que la posición de estos pueblos era floreciente, y que si algo había que lamentar debía atribuirse tan solo al descuido con que el ministerio de Alexiéi Alexándrovich hacía observar las leyes. Para vengarse, Karenin pensaba exigir: primero, la formación de un comité encargado de estudiar en el terreno la situación de las poblaciones extranjeras; segundo, instituir una nueva comisión científica, en el caso de ser verdaderos los datos oficiales sobre dicha situación, a fin de averiguar las causas de tan triste estado de cosas desde el punto de vista político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso; y tercero, pedir un informe al ministerio sobre las medidas adoptadas durante los últimos años para evitar las deplorables condiciones impuestas a las minorías étnicas, exigiéndose además una aclaración sobre el hecho de haber obrado en contradicción con la ley orgánica y fundamental.

El rostro del señor Karenin se coloreó al escribir rápidamente algunas notas para su uso particular; cuando hubo llenado una cuartilla, envió al criado con una esquila para el jefe de la chancillería, a fin de que le facilitaran algunos datos que necesitaba; se levantó después y comenzó a pasear por la habitación, fijando a veces la vista en el retrato con una sonrisa de desprecio. Al cabo de un rato cogió su libro, y entonces la lectura le pareció tan interesante como la víspera. Cuando se acostó, a eso de las once, y hubo repasado en su memoria, antes de dormir, los sucesos del día, no los vio bajo el mismo aspecto desesperado.

## XV

**A**UNQUE rehusando admitir, con Vronski, que su posición fuese falsa y poco honrosa, Anna no dejaba de reconocer que tenía razón. Hubiera querido salir a toda costa de aquel estado deplorable; y cuando, bajo el imperio de su emoción, hubo confesado todo a su esposo, al volver de las carreras, se sintió aliviada. Después de esto, se repetía sin cesar que, al menos, todo estaba explicado, y que no le sería ya necesario engañar ni mentir; su situación podría ser mala, pero no equívoca; era la compensación del mal que su confesión había causado a su esposo y a ella misma. Sin embargo, cuando Vronski fue a verla, aquella misma noche, no le dijo nada de su confesión ni le hizo advertencia alguna para resolver sobre el porvenir.

Al despertar a la mañana siguiente, su primer pensamiento fue recordar las palabras dichas a su esposo, y le parecieron tan odiosas en su extraña brutalidad, que no comprendió cómo había tenido valor para pronunciarlas.

¿Qué sucedería ahora?

Alexiéi Alexándrovich se había marchado sin contestar.

«He visto a Vronski después —pensó—, y no le he dicho nada; cuando se iba quise llamarlo, pero renuncié al reflexionar que tal vez le parecería extraño que no le hubiese referido todo desde luego.» ¿Por qué no le hablaría, puesto que lo deseaba? El rostro de Anna se cubrió de rubor al hacerse esta pregunta, pues comprendió que la vergüenza era lo que la había retenido. Y su situación, que juzgaba tan despejada el día antes, le pareció ahora más sombría y espinosa que nunca. Temió la deshonra, en la cual no había pensado hasta entonces, y reflexionando en las diversas resoluciones que su esposo podría adoptar, la acosaron las más terribles ideas. A cada momento temía ver entrar al regidor para expulsarla del domicilio y proclamar su falta ante el universo entero; y se preguntaba dónde se refugiaría si la obligaban a dejar la casa, y no encontraba la respuesta.

Le parecía que Vronski no la amaba ya tanto, comenzaba a cansarse, y por lo mismo no debía imponerse a él. Esta idea le produjo un sentimiento de amargura; y al no reflexionar en las declaraciones hechas a su esposo, se figuraba haberlas pronunciado ante todo el mundo. ¿Cómo mirar a la cara a los que vivían con ella? No se atrevió a llamar a su camarera, ni menos a bajar al comedor para almorzar con su hijo.

La doncella había ido varias veces a escuchar a la puerta, extrañando que no la llamasen, y al fin se decidió a entrar. Anna la miró con aire interrogador y se sonrojó de su propio temor. La doncella se excusó diciendo que había creído oír llamar; llevaba un vestido y una carta; esta última era de Betsi, quien le decía que Liza Merkálova y la baronesa Shtoltz, con sus adoradores, se reunirían aquella noche en su casa. «Venga usted a verlos —escribía—, aunque solo sea para hacer un estudio de

costumbres. La espero.»

Anna leyó la carta y exhaló un suspiro profundo.

—No la necesito —dijo a su doncella, que arreglaba el tocador—; voy a vestirme ahora y bajaré. No necesito nada.

Ánnushka salió, pero Anna no pensó en vestirse; sentada, con la cabeza baja y los brazos caídos, quería decir alguna cosa, pero estaba como entorpecida; solo de cuando en cuando murmuraba: «¡Dios mío, Dios mío!». La idea de buscar un refugio en la religión le era tan extraña como la de buscar amparo junto a su esposo, aunque jamás dudó de la fe en que la habían educado. Ya sabía que la religión le impondría, desde luego, como un deber renunciar a lo que para ella representaba su única razón de existir; padecía y experimentaba además un sentimiento nuevo y desconocido hasta entonces, que se apoderaba de todo su ser. Sentía como si todo empezara a bifurcarse en su corazón, como suele ocurrir con los ojos cansados que ven los objetos dobles. No sabía qué deseaba ni qué es lo que temía. Deseaba y temía a la vez lo que pasó o lo que iba a pasar; qué fue exactamente lo que deseaba, no lo sabía definir.

«¡Dios mío!, ¿qué me pasa?», pensó al sentir de pronto un vivo dolor en ambas sienas. Y echó de ver entonces que se había cogido maquinalmente el cabello con ambas manos y le estiraba por los dos lados de la cabeza; saltó del lecho y comenzó a pasear por la habitación.

—El café está servido y el aya espera con Seriozha —dijo la doncella, entrando.

—¿Qué hace Seriozha? —preguntó Anna, animándose al pensar en su hijo, del cual se acordaba por primera vez.

—Me parece que ha cometido una falta —dijo la doncella, sonriendo.

—¿Qué ha hecho?

—Ha cogido un melocotón de los que tenía en el trastero y se lo ha comido a escondidas, según parece.

El recuerdo de su hijo bastó para que Anna saliese de su entorpecimiento moral.

Entonces pensó en la sinceridad, algo exagerada, con que se había consagrado como tierna madre a su hijo, y se creyó dichosa al pensar que aún le quedaba, después de todo, un punto de apoyo además de su esposo y de Vronski; este apoyo era Seriozha, pues fuera cual fuese la situación que le impusieran, no le sería posible abandonar a su hijo. Su esposo podría expulsarla, cubriéndola de oprobio; y Vronski alejarse de ella para volver a su vida independiente; pero el hijo no quedaría abandonado, y al menos su vida tendría un objeto. Era preciso, pues, obrar a toda costa para asegurar su posición en cuanto a su hijo; debía llevárselo si era necesario, y para esto importaba ante todo calmarse, desechando la angustia que la martirizaba: la idea de ejecutar un acto que tuviese por objeto el niño para marcharse con él adondequiera que fuese, bastaba ya para tranquilizarla.

Anna se vistió rápidamente, bajó con paso firme y entró en el comedor, donde la esperaban para almorzar, según costumbre, Seriozha y su aya.

El niño, vestido de blanco, en pie junto a una mesa y la cabeza inclinada, arreglaba unas flores que había cogido, con una atención fija que le hacía parecerse a su padre.

El aya tenía cierto aire severo.

Al ver a su madre, Seriozha profirió una exclamación, como lo hacía a menudo.

—¡Ah, mamá! —dijo.

Y se detuvo vacilante, no sabiendo si arrojar las flores para correr hacia su madre o acabar de hacer su ramo a fin de ofrecérselo.

El aya saludó, y después refirió detalladamente las fechorías de Seriozha. Anna no la escuchaba, y se preguntaba se debería llevar consigo al aya en su viaje. «No —pensó después de reflexionar un momento—, iré sola con Seriozha.»

—Sí, ha hecho mal —dijo al fin, cogiendo a Seriozha por el brazo y mirándolo sin severidad—. Déjemelo usted —añadió, dirigiéndose al aya extrañada y abrazando al niño, que estaba un poco atemorizado.

—Mamá —balbucio Seriozha, tratando de adivinar a por la expresión de su madre lo que pensaba de la historia del albérchigo—, yo..., yo no...

—Seriozha —replicó Anna, cuando se hubo retirado el aya—, has obrado mal, pero supongo que no lo harás más. ¿Me quieres?

La madre se enternecía y pensaba, al observar la tierna mirada de Seriozha: «¿Me sería posible no amarlo? ¿Querría él irse con su padre para castigarme, sin compadecerme?». Al hacer esta reflexión, asomaron las lágrimas a sus ojos, y para ocultarlas se levantó bruscamente y se dirigió hacia el terrado.

A las lluvias tempestuosas de los últimos días había seguido un tiempo claro y frío, a pesar del sol que brillaba en el follaje. Aquella desagradable temperatura, agregándose a un sentimiento de terror, hizo estremecer a Anna.

—Ve a buscar a Mariette —dijo a Seriozha, que la había seguido, y comenzó a pasear por el terrado.

«¿Llegarán a perdonarme, a comprender que las cosas no podían suceder de otro modo?»

Se detuvo un momento para contemplar las cimas de los árboles, que, llenos de agua, brillaban a los rayos del sol, y le pareció que todo el mundo sería tan despiadado para ella como aquel cielo frío y aquel follaje húmedo.

«No se ha de pensar —se dijo de pronto—; es preciso irse; pero ¿adónde, cuándo y con quién? A Moscú, en el tren de la noche; sí, me iré con Ánnushka y Seriozha, y solamente llevaremos lo más necesario; pero antes será preciso escribir a los dos.»

Y entrando vivamente en su gabinete, se sentó a la mesa para escribir a su esposo la siguiente carta:

Después de lo que ha pasado no puedo vivir ya con usted; me marcho con mi hijo; no conozco la ley, e ignoro, por tanto, con quién debe permanecer, pero me lo llevo porque no podría vivir sin él; sea usted generoso y déjelo conmigo.

Anna había escrito estas líneas rápidamente; mas al hablar de una generosidad que no reconocía a su esposo, y deseando terminar con algunas palabras conmovedoras, se detuvo.

«No puedo hablar de mi falta de mi arrepentimiento —pensó—; por eso...» Se interrumpió de nuevo, y no hallando palabras para expresar su idea, se dijo:

«No, nada puedo añadir». Rasgó la carta y escribió otra, suprimiendo lo que decía respecto a la generosidad de su esposo.

La segunda carta debía ser para Vronski.

«Lo he confesado todo a mi marido», escribió, pero no pudo continuar, porque esto le pareció demasiado brusco. «¿Qué puedo escribirle?», se dijo. El rubor de la vergüenza tiñó sus mejillas; y al recordar la calma que Vronski sabía conservar, rasgó el papel en mil pedazos. «Más vale callar», pensó, cerrando su pupitre, y salió de la habitación para anunciar al aya y a los criados que aquella noche saldría para Moscú. Era preciso apresurar los preparativos de viaje.



## XVI

**E**N la casa comenzó a reinar la agitación que precede a un viaje; en la antecámara se veían dos cofres y un saco de noche, y el carruaje esperaba delante del zaguán. En la prisa del momento, Anna había olvidado un poco sus tribulaciones, y en pie junto a la mesa de su gabinete arreglaba su saco de viaje cuando Ánnushka llamó su atención sobre el ruido de un coche que se acercaba a la casa. Anna miró por la ventana y vio al correo de Alexiúi Alexándrovich que llamaba a la puerta.

—Ve a ver lo que es —dijo a su doncella, y cruzándose de brazos, esperó resignada.

Un criado entró con un paquete, cuyo sobre estaba escrito por mano de Alexiúi Alexándrovich.

—El correo espera contestación —dijo.

—Está bien —contestó Anna.

Y con mano temblorosa rasgó el sobre.

Algunos billetes de banco cayeron al suelo, pero Anna pensaba solo en la carta, la cual comenzó a leer por el fin.

«... Se habrán adoptado todas las medidas necesarias para el cambio de domicilio..., doy mucha importancia al cumplimiento de mis deseos», leyó.

Volvió a repasar la carta desde el principio hasta el fin, y terminada la lectura, sintió frío, como si le sucediese alguna desgracia inesperada y terrible.

Aquella misma mañana se arrepentía de su confesión y hubiera querido recoger sus palabras; y ahora que recibía una carta considerándolas como no dichas aquellas cortas líneas le parecían peores que todo cuanto pudiera suceder.

«¡Tiene razón! —murmuró—. ¿Cómo no habría de tenerla siempre, siendo cristiano y magnánimo? ¡Oh, qué vil y despreciable es ese hombre! ¡Y pensar que nadie lo comprende ni lo comprenderá más que yo, que nada puedo explicar! Todos dicen que es un hombre religioso, moral, honrado e inteligente; pero no ven lo que yo he visto; no saben que durante ocho años ha oprimido mi vida, sofocando todo cuanto palpitaba en mí. ¿Ha pensado él alguna vez que yo era una mujer viviente que necesitaba amar? Nadie sabe que me insultaba a cada momento y que se complacía en ello. ¿No me he esforzado yo para que mi existencia tuviera un objeto? ¿No he hecho yo todo lo posible para amarlo, fijándome después en mi hijo al ver que no lo podía conseguir? Por fin llegó el tiempo en que comprendí que no podía hacerme ilusiones. No es culpa mía si Dios me ha hecho así; necesito respirar y amar. Si me matase, a mí y a él, podría comprender, perdonarlo; pero no, ahora... ¿Cómo no habré adivinado yo lo que haría? Debía obrar según su cobarde carácter, manteniéndose en su derecho, para que yo, desgraciada, me perdiese más aun...

«Debe usted comprender lo que la espera a usted y a su hijo», escribe en un párrafo de su carta; esto es la amenaza de quitarme a Seriozha, pues seguramente sus absurdas leyes lo autorizan para ello. Mas ya sé por qué me lo dice, no cree que ame a mi hijo, y tal vez desprecie este sentimiento, del cual se ha burlado siempre; pero harto sabe que no lo abandonaré, porque sin mi hijo la vida me sería insostenible, aun con aquel a quien amo; y si lo abandonara, sería una de las mujeres más despreciables. Dice en su carta que «nuestra vida debe seguir siendo la misma». «Esta vida era un tormento antes, y peor en los últimos tiempos. ¿Qué sería, pues, ahora? Mi marido sabe también que no podría arrepentirme de respirar, de amar, y que todo lo que él exige solo puede dar por resultado la falsedad y el engaño, pero desea prolongar mi tormento. Lo conozco y sé que nada en la mentira como el pez en el agua, y no le daré esta satisfacción; quiero romper de una vez ese tejido de falsedades en que trata de envolverme. Suceda lo que quiera, todo es mejor que engañar y mentir; pero ¿cómo lo haré...? ¡Dios mío, Dios mío!, ¿que mujer fue nunca tan desgraciada como yo? Romperé con todo», añadió, acercándose a su mesa para escribir otra carta, aunque en el fondo del alma reconocía que era impotente para resolver cosa alguna y salir de la situación en que se hallaba, por falsa que fuese.

Sentada a su mesa, en vez de escribir apoyó la cabeza en los brazos y comenzó a llorar como los niños, con sollozos que levantaban su pecho.

Lloraba al ver desvanecidos sus sueños de pocas horas antes, y aquella nueva posición que se había creado, bien definida y determinada; ahora todo quedaría como estaba, y hasta mucho peor. Comprendía también que aquella posición en el mundo de que hacía caso omiso algunas horas antes le era muy cara y que no tendría fuerza para cambiarla por la de una mujer que hubiese abandonado a su esposo y a su hijo para seguir a un amante. Jamás conocería el amor en su libertad; sería siempre la mujer culpable, continuamente amenazada de una sorpresa, y engañando a su esposo por un hombre de cuya vida no podría participar nunca. No se le ocultaba nada de esto; pero semejante destino era tan terrible que no podía aceptar ni prever un desenlace. Anna lloraba como un niño castigado.

Los pasos a de un criado la hicieron volver en sí, y ocultando el rostro, aparentó que escribía.

—El correo pide la contestación —dijo el criado.

—¿La contestación? Bueno, que espere —dijo Anna—. Ya llamaré.

«¿Qué podré escribir? —pensó—. ¿Cómo he de decidir yo sola?» Y aprovechándose del primer pretexto para eludir el sentimiento de dualidad que la espantaba, se dijo: «Es preciso que vea a Alexiéi, pues solo él podrá decirme lo que debo hacer; iré a casa de Betsi, y tal vez lo encuentre allí.» Olvidaba completamente que la víspera había dicho a Vronski que no iría a casa de la princesa de Tverskaia y que aquel contestó que no quería visitarla tampoco. Se acercó a la mesa y escribió a

su esposo lo siguiente:

*He recibido la carta de usted.*

*Anna*

Llamó y entregó la esquila al criado.

—Ya no marchamos —dijo a su doncella al verla entrar.

—¿Ni ahora ni más tarde?

—No; pero deja el equipaje tal como está hasta mañana, y que el coche espere.

—¿Qué vestido debo preparar?

## XVII

LA sociedad que se reunía en casa de la princesa Tverskaia, que había invitado a Anna a un partido de críquet, se componía de dos damas y de sus adoradores, siendo aquellas las personalidades más notables de una especie de club al que se daba el nombre de Las siete maravillas del mundo, por imitación de alguna otra imitación. Las dos damas pertenecían a la más alta sociedad, pero a un centro hostil al que Anna frecuentaba. El anciano Striómov, uno de los personajes más influyentes de San Petersburgo, admirador de Liza Merkálova, era enemigo declarado de Alexiúi Alexándrovich, y por eso Anna había rehusado la primera invitación de Betsi. Pero después había resuelto ir a su casa con la esperanza de encontrar a Vronski.

Fue la primera en llegar a casa de la princesa.

En el mismo momento el criado de Vronski, muy semejante a un gentilhombre de cámara, con sus patillas rizadas, se detuvo a la puerta para dejarla pasar, descubriéndose al saludarla.

Anna recordó que Vronski le había dicho que no iría, y supuso que habría enviado una esquila por medio de su ayuda de cámara para excusarse.

Tuvo la idea de preguntar a este dónde estaba su amo, y volver para escribir a Vronski rogándole que viniese o iría a buscarlo; pero la campana había anunciado ya su visita, y el lacayo esperaba cerca de la puerta para que entrase en la habitación contigua.

—La princesa está en el jardín, y ahora le pasan recado —dijo otro lacayo.

Sin haber visto a Vronski y sin serle posible resolver nada, le era preciso quedarse con sus preocupaciones en aquel centro extraño, de un carácter tan diferente al suyo; pero sabía que llevaba un traje que le sentaba bien, le era familiar la atmósfera de ociosidad en que se hallaba y, por último, no estando sola, no debía pensar en resolver cosa alguna.

Anna respiró más libremente.

Al ver a Betsi que le salía al encuentro con un traje blanco de exquisita elegancia, sonrió como siempre. La princesa iba acompañada de Tushkiévich y de una parienta de provincia, que con alegría de la familia iba a pasar el verano en casa de la célebre princesa.

Anna tenía, sin duda, una expresión extraña, pues Betsi se lo adivinó al punto.

—He dormido mal —contestó Anna, mirando a hurtadillas al lacayo, que, a su entender, llevaba el billete de Vronski.

—Cómo me alegro de que haya usted venido —dijo Betsi—, pues precisamente quería tomar una taza de té antes que ellos llegasen. Y usted —añadió, volviéndose hacia Tushkiévich—, mejor será que vaya con Masha para ver si está preparado el terreno del críquet. Ya tendremos tiempo de hablar un poco y tomar el té —dijo a

Anna con una sonrisa, ofreciéndole la mano.

—Con tanto más gusto cuanto que no puedo permanecer aquí mucho tiempo, porque he de ir a casa de la anciana Wrede, a quien prometí una visita hace un siglo.

La mentira era contraria al carácter de Anna, pero se acostumbró a ella con facilidad y casi con agrado.

¿Por qué decía una cosa en que ni siquiera pensaba cinco minutos antes? Era porque, sin explicárselo, quería dejarse abierta una salida, a fin de ir a buscar a Vronski en el caso de que no viniese; el resultado demostró que de todas las astucias de que podía valerse, aquella era la mejor.

—¡Oh!, no la dejaré a usted marchar —dijo Betsi, mirando fijamente a su amiga—; y si no fuera porque la amo tanto, hasta me ofendería; se diría que teme que yo la comprometa... Que sirvan el té en el salón pequeño —añadió, dirigiéndose al lacayo, y tomando el billete que este presentaba—. Alexiéi nos deja hoy en blanco —dijo en francés, con el tono más sencillo y natural, como si no hubiera podido figurarse que Anna sintiese por Vronski más interés que el de jugar un rato al criquet—. Dice que no puede venir.

Anna no dudó que Betsi supiera a qué atenerse; mas al oírla, se convenció momentáneamente de que lo ignoraba todo.

—¡Ah! —exclamó, como si aquel detalle le importase poco.

—¿De qué modo —continuó— puede la sociedad de usted comprometer a nadie?

Esta manera de ocultar su secreto jugando con las palabras tenía para Anna, como para toda mujer, un encanto particular.

—Yo no podría ser —añadió— más católica que el Papa, Striómov y Merkálova...; y, además, estos son la nata de la sociedad, y se los recibe en todas partes. En cuanto a «mí» —añadió, recalcando esta palabra—, yo no he sido nunca severa ni intolerante, porque no tengo tiempo para ello.

—No; pero tal vez no quiera usted encontrarse con Striómov; dejemos a este cogerse por los cabellos con Alexiéi Alexándrovich, que a nosotros nos importa poco. Lo cierto es que no hay hombre más amable en el mundo, ni jugador más aficionado al críquet; ya verá usted con qué talento desempeña su papel cómico de enamorado de Liza; es un hombre seductor. ¿Y no conoce usted a Safó Shtoltz? Es un tipo de mujer totalmente distinto.

Al mismo tiempo que hablaba, Betsi miraba a su amiga con una expresión que hizo comprender a esta que su interlocutora conocía su apuro y buscaba medio de sacarle de él.

—Por lo pronto —dijo la princesa—, es preciso contestar a Vronski.

Y sentándose a una mesita, escribió cuatro letras y puso la esquila en un sobre.

—Le contesto —dijo la princesa— que venga a comer, pues necesito un caballero para una de mis damas; vea usted si soy imperativa. Y ahora dispénseme un momento

porque voy a dar una orden; entre tanto, cierre usted la carta y envíela.

Sin vacilar un momento, Anna ocupó la silla de Betsi y añadió las siguientes líneas en el billete:

Necesito verlo a usted a toda costa; lo espero en el jardín Wrede a las seis.

Y cerró la carta, que Betsi se apresuró a enviar apenas volvió al salón.

Las dos damas conversaron mientras tomaban el té, hablando sobre todo de la persona a quienes se esperaba.

—Liza Merkálova es encantadora, y siempre fue para mí simpática —dijo Anna.

—No hace usted más que corresponderla, pues ella la quiere mucho. Ayer tarde, después de las carreras, se acercó a mí y se contristó al no encontrarla. ¡Dice que es usted una verdadera heroína de novela, y que si fuese hombre haría locuras para que la amase! Striómov le contestó que no necesitaba ser hombre para cometer locuras.

—Pero dígame usted una cosa que jamás he comprendido —repuso Anna después de una pausa, y demostrando por su tono que no hacía una pregunta ociosa—: ¿qué relaciones hay entre ella y el príncipe Kaluzhski, ese que llaman Mishka? Rara vez los he visto juntos.

Betsi sonrió, mirando fijamente a su interlocutora.

—Es un género nuevo —dijo—; todas esas damas le han adoptado descaradamente, aunque no hay razón para ello.

—Pero ¿qué relaciones existen entre esa dama y Kaluzhski!

Betsi dejó escapar una carcajada, cosa que rara vez le sucedía.

—Va usted siguiendo las huellas de la princesa Miágkaia —contestó Betsi, riendo de tal modo que se le saltaban las lágrimas—; esa es una pregunta infantil, y debería usted hacérsela a ellos.

—Usted se ríe —dijo Anna, dejándose llevar de la hilaridad—; pero la verdad es que nada comprendo. ¿Qué papel hace el esposo?

—¡Oh!, el marido de Liza Merkálova le lleva el abrigo y está a su servicio; pero nadie tiene empeño en conocer el fondo de la cuestión. Ya sabe usted que hay artículos de tocador de los cuales no se habla nunca en buena sociedad, y cuya existencia se aparenta ignorar. Pues lo mismo sucede con esas cuestiones.

—¿Irá usted a la fiesta de los Rolandaki? —preguntó Anna para cambiar de conversación.

—No lo creo —contestó Betsi.

Y sin mirar a su amiga, llenó de perfumado té unas tacitas transparentes, y tomando un cigarrillo comenzó a fumar.

—La mejor de las situaciones es la mía —añadió, después de una pausa, recobrando su seriedad—; comprendo a usted y a Liza. Esta última tiene un carácter ingenuo e inconsciente, como los niños, que no distinguen el bien del mal; por lo menos, así era en su juventud, y desde que ha comprendido que su candidez le

sentaba bien, aparenta no comprender. Se pueden considerar las mismas cosas de distinta manera: unas personas toman los acontecimientos de la vida por el lado trágico, y se atormentan por ellos; mientras que las otras los toman a broma... Tal vez considere usted las cosas desde un punto de vista demasiado dramático.

—Quisiera conocer a las demás personas tanto como a mí misma —repuso Anna, con aire pensativo—. ¿Seré yo mejor o peor que las otras? Me parece que soy peor.

—Es usted una niña sensible —dijo Betsi—. ¡Ah, ya están ahí!

## XVIII

OYÉNDOSE pasos, una voz de hombre y otra de mujer una carcajada, entrando a poco los visitantes en el salón: eran Safo Shtoltz y un joven que contestaba al nombre de Vásika, cuyo rostro expresaba la satisfacción y una salud algo exuberante: las trufas, el vino de Borgoña y las carnes casi crudas habían producido en aquel hombre un efecto demasiado activo. Vásika saludó a las dos damas al entrar, pero su mirada fue fugaz, y atravesó el salón detrás de Safo, fijos en ella sus brillantes ojos. La dama, una rubia de ojos negros, entró con desenvoltura, irguiéndose sobre sus tacones enormes, y fue a estrechar vigorosamente la mano a las damas, como lo hacen los hombres.

Anna quedó admirada al ver la hermosura de aquella nueva deidad, que aún no conocía, y cuyo traje tocaba en los últimos límites de la elegancia. La baronesa llevaba en la cabeza una verdadera armazón de cabello verdadero y postizo, de un bonito color de oro; este tocado, muy alto, comunicaba a la cabeza poco más o menos la misma altura de firme y bien modelado busto, muy escotado por delante. La impetuosidad de sus movimientos era tal que con cada paso se dibujaban las formas de las rodillas y la parte superior de las piernas debajo del vestido... tan descubierto por arriba y tan disimulado y envuelto por abajo y por detrás.

Betsi se apresuró a presentar a su amiga Anna.

—Figúrese usted —comenzó a decir la baronesa, guiñando los ojos con una sonrisa y desviando la cola de su vestido— que hemos estado a punto de aplastar a dos soldados. Yo iba con Vaska... ¡Ah!, se me olvidaba que usted no lo conoce.

Y designó al joven por su nombre de familia, ruborizándose por haberlo llamado así delante de extraños. El joven saludó por segunda vez, sin decir palabra, y volviéndose hacia Safo, repuso:

—Ha perdido usted la apuesta, hemos llegado primero; tiene que pagar.

—...

—Es igual. Ya lo cobraré luego.

—Bueno, bueno. ¡Ah, Dios mío! —exclamó de pronto, volviéndose hacia la dueña de la casa—. Soy una aturdida; se me olvidaba decir a usted que le traigo un huésped: helo aquí.

La personalidad presentada por Safo, un joven a quien no se esperaba, resultó tener una importancia tal que las damas se levantaron para recibirlo.

Era el nuevo adorador de Safo, y así como Vásika, la seguía por todas partes.

En aquel momento entraron el príncipe Kaluzhski y Liza Merkálova con Striómov. Liza era una morena algo flaca, de aspecto indolente, tipo oriental, con ojos que se juzgaban impenetrables; su traje oscuro, que Anna observó desde luego, estaba en perfecta armonía con su género de belleza. Si Safo era brusca y resuelta, Liza, en



cambio, se caracterizaba por su suavidad y cierta negligencia.

Para el gusto de Anna, Liza era mucho más atractiva.

Cuando Betsi hablaba de ella, solía criticar sus modales de niña inocente; pero no tenía razón, pues Liza era en realidad una mujer encantadora por su indolencia y dejadez. Así como Safo, siempre llevaba cosidos a la falda dos adoradores que la devoraban con la vista, uno joven y otro viejo; pero había en ella algo superior a las personas que la rodeaban; era como un diamante entre simples abalorios; y de sus hermosos ojos enigmáticos radiaba el brillo de la piedra preciosa; al verla se creía leer en su interior, y no se podía verla sin amarla. Al divisar a Anna, su rostro expresó la mayor alegría.

—¡Ah, cuánto me alegra verla! —exclamó acercándose—. Ayer tarde quise hablarle en las carreras, pero acababa usted de marcharse cuando pude llegar a su tribuna. ¿No es verdad que aquello era horrible? —añadió, con una mirada en que se leía su sinceridad.

—Ciertamente; jamás hubiera creído que eso pudiese conmover tanto —contestó Anna, ruborizándose.

Los jugadores de críquet se levantaron para ir al jardín.

—Yo no bajo —dijo Liza, sentándose junto a Anna— y supongo que usted tampoco —añadió, mirando a esta—. ¿Qué diversión puede haber en ese juego?

—Pues no de la de agradarme a mí —repuso Anna.

—¿Cómo se arregla usted para no aburrirse? Usted vive y yo me muero de hastío.

—Pero ¿cómo puede usted aburrirse, siendo su casa una de las más alegres de San Petersburgo? —preguntó Anna.

—Tal vez aquellos que nos creen alegres se aburren acaso más que nosotros, aunque yo no me divierto nunca y me acosa el tedio cruelmente.

Safo encendió un cigarrillo, y seguida de los jóvenes, se fue al jardín. Betsi y Striómov permanecieron junto a la mesa de té.

—Vuelvo a repetirlo —continuó Liza—, ¿cómo hace usted para no conocer el aburrimiento? He aquí una mujer que puede ser feliz o desgraciada, pero que nunca se aburre.

—No hago nada —replicó Anna, ruborizándose por aquella insistencia.

—Es lo mejor que se puede hacer —dijo Striómov, mezclándose en la conversación.

Era hombre de unos cincuenta años, de cabello gris, pero bien conservado; aunque feo, se distinguía por su tipo original y su rostro de expresión inteligente. Liza Merkálava era sobrina de su mujer y pasaba junto a ella todos sus ratos de ocio. Al encontrar a Anna en sociedad procuró mostrarse con ella amable, como hombre bien educado, y precisamente porque estaba en mala inteligencia con su marido.

—El mejor medio es no hacer nada —repitió Striómov—, y hace ya mucho

tiempo que se lo he dicho. Para no aburrirse basta no creer en el aburrimiento, así como cuando se padece de insomnio no se ha de pensar que no se dormirá nunca. Esto es lo que ha querido decir Anna Arkádievna.

—Me complacería haber dicho efectivamente eso —repuso Anna, sonriendo—, puesto que es una verdad.

—Pero ¿por qué es tan difícil dormir como no aburrirse?

—Para dormir es preciso haber trabajado, y para divertirse, también.

—¿Para qué voy a trabajar si nadie lo necesita?... No sé fingir solo por hacer algo, ni quiero hacerlo.

Como verá rara vez a Anna, Striómov no podía decirle otra cosa que no fueran trivialidades acerca de su vuelta a San Petersburgo, de su amistad con la condesa Lidia Ivánovna, pero las decía con una expresión que señalaba su sincero deseo de serle agradable y de mostrarle su respeto.

—Es usted incorregible —replicó Striómov.

—Ruego a usted que no se vaya —dijo Liza, al saber que Anna pensaba retirarse.

Striómov intervino también:

—Hallará usted un contraste demasiado notable —dijo— entre la sociedad de aquí y la de la anciana Wrede, y además, siempre será usted blanco de su maledicencia; mientras que entre nosotros despierta sentimientos muy diferentes.

Anna quedó pensativa un momento; las palabras lisonjeras de aquel hombre de talento, la simpatía infantil y cándida de Liza y aquel centro mundano a que estaba acostumbrada, y en el cual le parecía respirar en libertad, comparado con lo que le esperaba en su casa, la hicieron vacilar. Pensó si podría aplazar el momento terrible de la explicación; pero recordando la necesidad absoluta de adoptar un partido, y su profunda desesperación de la mañana, se levantó y se despidió.

## XIX

A pesar de su vida mundana y de su aparente ligereza, Vronski aborrecía el desorden. Cierta día, estando aún en el cuerpo de pajes, se halló escaso de dinero, y habiendo pedido una cantidad a préstamo, recibió una negativa. Desde entonces juró no exponerse jamás a semejante humillación y guardó su palabra. Con más frecuencia o menos, unas cinco veces al año hacía su balance, y conservaba así sus asuntos en orden. Llamaba a esta ocupación *faire la lessive*.

Al día siguiente de las carreras, habiéndose despertado tarde, Vronski se puso su capote de soldado antes de bañarse y afeitarse, y procedió al examen de sus cuentas y el arqueo. Petritski, conociendo el mal humor de su amigo en tales casos, se levantó y se ausentó sin ruido.

Todo hombre cuya existencia es algo complicada cree fácilmente que las dificultades de la vida son una adversidad personal, una desgracia que le está reservada a él solo, y de la cual se hallan libres los demás hombres. Vronski pensaba así, enorgulleciéndose, no sin razón, pensando que cualquier otra persona en una situación igual de complicada que la suya ya se habría perdido y habría cometido algo poco digno; pero a fin de no agravar la situación, quería poner en claro cuanto antes sus asuntos, y sobre todo la cuestión de metálico, que era la más fácil.

Escribió, pues, con una letra muy fina el estado de sus deudas, y halló un total de más de diecisiete mil rublos, mientras que todo su haber no ascendía sino a mil ochocientos, sin esperar ingreso alguno antes de fin de año. Vronski clasificó entonces las deudas en tres grupos: en primer lugar, las urgentes, que importaban unos cuatro mil rublos, de los cuales mil quinientos eran para su caballo y dos mil quinientos para pagar a un individuo que estafó dicha suma a Venevski, uno de sus compañeros. Vronski quiso pagar en aquel instante porque llevaba dinero encima, pero Yáshvin y Venevski insistieron en que pagaban ellos, y no Vronski, que encima no jugaba. Todo fue estupendo, pero había dado su palabra para garantizar, y deseaba tener a mano la suma necesaria para poder arrojarla a la cabeza del prestamista en caso de reclamación.

Estos cuatro mil rublos eran, por tanto, indispensables y después venían las deudas por gastos de cuadra para las carreras, que eran unos ocho mil rublos, incluso el heno y la avena; con dos mil podía arreglar esto provisionalmente.

En cuanto a las deudas con su sastre y otros industriales se podría aplazar el pago.

En resumen, necesitaba seis mil rublos inmediatamente y solo tenía mil ochocientos.

Para un hombre a quien se suponían cien mil rublos de renta, estas deudas eran insignificantes; pero dicha renta no existía, pues la fortuna paterna que llegaba a doscientos mil rublos era indivisa entre dos hermanos. Vronski había cedido su parte

correspondiente a su hermano cuando este se casó con una joven sin fortuna, la princesa de Chirkova, hija de un *decembrista*<sup>[35]</sup>. Alexiéi no se había reservado sino una renta de veinticinco mil rublos, diciendo que bastaría hasta que se casase, lo cual no sucedía nunca. Su hermano, cargado de deudas y siendo comandante de un regimiento que imponía grandes gastos, no pudo rehusar el obsequio. La anciana condesa, cuya fortuna era independiente, agregó veinte mil rublos a la renta de su hijo segundo, que lo gastaba todo sin pensar en la economía; pero su madre, descontenta por su manera de salir de Moscú y por sus relaciones con Anna Karénina, había dejado de enviarle dinero; de modo que Vronski, acostumbrado a un gasto de cuarenta y cinco mil rublos anuales, se vio reducido de pronto a veinticinco mil. Apelar a su madre era imposible, pues la carta que de ella recibiera lo irritaba, sobre todo por las alusiones que contenía; deseaba ayudarle para que adelantase en su carrera, mas no para continuar un género de vida que escandalizaba a toda la buena sociedad. La especie de condición impuesta por su madre le había resentido mucho, y su indiferencia para con ella era mayor que antes; el recoger la palabra generosa que diera a su hermano, algo aturdidamente, era también inadmisibile. El recuerdo de su cuñada, de la buena Varia, que siempre le hacía comprender que no olvidaba su generosidad, hubiera bastado para impedirle retraerse; y, sin embargo, comprendía que sus relaciones con Anna podían hacer tan necesaria su renta como si estuviera casado.

La única cosa práctica, y Vronski se fijó en ella sin vacilar, era tomar a préstamo a un usurero diez mil rublos, lo cual no ofrecía ninguna dificultad; disminuir sus gastos y vender su caballeriza. Adoptada esta resolución, escribió a Rolandaki, que le había propuesto comprar sus caballos, envió a buscar al inglés y al usurero, y repartió entre diversas cuentas el dinero que le quedaba. Hecho esto, escribió una carta fría y algo brusca a su madre, y después de buscar las tres cartas que tenía de Anna, las leyó por última vez antes de quemarlas: el recuerdo de su conversación de la víspera lo sumió en una meditación profunda.

## XX

VRONSKI se había hecho un código de leyes para su uso particular, código que se aplicaba a varios deberes poco extensos, pero estrictamente determinados, y no debiendo extralimitarse apenas de ellos, Vronski no necesitó vacilar nunca sobre lo que le convenía hacer o evitar. Su código le prescribía, por ejemplo, pagar una deuda de juego a un tahúr, pero no declaraba indispensable pagar la cuenta del sastre; prohibía la mentira, excepto con una mujer; y también el engaño, no tratándose del esposo; admitía la ofensa, mas no el perdón de las injurias.

Estos principios podían carecer de razón y de lógica, pero como Vronski no los discutía, se había atribuido siempre el derecho de llevar alta la cabeza cuando los observaba. Desde el principio de sus relaciones con Anna echó de ver, sin embargo, ciertas faltas en su código; y habiendo cambiado las condiciones de su vida, no encontraba ya contestación a todas sus dudas, por lo cual vacilaba al pensar en el porvenir.

Hasta entonces sus relaciones con Anna y el señor Karenin entraban en el cuadro de los principios conocidos y admitidos: Anna era una mujer honrada que, habiéndole dado su amor, tenía todos los derechos imaginables a su respeto, más aún que si hubiese sido su esposa legítima; y se habría dejado cortar la mano antes que permitirse una palabra, una alusión ofensiva, ni nada que pudiera parecer contrario al aprecio y consideración con que una mujer debe contar.

Sus relaciones con la sociedad eran igualmente claras; todos podían sospechar sus amores, pero nadie debía atreverse a decir nada sobre ellos; estaba dispuesto a imponer silencio a los imprudentes, obligándolos a respetar el honor de aquella a quien había deshonrado.

En cuanto a sus relaciones con el esposo, eran más claras aún; desde el momento en que amó a Anna, sus derechos sobre ella le parecían imprescriptibles; el marido era un personaje inútil, molesto, y su posición, muy desagradable para él; pero esto no se podía remediar. El único derecho que le quedaba era reclamar una satisfacción por medio de las armas; y Vronski estaba dispuesto a dársela.

Sin embargo, en los últimos días se habían producido nuevos incidentes, y Vronski no estaba dispuesto a juzgarlos. Anna le había anunciado la víspera que estaba encinta y no se le ocultaba que ella debía esperar una resolución enérgica de su parte; los principios que dirigían su vida no determinaban cuál habría de ser aquella; en el primer momento, su corazón la impulsó a exigir que abandonara a su esposo, pero ahora se preguntaba, después de reflexionar, si sería deseable semejante rompimiento.

«Inducirla a separarse de su esposo —pensaba— es unir su existencia a la mía. ¿Estoy yo preparado para esto? ¿Puedo yo llevármela careciendo de recursos?»

Admitamos que los encuentro: aun así, dudo que me sea dado hacerlo mientras me halle en el servicio. En el punto a que hemos llegado, debo estar dispuesto a presentar mi dimisión y a buscar dinero.»

La idea de abandonar el servicio lo conducía a considerar una parte secreta de su vida, que solo él conocía.

La ambición había sido el sueño de su infancia y de su juventud, sueño capaz de debilitar en su corazón el amor que Anna le inspiró, aunque él no se lo confesase; sus primeros pasos en la carrera militar habían sido tan felices como su entrada en el mundo; pero hacía dos años que sufría las consecuencias de una insigne torpeza.

En vez de aceptar un adelanto, que se le propuso, rehusó, confiando que por su negativa podría engrandecerse y probar su independencia; pero había presumido demasiado del valor que se atribuía a sus servicios, y desde entonces no se ocuparon más de él. De grado o por fuerza, se veía reducido a la condición de llevar a mal que se le dejase divertirse en paz, aunque, a decir verdad, ya no se divertía. Su independencia, que era la de una persona que es capaz de todo pero no tiene ganas de nada, ya le empezaba a pesar; temía que muchos llegaran a pensar que solo era un buen muchacho que no servía para grandes cosas.

Sus relaciones con Anna habían contenido un momento al gusano roedor de la ambición, atrayendo sobre Vronski la atención general, cual si fuere un héroe de novela; pero el regreso de un amigo de la infancia, el general Serpujovskói, acababa de despertar sus antiguos sentimientos. El general había sido su compañero de clase, su rival en los estudios y el compañero de sus locuras de la juventud; volvía del Asia Central cubierto de gloria, y apenas llegado a San Petersburgo, se esperaba su nombramiento para un cargo importante, pues se le consideraba como un nuevo astro de primer orden. Comparado con el general, Vronski, libre, brillante y amado de una mujer encantadora, no dejaba por eso de parecer una triste figura, como simple capitán de caballería, a quien era permitido vivir independiente.

«A decir verdad —pensaba—, yo no envidio a ese Serpujovskói; pero su ascenso prueba que a un hombre como yo le basta esperar su hora para hacer carrera muy pronto. Apenas hace tres años, el general estaba lo mismo que yo; si abandono el servicio, quemo mis naves, y permaneciendo en él no pierdo nada. Ella misma me dijo que no quería cambiar su situación. Y poseyendo su amor, ¿puedo yo envidiar a Serpujovskói?»

Vronski se retorció lentamente la punta del bigote y comenzó a pasear por su habitación; sus ojos brillaban y sentía esa calma de espíritu que experimentaba siempre después de arreglar sus asuntos; esta vez todo quedaba en orden, y, por tanto, comenzó a afeitarse muy tranquilo, tomó un baño y se dispuso a salir.

## XXI

VENÍA a buscarte —dijo Petritski, entrando en la habitación—; tu balance ha durado mucho hoy. ¿Está ya al corriente?

—Sí —contesto Vronski, sonriendo solo con sus ojos y atusándose las puntas del bigote con tanto cuidado, como si cualquier movimiento más atrevido y brusco pudiera destruir el orden en que había dejado sus asuntos.

—Cuando sales de esos balances se diría que acabas de tomar un baño. Acabo de ver a Gritska<sup>[36]</sup> (así llamaban al coronel de su regimiento), y me ha dicho que te esperan.

Vronski miraba a su compañero sin contestarle, porque su pensamiento no estaba allí.

—¡Ah! —exclamó de pronto, escuchando el aire bien conocido de las polcas y vales de la música militar, que se oía a lo lejos—. En su casa será donde hay música. ¿Qué fiesta es?

—La llegada de Serpujovskói.

—No lo sabía —repuso Vronski, cuyos ojos brillaron con más viveza.

Había resuelto sacrificar su ambición a su amor y ser feliz; de modo que no podía resentirse de que el general no hubiese ido a verlo aún. Serpujovskói era su buen amigo, y Vronski se alegró al oír de él.

El coronel Diomin ocupaba una casa señorial enorme. Todos estaban en el amplio balcón de la planta baja. Lo primero, que vio Vronski, fueron los cantantes del regimiento, que permanecían en pie en el patio, alrededor de un pequeño barril de vodka; en el primer escalón del terrado, el coronel y sus oficiales gritaban con fuerza, dominando su voz los acordes de la música, y daba órdenes a un grupo de soldados que con algunos suboficiales se acercaban al balcón al mismo tiempo que Vronski.

El coronel, que había vuelto a la mesa con una copa de champaña en la mano, pronunció el brindis siguiente.

—A la salud de nuestro antiguo compañero e intrépido general príncipe Serpujovskói. ¡Hurra!

Detrás del coronel iba el general, también con una copa en la mano.

Vronski no lo había visto hace tres años. Le pareció más varonil, se había dejado crecer las patillas, pero seguía igual de esbelto, y sorprendía no tanto con su belleza, sino con el aspecto tierno y noble de sus facciones y su figura. El único cambio que observó Vronski fue esa aureola, tranquila y persistente, que adquieren los rostros de aquellos que han triunfado y además son conscientes de que los demás no ignoran su éxito. Vronski conocía esta aureola, y inmediatamente la vio en el rostro del general.

Al bajar la escalera, el general vio a Vronski, y una sonrisa de alegría iluminó su rostro, hizo una señal con la cabeza, levantando su copa, y le envió un saludo

afectuoso.

—Me alegro de verte —gritó el coronel—, pues Yashvin aseguraba que estabas estos días de mal humor.

En aquel momento se acercó el general a Vronski.

—¡Celebro mucho verte! —exclamó, estrechándole la mano y separándose de los demás.

—Cuídese usted de ellos —gritó el coronel a Yashvin.

Y bajó para hablar a los soldados.

—¿Por qué no fuiste ayer a las carreras? —preguntó Vronski al general—. Esperaba verte allí.

—Llegué demasiado tarde..., dispénsame —añadió, volviéndose hacia un ayudante de campo. Y sacando de su cartera tres billetes de cien rublos, le dijo—: Distribúyase eso de mi parte.

—Vronski, ¿quieres comer o beber? —preguntó Yashvin.

—¡Hola!, que traigan algo al conde, y entre tanto bebe esto.

La fiesta se prolongó largo tiempo, se bebió mucho y el general fue conducido en triunfo, así como también el coronel; este último bailó después una danza de carácter, y algo cansado al fin, se sentó en un banco para demostrar a Yashvin la superioridad de Rusia sobre Prusia, particularmente en las cargas de caballería. El general fue a lavarse las manos en el gabinete tocador, donde encontró a Vronski, quien en mangas de camisa, la cabeza bajo un chorro de agua, se frotaba enérgicamente, y que después de terminar sus abluciones, se sentó en un pequeño diván, junto a su amigo.

—He sabido siempre por mi esposa cuanto a ti se refería, y me alegro que la veas a menudo.

—Es una amiga de Varia, y son las únicas mujeres de San Petersburgo a quienes tengo el gusto de visitar —contestó Vronski con una sonrisa, previendo el giro que iba a tomar la conversación, nada desagradable para él.

—¿Las únicas? —preguntó el general, sonriendo también.

—Sí; yo sabía también todo lo concerniente a ti, pero no era solo por tu esposa —dijo Vronski, eludiendo toda indirecta por la grave expresión de su rostro—. He celebrado tus triunfos, sin sorprenderme de ellos, pues todavía esperaba más.

El general sonrió, porque esta opinión lo lisonjeaba y no veía motivo para disimularlo.

—No esperaba tanto —repuso—; pero estoy muy contento, pues tengo la debilidad de ser ambicioso, y no lo oculto.

—Tal vez lo ocultaras si no te salieran tan bien las cosas.

—No creo. No llegaré a decir que sin ambición no valdría la pena de estar en este mundo; pero la vida sería monótona. Acaso me engañe, mas me parece que poseo las cualidades necesarias para el género de actividad que he elegido, y que el poder entre



mis manos, cualquiera que fuese, estaría mejor colocado que en las de otros muchos que yo conozco. He aquí por qué cuanto más me acerque al poder más contento estaré.

—Esto será verdad para ti, mas no para todo el mundo; yo también he pensado como tú, y, sin embargo, vivo y me parece que la ambición no es el único objeto de la existencia.

—Ya estamos —dijo el general, sonriendo—. Comienzo por decirte que he sabido el incidente de tu negativa, y, como era natural, ha merecido mi aprobación. Opino que has obrado bien en el fondo; pero no en las condiciones que debías hacerlo.

—A lo hecho, pecho; ya sabes que yo no reniego de mis actos, y, por otra parte, no me va mal.

—Lo que dices será bueno por algún tiempo, pero no siempre te contentarás. Tu hermano será un buen muchacho, todo cuanto quieras; pero a ti no te basta con esto.

—No digo que me baste.

—Y además, los hombres como tú son necesarios.

—¿A quién?

—¿A quién? A la sociedad, a Rusia. Nuestro país necesita hombres y un partido; si esto falta, todo se lo llevará el diablo.

—¿Y qué entiendes por eso? ¿El partido de Bertiéniev contra los comunistas rusos?

—No —contestó el general, haciendo una mueca al pensar que se le podía creer capaz de semejante disparate—; *tout ça est une blague*: lo que ha sido, será siempre. No hay comunistas, y sí solo hombres que necesitan inventar un partido peligroso cualquiera, por espíritu de intriga. Lo que necesitamos es un grupo poderoso de hombres independientes como tú y yo.

—¿Para qué? Yo conozco varias personas de influencia, ¿por qué crees que no son independientes?

Vronski citó varios nombres.

—Si esos no lo son —repuso el general— es porque desde su nacimiento no tuvieron independencia más que de nombre ni han vivido, como nosotros, cerca del sol. Con el oro o los honores se puede comprarlos; mas para mantenerse deben seguir una dirección a la que ellos mismos no atribuyen a veces ningún sentido, que puede ser mala, pero cuyo objeto es asegurarles una posición oficial y cierto sueldo. Cuando observan sus manejos, no se ve más en el fondo. Tal vez yo sea peor que ellos, o más torpe; mas, en todo caso, tengo, como tú, la gran ventaja de que sea más difícil comprarme. Semejantes hombres son ahora más necesarios que nunca.

Vronski escuchaba atentamente, no tanto por el valor de las palabras como porque comprendía el alcance de las miras de su amigo. Mientras que él no se fijaba sino en los intereses de su escuadrón, el general, teniendo en cuenta la lucha con el poder, se

creaba un partido en las esferas oficiales. También comprendió toda la fuerza que tenía Serpujovskói por su indiscutible capacidad de pensar y comprender las cosas, por su inteligencia y el poder de sus palabras, que apenas se encontraban en la sociedad en la que vivía.

No sin avergonzarse, Vronski reconoció que experimentaba un sentimiento de envidia.

—Me falta una cualidad esencial para elevarme —repuso Vronski—, y es el amor al poder: lo tuve y lo perdí.

—No lo creo —dijo el general en tono de broma.

—Pues te aseguro que es la verdad, al menos «ahora», si he de hablar con franqueza.

—«Ahora», tal vez; pero esto no durará siempre.

—Es posible.

—Tú dices que «es posible», y yo digo «ciertamente no» —continuó el general, como si adivinase el pensamiento de su interlocutor—; he aquí por qué deseaba hablar contigo. Admito tu primera negativa; mas para el porvenir te pido carta blanca. No la echo de protector contigo, aunque no sé por qué no lo haría, pues con frecuencia tú lo has sido mío. Nuestra amistad se sobrepone a todo. Sí, dame carta blanca y yo te empujaré sin que se conozca.

—Advierte que yo solo pido que el presente subsista.

El general se levantó, y colocándose delante de su interlocutor, le dijo:

—Te comprendo, pero escúchame: nosotros somos de la misma edad; tal vez hayas conocido más mujeres que yo —su sonrisa y ademán revelaron a Vronski la delicadeza con que tocaba este punto sensible—; pero yo soy casado, y no aseguraría quién sabe más sobre ello, si aquel que solo ha conocido y amado la suya o el que ha tratado con mil...

—Ya vamos —gritó Vronski, al oír a un oficial que se presentaba para llamarlos de parte del coronel; tenía curiosidad por saber en qué terminaría la explicación del general.

—En mi concepto —continuó Serpujovskói—, la mujer es la piedra de toque en la carrera del hombre; difícil es amar a una y hacer nada bueno; y la única manera de no verse reducido a la inacción por el amor es casarse. ¿Cómo te explicaré esto? —continuó el general, a quien agradaban mucho las comparaciones—. Supongamos que llevas una carga; mientras no te la sujeten al hombro, de poco te servirán las manos; y esto es lo que me ha sucedido a mí al casarme, pues ya las tenía sujetas, y después me quedaron libres; pero llevar esa carga sin el casamiento es imposibilitarse para toda acción. Acuérdate de Mazankov y de Krúpov... Gracias a las mujeres, perdieron su carrera.

—¡Sí, pero qué mujeres! —exclamó Vronski, al pensar en la actriz y en la

francesa que habían encadenado a aquellos dos hombres.

—Cuanto más elevada es la posición social de la mujer mayor es la dificultad: entonces ya no es solo llevar una carga, sino quitársela al otro.

—Tú no has amado —murmuró Vronski, pensando en Anna.

—Tal vez, pero piensa en lo que te he dicho, y no olvides lo que voy a decirte: todas las mujeres son más materiales que los hombres; nosotros tenemos una concepción grandiosa del amor, pero ellas se quedan siempre *terre-a-terre*... Ahora iremos —dijo a un criado que entraba en la habitación; pero este no iba a buscarlos, sino que llevaba una carta a Vronski.

—De la princesa Tverskaia —dijo.

Vronski rasgó el sobre y se sonrojó al leer el contenido.

—Me duele la cabeza y vuelvo a casa—dijo al general.

—Entonces, adiós —dijo Serpujovskói—.

—¿Entonces me das carta blanca?

—Luego hablaremos. Te buscaré en San Petersburgo.

## XXII

**E**RAN más de las cinco. A fin de no faltar a la cita, y para no ir con sus caballos, conocidos de todo el mundo, Vronski utilizó el vehículo de Yashvin y dio orden al cochero de apretar el paso; era un carruaje de cuatro asientos, y Vronski se instaló cómodamente, apoyando los pies en la banqueta.

La idea de que había restablecido el orden en sus negocios, la amistad del general y sus palabras lisonjeras, y, por último, la seguridad de ver a Anna dentro de poco, le comunicaba una alegría que lo hizo sonreír; se pasó la mano por la contusión recibida la víspera, y respiró con fuerza.

«¡Qué bueno es vivir!», se dijo, recostándose en el fondo del coche con las piernas cruzadas.

Y la plenitud de vida que experimentaba en aquel momento le hacía agradable hasta el dolor ocasionado por su caída en las carreras.

Aquel claro y frío día de agosto, que tan dolorosamente impresionó a Anna, lo estimulaba y lo excitaba.

Todo cuanto veía a las últimas claridades en aquella atmósfera pura le parecía fresco y alegre; los tejados de las casas, donde se reflejaban los rayos del sol poniente; los contornos de las empalizadas que flanqueaban el camino; el follaje de los árboles y el verdor del césped; los surcos de los campos labrados, donde se proyectaban sombras oblicuas; todo, en fin, contribuía a embellecer el paisaje.

—¡Más deprisa, más deprisa! —dijo al cochero, alargándole por la ventanilla del coche un billete de tres rublos.

El auriga castigó los caballos, y el vehículo rodó con redoblada rapidez por la uniforme superficie de la calzada.

«¡Solo necesito esa felicidad! —pensó, representándose a Anna tal como la viera la última vez—. Cuanto más la veo, más la amo... ¡ah!, ya veo el jardín de Wrede. ¿Dónde estará Anna? ¿Por qué me ha escrito dos palabras en el billete de Betsi?»

Pensaba en esto por primera vez, pero no tenía tiempo para reflexionar. Antes de llegar a la avenida mandó al cochero parar, y se apeó sin que el vehículo se detuviera. Al entrar en la casa no vio a nadie; pero después divisó en el parque a Anna, que tenía el rostro cubierto con el velo; la reconoció en el andar, por la forma de los hombros y su tocado especial, y sintió como una corriente eléctrica circular por todo su cuerpo. Su alegría de vivir se comunicaba a sus movimientos y su respiración.

Una vez reunidos, Anna cogió la mano de Vronski.

—Supongo —dijo— que no te enojará mi llamamiento. Necesitaba verte a toda costa —añadió con cierto aire severo, que hizo perder al punto su alegría a Vronski.

—¡Yo enojarme! Pero ¿por qué estás aquí?

—Poco importa —repuso Anna, cogiendo del brazo a Vronski—; ven, es preciso

que hablemos.

El conde comprendió que ocurría algún incidente y el encuentro romántico no iba a ser agradable. En su presencia perdía su propia voluntad por lo cual, sin comprender la causa, sintió que se le comunicaba la angustia de Anna.

—¿Qué hay? —preguntó, estrechándole el brazo y procurando leer en su semblante.

—No te he dicho ayer —replicó Anna, después de dar algunos pasos y deteniéndose de pronto— que al volver de las carreras con Alexiái Alexándrovich le he confesado todo..., que le he dicho que no podía ser ya su esposa...; en fin, todo.

Vronski escuchaba atento, inclinado sobre Anna, como si hubiera querido dulcificar la amargura de aquella confidencia; pero cuando hubo hablado, se irguió altiva y severa.

—Sí, sí —dijo—; eso era mil veces mejor, y comprendo lo que has debido sufrir.

Anna no escuchaba, tratando solo de adivinar los pensamientos de su amante. ¡Podría ella imaginar que la expresión de sus facciones revelaba la primera idea que habían despertado las palabras que acababa de oír, el duelo que creía inevitable! Jamás lo hubiera creído Anna, y la interpretación que dio al cambio de fisonomía de Vronski fue muy distinta.

Desde que recibió la carta de su esposo, presagiaba que todo quedaría como antes, que no tendría fuerza para sacrificar su posición en el mundo ni su hijo a su amante. La mañana pasada en casa de la princesa venía a confirmar su convicción, mas, a pesar de todo, atribuía mucha importancia a su entrevista con Vronski, esperando que cambiaría su respectiva situación. Si en el primer momento hubiese dicho sin vacilar «Déjalo todo y vente conmigo», habría abandonado a su mismo hijo; pero no manifestó ningún impulso de este género, y más bien pareció resentido y descontento.

—No he sufrido —contestó Anna con cierta irritación—; esto se ha hecho de por sí. Mira... —añadió, sacando de un guante la carta de su esposo.

—Comprendo, comprendo —interrumpió Vronski, tomando la carta sin leerla, y esforzándose para calmar a Anna—; yo no deseaba más que esta explicación para consagrar enteramente mi vida a tu felicidad.

—¿Por qué me dices eso? ¿Puedo yo dudar? Si así fuese...

—¿Quién viene? —preguntó de pronto Vronski, señalando dos damas que se dirigían hacia ellos.

Y condujo rápidamente a Anna a otra alameda.

—A mí me es indiferente —dijo la señora Karénina, cuyos labios temblaban, y que fijaba en Vronski, según le pareció a este, una singular mirada de odio a través de su velo...

—Repito que en todo este negocio no dudo de ti... Pero lee esa carta —añadió, deteniéndose de nuevo.

Al leer el escrito, Vronski se entregó involuntariamente, del mismo modo que al saber el rompimiento de Anna con su esposo, a la impresión que despertaba en él la idea de sus relaciones con aquel esposo ofendido; a pesar suyo, se representaba la provocación que recibiría al día siguiente, el duelo, el instante en que, siempre frío y sereno, se vería enfrente de su adversario, y después de descargar su arma al aire, esperaría a que este tirase sobre él... Y recordó de pronto las palabras de Serpujovskói: «Más vale no encadenarse». Sabía que no iba a poder transmitir esta idea a Anna.

Después de leer la carta fijó en su amante una mirada indecisa, la cual hizo comprender a Anna que había reflexionado, y que todo cuanto dijese no sería el fondo de su pensamiento; no había contestado lo que ella esperaba de él, y su última esperanza se desvanecía.

—¡Ya ves qué hombre! —murmuró Anna con voz temblorosa. No quería que le mintiese. Solo le quedaba su amor y deseaba amarlo.

—Dispénsame —interrumpió Vronski—; pero yo no lo llevo a mal... Déjame concluir —añadió con mirada suplicante—, dame tiempo a explicar mi idea. No lo siento porque es imposible dejar las cosas así, como él lo supone.

—¿Por qué? —replicó Anna con voz alterada, sin dar sentido a las palabras, al reconocer que estaba decidida su suerte.

Vronski quería decir que después del duelo, el cual juzgaba inevitable, la situación cambiaría forzosamente; pero dijo una cosa muy distinta:

—Esto no puede quedar así. Espero que ahora lo abandonarás, permitiéndome —en este punto se sonrojó y se turbó— ocuparme del arreglo de nuestra vida común; mañana...

Anna no lo dejó concluir.

—¿Y mi hijo? Ya ves lo que escribe; sería preciso abandonarlo, y yo no puedo ni quiero hacerlo.

—Pero, en nombre de Dios, ¿prefieres no separarte de tu hijo y continuar esta existencia humillante?

—¿Para quién es humillante?

—Para todos, pero sobre todo para ti.

—¡Humillante! No digas eso; esta palabra no tiene sentido para mí —murmuró Anna con voz temblorosa—. Comprende que desde el día que te amé todo se ha transformado en mi vida; nada existe a mis ojos fuera de tu amor, y si me pertenece, siempre me creo a una altura en que nada puede alcanzarme. Estoy orgullosa de mi situación porque... lo estoy...

No concluyó, pues las lágrimas de la vergüenza y de la desesperación sofocaron su voz, y comenzó a sollozar.

Vronski sintió también alguna cosa que le oprimía la garganta, y por primera vez

de su vida se vio a punto de llorar, sin saber lo que le enternecía más, si su compasión por aquella a quien había hecho desgraciada o el sentimiento de haber cometido una mala acción.

—¿No sería posible un divorcio? —preguntó con dulzura—. ¿No podrías abandonarlo, conservando el niño?

—Lo primero, no; lo segundo, sí; pero todo depende de él ahora. Es preciso que le hable —añadió con sequedad.

Su presentimiento se realizaba: todo seguiría como antes.

—El martes estaré en San Petersburgo y resolveremos —dijo Vronski.

—Sí —replicó Anna; pero no hablemos más de todo eso.

El coche de la señora Karénina se acercaba a la verja del jardín Wrede, en cumplimiento de la orden que aquella diera, y al verlo, Anna se despidió y se alejó.

## XXIII

LA comisión del 2 de junio se reunía generalmente los lunes. Alexiái Alexándrovich entró en la sala, saludó al presidente e individuos de la comisión y fue a ocupar su sitio, poniendo la mano sobre los papeles colocados delante de él, entre los cuales estaban sus documentos particulares y las notas sobre la proposición que pensaba someter a sus colegas. Estas notas eran superfluas, pues tenía muy presente todo su plan y no necesitaba repasar en su memoria hasta el último momento los asuntos que debían tratarse. Sabía, además, que, llegado el momento, cuando se viera frente a su adversario, le sería fácil el uso de la palabra. Entretanto, escuchaba la lectura del informe con el aspecto más inocente; y nadie hubiera creído, al ver aquel hombre con la cabeza inclinada, y al parecer fatigado, que pocos minutos después iba a pronunciar un discurso que promovería una verdadera tempestad, obligando al presidente a llamar al orden a los individuos de la comisión. Terminada la lectura del informe, Alexiái Alexándrovich dijo con voz débil que debía hacer algunas observaciones sobre la cuestión de que se trataba, y entonces la atención de todos se fijó en él. El señor Karenin tosió ligeramente, y sin mirar a su adversario, según su costumbre cuando pronunciaba un discurso, dirigió la palabra a la persona más próxima, que era un viejecillo sin importancia. Al llegar al punto capital, a las leyes orgánicas, su adversario se agitó en su sitio y le contestó al punto como lo hizo también Striómov, miembro de la comisión, a quien se atacaba vivamente. La sesión fue muy tempestuosa, pero Alexiái Alexándrovich triunfó y se aceptó su proposición, nombrándose tres nuevas comisiones. Al día siguiente no se hablaba en ciertos círculos más que de la victoria de Alexiái Alexándrovich, que había excedido a sus esperanzas.

A la mañana siguiente Karenin recordó con placer su triunfo al despertar, y no pudo menos de sonreír cuando el jefe de la chancillería le refirió lo que se decía en la ciudad sobre el asunto, aunque trataba de demostrar indiferencia.

Alexiái Alexándrovich, absorto con el trabajo, olvidó completamente que aquel día era el fijado para el regreso de su esposa y, por tanto, experimentó cierto enojo cuando un criado entró para anunciarle que acababa de llegar.

Anna había entrado en San Petersburgo por la mañana temprano, y su esposo no lo ignoraba, puesto que le envió un telegrama pidiendo coche; pero no quiso salir a recibirla. Después de anunciar su llegada, Anna entró en su habitación, dando orden para que desempaquetasen sus efectos, y allí esperó a su esposo; mas pasó una hora sin que este se presentara. Bajo el pretexto de dar algunas órdenes, se dirigió al comedor, y habló con el criado en voz alta a fin de que su esposo supiera que estaba allí. Él no salió de su despacho, aunque Anna oyó, que despidiéndose del jefe de la chancillería lo acompañaba hasta la puerta. Ella sabía que, por costumbre, se



marcharía pronto para seguir con los asuntos oficiales; se decidió al fin a entrar en el despacho de Alexiúi Alexándrovich, pues quería verlo a todo trance para resolver sobre sus futuras relaciones. Karenin, vestido de uniforme, sin duda para salir, estaba apoyado en una mesita y su mirada era triste. Anna lo vio antes que él notase su presencia, y sospechó que pensaba en ella. Karenin quiso levantarse, vaciló, se sonrojó, lo cual sucedía rara vez, y poniéndose en pie al fin bruscamente, se adelantó hacia Anna, fijando la vista en su frente y su tocado para evitar su mirada. Cuando estuvo junto a su esposa, le cogió la mano y la invitó a sentarse.

—Me alegro que haya usted vuelto —dijo, sentándose a su lado, con el evidente deseo de hablar, pero deteniéndose cada vez que abría la boca.

Aunque preparada para esta entrevista, y dispuesta a despreciar a su esposo, Anna no sabía qué decirle, y lo compadecía. El silencio se prolongó bastante.

—¿Sigue bien Seriozha? —preguntó al fin Karenin. Y sin esperar respuesta, añadió—: No comeré hoy en casa; debo irme ahora mismo.

—Pensaba marchar a Moscú —contestó Anna.

—No; ha hecho usted bien en volver —dijo Alexiúi Alexándrovich.

Siguió otra vez el silencio, y viendo Anna que su esposo no podía abordar la cuestión, tomó la palabra:

—Alexiúi Alexándrovich —dijo, mirándolo fijamente—, yo soy una mujer culpable, pero continúo siendo lo que le confesé a usted que era, y he venido a decirle que no podría cambiar.

—Yo no le pregunto a usted eso —repuso Alexiúi Alexándrovich con tono resuelto, pues la cólera le devolvía todas sus facultades; y mirando esta vez a su mujer con expresión de odio, añadió—: Ya suponía yo que fuese así, pero según le he dicho y escrito, y según se lo repito de nuevo, no estoy obligado a saber tales cosas, y quiero ignorarlas. No todas las mujeres tienen, como usted, la bondad de apresurarse a dar a sus esposos tan agradable noticia. Ignoro todo mientras que el mundo no esté advertido ni mi nombre deshonorado; y he aquí por qué le previne que nuestras relaciones deben seguir siendo lo que fueron siempre; no trataré de poner a salvo mi honor sino en el caso de que usted se comprometa.

—Pero nuestras relaciones no pueden ser ahora lo que eran —repuso Anna tímidamente, mirando a su esposo con temor.

Al observar su ademán tranquilo y al oír su voz sarcástica, aguda y un poco infantil, toda la compasión que al principio le inspiraba desapareció ante un sentimiento repulsivo; solo sentía el temor; aun así quería a toda costa clarificar su situación.

—Yo no puedo ser esposa de usted cuando...

Karenin profirió una carcajada burlona y fría.

—El género de vida que usted ha tenido a bien elegir se refleja hasta en su

manera de comprender; pero yo desprecio y respeto demasiado, con lo cual quiero decir que respeto su vida pasada y desprecio bastante su presente, para que mis palabras puedan prestarse a la interpretación que usted les da.

Anna suspiró, inclinando la cabeza.

—Por lo demás —continuó el señor Karenin, excitándose más—, apenas comprendo que, no habiendo hallado nada censurable en confesarme su infidelidad, tenga ahora escrúpulos sobre el cumplimiento de sus deberes de esposa.

—Alexiái Alexándrovich, ¿qué exige usted de mí?

—Exijo que no vuelva usted a ver a ese hombre; exijo que se conduzca de tal manera que «ni el mundo, ni nuestros criados» puedan acusarla; y exijo, en fin, que no vuelva usted a recibirlo. Como compensación, disfrutará de todos los derechos de una mujer honesta, sin tener que cumplir sus obligaciones. Me parece que no es mucho pedir. Nada más tengo que decirle; ahora me marchó y le advierto que no comeré en casa.

Se levantó y se dirigió a la puerta, y como Anna hiciera lo mismo, la saludó sin hablar y la dejó salir primero.

## XXIV

LA noche que Lievin pasó en el campo no transcurrió en vano: la finca, el trabajo, habían perdido para él todo interés. A pesar de la abundancia de la cosecha, Lievin no había tenido nunca tantos disgustos como aquel año, ni había reconocido tampoco más claramente sus malas relaciones con los campesinos. Tampoco consideraba ya sus negocios desde el mismo punto de vista, ni le inspiraban igual interés, pues de todas las mejoras introducidas por él con tanto trabajo, solo resultaba una lucha incesante, en la que el amo defendía su hacienda y los jornaleros sus intereses. El encanto que sentía por el propio trabajo, la envidia que despertaban en él los campesinos, el deseo de cambiar de género de vida, deseo que aquella noche se convirtió en un firme propósito, todo había cambiado radicalmente su opinión acerca de su propia economía, y ya no podía encontrar interés alguno en ella. Todas sus innovaciones hubieran sido excelentes, si las hubiese llevado a cabo solo, o en compañía de hombres dispuestos a ayudarle. Pero Lievin veía claramente (y su trabajo sobre el libro dedicado a la economía rural había contribuido a esclarecer las cosas), que toda su economía no era más que una lucha cruel y obstinada entre el dueño y los campesinos, lucha en la que por su parte había una preocupación constante de mejorar todo, y por la otra parte; el orden natural de las cosas. Lievin veía que en aquella lucha, que exigía por su parte la máxima tensión y por parte de los trabajadores ningún esfuerzo y ni siquiera un propósito definido, solo se conseguía que se perdieran inútilmente magníficas máquinas, ganado, tierras. Para Lievin era evidente que, además de perderse en vano todas sus energías, la finalidad que él perseguía era indigna. La esencia de aquella lucha era el dinero (y no podía ser de otro modo, ya que si se descuidaba no tendría con qué pagar a los jornaleros). Mientras que ellos procuraban trabajar sin esfuerzo alguno, de una manera tranquila y agradable, como se habían acostumbrado. Los intereses de Lievin consistían en que cada jornalero trabajara con la mayor eficacia posible, que no se distrajera y que no intentara romper las máquinas, es decir, que pensara en lo que hacía. Los trabajadores, por su parte, solo deseaban trabajar de una manera más fácil y agradable y, lo más importante, sin preocuparse de nada ni pensar. Aquel verano Lievin veía esta situación por todos los lados. Unas veces se encontraba con que el trébol reservado para la sementera se había segado como forraje, solo porque parecía más fácil de cortar; otras, se rompía una nueva máquina porque su conductor no sabía dirigirla; nadie se decidía a emplear las carretas perfeccionadas; y, en fin, para poner más a prueba la paciencia de Lievin, tres de sus mejores vacas habían muerto por culpa de un pastor. Se trató de consolar al amo diciéndole que su vecino había perdido doce en tres días.

Lievin no atribuía estos antojos a rencores personales de parte de los campesinos;

al contrario, sabía que lo querían y consideraban «el señor sencillo» (lo que era el mejor elogio entre ellos); pero lo hacían solo porque deseaban trabajar alegremente, sin complicarse la vida y los intereses de Lievin eran no solo ajenos e incomprensibles para ellos, sino fatalmente opuestos a los suyos, que consideraban los más justos.

Hacía largo tiempo comprendía que su barco comenzaba a zozobrar, sin que pudiera explicarse cómo se introducía el agua; había tratado de hacerse ilusiones; pero el desaliento le embargaba, el campo le era ya antipático y perdía el gusto para todo.

La presencia de Kiti agravó aquel malestar moral; hubiera querido visitarla y no podía resolverse a ir a casa de su hermana. Aunque comprendió al verla en el coche que la amaba siempre, la negativa de la joven levantaba entre ambos una barrera infranqueable. «No podría pedirle que me aceptase porque no ha conseguido casarse con otro», se decía; y este pensamiento le hacía experimentar un sentimiento frío y hostil hacía Kiti. «No podría hablar con ella sin sentir deseos de reprocharle, mirarla sin rencor, y con ello conseguiré que Kiti me odie todavía más. Además, ¿cómo voy a ir después de lo que me ha dicho Daria Alexándrovna? ¿Cómo voy a ocultar que sé lo que ha dicho ella? Me presentaré como un ser magnánimo, dispuesto a perdonarla y hacerla digna de mi amor... ¡Yo, y en semejante papel!»

«¡Ah! Si Daria Alexándrovna no me hubiese dicho nada, yo hubiera podido encontrarla por casualidad, y tal vez se hubiera arreglado todo; pero en adelante es imposible.»

Dolli le escribió un día pidiéndole una silla de montar para Kiti, e invitándole a llevarla él mismo. Este fue el golpe de gracia. ¿Cómo una mujer de sentimientos delicados podía rebajar así a su hermana?

Lievin rasgó diez cartas que había escrito en contestación.

No podía ir, ni tampoco inventar excusas inverosímiles, ni menos pretextar una marcha; y, al fin, envió la silla sin contestar cosa alguna; pero al día siguiente, comprendiendo que había cometido una grosería, marchó para hacer una visita lejana, dejando a su intendente encargado de los negocios, que le eran ya tan molestos. Sviyazhski, uno de sus amigos, le había recordado últimamente su promesa de ir a cazar la becada, la cual no había cumplido hasta entonces a causa de sus ocupaciones; y ahora se alegraba de tener esta ocasión para alejarse de la proximidad de los Scherbatski, sin contar que la caza era el remedio a que recurría en sus días de tristeza.

## XXV

No había en el distrito de Surovsk ni vías férreas ni caminos postales, y Lievin partió en un cochecillo con sus caballos. A media jornada se detuvo en casa de un rico labrador, un anciano calvo, pero bien conservado, de espesa barba pelirroja, grisácea en las mejillas, les abrió las puertas cocheras, pegándose a una viga y dejándoles el paso. Después de haber indicado al cochero un hueco debajo del sobradillo en el amplio, limpio y bien arreglado patio con algunos arados quemados, el anciano invitó a Lievin a pasar dentro.

Una joven decentemente vestida, calzados con chanclos sus pies desnudos, agachada, fregaba el suelo de la entrada. Se asustó del perro que entró detrás de Lievin, y dio un grito. De inmediato se rio al saber que el perro no hacía nada y con el brazo remangado, indicó a Lievin la puerta de la habitación principal y agachándose de nuevo, ocultó su hermoso rostro y continuó con su trabajo.

—¿Le traigo el *samovar*? —le preguntó.

—Sí, por favor.

En la habitación grande, caldeada por una estufa holandesa y dividida en dos por un tabique, no había más muebles que una mesa adornada con motivos tradicionales; encima en la pared se veían varios iconos con las imágenes de los santos; en un rincón, un banco y dos sillas, y junto a la puerta, un armario pequeño que contenía la vajilla. Los postigos de las ventanas, herméticamente cerrados, no dejaban penetrar las moscas, y todo estaba tan limpio, que Lievin obligó a *Laska* a echarse en un rincón al lado de la puerta, a fin de que no ensuciase el suelo después de haberse enfangado en todos los pantanos de camino.

Después de haber examinado la habitación, Lievin salió al patio detrás de la casa. La simpática joven salió corriendo delante de él a por el agua del pozo, balanceando los cubos vacíos.

—¡Date prisa! —le gritó alegremente el anciano.

—Seguramente va usted a casa de Nikolái Ivánovich Sviyazhski —dijo el anciano labrador, acercándose a Lievin—. También él se detiene aquí cuando pasa.

Mientras hablaba, la puerta de la cochera rechinó sobre sus goznes para dar paso a varios trabajadores que volvían de los campos con los útiles de labranza.

El anciano, separándose de Lievin, se acercó a los caballos, robustos y vigorosos, y ayudó a desenganchar.

—¿Qué se ha labrado? —preguntó.

—Los campos de patatas.

En aquel momento entró la joven que fregaba, llevando dos cubos, seguida de otras mujeres, jóvenes y viejas, lindas y feas, con hijos y sin ellos.

Los obreros se fueron a comer cuando hubieron desenganchado, y Lievin,

después de retirar sus provisiones del vehículo, invitó al anciano a tomar el té, oferta que este aceptó visiblemente lisonjeado.

Lievin aprovechó la cuestión para hacerle hablar sobre sus asuntos.

El labrador había arrendado diez años antes a una señora ciento veinte *desiatinas*, el cual pudo adquirir en propiedad el año pasado y arrendaba otras trescientas al vecino; tenía subarrendada una parte de esa tierra, la peor, y explotaba unas cuarenta *desiatinas* con sus hijos y dos auxiliares.

El anciano aseguraba que todo iba muy mal. Pero Lievin comprendió que lo hacía por disimular y que en realidad su casa prosperaba. Si fueran mal las cosas, el viejo no habría comprado la tierra a ciento cinco rublos, no habría casado a sus tres hijos y a un sobrino, ni habría reconstruido dos veces la casa después de los dos incendios, y cada vez mejor que la anterior. A pesar de sus quejas se veía, que el anciano estaba muy orgulloso, y con razón, de su bienestar, las buenas condiciones de su ganado y, sobre todo, la prosperidad de su explotación. En el curso del diálogo demostró que no rechazaba las innovaciones; cultivaba las patatas a gran escala; Lievin, al llegar, se fijó que acababa ya de florecer, mientras que la suya solo comenzaba entonces a echar flor. El anciano labraba la tierra de patata con el arado, «la arada», como lo llamaba él, que le prestaba el vecino propietario; y sembraba trigo. Un pequeño detalle, que, al despalar el centeno, se lo daba a los caballos, impresionó a Lievin especialmente. ¡Cuántas veces vio ese forraje estupendo, echado a perder, y pensó en ir a recogerlo! Siempre resultaba imposible. Y este anciano lo había conseguido y hablaba maravillas de este tipo de alimento.

—¡Algo tienen que hacer las mujeres! —decía. —Que saquen los montones al camino, y luego pasa el carro y los recoge.

—A nosotros, los propietarios, nos va mal con los jornaleros.

—¿Pues cómo se han de arreglar bien las cosas solo con los jornaleros? Lo que ustedes hacen es muy ruinoso. Ahí tiene usted a Sviyazhski, por ejemplo, cuya tierra conocemos, y que por falta de vigilancia rara vez recoge buena cosecha.

—Pero ¿cómo te arreglas con tus jornaleros?

—¡Oh!, aquí somos todos campesinos; trabajamos por nuestra cuenta, y si el operario es malo se le despide.

—Padre, piden alquitrán —dijo la joven desde la puerta.

El anciano se levantó, y después de dar las gracias a Lievin, se persignó delante de los iconos y salió.

Al entrar Lievin en la habitación común para llamar a su cochero, vio a toda la familia sentada a la mesa, y a las mujeres sirviendo de pie. Un robusto hijo del anciano refería, con la boca llena, una historia que hacía reír a todos, particularmente a la joven de chanclos, ocupada en llenar de sopa una cazuela de la cual tomaba cada uno su parte.

De aquella vida íntima de los campesinos acomodados Lievin conservó un grato recuerdo durante su viaje.

## XXVI

**S**VIYAZHSKI, que era mariscal de su distrito, tenía cinco años más que Lievin y estaba casado hacía largo tiempo. Con él vivía su cuñada, joven muy simpática, y Lievin sabía, como todos los solteros saben estas cosas, que se deseaba verlo casado con ella. Aunque pensase en el matrimonio, y por más que aquella joven fuera encantadora, tan inverosímil le habría parecido volar por los aires como tomarla por esposa; y el temor de que se lo mirara como pretendiente, disminuyendo el placer que debía proporcionarle la visita, lo había hecho reflexionar al recibir la invitación de su amigo.

Sviyazhski era un curioso tipo de propietario, muy dado a los negocios del país; pero había poca relación entre las opiniones que profesaba y su manera de vivir y de obrar. Era un hombre extremadamente liberal. Despreciaba a la nobleza, acusándola de ser hostil a la emancipación; trataba a Rusia de país perdido, algo como Turquía, y su gobierno tan detestable que nunca se permitía criticar sus medidas ni en serio ni de broma, y no obstante, había aceptado el cargo de mariscal del distrito, que desempeñaba concienzudamente. El aldeano ruso representaba para él un término medio entre el hombre y el mono; pero a los campesinos era a quienes más estrechaba la mano durante las elecciones. No creía en Dios ni en el diablo, pero procuraba mucho de mejorar la suerte del clero. En el asunto de la emancipación de las mujeres se pronunciaba a favor de las teorías más radicales, la libertad total para ellas y especialmente su derecho a trabajar; pero viviendo en perfecta armonía con su esposa, organizó su vida de tal manera que ella no tenía que hacer nada, solo estar a su lado y pensar cómo pasar el tiempo de la manera más agradable. Aseguraba que no se podía residir sino en el extranjero, mas poseía en Rusia tierras, las cuales explotaba por procedimientos muy perfeccionados, sirviéndose de todos los progresos del país.

Si Lievin no tuviese la costumbre de buscar una explicación a las personas a través de sus virtudes, el carácter de Sviyazhski no hubiera representado ninguna dificultad. Se hubiera dicho: un necio o un canalla, y todo hubiera quedado claro. Pero Lievin no podía decir que Sviyazhski fuera un necio, porque era un hombre muy inteligente y, además, muy culto y extremadamente sencillo. No existía problema que Sviyazhski no conociera. Sin embargo, no intentaba mostrar sus conocimientos más que cuando se veía obligado a ello. Menos motivos tenía Lievin para llamarlo canalla. Sviyazhski era sincero, bondadoso, inteligente, cumplía con su deber con alegría y era incapaz de hacer daño conscientemente.

A pesar de sus contradicciones, Lievin trataba de comprenderlo, considerándolo como un enigma viviente, y gracias a sus amistosas relaciones se esforzaba inútilmente en traspasar lo que él llamaba el «umbral» de aquel espíritu.

La cacería a que su amigo lo invitó fue mediana, pues los pantanos estaban secos



y las becas escaseaban. Lievin anduvo todo el día para cazar tres piezas: pero, en cambio, se le abrió el apetito y experimentó cierta excitación intelectual, como le sucedía después de un violento ejercicio físico. Durante la caza, cuando parecía no pensar en nada, recordaba de vez en cuando al viejo labrador y su familia, y ese recuerdo parecía no solo llamar su atención, sino además despertaba en él la necesidad de solucionar algo relacionado con ese recuerdo.

Por la noche, al tomar el té, Lievin se halló sentado junto a la dueña de la casa, una rubia de cara redonda, embellecida por dos graciosos hoyuelos. Durante la conversación con ella Lievin esperaba resolver el misterio que representaba su marido para él, pero sus pensamientos no se encontraban libres, porque estaba en una situación muy embarazosa. Obligado a hablar con ella y su hermana, sentada enfrente, experimentaba cierta turbación al verse cerca de aquella joven, cuyo vestido escotado, que dejaba ver un blanco seno, le desconcertaba; no se atrevía a mirarla, estaba inquieto y su malestar parecía comunicarse a la linda cuñada. La dueña de la casa aparentaba no observar la menor cosa y sostenía la conversación.

—Ustedes creen que mi marido no se interesa en lo que es ruso —decía—; pero es todo lo contrario, más feliz es aquí que en ninguna otra parte, pues tiene mucho que hacer en el campo. ¿No ha visto usted nuestra escuela?

—Sí; es esa casita cubierta de hiedra.

—Justamente; es obra de Nastia —repuso, señalando a su hermana.

—¿Da usted lecciones? —preguntó Lievin, mirando como un culpable el corpiño escotado.

—Sí, pero tenemos una maestra excelente.

—No, gracias, no tomaré más té —dijo Lievin, comprendiendo que hacía un desaire—; oigo allá una conversación que me interesa mucho.

Y se levantó, sonrojándose.

El dueño de la casa hablaba con dos propietarios en la extremidad de la mesa, y tenía la vista fija en un hombre de bigote gris que le divertía con sus quejas contra los campesinos. Sviyazhski parecía tener contestación para todas las acusaciones de su interlocutor, y hubiera podido refutarlas al punto si su posición oficial no le hubiese obligado a guardar consideraciones.

El propietario era evidentemente adversario reconocido de la emancipación de los campesinos, lo cual se reconocía en el antiguo corte de su traje, en su manera de llevarlo y en su modo de hablar con ademanes imperiosos.

## XXVII

**S**I no fuera por el dinero gastado y el trabajo hecho —dijo el anciano—, más valdría abonar sus tierras e irse, como Nikolái Ivánovich, a oír *La bella Elena* en el extranjero.

—Lo cual no impide que se quede usted —repuso Sviyazhski—, y de consiguiente es porque le tiene cuenta.

—Aquí tengo mi casa, todo lo que me pertenece... espero siempre que la gente cambie; pero aquí la embriaguez y el desorden son increíbles; muchos no tienen ya ni caballo ni vaca y se mueren de hambre. Sin embargo, si para sacarlos de apuros se los toma como jornaleros, lo destrozarán todo, y aún tendrán algún motivo para citar al perjudicado ante el juez de paz.

—Pero también puede usted quejarse a esa autoridad —replicó Sviyazhski.

—Por nada en el mundo lo haría. Ya sabe usted la historia de la fábrica. Los obreros, después de tocar las arras, lo abandonaron todo y se marcharon; se apeló al juez de paz, y este los absolvió. El único recurso que nos queda es el tribunal del distrito; allí se vapulea al culpable como en los antiguos tiempos y todo queda arreglado. Si no fuera por el *starshina*<sup>[37]</sup>, sería preciso huir hasta el confín del mundo.

—Sin embargo, me parece que ninguno de nosotros llega a tal punto, ni Lievin ni yo, ni ese caballero —dijo Sviyazhski, señalando al segundo propietario.

—Sí, pero pregunte usted a Mijaíl Petróvich cómo se arregla para que sus negocios marchen. ¿Es eso verdaderamente una administración «racional»?

—A Dios gracias, yo manejo mis asuntos muy sencillamente —dijo Mijaíl Petróvich—; toda la cuestión está en ayudar a los campesinos a pagar los impuestos en otoño; ellos mismos vienen a buscarnos después. Yo adelanto un tercio de impuestos, diciendo: «Atención, hijos míos; yo os ayudo, y es preciso que me ayudéis a vuestra vez, para sembrar y segar». Así lo arreglamos todo en familia, aunque es verdad que a veces se encuentran hombres sin conciencia.

Lievin conocía de largo tiempo estas tradiciones patriarcales, e interrumpiendo a Mijaíl Petróvich dirigió la palabra al propietario del bigote gris.

—¿Y cómo se debe hacer, según usted? —preguntó.

—Como Mijaíl Petróvich, a menos que se arriende la tierra a los campesinos o se comparta el producto con ellos; todo esto está en lo posible, pero no es menos cierto que la riqueza se va en tales medios. En ciertos puntos donde la tierra daba antes nueve granos por uno, ahora no produce más de tres. La emancipación ha arruinado a Rusia.

Sviyazhski miró a Lievin con expresión burlona; pero este escuchaba atentamente las palabras del anciano, pareciéndole que eran hijas de reflexiones personales, maduras por una larga experiencia de la vida campestre.

—Todo progreso se hace por la fuerza —continuó el propietario viejo—; tómense las reformas del Piotr I<sup>[38]</sup>, de Ekaterina y de Alexandr, y hasta la historia europea, y se verá que en la cuestión agronómica, sobre todo, es en la que se ha debido emplear la autoridad. ¿Cree usted que la patata se haya introducido sin recurrir a la fuerza? ¿Se ha labrado siempre la tierra como ahora? Nosotros, los antiguos propietarios, hemos podido mejorar nuestros sistemas de cultivo e introducir instrumentos perfeccionados, porque lo hacíamos por nuestra propia autoridad y porque los campesinos, resistiéndose al principio, obedecían y acababan por imitarnos. No existiendo ahora nuestros derechos, ¿dónde hallaremos esa autoridad? Por eso no se sostiene nada, y después de un periodo de progreso volvemos a caer fatalmente en la barbarie primitiva. He aquí cómo comprendo las cosas.

—Pues yo, no —repuso Sviyazhski—. ¿Por qué no continúa usted sus perfeccionamientos, ayudándose con los obreros pagados?

—¿Y cómo lo haría careciendo de autoridad?

«He aquí el labor humano —el elemento principal de la economía rural», pensó Lievin.

—¿Y los obreros?

—No quieren trabajar convenientemente, usando buenos instrumentos. Nuestro jornalero no hace más que emborracharse como un animal y echar a perder todo cuanto toca, incluso el caballo que se le confía y el arnés nuevo. Todo lo que se hace según sus ideas le causa repugnancia, y por eso la agricultura decae visiblemente, y la tierra se descuida si no se cede a los campesinos; de modo que en vez de producir millones de carteras de trigo, solo da algunos centenares de miles y la riqueza pública disminuye. Se hubiera podido hacer la emancipación, pero progresivamente.

Y desarrolló su plan, en el que se evitaban todas las dificultades; pero a Lievin no le interesaba, y volvió a su primera cuestión, con la esperanza de inducir a Sviyazhski a explicarse.

—Es muy cierto —dijo— que el nivel de nuestra agricultura baja, y que en nuestras relaciones actuales con los campesinos es imposible obtener una explotación regular.

—No soy de ese parecer —contestó Sviyazhski—. No niego que la agricultura está en decadencia desde la época a que ustedes aluden, aunque entonces se hallaba en mísero estado, porque nunca hemos tenido ni máquinas, ni ganado conveniente, ni buena administración; y tampoco sabemos contar. Le preguntan al propietario, y no sabrá decir cuánto le cuesta lo que compra y lo que obtiene.

—Sin duda querrá usted la teneduría de libros italiana —dijo irónicamente el viejo propietario—; por mucho que se cuente, todo es embrollo y no se encuentra nunca beneficio.

—¿Por qué se ha de embrollar todo? No veo la razón: y en cuanto al beneficio,

ténganse buenos instrumentos, robustos caballos en vez de rocines y mejoras en todo lo demás y se tocará el resultado. La agricultura ha necesitado siempre un poderoso impulso.

—Para eso se necesitan medios, Nikolái Ivánovich; usted podrá hacerlo, pero cuando se tiene, como yo, un hijo en la universidad y otros en el gimnasio, falta para comprar caballos percherones.

—Hay bancos.

—Sí, para vender mis tierras en pública subasta. ¡Muchas gracias!

Lievin intervino en el debate.

—Esa cuestión del progreso agrícola me ocupa mucho —dijo—; tengo miedo de aventurar intereses en mejoras, pero hasta aquí no me representan más que pérdidas. En cuanto a los bancos, no sé de qué pueden servir.

—Eso es verdad —dijo el propietario viejo con una sonrisa de satisfacción.

—Y no soy el único —continuó Lievin—; apelo a todos los que han hecho pruebas como yo, pues con raras excepciones, todas se han perdido. Y usted mismo, ¿tiene motivos para estar contento? —preguntó a Sviyazhski, en cuyo rostro se leía la confusión que le causaba aquella tentativa para sondear su pensamiento.

La pregunta no era de buena ley, pues la dueña de la casa había confesado a Lievin mientras tomaba el té que un alemán, procedente de Moscú, que por quinientos rublos se encargó de arreglar las cuentas de su explotación, había reconocido una pérdida de tres mil rublos.

El propietario viejo sonrió, sin duda porque sabía a qué atenerse respecto al producto de las tierras de su vecino.

—El resultado podrá no ser brillante —contestó Sviyazhski—; pero esto probará cuanto más que no soy muy buen agrónomo, o que mi capital vuelve a la tierra a fin de aumentar la renta.

—¡La renta! —exclamó Lievin—. Esta existe tal vez en Europa, donde se paga el capital empleado en la tierra; pero entre nosotros no hay nada de eso.

—Sin embargo, la renta debe existir: es una ley.

—Entonces será que estamos fuera de ella; para nosotros la palabra renta no explica ni aclara nada; muy por el contrario, lo embrolla todo; dígame usted, cómo la renta...

—¿No tomarían ustedes un poco de *prostokvasha*<sup>[39]</sup> o frambuesas? —interrumpió Sviyazhski, volviéndose hacia su esposa.

Y se levantó, persuadido, sin duda, de que acababa de cerrar la discusión, mientras que Lievin suponía que solo empezaba. Por esto continuó hablando con el propietario viejo para demostrarle que todo el mal procedía de que no se tuvieran en cuenta el carácter del obrero, sus costumbres y tendencias tradicionales; pero el anciano, así como aquellos que están acostumbrados a reflexionar solos, no penetraba

fácilmente en el pensamiento de otro. El campesino ruso no era para él sino un animal que solo se podía dirigir con el palo.

—¿Por qué cree usted que no se pueda llegar a un equilibrio que utilice las fuerzas del trabajador, haciéndolas productivas? —preguntó Lievin, volviendo a la primera cuestión.

—Esto no se verá nunca en Rusia, porque se necesita autoridad —repitió el propietario.

—Pero ¿dónde quiere usted que se vaya a buscar nuevas condiciones de trabajo? —preguntó Sviyazhski, acercándose a los que discutían, después de tomar la *prostokvasha* y fumar un cigarrillo—. ¿No tenemos en el distrito la garantía solidaria, este resto de barbarie que decae poco a poco por sí mismo? Y ahora que está abolida la servidumbre, ¿no tenemos todas las formas del trabajo libre?

—Sí, pero hasta la misma Europa está descontenta de estas formas.

—Busca otras, y tal vez las hallará.

—Entonces, ¿por qué no hemos de buscar nosotros también?

—Porque es como si quisiéramos inventar nuevos procedimientos para construir vías férreas; están inventados ya, y solo debemos aplicarlos.

—Pero ¿y si en vez de convenir a nuestro país son perjudiciales? —preguntó Lievin.

Sviyazhski pareció atemorizado.

—¿Tendríamos —repuso— la pretensión de hallar lo que Europa busca? ¿Conoce usted los trabajos que se han hecho en Europa sobre la cuestión obrera?

—Muy poco.

—Es una cuestión que ocupa a los primeros talentos, y que ha producido una literatura considerable. Schulze-Diélíchev y su escuela, Lasalle, el más liberal de todos; Mulhouse... ¿Conoce usted todo eso?

—Tengo una vaga idea.

—Por vaga que sea, seguramente sabe usted tanto como yo sobre el particular. Yo no soy profesor de ciencia social, pero estas cuestiones me interesan, y a usted también, por lo cual debería ocuparse de ellas.

—¿A qué han conducido todas?

—Dispense usted...

Los propietarios acababan de levantarse, y Sviyazhski detuvo otra vez a Lievin en la pendiente fatal que se empeñaba en seguir para sondear el pensamiento de su amigo, que acompañó a sus convidados hasta la puerta.

## XXVIII

LIEVIN se aburría con las damas. Le preocupaba la idea de que su descontento respecto a su propia economía no era un asunto personal, sino una condición general de Rusia y que su solución no era un sueño, sino una tarea a resolver. A Lievin le parecía que era posible resolver aquella tarea y que era preciso intentarlo, hacerlo.

Lievin se despidió de las damas, prometiendo pasar con ellas el día siguiente para dar un paseo a caballo.

Antes de acostarse entró en el gabinete de su amigo, a fin de buscar los libros que trataban de la reciente discusión.

El gabinete de Sviyazhski era una habitación grande, que contenía varios estantes de libros y dos mesas; una de ellas, muy maciza, ocupaba el centro de la habitación, y la otra estaba cargada de diarios y revistas en varias lenguas, alineadas alrededor de una lámpara; cerca de la mesa de escribir se veía una especie de aparador con varias carpetas rotuladas.

Sviyazhski tomó varios volúmenes y se instaló en una mecedora.

—¿Qué mira usted? —preguntó a Lievin, que detenido junto a la mesa revisaba algunos diarios—. En ese periódico que tiene usted en la mano hay un artículo muy bien escrito, según el cual parece que el principal autor de la repartición de Polonia no es Federico.

Y refirió con la claridad que le era propia el asunto de aquellas nuevas publicaciones. Lievin lo escuchaba, preguntándose lo que podría haber en el fondo de su amigo. ¿Qué le interesaba a él la repartición de Polonia? Cuando su amigo hubo acabado de hablar, Lievin le rogó que continuase; pero Sviyazhski, limitándose a decirle que la publicación era curiosa, juzgó inútil explicar en qué le interesaba especialmente.

—Lo que me ha interesado a mí es el viejo gruñón que nos acompañaba en la mesa —dijo Lievin—; tiene buen criterio y dice cosas muy juiciosas.

—¡Bah!, es un antiguo enemigo de la emancipación, como lo son todos ellos.

—Pero usted se ha puesto a su cabeza.

—Sí, pero solo para dirigirlos en sentido contrario —repuso Sviyazhski, sonriendo.

—Pues a mí me ha llamado la atención la exactitud de sus argumentos al pretender que en punto de sistemas administrativos los únicos que dan buen resultado entre nosotros son los más sencillos.

—Nada tiene esto de extraño. Nuestro pueblo está tan poco desarrollado, moral y materialmente, que se debe oponer a todo progreso. Si las cosas marchan en Europa es por efecto de su civilización, y, por tanto, lo esencial para nosotros es civilizar a

nuestros campesinos.

—¿Cómo?

—Fundando escuelas y más escuelas.

—Pero si usted conviene en que el pueblo carece de todo desarrollo material, ¿qué remediarán las escuelas?

—Usted me recuerda una anécdota sobre los consejos que daban a un enfermo. «Le convendría a usted purgarse.» «Lo he probado y me ha hecho daño.» «Póngase usted sanguijuelas.» «Ya lo he hecho y no me ha sentado bien.» «Pues entonces ruegue usted a Dios.» «También me ha hecho mal.» Lo mismo con nosotros. Yo digo «economía política», usted dice «mal»; digo «socialismo» «peor»; digo «educación» «peor todavía».

—Es porque no veo el beneficio que pueden reportar las escuelas.

—Crearán nuevas necesidades.

—Tanto peor si el pueblo no se halla en estado de satisfacerlas. ¿Y en qué mejorará su situación material cuando sepa sumar y restar y el catecismo de memoria? Anteayer encontré una campesina que llevaba un niño de pecho; le pregunto de dónde viene, y me contesta que de casa de la comadrona, adonde lo ha llevado para que lo cure, porque llora. «¿Y qué ha hecho la comadrona?» «Ha presentado el niño a las gallinas, que estaban en la percha, y ha murmurado algunas palabras.»

—Ya ve usted —dijo Sviyazhski sonriendo— que para creer semejantes necedades...

—No —interrumpió Lievin, contrariado—; las escuelas de usted como remedio para el pueblo son las que comparo con el de la comadrona. ¿No sería lo esencial curar primero la miseria?

—Hace usted las mismas deducciones que un hombre a quien no aprecia mucho, Spencer, quien pretende que la civilización puede provenir de un aumento de bienestar y de abluciones más frecuentes; pero que el alfabeto y las cifras no pueden hacer nada.

—Tanto mejor o tanto peor para mí si estoy de acuerdo con Spencer; pero crea usted que no serán nunca las escuelas las que civilizarán a nuestro pueblo. Lo que necesita el pueblo es un sistema económico en que aumente su riqueza, tenga más tiempo libre y entonces ya vendrán las escuelas.

—Sin embargo, ya ve usted que la instrucción comienza a ser obligatoria en toda Europa.

—Pero ¿cómo se entiende usted con Spencer sobre este capítulo?

—La historia de la campesina es excelente —replicó Sviyazhski con cierta turbación—. ¿Es usted verdaderamente quien la oyó!

Ya sabía Lievin que no iba a encontrar ninguna relación entre el estilo de vida de

su amigo y sus pensamientos. Lo que le agradaba a aquel hombre... le importaba poco. Se llevaba un disgusto cuando el razonamiento lo conducía a un callejón sin salida, por tanto evitaba las conversaciones de ese tipo y cambiaba inmediatamente del tema por algo más agradable y ligero.

Aquel día había perturbado mucho a Lievin. Sviyazhski y sus inconsecuencias, el viejo propietario, que a pesar de sus ideas justas injusto en su rencor hacía una clase de la población, tal vez la mejor clase de gente en Rusia; disconformidad con sus propias actividades y esperanzas remotas de encontrar un remedio, todo eso se mezclaba y se reproducía en una especie de inquietud interna y espera de una pronta resolución. Se acostó y pasó una parte de la noche sin dormir, acosado por las reflexiones del anciano; nuevas ideas y proyectos de reforma germinaban en su espíritu, y resolvió marchar al día siguiente para poner por obra sus planes lo más pronto posible. Por otra parte, el recuerdo de la cuñada y su vestido escotado lo torturaba, y era mejor marchar, desde luego, para arreglarse con los campesinos antes de la sementera de otoño, a fin de reformar su sistema administrativo, basándole en una asociación entre el amo y los trabajadores.



## XXIX

**E**L nuevo plan de Lievin ofrecía dificultades que a este no se ocultaban; pero persistió, aun reconociendo que los resultados obtenidos no eran proporcionados a sus esfuerzos. Uno de los principales obstáculos con que tropezó fue la imposibilidad de interrumpir en medio de su marcha una explotación ya organizada, reconocía la necesidad de hacer sus reformas poco a poco.

Al entrar en su casa, por la noche, Lievin mandó llamar a su intendente y le expuso sus nuevos proyectos, que fueron acogidos con la mayor satisfacción, porque probaban que lo hecho hasta entonces era absurdo e improductivo. El intendente aseguró que lo había indicado así sin que se le escuchara; pero cuando Lievin habló de una asociación con los campesinos, el buen hombre tomó una expresión melancólica y habló de la necesidad de fomentar cuanto antes las segundas labores, alegando que la hora no era propicia para largas discusiones. Lievin comprendió que todos los trabajadores estaban en demasía ocupados para tener tiempo de comprender sus planes.

El que pareció conformarse mejor con las ideas del amo fue el pastor Iván, un campesino ingenuo a quien Lievin propuso tomar parte como asociado en la explotación de la lechería; pero mientras lo escuchaba, Iván manifestó inquietud y descontento, y se entregó a varias ocupaciones, como si no pudiera retardalas y no tuviera tiempo de pensar.

El principal obstáculo con que Lievin tropezó fue el escepticismo arraigado de los aldeanos, los cuales no podían admitir que el propietario no tratase de explotarlos; ningún razonamiento bastó para hacerles desechar la idea de que el objeto del amo permanecía oculto.

Lievin se acordó del propietario viejo cuando sus trabajadores pusieron por condición primera, en los nuevos planes, que no se los obligaría nunca a usar instrumentos perfeccionados, y que no entrarían para nada en los procedimientos introducidos por el dueño. Sin desconocer sus ventajas, alegaron mil razones para no ponerlos en práctica; y Lievin hubo de renunciar a innovaciones evidentemente beneficiosas, consintiendo en que desde el otoño solo se adoptasen algunas de sus reformas.

Al principio, Lievin pensaba entregar sus tierras a los campesinos, a los jornaleros y al intendente en nuevas condiciones, pero pronto se convenció de que aquello era imposible. Los establos, el jardín, la huerta, todo debía ir por separado. Iván el pastor, junto con su familia, se encargó del ganado. Del campo lejano se ocupó Fiódor Rezunov, un carpintero inteligente, con otras seis familias campesinas sobre nuevas bases, y el campesino Shuráiev arrendó, en las mismas condiciones, las huertas.

La verdad es que con estas innovaciones nada mejoró. Veía en todos los

campesinos una ciega resistencia y desconfianza. Escuchaban su voz, no sus palabras. Sus miradas reflejaban su convencimiento de que no se iban a dejar engañar. Sin embargo, Lievin estaba seguro de poder convencerlos de las ventajas que representaban sus innovaciones.

Hacia fines de agosto, Dolli envió la silla, y Lievin supo por el mensajero que la llevó que los Oblonski habían vuelto a Moscú. El recuerdo de su grosería de no haber respondido a la carta de Dolli lo hizo sonrojarse, sabía que con ello quemó sus naves y nunca podría volver a verlas; y su conducta con los Sviyazhski no había sido mejor, ya que se fue sin despedirse; le daba igual, porque tampoco los iba volver a ver, pero tenía la imaginación demasiado ocupada para entregarse al remordimiento. Sus lecturas lo absorbían; tenía los libros que le prestara Sviyazhski y otros que envió a buscar. Mill, el primero que estudió, le interesó sin ofrecerle nada aplicable a la situación agraria de Rusia; y el socialismo moderno no le satisfizo tampoco: o se trataba de bellas fantasías, totalmente irrealizables, o arreglos y remedios para la situación en Europa y que nada tenían que ver con la Rusia agraria. La economía política afirmaba que las leyes, de acuerdo con las cuales se había desarrollado y seguía desarrollándose la riqueza de Europa, eran leyes generales y obligatorias. El socialismo afirmaba que el desarrollo de acuerdo con estas leyes llevaba a la muerte. Pero ni una cosa ni la otra proporcionaban la respuesta a la pregunta de qué debía hacer Lievin y todos los campesinos rusos y los propietarios con sus millones de manos y *desiatinas* para elevar su rendimiento y conseguir el bienestar general.

Lievin leyó concienzudamente todo lo relacionado con sus estudios, y decidió marchar en otoño al extranjero para estudiar todo sobre el terreno, para que no le volviera a repetir lo que le ocurría siempre. En cuanto comenzaba a exponer su punto de vista, le respondían: «Perdone, ¿y Kauffman, y Jones, y Dubois? Usted no ha leído sus obras. Léalas. Ellos han estudiado el problema».

Veía claramente que ni Kauffman ni Dubois le podían ayudar. Lievin sabía lo que quería. Veía que Rusia disponía de excelentes tierras y de excelentes trabajadores y que, en algunos casos, los trabajadores y la tierra rendían mucho y que en otros, cuando el capital se invertía a la europea, rendían poco. Y que aquello ocurría porque los jornaleros desean trabajar y trabajan bien con sus métodos, y que aquella oposición no era casual, sino permanente y que tenía sus raíces en el espíritu del pueblo. Pensaba que el pueblo ruso, que tenía vocación para poblar y trabajar enormes espacios no ocupados, se atenía conscientemente a unos métodos determinados y que aquellos métodos no eran malos como se decía. Y Lievin quería demostrarlo teóricamente en su libro y prácticamente en sus fincas.

A finales de septiembre se preparó la madera para construir nuevos establos, se vendió la mantequilla y se repartieron los beneficios. En la práctica todo marchaba bien, al menos eso creía Lievin. Para demostrarlo teóricamente y terminar su obra que, según soñaba Lievin, debía no solo suponer una revolución en la economía política, sino acabar con esta ciencia y crear las bases de una nueva ciencia que estudiara la actitud del pueblo respecto a la tierra, era preciso efectuar un viaje al extranjero y estudiar todo el problema allí, lo que se había hecho en aquel aspecto y encontrar pruebas convincentes de que todo lo hecho era erróneo. Solo esperaba vender el trigo para cobrar y marcharse. Pero empezaron las lluvias torrenciales, que lo obligaron a permanecer en su casa. Una parte de la cosecha y todas las patatas no se pudieron almacenar; dos molinos fueron arrastrados por las aguas y los caminos quedaron impracticables. Por fin, el 30 de septiembre apareció el sol, y Lievin, esperando un cambio de tiempo, envió a su intendente a casa del corredor para negociar la venta del trigo. Por su parte, resolvió girar la última visita de inspección, y volvió por la noche, calado hasta los huesos, a pesar de sus botas y su impermeable; pero de muy buen humor, pues había hablado con varios campesinos que aprobaron sus planes, habiéndose brindado un anciano guarda a formar parte de alguna de las nuevas asociaciones.

«Solo se trata de perseverar —pensó—, y mi trabajo no habrá sido inútil; no procurando solo por mí pues lo que intento puede tener considerable influencia en la condición del pueblo. En vez de la miseria tendremos el bienestar, y a la sorda hostilidad sucederá la armonía, y todos los intereses serán solidarios. ¿Qué importa que el autor de esta revolución, sin efusión de sangre, sea Konstantín Lievin, aquel que, vestido de etiqueta, fue desairado por la señorita Scherbátskaia, aquel que se consideraba insignificante y digno de lastima y no confiaba en sí mismo? Eso no quiere decir nada. Seguramente, hasta Franklin tenía sus momentos de duda, cuando se sentía poca cosa y no confiaba en sí mismo. Eso no significa nada. Quizá tenía a alguien de confianza a su lado, como yo a Agafia Mijáilovna, con quien compartía sus planes.»

Cuando Lievin entró en su casa ya había cerrado la noche. El intendente se presentó con alguna cantidad a cuenta sobre el importe del trigo, y después de oírle, Lievin se instaló en su sillón para tomar té y entregarse a sus meditaciones sobre el viaje proyectado. Su espíritu estaba lúcido y sus ideas se traducían en frases que expresaban la esencia de su pensamiento. Quiso aprovechar esta disposición favorable para escribir; pero como le esperaban algunos campesinos en el recibimiento, fue preciso verlos a fin de darles instrucciones para el día siguiente. Cuando los hubo despedido, Lievin entró en su despacho y comenzó a trabajar;

Agafia Mijáilovna, con su calceta, ocupó el asiento de costumbre.

Después de escribir algún tiempo, Lievin se levantó y comenzó a pasear por la habitación; el recuerdo de Kiti y de su negativa lo acosaba vivamente.

—Hace usted mal en preocuparse —le dijo Agafia Mijáilovna—. ¿Por qué permanece usted en casa? Mejor sería que se fuera a los países cálidos, ya que está resuelto.

—Pienso marchar pasado mañana, pero he de arreglar antes mis negocios.

—¿Qué negocios? ¿No ha dado usted ya bastante a los campesinos? Por eso dicen «que el señor espera, sin duda, una gracia del emperador». ¿Por qué ha de ocuparse usted de ellos?

—No pienso en ellos, sino en mí mismo.

Agafia Mijaílovna conocía en detalle todos los proyectos de su amo, porque se los había explicado ya, disputando a veces con ella; pero en aquel momento dio a sus palabras un sentido muy diferente del que tenían.

—Seguramente se debe pensar en el alma —repuso, suspirando—; Dios nos haga a todos la gracia de morir como el bueno de Parmión Denísych, que aunque ignorante, entregó su alma bien confesado y administrado.

—Yo no hablo de eso —replicó Lievin—; lo que yo hago es por mi propio interés, y si los campesinos trabajan bien, ganaré.

—Por más que haga usted, el perezoso será siempre un gandul, y el que tenga conciencia trabajará. Usted no puede cambiar esto.

—Sin embargo, usted misma cree que Iván cuida mejor las vacas.

—Lo que yo digo y lo que sé —repuso la anciana, siguiendo evidentemente una idea fija, nada nueva— es que usted debe casarse, he aquí lo que necesita.

Esta observación, relacionándose con los campesinos, que le dominaba, resintió a Lievin, y frunciendo el entrecejo volvió a sentarse para trabajar.

Poco después llamó su atención un sonido de campanillas y el sordo rumor de un coche.

—Ya viene una visita, y no estará usted aburrido —dijo Agafia Mijaílovna dirigiéndose hacia la puerta; pero Lievin se adelantó, comprendiendo que ya no podría trabajar y satisfecho de que llegase alguien.

## XXXI

**A**L bajar la escalera, Lievin oyó una tos conocida; alguien entraba en el vestíbulo, pero el ruido de los pasos le impidió oír claramente, y esperó un momento haberse engañado, aun al ver a un individuo de elevada estatura que, tosiendo con fuerza, se despojaba de sus pieles. Aunque amaba a su hermano, no podía tolerar la idea de vivir con él; y bajo la impresión de los campesinos despertada en su alma por Agafia Mijaílovna, hubiera deseado un visitante alegre que le distrajera de sus preocupaciones. Su hermano, conociéndolo a fondo, lo obligaría a confesar sus secretos íntimos, que era lo que más temía.

Arrepintiéndose de sus malos sentimientos, Lievin corrió al vestíbulo, y cuando reconoció a su hermano desfallecido y semejante a un esqueleto; solo experimentó una profunda compasión. Nikolái trataba de quitarse la bufanda que rodeaba su flaco cuello, y sus labios se entreabrieron con una extraña y dolorosa sonrisa. Konstantín sintió que se le oprimía el corazón.

—¡Vamos, ya he podido llegar hasta ti! —dijo Nikolái con sorda voz, sin apartar la vista de su hermano—. Hace mucho tiempo deseaba venir, pero me faltaban las fuerzas. Ahora estoy mucho mejor.

—Sí, Sí —contestó Lievin, tocando con sus labios el rostro seco y demacrado de su hermano, mientras observaba con inquietud el singular brillo de sus ojos.

Konstantín le había escrito algunas semanas antes, diciéndole que, realizada la pequeña parte de su escasa fortuna común, tenía a su disposición dos mil rublos. Este dinero era el que Nikolái iba a buscar, y también deseaba ver otra vez la antigua casa paterna, tomando fuerzas en el país natal, como los héroes de los tiempos antiguos. A pesar de estar encorvado y de su espantosa flacura, sus movimientos eran todavía bruscos. Lievin lo condujo a su gabinete.

Nikolái se vistió con cuidado, lo cual no hacía nunca antes; peinó sus escasos y rígidos cabellos y subió sonriendo. Estaba de buen humor, y se mostraba cariñoso, tal como era en su infancia, y hasta habló de Serguiei Ivánovich sin amargura. Al ver a Agafia Mijaílovna, se chanceó con ella, y la interrogó sobre los antiguos servidores de la casa: la muerte de Parfión Denísyh pareció impresionarlo vivamente, y en su rostro se pintó una expresión de espanto, pero se repuso muy pronto.

—Era muy viejo —dijo; y cambiando al punto de conversación, añadió—: Voy a permanecer aquí un mes o dos, y después iré a Moscú, donde Miagkov me ha prometido una colocación. Pienso cambiar de género de vida. Sabrás que me he separado de esa mujer.

—¿De Maria Nikoláievna? ¿Por qué?

—Era una mala mujer, que me ha dado muchos disgustos.

No confesaba que la había despedido porque hacía mal el té, y porque lo trataba

como enfermo.

—Sí, quiero cambiar de género de vida —repitió—; he cometido locuras, como todo el mundo; pero no me arrepiento de la última. Con tal que recobre las fuerzas, todo irá bien.

Lievin escuchaba, buscando una contestación que no podía encontrar. Nikolái lo interrogó sobre sus asuntos, y Konstantín, satisfecho de poder hablar sin disimulo, le habló de sus planes de reforma, sin que su hermano manifestara el menor interés. Aquellos dos hombres se conocían tan bien, que se adivinaban nada más que por el sonido de la voz; el mismo pensamiento los ensombrecía en aquel instante y se anteponía a todo, la enfermedad de Nikolái y su próxima muerte. Ni uno ni otro osaban hacer la menor alusión sobre este punto, y lo que decían no expresaba en manera alguna sus ideas.

Jamás Lievin vio llegar con tanta satisfacción la hora de acostarse; nunca se había mostrado tan falso, ni sentido tanto malestar. Mientras que su corazón se oprimía al ver a su hermano moribundo, era preciso sostener con él una conversación engañosa sobre la vida que Nikolái pensaba llevar.

Como en la casa solo había una habitación caldeada, Lievin, para evitar toda humedad a su hermano, ofrecióle compartir con él la suya.

Nikolái se acostó; durmió como un enfermo, revolviéndose a cada instante en su cama; y Konstantín lo oyó respirar, murmurando: «¡Oh Dios mío!». Algunas veces, no pudiendo escupir, se enojaba, y decía: «¡Vaya al diablo!». Konstantín lo escuchó largo tiempo sin poder dormir, pues lo dominaban pensamientos que lo conducían siempre a la idea de la muerte.

Era la primera vez que esta idea lo acosaba así, y la despertaba aquel hermano querido que, agitado en su lecho, invocaba indistintamente a Dios y al diablo. Pero la muerte inevitable vendría también para él, si no aquel mismo día, al siguiente o dentro de treinta años. ¡Qué importaba el momento! ¿Cómo no había pensado en esto jamás?

«¡Trabajo —pensó—, persisto en conseguir un objeto, y olvido que todo acaba y que la muerte está cerca de mí!»

Recogido en su lecho en la oscuridad, tal era la tensión de su espíritu, que retenía la respiración. Cuanto más pensaba, más claramente veía que en su concepción de la vida solo había omitido este ligero detalle, la muerte, que venía inexorable a poner fin a todo, sin que nada pudiera impedirlo. ¡Era terrible!

«Pero aún vivo —pensó—. ¿Qué haré ahora?» Y cogiendo una bujía se levantó muy despacio, se acercó al espejo y examinó su rostro y su cabello; en las sienes vio ya algunos hilos plateados; sus dientes empezaban a malearse; pero, en cambio, sus brazos se conservaban musculosos y llenos de fuerza. El pobre Nikolái, por el contrario, respiraba penosamente con el escaso pulmón que le había quedado, aunque

también tuvo en otro tiempo un cuerpo vigoroso. De repente se acordó como de niños se acostaban juntos y solo esperaban a que saliera Fiódor Bogdánych, el criado, para montar una guerra de almohadas y reírse, reírse a carcajadas sin parar; y el miedo a Fiódor Bogdánych no podía con esa conciencia de la felicidad de vivir que se desbordaba de ellos y que crecía como la espuma. «¡He ahí a mi pobre hermano — pensó— con su pecho hueco y convertido en un esqueleto viviente! Ante este espectáculo, me pregunto yo lo que será de mí, y no sé nada, nada.»

—¿Qué diablos haces ahí, y por qué no duermes? —preguntó la voz de Nikolái.

—No sé nada; es un insomnio.

—Yo he dormido bien, y no sudo; ven a tocarme y lo verás.

Lievin obedeció, y después se acostó de nuevo, apagando la bujía; pero, en vez de dormir, siguió reflexionando.

«Sí —se dijo—, morirá en primavera. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarlo? ¿Qué puedo decirle?» Hasta había olvidado que era preciso morir.

## XXXII

LIEVIN había observado a menudo hasta qué punto la cortesía y la excesiva humildad de ciertas personas se transforman súbitamente en exigencias y malas intenciones, y preveía que la dulzura de su hermano no duraría largo tiempo. En efecto, Nikolái se irritaba por las menores cosas, y se complacía en zaherir a su hermano en sus puntos más sensibles.

Konstantín se sentía culpable; mas no podía expresar abiertamente su pensamiento. Si aquellos dos hermanos hubiesen sido sinceros, se hubieran mirado de frente, y Konstantín habría repetido siempre: «¡Vas a morir, vas a morir!». A lo que Nikolái hubiera contestado: «Ya lo sé, y tengo un miedo terrible». Tal era posible, y Konstantín intentaba lo que siempre hacía sin resultado: hablar de asuntos indiferentes. Nikolái adivinaba su pensamiento, se irritaba y pesaba cada una de sus palabras.

Al día siguiente, Nikolái quiso tocar la cuestión de las reformas de su hermano, a quien criticó y censuró por sus principios sobre el comunismo.

—Tú has tomado las ideas de otro —le dijo— para desfigurarlas y aplicarlas aquí donde no son aplicables.

—Yo no quiero —repuso Lievin— copiar al comunismo, que niega el derecho a la propiedad, al capital y a la herencia; y estoy lejos de negar estimulantes de tal importancia. Solo trato de regularizar.

—En una palabra, tú tomas una idea extraña, le quitas su fuerza y quieres hacerla pasar por nueva —repuso Nikolái, estirándose la corbata.

—Pero puesto que mis ideas no tienen relación alguna con...

—Esas doctrinas —continuó Nikolái, sonriendo irónicamente y con expresión irritada— tienen al menos el atractivo, que yo llamaré geométrico, de ser claras y lógicas. Son tal vez utópicas, pero compréndase que se pueda producir una nueva forma de trabajo si se consigue prescindir del pasado, si no hubiese ya propiedad ni familia; pero tú no admites esto.

—¿Por qué confundes siempre? Yo no he sido nunca comunista.

—Pues yo sí, y me parece que si el comunismo es prematuro, tiene porvenir y lógica, como el cristianismo de los primeros siglos.

—Y yo creo que el trabajo es una fuerza elemental, que es preciso estudiar desde el mismo punto de vista de una ciencia natural, de la que es necesario reconocer las propiedades y...

—Es del todo inútil; es fuerza obrar de por sí, y según el grado de civilización toma formas diferentes. En todas partes ha habido esclavos, y después labradores y obreros libres. ¿Qué más buscas?

Lievin se excitó al oír estas últimas palabras, tanto más cuanto que creía que su



hermano tuviese razón al censurarlo por querer descubrir un término medio entre las formas de trabajo existentes y el comunismo.

—Bueno —dijo, animándose—, una forma de trabajo que aproveche a todos, lo mismo a mí que a los obreros.

—No, tú has buscado la originalidad toda tu vida, y ahora quieres probar que no explotas a tu gente, sino que introduces principios.

—Puesto que lo comprendes así, dejemos este asunto —contestó Lievin, que sentía ya estremecerse el músculo de su mejilla derecha.

—Tú no has tenido jamás convicciones; tú no tratas más que de lisonjear tu amor propio.

—Está bien; pero ahora déjame en paz.

—Ciertamente que te dejaré en paz; ya debía haberlo hecho. ¡Que el diablo te lleve! Solo siento haber venido.

Lievin trató en vano de calmar a Nikolái; pero este no quiso escuchar nada, y persistió en decir que era mejor separarse: mientras Konstantín hubo de confesarse que la vida en común no era posible. Sin embargo, fue a buscar a Nikolái cuando este se preparaba a marchar, para ofrecerle sus excusas, no sin alguna violencia, rogándole que lo dispensase si le había ofendido.

—¡Ah, ah! —exclamó Nikolái, sonriendo—. ¡Ahora te las echas de magnánimo! Si te atormenta la necesidad de tener razón, supongamos que estás en lo cierto, pero de todos modos me marchó.

En el último instante, sin embargo, Nikolái miró a Konstantín con expresión grave y le dijo:

—¡Kostia, no me guardes rencor! —y su voz tembló.

Estas fueron las únicas palabras sinceras cambiadas entre los dos hermanos. Lievin comprendió que significaban: «¡Tú lo ves, tú lo sabes; me voy, y tal vez no volvamos a vernos jamás!». Las lágrimas corrieron de sus ojos; abrazó otra vez a su hermano, y no pudo decirle nada.

Dos días después, Lievin marchó también. En la estación encontró al joven Scherbatski, primo de Kiti, que extrañó su tristeza.

—¿Qué tienes? —preguntó el joven.

—Nada; hay tan pocas cosas alegres en la vida.

—¿Qué no es alegre? Ven a París conmigo, en vez de irte a un punto como Mulhouse, y ya verás si la existencia es divertida.

—No, para mí ya ha concluido todo; ya es hora de morir.

—¡Vaya una ocurrencia! —exclamó Scherbatski, riendo—. Pues yo me preparo a comenzar la vida.

—Yo pensaba lo mismo hace poco tiempo; pero ahora sé que moriré pronto.

Lievin decía lo que pensaba, sin ver ante sí más que la muerte, lo cual no le

impedía interesarse en sus proyectos de reforma, porque era preciso ocupar su vida hasta el fin o le parecía tinieblas, pero sus proyectos le servían de hilo conductor, al que se acogía con todas sus fuerzas.

# Cuarta Parte

## I

Los Karenin continuaron viviendo bajo el mismo techo, viéndose diariamente, pero mostrándose completamente extraños uno al otro. Alexiúi Alexándrovich se imponía como un deber evitar los comentarios de los criados, para lo cual veía todos los días a su esposa, pero rara vez comía en casa. En cuanto a Vronski, no aparecía por allí; Anna iba a verlo fuera, y su esposo lo sabía.

Los tres se resentían de una situación que hubiera sido intolerable si cada uno de ellos no la hubiese juzgado transitoria. Alexiúi Alexándrovich esperaba que aquella pasión se extinguiera, como todo en este mundo, antes que su honor se manchara ostensiblemente. Sobre Anna, de quien dependía esa situación, pesaban las consecuencias de una manera más dolorosa; aceptaba su posición, porque tenía la seguridad de que la situación iba a resolverse rápidamente. También Vronski había acabado por creer lo mismo.

Hacia mediados del invierno, el conde pasó una semana aburrida, pues le encargaron que acompañase a un príncipe extranjero para que viese los sitios emblemáticos de San Petersburgo. Este honor se debía a que Vronski tenía buena presencia, dominaba el arte de mantener la compostura digna y respetuosa y tenía costumbre de tratar con personajes de alta clase. El príncipe quería hallarse en estado de contestar a cuantas preguntas se le dirigieran al regresar de su viaje, y aprovecharse de todas las diversiones esencialmente rusas. Era preciso, por tanto, recorrer la ciudad por la mañana y divertirlo por la tarde. Ahora bien: nuestro personaje gozaba de una salud excepcional incluso entre los príncipes, y gracias a los ejercicios y minuciosos cuidados higiénicos, había llegado a tal fuerza que, aunque se pasase a veces con los placeres de la vida, parecía siempre un pepino holandés, grande, verde y brillante. Había viajado mucho, y consideraba la facilidad de las comunicaciones modernas como una ventaja preciosa para poder divertirse de diversas maneras. En España había participado en serenatas y tuvo una relación con una española que tocaba la mandolina; en Suiza había cazado gamuzas; en Inglaterra se entretuvo en saltar los vallados como un jockey, haciendo una vez la apuesta de matar doscientos faisanes; en Turquía penetró en un harén; en la India se paseó en elefantes, y ahora quería conocer los placeres de Rusia.

Vronski, en su calidad de maestro de ceremonias, organizó, no sin dificultad, el programa de las diversiones: el príncipe comenzó por probar los *bliny*<sup>[40]</sup>, asistió a las carreras de trotones, a la caza del oso, a las expediciones en trineo y a las fiestas con los gitanos que generalmente terminaban rompiendo los platos y las copas. El príncipe se familiarizaba con estas diversiones sin dificultad alguna, y se extrañaba, después de haber tenido a una gitana sentada en sus rodillas y de romper cuanto se le venía a la mano, que el brío ruso no pasara de ahí. A decir verdad, las actrices francesas, las bailarinas y el champaña fue lo que más le divirtió.

El conde conocía a los príncipes en general; pero bien fuese porque había cambiado en los últimos tiempos o porque la intimidad de aquel a quien debía divertir fuese particularmente penosa, la semana le pareció cruel; experimentó la impresión de un hombre encargado de cuidar de un loco peligroso, que temiera a su enfermo, y que fuese a perder la razón. Vronski sentía constantemente la necesidad de mantener aquella manera formal y respetuosa para no mostrarse ofendido. Vronski se llevó una sorpresa al ver que a aquellos, quienes se dejaban la piel para que el príncipe se divirtiese y disfrutase, los trataba con desprecio absoluto. A pesar de su reserva oficial, se sonrojaba de cólera más de una vez al escuchar las reflexiones del príncipe sobre las mujeres rusas que se dignaba estudiar. Lo que más irritaba a Vronski en aquel personaje era reconocer en él como un reflejo de su propia individualidad y este espejo no tenía nada de lisonjero; la imagen que veía era la de un hombre de buena salud, muy remilgado, necio, satisfecho de su persona, de trato siempre igual con sus superiores, sencillo y bonachón con sus iguales, fríamente benévolo con sus inferiores y conservando siempre la desenvoltura y modales de un caballero. Vronski se reconocía en esto, pero como su categoría era inferior a la del príncipe, la expresión desdeñosa de este lo exasperaba. «¡Qué personaje! —se decía—. ¿Será posible que yo me semeje a él?» Al finalizar la primera semana experimentó un gran alivio: el príncipe emprendía un viaje a Moscú. Lo acompañó a la estación del ferrocarril, tras regresar de una cacería nocturna de osos, donde se puso a prueba la audacia rusa. El príncipe le expresó su agradecimiento y Vronski se sintió feliz de librarse de tan enojoso espejo.

## II

**A**L volver a su casa, Vronski encontró un billete de Anna, escrito en estos términos:

*Estoy indispuesta y soy desgraciada; no puedo salir ni tampoco pasar más tiempo sin verte. Ven esta noche; Alexiéi estará en una reunión del consejo, de siete a diez.*

Esta invitación, hecha a pesar de la prohibición terminante del marido, le pareció extraña; pero, finalmente, resolvió ir a ver a su amante.

Desde principio de invierno, Vronski era coronel; entonces abandonó el regimiento y quiso vivir solo. Cuando hubo acabado de almorzar, se recostó en el diván, y el recuerdo de las escenas de la víspera se relacionó de una manera singular en su espíritu con el de Anna y el de un campesino que acertó a encontrar en la cacería; al fin se durmió, y, al despertar, vio que ya era de noche, por lo cual encendió una bujía, dominado por una impresión de terror que no podía explicarse. «¿Qué me ha sucedido? —se preguntó—. ¿Qué he visto yo de terrible en sueños? Sí, sí, el campesino, un hombrecillo sucio y de espesa barba; tenía el cuerpo inclinado hacia no sé qué, pronunciando en francés palabras extrañas. No he soñado otra cosa, ni me explico mi espanto.» No obstante, al acordarse del campesino y de sus palabras incomprensibles, se estremeció de pies a cabeza. «¡Qué locura!», pensó. Y sacando su reloj para mirar la hora vio que eran las ocho y media; llamó a su criado, se vistió rápidamente, salió, y olvidó completamente su sueño preocupado de su retraso.

Al acercarse a casa de Karenin, miró de nuevo su reloj, eran las nueve menos diez. A la puerta vio un coche tirado por dos caballos grises; era el coche de Anna.

«Sin duda quiere ir a verme —se dijo—; más vale así, porque aborrezco esta casa; pero no quiero que se crea que me oculto.» Y con la sangre fría de un hombre acostumbrado desde la infancia a no inquietarse por nada, saltó de su trineo y se introdujo en el zaguán. La puerta se abrió y el portero hizo avanzar el coche. Por poco observador que fuese Vronski, la expresión de asombro del portero llamó su atención, pero siguió avanzando, y fue a tropezar casi con Alexiéi Alexándrovich. La luz de un mechero de gas que había a la entrada del vestíbulo iluminó de lleno su rostro pálido, de expresión fatigada; llevaba sombrero negro y su corbata blanca resaltaba bajo el cuello de pieles. La mirada lúgubre de Karenin se fijó en Vronski; este saludó, y Alexiéi, oprimiendo los labios, acercó la mano a su sombrero y siguió adelante. Vronski lo vio subir al coche sin volver la cabeza, tomar por la portezuela el abrigo y los gemelos que le daba el portero y desaparecer.

«¡Qué situación! —pensó Vronski, entrando en la antecámara con los ojos brillantes de cólera—. Si quisiera, al menos, defender su honor, podría obrar, traducir

mis sentimientos de un modo cualquiera; pero esa debilidad, esa cobardía... Parece que vengo a engañarlo, y yo no quiero esto.»

Desde la explicación que tuvo con Anna en el jardín Wrede las ideas de Vronski habían cambiado mucho; renunciando a sueños de ambición incompatibles con su posición irregular, y no creyendo ya en la posibilidad de un rompimiento, se había dejado dominar por las debilidades de su amante y por los sentimientos que esta le inspiraba. En cuanto a la señora de Karenin, después de entregarse, nada esperaba del porvenir, como no fuere por parte de Vronski. Al franquear la antecámara, el conde oyó pasos que se alejaban, y comprendió que Anna volvía al salón, después de estar acechando el momento de su llegada.

—No —exclamó al verlo entrar—, esto no puede seguir así.

Y al oír su propia voz, se le llenaron sus ojos de lágrimas.

—¿Qué ocurre, amiga mía?

—Que estoy esperando hace ya dos horas; pero no, no quiero disputar; si no has venido será porque algo te lo impedía. ¡No te reñiré más!

Y apoyando ambas manos en sus hombros, fijó en él una mirada profunda y cariñosa, casi interrogadora; lo miraba como para desquitarse del tiempo que había pasado sin verlo, comparando, como siempre, la impresión del momento con los recuerdos que de él conservaba, y reconociendo, como siempre, que la imaginación predominaba sobre la realidad.

### III

¿HAS encontrado a Alexiái? —preguntó Anna cuando estuvieron sentados junto a la mesa del salón—. Ese es el castigo por haber venido tan tarde.

—¿Por qué estaba aquí? ¿No debía estar en el consejo?

—Se había ido, pero volvió poco después. Esto no es nada; no hablemos de ello. Dime dónde has estado con el príncipe.

Anna sabía los menores detalles de la vida de Vronski.

El conde quiso contestar que no habiendo dormido toda la noche, lo sorprendió al fin el sueño estando sentado; mas al ver aquel rostro que expresaba la ternura y la dicha, le pareció la confesión penosa, y se excusó diciendo que le había sido forzoso presentar su informe después de la marcha del príncipe.

—¿Conque se ha marchado, por fin?

—Sí, a Dios gracias; no te puedes figurar hasta qué punto me ha sido insoportable esta semana.

—¿Por qué? ¿No has hecho todo lo que soléis hacer los jóvenes? —replicó Anna, sin mirar a Vronski, frunciendo el entrecejo y cogiendo la labor que estaba sobre la mesa.

—He renunciado a esa vida libre hace largo tiempo —repuso, tratando de adivinar la causa de la súbita transformación de aquel bello semblante—. Confieso —añadió, sonriendo y enseñando sus blancos dientes— que me ha sido altamente desagradable volver a ver ese género de vida, como si se reflejase en un espejo.

Anna contestó con una mirada poco benévola, mientras sostenía la labor entre las manos.

—Liza ha venido a verme esta mañana... —dijo—. Aún visita la casa, a pesar de la condesa Lidia..., y me ha referido los detalles de vuestras noches de orgía. ¡Qué horror!

—Quería decir...

—¿Esa Thérèse era la que conocías antes?

—Quería decir...

—¡Qué odiosos sois todos los hombres! ¿Cómo podéis suponer que una mujer olvida? —añadió, animándose cada vez más, y descubriendo así la causa de su irritación—. Y sobre todo una mujer que, como yo, no puede saber de tu vida sino aquello que tengan a bien decirle. ¿Cómo averiguaría yo si no es verdad?

—¡Me estás ofendiendo! ¡Ya no crees en mí, Anna! ¿Te he ocultado yo jamás alguna cosa?

—Tienes razón, pero ¡si supieras cuánto sufro! —añadió, tratando de desechar sus temores celosos—. ¡Ah, te creo, te creo! ¿Qué ibas a decirme?

Vronski no pudo recordarlo. Los arranques de celos de Anna comenzaban a ser

frecuentes, y por mucho que hiciese para disimular, aquellas escenas, aunque eran pruebas de amor, enfriaban su cariño. Muchas veces se había repetido que la felicidad no existía para él sino en aquel amor; y ahora, comprendiendo que era apasionadamente amado, tanto como puede serlo un hombre a quien una mujer lo sacrifica todo, le parecía que la dicha estaba más lejana de él que al salir de Moscú. Entonces se consideraba desgraciado, pero la felicidad estaba por delante. Mientras que ahora se daba cuenta de que la mejor dicha ya había pasado. Anna ya no era como en los primeros tiempos; se había estropeado tanto en el aspecto físico como moral. Estaba más gruesa, y su rostro, mientras hablaba de la actriz, adquirió una expresión desagradable, que deformó sus facciones. La miraba como mira el hombre una flor que ha arrancado, que la ve marchita y le cuesta reconocer la belleza que ha arrancado y destruido. Y, sin embargo, comprendía que entonces, cuando el amor era más fuerte, lo hubiera podido arrancar de su corazón, mientras que ahora, cuando, como a él le parecía, ya no la quería, no podía romper aquellas relaciones.

—Vaya, veamos lo que tenías que decir sobre el príncipe —repuso Anna—; ya he expulsado al demonio —así clamaban ellos a sus mutuos accesos de celos—. Habías comenzado a referir alguna cosa. ¿Por qué te ha sido enojosa su permanencia aquí?

—Ha sido insoportable —replicó Vronski, tratando de reanudar el hilo de su pensamiento—. El príncipe no gana mucho con que se le vea de cerca; no podía compararlo sino a esos animales bien alimentados que merecen premio en las exposiciones —añadió con cierta expresión de enojo, que pareció interesar a Anna.

—Sin embargo —dijo esta—, es un hombre instruido, que ha viajado mucho.

—Pues diríase que no lo es sino para tener el derecho de despreciar la instrucción, como lo desprecia todo, excepto los placeres animales.

—Pero ¿no os agradan a todos esos placeres? —le reprochó Anna, mirándolo tristemente, lo cual llamó más aún la atención de su amante.

—¿Por qué lo defiendes así? —preguntó Vronski, sonriendo.

—Yo no lo defiendo, pues a mí me es indiferente, pero no puedo menos de creer que si esa existencia te hubiera desagradado tanto, habrías podido renunciar a ver a Teresa en traje de Eva.

—¡Ya vuelve el diablo! —dijo Vronski, atrayendo hacia sí una de las manos de Anna para besarla.

—¡No puedo remediarlo! No te imaginas lo que he sufrido esperándote. No creo ser celosa en el fondo; cuando estás aquí, te creo; pero si te hallas lejos, observando esa vida incomprensible para mí...

Anna se alejó un poco de Vronski y comenzó a trabajar febrilmente, formando con su ganchillo mallas de lana blanca que brillantaba el reflejo de la luz.

—Cuéntame cómo has encontrado a mi esposo —dijo de repente, con voz forzada.



—Hemos tropezado casi en la puerta.

—¿Y te ha saludado así? —y cerró los ojos a medias y cambió de tal modo la expresión de su fisonomía, que Vronski adivinó la caricatura del señor Karenin.

Esto lo hizo sonreír, y Anna dejó escapar una de esas carcajadas argentinas que constituían uno de sus encantos.

—No lo entiendo —dijo Vronski—; yo hubiera comprendido que después de vuestra explicación en el campo hubiese roto conmigo, provocándome a un duelo, y no sé cómo soportar esta crítica situación. Bien se ve que sufre.

—¡Sufrir él! —replicó Anna, y sonrió irónicamente—. Es demasiado feliz.

—Pues ¿por qué nos atormentamos cuando todo se podría arreglar?

—Eso no le conviene. ¡Oh! Yo conozco ese carácter, compuesto de mentiras. A menos de ser insensible, ¿quién podría vivir con una mujer culpable, como él vive conmigo, y hablarle como él me habla, tuteándome? —y se puso a imitar la manera de hablar de su esposo—. Te digo que no es un hombre —añadió—; es un muñeco. Si yo estuviera en su lugar, hace ya mucho tiempo que habría hecho pedazos a una mujer como yo, en vez de decirle: «Tú, mi querida Anna...». Vamos, eso no es un hombre; es una máquina ministerial; no comprende que ya no es nada para mí, que está de sobra. No, no hablemos de él.

—Eres injusta, querida mía —dijo Vronski, procurando calmarla—; pero dejémoslo y hablemos de ti, de tu salud. ¿Qué dice el doctor?

Anna miraba a su amante irónicamente, y hubiera querido seguir poniendo a su esposo en ridículo, pero Vronski añadió:

—Me has dicho que estabas indispuesta; sin duda consiste en tu estado. ¿Cuándo será el término?

La sonrisa burlona desapareció de los labios de Anna, y la sustituyó una expresión de tristeza.

—Muy pronto, muy pronto —contestó—. Tú dices que nuestra posición es terrible y que debemos salir de ella. ¡Si tú supieras lo que daría por poder amarte libremente! No te cansaré más con mis celos, pero muy pronto cambiará todo, y no como nosotros pensamos.

Anna se enternecía, y como sus lágrimas le impidiesen continuar, apoyó en el brazo de Vronski su blanca mano, cuyas sortijas brillaban a la luz de la lámpara.

—No será como nos lo imaginamos. No te lo quería decir, pero me hiciste hacerlo. Pronto, muy pronto se solucionará todo, entonces no sufriremos más y encontraremos por fin la tranquilidad.

—No comprendo —repuso Vronski, aunque comprendía demasiado bien.

—Tú me preguntas que cuándo será; yo te digo que muy pronto, y que no sobreviviré...; lo sé, lo sé con seguridad; voy a morir, y me alegro mucho de que así podáis quedar los dos libres de mí.

Las lágrimas de Anna se deslizaban por sus mejillas, mientras que Vronski besaba sus manos, procurando calmarla y ocultar su propia emoción.

—Vale más que así sea —continuó Anna, estrechándole vivamente la mano.

—¡Qué tonterías dices! —repuso Vronski, levantando la cabeza y recobrando ya su sangre fría—. ¡Qué absurdos!

—No, digo la verdad.

—¿Y qué es la verdad?

—Que moriré; lo he visto en sueños.

—¿En sueños?

Y Vronski recordó involuntariamente el campesino de su pesadilla.

—Sí, en sueños —continuó Anna—, ya hace mucho tiempo. Soñaba que había entrado corriendo en mi habitación para coger no sé qué; y buscaba como se busca en tales casos; entonces, en un ángulo de la estancia, vi algo en pie.

—¡Qué locura! ¿Cómo crees tú...?

Sin contestar a la pregunta, Anna prosiguió, porque le parecía el asunto demasiado importante.

—Aquella cosa se volvió y vi que era un aldeano, un hombrecillo sucio, con la barba desgredada; traté de huir, pero él se inclinó hacia un saco, en el cual se movía un objeto.

Anna hizo el ademán de aquel que busca una cosa en un saco; en las facciones de Anna se pintaba el terror, y este se comunicó a Vronski, al recordar su propio sueño.

—Y siempre buscando, hablaba muy deprisa, diciendo en francés: «Es preciso batir el hierro, triturarlo, amasarlo». Yo traté de despertar, pero persistía en mi sueño, preguntándome qué significaba lo que veía. Entonces alguien me dijo: «Morirá usted de sobrepeso, madrecita». Esto me despertó.

—Qué absurdos —exclamó Vronski, disimulando mal su emoción.

—No hablemos más de ello; llama para que sirvan el té, y no te vayas, que aún tenemos para mucho tiempo.

Pero al decir esto, se detuvo de pronto y la expresión de horror y de espanto desapareció de su semblante, reemplazándola otra de ternura y gravedad. Vronski no comprendió al principio nada de aquella transfiguración repentina: su amante acababa de sentir una vida nueva agitándose en su seno.

## IV

**D**ESPUÉS de su encuentro con Vronski, Alexiúi Alexándrovich se fue a la ópera italiana, según lo tenía pensado, vio dos actos, habló con las personas con las que deseaba cambiar impresiones, y por último regresó a casa. Sin detenerse se dirigió a su habitación, después de asegurarse de que no había ningún capote militar en el vestíbulo.

Contra su costumbre, en vez de acostarse, estuvo paseando de un lado a otro hasta las tres de la madrugada, pues la cólera lo tuvo despierto, porque no podía perdonar a su esposa el no haber cumplido la única condición que le impuso: la de no recibir al amante en su casa. Puesto que no había obedecido esta orden, debía castigarla, ejecutar su amenaza, pedir el divorcio y retirarle su hijo. Esto no era fácil de hacer, pero quería cumplir su palabra. La condesa Lidia le había indicado a menudo este medio como el mejor para poner fin a tan deplorable situación. El divorcio se estaba practicando tanto que Alexiúi Alexándrovich pensaba que no le resultaría difícil vencer el obstáculo de los formulismos. Una desgracia no viene nunca sola, y a esto había que unir la enojosa cuestión suscitada por él acerca de las minorías étnicas; por todo esto, hacía tiempo se hallaba en un estado de irritación continua. Pasó la noche sin dormir, pues su cólera iba en aumento, y poseído de verdadera exasperación, saltó de la cama, se vistió apresuradamente y se dirigió a la habitación de Anna, apenas comprendió que se había levantado. Temía perder la energía que necesitaba, y en cierto modo llevó cogida con ambas manos la copa de sus resentimientos para que no se desbordara.

Anna, que creía conocer a fondo a su marido, quedó sorprendida al verlo entrar con la frente sombría, los ojos fijos, aunque sin mirarla, y los labios contraídos por el desprecio. Entró sin darle siquiera los buenos días, dirigiéndose a su neceser, y abrió un cajón.

—¿Qué necesita usted? —preguntó Anna.

—Las cartas de su amante.

—No están aquí —contestó, cerrando el cajón.

Pero Karenin comprendió, por el movimiento de Anna, que no se había equivocado, y rechazando brutalmente la mano de su esposa, se apoderó de la cartera en que esta guardaba sus papeles importantes, a pesar de los esfuerzos que ella hacía para recobrarla.

—Siéntese usted —le dijo—, necesito hablarle.

Y colocó la cartera debajo del brazo, oprimiéndola con tal fuerza que su hombro se elevó.

Anna lo miró con asombro y espanto.

—¿No le he prohibido a usted —dijo— recibir aquí a su amante?

—Necesitaba verlo para...

Anna no encontró explicación plausible.

—No desciendo a esos detalles ni deseo saber por qué una mujer necesita ver a su amante.

—Deseaba tan solo... —repuso Anna, ruborizándose, y sintiendo que la grosería de su marido le devolvía la audacia—. ¿Es posible que no comprenda usted lo fácil que es ofenderme?

—No se ofende más que a las mujeres y a los hombres honrados; decir de un ladrón que es un ladrón no es más que *la constatation d'un fait*.

—He ahí un rasgo de crueldad que no le conocía.

—¡Ah! ¿Le parece a usted cruel un esposo que deja a su mujer en completa libertad, sin más condición que la de respetar las conveniencias? ¿Es crueldad eso?

—Es peor aún; es cobardía, ya que quiere usted saberlo —gritó Anna, arrebatada y levantándose para salir.

—No —gritó agudamente Karenin, obligándola a sentarse y oprimiéndole los brazos con sus dedos huesudos tan fuertemente que uno de los brazaletes de Anna le hizo una huella en la piel—. ¡Cobardía dice usted! Esto se ha de aplicar a la mujer que abandona a su esposo y a su hijo por su amante, y sigue comiendo el pan de su marido.

Anna inclinó la cabeza; aquellas palabras tan justas la anonadaban, y ya no se atrevió, como la víspera, a decir que su esposo estaba de sobra; lejos de ello, contestó con dulzura:

—No puede usted juzgar mi posición más severamente que lo hago yo; pero ¿por qué me dice usted eso?

—¿Por qué se lo digo? —replicó Alexiéi Alexándrovich, encendido en cólera—. Se lo digo para que sepa usted que, por no haber respetado mi voluntad; adoptaré las medidas necesarias para poner término a esta situación.

—Muy pronto acabará por sí sola —dijo Anna, con los ojos llenos de lágrimas, al pensar en aquella muerte que creía próxima y que deseaba ya.

—¡Más pronto de lo que usted y su amante se imaginan! ¡Ah! ¿Conque usted busca la satisfacción de las pasiones sensuales?...

—¡Alexiéi Alexándrovich! Es poco generoso y es conveniente herir al que está caído.

—¡Oh!, usted no piensa nunca más que en sí misma; los padecimientos de aquel que ha sido su esposo no le interesan. ¿Qué le importa a usted que se haya trastornado su vida y que sufra?...

Dominado por su emoción, Karenin hablaba tan deprisa que tartamudeaba, y esto pareció muy cómico a Anna, que se reprochó haberse mostrado sensible al ridículo en semejante momento; por primera vez, y durante un segundo, comprendió el

sufrimiento de su esposo y lo compadeció; pero ¿qué podía decir y hacer sino callarse y bajar la cabeza? Alexiéi Alexándrovich calló también, pero continuó después con voz severa, recalcando palabras que no tenían ninguna importancia especial:

—He venido a decirle...

Anna lo miró, y recordando su modo de hablar, se dijo: «No, ese hombre, tan poseído de sí mismo, no puede sentir nada, y yo he sido juguete de mi imaginación. No puedo cambiar nada», murmuró.

—He venido a decirle que salgo para Moscú, y que no volveré más a esta casa; ya tendrá usted conocimiento de mis resoluciones por el abogado que se encargue de los preliminares del divorcio; y en cuanto a mi hijo, irá a casa de mi hermana —añadió, recordando con esfuerzo lo que pensaba decir sobre este punto.

—¡Se lleva usted a Seriozha para hacerme padecer! —balbució Anna—. Usted no lo quiere, déjelo permanecer conmigo.

—Es verdad que la repulsión que usted me inspira alcanza también a mi hijo; a pesar de esto, permanecerá conmigo. Adiós.

Hizo ademán de salir, pero Anna lo retuvo.

—Alexiéi Alexándrovich déjeme usted a Seriozha; no le pido otra cosa; déjelo conmigo hasta después de mi alumbramiento...

El señor Karenin se sonrojó, rechazó el brazo que lo retenía y salió sin contestar.

## V

CUANDO Alexiúi Alexándrovich llegó a casa del abogado, la sala de espera estaba llena de gente. Se hallaban allí, esperando su turno, tres damas, una de ellas mayor, la otra joven y la tercera perteneciente, al parecer, a la clase de comerciantes; un banquero alemán que ostentaba en un dedo una enorme sortija, un mercader de lengua barba y un funcionario que lucía una condecoración; la espera había sido, evidentemente, larga para todos.

Dos auxiliares escribían, raspando el papel con sus plumas; como buen apasionado de la escritura, Alexiúi Alexándrovich no podía pasar por alto que las plumas eran estupendas; uno de ellos, descontento, volvió la cabeza hacia el recién venido, y le preguntó, guiñando los ojos, qué deseaba.

—Quisiera hablar al señor abogado.

—En este momento está ocupado —contestó secamente el auxiliar, señalando con su pluma a los que ya esperaban; y continuó escribiendo sin decir más.

—¿No podría disponer de un momento para recibirme? —preguntó Karenin.

—El señor abogado no tiene un instante libre; siempre está ocupado. Sírvase usted esperar.

—Hágame usted el favor de pasarle mi tarjeta —dijo Karenin con dignidad, viendo que era imposible guardar el incógnito.

El auxiliar tomó la tarjeta con expresión de descontento, la examinó y salió.

Alexiúi Alexándrovich aprobaba en principio la reforma judicial, pero criticaba ciertos detalles, en cuanto era capaz de criticar una institución sancionada por el poder supremo; en todas las cosas admitía el error como un mal inevitable, que se podía remediar en ciertos casos; pero la importancia que se daba a los abogados por dicha reforma había sido siempre objeto de su desaprobación, y el recibimiento que se le hacía acrecentaba sus prevenciones.

—Ahora vendrá el abogado —dijo el auxiliar, volviendo al poco tiempo.

Efectivamente, a los dos minutos se abrió la puerta y apareció el abogado, precedido de un jurisconsulto viejo y flaco.

El abogado era un hombrecillo calvo, fornido, de barba negra con matices rojos; tenía la frente combada y espesas cejas; el traje, la corbata, la gruesa cadena del reloj y las puntas de las botinas acharoladas formaban un conjunto pretencioso y de mal gusto; su rostro, aunque de expresión inteligente, era vulgar.

—Sírvase usted entrar —dijo, volviéndose hacia Karenin y, dejándolo pasar delante, cerró la puerta.

Después acercó un sillón al bufete, cargado de papeles, invitó a Karenin a sentarse, y frotando sus manos cortas y velludas, se instaló ante su mesa en posición atenta. Mas, apenas sentado, un insecto atravesó el aire; el hombrecillo se levantó, lo

cogió al vuelo y volvió a sentarse.

—Antes de comenzar a explicarle a usted mi asunto —dijo Alexiéi Alexándrovich observando con extrañeza los movimientos del abogado— permítame advertirle que la cuestión de que voy a tratar debe mantenerse secreta entre nosotros.

Una imperceptible sonrisa entreabrió los labios del abogado.

—Si no fuese capaz de guardar un secreto —replicó, no sería lo que soy; pero si usted desea asegurarse...

Alexiéi Alexándrovich fijó una mirada en su interlocutor, y le pareció, al ver sus ojos grises llenos de inteligencia, que lo había adivinado todo.

—¿Conoce usted mi nombre? —preguntó.

—Sé hasta qué punto son útiles a Rusia los servicios que usted presta —contestó el abogado, inclinándose, después de cazar al vuelo otra polilla.

Karenin suspiró, y no sin hacer un esfuerzo, se decidió al fin a hablar; pero cuando hubo comenzado, continuó sin detenerse, con su voz clara y penetrante, recalcando ciertas palabras:

—Tengo la desgracia de ser un marido engañado —dijo—, y quisiera romper legalmente por el divorcio los lazos que me unen a mi esposa, separando, sobre todo, al hijo de la madre.

El abogado hizo lo posible para que sus ojos grises no revelasen lo que sentía; pero no pudo ocultar que expresaban el contento, no solo por la perspectiva de un buen negocio, sino por el entusiasmo de un futuro triunfo.

—¿Desea usted mi auxilio para obtener el divorcio?

—Precisamente; pero tal vez me expongo a abusar de su atención, pues solo he venido ahora para consultarle: quiero mantenerme en ciertos límites y renunciaría al divorcio si no se conciliase con las formas que deseo guardar.

—¡Oh! Usted quedará completamente libre.

El hombrecillo, temeroso de ofender a su cliente con una alegría que su semblante disimulaba mal, fijó la vista en los pies de su interlocutor, y aunque vio de reojo volar otro insecto, hizo un esfuerzo para retener sus manos, por respeto a la situación.

—Las leyes que rigen el divorcio las conozco en líneas generales —dijo Alexiéi—; pero quisiera conocerlas más ampliamente y, sobre todo, su aplicación práctica.

—En una palabra, desea saber por qué medios podría obtener un divorcio legal —repuso el abogado, tomando con cierta satisfacción el tono de su cliente.

Y como este hiciese una señal afirmativa, añadió, dirigiendo de cuando en cuando una rápida mirada a su cliente, cuyo rostro se cubría de manchas rojizas por efectos de la emoción.

—El divorcio, según nuestras leyes —pronunció estas dos últimas palabras con cierto desdén—, es posible, como usted sabe, en los tres casos siguientes... ¡Que esperen! —gritó al ver a su auxiliar que entreabría la puerta, pero se levantó, fue a

decirle algunas palabras y volvió a sentarse—. He dicho —continuó— que en los tres casos siguientes: defecto físico de uno de los esposos, desaparición de uno de ellos durante cinco años —al hacer esta enumeración doblaba sus dedos gruesos y velludos unos sobre otros— y, por último, adulterio —pronunció esta palabra con aire satisfecho—. He aquí la parte teórica; pero yo pienso que al hacerme el honor de consultarme, lo que desea usted conocer es la práctica. No existiendo, pues el caso de defecto físico ni el de ausencia de uno de los cónyuges, en cuanto he podido comprenderlo —Karenin hizo una señal afirmativa con la cabeza—, resta el adulterio de uno de los esposos, en cuyo caso una de las dos partes debe reconocerse culpable para con la otra, a falta de esto, solo queda el flagrante delito. Este último caso, debo convenir en ello se produce raras veces en la práctica.

El abogado calló, mirando a su cliente con la expresión de un armero que, explicando a un comprador el uso de dos pistolas de diferente sistema, le dejara libertad de elección, pero como Alexiái Alexándrovich guardase silencio, añadió:

—Lo más sencillo y razonable, en mi concepto, es reconocer el adulterio por consentimiento mutuo. Yo no osaría hablar así a todo el mundo, pero supongo que nos comprendemos.

Karenin estaba tan turbado que no comprendió las ventajas de la última combinación que el abogado le proponía, y su semblante reveló el asombro; el hombre de leyes acudió en su auxilio.

—Supongo —dijo— que dos esposos no puedan vivir ya juntos; si ambos consienten en el divorcio, los detalles y las formalidades pierden su importancia, y este medio es el más sencillo y seguro.

Karenin comprendió esta vez; pero sus sentimientos religiosos se oponían a semejante medida.

—En el caso presente —dijo— ese medio queda fuera de cuestión. ¿Podrían establecer indirectamente el adulterio ciertas pruebas como, por ejemplo, una correspondencia escrita? Yo tengo en mi poder tales pruebas.

El abogado, contrayendo los labios, profirió una exclamación a la vez de compasión y de desdén.

—No olvide usted —dijo— que los asuntos de esta especie son de la competencia del alto clero. A nuestros arciprestes les agrada mucho empaparse en ciertos detalles, y las pruebas exigen testigos. Si me hace usted el honor de confiarme su asunto, es preciso dejarme la elección de las medidas que se han de adoptar. Quien quiere llegar al fin, debe aceptar los medios, cualesquiera que sean.

Karenin se levantó muy pálido, mientras que el abogado corría otra vez hacia la puerta para responder a una nueva pregunta de su auxiliar.

—Dígale usted —gritó— que no estamos en una tienda.

Y al volver a su sitio atrapó al vuelo otra polilla, murmurando tristemente:



—¡Mi *reps*<sup>[41]</sup> no resistirá a sus ataques! Conque decíamos... —continuó.

—Le escribiré a usted para manifestarle mi resolución —repuso Alexiúi Alexándrovich apoyándose en la mesa—, y puesto que puedo deducir de sus palabras que el divorcio es posible, le agradeceré que me indique sus condiciones.

—Todo es posible si usted quiere dejarme libertad de acción —dijo el abogado, eludiendo la última cuestión—. ¿Cuándo podré contar con su respuesta? —preguntó, acompañando a su cliente y mirándolo con unos ojos que brillaban tanto como sus botas.

—De aquí a ocho días. Entonces tendrá usted la bondad de manifestarme si acepta el negocio y con qué condiciones.

—Perfectamente.

El abogado saludó con respeto, dejó salir a Alexiúi Alexándrovich, y cuando estuvo solo, dio rienda suelta a su alegría; estaba tan contento que, contrariamente a sus principios, hizo una rebaja a cierta señora muy hábil en el arte de regatear, y olvidando incluso las polillas, resolvió revestir de terciopelo su sillería para el invierno siguiente, a fin de no ser menos que su cofrade Sigonin.

## VI

LA brillante victoria alcanzada por Alexiéi Alexándrovich en la sesión del 17 de agosto no dejó de tener enojosas consecuencias. La nueva comisión nombrada para estudiar la situación de las minorías étnicas había obrado con una prontitud que llamó la atención de Karenin, pues a los tres meses presentó ya su informe. La situación de dichas poblaciones estaba estudiada desde los puntos de vista político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso. Cada pregunta iba seguida de una respuesta admirablemente redactada y que no podía dejar la menor duda, porque las contestaciones no eran obra del espíritu humano, siempre sujeto a error, sino de una burocracia llena de experiencia; se basaban en datos oficiales: informes de los gobernadores y arzobispos, apoyados a su vez en los de los jefes de distrito y superintendentes eclesiásticos, que tomaban sus noticias de las administraciones comunales y de las parroquias del campo. ¿Cómo dudar de su exactitud? Preguntas como esta: «¿Por qué las cosechas son malas?» y «¿Por qué los habitantes de ciertas localidades se obstinan en practicar su religión?», preguntas a las que solo la máquina oficial podía contestar, y a las cuales no se habría hallado respuesta en varios siglos, fueron resueltas claramente según las opiniones de Alexiéi Alexándrovich.

Pero Striómov, picado su amor propio, imaginó una táctica que su adversario no podía esperar; atrayendo a su favor a varios individuos del consejo, se pasó de repente al partido de Karenin, y no contento con apoyar las medidas de este último calurosamente, propuso otras en el mismo sentido, que excedían en mucho a lo que Alexiéi Alexándrovich se proponía.

Llevadas al extremo, estas medidas parecían tan absurdas, que el gobierno, la opinión pública, las damas influyentes y la prensa se indignaron, recayendo de rechazo el descontento en el padre de la comisión, en Karenin.

Muy satisfecho de esta astucia, Striómov se hizo el inocente, se admiró de los resultados obtenidos y se atrincheró tras la fe ciega que le había inspirado el plan de su colega. Alexiéi Alexándrovich, aunque enfermo y muy afectado por tantos enojos, no se rindió, y se produjo una escisión en el seno del comité; unos, con Striómov, explicaron su error achacándolo a la excesiva confianza, y declararon que los informes de la comisión investigadora eran absurdos; otros, siguiendo a Karenin y temiendo aquel proceder revolucionario contra la misma, la sostuvieron con todas sus fuerzas. Las esferas oficiales, y hasta la sociedad, llegaron a embrollar de tal manera tan interesante cuestión, que la miseria y la prosperidad de las minorías étnicas fueron al fin igualmente problemáticas. La posición de Alexiéi Alexándrovich minada ya por el mal efecto que producían sus desgracias domésticas, pareció falsearse; pero entonces tuvo valor para adoptar una resolución atrevida; con gran asombro de la

comisión, pidió que se le autorizase para ir a estudiar por sí mismo el asunto en las localidades, y habiéndosele concedido permiso, partió para una provincia lejana.

Esta marcha hizo mucho ruido, tanto más cuanto que Karenin rehusó oficialmente aceptar la cantidad consignada para los gastos de viaje, según la cual se le concedían doce caballos de posta.

—Considero que ha sido por su parte un gesto noble —decía Betsi a la princesa Miagkaia—. ¿Para qué van a pagar los caballos de posta, si todo el mundo sabe que por todas partes hay ferrocarriles?

La princesa Miagkaia no estaba de acuerdo con aquella opinión que incluso la irritó.

—A usted le es fácil hablar así —dijo—, teniendo los millones que tiene. Sin embargo, a mí me gusta cuando mi marido marcha en verano a efectuar la inspección. El viaje es sano y con el dinero que le consignan mantengo coche y cochero.

Durante el viaje Alexiéi Alexándrovich se detuvo se detuvo tres días en Moscú.

Al día siguiente de su llegada, cuando iba de su visita al general gobernador, oyó que lo llamaban con la voz alta y alegre en el callejón Gazietnyi, en el punto mismo donde se cruzan mil coches particulares y de alquiler, y volviendo la cabeza, vio a Stepán Arkádich. Lucía un abrigo corto a la última moda, con el sombrero de medio lado, y rebosaba lozanía y salud. Gritaba con tal persistencia, que Karenin se detuvo. En el coche, en cuya portezuela se apoyaba Stepán Arkádich, iba una dama, con sombrero de terciopelo, y dos niños; ella movía la mano sonriendo amistosamente: era Dolli con sus hijos.

Alexiéi Alexándrovich no esperaba ver conocidos en Moscú, y mucho menos al hermano de su esposa, por lo cual quiso continuar su camino, después de haber saludado; pero Oblonski hizo señas al cochero para que se detuviera, y corrió por la nieve hasta llegar al carruaje de Karenin.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó—. Has hecho muy mal en no avisarme. Ayer vi en el Dussaux el nombre de Karenin en la lista de los viajeros que se esperaban, y no se me ocurrió que fueras tú. ¿Por qué no nos has avisado?

—Me ha faltado tiempo, porque tengo mucho que hacer —contestó Alexiéi Alexándrovich secamente.

—Ven a ver a mi esposa, que lo desea mucho.

Karenin retiró la manta que cubría sus piernas, siempre frías, y bajando del coche se abrió camino en la nieve hasta llegar al de Dolli.

—¿Qué ocurre, Alexiéi Alexándrovich, para que huya usted así de nosotros? —preguntó Dolli, sonriendo.

—Celebro mucho verla —contestó Karenin con un tono que probaba todo lo contrario—. ¿Y cómo vamos de salud?

—¿Qué hace mi querida Anna?

Alexiúi Alexándrovich murmuró algunas palabras y quiso retirarse, pero Stepán Arkádich se lo impidió.

—¿Sabes lo que debemos hacer, Dolli? —dijo a su esposa—. Convidarlo a comer mañana con Koznyshov y Pestsov, flor y nata de la inteligencia moscovita.

—Le suplico a usted que venga —dijo Dolli—; lo esperamos a la hora que guste, a las cinco, a las seis o cuando le parezca. Hace tanto tiempo que no he visto a mi querida Anna...

—Sigue bien —murmuró Alexiúi Alexándrovich, frunciendo el entrecejo—. Vamos, celebro haberlos visto.

Y volvió a su coche.

—¿Vendrá usted? —gritó Dolli.

Karenin contestó algunas palabras que no llegaron al oído de la dama.

—¡Iré a tu casa mañana! —gritó Stepán Arkádich. Karenin se hundió en su coche como si hubiera querido desaparecer.

—¡Qué hombre tan original! —dijo Stepán Arkádich a su mujer, y mirando su reloj, hizo una cariñosa señal de despedida a Dolli y a sus hijos, y se alejó con paso firme.

—¡Stiva, Stiva! —gritó Dolli, ruborizándose.

Oblonski volvió la cabeza.

—¿Y el dinero para los abrigos de los niños?

—Contesta que ya pasaré.

Y desapareció, saludando alegremente al paso a varias personas conocidas.

## VII

**A**L día siguiente, que era domingo, Stepán Arkádich entró en el Gran Teatro para presenciar el ensayo de un ballet, y aprovechándose de la semioscuridad de los bastidores, ofreció a una linda joven que ingresó en el cuerpo de baile gracias a su protección un collar de corales que le había prometido la víspera; y hasta tuvo tiempo de besar las sonrojadas mejillas de la bailarina, conviniendo en la hora en que iría a buscarla, cuando terminase la función, para llevarla a cenar. Desde el teatro, Stepán Arkádich fue al mercado de la calle Ojotnyi Riad para elegir por sí mismo un poco de pescado y espárragos para la comida, y a mediodía se hallaba en el Dussaux, donde tres viajeros amigos suyos habían tenido la feliz idea de alojarse: eran Lievin, que había regresado de su viaje; un nuevo jefe, que iba en comisión, y, por último, su cuñado Karenin.

A Stepán Arkádich le gustaba comer bien; pero prefería ofrecer en su casa, a varios convidados elegidos, una comida bien ordenada. La lista de manjares que convino para aquel día le hacía sonreír: pescado fresco, espárragos y, *la pièce de résistance*, un magnífico rosbif. En cuanto a los convidados, confiaba reunir a Kiti y Lievin, y, a fin de disimular este encuentro, a una prima y al joven Scherbatski; pero *la pièce de résistance* entre los convidados debían ser: Serguiei Koznyshov, el filósofo moscovita, y Karenin, el peterburgués de acción. Para formar el punto de enlace entre ellos, quiso invitar también a Pestsov, galante joven de cincuenta años, músico entusiasta, hablador y liberal, hombre que bastaba para poner en movimiento a todo el mundo además de ser un aderezo o una guarnición perfecta para Kóznishev y Karenin.

En aquel momento la vida sonreía a Stepán Arkádich; el dinero obtenido por la venta de la madera no se había gastado aún del todo; y Dollí estaba hacía tiempo de muy buen humor; todo hubiera ido muy bien si no le hubiesen impresionado desagradablemente dos cosas, aunque no bastaron para privarle de su buen humor; estas dos cosas eran: en primer lugar, la fría acogida de su cuñado, pues relacionando la conducta de Alexiiei Alexándrovich con ciertos rumores llegados hasta él sobre las relaciones de su hermana con Vronski, adivinaba un incidente grave entre el marido y la mujer; el segundo punto negro era la llegada de un nuevo jefe, que tenía reputación de severo. Infatigable en el trabajo, se le acusaba además de ser demasiado brusco y del todo opuesto a las tendencias liberales de su predecesor, de las cuales participaba Stepán Arkádich. La primera presentación se había efectuado la víspera, de riguroso uniforme, y Oblonski fue recibido tan cordialmente, que juzgó su deber hacer una visita particular. Ignoraba cómo se le recibiría esta vez; mas confiaba en arreglarlo todo perfectamente. «¡Bah! —pensó—, todos somos pecadores, y no hay motivo para que provoque cuestión alguna conmigo.»

—¿Qué hay, Vasili? —se dirigió Oblonski a un lacayo conocido—. Lievin está en el siete, ¿no? Acompáñame, por favor, y entérate si el conde Ánichkin —su nuevo jefe— puede recibirme.

—Sí, señor —respondió Vasili con una sonrisa—. Hacía tiempo que no venía usted por aquí.

—Ayer estuve, pero entré por otra puerta. ¿Este es el siete?

Lievin estaba en pie en medio de su habitación, tomando la medida de una piel de oso que le habla traído un campesino.

—¡Ah! ¡Ya ha matado usted uno! —exclamó Oblonski al entrar—. ¡Magnífica pieza! ¡Buenos días, amiguito!

Y sentándose, sin quitarse el sombrero, ofreció su mano al campesino.

—Quítate el paletó y toma asiento —dijo Lievin.

—No tengo tiempo, vengo solo por un instante —contestó Oblonski.

Pero se desabrochó el paletó, se despojó de él y, tomando asiento, permaneció una hora conversando con Lievin sobre su cacería y otros asuntos.

—Dime lo que has hecho en el extranjero y dónde has estado, continuó Stepán Arkádich cuando el campesino se hubo marchado.

—He estado en Alemania, en Francia y en Inglaterra, pero solo en los centros manufactureros y no en las capitales. He visto muchas cosas interesantes.

—Sí, sí; ya conozco tus ideas sobre el mecanismo obrero.

—¡Oh!, no; no hay cuestión obrera para nosotros. La única importante para Rusia es la de las relaciones del trabajador con la tierra. Allí existe también, pero allí se trata de arreglar lo estropeado, mientras que aquí...

Stepán Arkádich escuchaba atentamente a Lievin.

—Sí, sí, es posible que tengas razón; pero lo esencial es que estés en mejores disposiciones; mientras caces el oso y trabajes y te entusiasmes, todo irá bien. Scherbatski me dijo que te había encontrado sombrío y melancólico, y hablando solo de la muerte.

—Es verdad, no dejo de pensar en ella —replicó Lievin—; todo es vanidad, y no hay más remedio que morir. Te diré la verdad: me gusta el trabajo y mis ideas tienen mucha importancia para mí. Pero en realidad, piénsalo bien: todo nuestro mundo es una especie de moho, que creció en la superficie de un planeta minúsculo. Nuestras ideas y obras, y cuando creemos que es grandioso, solo equivale a un puñado de polvo...

—¡Todo eso es tan antiguo como el mundo, hermano!

—Sí que es antiguo, pero cuando esta idea se hace clara para nosotros, ¡qué mísera es la vida! Sabiendo que la muerte vendrá, y que no ha de quedar nada de nosotros, las cosas más importantes parecen mezquinas como el hecho de doblar la piel de oso que tengo en la mano; y para no pensar en la muerte se caza y se trabaja,

buscando distracción.

Stepán Arkádich sonrió, fijando en Lievin una mirada cariñosa.

—Ya ves —repuso— que hacías mal en censurarme porque buscaba los goces en la vida. No has de ser tan severo y moralista.

—Lo que hay de bueno en la vida... —contestó Lievin; y como no hallase las palabras para expresar su pensamiento, añadió—: En resumen, no sé más que una cosa, y es que moriremos muy pronto.

—¿Por qué muy pronto?

—La vida —replicó Lievin, sin contestar directamente a la pregunta— ofrece menos encanto cuando se piensa así en la muerte, pero es más tranquila.

—Es preciso disfrutar del tiempo que nos quede —dijo Stepán Arkádich, levantándose por décima vez—. En fin, ahora me voy.

—Quédate un poco más —repuso Lievin, reteniendo a su amigo—. ¿Cuándo volveremos a vernos? Yo marchó mañana.

—¡Y yo que me olvidaba del principal objeto de mi visita! Tengo empeño en que vengas a comer con nosotros hoy; tu hermano será de los nuestros, y también mi cuñado Karenin.

—¿Está aquí? —preguntó Lievin, ansioso por saber algo de Kiti. «Tanto peor —pensó—; haya vuelto o no de San Petersburgo, donde sé que ha estado a principios del invierno, esté o no esté, da igual.»

—¿Vendrás? —preguntó Stepán Arkádich.

—Ciertamente.

—A las cinco, y con frac.

Stepán Arkádich se levantó y fue a visitar a su nuevo jefe. Su instinto no le había engañado; aquel hombre terrible resultó ser un buen muchacho, con el que almorzó y conversó largo tiempo, tanto que eran ya las cuatro cuando fue a visitar a su cuñado Alexiái Alexándrovich.

## VIII

**E**L señor Karenin pasó toda la mañana en su habitación, después de haber oído misa. Dos asuntos le quedaban por despachar aquel día: primeramente debía recibir a una comisión de las minorías étnicas, y después se proponía escribir una carta a su abogado en cumplimiento de lo ofrecido.

La comisión, aunque fue creada por la iniciativa propia de Alexiéi Alexándrovich, representaba muchas inconveniencias y hasta cierto peligro. Por eso Karenin se alegró de poder recibirla en Moscú. Los miembros de esta no tenían ni la menor idea de su papel y sus obligaciones. Pensaban ingenuamente que su misión consistía tan solo en expresar sus necesidades y la verdadera situación, pidiendo ayuda al gobierno; no podían comprender que algunas declaraciones y demandas suyas favorecían al lado contrario, y por tanto estropeaban el asunto. Karenin discutió largamente con los comisionados, oyendo sus reclamaciones y enterándose de sus necesidades; les trazó un programa del que no debían separarse en sus diligencias cerca del gobierno, y, por último, los dirigió a la condesa Lidia, quien debía guiarlos en San Petersburgo; la condesa tenía la especialidad de recibir a los comisionados y se entendía con ellos mejor que nadie. Cuando hubo despedido a la comisión, Alexiéi Alexándrovich escribió a su abogado, dándole plenos poderes; le envió también tres cartas de Vronski dirigidas a Anna, halladas en la cartera.

Desde el momento en que Alexiéi Alexándrovich salió de casa con el firme propósito de no volver, desde el momento en que visitó al abogado y le comunicó sus intenciones, principalmente desde el momento en que convirtió aquel problema vital en un asunto burocrático, se acostumbraba más y más a su propósito y veía con claridad la posibilidad de realizarlo.

En el momento de sellar su misiva, oyó la voz sonora de Stepán Arkádich, que preguntaba al criado si Alexiéi Alexándrovich recibía, e insistía para que se le anunciara.

«Tanto peor —pensó Karenin—, o más bien, tanto mejor; le diré lo que hay, y comprenderá que no puedo comer con él.»

—Déjalo entrar —gritó, reuniendo sus papeles y encerrándolos en un cajón.

—Ya ves que mientes —dijo Stepán Arkádich al criado.

Y sin detenerse, se dirigió a la habitación de Karenin, despojándose al mismo tiempo de su paletó.

—Me es imposible ir —contestó Alexiéi Alexándrovich secamente, recibiendo a su cuñado en pie, sin invitarlo a sentarse y resuelto a mantener con él unas relaciones frías, adecuadas a la situación creada por la tramitación del divorcio. Pero se olvidaba de la irresistible bondad de corazón de Stepán Arkádich, quien lo miró con expresión de sorpresa.



—¿Por qué no puedes venir? ¿No quieres decirlo? —preguntó en francés, con cierta vacilación—. Te advierto que es cosa prometida, y que contamos contigo.

—Es imposible, porque nuestras relaciones de familia se van a romper.

—¿Cómo! ¿Por qué? —replicó Oblonski, con una sonrisa.

—Porque trato de divorciarme de mi esposa, de tu hermana.

Antes de que Alexiéi Alexándrovich terminara la frase, Stepán Arkádich, contrariamente a lo que su cuñado esperaba, se dejó caer en un sillón; exhalando un profundo suspiro.

—Eso no es posible, Alexiéi Alexándrovich —exclamó con acento dolorido.

—Pero es verdad.

—Dispénsame; no lo creo.

Karenin se sentó, comprendiendo que sus palabras no habían producido el efecto deseado, y que una explicación, por categórica que fuese, no cambiaría en nada sus relaciones con Oblonski.

—Es una cruel necesidad —dijo—, pero estoy obligado a pedir el divorcio.

—¿Qué quieres que te diga! Sabiendo que eres un hombre bueno y justo, y Anna es una mujer maravillosa y escogida, no puedo cambiar de opinión respecto a ella ni creer en lo que me dices. Sin duda hay aquí un equívoco.

—¡Oh, si no fuera más que eso!

—Ya comprendo, pero te suplico que no te precipites.

—No he hecho nada con precipitación —dijo fríamente Karenin—; pero en semejante asunto no se puede tomar consejo de nadie, estoy resuelto.

—¡Esto es terrible! —murmuró Stepán Arkádich—. Si, como yo lo espero, no se ha tocado el asunto aún, te conjuro a que no hagas nada antes de hablar con mi esposa. Dolli ama a la tuya, te aprecia mucho a ti y es una mujer de buen criterio. En nombre de nuestra amistad, te ruego que hables con ella.

Alexiéi Alexándrovich guardó silencio y reflexionó. Oblonski lo miraba con simpatía.

—¿Irás a verla?

—No sé. Por eso no he ido a veros. Creo que nuestras relaciones deben cambiar.

—¿Por qué? No veo razón para ello. Permíteme pensar que, aparte nuestras relaciones familiares, sientes, aunque sea en parte, el mismo afecto que yo por ti... Y el más sincero respeto —dijo Stepán Arkádich, estrechándole la mano—. Aun en el caso de que tus suposiciones sean reales, no tengo por qué juzgar a ninguna de las partes, y no veo razón para que cambie nuestra amistad. Pero ahora, hazme el favor, ven a ver a mi mujer.

—Vemos las cosas de modo distinto —dijo Alexiéi Alexándrovich—. Por lo demás, vamos a dejar esta conversación.

—¿Por qué no has de venir a comer con nosotros, al menos hoy? —preguntó—.

Mi esposa te espera, y los dos podéis hablar; te aseguro que es una mujer excepcional. ¡Por Dios, te lo suplico de rodillas!

—Si tanto lo deseas, iré —contestó Alexiéi Alexándrovich, suspirando.

Y para cambiar de conversación, preguntó a Oblonski qué pensaba de su nuevo jefe, hombre joven aún, cuya rápida carrera había asombrado. Alexiéi Alexándrovich, que nunca lo apreció, no podía ahogar un sentimiento de envidia, natural en un funcionario que acababa de sufrir un revés.

—¿Y qué tal? ¿Lo has visto? —preguntó con una sonrisa, llena de veneno.

—Es un hombre que parece estar muy al corriente de los negocios y ser muy activo —contestó Stepán Arkádich.

—Activo, es posible; pero no sé en qué emplea su actividad; ignoro si es para hacer bien o destruir lo que los demás hicieron antes que él. La burocracia que defiende el expediente, de la que es digno representante el conde Ánichkin, constituye un verdadero azote de nuestro gobierno.

—De todos modos, es un buen muchacho —repuso Stepán Arkádich—; ahora acabo de visitarlo; hemos almorzado juntos y le he enseñado a hacer una bebida de vino con naranja, la que tu sabes. Resulta muy refrescante. ¡Qué curioso que no la conociera! Pero le ha gustado mucho. No, de verdad, me parece un buen hombre.

Stepán Arkádich consultó su reloj.

—¡Dios mío! —exclamó—. Son ya más de las cuatro y aún debo hacer una visita. ¿Conque es cosa convenida que vendrás a comer? Tu negativa nos causaría vivo pesar a mi esposa y a mí.

Alexiéi Alexándrovich condujo a su cuñado hasta la puerta con más amabilidad de la que tuvo al recibirlo.

—Puesto que lo he prometido —contestó tristemente—, iré.

—Gracias, de verdad te lo agradezco mucho. Espero que no te arrepientas —dijo Stepán Arkádich sonriendo.

Y poniéndose el abrigo mientras se dirigía a la puerta, por descuido, dio con la mano en la cabeza del criado, se rio y salió fuera.

—¡A las cinco, con el frac, por favor! —exclamó nuevamente, volviéndose hacia la puerta.

## IX

Las cinco acababan de dar cuando Stepán Arkádich llegó a su casa. En la puerta encontró a Koznyshov y a Pestsov. Eran los dos intelectuales moscovitas de más peso, según Oblonski. Eran hombres muy respetables tanto por su carácter como por su inteligencia. Sentían un gran respeto mutuo y estaban en total desacuerdo en casi todos los problemas. Y ello no se debía a que Koznyshov y Pestsov pertenecieran a tendencias opuestas, sino precisamente a que, siendo de un mismo partido (sus enemigos los confundían), cada uno mantenía sus propios matices. Y como no hay nada más incapaz de llevar a un acuerdo que la discordia en materia de abstracciones, ambos no solo no coincidían en sus opiniones, sino que estaban acostumbrados a burlarse de los respectivos errores del otro, sin llegarse a enfadar. Cuando los encontró Stepán Arkádich, estaban en la puerta a punto de entrar, hablando del tiempo. El anciano príncipe Scherbatski, Karenin, Turovtsin, Kiti y el joven Scherbatski estaban reunidos ya en la sala, pero la conversación languidecía. Stepán Arkádich comprendió fácilmente que en su ausencia la conversación no marchaba bien. Daria Alexándrovna, ataviada con un elegante vestido de seda gris, preocupada por los niños, que tenían que comer solos en su habitación, y por el retraso de su esposo, no supo mezclar como era debido aquella sociedad. Todos estaban como hijas de pope en visita —según la expresión del viejo príncipe— sin poder comprender para qué los habían reunido; exprimían alguna palabra para no quedarse en silencio absoluto. El bueno de Turovtsin por lo visto no se sentía en su salsa y recibió la llegada de Stepán Arkádich con una sonrisa que parecía decir: «Buena la has hecho trayéndome a comer con intelectuales. Lo mío es beber y visitar el *Château des fleurs*». El viejo príncipe callaba y miraba de reojo a Karenin. Stepán Arkádich comprendió que estaba a punto de soltar alguna agudeza con que señalar al estadista, llevado allí para ser exhibido, como se exhibe una curiosidad. Kiti miraba hacia la puerta, reuniendo todas sus fuerzas para no ruborizarse cuando entrara Lievin. El joven Scherbatski, a quien no habían presentado a Karenin, trataba de mostrar su indiferencia. El propio Karenin estaba en frac y corbata blanca, según la costumbre para comer con las damas en San Petersburgo. Oblonski leyó fácilmente en su rostro que había ido por cumplir con su palabra y que aquella obligación le pesaba. Karenin era el culpable de aquel frío que había helado a todos los invitados hasta que llegó Oblonski.

Stepán Arkádich se excusó con la mejor gracia, mencionando a uno de sus jefes, el príncipe, quien servía siempre de tapadera de todos sus retrasos y ausencias, y merced a su buen humor, cambió en un momento el triste aspecto del salón; hizo las presentaciones de sus convidados, provocó el debate entre Kóznishev y Karenin sobre la rusificación de Polonia; los dos enseguida entraron al trapo junto con

Pestsov. A Turovtsin le dio una palmada en el hombro diciéndole algo gracioso al oído, y luego lo colocó junto a su mujer y el anciano príncipe. Después cumplimentó a Kiti por sus encantos y presentó a Karenin al joven Scherbatski. En un minuto había mezclado esa masa de sociedad tan bien que en el salón se empezó a respirar buen ambiente y se oían las voces animadas. Solo faltaba Konstantín Lievin. Menos mal, porque al pasar al comedor Stepán Arkádich descubrió que habían traído el oporto y el jerez de Depret, y no de Levé; enseguida había mandado al cochero a Levé con urgencia y volvió al salón.

Lievin lo encontró a la puerta del comedor.

—¿Me he retrasado?

—Siempre lo haces así —contestó Oblonski, cogiendo a su amigo del brazo.

—¿Hay mucha gente? —preguntó Lievin, ruborizándose involuntariamente y sacudiendo con el guante la nieve de su sombrero.

—Solamente la familia y Kiti. Ven, te presentaré al señor Karenin.

A pesar de su liberalismo, Stepán Arkádich sabía que a todos les gustaba conocer a un personaje tan importante como Karenin; y lo presentaba a sus mejores amigos. Pero en aquel momento Lievin no podía apreciar el placer de semejante presentación.

Cuando supo que iba a encontrarse en presencia de aquella a quien no había vuelto a ver desde la noche fatal, excepto su corta aparición en el coche, Lievin sintió tanta alegría y tanto miedo, que se le paró la respiración y no pudo decir ni una palabra de lo que pensaba.

«¿Como estará? ¿Será la misma de antes o será como la vi aquella noche en el coche? —pensó...» ¿Me habrá dicho Dolli la verdad? ¿Y por qué no me la diría?»

—Preséntame a Karenin —balbució al fin.

Y penetró en la sala con el valor de la desesperación.

Allí estaba ella. No era ni como antes, ni como la vio en el coche, era absolutamente distinta.

Estaba asustada, tímida, avergonzada y, por eso, más bonita que nunca. Kiti lo vio en el momento de entrar; lo estaba esperando. Se alegró muchísimo y tal fue la vergüenza que le hizo sentir aquella alegría, que hubo un momento, cuando Lievin se acercó a la dueña de la casa para saludarla y de repente miró de nuevo a Kiti, que les había parecido a los dos, a Lievin y a Dolli, que Kiti no iba a poder aguantar la emoción y contener las lágrimas. Ruborizándose y palideciendo sucesivamente, era tanta su turbación, que sus labios temblaban. Lievin se acercó para saludarla, se inclinó, y le ofreció su mano sin decir nada. La sonrisa de Kiti hubiera parecido casi serena, si los labios de la joven no hubieran temblado y sus ojos llenos de lágrimas no hubieran brillado tanto.

—Hace mucho que no nos hemos visto —dijo Kiti, desesperada y resuelta, estrechando la mano de Lievin con la suya, fría como el hielo.

—Usted no me ha visto, pero yo sí —contestó Lievin, radiante con la sonrisa de felicidad—; la vi cuando iba por el camino de Iergushovo, viniendo de la vía férrea.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Kiti con asombro.

—Iba usted a ver a su hermana —repuso Lievin, sintiendo que se ahogaba de la felicidad, que colmaba todo su ser. «¿Cómo he podido creer —pensó— que en esta encantadora niña no fuera todo inocente? Daria Alexándrovna tenía razón.»

Stepán Arkádich se acercó en aquel momento para cogerle del brazo y presentarlo a Karenin.

—Permitidme —dijo— presentaros uno a otro.

—Celebro mucho volver a verlo aquí —dijo fríamente Alexiúi Alexándrovich, estrechando la mano de Lievin.

—¿Os conocíais ya? —exclamó Stepán Arkádich con asombro.

—Hemos viajado juntos tres horas —replicó Lievin, sonriendo.

—¿De veras?... Señores, tengan ustedes la bondad de pasar al comedor —dijo Stepán Arkádich, dirigiéndose hacia la puerta.

Los hombres lo siguieron y aproximándose a una mesa donde estaban servidos los entremeses, compuestos de seis especies de vodka, y otras tantas variedades de quesos, sin que faltasen el caviar, los arenques y otras conservas, con pan francés cortado en rebanadas.

Los hombres estaban de pie al lado de vodka y entrantes con sus aromas apetecibles, y el tema de la rusificación de Polonia comenzaba a languidecer en la espera de la comida.

Kóznishev sabía como nadie cómo finalizar un debate más serio y abstracto con alguna gracia, echándole de repente un poco de sal y cambiando el ánimo de los participantes. Y así lo hizo.

Alexiúi Alexándrovich demostraba que los elevados principios introducidos por la administración rusa eran los únicos que podían dar resultado. Pestsov sostenía que una nación no puede asimilarse a otra mientras no la aventaje en densidad de población. Koznyshov participaba de ambos pareceres con ciertas restricciones, y para cerrar la conversación, demasiado seria, añadió sonriendo:

—Lo más lógico, para asimilarnos a los extranjeros, sería tener tantos hijos como fuera posible. Mi hermano y yo no contribuimos por ese concepto, mientras que vosotros, señores, y sobre todo Stepán Arkádich, obráis como buenos patriotas. ¿Cuántos tiene usted? —preguntó a este último con la sonrisa cariñosa, ofreciéndole una copita.

Todos se rieron al oír esta pregunta, y Oblonski más que nadie.

—Eso sí que es la mejor manera —dijo él, masticando el queso y echándole vodka a Kóznishev.

Efectivamente, el debate se finalizó con una broma.

—Este queso está bastante bien. ¿Le apetece probar? —decía el dueño de la casa—. ¿Haces todavía gimnasia? —preguntó Stepán Arkádich, cogiendo a Lievin por el brazo. Y palpando los vigorosos músculos de su amigo sobre el paño del frac, añadió—: ¡Tienes un bíceps como un Sansón!

—Supongo que para cazar un oso se necesita una fuerza notable —dijo Alexiái Alexándrovich, cuyas nociones sobre la materia eran muy vagas.

Lievin sonrió.

—De ningún modo —repuso—, hasta un niño puede matar un oso.

Y se desvió, saludando ligeramente, para dar paso a las damas, que se acercaban a la mesa.

—Me han dicho que recientemente mató usted un oso —dijo Kiti, tratando de pinchar con su tenedor una seta que se le resistía; tuvo que recoger la blonda de su manga, con lo cual dejó al descubierto su lindo brazo—. ¿Hay realmente osos en sus tierras? —preguntó con seductora sonrisa.

¡Qué encanto tenían para Lievin aquellas palabras, por sencillas que fuesen, el sonido de aquella voz y aquel movimiento con la mano, el brazo y la cabeza! Veía en esto una súplica, un acto de confianza, una caricia dulce y tímida, una promesa, una esperanza y hasta una prueba de amor que le ahogaba de felicidad.

—¡Oh, no! —repuso—. Hemos ido a cazar a la provincia de Tvier, y al volver encontré en un coche del tren al cuñado de Stepán. El encuentro fue cómico.

Y refirió alegremente cómo, después de haber pasado en vela la mitad de la noche, había entrado casi por fuerza, vestido con un abrigo de piel de carnero como si fuera un campesino, en el coche de Karenin.

—Al contrario del refrán<sup>[42]</sup>, el revisor, viendo mi vestimenta, trató de impedirme el paso, así que tuve que soltar algunas expresiones algo fuertes... También usted —dijo Lievin dirigiéndose a Karenin, cuyo nombre había olvidado— quiso primero hacerme salir, juzgándome por el traje. Pero luego intervino en mi favor y se lo agradecí profundamente.

—Los derechos de los viajeros respecto a la elección de sus asientos no están bien determinados en general —dijo Alexiái Alexándrovich, limpiándose las puntas de los dedos con su pañuelo, después de comer una rebanada de pan con un pedacito de queso.

—Ya observé la vacilación de usted —replicó Lievin, sonriendo—; y por eso me apresuré a entablar conversación inteligente para hacerle olvidar un poco mi piel de carnero.

Koznyshov, que hablaba con el ama de la casa, prestando oído a la conversación, volvió la cabeza hacia su hermano, y se preguntó: «¿De qué le vendrá ese aire conquistador?».

No sabía que a Lievin le habían crecido las alas. Era, sin duda, porque ella estaba

allí, porque ella le oía con placer; y solo aquello, nada más, fue lo que le interesaba a Lievin. No solo en la habitación, sino en el universo entero para él solo existían Él mismo, que de pronto adquirió una enorme importancia, y Ella. Se encontraba en las vertiginosas alturas, mientras que debajo de ellos, muy a lo lejos, se agitaba una buena gente, como Stepán Arkádich y Karenin, y el resto de la humanidad.

Stepán Arkádich, al colocar a sus convidados, puso a Kiti y a Lievin uno junto al otro de una manera muy natural, sin mirarles, como si ya no hubiera más sitio en la mesa

—Venga, siéntate por ejemplo aquí —le dijo a Lievin.

La comida, servida con elegancia, pues Stepán Arkádich tenía empeño en ello, fue excelente; la sopa Marie-Louise, acompañada de los *pirozhekí* minúsculos que se deshacían en la boca, era riquísima; Matviei, con dos criados que lucían corbata blanca, desempeñó su cometido diestramente, sin la menor confusión.

El éxito fue también completo en cuanto a las conversaciones, así la general como la particular, y cuando la comida terminó, todos se levantaron hablando animadamente y hasta Alexiéi Alexándrovich estaba de buen humor.

## X

**P**ESTSOV, a quien agradaba discutir sobre cualquier punto a fondo, no había quedado satisfecho de la interrupción de Koznyshov, pareciéndole que no se le dejó explicar suficientemente su pensamiento.

—Al hablar de la densidad de la población —dijo— no entendía yo sentarla como principio de una asimilación, y sí solo como un medio.

—Me parece —contestó Karenin, a quien se dirigían estas palabras— que viene a ser lo mismo. En mi concepto, un pueblo no puede tener influencia sobre otro sino a condición de serle superior por estar más civilizado...

—He ahí precisamente la cuestión —interrumpió Pestsov, con un ardimiento tan singular que parecía poner toda su alma en defender sus opiniones—. ¿Cómo se debe entender esa civilización superior? Entre las diversas naciones de Europa, ¿cuál es la que aventaja a las otras? ¿Es el francés, el inglés o el alemán el que influirá en sus vecinos? Hemos visto afrancesar a las provincias alemanas del Rin. ¿Será esta una prueba de inferioridad por parte de los alemanes? No, aquí hay otra ley.

—Creo que la balanza se inclinará siempre hacia la verdadera educación —dijo Karenin, levantando ligeramente las cejas.

—Pero ¿cuáles son los indicios de esa verdadera educación?

—Creo que todo el mundo los conoce.

—¿Los reconocerán realmente? —preguntó Serguiéi Ivánovich con una significativa sonrisa—. Por lo pronto, hay quien cree que, fuera de la instrucción clásica, la civilización no existe; sobre este punto presenciemos furiosos debates, y cada partido aduce pruebas que no carecen de valor.

—Usted está por los clásicos, según creo, Serguiéi Ivánovich... —dijo Oblonski—. ¿Quiere usted burdeos?

—Yo no me separo de mis opiniones personales —repuso Koznyshov, con la condescendencia que habría tenido para un niño—; solo pretendo que por una parte y otra sean buenas las razones alegadas. Por mi educación, soy clásico; pero esto no me impide reconocer que los estudios clásicos no ofrecen pruebas irrecusables de superioridad sobre los demás.

—Las ciencias naturales se prestan igualmente a un desarrollo pedagógico del espíritu humano —repuso Pestsov—; vea usted la astronomía, la botánica y la zoología, con la unidad de sus leyes.

—De esa opinión no participo yo —contestó Alexiéi Alexándrovich—. ¿Podrá negarse la feliz influencia que ejerce sobre el desarrollo de la inteligencia el estudio de las formas de lenguaje? La literatura clásica es eminentemente moral, mientras que, por desgracia nuestra, se agregan al estudio de las ciencias naturales doctrinas funestas y falsas, que son el azote de nuestra época.



Serguiéi Ivánovich iba a contestar, pero Pestsov lo interrumpió para demostrarle calurosamente la injusticia de aquel juicio; y cuando Koznyshov pudo hablar al fin, dijo, sonriendo, a Karenin:

—Confíese usted que el pro y el contra de los dos sistemas serían difíciles de establecer si la influencia moral antinihilista, valga la frase, de la educación clásica no militase en su favor.

—No hay la menor duda.

—Dejaríamos el campo más libre a los dos sistemas si no considerásemos la educación clásica como una píldora, que ofrecemos atrevidamente a nuestros enfermos para combatir el nihilismo; pero ¿estamos bien seguros de las virtudes curativas de esas píldoras?

La pregunta hizo reír a todos, y principalmente a Turovtsin, que había tratado inútilmente de buscar algo gracioso en la conversación.

Stepán Arkádich había tenido razón en contar con Pestsov para animar el debate. Koznyshov dio por terminada la controversia, chanceándose, como siempre, pero Pestsov replicó:

—No se puede acusar al gobierno de haber intentado la cura, pues muéstrase indiferente a las consecuencias de las medidas que adopta; la opinión pública es la que lo dirige. Citaré como ejemplo el asunto de la educación superior de las mujeres, que se debería considerar como funesta, lo cual no impide que el gobierno abra los cursos públicos y las universidades para aquellas.

En este punto se entabló el debate sobre la educación de las mujeres. Alexiéi Alexándrovich observó que la instrucción de las mujeres se confundía demasiado con su emancipación, y solo podría considerarse funesta desde este punto de vista.

—Creo, por el contrario —dijo Pestsov—, que estas dos cuestiones están íntimamente enlazadas entre sí. La mujer se ve privada de los derechos porque no recibe instrucción, y la falta de esta depende de la carencia de aquellos. No olvidemos que la esclavitud de la mujer es tan antigua y se halla tan arraigada en nuestras costumbres que muy a menudo somos incapaces de comprender el abismo que las separa de nosotros.

—Usted habla de derechos —dijo Serguiéi Ivánovich cuando pudo tomar la palabra—. ¿Es un derecho llenar las funciones de jurado, de consejero municipal, de presidente de un tribunal, de funcionario público o de individuo del parlamento?

—Sin duda.

—Sin embargo, si las mujeres pueden llenar excepcionalmente estas funciones, sería más justo llamar deberes a estos derechos. Un abogado o un telegrafista cumplen un deber. Digamos, pues, hablando lógicamente, que las mujeres buscan deberes, y en este caso debemos simpatizar con su deseo de tomar parte en los trabajos de los hombres.

—Es muy justo —dijo Alexiúi Alexándrovich—; el quid está en saber si son capaces de llenar esos deberes.

—Lo serán seguramente tan pronto como estén más instruidas en general —dijo Stepán Arkádich—; ya vemos que...

—¿Y el proverbio? —preguntó el anciano príncipe, cuyos ojillos de expresión burlona brillaban al oír este dialogo—. Yo puedo decir esto delante de mis hijas: «La mujer tiene el cabello largo...»<sup>[43]</sup>.

—Así es como se juzgaba a los negros antes de su emancipación —exclamó Pestsov, con expresión de enojo.

—Confieso —dijo Serguíei Ivánovich— que lo más extraño es ver a la mujer buscar nuevos deberes, cuando, desgraciadamente, los hombres tratan de eludir los suyos.

—Los deberes van acompañados de derechos; los honores, la influencia, el dinero, he ahí lo que las mujeres buscan —dijo Pestsov.

—Es lo mismo que si yo disputase el derecho de ser nodriza y me pareciera mal que me lo negasen; mientras que a las mujeres se les paga por eso —dijo el anciano príncipe.

Turovtsin no pudo menos de reírse, y Serguíei Ivánovich sintió no ser el autor del chiste, que hizo sonreír al mismo Alexiúi Alexándrovich.

—Sí, pero un hombre no puede amamantar, mientras que una mujer... —repuso Pestsov.

—Perdone usted; un inglés que iba embarcado llegó a amamantar a su hija —replicó el príncipe, que se permitía algunas libertades de lenguaje delante de sus hijas.

—Pero ¿qué diremos de las jóvenes sin familia? —preguntó Stepán Arkádich, que al replicar a Pestsov había pensado en la bailarina.

—Si se sondea la vida de esas jóvenes —replicó Dolli, tomando parte en la conversación—, se verá seguramente que han abandonado una familia en que podían muy bien realizar labores propias del hogar.

Dolli comprendía instintivamente a qué clase de mujeres se refería su esposo.

—Nosotros defendemos un principio, un ideal —replicó Pestsov, con voz sonora—; la mujer reclama el derecho de ser independiente e instruida, y sufre al ver que no le es posible alcanzar esas cosas.

—Y yo sufro porque no se me admite como nodriza en un asilo de niños expósitos —replicó el príncipe, provocando la hilaridad de Turovtsin, a quien de risa se le cayó un espárrago en la salsa por la parte más gruesa.

## XI

**S**OLO Kiti y Lievin no habían tomado parte en la conversación.

Al principio de la comida, cuando se habló de la influencia de un pueblo sobre otro, Lievin evocó las ideas que había formado sobre este asunto; pero desechadas muy pronto, juzgándolas de poco interés, le pareció extraño que se pudieran ocupar los demás de cuestiones tan ociosas.

Kiti, por su parte, hubiera debido interesarse en la discusión sobre los derechos de las mujeres, pues no solo se había ocupado a menudo de eso cuando conoció a Váreñka, sino incluso antes, suponiendo el caso de que permaneciese soltera. También había hablado a menudo con su hermana sobre el particular; pero ¡qué poco le interesaba en aquel momento! Entre Lievin y ella se estableció una afinidad misteriosa que los acercaba más y más, produciéndoles un sentimiento de alegre terror en el umbral de la nueva existencia que entreveían.

Interrogado por Kiti para saber cómo la había visto, Lievin contestó que fue al volver de las praderas después de la siega.

—Era muy temprano —dijo—; usted acababa, sin duda, de despertarse, y su mamá dormía en un rincón. La mañana era magnífica y yo me decía: «¿De quién puede ser ese coche de cuatro caballos?». Eran muy hermosos y llevaban cascabeles. De repente, pasa usted delante de mí como un relámpago, asomada a la portezuela y entrelazando con los dedos las cintas de su gorro de viaje, entregada al parecer a profundas reflexiones. ¡Cuánto me hubiera agradado saber —añadió Lievin, sonriendo— en qué pensaba usted en aquel instante! ¿Sería algo de importancia?

«¿Y si estaba despeinada...?», pensó Kiti horrorizada. Pero al observar la sonrisa de Lievin, comprendió que la impresión que le produjo fue buena, se tranquilizó y contestó, sonriendo alegremente:

—Vamos, no me acuerdo de nada.

—De qué buena gana se ríe Turovtsin —dijo Lievin, admirando la alegría de aquel mocetón, que tenía los ojos húmedos y cuyo cuerpo se dilataba a fuerza de reír.

—¿Lo conoce usted hace mucho tiempo? —preguntó Kiti.

—¡Quién no lo conoce!

—¿Y no piensa usted nada bueno de él?

—Eso sería mucho decir; por lo demás, no vale gran cosa.

—He aquí una opinión injusta, de la cual espero que se retracte usted —repuso Kiti—; yo también lo juzgué mal en otro tiempo; pero es un hombre excelente, un corazón de oro.

—¿Cómo ha podido usted apreciarlo?

—Somos muy buenos amigos. El invierno último, poco tiempo después de..., de haber usted dejado de venir a vernos —dijo Kiti con una sonrisa a la vez de

culpabilidad y de confianza—, los niños de Dolli tuvieron la escarlatina; y cierto día, por casualidad, Turovtsin hizo una visita a mi hermana. ¿Lo creería usted? Se compadeció hasta el punto de quedarse para cuidar a los pequeños enfermos, y durante tres semanas desempeñó las funciones de aya. Refiero a Konstantín Dmítrich —añadió Kiti, volviéndose hacia su hermana— cómo se condujo Turovtsin durante la dolencia de los niños.

—Estuvo admirable —contestó Dolli, mirando con una sonrisa a la persona de quien hablaban. Lievin lo miró también, y se extrañó de no haberlo comprendido hasta entonces.

—Es culpa mía, no volveré a pensar mal de la gente —dijo alegremente y estuvo sincero, expresando con estas palabras lo que sentía en aquel instante.

## XII

**E**L debate sobre la emancipación de las mujeres ofrecía puntos demasiado espinosos para tratarlos delante de las damas, y, por tanto, cesó muy pronto; mas apenas terminada la comida, Pestsov entabló un diálogo con Alexiúi Alexándrovich para explicarle la cuestión desde el punto de vista de la desigualdad de los derechos entre esposos en el matrimonio. Según él, la causa principal de esta desigualdad consistía en la diferencia establecida por la ley y por la opinión pública entre la infidelidad de la mujer y del esposo.

Stepán Arkádich ofreció precipitadamente un cigarro a Karenin.

—No —contestó este con la mayor tranquilidad—; no fumo.

Y como para probar que no temía al diálogo, se volvió hacia Pestsov y le dijo con una sonrisa glacial:

—Esa desigualdad estriba, a mi modo de ver, en el fondo mismo de la cuestión.

Y se dirigió al salón; pero Turovtsin lo interpeló al paso:

—¿Ha oído usted referir —le preguntó, animado por el champaña y deseoso de romper el silencio— lo de la cuestión de Vasia Priáchnikov? Me han dicho esta mañana —añadió con su franca sonrisa— que se había batido en Tver con Kvitski y que lo dejó sin vida en el terreno.

La conversación giraba aquel día fatalmente, de modo que Alexiúi Alexándrovich pudiera resentirse; Oblonski se dio cuenta al punto y quiso llevarse fuera a su cuñado.

—¿Por qué se ha batido? —preguntó Karenin, sin notar, al parecer, los esfuerzos de Oblonski para distraer su atención.

—A causa de su esposa; y se ha conducido valerosamente, pues provocó a su rival y lo mató.

—¡Ah! —exclamó Alexiúi Alexándrovich con expresión indiferente, y salió de la habitación.

Dolli lo esperaba en un saloncito de paso, y le dijo, sonriendo con timidez:

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! Necesito hablarle; sentémonos aquí.

Alexiúi Alexándrovich obedeció, conservando su aire de indiferencia, que le daban las cejas un poco levantadas; se sentó al lado de Dolli y sonrió forzosamente.

—Complazco a usted con tanta mejor gana —dijo— cuanto que por mi parte debo excusarme, pues me es preciso marchar mañana mismo.

Daria Alexándrovna, firmemente convencida de la inocencia de Anna, palidecía y temblaba de cólera ante aquel hombre insensible y glacial, que se disponía fríamente a destruir a su inocente amiga.

—Alexiúi Alexándrovich —dijo, reuniendo todas sus fuerzas para mirarlo de frente con el valor de la desesperación—, le he preguntado a usted por Anna y no me

ha dicho aún cómo está.

—Pienso que está bien, Daria Alexándrovna —contestó Karenin sin mirarla.

—Dispense usted si insisto, sin derecho para ello; pero amo a mi amiga como a una hermana, y le conjuro a que me diga qué ocurre entre ustedes y de qué la acusa usted.

Karenin frunció el entrecejo e inclinó la cabeza, cerrando casi los ojos.

—Supongo —repuso— que su esposo habrá manifestado a usted las razones que me obligan a romper con Anna Arkádievna.

—No creo ni creeré nunca en todo eso —murmuró Dolli, oprimiendo con fuerza sus enflaquecidas manos.

Y levantándose vivamente, tocó el brazo de Alexiái Alexándrovich, y le dijo:

—Aquí nos molestarían; pasemos a otra habitación.

La emoción de Dolli se comunicaba a Karenin, que, levantándose al punto, siguió a su interlocutora hasta el cuarto de estudios de niños, donde ambos se sentaron ante una mesa cubierta de un hule, cortado en varios sitios.

—¡No creo nada de eso! —repitió Dolli, procurando que su mirada se encontrase con la de Karenin.

—¿Se pueden negar acaso los hechos? —preguntó Alexiái Alexándrovich, recalcando la última palabra.

—Pero ¿qué falta ha cometido? ¿De qué la acusa usted?

—Ha faltado a sus deberes, haciendo traición a su esposo: he aquí de qué la acuso.

—No, no, es imposible; por Dios, usted se engaña —exclamó Dolli, oprimiéndose las sienes con ambas manos y cerrando los ojos.

Alexiái Alexándrovich sonrió fríamente, queriendo probar así a su interlocutora, y a sí mismo, que su convicción era profunda; pero ante aquella calurosa intervención, su herida se abrió de nuevo, y aunque la duda no le fuese ya posible, contestó con menos frialdad:

—El error —repuso— es difícil cuando la esposa misma declara al marido que ocho años de matrimonio y un hijo no son para ella nada, y que quiere comenzar otra vida.

—¡Anna y el vicio! ¿Cómo asociar esas dos ideas? ¿Cómo creer...?

—¡Daria Alexándrovna! —replicó Alexiái Alexándrovich con acento de cólera, mirando esta vez fijamente a Dolli, y sintiendo que su lengua se desataba—; hubiera dado mucho por poder dudar; en otro tiempo, la duda era cruel, pero ahora lo es más aún. Cuando dudaba, esperaba, a pesar de todo; ahora no tengo ya esperanza, y además, abrigo otras dudas; he cobrado aversión a mi hijo, y me pregunto a veces si es mío. ¡Soy muy desgraciado!

Dolli reconoció, cuando su mirada se encontró con la de Karenin, que este decía

la verdad, lo compadeció entonces, y su fe en la inocencia de Anna comenzó a vacilar.

—¡Dios mío! —exclamó—, eso es terrible. Pero ¿está usted verdaderamente resuelto a entablar el divorcio?

—He adoptado este partido porque no veo otro posible. Lo más doloroso en una desgracia de este género es que no puede uno llevar su cruz como en cualquier otro infortunio, por ejemplo, una pérdida o una muerte, ni es posible permanecer en la posición humillante a que me veo reducido. Los tres no podríamos vivir ya juntos.

—Comprendo muy bien —contestó Dolli, bajando la cabeza.

Al decir esto no pudo menos de pensar en sus propios disgustos domésticos; pero, de pronto, uniendo las manos en ademán de súplica, fijó valerosamente su mirada en Karenin y le dijo:

—Espere usted un momento. Como buen cristiano, debe usted pensar en lo que será de ella si la abandona.

—Ya lo he pensado, y mucho, Daria Alexándrovna —repuso Alexiái Alexándrovich con cierta turbación, mientras su rostro se cubría de manchas rojas—. Cuando me anunció ella misma mi deshonor, le ofrecí el medio de rehabilitarse procurando salvarla. ¿Y sabe usted qué hizo? Ni siquiera tuvo en cuenta la menor de mis condiciones, ni respetó las conveniencias. Se puede —añadió Karenin acalorándose— salvar a un hombre que no quiere perecer; pero tratándose de una persona corrompida hasta el punto de ver la felicidad en su pérdida misma, ¿qué quiere usted hacer?

—Todo, excepto el divorcio.

—¿A qué llama usted todo?

—¡Piense usted que Anna no sería ya la mujer de nadie, y que estaría perdida! ¡Eso es terrible!

—¿Qué quiere usted que haga? —replicó Karenin, encogiéndose de hombros.

Y al recordar su última explicación con Anna, recobró de pronto el mismo grado de frialdad que había mostrado antes de comenzar el diálogo.

—Agradezco a usted mucho su simpatía —añadió levantándose—, pero me es forzoso retirarme.

—¡No, espere usted un momento! No debe usted perderla así; escúcheme usted, y le hablaré por experiencia. Yo también soy casada y mi esposo me engañó; en un arrebato de celos y de indignación quise abandonarlo todo..., pero reflexioné, ¿y sabe usted quién me salvó? Pues fue Anna. Ahora mis hijos crecen, mi esposo vuelve a la familia, comprende sus errores, se rehabilita y es mejor que antes; he perdonado...; perdone usted también.

Alexiái Alexándrovich escuchaba, pero las palabras de Dolli no le producían efecto; pues en su alma se concentraba la cólera que le había inducido a pedir el

divorcio.

—No puedo ni quiero tampoco perdonar —contestó con voz penetrante—; porque esto sería injusto. Por esa mujer he hecho lo imposible, y ella, en cambio, ha querido arrastrarlo todo por el cieno. No soy un hombre malo, ni odié jamás a nadie; pero a ella la aborrezco con todas las fuerzas de mi alma, y no podría perdonarle su traición, porque me ha hecho demasiado daño.

Las lágrimas de la cólera hacían temblorosa la voz de Karenin.

—Amad a los que os odian —murmuró Dolli, casi avergonzándose al hacer esta cita.

Alexiéi Alexándrovich sonrió con desdén: conocía la frase, pero no podía aplicarla a su situación.

—Se puede amar a los que nos odian —repuso Karenin—; pero no a los que aborrecemos. Dispéñseme usted si la he molestado; cada cual ha de sufrir sus disgustos.

Y recobrando su imperio, Karenin se despidió con calma de Dolli y salió.



## XIII

LIEVIN resistió la tentación de seguir a Kiti cuando todos se levantaron de la mesa, temiendo ser enojoso con una excesiva asiduidad; y quedándose con los hombres, tomó parte en la conversación general; pero sin mirar a la joven, no la perdía de vista y adivinaba hasta el sitio donde se había sentado. Por lo pronto, cumplió sin el menor esfuerzo la promesa que había hecho de amar a su prójimo, pensando solo en el bien. La conversación recayó sobre la comunidad en Rusia, que Pestsov consideraba como un nuevo orden de cosas, destinado a servir de ejemplo al resto del mundo. Lievin participaba tan poco de su parecer como de la opinión de Serguiei Ivánovich, que reconocía y negaba a la vez el valor de semejante institución; pero trató de ponerlos de acuerdo, dulcificando los términos de que se servían, sin tener el menor interés en el debate. Su único deseo era ver a todos contentos y felices. Una persona, la única importante para él, en adelante, se había acercado a la puerta; le pareció que a él se dirigían una mirada y una sonrisa, y le fue preciso volver la cabeza: ella estaba allí, en pie, junto a Scherbatski y lo miraba.

—Creía que iba usted a tocar el piano —dijo, acercándose—; la música es lo que a mí me falta en el campo.

—No —contestó Kiti—, habíamos venido solo a buscar a usted, y le doy las gracias por haber venido. ¿Qué placer se puede encontrar en la discusión, que nunca convence a nadie?

—Sí, es verdad —repuso Lievin —en muchas ocasiones se participa animadamente en un debate solo porque no se llega a comprender qué es exactamente lo que quiere demostrar el otro.

Konstantín había observado muchas veces en los largos debates, incluso entre los más inteligentes, que después de haber implicado grandes cantidades de argumentos lógicos, después de un gran esfuerzo de palabras, los interlocutores llegaban a la única conclusión: que sabían desde el principio lo que querían demostrar al oponente, pero simplemente les convencían las cosas distintas; sin embargo, no querían confesarlo para no entrar en el debate. Muy a menudo Lievin observaba que si en pleno debate de repente comprendía que es lo que le gustaba al oponente, y su punto de vista de inmediato le convencía, allí terminaba la discusión y todos los argumentos resultaban innecesarios. Y a veces ocurría lo contrario: le dices al oponente lo que te gusta a ti, y si lo explicas abiertamente, con sinceridad, el oponente se convence y deja de discutir. Eso fue lo que quería transmitir.

Kiti frunció la frente intentando comprender. Acababa de comenzar su razonamiento, y ella ya lo adivinó.

—Ah, lo entiendo. Quiere decir que primero hay que comprender qué es lo que le gusta a la otra parte, por qué esta discutiendo...

Sí, lo había comprendido y había resumido de una manera muy clara su pensamiento tan mal expresado. Lievin sonrió contento: tan asombroso le resultó el cambio repentino de un debate largo y prolijo con su hermano y Pestsov a la transmisión lacónica y clara, casi sin palabras, de los pensamientos más complicados. Scherbatski se alejó, y la joven, acercándose a una mesa de juego, se sentó y comenzó a trazar círculos con una tiza en el paño verde.

Lievin y Kiti reanudaron la conversación sobre los derechos de la mujer. Lievin estaba de acuerdo con la opinión de Dolli, de que una muchacha soltera puede siempre encontrar ocupación dentro de la familia. Decía que toda familia precisaba de una mujer, y que ricos y pobres, todos necesitaban ayas, ajenas o de la familia.

—No —dijo Kiti ruborizándose, pero fijando su mirada sincera en Konstantín—. La muchacha puede encontrarse en una situación en que no pueda entrar en una familia sin humillarse...

Lievin comprendió su alusión.

—¡Oh, sí, qué razón tienen usted! —dijo y comprendió todos los razonamientos de Pestsov acerca de la libertad de las mujeres, leyendo en el corazón de Kiti el temor de quedarse soltera y llena de humillaciones.

Lievin vislumbró en su alma aquel temor y aquellas humillaciones y renunció al instante a sus argumentos.

Ambos callaban. Kiti continuaba trazando círculos. Sus ojos brillaban dulcemente. Lievin sentía cómo iba creciendo en todo su ser la tensión de la dicha.

—¡Dios mío! —exclamó—. He llenado la mesa de garabatos —y dejó el yeso, haciendo ademán de levantarse.

«¿Como me voy a quedar aquí solo, sin ella?», pensó Lievin con terror, y después le dijo, sentándose a la mesa:

—Espere usted; hace largo tiempo que deseaba preguntarle una cosa.

Estaba mirando directamente a los ojos de Kiti, muy cariñosos, pero algo asustados.

—Veamos —replicó.

—Helo aquí —dijo Lievin, tomando el yeso y escribiendo las letras c, u, m, d, q, e, i, l, e, s, e, o, p, s, que eran las primeras de las palabras: «Cuando usted me dijo que era imposible, ¿lo era solo entonces o para siempre?». Era poco verosímil que Kiti pudiera comprender esta complicada pregunta; pero Lievin la miró con la expresión de un hombre cuya vida dependía de la explicación de aquella frase.

La joven reflexionó con detención, apoyó la frente en su mano y comenzó a descifrar poco a poco, interrogando a Lievin a veces con la mirada.

—He comprendido —dijo al fin, ruborizándose.

—¿Cuál es la palabra? —preguntó Lievin señalando la «s» de la palabra «siempre».

—Esa letra significa «siempre» —dijo Kiti. —¡Pero no es cierto!

Lievin borró al punto lo que había escrito, y ofreció el yeso a la joven, la cual escribió: e, n, p, c, d, o, m.

Dolli veía aquellas dos figuras: una de Kiti, con la tiza en la mano, mirando a Lievin desde abajo con una sonrisa tímida y feliz; y otra de Lievin, que, inclinado sobre la mesa, miraba con los ojos brillantes tan pronto al paño verde como a Kiti, y esto bastó para consolarla un poco de su enojoso diálogo con Alexiái Alexándrovich. El rostro de Lievin estaba radiante de alegría, pues acababa de comprender la respuesta: «Entonces no podía contestar de otro modo».

—¿Solo entonces? —preguntó, mirando a Kiti con aire interrogador.

—Sí —contestó la joven, y se sonrió.

—¿Y ahora? —preguntó de nuevo.

—Lea usted; voy a escribir lo que desearía.

Y trazó vivamente las primeras letras de las palabras: «Que pueda usted perdonar y olvidar».

Lievin cogió a su vez el yeso con dedos temblorosos, y contestó del mismo modo: «No tengo nada que perdonarle u olvidar. No he dejado nunca de amarla».

Kiti lo miró, con la sonrisa embelesada, y murmuró:

—He comprendido.

Lievin se sentó y escribió una larga frase. Kiti comprendió su significado y le contestó al instante. Estaba loco de felicidad. No podía descifrar lo que Kiti había escrito, pero leyó su significado en sus hermosos ojos, radiantes de felicidad. Y escribió tres letras. Pero aún estaba escribiendo cuando ella terminó la frase y escribió la respuesta: «Sí».

—¿Jugáis al secretario? —preguntó el anciano príncipe, acercándose a su hija—; pues si queréis ir al teatro, ya es hora.

Lievin y Kiti se habían dicho todo: que ella lo quería, que se lo diría a sus padres y que al día siguiente Lievin iría a verlos.

## XIV

**A**L marchar Kiti, Lievin experimento tanta inquietud sin ella y tantas ganas de que llegara pronto la mañana siguiente para verla y unirse con ella para siempre, que le dio un susto de muerte pensar en aquellas catorce horas que debía pasar solo, sin Kiti. Sentía la necesidad de engañar el tiempo, y para ello, de tener alguna compañía, de hablar con alguien. Stepán Arkádich, a quien hubiera querido conservar a su lado, iba a sus visitas particulares, según dijo, pero en realidad a ver a su bailarina; y Lievin no tuvo tiempo más que para decirle que era feliz, y que no olvidaría nunca lo que le debía. La mirada y la sonrisa de Stepán Arkádich le dijeron que comprendía perfectamente sus sentimientos.

—¡Cómo! ¿No hablas ya de la muerte? —preguntó Oblonski, estrechando cariñosamente la mano de su amigo.

—No.

Al despedirse, Dolli también lo felicitó en cierta manera y dijo:

—Me alegro mucho de que os hayáis vuelto a encontrar con Kiti. Uno tiene que apreciar las antiguas amistades.

A Lievin le desagradaron estas palabras. Ella no era capaz de comprender los sentimientos tan altos e inaccesibles; no tenía ningún derecho a mencionarlos. Para no estar solo se reunió con su hermano.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A una reunión.

—¿Puedo acompañarte?

—No hay inconveniente —contestó Serguiéi Ivánovich—. ¿Qué te pasa hoy?

—Que soy feliz —contestó Lievin, bajando el cristal de la ventanilla del coche—. Dispénsame que abra —añadió—, pues me ahogo. ¿Por qué no te has casado nunca?

Serguiéi Ivánovich sonrió.

—Lo celebro —dijo—; es una muchacha encantadora.

—¡No digas nada! —exclamó Lievin, cogiendo a su hermano por el brazo y cubriéndole el rostro con la piel de su abrigo.

«Una muchacha encantadora», pensó Lievin. ¡Qué palabras tan frívolas eran estas en su concepto!

Serguiéi Ivánovich soltó una carcajada, lo cual no le sucedía a menudo.

—¿Podré decir, al menos —repuso—, que me alegro infinito?

—Mañana, pero ni una palabra más hoy; nada, nada. Te quiero mucho... ¿De qué se tratará hoy en la reunión?

Poco después llegaron a la reunión. Durante la sesión, Lievin oyó al secretario tartamudear largo tiempo, sin comprender lo que decía; mas le pareció que aquel individuo era muy amable y simpático. Después comenzaron los discursos: se trataba

de la reducción de varios presupuestos y de introducir no sé qué tuberías. Serguiéi Ivánovich combatió a dos individuos de la comisión, pronunciando contra ellos un discurso triunfante; y después otro orador contestó en pocas palabras, muy bien dichas, pero llenas de hiel. Sviyazhski se expresó también con nobleza y elocuencia. Lievin los escuchaba y veía claramente, que en realidad no existían ni gastos, ni tuberías, que no era más que un pretexto para reunir a varias personas estupendas y amables, las cuales se entendían perfectamente, no se enfadaban ni molestaban entre ellos, y todo fue encantador y agradable. Llegó a creer, gracias a ciertos indicios en que antes no había fijado su atención, que le era dado penetrar en el pensamiento de cada uno de los concurrentes y comprender que eran todas personas de muy buen carácter. Le pareció también que para él se tenían muchas deferencias, y hasta que lo miraban con cariño los que no lo conocían.

—¿Estás contento? —le preguntó Serguiéi Ivánovich.

—Mucho —contestó Lievin—; nunca hubiera creído que esto podía ser tan interesante.

Sviyazhski se acercó a los dos hermanos, e invitó a Lievin a ir a tomar una taza de té en su casa. Lievin intentaba recordar y no comprendía qué era lo que lo molestaba en Sviyazhski, qué estaba buscando en él. Ahora solo veía a un hombre inteligente y extremadamente buena persona.

—Con mucho gusto —replicó Konstantín.

Y olvidando sus antiguas prevenciones, preguntó al punto cómo estaban la señora Sviyázhskaia y su hermana. Por una extraña asociación de ideas, como la cuñada de Sviyazhski le había hecho pensar en el matrimonio, dedujo que nadie escucharía con tanto placer como ella y su hermana la narración de los incidentes que se referían a su felicidad, y, por tanto, le asaltó la idea de ir a ver a dichas señoras.

Sviyazhski lo interrogó sobre sus asuntos, rehusando siempre creer que se pudiera descubrir alguna cosa que no se hubiera encontrado ya en Europa; pero su tesis no contrarió esta vez a Lievin, quien admitió la delicadeza con que su interlocutor evitaba probárselo claramente.

Las damas se mostraron muy amables. A Lievin le pareció adivinar que lo sabían todo y que participaban de su alegría, pero que por discreción no hablaban sobre el particular. Durante tres horas estuvo hablando de diversos asuntos, refiriéndose siempre a lo que llenaba su alma, sin observar que aburría a sus oyentes, haciéndolas dormir. Al fin, Sviyazhski condujo a su amigo hasta el recibidor, no sin bostezar repetidas veces.

Lievin entró en la fonda a la una o las dos de la madrugada y le espantó la idea de pasar diez horas solo, poseído de su impaciencia. El criado de servicio, que velaba en el corredor, encendió sus bujías, e iba a retirarse, cuando Lievin lo detuvo; se llamaba Yegor, y hasta entonces no se había fijado en él; pero de pronto echó de ver que era

un hombre inteligente y servicial.

—Dime, Yegor —le preguntó—, ¿no te parece muy duro pasar la noche en blanco?

—¡Qué hemos de hacer! ¡Es nuestro oficio! La vida es más dulce en las casas particulares, pero no hay tantas ventajas.

Yegor resultó ser padre de familia con cuatro hijos, tres muchachos y una joven, que pensaba casar al año siguiente.

Con este motivo, Lievin manifestó a Yegor sus ideas sobre el amor en el matrimonio, haciéndole observar que aquel que ama es siempre feliz, porque la dicha está en nosotros mismos. Yegor escuchó con atención, comprendiendo evidentemente el pensamiento de Lievin; pero le confirmó con una reflexión inesperada: dijo que cuando había servido a buenos amos, quedó siempre contento de ellos, y que entonces lo estaba también, aunque se hallaba en casa de un francés.

«¡Qué excelente hombre!», pensó Lievin.

—Y dime, Yegor, ¿amabas a tu mujer cuando te casaste?

—¡Cómo no había de amarla! —contestó el criado.

Y ya se disponía a contar su vida, pues el entusiasmo de Lievin se le comunicaba poco a poco, cuando de repente sonó una campanilla, lo cual obligó a Yegor a dejar solo al huésped.

Lievin, aunque apenas había comido, ni cenado tampoco, en casa de Sviyazhski no tenía el menor apetito, y después de una noche de insomnio, no pensaba en dormir; le parecía que se ahogaba en su habitación, y, a pesar del frío, abrió una ventana y se sentó frente a ella. Sobre los tejados cubiertos de nieve se destacaba la cruz cincelada de una iglesia; y aspirando el aire que penetraba en el aposento, miraba sucesivamente la cruz y las estrellas, elevándose como en un sueño entre las imágenes y los recuerdos evocados por su imaginación.

A eso de las cuatro de la madrugada resonaron pasos en el pasillo; Lievin entreabrió su puerta y vio que era un jugador que volvía del club; aquel hombre se llamaba Miaskin, y lo conocía de vista; en aquel momento tosía con fuerza, y su aspecto era sombrío. «¡Pobre infeliz!», pensó Lievin, cuyos ojos se llenaron de lágrimas y de compasión. Y quiso detener a Miaskin para hablarle y consolarlo; pero al recordar que estaba en camisa, volvió a sentarse para aspirar de nuevo el aire helado y contemplar entre el silencio nocturno aquella cruz de forma extraña, y por encima de ella el radiante lucero que avanzaba por el horizonte.

A eso de las siete se comenzó a oír el murmullo de los barrenderos, algunas campanas tocaron a misa; y Lievin, sintiendo que el frío se apoderaba de él, cerró la ventana, se vistió y salió.

## XV

Las calles estaban desiertas aún cuando Lievin se encontró delante de la casa de Scherbatski; toda la gente dormía y la puerta principal estaba cerrada, por lo cual volvió al hotel para tomar café. El criado que le sirvió no era Yegor. Lievin intentó trabar conversación con él, mas, por desgracia, lo llamaron y salió; después quiso tomar su café, pero no pudo; y poniéndose de nuevo el paletó, volvió a casa de los Scherbatski. Apenas comenzaban a levantarse los habitantes de la casa; el cocinero salía para hacer la compra; y de grado o por fuerza, fue preciso resignarse a esperar un par de horas más. Lievin había vivido toda la noche y la mañana en un estado del todo inconsciente, sobreponiéndose a las condiciones materiales de la existencia; no había dormido ni comido y a pesar de haberse expuesto al frío durante unas horas, casi desnudo, se hallaba en las mejores disposiciones; se sentía lleno de fuerza y capaz de los actos más extraordinarios, como volar por los aires o derribar las paredes de la casa. Para matar el tiempo que aún debía esperar, comenzó a recorrer las calles, consultando a cada momento su reloj; y lo que vio aquel día no volvió a verlo nunca más; le llamaron sobre todo la atención unos niños que iban a la escuela, y unas palomas que volaban desde los tejados a la calle, así como también las *saikas*<sup>[44]</sup> espolvoreados de harina que una mano invisible colocaba en un escaparate. Todos estos objetos eran un prodigio para Lievin; los niños sonriendo corrieron hacia una de las palomas; estas emprendieron el vuelo, sacudiendo las alas, que brillaban a la luz del sol; y un apetitoso aroma se exhaló del escaparate donde colocaban las *saikas*. Todo esto produjo en Lievin una impresión tan viva que comenzó a reír y llorar de alegría. Después de dar una larga vuelta por el callejón Gazetni y la calle Kislovka, volvió al hotel, se sentó, puso su reloj delante, y esperó a que la aguja señalase la hora del mediodía. Cuando salió del hotel, varios cocheros lo rodearon, manifestando en sus rostros la alegría, y disputándose para ofrecerle sus servicios. Evidentemente lo sabían todo: Lievin escogió uno, y para no resentir a los demás, prometió utilizarlos otra vez, dando después orden para que se le condujera a casa de los Scherbatski. El cochero tenía buena presencia y llevaba la camisa muy blanca; su trineo, bastante cómodo, era más alto que los demás, y de él tiraba un caballo de buen aspecto, que hacía lo posible por correr, pero que no avanzaba. Como el cochero conocía la casa de Scherbatski, se detuvo delante de la puerta y se volvió hacia Lievin respetuosamente. El portero de los Scherbatski lo sabía todo seguramente; era fácil reconocerlo en su mirada y en la manera con que dijo:

—Hace mucho tiempo que no ha venido usted, Konstantín Dmítrich.

No solamente lo sabía todo, sino que rebosaba de alegría, y se esforzaba para ocultarla. Lievin comenzó a descubrir las facetas nuevas y desconocidas de su felicidad al ver las cariñosas miradas del anciano.

—¿Están ya levantados? —preguntó.

—Sírvase usted entrar, déjelo aquí —dijo, sonriente, cuando Lievin quiso entrar con su gorra en las manos.

En concepto de Lievin, esto debía tener alguna significación.

—¿A quién anunciaré su llegada, caballero? —preguntó un lacayo.

El criado, aunque joven y nuevo en la casa, parecía una persona muy buena y amable, y también debía de haberlo comprendido todo.

—A la princesa, al príncipe y a su hija —contestó Lievin.

La primera persona a quien encontró fue a *mademoiselle Linón*. Estaba atravesando la sala con su rostro y sus ricitos —todo lo tenía radiante y feliz. Apenas le hubo dirigido algunas palabras, se oyó el roce de un vestido junto a la puerta; la señora Linon desapareció de sus ojos, y se sintió dominado por el terror que le infundía aquella próxima felicidad. Cuando la anciana institutriz hubo salido, Lievin percibió un paso ligero y rápido, y comprendió que se acercaba lo que era para él su felicidad, su vida, él mismo, no, algo mejor que él, algo, que estaba buscando y deseando desde hace mucho tiempo. Ella no caminaba, volaba hacía Lievin, parecía que alguna fuerza invisible la arrastraba hacía él. Después vio dos ojos serenos y límpidos, cuya expresión revelaba la misma alegría de que él estaba poseído, y cuyo brillo casi lo deslumbraba. Kiti apoyó suavemente las manos en los hombros de Konstantín...; ella hizo todo lo que podía: había corrido hacía Lievin para entregarse plenamente a él, temblorosa y feliz. Él la estrechó entre sus brazos y besó aquellos labios, que estaban buscando su beso.

También Kiti había pasado la noche sin dormir, esperándolo toda la mañana. Sus padres, por supuesto, le habían dado su consentimiento, y estaban felices al verla feliz. Había acechado la llegada de su prometido, queriendo ser la primera en anunciarle su felicidad; pero vergonzosa y confusa, no sabía cómo realizar su proyecto; y así es que al oír los pasos de Lievin y su voz, se ocultó detrás de la puerta para esperar a que la señora Linon saliese. Entonces, sin vacilar, corrió hacía Lievin e hizo lo que hizo.

—Vamos a buscar a mamá —dijo, ofreciéndole la mano.

Durante largo rato no pudo Lievin proferir una palabra, no porque temiese comprometer en nada su felicidad, sino porque las lágrimas lo ahogaban; cogió la mano de Kiti y la besó.

—¿Es verdad? —preguntó al fin con voz ahogada—. ¡No puedo creer que me ames!

Kiti sonrió al oír aquel tú, y al ver el temor con que la miraba.

—Sí —contestó lentamente, recalcando la palabra—. ¡Soy tan feliz!

Sin dejar su mano, Kiti entró con su prometido en el salón; la princesa, muy sofocada, comenzó a llorar al verlos, y después a reír; luego, de pronto corrió hacia



Lievin con una viveza inesperada, y cogiendo su cabeza entre las manos, la humedeció con sus lágrimas.

—¡Ya está todo hecho y me alegro mucho! ¡Ámala! ¡Soy muy feliz, Kiti!

—Pronto habéis arreglado las cosas —dijo el anciano príncipe, procurando parecer sereno; pero Lievin vio sus ojos llenos de lágrimas—. Lo he deseado largo tiempo —añadió, atrayendo a Lievin hacia sí—; y cuando esa loca pensaba...

—¡Papá! —exclamó Kiti, cerrándole la boca con sus manos.

—¡Está bien, está bien! No diré nada; soy muy feliz... ¡Dios mío, qué tonto soy!

...

Y cogiendo a Kiti entre sus brazos, la besó repetidas veces, e hizo sobre ella la señal de la cruz para bendecirla.

Lievin experimentó desde aquel instante un nuevo sentimiento de cariño por el anciano príncipe, hasta entonces un hombre extraño para él, cuando vio con que ternura durante un rato largo besaba Kiti su mano.

## XVI

**L**A princesa fue a sentarse en un sofá, silenciosa y risueña; el príncipe se colocó a su lado, y Kiti permaneció en pie junto a su padre sin soltar su mano; todos guardaban silencio.

La princesa fue la primera en llamar las cosas por su nombre y transformó los sentimientos y pensamientos de todos en las cuestiones cotidianas; y en el primer instante, cada cual se sintió dominado por una impresión extraña y penosa.

—¿Cuándo se efectuará la boda? —preguntó—. Será necesario bendecirles y anunciar el enlace. ¿Qué te parece, Alexandr?

—Ahí tienes el personaje principal, a quien corresponde resolver —replicó el príncipe, señalando a Lievin.

—¿Cuándo? —replicó este, sonrojándose—. Mañana mismo. Si quieren saber mi opinión, hoy hacemos la bendición y mañana la boda.

—Vamos, *mon cher*, no hagamos locuras.

—Pues bien, de aquí a ocho días.

—No parece sino que te vuelves loco.

—¿Y por qué no ha de ser así?

—¿Y el ajuar? —preguntó la madre, muy contenta con aquella impaciencia.

«¿Tan indispensables son los ajuares de boda y los desposorios? —pensó Lievin, con espanto—. Por lo demás, ni una cosa ni otra disminuirán en nada mi dicha —y como observase que Kiti parecía estar conforme, se dijo—: Seguramente será necesario.»

Después, añadió:

—Reconozco que no entiendo nada de esto, me he limitado a expresar mi opinión.

—Déjanoslo a nosotros... —contestaron los padres—; por lo pronto, se efectuará la bendición y después anunciaremos vuestra unión.

La princesa se acercó a su esposo, le dio un beso y quiso retirarse, pero él la detuvo, sonriendo, para besarla varias veces, como un joven enamorado; todo se revolvió en sus cabezas por un momento y ya no sabían distinguir si se habían vuelto a enamorar ellos mismos o solo se trataba de su hija. Cuando salieron de la habitación, Lievin se acercó a su prometida y le ofreció la mano; se había recobrado ya y podía hablar, pero tenía tantas cosas que decir, que no acertó a expresar lo que deseaba.

—Ya sabía yo —dijo— que esto acabaría así; en el fondo del alma estaba persuadido de ello, sin haber osado nunca esperarlo.

—Y yo —repuso Kiti—, aun cuando...

Aquí se detuvo, fijando en Lievin su franca mirada.

—Aun cuando —añadió— rechazase entonces mi felicidad. Solo a usted he amado, pero entonces me sentía atraída por el otro; y ahora quiero preguntarle de nuevo si podrá olvidar lo pasado.

—Tal vez sea mejor que haya sucedido así; usted también ha de perdonar, pues debo confesar...

Lievin había resuelto descargar su conciencia desde el principio, diciendo que no era tan puro como ella, ni tampoco creyente; juzgaba indispensable esta confesión, por penosa que fuese.

—No confesaré ahora, sino más tarde —añadió.

—Dígame usted todo, pues no temo nada, y quiero saber de qué se trata. Queda entendido...

—Lo que está entendido —interrumpió Lievin— es que usted me toma tal como soy, y que no me rechazará más.

—No, no.

La conversación fue interrumpida por la señora Linon, que entró para felicitar a su discípula favorita; y aún no había salido del salón cuando los criados quisieron también felicitar a los futuros cónyuges. Los padres y amigos llegaron después, y este fue el principio de aquel periodo de felicidad y nerviosismo que no terminaría hasta el día siguiente del matrimonio.

Aunque se sintiese incomodo y aburrido, su felicidad se hacía cada vez mayor. Tenía la impresión constante de que exigían de él muchas cosas que no sabía, pero hacía cuanto le pedían y el hacerlo le llenaba de alegría. Creía que su boda no habría de parecerse en nada a las otras, que el hecho de ser una boda tradicional habría de estorbar a su felicidad. Pero, a pesar de haberse hecho exactamente lo que se hacía en todas las bodas, su felicidad no hizo con ello sino crecer, convirtiéndose en más especial, y, sin duda, en nada parecida a la experimentada por otros novios.

—Ahora —decía la señora Linon— deberíamos comer los bombones.

Esto bastó para que Lievin fuese a comprarlos corriendo.

—Le aconsejo a usted que compre las flores en casa de Fomín —decía Sviyazhski.

Y Lievin iba a comprarlos al punto.

Su hermano le aconsejaba que debía pedir dinero a préstamo para los regalos y demás gastos del momento.

No necesitó más Lievin para correr al establecimiento de Foulde a comprar alhajas; y así en la confitería como en las demás tiendas, todos parecían esperarlo alegremente. ¡Cosas extrañas! De su entusiasmo parecían participar aun aquellos que en otra época se mostraban fríos e indiferentes; le aprobaban en todo, se consideraban sus sentimientos con la mayor delicadeza, y se hubiera dicho que cada cual abrigaba la convicción de que Lievin era el hombre más feliz de la tierra, porque su prometida

era la más perfecta del mundo. Las impresiones de Kiti eran análogas.

Habiéndose permitido la condesa de Nordston algunas alusiones respecto a las más brillantes esperanzas que había concebido por su amiga, Kiti se encolerizó de tal modo y protestó tan vivamente de la imposibilidad de preferir a otros a Lievin, que la condesa convino en que tenía razón; y desde entonces, siempre que encontraba al prometido de Kiti, lo saludaba con benévola sonrisa.

Uno de los incidentes más penosos de aquel periodo de la vida de los prometidos fue el que tuvo lugar con motivo de las explicaciones prometidas. Por consejo del anciano príncipe, Lievin entregó a Kiti un diario que contenía sus confesiones, escritas para su futura esposa. De los dos puntos más delicados, el que se refería a sus creencias pasó casi inadvertido, pues Kiti, incapaz de dudar de su religión, miró con indiferencia la falta de fe de su prometido, tanto más cuanto que en el corazón de este estaba segura de hallar lo que le apetecía; pero la segunda confesión la hizo verter amargas lágrimas.

No sin gran esfuerzo, Lievin se había decidido al fin a hacer semejante declaración, principalmente porque no quería que hubiera secretos entre los dos; pero no se había identificado con las impresiones que produciría en la joven semejante locura. El abismo que separaba su mísero pasado de aquella pureza de paloma fue más potente para Lievin al entrar cierta noche en la habitación de Kiti, antes de ir al teatro, y al verla anegada en lágrimas; entonces comprendió que era el causante de aquello y tuvo miedo.

—Recoja usted ese terrible diario —dijo Kiti, desviando de sí el cuaderno, que estaba sobre la mesa—. ¿Por qué me lo ha enseñado usted? En fin —añadió al ver la desesperación en su rostro—, tal vez sea mejor; pero me parece verdaderamente espantoso.

Lievin bajó la cabeza, sin atreverse a contestar.

—¿No me perdonará usted? —murmuró al fin.

—Sí, ya lo he perdonado; pero es horroroso.

Sin embargo, la felicidad de Lievin era tan grande, que esa confesión no lo afectó, sino le dio un matiz nuevo. Ella lo perdonó, pero desde aquel entonces se consideraba todavía menos digno de su amor, se inclinaba más y más ante ella y apreciaba todavía más su felicidad inmerecida.

## XVII

**A**L entrar en su solitaria habitación, Alexiúi Alexándrovich recordó involuntariamente una por una las conversaciones que mediaron durante la comida y por la noche. Las palabras de Dolli no habían servido más que para irritarle los nervios; aplicar los preceptos del evangelio a una situación como la suya era cosa demasiado difícil para tratarla tan ligeramente, sin contar que él había juzgado ya la cuestión en sentido negativo. De todo cuanto se dijo aquel día, las palabras del bueno de Turovtsin eran las que más vivamente se habían grabado en su imaginación: «Se ha conducido valerosamente, pues provocó a su rival y le dio muerte».

Era indudable que todos aprobaban semejante conducta, y si no se le dijo así abiertamente, fue por pura educación.

«¿A qué pensar en ello estando ya resuelta la cuestión?» Y sin ocuparse más del asunto, hizo sus preparativos de marcha para continuar su visita de inspección.

Pidió una taza de té y una guía del ferrocarril, y buscó las horas para organizar su viaje.

En aquel momento el criado entró para entregarle dos telegramas. Alexiúi Alexándrovich los abrió al punto; el primero de ellos le anunciaba el nombramiento de Striómov para el cargo que él había querido obtener. Karenin se sonrojó, y arrojando el telegrama lejos de sí, comenzó a pasear por la habitación. «*Quos vult perdere Jupiter dementat*»<sup>[45]</sup>, se dijo, aplicando el *quos* a todos aquellos que habían contribuido al nombramiento, el cual lo enojaba más por haber recaído en favor de Striómov, aquel charlatán y enredador. «¿No comprenden —pensó— que van a comprometer su prestigio con semejante elección? ¿Será del mismo tipo este otro?», se preguntó con amargura, abriendo el segundo telegrama. Era de su esposa; el nombre de «Anna» escrito con lápiz azul le saltó a la vista, y leyó las siguientes palabras:

Me muero; le suplico a usted que venga, porque moriré más tranquila si obtengo su perdón.

Karenin leyó estas palabras con una sonrisa de desprecio, y arrojó el papel al suelo. «Alguna nueva astucia —pensó—, pues no hay superchería de que no sea capaz; el parto debe de estar próximo, y solo se trata de eso... Pero ¿qué se propondrá? ¿Legalizar el nacimiento de la criatura? ¿Comprometerme e impedir el divorcio? El telegrama dice «me muero»... Volvió a leer, y esta vez llamó la atención el sentido exacto de las palabras. «¿Y si fuese verdad? —se preguntó—. ¿Y si el sufrimiento o la aproximación de la muerte la condujesen a un arrepentimiento sincero? ¿Y si al acusarla de querer engañarme rehusase ir? Esto sería no solo cruel, sino imprudente, y daría motivo para que me juzgasen con severidad.»

—Piotr, pide un coche; marchó a San Petersburgo —gritó a su criado.

Karenin resolvió ir a ver a su esposa con la firme intención de volverse al punto si la enfermedad era fingida; en caso contrario, perdonaría, y si llegase demasiado tarde, al menos podría cumplir con los últimos deberes.

Resuelto así, ya no pensó más en el asunto durante el viaje.

Karenin entró en San Petersburgo rendido, por haber pasado la noche en el camino, y cruzó rápidamente Nevsky Prospekt<sup>[46]</sup> desierta a través de la niebla matinal, sin querer preocuparse de lo que le esperaba en su casa, pero con la idea de que aquella muerte pondría fin a todas las dificultades. A su paso encontraba mozos de tahona, cocheros nocturnos y barrenderos, y muy pocas tiendas estaban abiertas; Karenin lo observaba todo, procurando desechar una esperanza que se recriminaba haber concebido. Llegado a su casa, vio a la puerta un coche parado, y al penetrar en el vestíbulo hizo un esfuerzo para precisar su pensamiento, que se podía traducir así: «Si me engaña, me mostraré tranquilo, retirándome al punto; y si ha dicho verdad, respetaré las conveniencias».

Antes que Karenin llamara, el portero abrió la puerta; aquel hombre, sin corbata, con una levita vieja y calzando zapatillas en vez de botas, tenía un aspecto extraño.

—¿Cómo está la señora? —preguntó Karenin.

—Ayer tuvo un feliz alumbramiento.

Alexiúi Alexándrovich se detuvo, pálido; comprendió entonces cuánto había deseado aquella muerte.

Korniúi, el criado, bajaba presuroso por la escalera con traje de mañana.

—La señora está muy débil —dijo—. Ayer hubo consulta de médicos y el doctor se halla aquí en este momento.

—Recoge mis objetos —dijo Alexiúi Alexándrovich, un poco aliviado al saber que no se había perdido toda esperanza de muerte, mientras se dirigía a la antecámara.

En la percha vio pendiente un capote militar, y al observarlo, Karenin preguntó:

—¿Quién está aquí?...

—El doctor, la comadrona y el conde Vronski.

Karenin penetró en la estancia sin ver a nadie en el salón; al entrar, el rumor de sus pasos hizo salir del gabinete a la comadrona, que, acercándose a Alexiúi Alexándrovich y cogiéndole de la mano con la familiaridad que comunica la proximidad de la muerte, lo condujo a la alcoba.

—A Dios gracias —dijo—, ya está usted aquí; solo de usted habla.

—¡Traed pronto hielo! —gritaba una voz imperiosa, que era la del doctor.

En el gabinete, Alexiúi Alexándrovich vio sentado en una silla baja al conde Vronski, que lloraba con el rostro entre las manos; se estremeció al oír la voz del doctor, levantó la cabeza y vio a Karenin. Su presencia pareció turbarlo de tal modo que se hundió en el asiento, cual si hubiera querido desaparecer; pero se levantó

después, y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, dijo:

—Se muere; los médicos aseguran que no queda la menor esperanza. Usted tiene todos los derechos, pero le ruego que me permita permanecer aquí. De todos modos, me conformaré con su voluntad.

Al ver a Vronski llorar, Alexiúi Alexándrovich experimentó el enternecimiento involuntario que le producían siempre los sufrimientos de otros; y volviendo la cabeza sin contestar se acercó a la puerta.

En la alcoba se oía la voz de Anna, clara y alegre, con entonaciones muy naturales; Alexiúi Alexándrovich entró y se acercó al lecho. Anna estaba vuelta hacia él, con las mejillas animadas y los ojos brillantes; sus pequeñas manos blancas destacaban bajo los puños de la chambra, y no solo parecía estar buena, sino en la mejor disposición de espíritu también; hablaba de prisa y en voz alta, acentuando las palabras con toda claridad.

—Porque Alexiúi —decía—, hablo de Alexiúi Alexándrovich, ¿no es extraño y cruel que los dos tengan el mismo nombre?... no me hubiera rechazado; yo podía olvidar y él perdonar... ¿Por qué no llega? Es bueno, más de lo que él piensa... ¡Dios mío, Dios mío, qué angustia! Dadme pronto el agua... Esto no es bueno para ella..., para mi hijita. Pues dádsela a una nodriza; consiento en ello y hasta será mejor. Cuando él venga, lo enojará ver a la criatura; lleváosla de aquí.

—Anna Arkádievna —dijo la comadrona, procurando que fijara la atención en su esposo—, ya ha llegado.

—¡Qué locura! —continuó Anna, sin ver a su esposo—. Dadme la pequeña, que aún no ha llegado él. Pretendéis que no perdonará, porque no le conocéis aún. Yo sola..., sería preciso que conocierais sus ojos; los de Seriozha son iguales, y por eso no puedo verlo más. ¿Han dado ya de comer a Seriozha? Ya sé que lo olvidarán, pero él no. Que lleven a Seriozha al aposento del rincón y que Mariette se acueste a su lado.

Anna enmudeció de pronto; sus ojos expresaron el espanto y levantó los brazos como para parar un golpe; acababa de reconocer a su esposo.

—No, no —dijo vivamente—; no lo temo; lo que temo es la muerte. Acércate, Alexiúi; mi prisa es porque el tiempo me falta; solo me quedan algunos minutos de vida, y cuando la fiebre se apodere de mí, ya no comprenderé nada..., ahora lo comprendo y lo veo todo.

El semblante arrugado de Alexiúi Alexándrovich expresó una profunda pena; quiso hablar, pero su labio inferior temblaba de tal modo que no pudo articular una palabra, y apenas le permitió su emoción mirar a la moribunda. Le cogió la mano, y cada vez que volvía la cabeza hacia ella, veía sus ojos fijos en él, con una expresión de admiración y tanta ternura que nunca había conocido.

—Espera —murmuró—, tú no sabes..., espera, espera...

Aquí se detuvo como para coordinar sus ideas.

—Sí —continuó—, sí, sí; he aquí lo que deseaba decirte. No te extrañes; siempre soy la misma...; pero en mí hay otra que me da miedo, y ella es la que lo amó a él; yo quería odiarte y no podía olvidar lo que era en otro tiempo. Ahora soy yo toda entera, yo, no la otra. Me muero, ya lo sé; pregúntaselo a él. Ahí está; con los pesos terribles en las manos, en los pies y en los dedos. ¡Qué enormes son mis dedos!... Pero todo acabará pronto... Solo una cosa es indispensable para mí, y es que me perdones del todo. Soy criminal, pero el aya de Seriozha me ha dicho que una santa mártir..., ¿cómo se llamaba?... era peor que yo. Iré a Roma; allí hay un desierto y no molestaré a nadie; solo me acompañarán Seriozha y la niña... ¡No, tú no puedes perdonarme!... ¡Sé que es imposible! ¡Vete, vete; eres demasiado perfecto!

Al pronunciar estas palabras, lo retenía con una de sus manos abrasadoras, desviándolo con la otra.

La emoción de Alexiéi Alexándrovich llegó a ser tan fuerte que, perdiendo toda su energía, le pareció que esta calma se convertía en una tranquilidad moral para él, nueva y desconocida. No había creído que aquella ley cristiana que él tomaba por guía lo mandara perdonar y amar a sus enemigos; y, sin embargo, el sentimiento del amor y del perdón llenaba su alma. Arrodillado junto al lecho, con la frente apoyada en aquel brazo, cuya fiebre le abrasaba el rostro, sollozaba como un niño.

Anna se inclinó hacia él, rodeó con sus brazos la calva cabeza de su esposo, y alzó la vista con aire de reto.

—¡Ya está aquí —exclamó—, bien lo sabía! ¡Adiós ahora, adiós a todos..., ya han vuelto! ¿Por qué no se van? ¡Quitadme de encima todas estas pieles!

El doctor recostó a la enferma sobre las almohadas y cubrió sus brazos con la colcha, sin que Anna, mirando siempre con ojos brillantes, opusiese la menor resistencia.

—Recuerda —continuó— que solo he pedido tu perdón; no pido más. ¿Y por qué no viene él? —añadió, mirando hacia la puerta—. ¡Ven, ven, dame la mano!

Vronski se acercó al lecho, y al ver a Anna ocultó el rostro entre las manos.

—¡Descubre tu semblante y míralo! —dijo la enferma—. ¡Es un santo! Sí, descúbrete —repitió, con acento irritado—. Alexiéi Alexándrovich, separa las manos de su rostro para que yo lo vea.

Karenin cogió las manos de Vronski y las apartó, dejando ver su rostro desfigurado por el sufrimiento y la humillación.

—Dale la mano, perdónalo.

Alexiéi Alexándrovich presentó la mano, sin tratar de contener sus lágrimas.

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios! —exclamó Anna—. Ahora está ya todo dispuesto; estiraré un poco las piernas..., así. ¡Qué feas son estas flores —añadió, señalando el papel que revestía las paredes de su habitación—; no parecen violetas!



¡Dios mío!, ¿cuándo acabará esto? ¡Déme usted morfina, doctor, morfina! ¡Dios mío, Dios mío!

Y se agitó en su lecho.

Los médicos decían que con semejante fiebre todo era de temer. La enferma pasó todo el día presa del delirio; llegada la medianoche, apenas tenía pulso y se esperaba su fin a cada instante.

Vronski se fue a su casa, pero volvió a la mañana siguiente para preguntar si había novedad. Alexiéi Alexándrovich lo recibió en la antecámara; lo invitó a quedarse, para en caso de que la enferma preguntara por él, y él mismo lo condujo a la alcoba. Por la mañana se produjo la misma agitación y viveza, seguidas otra vez del delirio; y como al tercer día se presentaran iguales síntomas, los médicos recobraron la esperanza. En este mismo día, Alexiéi Alexándrovich entró en el gabinete donde estaba Vronski, cerró la puerta y se sentó frente a él.

—Alexiéi Alexándrovich —dijo Vronski adivinando que había llegado el momento de la explicación—, me siento incapaz de hablar ni de comprender; compadézcase usted de mí, y por mucho que sea su pesar, crea que el mío es más terrible aún.

Y quiso levantarse; pero Karenin lo detuvo, diciéndole:

—Haga usted el favor de escucharme, porque es indispensable; me veo en la precisión de explicarle la naturaleza de los sentimientos que me guían, y me guiarán aún, a fin de que no incurra usted en ningún error respecto a mí. Ha de saber usted que yo estaba resuelto a entablar el divorcio, para lo cual había dado los primeros pasos, y no quiero ocultarle que al proceder así he vacilado, porque me dominaba el deseo de vengarme. Al recibir el telegrama que me llamaba, este deseo subsistía aún; y hasta diré que deseaba su muerte; pero... —se detuvo un instante, reflexionando sobre la oportunidad de descubrir todo su pensamiento— he vuelto a verla y la he perdonado sin restricción. La felicidad de poder perdonar me ha mostrado claramente mi deber; presento la otra mejilla para recibir el bofetón; doy mi último vestido al que me despoja, y solo pido a Dios que me conserve la alegría del perdón.

Las lágrimas llenaban sus ojos; su mirada, luminosa y serena, llamó la atención de Vronski.

—He aquí —continuó— mi verdadera situación; podrá usted arrastrarme por el fango y ponerme en ridículo ante todo el mundo, mas no abandonaré por eso a mi esposa ni le dirigiré reprensión alguna; mi deber es claro y preciso; debo permanecer con ella, y permaneceré; si desea verlo, se le avisará; mas creo que será mejor que se aleje usted por ahora.

Karenin se levantó, con la voz ahogada por los sollozos; y Vronski se puso en pie también, pero del todo encorvado, mirando de reojo a Karenin y sin comprender los sentimientos de aquel. Se confesaba, sin embargo, que era un orden de ideas superior,

inconciliable con una concepción vulgar de la vida.

## XVIII

**D**ESPUÉS de esta conversación, cuando Vronski salió de la casa de Karenin, se detuvo en el zaguán, preguntándose dónde estaba y qué debía hacer; humillado y confuso, se veía privado de todo medio de lavar su vergüenza y arrojado fuera de la vía por donde hasta entonces avanzó siempre orgullosamente, sin la menor dificultad. Todas las reglas que habían servido de base en su vida, y que él creía inatacables, resultaban ahora falsas y engañosas; el marido engañado, aquel triste personaje que hasta entonces considerara como un obstáculo accidental, y a veces cómico, para su dicha, acababa de elevarse a una altura que inspiraba respeto, y en vez de parecer falso y ridículo, se mostraba sencillo, grande y generoso. Vronski no podía ocultarse que los papeles habían cambiado, comprendía la grandeza, la rectitud de Karenin y su propia conducta, que ahora le parecía vil; aquel esposo engañado era magnánimo en su dolor, mientras que él se reconocía pequeño y mísero; pero este sentimiento de inferioridad respecto al hombre a quien había despreciado injustamente no era más que una pequeña parte de su dolor.

Lo que lo afligía sobre todo era la idea de perder a Anna para siempre, porque su pasión, enfriada un momento, se había despertado más violenta que nunca. Durante su enfermedad pudo conocerla mejor, y creía no haberla amado jamás; sería necesario perderla ahora, cuando ya la conocía y amaba verdaderamente, y dejar, al perderla, el recuerdo más humillante. Recordaba con horror el momento ridículo y odioso en que Alexiái Alexándrovich le había apartado las manos del semblante; e inmóvil en el zaguán de la casa de Karenin parecía no saber dónde estaba ni qué hacía.

—¿Llamo a un cochero? —preguntó el conserje.

—Sí, llámalo.

Cuando entró en su casa, después de tres noches de insomnio, Vronski se tendió en un sofá sin desnudarse, con los brazos cruzados sobre la cabeza. Las reminiscencias, los pensamientos, las impresiones más extrañas se sucedían en su espíritu con singular lucidez. Unas veces se figuraba que daba una poción a la enferma, otras veces que contemplaba las blancas manos de la comadrona, y después la singular actitud de Alexiái Alexándrovich, arrodillado junto al lecho.

«¡Dormir, olvidar!», se dijo con la tranquila solución del hombre que, hallándose en su estado normal, sabe que puede reposar si está cansado. Sus ideas se embrollaron muy pronto, y le pareció caer en el abismo del olvido; pero de pronto, en el momento que abandonaba la vida real, como si las olas de un océano hubiesen pasado sobre su cabeza, una violenta sacudida eléctrica pareció agitar su cuerpo sobre los muelles del diván, y se halló de rodillas, con los ojos tan abiertos como si no hubiese pensado en dormir y sin experimentar el menor cansancio.

«Podrá usted arrastrarme por el fango...»

Estas palabras de Alexiúi Alexándrovich resonaban en sus oídos, y aún creía verlo ante sí, y también el rostro encendido de Anna, y sus ojos brillantes, que miraban con ternura no a él, sino a su esposo; pensaba también en lo ridículo que debió parecer cuando Alexiúi Alexándrovich le separó las manos del rostro; y echándose hacia atrás en el diván, cerró los ojos, murmurando:

—¡Dormir, olvidar!

Un momento después se representó el rostro de Anna más radiante que nunca, tal como lo vio el día memorable de las carreras.

—¡Es imposible, y no será así! —murmuró—. ¿Cómo quiere ella borrar este recuerdo? ¡Yo no puedo vivir así! ¿Cómo reconciliarnos?

Pronunciaba estas palabras en voz alta, sin saber lo que decía, y esta repetición maquinal impidió durante algunos segundos que los recuerdos y las imágenes que le acosaban volvieran a reproducirse; pero los dulces momentos del pasado y las recientes humillaciones recobraban muy pronto su imperio.

Vronski permaneció así echado, buscando el sueño sin esperanza de encontrarlo y murmurando algunas frases para alejar las nuevas y desconsoladoras alucinaciones que le asediaban. Le parecía oír su propia voz, que repetía con singular persistencia: «No has sabido apreciarla; no has sabido aprovecharte».

«¿Me volveré loco? —preguntóse al fin—. Tal vez. ¿Por qué se vuelve uno loco y por qué se suicida?»

Contestándose a sí mismo, abrió los ojos, y su mirada se posó en un cojín bordado por su cuñada Varia; entonces fijó en ella su recuerdo, pero una idea extraña a la que lo acosaba era para él nuevo martirio: «No —se dijo—, es preciso dormir». Y acercando a su cabeza el cojín, hizo un esfuerzo y procuró conservar los ojos cerrados. De pronto, se incorporó y se estremeció, murmurando: «Todo ha concluido para mí ¿Qué puedo hacer ya?». Y se representaba la vida sin Anna.

La ambición, Serpujovskói, el mundo, la corte; todo esto podía tener algún sentido en otro tiempo; ahora, no. Vronski se levantó, se despojó de la levita y de la corbata para poder respirar más libremente, y comenzó a pasear por la habitación. «Así es como uno se vuelve loco —repitió—; así es como uno se suicida..., para evitar la vergüenza», añadió, lentamente.

Se dirigió hacia la puerta; después, con la mirada fija y apretados los dientes, se acercó a la mesa, cogió un revólver, lo examinó y lo cargó. Cuando hubo reflexionado durante dos minutos, completamente inmóvil, con el arma en la mano y la cabeza inclinada, su espíritu se fijó al parecer en una sola idea. «Ciertamente —se dijo, y esta decisión parecía ser resultado lógico de una serie de pensamientos; pero en el fondo giraba siempre en el mismo círculo de impresiones que hacía una hora recorría por centésima vez—, ciertamente», repitió; y apoyando el revólver en el lado izquierdo de su pecho, oprimió el gatillo. El golpe violento que recibió lo hizo caer,

sin que oyese la menor detonación, y al tratar de cogerse en el reborde de la mesa, soltó el revólver, vaciló y cayó al suelo, mirando a su alrededor con asombro. Su habitación le parecía desconocida; los pies torneados de la mesa y el cesto de los papeles, la piel de tigre, todos estos objetos tenían un aspecto distinto. Los pasos de su criado, que acudía presuroso, lo hicieron volver en sí; entonces comprendió que estaba en el suelo, y al ver sangre en sus manos y en la piel de tigre, se dio cuenta de lo que había hecho. «¡Qué torpeza, me ha fallado el tiro!», pensó, buscando en la mano la pistola que estaba junto a él; pero perdió el equilibrio y cayó de nuevo bañado en sangre.

El ayuda de cámara, hombre sensible, que se quejaba siempre de la delicadeza de sus nervios, se espantó de tal modo al ver a su amo, que dejándolo en el suelo, corrió en busca de auxilio.

Una hora después llegó Varia, la cuñada de Vronski, y con ayuda de tres médicos que había ido a buscar, consiguió que se acostase el herido. A partir de ese momento hizo de enfermera.

## XIX

**A**LEXIÉI Alexándrovich no había previsto el caso de restablecerse su esposa, después de obtener el perdón; el error se le representó en toda su gravedad dos meses después de su regreso de Moscú; pero si lo había cometido fue porque desconociera hasta allí su propio corazón. Cerca del lecho de su esposa moribunda había experimentado, por primera vez en su vida, ese sentimiento de compasión enternecida que inspiran los dolores de otro, y contra el cual luchó siempre, como se lucha para combatir una peligrosa debilidad. El remordimiento por haber deseado la muerte de Anna, la compasión que esta le inspiró y, sobre todo, la satisfacción de haber perdonado, transformaban las angustias morales de Karenin en una paz profunda, convirtiendo la pena en alegría; todo cuanto había juzgado incomprensible en su odio y su cólera era ya sencillo porque amaba y perdonaba.

Había perdonado a su esposa y la compadecía, así como se lamentaba también del acto desesperado de Vronski. Su hijo, del cual sentía ya no haber hecho caso alguno, le daba lástima; y en cuanto a la recién nacida, sentía por ella, más que compasión, ternura. Al ver aquella pobre criatura casi abandonada durante la enfermedad de su madre, cuidó de ella, y sin echarlo de ver, le tomó cariño. El aya y la nodriza lo veían entrar varias veces en la habitación de los niños; intimidadas al principio, se acostumbraron poco a poco a su presencia; a veces permanecía allí media hora, contemplando el rostro colorado de la niña que no era suya, y observando sus movimientos cuando con el dorso de sus manecitas se frotaba los ojos. En tales instantes Alexiéi Alexándrovich estaba tranquilo, y no veía nada de anormal en su situación, nada que quisiera cambiar.

Y, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, reflexionaba que no se le permitiría contentarse con aquella situación que para él era natural, y que nadie, sin embargo, aceptaría.

Fuera de la fuerza moral, casi santa, que lo guiaba interiormente, sentía otra brutal, pero poderosa, que dirigía su vida a pesar suyo, sin concederle la calma.

A su alrededor, todos parecían interrogar su actitud, sin comprenderla, esperando de él alguna cosa muy diferente.

En cuanto a las relaciones con su esposa, no eran naturales ni estables.

Cuando hubo cesado el enternecimiento producido por la aproximación de la muerte, Alexiéi Alexándrovich observó hasta qué punto Anna temía su presencia, sin atreverse a mirarlo de frente; parecía perseguida siempre por un pensamiento que no se atrevía a expresar; y era que ella también presentía la corta duración de las relaciones actuales, y esperaba alguna cosa de su esposo, sin saber qué.

Hacia fines de febrero, la niña, a la cual se había dado el nombre de la madre, enfermó; Alexiéi Alexándrovich, que la vio una mañana antes de ir al ministerio,

envió a buscar al médico; y al volver, a las cuatro, encontró en la antecámara un lacayo muy galoneado que parecía guardar un manto forrado de piel blanca.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—La princesa Yelizavieta Fiódorovna Tverskaia —contestó el lacayo.

Y Alexiéi Alexándrovich creyó observar que sonreía.

Durante todo aquel penoso periodo, Karenin había notado un interés muy particular hacia él y su esposa por parte de sus amigos mundanos, y en particular de las damas; observaba en todos cierta expresión alegre, mal disimulada en los ojos del abogado, y que veía también en los del lacayo. Cuando lo encontraban y se le preguntaba por su salud, sus interlocutores parecían todos muy satisfechos, como si se tratase de arreglar alguna boda.

La presencia de la princesa no podía agradar a Karenin; jamás le había sido simpática, y le hacía evocar además enojosos recuerdos, por lo cual se dirigió sin detenerse a la habitación de los niños.

En el primer aposento, Seriozha, inclinado sobre la mesa y con los pies en una silla, dibujaba y hablaba; el aya inglesa, que había sustituido a la francesa poco después de la enfermedad de Anna, se levantó e hizo una reverencia al ver a Karenin, y puso después al niño en pie.

Alexiéi Alexándrovich acarició a su hijo, contestó a las preguntas del aya sobre la salud de la señora y preguntó qué había dicho el médico respecto a la niña.

—El doctor no encuentra nada grave, y ha prescrito unos baños.

—Sin embargo, debe sufrir —replicó Karenin—, pues la oigo llorar.

—Creo que la nodriza no es buena —dijo la inglesa, con aire de convencimiento.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque he visto una cosa análoga en casa de la condesa Paul; se prodigaban medicamentos a un niño, y lo único que le irritaba era la falta de alimento, porque la nodriza no tenía leche.

Alexiéi Alexándrovich reflexionó y un momento después entró en la segunda pieza, la niña gritaba, echada en los brazos de su nodriza, y no quería el pecho, sin que pudiesen calmarla las dos mujeres inclinadas sobre ella.

—¿No está mejor? —preguntó Karenin.

—Parece muy agitada —contestó a media voz la niñera.

—Miss Edward cree que la nodriza no tiene leche.

—Así me parece a mí también.

—¿Por qué no lo ha dicho usted?

—¿A quién se lo digo? Anna Arkádievna continúa enferma —contestó la niñera, con expresión de descontento.

Esta mujer servía en la casa hacía muchos años, y sus sencillas palabras extrañaron a Karenin, pues le pareció que aludían a su posición.

La niña gritaba con más fuerza que nunca, hasta perder el aliento; la niñera volvió a tomarla de los brazos de la nodriza y comenzó a mecerla para calmarla.

—Será preciso rogar al doctor que examine a la nodriza —dijo Alexiúi Alexándrovich.

La nodriza, mujer sana y fuerte, con ropas bonitas, temerosa de perder su colocación, sonrió con desdén al pensar que pudiera sospecharse que no tuviera leche, y se cubrió el pecho. Su sonrisa pareció también irónica a Karenin, que fue a sentarse, con expresión de tristeza, sin perder de vista a la niñera mientras tuvo a la criatura en brazos. Cuando hubo vuelto a colocarla en la cuna, alejándose de allí, Alexiúi Alexándrovich se acercó de puntillas a la criatura, la miró silenciosamente y salió después poco a poco, sonriendo.

Al entrar en el comedor, dio orden para que fueran a buscar al médico, y disgustado al ver que su esposa se cuidaba tan poco de la encantadora niña, no quiso entrar a verla ni encontrar tampoco a la princesa Betsi; pero como su esposa podía extrañar que no entrase como de costumbre, hizo un esfuerzo y se dirigió hacia la puerta. La conversación siguiente llegó a sus oídos, bien a su pesar, pues al acercarse, una espesa alfombra ahogaba el ruido de sus pasos.

—Si no marchase, comprendería la negativa de usted y la suya, pero Alexiúi Alexándrovich debe sobreponerse a eso —decía Betsi.

—No es cuestión de mi esposo, sino mía; no me hable usted más de eso —contestaba la voz conmovida de Anna.

—Sin embargo, debe usted desear ver otra vez al que ha estado a punto de morir por su amor...

—Por eso mismo no quiero volver a verlo.

Karenin se detuvo, estaba nervioso, como si fuese culpable; de buena gana se hubiera alejado sin ser oído, pero reflexionando que aquella retirada sería poco digna, prosiguió su camino tosiendo; las voces callaron, y entró en la habitación.

Anna, con bata de color gris y su negro cabello cortado, estaba sentada en una silla larga. Toda su animación desapareció, como de costumbre, al ver a su esposo; inclinó la cabeza y dirigió una inquieta mirada a Betsi. Esta última, vestida a la última moda, con un sombrerito en la parte superior de la cabeza, a semejanza de una pantalla en un quinqué, y una falda de vivos colores, estaba junto a su amiga; se mantenía tan erguida como era posible, y saludó a Karenin con una sonrisa irónica.

—¡Ah! —exclamó con expresión de asombro—, celebro encontrarlo en su casa; no se presenta usted en ninguna parte, y no lo he visto desde la enfermedad de Anna; por otros he sabido de sus cuidados. ¡Sí, es usted un marido extraordinario!

Y le dirigió una mirada cariñosa y significativa que debía considerarse como una medalla de generosidad para Karenin por la conducta observada con su esposa.

Alexiúi Alexándrovich saludó fríamente, y besando la mano de Anna, preguntó



por su salud.

—Me parece que estoy mejor —contestó, evitando su mirada.

—Sin embargo, parece que tiene usted una animación febril —repuso Alexiúi Alexándrovich, recalcando la última palabra.

—Hemos hablado en demasía —dijo Betsi—, lo cual es egoísmo de mi parte, y, por tanto, me voy.

Y se levantó, pero Anna, que se había ruborizado, la detuvo por el brazo.

—Le ruego que no se vaya —repuso—, pues aún quiero decirle... no, a usted... —dijo volviéndose hacia su esposo, con la cara y el cuello sonrojado—. No quiero ni puedo ocultarle nada...

Alexiúi Alexándrovich inclinó la cabeza, haciendo crujir sus dedos.

—Betsi me ha dicho —continuó— que el conde Vronski deseaba venir aquí para despedirse antes de su marcha a Tashkent.

Anna hablaba deprisa, sin mirar a su esposo, y como deseosa de concluir cuanto antes.

—Yo he contestado —añadió— que no podía recibirlo.

—Ha contestado usted, amiga mía —dijo Betsi, corrigiendo a Anna—, que esto dependía de Alexiúi Alexándrovich.

—No, no puedo recibirlo, y esto no concluiría...

Se detuvo de pronto, interrogando a su marido con la mirada, pero Karenin había vuelto la cabeza.

—En una palabra —añadió—, no quiero...

Alexiúi Alexándrovich se acercó a su esposa e hizo ademán de cogerle la mano.

El primer impulso de Anna fue retirarla, pero se dominó y estrechó la de su marido.

—Le doy las gracias por su confianza... —comenzó a decir Karenin, pero al mirar a la princesa se interrumpió, avergonzado y molesto.

Lo que podía juzgar y decir fácilmente hallándose solo le era imposible en presencia de Betsi, en quien se encarnaba para él esa fuerza brutal independiente de su voluntad, y dueña, sin embargo, de su vida; delante de ella no podía experimentar sentimiento generoso de amor y perdón.

—Vamos, adiós, querida mía —dijo Betsi, levantándose y abrazando a Anna antes de salir.

Karenin la acompañó hasta la puerta.

—Alexiúi Alexándrovich —dijo Betsi, deteniéndose en medio de la habitación para estrecharle una vez más la mano de una manera significativa—, reconozco que es usted un hombre sinceramente generoso, y lo aprecio tanto que me permitiré darle un consejo, aunque no tengo interés alguno en la cuestión: reciba usted a Vronski, que es el honor personificado, y que marcha mañana a Tashkent.

—Le agradezco su simpatía y consejo, princesa; la cuestión es saber si mi esposa puede o quiere también recibir a alguien: ella lo decidirá.

Pronunció estas palabras con dignidad, elevando las cejas como de costumbre, pero comprendió al punto que, cualesquiera que fuesen sus palabras, esta dignidad no era compatible con su situación. La sonrisa irónica y maligna con que Betsi escuchó sus palabras, lo demostraba lo suficientemente.

## XX

**D**ESPUÉS de despedirse de Betsi, Karenin volvió a la habitación de su esposa; Anna seguía ocupando su silla, mas al oír los pasos de su marido, se levantó precipitadamente, y lo miró con expresión de espanto. Karenin reconoció que había llorado.

—Te agradezco mucho tu confianza —dijo con dulzura, repitiendo en ruso la contestación que había dado en francés delante de Betsi; esta manera de tutear en ruso irritaba a Anna, a pesar suyo—; te agradezco tu resolución, porque me parece, como a ti, que desde el momento en que el conde Vronski se marcha, no hay necesidad de recibirlo. Por otra parte...

—Pero, puesto que lo he dicho, ¿a qué hablar más del asunto? —interrumpió Anna, con una irritación que no podía dominar.

«Para nada necesita —pensó— un hombre que ha querido matarse despedirse de la mujer a quien ama, y que, por su parte, no puede vivir sin él. ¡Para nada!»

Anna oprimió los labios, fijó la mirada de sus brillantes ojos en las venas dilatadas de las manos de su marido, que este frotaba porfiadamente una contra otra.

—No hablemos más de eso —añadió con más calma.

—Te he dejado en plena libertad de resolver esta cuestión y me alegro de ver... —comenzó a decir de nuevo Alexiái Alexándrovich.

—Que mis deseos están conformes con los de usted —añadió Anna vivamente, completando la frase y enojada al oírle hablar tan despacio, cuando ella sabía de antemano lo que iba a decirle.

—Sí —dijo Alexiái Alexándrovich—; la princesa Tverskaia hace muy mal en mezclarse en asuntos de familia penosos; y además...

—No creo nada de lo que cuentan de ella —dijo Anna—; solo sé que me quiere sinceramente.

Alexiái Alexándrovich suspiró y calló; Anna jugaba nerviosamente con el cordón de su bata, y de cuando en cuando miraba a su esposo con ese sentimiento de repulsión física de que se acusaba, aunque sin poder reprimirlo. Su mayor deseo en aquel instante era estar sola.

—He dado orden para que vayan a buscar al doctor —dijo Karenin.

—¿Para qué? Ya estoy buena.

—Para la niña, que llora mucho; dicen que la nodriza tiene poca leche.

—¿Por qué no me has permitido amamantarla? A pesar de todo —Alexiái Alexándrovich comprendió el sentido de la frase—, es una niña, pero la dejarán morir —y Anna ordenó que trajesen a la criatura—. He querido morir cuando pedí criar a la niña y me lo negaron —dijo—, y ahora me lo echan en cara.

—Yo no reprocho...

—¡Sí, me lo reprocha usted! ¡Dios mío, por qué no habré muerto! Dispénsame; estoy nerviosa y soy injusta —añadió tratando de dominarse—; pero vete.

—«No —se dijo Alexiéi Alexándrovich al salir de la habitación de su esposa—, esto no puede continuar así.»

Jamás había pensado tanto en la imposibilidad de prolongar a los ojos del mundo semejante situación de Anna y el poder de esa fuerza misteriosa que se apoderaba de su vida para dirigirla en contradicción con las necesidades de su alma.

El mundo y su mujer exigían de él una cosa que no comprendía bien, pero esta cosa despertaba en su alma sentimientos de odio que turbaban su tranquilidad, anulando el mérito de su victoria sobre sí mismo. Anna, según él, debía romper con Vronski; pero si todo el mundo juzgaba imposible ese rompimiento, estaba dispuesto a tolerar sus relaciones, a condición de no deshonorar a los hijos ni trastornar su propia existencia.

Aquello era penoso, pero no tanto como dejar a su mujer en una posición vergonzosa y sin salida, privándose él de todo cuanto amaba. Sin embargo, reconocía su impotencia en esta lucha, y sabía de antemano que le impedirían obrar sabiamente para obligarlo a hacer el daño que todo el mundo juzgaba indispensable.

## XXI

**A** PENAS había salido Betsi del comedor, cuando apareció en la puerta Stepán Arkádich, quien venía de casa de Yeliséev, donde acababan de recibir ostras frescas.

—¡Usted aquí, princesa! —exclamó—. ¡Qué feliz encuentro! Ahora vengo de su casa.

—El encuentro no será largo, pues me voy —contestó Betsi, sonriendo, mientras se abotonaba los guantes.

—Un momento, princesa, permítame usted besar su mano antes de que se la cubra. Nada me agrada tanto en las antiguas costumbres como la de besar la mano de las damas.

Y cogió la mano de Betsi.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—No es usted digno de ello —contestó Betsi, riendo.

—¡Oh, sí! Ahora comienzo a ser un hombre formal, y no solamente arreglo mis propios asuntos, sino también los de los demás —dijo con aire de importancia.

—¿De veras? Lo celebro mucho —repuso Betsi, sabiendo que se trataba de Anna. Y entrando de nuevo en el comedor, atrajo a Oblonski hasta la parte opuesta.

—Ya verá usted —murmuró, con tono de convencimiento— cómo al fin la matará; es imposible resistir eso...

—Me alegro de que piense usted así —replicó Stepán Arkádich, moviendo la cabeza de un lado para otro con aire serio de conmiseración—. Por eso estoy en San Petersburgo.

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa —dijo la princesa—, y semejante situación es intolerable. Anna enflaquece por momentos y su esposo no comprende que es una de esas mujeres cuyos sentimientos no se pueden tratar a la ligera. Una de dos, o se la lleva, procediendo con energía, o de lo contrario debe divorciarse, pues el estado actual concluirá con la vida de Anna.

—Sí..., sí..., precisamente —repuso Oblonski, suspirando— he venido para esto, aunque no del todo, pues acabo de ser nombrado chambelán, y es preciso dar gracias a quien corresponde. Sin embargo, es necesario arreglar este asunto.

—¡El cielo os ayude! —dijo Betsi.

Stepán Arkádich acompañó a la princesa hasta el vestíbulo, volvió a besar su mano más arriba del guante, en la muñeca, y después de permitirse un requiebro, que la princesa acogió con una sonrisa a fin de no incomodarse, se separó de ella para ir a ver a su hermana, a la cual encontró llorando. Stepán Arkádich, a pesar de su buen humor, pasó, naturalmente, de la alegría al enternecimiento poético que convenía a la disposición de espíritu de su hermana, a quien preguntó cómo seguía.

—¡Muy mal, muy mal! —contestó—. Lo mismo por la noche que por la mañana, lo mismo en el pasado que en el futuro, todo va mal.

—Siempre ves las cosas negras; es preciso recobrar valor y hacer frente a las circunstancias; ya sé que es difícil, pero...

—He oído decir que algunas mujeres aman a los hombres por sus vicios —comenzó a decir Anna de pronto—; pero lo odio por sus virtudes, y no puedo vivir con él. Compréndeme, no lo aguanto, me pongo mala físicamente nada más verlo. No puedo vivir en su compañía. ¿Qué debo hacer? He sido desgraciada, y creí que no era posible serlo más, pero esto ya traspasa todo lo que imaginé. ¿Puedes creer... que sabiendo yo que es bueno y perfecto, y hallándome persuadida de mi inferioridad, lo aborrezca por su generosidad a pesar de todo? No tengo más remedio que...

Iba a decir «morir», pero su hermano no la dejó acabar.

—Estás enferma y nerviosa, y seguramente lo ves todo exagerado. En eso no hay nada tan terrible.

Ante semejante desesperación, Stepán Arkádich sonreía, pero con una bondad y dulzura casi femenina, que, lejos de ofender, calmaba y enternecía; sus palabras producían el efecto de una loción de aceite de almendras dulces. Anna lo reconoció muy pronto.

—No, Stepán —repuso—; estoy perdida, más que perdida, porque no puedo decir aún que todo esté concluido; presiento todo lo ocurrido, y me comparo con una cuerda demasiado tirante que se ha de romper necesariamente. Aún no ha llegado el fin, pero será terrible.

—No, no; la cuerda se puede aflojar con suavidad. No hay situación que no tenga alguna salida.

—Lo he pensado mucho, y no veo más que una... —Stepán Arkádich comprendió por la mirada de espanto de su hermana que se refería a la muerte; y volvió a interrumpirla.

—No —repuso—, escúchame; tú no puedes juzgar de tu posición como yo, y, por tanto, déjame manifestarte francamente mi parecer —al decir esto sonrió de nuevo bondadosamente—. Voy a tomar las cosas desde el principio: tú te casaste con un hombre que tenía veinte años más que tú, y te casaste sin amor, o por lo menos sin conocerlo. Convengo en que esto fue un error.

—¡Un error terrible! —dijo Anna.

—Pero advierto que este es un hecho consumado. Tuviste después la desgracia de amar a otro hombre; era en verdad una desgracia, pero también es un hecho consumado. Tu esposo lo supo y te perdonó —Stepán Arkádich se detenía a cada frase, cual si quisiese dar tiempo para contestar, pero Anna se callaba—. Ahora podemos plantear la cuestión así: ¿te es posible seguir viviendo con tu esposo? ¿Lo deseas tú y lo desea él?

—No sé nada, absolutamente nada.

—¿No acabas de decir tú misma que no podías sufrirlo?

—No, no lo he dicho; lo niego, no sé ni comprendo nada.

—Pero permíteme...

—Tú no sabrás comprenderme; me he precipitado de cabeza en un abismo, y no debo salvarme, ni tampoco puedo.

—Ya verás cómo te impedimos caer y estrellarte. Te comprendo, y me persuado de que no eres capaz de expresar tus sentimientos y deseos.

—Yo no deseo nada más que una cosa, y es que concluya todo esto.

—¿Crees tú que no lo conoce él y que no sufre también? ¿Qué puede resultar de tales tormentos? El divorcio, por el contrario, lo resolvería todo.

Stepán Arkádich dijo esto trabajosamente; y anunciada su idea principal, miró a su hermana para observar el efecto.

Anna movió la cabeza negativamente sin contestar, pero su rostro expresó un momento de alegría; y Stepán Arkádich dedujo que si no expresaba su deseo, era porque la realización le parecía demasiado seductora.

—Me causa mucho pesar —dijo Stepán Arkádich, sonriendo con más confianza—. ¡Cuánto me alegraría de poder arreglar este asunto! No contestes nada. ¡Si Dios me permitiera expresar todo lo que siento! Voy a buscarlo.

Anna fijó en su hermano su mirada pensativa y brillante y no dijo nada.

## XXII

**S**TEPÁN Arkádich entró en la habitación de su cuñado con la expresión solemne que procuraba tomar cuando presidía una sesión de su consejo. Karenin, con los brazos por detrás, paseaba de un lado a otro de la habitación, reflexionando sobre las mismas cuestiones de que acababan de tratar su esposa y su cuñado.

—¿Te molesto? —preguntó Stepán Arkádich, turbado de pronto al ver a Karenin.

Y para disimular su impresión, sacó del bolsillo una petaca que acababa de comprar y tomó un cigarrillo.

—No. ¿Necesitas alguna cosa? —preguntó Alexiéi Alexándrovich en tono forzado.

—Sí..., deseaba..., quería..., sí, quería hablar contigo —contestó Stepán Arkádich, admirado de su timidez.

Este resentimiento le pareció tan extraño e imprevisto que no pudo creer que fuera la voz de su conciencia, que lo aconsejaba no cometer una mala acción; y dominando este sentimiento, dijo sonrojándose:

—Espero que creas sinceramente en mi cariño hacia mi hermana y en el respeto que siento hacia ti.

Alexiéi Alexándrovich se paró sin objetar nada y Stepán Arkádich quedó sorprendido al observar el aspecto de víctima resignada que tenía Karenin.

—Me proponía hablarte de mi hermana y de vuestra respectiva situación.

Alexiéi Alexándrovich sonrió con tristeza, miró a su cuñado, se acercó a la mesa sin contestarle, cogió una carta comenzada y se la entregó.

—No dejes de pensar en eso —dijo—; he aquí lo que me proponía manifestarle por escrito, pues creo que así me expresaré mejor, sin contar que mi presencia basta para irritar a Anna.

Stepán Arkádich tomó el papel, observando con asombro los ojos apagados de Karenin, que lo miraban fijamente.

Ya sé —decía la carta— hasta qué punto le es enojosa mi presencia; por penoso que sea persuadirme de ello, lo reconozco, y comprendo que no podría ser de otro modo. A Dios pongo por testigo de que durante la enfermedad de usted he resuelto olvidar el pasado y comenzar una nueva vida; y no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás, de lo que entonces hice. Yo deseaba la salvación de usted y la de su alma; mas no he podido conseguir mi objeto. Dígame usted lo que considera necesario para su tranquilidad y su dicha, y desde luego me someteré a su voluntad y su sentimiento de justicia.

Oblonski devolvió la carta a su cuñado, y siguió mirando perplejo, sin hallar nada que decir. Aquel silencio era tan penoso que los labios de Stepán Arkádich temblaban convulsivamente mientras contemplaba a Karenin.



—He aquí lo que deseaba decirle —dijo Alexiéi Alexándrovich y apartó la mirada.

—Sí..., sí —dijo Stepán Arkádich incapaz de responder, intentando dominar las lágrimas—. Ya comprendo —balbució al fin.

—Yo desearía saber qué es lo que quiere —dijo Karenin.

—Temo que ni ella misma lo sepa —replicó Stepán Arkádich, procurando recobrarle—; no puede ser juez en la cuestión; está anonadada por tu grandeza de alma, y si lee tu carta aún inclinará más la cabeza, sin serle posible contestarte.

—¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo explicarse y conocer sus deseos?

—Si me permites manifestarte mi parecer, a ti corresponderá indicar claramente las medidas que creas necesarias para poner término a esta situación.

—Entonces, ¿crees que es preciso acabar de una vez? —interrumpió Karenin—. Pero ¿cómo se hará?— añadió, pasándose las manos por los ojos con un ademán que no le era habitual—. Yo no veo salida posible.

—Toda situación, por penosa que sea, tiene alguna —replicó Oblonski, animándose poco a poco—. Tú me hablaste una vez del divorcio... Si estás convencido de que no hay ya felicidad posible entre vosotros...

—La felicidad se puede comprender de distintos modos; admitamos que consiento en todo. ¿Cómo saldremos del paso?

—Si quieres saber mi opinión —dijo Stepán Arkádich, con la misma sonrisa melosa que tuvo para su hermana, y tan persuasiva que Karenin, dejándose dominar de su debilidad, se sintió inclinado a creer en su interlocutor—, comenzaré por decirte que ella no dirá jamás lo que desea; pero hay una cosa que ella podría anhelar, y es romper lazos que despiertan en tu esposa crueles recuerdos. A mi modo de ver, es indispensable determinar bien vuestras relaciones, y para esto se hace preciso que cada cual de vosotros recobre su libertad.

—¡El divorcio! —interrumpió Alexiéi Alexándrovich con expresión de disgusto.

—Sí, el divorcio —repitió Stepán Arkádich, sonrojándose—. Desde cualquier punto de vista es el partido más sensato cuando dos esposos se hallan en vuestra situación. ¿Qué hacer cuando la vida en común es ya intolerable, cosa que puede suceder a menudo?

Alexiéi Alexándrovich suspiró profundamente, tapándose los ojos.

—Solo se ha de tomar una cosa en consideración —continuó Stepán Arkádich, cada vez más sereno—, y es saber si uno de los dos esposos trata de casarse otra vez; de lo contrario, la cuestión es muy sencilla.

Alexiéi Alexándrovich, con el rostro descompuesto por la emoción, murmuró algunas palabras ininteligibles. Lo que a Oblonski le parecía tan sencillo, él lo había pensado y repensado, juzgándolo siempre imposible. Ahora que le eran conocidas las condiciones de divorcio, su dignidad personal, tanto como el respeto a la religión, le

prohibían fingir, proclamándose culpable de un supuesto adulterio que no había cometido, y mas aún, reconociendo públicamente el adulterio de Anna, deshonorar a una mujer amada, a quien había perdonado. El divorcio le parecía imposible también por otras razones, todavía más importantes.

¿Qué sería de su hijo? Dejarlo con la madre era imposible, porque la mujer divorciada tendría una familia ilegal, en la que la posición del niño sería intolerable. ¿Qué educación recibiría? Conservarlo a su lado sería un acto vengativo que le repugnaba; y además, lo que principalmente hacía inadmisibile el divorcio, a su modo de ver, era la idea de que al consentir contribuiría a perder a su esposa. Tenía presentes las palabras que Dolli le dijo en Moscú: «Al divorciarse solo piensa usted en sí mismo y no se da cuenta que con ello va a destruir a Anna». Ahora que había perdonado, encariñándose con los niños, esas palabras tenían para él una significación particular. Devolver la libertad a Anna significaría quitarle ese lazo afectuoso, que lo unía con la vida de los niños, a los que quería mucho; y para ella sería tanto como privarla del último apoyo en la senda del bien, empujándola hacia el abismo, pues sabía muy bien que una vez divorciada se uniría a Vronski por un lazo culpable e ilegal, porque el matrimonio no se rompe, según la Iglesia, sino por la muerte.

«¿Y quién sabe —pensó Karenin— si al cabo de un año o dos la abandonará Vronski y contraerá nuevas relaciones! En este caso, yo sería el único responsable de su caída. No, el divorcio no era cosa tan sencilla como su cuñado pensaba.»

No admitía, pues, ni una palabra de lo que Stepán Arkádich decía, le sobran argumentos para refutar sus razones, y, sin embargo, lo escuchaba, comprendiendo que sus palabras eran la manifestación de esa fuerza irresistible que dominaba su existencia, y a la cual acabaría por someterse.

—Falta saber —dijo Oblonski— con qué condiciones consentirás en el divorcio, porque ella no se atreverá a pedirte nada, dejándolo todo a tu generosidad.

«¿Para qué todo eso, Dios mío?», pensó Alexiéi Alexándrovich, cubriéndose el rostro con ambas manos de vergüenza, como lo había hecho Vronski, al recordar los detalles del divorcio en el caso en que el marido se hace responsable del adulterio.

—Estás conmovido —dijo Oblonski—, y lo comprendo, pero si reflexionases...

«Y si te dan un bofetón en la mejilla izquierda —se dijo Alexiéi Alexándrovich—, presenta la derecha; y si te roban la capa da también el vestido.»

—¡Sí, sí! —añadió en voz alta—. Reaiga la vergüenza sobre mí; hasta renunciaré a mi hijo... Pero ¿no sería mejor dejar todo eso? En fin, haz lo que quieras.

Y separándose de Oblonski, para que este no viera su agitación, fue a sentarse junto a la ventana, triste y avergonzado, aunque satisfecho de haberse hecho moralmente superior a toda humillación.

Stepán Arkádich estaba conmovido y guardaba silencio.

Alexiúi Alexándrovich —dijo al fin, creo que ella apreciará tu generosidad. Tal era sin duda la voluntad de Dios —añadió; pero comprendiendo al punto que decía un disparate, reprimió una sonrisa.

Alexiúi Alexándrovich quiso contestar, pero las lágrimas se lo impidieron.

—Es una desgracia fatal y hay que aceptarla —dijo Oblonski—. Yo la acepto como un hecho irreversible y quiero ayudaros a ti y a ella.

Cuando Oblonski salió del gabinete de su cuñado, estaba sinceramente conmovido, lo cual no disminuía su satisfacción por haber arreglado el asunto con éxito; estaba convencido de que Alexiúi Alexándrovich no desistiría sus palabras. Le sonreía además la idea de componer un acertijo para su esposa y amigos íntimos, para cuando el asunto quedase resuelto. «¿Qué diferencia hay entre el emperador y yo? El emperador firma el divorcio, y nadie se siente ni mejor, ni peor. Y yo organizo uno, y por lo menos tres personas estarán más felices. O mejor así: ¿Qué semejanza hay entre el emperador y yo? Cuando... Bueno, ya se me ocurrirá algo mejor», se dijo a sí mismo con su habitual sonrisa.

## XXIII

**L**A herida de Vronski era peligrosa, aunque la bala no hubiese tocado el corazón; y así es que durante varios días estuvo entre la vida y la muerte. Cuando por primera vez se halló en disposición de hablar, su cuñada Varia estaba en la estancia.

—Varia —le dijo, mirándola con grave expresión—, me he herido involuntariamente; dilo así a todo el mundo, pues de lo contrario esto sería demasiado ridículo.

Varia se inclinó sobre Vronski y observó su rostro con satisfacción; los ojos del herido no indicaban ya fiebre, pero tenían una expresión severa.

—A Dios gracias —dijo Varia—, ¿No te duele?

—Me duele un poco este lado —contestó Vronski, señalando el pecho.

—Permíteme entonces cambiar el apósito.

—Ya sabes —dijo Vronski cuando hubo terminado— que no me acosa el delirio; ahora te ruego que procures que no se diga que he tratado de suicidarme.

—Nadie lo dice; pero confío que renunciarás a dispararte un tiro accidentalmente —dijo Varia, con una sonrisa interrogadora.

—Es probable; pero más hubiera valido...

Y sonrió con expresión sombría.

A pesar de estas palabras, cuando Vronski estuvo fuera de peligro, comprendió que se había librado de una parte de sus padecimientos. En cierto modo pensaba haber lavado con su sangre la vergüenza y la humillación, y en lo sucesivo podía pensar con calma en Alexiéi Alexándrovich, reconociendo su generosidad sin que su recuerdo le provocara humillación. Además, podría continuar su acostumbrada existencia, mirar a las personas de frente y atenerse de nuevo a los principios que siempre se impuso como guía de su conducta. Lo que no conseguía, a pesar de todos sus esfuerzos, era arrancarse del corazón el sentimiento de haber perdido a Anna para siempre, aunque estaba firmemente resuelto, ya que había redimido su falta para con Karenin, a no volver a interponerse entre la esposa arrepentida y su marido. Sin embargo, el sentimiento no se podía borrar, ni tampoco el recuerdo de los momentos felices, muy poco apreciados en otro tiempo, y cuyo encanto se le representaba sin cesar. Serpujovskói imaginó influir para que le confiaran una misión en Tashkent, y Vronski aceptó la proposición sin vacilar; pero cuanto más se acercaba el momento de la marcha, más cruel le parecía el sacrificio que hacía en aras del deber.

«Verla una vez más y morir», pensaba; y al hacer su visita a Betsi, le manifestó este deseo.

La princesa se constituyó desde luego en embajadora acerca de Anna, pero hubo de volver con una negativa.

«Mejor —pensó Vronski, al recibir tal respuesta—, porque esta debilidad me

hubiera costado las pocas fuerzas que me quedan.»

A la mañana siguiente, Betsi llegó a casa de Vronski para anunciarle que había sabido por Oblonski que Alexiéi Alexándrovich consentía en el divorcio, y que, por tanto, nadie impediría ya a Vronski ver a Anna.

Sin pensar ya más en sus resoluciones, sin preguntar en qué momento podría verla ni dónde estaba su marido, olvidándose hasta de acompañar a Betsi, Vronski corrió a casa de los Karenin, subió de dos en dos los peldaños de la escalera, entró precipitadamente, cruzó casi corriendo toda la casa, penetró en la habitación de Anna y, sin preguntarse siquiera si podría detenerlo la presencia de un tercero, cogió a su amante entre los brazos y le cubrió de besos las manos, el rostro y el cuello.

Anna se había preparado a recibirlo, pensando lo que le diría; pero no tuvo tiempo de hablar, pues la pasión de Vronski lo dominaba todo; hubiera querido calmarlo a él y a sí misma, mas era imposible; sus labios temblaban, y durante largo tiempo no pudo hablar.

—¡Oh, me has conquistado y soy tuya! —exclamó al fin, oprimiendo la mano de Vronski contra su seno.

—Esto debía ser y será mientras vivamos; ahora lo sé.

—Es verdad —replicó Anna, palideciendo cada vez más, y rodeando con su brazo la cabeza de Vronski—; pero esto tiene algo de terrible después de lo que ha sucedido.

—¡Todo se olvidará, porque vamos a vivir felices! Si nuestro amor debiera ser más grande, lo sería porque tiene algo de terrible —dijo Vronski, mostrando sus blancos dientes al sonreír.

Anna no pudo evitar contestarle con una sonrisa —no fue la respuesta a sus palabras, sino a sus ojos llenos de amor, y cogiendo después su mano, se acarició con ella el rostro y su cabello cortado.

—Ya no te conozco con el cabello así —dijo Vronski—; pero siempre estás hermosa; pareces un muchacho. ¡Qué pálida estás!

—Sí, aún estoy muy débil —contestó Anna, cuyos labios temblaban.

—Iremos a Italia, allí te restablecerás.

—¿Es posible que podamos vivir como esposos, los dos solos? —preguntó Anna, mirando fijamente a su amante.

—Lo que yo extraño es que no haya sido siempre así.

—Karenin dice que consiente en todo, pero yo no acepto su generosidad —repuso Anna, con aire pensativo—; no quiero el divorcio, y solo me pregunto lo que decidirá sobre Seriozha.

Vronski no comprendía cómo en aquel primer momento en que volvían a reunirse, podía Anna pensar en su hijo y en el divorcio.

—No hables de eso, ni pienses tampoco en ello —dijo, acariciando con sus manos

las de Anna, para llamar su atención, pero sin conseguirlo.

—¡Ah! ¿Por qué no habré muerto? ¡Esto hubiera sido mucho mejor!

Y aunque las lágrimas inundaban su rostro, trató de sonreír para no disgustar a su amante.

En otro tiempo, Vronski hubiera creído imposible sustraerse a la lisonjera y peligrosa misión de Tashkent, mas ahora la rehusó sin vacilar, y habiendo notado que su negativa era mal interpretada en las altas esferas, presentó su dimisión.

Un mes después, Alexiái Alexándrovich se quedaba solo con su hijo, y Anna marchaba con Vronski al extranjero, rehusando el divorcio.

# Quinta Parte

## I

LA princesa Scherbátskaia creía imposible celebrar el casamiento antes de la cuaresma, porque apenas estaría concluida para entonces la mitad de la canastilla de boda; faltaban, por tanto, cinco semanas. Reconocía que se corría el riesgo de retardar la boda por causa del luto si se esperaba hasta la pascua, porque una tía del príncipe estaba muy enferma. En consecuencia, se optó por un término medio, acordando que el enlace se efectuara antes de la cuaresma, recibiendo solo una parte del ajuar inmediatamente, y lo demás después de la boda. Los recién casados pensaban marchar al campo apenas celebrada la ceremonia, y no necesitaban gran cosa. La princesa se indignaba al ver a Lievin mostrarse indiferente a todas estas cuestiones; en efecto, Konstantín parecía medio loco, y seguía creyendo que su felicidad era el centro y único objeto de la creación; sus asuntos no le preocupaban apenas nada, y lo dejaba todo al cuidado de sus amigos, seguro de que se arreglarían las cosas de la mejor manera posible. Su hermano Serguiéi Ivánovich, Stepán Arkádich y la princesa eran los que dirigían, y se contentaba con aceptar todas las proposiciones.

Su hermano tomó a préstamo el dinero que necesitaba; la princesa le aconsejó que saliera de Moscú después de la boda, y Stepán Arkádich opinó que convendría un viaje al extranjero. Lievin consentía en todo. «Haced lo que queráis, si eso os divierte... —pensaba—; yo soy feliz, y cualquiera que sea vuestra resolución, no me creeré ni más ni menos dichoso.» Sin embargo, cuando anunció a Kiti el proyecto de Stepán Arkádich, observó con asombro que la joven no lo aprobaba, y que ya había combinado su plan para el porvenir. Kiti no ignoraba que Lievin tenía considerables intereses en su casa y en sus tierras, y aunque no comprendiese estos negocios ni deseara enterarse de ellos, le parecían, sin embargo, de gran importancia; he aquí por qué no deseaba un viaje al extranjero y prefería instalarse en su verdadera residencia. Esta determinación sorprendió a Lievin, y, siempre indiferente a los detalles, rogó a Stepán Arkádich que dirigiera, con el buen gusto que le caracterizaba, el arreglo y embellecimiento de la casa de Pokróvskoie; le parecía que esto correspondía a las atribuciones de su amigo.

—A propósito —dijo un día Stepán Arkádich a Lievin, después de haber

arreglado todo en la casa de campo—, ¿tienes la cédula de confesión?

—No. ¿Por qué?

—Nadie se casa sin ella.

—¡Bah! —exclamó Lievin—. Ya hace nueve años que no me confieso, y ni siquiera he pensado en tal cosa.

—¡Muy bien! —repuso Stepán Arkádich, sonriendo—. ¡Y luego vendrás a tratarme de nihilista! Vamos, esto no puede pasar así; es preciso que cumplas con tus deberes religiosos.

—¿Cuándo? ¡Si no nos quedan más que cuatro días!

Stepán Arkádich arregló este asunto como los demás, y Lievin comenzó sus devociones. Aunque incrédulo para sí, no respetaba menos la fe de otros, y le parecía duro asistir a ceremonias sin creer en ellas. En su disposición de espíritu, la obligación de disimular le era odiosa. ¡Cómo burlarse de las cosas santas y mentir, cuando su corazón rebosaba de ternura y alegría! Por mucho que hizo para inducir a Stepán a obtener la cédula sin confesarse, su amigo se mostró inflexible:

—¿Qué te importa esto? —le dijo Stepán Arkádich. Dos días pasan pronto, y solo tendrás que hablar con un viejecito que te despachará sin molestarte.

Durante la primera misa a que asistió, Lievin hizo lo posible para recordar las impresiones religiosas de su juventud, que habían sido muy vivas entre los dieciséis y diecisiete años, mas no lo consiguió. Entonces quiso considerar las formas religiosas como una costumbre antigua, falta de sentido, poco más o menos como la de hacer visitas; pero tampoco adelantó nada con esto, pues así como la mayor parte de sus contemporáneos, fluctuaba en el vacío desde el punto de vista religioso, y aunque incapaz de creer, tampoco podía dudar completamente. Esta confusión de sentimientos le hizo ser modesto y avergonzarse mucho durante el tiempo consagrado a sus devociones. Su conciencia le gritaba que obrar sin comprender era un acto censurable y engañoso.

Para no estar en contradicción demasiado flagrante con sus convicciones, trató, por lo pronto, de atribuir un sentido cualquiera al servicio divino con sus diferentes ritos; pero como observase que criticaba en vez de comprender, se esforzó para absorberse en los pensamientos íntimos que le asediaban durante sus largas permanencias en la iglesia. La misa, las vísperas y las oraciones de la tarde se pasaron así; a la mañana siguiente se levantó más temprano, y en ayunas fue a rezar sus oraciones de la mañana y a confesarse. El templo estaba desierto; solo había un soldado que pedía limosna, dos viejas y dos monaguillos; un diácono joven, cuya espada enflaquecida se dibujaba en dos mitades bien marcadas bajo su ligera sotana, le salió al encuentro, se acercó a una mesita que estaba junto a la pared y comenzó a leer las oraciones. Lievin, al oírlo repetir apresuradamente y con voz monótona las palabras «Señor, compadeceos de nosotros», a guisa de estribillo, sabía que su



pensamiento estaba cerrado y sellado, y era mejor dejarlo así sin tocarlo ni moverlo para no provocar la confusión todavía mayor; por tanto permaneció detrás de pie, haciendo lo posible para no escuchar, a fin de no interrumpir sus reflexiones. «¡Que expresiva fue su mano!», se dijo, recordando el rato que había pasado la víspera hablando con Kiti junto a una mesa del salón. No tenían nada que decirse, como sucedía aquellos días a esas horas, y Kiti, poniendo la mano en la mesa, la cerraba y la abría, y, contemplando ella misma tal movimiento, se puso a reír.

Levin recordó que le había besado la mano, fijándose en las líneas que se unían sobre la palma, de color suavemente sonrosado. «Y aún debo decir compadeceos de nosotros», pensó Lievin, haciendo señales de cruz e inclinándose hasta el suelo, a la vez que observaba los ágiles movimientos del diácono en el momento de prosternarse. «Luego, ella cogió mi mano y empezó a examinar las líneas mías. “¡Que mano mas bella tienes!” —dijo.» Y Levin contempló su mano y la del diácono, con los dedos cortos.

Terminadas sus oraciones, Lievin dio un billete de tres rublos al diácono, que lo deslizó discretamente en su manga y se alejó después, haciendo resonar los tacones de sus botas nuevas en las baldosas del templo. Después de haber prometido a Lievin inscribirlo para la confesión, desapareció detrás del altar; pero a los pocos momentos se presentó otra vez e hizo una seña. El pensamiento, hasta aquel momento encerrado, empezó a agitarse otra vez en su cabeza; se apresuró a alejarlo de sí. «Ya se arreglará de una manera u otra», pensó. Lievin se adelantó, franqueó algunos escalones, torció a la derecha y vio a un viejecillo de barba casi blanca y mirada cansada que ojeaba un misal. Después de hacer un ligero saludo a Lievin, comenzó la lectura de las oraciones y se inclinó hasta el suelo.

—Jesucristo asiste, invisible, a la confesión —dijo, volviéndose hacia Lievin, señalando el crucifijo—. ¿Cree usted en todo lo que nos enseña la santa iglesia apostólica? —añadió el sacerdote, cruzando las manos bajo la estola.

—He dudado y aún dudo de todo —contestó Lievin, con una voz que resonó desagradablemente en sus oídos.

El sacerdote esperó algunos segundos, cerró los ojos y añadió, hablando muy deprisa:

—Dudar es propio de la debilidad humana, y por eso debemos rogar al señor todopoderoso que nos fortifique. ¿Cuáles son los principales pecados de usted?

El sacerdote hablaba sin la menor interrupción, y como si temiera perder el tiempo.

—Mi principal pecado es la duda, que no me abandona; dudo de todo y casi siempre.

—Dudar es propio de la debilidad humana —repitió el sacerdote, sirviéndose de las mismas palabras—. ¿De qué duda usted en particular?

—De todo, y a veces hasta de la existencia de Dios —repuso Lievin, casi a pesar suyo, y atemorizado por la inconveniencia de estas palabras, que, sin embargo, no parecieron producir en el viejecillo la impresión que esperaba.

—¿Qué dudas puede tener usted de la existencia de Dios? —preguntó el sacerdote, con una sonrisa casi imperceptible.

Lievin guardó silencio.

—¿Qué dudas puede tener usted sobre el creador cuando contempla sus obras? ¿Quién adornó la celeste bóveda con sus estrellas, decorando la tierra con todas sus bellezas? ¿Cómo existirían esas cosas sin el creador?

Y el anciano fijó en Lievin una mirada interrogadora.

Reconociéndose incapaz de sostener una discusión filosófica con un sacerdote, Lievin contestó a esta última pregunta:

—No sé.

—Pues si no sabe usted, ¿por qué duda que Dios lo haya creado todo?

—No comprendo nada —contestó Lievin, sonrojándose al reconocer lo absurdo de sus contestaciones, que en aquel caso no podían menos de ser imprudentes.

—Ruegue usted a Dios para que lo ilumine; los padres de la iglesia dudaron también y pidieron a Dios que fortificara su fe; el demonio es poderoso y debemos resistirle. Rogad a Dios, rogad a Dios —repitió el sacerdote, muy de prisa. Y después de guardar silencio un instante, como si reflexionara, añadió—: Me han dicho que trata usted de contraer matrimonio con la hija de mi feligrés e hijo espiritual el príncipe de Scherbatski: es una bella joven.

—Sí —contestó Lievin. Y al oír estas palabras en boca del sacerdote, se preguntó: «¿Qué necesidad tiene de hablar de estas cosas en la confesión?».

—Piensa usted en el matrimonio —continuó el anciano—, y tal vez Dios le conceda una posteridad. ¿Qué educación dará a sus hijos si no consigue vencer las tentaciones del demonio que le sugiere la duda? Si ama usted a sus hijos, ¿no deseará para ellos la riqueza, la abundancia y los honores, y también, como buen padre, la salvación de su alma y las luces de la verdad? ¿Qué contestará al niño inocente que le pregunte: «Padre, ¿quién ha creado todo lo que me encanta en la tierra, el agua, el sol, las flores y las plantas?»». ¿Le contestará usted que no sabe nada? ¿Puede usted ignorar lo que Dios le muestra en su bondad infinita? Y si el niño le pregunta qué es lo que le espera más allá de la tumba, ¿le dirá usted que no sabe nada? ¿Lo dejará abandonado a las tentaciones del mundo y del diablo? Eso no estaría bien —añadió el sacerdote, inclinando la cabeza para fijar en Lievin una dulce mirada.

Lievin guardó silencio, no porque temiese una discusión inoportuna, sino porque nadie le había hecho hasta entonces semejantes preguntas, y porque le quedaba suficiente tiempo para reflexionar hasta que tuviera hijos.

—Llega usted a una fase de la vida —continuó el sacerdote— en que es preciso

elegir una senda y seguir por ella. Ruegue usted a Dios que le ayude y lo sostenga en su misericordia —y añadió para concluir—: Nuestro señor Jesucristo te perdonará, hijo mío, con su infinita bondad para los humanos...

Con esto terminó las fórmulas de la absolución, y el sacerdote despidió a Lievin después de haberlo bendecido.

Konstantín volvió a su casa muy satisfecho al pensar que se había librado de una falsa situación sin verse obligado a mentir; y del discurso del buen anciano conservó la vaga impresión de que en vez de absurdos había oído cosas que valía la pena profundizar.

«No ahora —pensó—, pero sí más tarde.» Le parecía a Lievin que en aquel momento tenía en el alma regiones oscuras; y en cuanto concernía a la religión, se hallaba exactamente en el caso de Sviyazhski y algunos otros, cuyas opiniones incoherentes le sorprendían de la manera más desagradable.

La noche que Lievin pasó hablando con su novia en casa de Dolli fue muy alegre; al hablar con Stepán Arkádich, se comparó con un perro que se amaestraba para saltar por un aro, y que, feliz por haber aprendido su lección, quisiera también, en su alegría, saltar a la mesa y a la ventana agitando la cola.

## II

**L**A princesa y Dolli observaban estrictamente las costumbres ya establecidas, y, por tanto, no permitieron a Lievin ver a su novia el día del matrimonio. En consecuencia, comió en su alojamiento con tres célibes reunidos allí por casualidad: eran Katavásov, antiguo compañero de la universidad y entonces profesor de ciencias naturales; Chírikov, juez de paz en Moscú, que había cazado osos en su compañía, y, por último, Serguiéi Ivánovich.

La comida fue muy animada: Serguiéi estaba de muy buen humor, y la originalidad de Katavásov lo divirtió mucho; este último hizo el gasto de la conversación, y Chírikov la sostuvo alegremente.

—He aquí, pues, a nuestro amigo Konstantín Dmítrich ya casado —decía Katavásov, con esa lentitud propia del profesor acostumbrado a escucharse—. ¡Qué joven tan fecundo en recursos era en otro tiempo! Hablo del pasado, porque ya no existe. Amaba la ciencia cuando terminó sus estudios, y se interesaba por la humanidad, ahora emplea una mitad de sus facultades en hacerse ilusiones y la otra mitad en dar a sus quimeras algún viso de razón.

—Jamás encontré un enemigo del matrimonio tan convencido como usted —dijo Serguiéi Ivánovich.

—No, soy simplemente un partidario de la división del trabajo. Los que no son buenos para nada sirven para propagar la especie; los demás deben contribuir al desarrollo intelectual, a la felicidad de sus semejantes. Esta es mi opinión. Ya sé yo que hay muchos hombres dispuestos; a confundir estos dos ramos del trabajo; pero yo no figuro en el número.

—¡Cómo me alegraría que llegase usted a enamorarse de una vez! —exclamó Lievin—. Le suplicaría que me convidase a la boda.

—¡Pero si ya estoy enamorado!

—Sí, de sepia. Ya sabes —añadió Lievin, volviéndose hacia su hermano— que Mijaíl Semiónych escribe una obra sobre la alimentación y...

—Ruego a usted que no embrolle las cosas —interrumpió el profesor—; poco importa lo que escribo, pero la verdad es que la sepia me encanta.

—Esto no le impediría amar a una mujer.

—No, mi esposa es la que se opondría a que amara los moluscos.

—¿Por qué?

—Ya lo verá usted. Ya sé que ahora es muy aficionado a la caza y a la agronomía; pues más tarde veremos si le agrada tanto.

—He visto a mi amigo Arjip —dijo Chírikov— y me ha dicho que en Prúdnioie se encuentran muchos alces y hasta osos.

—Ya los cazará usted sin mi auxilio —dijo Lievin.

—Ya lo ves —repuso Serguiei Ivánovich—, puedes despedirte de cazar osos, pues tu mujer no te lo permitirá.

Lievin sonrió; la idea de que su esposa le hiciese semejante prohibición le pareció tan seductora, que de buena gana hubiera renunciado desde luego a buscar un oso.

—La costumbre de despedirse de la vida de soltero no carece de sentido —dijo Serguiei Ivánovich—. Por feliz que uno se crea, siempre se echa de menos la libertad.

—Confiese usted que, semejante al novio que descubrió Gógol, se experimentan deseos de saltar por la ventana.

—Ciertamente, pero Lievin no lo confesará —dijo Katavásov, soltando la carcajada.

—¡La ventana está abierta..., marchemos a Tver! Se podrá encontrar el oso en su guarida, y nos será fácil aprovechar el tren de las cinco —dijo Chirikov, sonriendo.

—Por mi fe y mi conciencia os aseguro —repuso Lievin, sonriendo también— que no me pesa nada haber perdido mi libertad.

—El alma de usted es ahora un caos de tal naturaleza, que no le sería posible distinguir nada —dijo Katavásov—; espere usted a que se aclare un poco, y entonces verá. Es usted un enfermo que deja poca esperanza; brindemos por su curación.

Después de comer, los invitados debían cambiar de traje para asistir a la boda, y, por tanto, se separaron.

Una vez solo, Lievin se preguntó de nuevo si se lamentaría de haber perdido la libertad de que sus amigos acababan de hablarle, y esta idea le hizo sonreír... «¡La libertad! ¿Para qué la quieren? Mi dicha consiste en amar, en vivir con los pensamientos y deseos de ella, sin ninguna libertad. Esta es la dicha.»

«Pero ¿podré yo conocer sus ideas, sus deseos y sentimientos?», se preguntó Lievin. La sonrisa desapareció de sus labios, se entregó a una profunda meditación y le asaltaron de pronto temores y dudas. «¿Y si no me amase y se casara solo por casarse, sin darse cuenta siquiera de lo que hace? —se dijo Lievin—. Tal vez reconozca su error y comprenda después de haberse unido conmigo que no me ama ni me puede amar.» Los pensamientos más ofensivos para Kiti asaltaban en aquel momento su espíritu, así como un año antes experimentó una pasión de celos contra Vronski recordando, cual si fuese un hecho ocurrido en la víspera, aquella noche en que los vio juntos; esto le hizo sospechar que Kiti no le había confesado todo.

«No —pensó con desesperación, saltando de su silla—, yo no puedo estar así; iré a buscarla y le diré por última vez: “Somos libres. ¿No será mejor detenernos aquí? Cualquier cosa es preferible a la desgracia de toda la vida, a la vergüenza y a la infidelidad”». Y fuera de sí, poseído de odio contra la humanidad, contra sí mismo y contra Kiti, corrió en busca de su prometida.

Nadie lo estaba esperando. La halló sentada en un cofre grande y se ocupaba en pasar revista con su doncella a varios vestidos de múltiples colores diseminados por

el suelo y las sillas.

—¡Cómo! —exclamó alegremente al ver a Levin, y su rostro se iluminó de felicidad—. ¿Eres tú, es usted? —hasta el último día le trataba tan pronto de tú como de usted—. No te esperaba; me ocupó en hacer la repartición de mis vestidos de soltera.

—¡Ah, muy bien! —contestó Lievin, mirando a la camarera con aire sombrío.

—Retírate, Duniasha —dijo Kiti—; ya te llamaré. ¿Qué tienes? —preguntó su novia cuando aquella hubo salido, sorprendida al observar la expresión de trastorno y experimentando un vago temor.

—Kiti —contestó Lievin, fijando en su novia una mirada suplicante—, las dudas me atormentan y no puedo sufrir solo —dijo él con la desesperación, deteniéndose delante de Kiti y mirándole suplicante a los ojos.

Al ver la mirada, serena y llena de amor, de su prometida, comprendió que sus temores eran quiméricos, pero necesitaba que ella misma le sacara de dudas.

—He venido a decirte —continuó Lievin— que aún no es tarde, y que todo se puede reparar.

—¡Cómo! No comprendo. ¿Qué tienes?

—Tengo..., lo que cien veces te he dicho y pensado... No soy digno de ti. No has debido consentir en casarte conmigo...; piénsalo bien; tal vez te engañas, porque no puedes amarme... Sí..., más vale confesarlo... —añadió, sin mirarla—. Yo seré muy desgraciado; pero, digan lo que quieran, todo es mejor que una eterna desdicha... Ahora, mientras aún hay tiempo...

—No comprendo —contestó Kiti, mirándolo con terror—. ¿Qué quieres? ¿Desdecirte, romper...?

—Sí, si tú no me amas.

—¡Estás loco! —exclamó Kiti, sonrojada por el enojo que le producían estas palabras. Mas al ver la triste expresión de su novio, reprimió su cólera y, rechazando los vestidos que cubrían las sillas, se sentó a su lado—. ¿En qué piensas? —le preguntó—. Dímelo todo.

—Pienso que no podrías amarme. ¿Por qué habías de hacerlo?

—¡Dios mío, qué he de hacer! —exclamó Kiti, rompiendo a llorar.

—¡Qué he hecho! —dijo Lievin al punto, arrodillándose a los pies de Kiti y cubriendo sus manos de besos.

A los cinco minutos, cuando la princesa entró en la habitación, encontró a los dos completamente reconciliados. Kiti no solo había convencido a su novio de su amor, sino también había respondido a su pregunta: por qué lo amaba. Le dijo, que lo amaba porque lo comprendía, porque conocía bien qué es lo que le gustaba a Levin, y todo lo que le gustaba, le parecía maravilloso.

A Lievin le pareció la explicación del todo clara, y cuando la princesa entró,

estaban sentados uno junto al otro en el arcón grande, examinando los vestidos y discutiendo sobre su destino. Kiti deseaba dar a Duniasha el que llevaba el día que Lievin pidió su mano, y este insistía en que se guardara, dándose en cambio a Duniasha el vestido azul.

—¿Cómo no lo puedes entender? Ella es morena, y no le quedará bien... Ya lo tengo todo pensado —decía Kiti.

Al saber para qué había venido Lievin, la princesa se incomodó aunque riéndose, y aconsejó a su futuro yerno que fuera a vestirse, porque Kiti debía prepararse también.

—Mí hija está bastante agitada ya —dijo la princesa—; apenas come estos días, y así se pone fea. ¿Es justo que vengas ahora a perturbarla más con tus locuras? ¡Vamos, vete pronto!

Lievin volvió a su alojamiento, vergonzoso y confuso, pero tranquilizado. Su hermano, Daria Alexándrovna y Stepán Arkádich, esperaban ya, vestidos de rigurosa etiqueta, y preparados para bendecirlo con las santas imágenes. No habrá tiempo que perder: Dolli debía volver a su casa a recoger a su hijo, a quien había rizado el cabello para aquel caso; y después era preciso enviar un coche al padrino, mientras que otro conduciría a Serguiei Ivánovich al domicilio de Lievin. Aquel día abundaban las combinaciones más complicadas, y todos debían apresurarse porque habían dado ya las seis y media.

A la ceremonia de la bendición le faltó seriedad... una postura solemne y cómica junto a su esposa, levantó el icono, lo bendecía con una sonrisa cariñosa e irónica; terminó su cometido dándole tres besos, lo cual hizo también Daria Alexándrovna apresuradamente, pues deseaba marcharse pronto porque se había embronado en el arreglo de los coches.

—Lo mejor será —dijo Dolli— que tú vayas a buscar nuestro carruaje, y tal vez Serguiei Ivánovich tendrá la bondad de venir enseguida y enviar el suyo...

—Perfectamente —contestó Lievin.

—Vendremos juntos —replicó Stepán Arkádich—. ¿Se ha enviado ya el equipaje?

—Sí —contestó Lievin.

Y llamó a su criado para vestirse.

### III

**L**A iglesia, brillantemente iluminada, estaba llena de gente, y sobre todo de mujeres; las que no habían podido penetrar en el interior, se agolpaban en las ventanas y se codeaban, disputándose los mejores sitios.

Más de veinte coches se alinearon en la calle bajo la inspección de los gendarmes; un oficial de Policía, indiferente al frío, estaba en el atrio, donde los carruajes iban dejando, uno después de otro, tan pronto elegantes damas, que se levantaban las colas de sus vestidos, como caballeros que se descubrían al punto para penetrar en el sagrado recinto. Los hachones y los cirios encendidos ante las imágenes inundaban de luz los dorados, las cinceladuras de los altares, los grandes candelabros de plata, los incensarios, los pendones del coro, la escalera del púlpito, los antiguos misales y el hábito de los sacerdotes.

En la multitud elegante, que estaba a la derecha de la iglesia, se hablaba a media voz con animación, y el murmullo de las conversaciones resonaba singularmente bajo la alta bóveda. Cada vez que la puerta se abría, el murmullo cesaba, y todos volvían la cabeza con la esperanza de ver al fin entrar a los novios; pero la puerta se había abierto más de diez veces solo para dar paso a algún rezagado que iba a reunirse con el grupo de la derecha o a una espectadora bastante hábil para enternecer al oficial de policía. Amigos y público habían pasado por todas las fases de la espera; al principio no se dio importancia a la tardanza de los contrayentes; después, todos se volvieron con más frecuencia, parientes y convidados afectaron la indiferencia de personas absortas en sus conversaciones, como para no dar a conocer su malestar.

Para demostrar que perdía un tiempo precioso, el archidiácono hacía retemblar de cuando en cuando los vidrios tosiendo con impaciencia; los chantres ensayaban sus voces en el coro, y el sacerdote enviaba sacristanes y diáconos para ver si llegaba el cortejo. Por último, una dama, consultando el reloj, dijo a su vecina:

—Esto comienza a ser extraño —y todos los convidados expresaron al punto su asombro y descontento.

Entre tanto, Kiti, vestida de blanco, con su largo velo y la corona de flores de azahar, esperaba inútilmente en el salón en compañía de su hermana Natalia Lvova y de su madrina a que el padrino viniese para anunciar la llegada de su novio.

Por su parte, Lievin, con pantalón negro, pero sin chaleco ni levita, se paseaba de un lado a otro de la estancia, abriendo la puerta a cada instante para mirar por el corredor; después volvía a su cuarto con aire de desesperación, y parecía interrogar con la vista a Stepán Arkádich, que fumaba tranquilamente.

—¿Se habrá visto jamás hombre alguno en situación tan absurda? —exclamaba.

—Es verdad —decía Stepán Arkádich con tranquila sonrisa—, pero tranquilízate. Pronto lo traerán.



— ¡Ya, ya! —contestaba Lievin, reprimiendo a duras penas su cólera—. ¡Cuando pienso que no se puede hacer nada con esos malditos chalecos abiertos! —añadió, mirando la pechera de su camisa arrugada—. ¿Y si se han llevado ya el equipaje a la estación? —gritaba Lievin fuera de sí.

—Te pondrás la mía.

—Hubiera debido comenzar por esto.

—Espera, todo se arreglará.

Cuando el anciano criado, en cumplimiento de las instrucciones de Lievin, había mandado embalar los efectos de su amo para conducirlos a casa de los Scherbatski, desde donde se debía remitir a la estación del ferrocarril, el viejo Kuzmá no pensó en dejar fuera una camisa limpia. La que Lievin llevaba no era presentable; enviar a casa de los Scherbatski sería perder mucho tiempo, y como era domingo, las tiendas estaban cerradas. Se envió a buscar una camisa a casa de Stepán Arkádich, pero resultó ridículamente ancha y corta, y no quedando ya otro remedio, se hizo forzoso que alguno fuera a casa de los Scherbatski para abrir los cofres. He aquí por qué mientras se le esperaba en la iglesia, el infeliz Lievin se paseaba en su habitación de un lado a otro como una fiera en su jaula.

Por fin llegó el culpable Kuzmá, que se precipitó en la habitación con una camisa en la mano.

—He llegado —gritó— en el momento que ya se llevaban los cofres.

Tres minutos después Lievin corría como un loco por el pasillo, sin mirar el reloj para no aumentar su inquietud.

—No cambiarás nada —le decía Stepán Arkádich, siguiéndolo con la sonrisa en los labios, pero sin apresurarse.

## IV

¡ELLOS son! ¡Ya están ahí! ¿Cuál es el novio? —¿Es el más joven? Pues y ella, mírala: ¡parece medio muerta! —murmuraban algunos en la multitud, cuando Lievin entró con su novia.

Stepán Arkádich manifestó a su esposa la causa de la tardanza, y entonces hubo entre los convidados algunos cuchicheos y sonrisas; pero Lievin no observó nada ni vio a nadie, porque su mirada estaba fija en su novia. Kiti parecía mucho menos linda que de costumbre con su corona de casada, y todos opinaron que se había afeado un poco; mas no lo pensaba así Lievin. Al contemplar su alto tocado, su velo blanco, sus flores y la guarnición de su vestido, que circuía graciosamente su delgado cuello, le parecía más bella que nunca; y no era su traje de París lo que lo seducía, ni el conjunto de un adorno que en nada realzaba su belleza; era la expresión de aquel rostro encantador, su mirada, sus labios y su inocente expresión de sinceridad.

—Pensé que habías huido —dijo a Lievin, sonriendo.

—Lo que me ha sucedido es tan grotesco que me da vergüenza hablar de ello —contestó Lievin, ruborizándose y mirando a su hermano Serguiéi Ivánovich.

—¡No deja de ser curiosa la historia de tu camisa! —dijo Serguiéi Ivánovich, sonriendo a su vez.

—Sí —repuso Lievin, sin comprender ni una palabra de lo que decían.

—Kostia —murmuró Stepán Arkádich, acercándose a su amigo—, este es el momento de adoptar una resolución suprema; la cuestión es grave y podrás apreciar toda su importancia. Me han preguntado si los cirios deben ser nuevos o usados; la diferencia es de diez rublos —añadió, preparándose a sonreír—. Yo lo he determinado ya, pero no sé si tú lo aprobarás.

Lievin comprendió que se trataba de una broma, mas no pudo sonreír.

—¿Qué decides? ¿Los quieres nuevos o usados?

—Sí, sí, nuevos.

—Muy bien; queda resuelta la cuestión —dijo Stepán Arkádich, sonriendo—. ¡Qué poca cosa es el hombre en ciertas situaciones! —murmuró al oído de Chírikov, mientras que Lievin se acercaba a su novia.

—¡Atención, Kiti! Pon tú primero el pie en la alfombra<sup>[47]</sup> —le dijo la condesa Nordston, aproximándose—. ¡Bueno es usted! —añadió, dirigiéndose a Lievin.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Maria Dmítrievna, anciana tía de la novia.

—¿No tienes un poco de frío? Estás pálida. Inclínate —le dijo a Kiti su hermana, levantando sus hermosos brazos para corregir un ligero desarreglo en el tocado de su hermana.

Dolli se acercó a su vez y quiso hablar, pero se sintió embargada por la emoción y comenzó a llorar, y enseguida se rio nerviosamente.

Kiti miraba a las personas que tenía alrededor con los ojos tan abstraídos como los de Levin. A todas las preguntas que le llegaban contestaba solo con una sonrisa de felicidad, que le era lo mas natural en aquel instante.

Entretanto, los oficiantes habían revestido sus hábitos, y el sacerdote, acompañado del diácono, fue a situarse ante el pupitre colocado a la entrada de las puertas santas, desde donde dirigió a Lievin algunas palabras que este no pudo comprender.

—Coja usted la mano de su novia y acérquese —le dijo en voz baja el padrino.

Sin poder darse cuenta de lo que se exigía de él, Lievin hacía lo contrario de lo que se le indicaba; y desanimados unos y otros, se proponían abandonarle a su propia inspiración, cuando al fin comprendió que con su mano derecha debía coger la de su prometida sin cambiar de posición.

El sacerdote dio entonces algunos pasos y se detuvo delante del pupitre; los padres y los convidados siguieron a la joven pareja, y entonces se produjo un murmullo acompañado del roce de vestidos, al que siguió un silencio tan profundo en toda la iglesia que se oían caer las gotas de cera en el suelo.

El anciano sacerdote, cuyo cabello blanco brillaba como la plata, retiró sus pequeñas manos rugosas, que tenía ocultas bajo la estola, adornada con una cruz de oro, y acercándose al pupitre hojeó el misal.

Stepán Arkádich se aproximó para decirle al sacerdote... después de hacerle una seña a Levin, se retiró.

El sacerdote encendió al punto dos cirios adornados de flores, y cogiéndolos con la mano izquierda sin cuidarse de la cera que goteaba, se volvió hacia la joven pareja: era el mismo anciano que había confesado a Lievin, y con particular dulzura apoyó los dedos en la cabeza inclinada de Kiti; entregó a cada cual su cirio, se alejó lentamente y cogió el incensario.

«¿Es verdad todo esto?», pensaba Lievin, mirando a su novia, a la cual veía de perfil. Kiti no levantó la cabeza, pero por un movimiento casi imperceptible de sus pestañas y sus labios él comprendió que sabía de su mirada. No volvió la cabeza, pero el cuello alto de su vestido se movió, levantándose hacía su pequeña oreja sonrosada. Levin comprendió que intentaba contener un suspiro, y pudo observar que su mano, cubierta con el guante, temblaba mientras sostenía el cirio.

Todo se desvaneció entonces de su memoria. La tardanza, el descontento de sus amigos, el grotesco incidente de la camisa, y no experimentó más que una emoción mezclada de terror y alegría.

El archidiácono, revestido de una dalmática de tejido de plata, se adelantó algunos pasos, levantó la estola con ademán familiar, tocándola solo con dos dedos, y se detuvo delante del sacerdote.

—Benedicidlos, señor —dijo lentamente, con solemne acento.

—Que el señor nos bendiga ahora, y en todos los siglos de los siglos —repuso el sacerdote, con voz dulce y musical, hojeando siempre el santo libro.

El responso, cantado por un coro invisible, resonó en toda la iglesia, elevándose gradualmente, para extinguirse después con suavidad y dulzura.

Se oró, como de costumbre, por el reposo eterno y la salvación de las almas, por el Sínodo y el emperador, y también por los servidores de Dios, Konstantín y Yekaterina.

—Roguemos al señor que nos envíe su amor, su paz y su auxilio —parecía decir toda la iglesia por la voz del archidiácono.

Lievin escuchaba estas palabras asombrado. «¿Cómo habrán comprendido que lo que precisamente necesito es auxilio?», pensó, recordando sus dudas y sus últimos temores.

Cuando el diácono hubo concluido, el sacerdote se volvió hacia los novios con un libro en la mano.

—Dios eterno —leyó—, que reúnes por un lazo indisoluble a los que estaban separados, bendice a tu servidor Konstantín y a tu sierva Iekaterina, y cólmalos de tus beneficios. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, ahora y siempre, como en todos los siglos de los siglos...

—Amén —contestó el coro invisible.

«Que reúnes con un lazo indisoluble a los que estaban separados —pensó Lievin—. ¡Qué bien responden estas palabras a lo que se experimenta en este momento! ¿Las comprenderá ella como yo?» Volvió la cabeza hacia Kiti, y se encontró con sus ojos.

Por la expresión de la mirada de Kiti, Lievin dedujo que comprendía como él, pero se engañaba; absorta por el sentimiento que llenaba cada vez más su corazón, apenas se había fijado en el servicio religioso, y experimentaba una profunda alegría al ver realizado por fin lo que durante seis semanas la hizo feliz, produciéndole también inquietud. Desde el momento en que se había acercado a Lievin para decirle que sería suya, se figuraba que arrancaban el pasado de su alma y que daba principio a otra existencia nueva y desconocida, sin que su vida exterior sufriese, sin embargo, ningún cambio.

Aquellas seis semanas habían sido una época feliz y de tormento a la vez; esperanza y deseos, todos se concentraban en aquel hombre a quien no comprendía bien, hacia el cual la impulsaba un sentimiento que conocía menos aún, y que atrayéndola y alejándola alternativamente, le inspiraba una indiferencia completa y absoluta para su propio pasado. De sus costumbres de otros tiempos, de las cosas que amó y hasta de su madre, afectada por esa indiferencia, y de su querido, amado más que cualquiera hasta entonces, anciano padre, nada quedaba para ella ya; y aunque atemorizada de este desvío, se regocijaba del sentimiento que era la causa. Sin

embargo, de aquella vida nueva, que no había comenzado aún, tal vez no se formaba una idea precisa; aquel porvenir nuevo y desconocido debía producirle una ansiedad dulce y terrible a la vez; pero ya iba a terminar aquella expectativa, así como el remordimiento de no echar nada de menos en el pasado. Era natural que tuviese miedo; pero el momento presente podía considerarse como la santificación de la hora decisiva que se remontaba a seis semanas.

Al volverse el sacerdote hacia el pupitre, cogió con dificultad el pequeño anillo de Kiti para introducirlo en la primera articulación del dedo de Lievin, diciéndole:

—Te uno a ti, Konstantín Lievin, servidor de Dios, con Iekaterina, sierva del señor.

Y repitió la misma fórmula, pasando un anillo grande en el delicado dedo meñique de Kiti.

A pesar de sus esfuerzos los contrayentes no conseguían nunca adivinar lo que tenían que hacer. Cada vez se equivocaban y el sacerdote se veía obligado a cada momento a corregirlos.

Al fin, una vez hecho lo necesario y trazadas las cruces con los anillos, el sacerdote entregó a Kiti el anillo grande y a Levin el pequeño. Ellos volvieron a confundirse y por dos veces se entregaron mutuamente los anillos, siempre al contrario de como lo debían hacer.

Dolli, Chírikov y Stepán Arkádich se adelantaron para corregirlos. Hubo un poco de confusión, la gente cuchicheaba y sonreía, pero la solemnidad y la humilde expresión de los rostros de los novios no se modificaron. Al contrario, al equivocarse de mano, los dos miraban con mayor gravedad que antes, y la sonrisa con la que Oblonski anunció que cada uno debía ponerse su propio anillo, expiró involuntariamente en sus labios, comprendiendo que cualquier sonrisa podía ser una ofensa para los desposados en aquel momento.

—¡Oh Dios mío, que desde el principio del mundo has creado el hombre — continuó el sacerdote—, dándole la mujer para que fuese su compañera inseparable, bendice a tu servidor Konstantín y a tu sierva Iekaterina; une los espíritus de estos esposos y comunica a sus corazones la fe, la concordia y el amor!

Lievin sentía dilatarse su pecho, lágrimas involuntarias se agolparon a sus ojos y todos sus pensamientos sobre el matrimonio y el porvenir se redujeron a nada. Lo que se verificaba para él tenía un alcance que no había comprendido hasta entonces, y que en aquel momento comprendía menos que nunca.

## V

**T**ODO Moscú asistía a los desposorios; y en aquella multitud de mujeres engalanadas y de hombres vestidos de etiqueta, o que lucían uniforme, cuchicheaban discretamente, sobre todo el sexo feo, pues las damas estaban ocupadas en sus observaciones sobre los mil detalles, muy interesantes para ellas, de aquella ceremonia.

Un reducido número de amigos íntimos rodeaba a la recién casada, y entre ellos se hallaban las dos hermanas de esta, Dolli y la hermosa Natalia, recién llegada del extranjero.

—¿Por qué viste Mari de color lila en esta ceremonia? —preguntaba la señora Korsúnkaia—. Eso es casi luto.

—Es que le sienta bien a su color —contestó la Drubetskaia—; pero ¿por qué habrán elegido la noche para la ceremonia? Esto huele a mercader.

—Es más bonito; yo también me casé de noche —dijo la Korsúnkaia, suspirando, al recordar qué hermosa estaba aquel día y qué gracioso estaba su marido enamorado y cómo había cambiado todo.

—Se dice que los que han sido padrinos más de diez veces en su vida, no se casan ya —dijo el conde Siniavin a la joven princesa Chárskaia, que tenía idea de conquistarlo—; pero esta vez me han tomado el puesto.

La dama contestó solo con una sonrisa. Miraba a Kiti y pensaba lo que ella haría a su vez cuando se hallase con Siniavin en la misma situación.

Scherbatski confiaba a una anciana dama de honor de la emperatriz su propósito de ceñir la corona a Kiti a fin de que tuviera buena suerte.

—¿Para qué le han puesto el cabello postizo? —replicó la dama, bien decidida a casarse sencillamente si el señor viudo con quien deseaba unirse consentía en el matrimonio.

Serguiéi Ivánovich bromeaba con su vecina, pretendiendo que si se había difundido la costumbre de viajar después del casamiento, se debía a que los maridos parecían generalmente vergonzosos de su elección.

—El hermano de usted puede estar orgulloso, pues la niña es encantadora. Sin duda lo envidia usted.

—Para mí ha pasado ya ese tiempo —contestó Serguiéi Ivánovich, entristeciéndose de pronto.

Stepán Arkádich explicaba a su cuñada su equívoco sobre el divorcio; mientras que aquella decía, sin contestar, que era preciso arreglar la corona de Kiti.

—¡Qué lástima que se haya afeado! —decía la condesa de Nordston a la hermana de Kiti—. A pesar de todo, él no vale el dedo meñique de Kiti. ¿No es verdad?

—No soy del parecer de usted; a mí me agrada mucho, y no solo como cuñado.

Tiene muy buen aspecto, y aunque en el caso en que se halla es muy difícil no parecer ridículo, él no lo está; solo parece conmovido.

—¿Esperaba usted este casamiento?

—Casi; siempre lo amó.

—Pues bien; ya veremos cuál de los dos pisa primero la alfombra. Yo he aconsejado a Kiti que comience.

—Es inútil; en nuestra familia todas las mujeres son sumisas a sus maridos.

—Yo he procurado siempre adelantarme al mío. ¿Y usted, Dolli?

Dolli escuchaba sin contestar, porque estaba muy conmovida; las lágrimas llenaban sus ojos, y no hubiera podido pronunciar una palabra sin llorar. Llena de alegría por la unión de Kiti y Lievin, hacía reflexiones sobre su propio matrimonio, y fijando una mirada en el brillante Stepán Arkádich, olvidaba la realidad para no acordarse más que de su primer amor. Pensaba igualmente en varias amigas suyas, recordando la hora única y solemne de su vida en que renunciaron con alegría al pasado, lanzándose en un misterioso porvenir, con la esperanza y el temor en el corazón. Entre esas casadas se le representaba su querida Anna, cuyos proyectos de divorcio acababa de saber, y a quien había visto también cubierta con un velo blanco, pura como Kiti, con su corona de flores. «¿Y ahora?... ¿Qué es de ella?», pensó.

Las hermanas y las amigas no eran las únicas en observar con interés los menores incidentes de la ceremonia; había allí personas extrañas que retenían el aliento por temor de que les pasase inadvertido un solo movimiento de los recién casados, y que contestaban con enojo a las bromas y palabras ociosas de los hombres.

—¿Por qué estará tan conmovida? ¿La casan contra su gusto?

—¿Contra su gusto, siendo tan buen mozo el novio? ¿No es príncipe?

—Aquella del vestido de seda blanco es su hermana. Escucha al diácono cómo aúlla diciendo que «tema a su esposo».

—¿Son los chantres de Chúdov?<sup>[48]</sup>

—No, del Sínodo.

—He preguntado a un sirviente, y me ha dicho que el marido se la lleva a sus tierras. Creo que es riquísimo, y por eso la casan.

—Es una buena pareja.

—¿No decía usted, Maria Vlásievna, que ya no llevaban miriñaques? Pues vea usted aquella señora, esposa de un embajador, según aseguran, cómo va arreglada.

—¡Qué guapa está la novia, y qué pura, una ovejita inmaculada! Digan lo que digan, da lastima una mujer, cuando se casa. ¿Qué será de ella?

Así hablaban las espectadoras que habían tenido la suerte de traspasar el umbral del templo.

## VI

**E**N aquel momento, uno de los oficiantes fue a extender en medio de la iglesia una pieza de tela de color rosa; mientras que el coro entonaba un salmo de difícil y complicada ejecución, el sacerdote hizo señas a los casados, indicándoles aquella especie de alfombra.

Ambos conocían la preocupación según la cual aquel de los dos esposos cuyo pie la tocase primero llegaría a ser el verdadero jefe de la familia; pero ni Lievin ni Kiti la recordaron ni tampoco hicieron aprecio de las observaciones de las personas que los rodeaban: si había sido él, el que había pisado primero, o lo habían hecho los dos a la vez. Después de las preguntas habituales respecto a si querían contraer matrimonio y no lo habían prometido a otros, y de las respuestas que tan extrañas les sonaban, comenzó otra ceremonia religiosa. Kiti escuchó las oraciones, procurando comprenderlas sin poder conseguirlo; pero cuanto más avanzaba la ceremonia, más triunfante era la alegría que se desbordaba en su corazón, impidiéndola fijarse en nada.

Se rogó a Dios «para que los esposos tuviesen el don de la sabiduría y una numerosa posteridad»; se recordó «que la primera mujer se había formado de una costilla de Adán»; «que la mujer debía abandonar a sus padres para no constituir sino una persona con su esposo»; y se pidió a Dios «que los bendijera como Isaac, Rebeca, Moisés y Séfora, permitiéndoles ver sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación». «¡Qué hermoso es todo esto!», pensaba Kiti oyendo la oración. «Así será, no puede ser de otra manera.» Y su sonrisa de felicidad, que iluminaba su rostro conmovido, involuntariamente se transmitía a todos los que la miraban.

Cuando el sacerdote presentó las coronas, y Scherbatski, con sus guantes de tres botones, sostuvo tembloroso la de la novia, le aconsejaron todos a media voz que la enajara bien en la cabeza de Kiti.

—Póngamela usted —murmuró la joven, sonriendo.

Lievin volvió la cabeza, y al ver su rostro radiante de alegría, se juzgó feliz como ella.

Ambos escucharon, con la alegría en el alma, la lectura de la epístola y la voz monótona del diácono en el último versículo, muy apreciado del público extraño, que lo esperaba con impaciencia. Después bebieron con gusto el agua y el vino tibios en la copa, y siguieron casi alegremente al sacerdote cuando les hizo dar la vuelta alrededor del pupitre, teniendo las manos en las suyas. Scherbatski y Chírikov iban en pos de los recién casados, sosteniendo las coronas y sonriendo también, porque tropezaban a cada paso con la cola del vestido de la novia. La alegría de Kiti parecía comunicarse a toda la concurrencia; y Lievin estaba convencido de que el diácono y el sacerdote sufrían el contagio como él.



Retiraron las coronas, el sacerdote leyó los últimos versos, felicitando a la joven pareja. Lievin miró a Kiti y creyó no haberla visto jamás tan hermosa; quiso hablar, pero se detuvo, temiendo que la ceremonia no hubiese terminado aún.

—Puede besar a su esposa... y usted también puede besar a su esposo.

Al pronunciar estas palabras, tomó el cirio de las manos de cada uno de los esposos.

Levin besó a Kiti delicadamente, cogió su brazo y salió de la iglesia dominado por la nueva y extraña impresión de que acababa de unirse con ella de pronto.

No había creído hasta entonces en la realidad de lo que estaba viendo, y no comenzó a dar fe hasta que sus miradas de asombro se encontraron; entonces comprendió que los dos no formaban realmente más que uno.

En la misma noche, después de cenar, los jóvenes esposos marcharon al campo.

## VII

**V**RONSKI y Anna viajaban juntos por Europa hacía tres meses; habían visitado Venecia, Roma y Nápoles, y acababan de llegar a una pequeña ciudad italiana, donde se proponían permanecer algún tiempo.

Un respetable mayordomo de hotel, con el cabello muy brillante y dividido por una raya que partía del cuello; con su traje negro, que hacía resaltar más la ancha pechera de su camisa, y los dijes del reloj sobre el redondeado vientre, contestaba con desdén, sin sacar las manos de los bolsillos, a las preguntas que le dirigía un caballero.

De pronto resonaron pasos en la escalera al otro lado del zaguán; el brillante mayordomo volvió la cabeza, y al ver al conde ruso, que ocupaba la mejor habitación de la casa, sacó las manos respetuosamente de los bolsillos y dijo a su huésped, saludando, que el correo había venido para anunciar que el intendente del palacio que se trataba de contratar consentía en firmar el contrato.

—Muy bien —contestó Vronski—. ¿Está la señora en casa?

—La señora había salido, pero acaba de entrar —replicó el mayordomo.

Vronski se quitó el sombrero de anchas alas, enjugó el sudor de su frente y sus cabellos echados hacia atrás para ocultar la calvicie, y después quiso pasar, dirigiendo una mirada distraída al desconocido, que lo contemplaba silenciosamente.

—Este caballero es ruso y pregunta por usted —dijo el mayordomo.

Vronski volvió la cabeza, enojado porque no podía evitar los encuentros, aunque satisfecho de hallar una distracción cualquiera; sus ojos y los del extranjero parecieron iluminarse de pronto.

—¡Goleníschev!

—¡Vronski!

Era efectivamente Goleníschev, un compañero de Vronski en el cuerpo de pajes; pertenecía al partido liberal, y había obtenido un grado civil, sin ninguna intención de entrar en el servicio. Desde su salida del cuerpo no habían vuelto a verse más que una vez.

Vronski, juzgando por la conversación que tuvieron en su último encuentro, creyó comprender que su antiguo compañero, atendidas sus opiniones avanzadas, despreciaba la carrera militar, y en su consecuencia lo había tratado fríamente y con altivez; Goleníschev se mostró indiferente; pero ni uno ni otro tuvieron deseos de volver a verse. Sin embargo, los dos profirieron un grito de alegría al encontrarse allí: tal vez Vronski sospechó que la causa del placer que experimentaba al ver a Goleníschev se debía a su profundo aburrimiento; pero el caso es que olvidando el pasado, le ofreció la mano, mientras que la expresión inquieta de la fisonomía de Goleníschev desapareció sustituyéndola otra de satisfacción.

—¡Celebro encontrarte! —exclamó Vronski, con amistosa sonrisa.

—Me han dicho tu nombre, pero no sabía si eras tú; me alegro mucho de verte...

—Pero entra. ¿Qué esperas aquí?

—Hace un año que vine. Ahora trabajo.

—¿De veras? —repuso Vronski con interés—. Vamos, entra.

Y según la costumbre propia de los rusos de hablar en francés cuando no quieren que sus criados se enteren, replicó en dicho idioma:

—¿No conoces a la señora Karénina? Ahora viajamos juntos y voy a visitarla.

Así diciendo, Vronski miraba atentamente a Goleníschev.

—¡Ah!, lo ignoraba —contestó este con indiferencia, aunque lo sabía muy bien—. ¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Hace tres días —replicó Vronski, observando siempre a su compañero.

«Es un hombre bien educado, que ve las cosas desde el verdadero punto de vista», pensó Vronski, interpretando favorablemente la delicadeza con que Goleníschev había eludido las explicaciones.

Desde que viajaba con Anna, Vronski había experimentado la misma vacilación cuando tenía algún encuentro, aunque generalmente los hombres habían comprendido su situación «como debían comprenderla». Con dificultad hubiera dicho Vronski lo que entendía por esto. En el fondo, estas personas no trataban de comprender, y mostrábase discretas, absteniéndose de alusiones y preguntas, como lo hacen los que están bien educados ante una situación delicada y espinosa.

Goleníschev era uno de esos hombres, y cuando Vronski le hubo presentado a Anna, este quedó doblemente satisfecho del encuentro, pues el proceder de su amigo era tan caballeroso como se podía desear.

Goleníschev no conocía a Anna, cuya belleza y sencillez le llamaron la atención, agradándole sobre todo el rubor que coloreó sus mejillas al ver entrar a los dos hombres, no menos que la naturalidad con que abordó la situación, llamando a Vronski por su nombre familiar, y diciendo que iban a instalarse en una casa, a la cual daban el nombre de palacio; y todo esto con la sencillez de una persona que quiere evitar asperezas ante un extraño.

Goleníschev, que conocía a Alexiéi Alexándrovich, no pudo menos de dar la razón a aquella mujer joven, vivaz y llena de energía; admitió, cosa que Anna no comprendía muy bien, que pudiera ser feliz y estar alegre después de abandonar a su esposo y a su hijo, perdiendo su buena reputación.

—Ese palacio está indicado en la guía —dijo Goleníschev—, y allí verán ustedes un magnífico cuadro de Tintoretto de su última época.

—Hagamos una cosa —propuso Vronski, dirigiéndose a Anna—, volvamos a verle.

—Con mucho gusto; voy a ponerme el sombrero. ¿Hace calor? —preguntó a

Vronski desde la puerta, ruborizándose de nuevo.

Vronski comprendió que Anna, no sabiendo quién era Goleníschev, se preguntaba si había procedido como debía.

—No hace mucho calor —contestó Vronski, fijando en su amada una mirada profunda.

Anna adivinó que Vronski estaba satisfecho, y contestándole con una sonrisa, salió con su gracioso paso.

Los dos amigos se miraron con cierta cortedad; Goleníschev, como hombre que quisiera expresar su admiración sin atreverse a ello; Vronski, como aquel que desea un cumplido y lo teme.

—¿Conque vives aquí? —preguntó Vronski, para dar principio a la conversación—. ¿Te ocupas siempre de los mismos estudios?

—Sí, ahora escribo la segunda parte de *Los dos principios* —contestó Goleníschev, muy halagado por aquella pregunta—, o mejor dicho, preparo y reúno mis materiales. Esta parte será mucho más extensa que la primera, pues en Rusia no se quiere comprender que somos los sucesores de Bizancio...

Y comenzó una larga y acalorada disertación.

Vronski se mostró confuso por no saber nada de aquella obra, de la cual hablaba su autor como de un libro conocido, y a medida que Goleníschev desarrollaba sus ideas, se interesó en el asunto, aunque observaba con sentimiento la agitación nerviosa que se apoderaba de su amigo; sus ojos se animaban al refutar los argumentos de sus adversarios y su semblante tomaba una expresión irritada.

Vronski recordó las cualidades de su amigo cuando estaba en el cuerpo de pajes; era entonces un joven de escasa talla, delgado, vivaz, de sentimientos elevados, y siempre el más distinguido en su clase. ¿Por qué había llegado a ser tan irritable, y, sobre todo, por qué siendo un hombre de la mejor sociedad, se ponía al nivel de los escritoruelos de profesión, que le apuraban la paciencia? Vronski compadecía casi a su amigo.

Goleníschev enfrascado en su tema, no observó siquiera la entrada de Anna, que con traje de paseo y la sombrilla en la mano se detuvo junto a los dos amigos. Vronski se alegró de poder separar la vista de la mirada fija y febril de su interlocutor, para contemplar con cariño el gracioso talle de Anna.

No sin alguna dificultad, consiguió Goleníschev recobrase de su excitación; pero Anna consiguió distraerlo muy pronto, conduciéndolo poco a poco a discutir sobre la pintura, de la cual habló como inteligente. Así llegaron hasta el palacio.

—Una cosa me seduce sobre todo en nuestra nueva instalación —dijo Anna al entrar en su domicilio—, y es que tendrás un buen taller.

Tuteaba a Vronski en ruso delante de Goleníschev, a quien consideraba ya como un futuro amigo íntimo en la soledad en que vivían.

—¿Te ocupas de pintura? —preguntó Goleníschev, con viveza, a Vronski

—He pintado mucho en otro tiempo, y ahora he vuelto a familiarizarme con ella —contestó Vronski, sonrojándose.

—Es un verdadero talento para ese arte —exclamó Anna con entusiasmo—; yo no soy buen juez, pero los entendidos lo afirman.

## VIII

**A**QUEL primer periodo de libertad moral, después de recobrada la salud, fue para Anna una época de exuberante alegría; y los recuerdos desgraciados de los cuales había sido causa no la amargaban. ¿No debía a tal desgracia una felicidad bastante grande para borrar todo remordimiento? Por eso no pensaba en nada. Los sucesos que habían seguido a su enfermedad desde su reconciliación con Alexiéi Alexándrovich hasta su salida de la casa conyugal, le parecían una pesadilla de enfermo, de la que se había liberado gracias a su viaje con Vronski. El recuerdo del daño que había causado a su marido despertaba en ella una impresión de repugnancia, parecida a la que sintiera un hombre que se estuviera ahogando y por fin hubiera conseguido arrancar a la persona que le llevaba al fondo. Era una mala acción, pero era el medio de soltarse. Y lo mejor era no recordar aquellos horrorosos detalles.

Había un razonamiento que se le ocurrió en el primer instante y ahora, al recordar lo sucedido, tan solo aquel razonamiento volvía a su mente. «Después de todo —se decía, este razonamiento bastaba para calmarla un poco—, el mal que he hecho a ese hombre era inevitable; pero, cuando menos, no me aprovecharé de su desgracia. Puesto que lo hago sufrir, yo sufriré también, pues renuncio a todo cuanto añoro y aprecio más en el mundo, mi hijo y mi reputación. Si he pecado, no merezco la felicidad ni el divorcio, y acepto la vergüenza, así como el dolor de la separación.»

Al razonar así, Anna era sincera; pero en el fondo —no había conocido hasta entonces ni el sufrimiento ni la vergüenza que se creía dispuesta a soportar como una expiación. Vronski y ella evitaban, desde que estaban en el extranjero, encuentros que hubieran podido colocarlos en una falsa situación; las pocas personas con quienes habían trabado relaciones habían fingido comprender su posición mejor que ellos mismos; y en cuanto a la separación de su hijo, Anna no la sentía mucho, pues encariñada con su niña, preciosa criatura, no pensaba mucho en Seriozha. La necesidad de vivir, aumentada por su completa recuperación, era tan fuerte y las condiciones de su nueva vida eran tan agradables, que Anna se sentía inexcusablemente feliz.

Cuanto más vivía con Vronski, más lo amaba. Lo amaba por cómo era y por su amor hacia ella. Le agradaba enormemente que él le perteneciera todo, entero; su continua presencia era un encanto siempre nuevo, y todos los rasgos de su carácter le parecían seductores; hasta su cambio de traje desde que abandonara el uniforme le era agradable, como una niña perdidamente enamorada; sus menores palabras y pensamientos tenían cierto sello de grandiosidad y de nobleza. Anna se asustaba casi de aquella admiración excesiva, y no osaba confesársela a Vronski, por temor de que este, haciéndole reconocer su propia inferioridad, se cansara al fin de ella, pues nada le parecía tan terrible como la idea de perder su amor. Sin embargo, la conducta de

Vronski no justificaba semejante repelo, porque no había manifestado nunca sentimiento alguno por haber sacrificado a su pasión una carrera en la que seguramente habría obtenido mucha importancia. Aquel hombre tan valiente no tenía voluntad ante Anna, a quien profesaba el mayor respeto, y hacía lo posible por adivinar sus menores deseos. ¿Cómo no había de estar ella agradecida, reconociendo el valor de tan continuas atenciones? Sin embargo, a veces experimentaba involuntariamente cierta fatiga al verse objeto de una preocupación incesante.

En cuanto a Vronski, a pesar de haberse cumplido sus más caros deseos, no era feliz del todo. ¡Eterno error de los que creen hallar la dicha en la realización de todos sus votos! Solo le quedaban algunas partículas de la inmensa felicidad soñada por él: durante un momento, cuando se vio libre de sus actos y de su amor, su felicidad fue completa; pero muy pronto se apoderó de él cierta melancolía; buscó, casi sin notarlo, un nuevo objeto de sus deseos, y tomó los caprichos pasajeros por aspiraciones formales.

Emplear dieciséis horas del día en el extranjero, fuera del círculo de los deberes que ocupaban su vida en San Petersburgo no era cosa fácil; y no debía pensar en las distracciones a que se había entregado en sus viajes anteriores, pues un proyecto de cenar con varios amigos había producido en Anna un verdadero acceso de desesperación. No podía tampoco buscar las relaciones rusas o indígenas; y en cuanto a las curiosidades del país, sin contar que ya las conocía, no les daba, en su calidad de ruso y hombre de talento, la extensiva importancia que tienen para un inglés.

Así como el animal hambriento se precipita sobre la presa que ve a su alcance, del mismo modo Vronski se lanzaba sin vacilar sobre todo aquello que podía servirle de pasto: política, libros nuevos y pintura.

Cuando joven, había mostrado disposiciones para esta última, y no sabiendo qué hacer con su dinero, formó una colección de grabados. Se fijó en la idea de pintar para dar salida a su inquietud; no le faltaba gusto, y tenía cierta facilidad para la imitación, la cual confundía con las facultades artísticas. Todos los géneros le eran buenos: pintura artística, religiosa o bien paisaje; no buscaba la inspiración directamente en la vida, en la naturaleza, porque no comprendía ni una ni otra sino a través de las encarnaciones del arte; pero ejecutaba trabajos muy regulares. Como la escuela francesa le seducía en sus graciosas obras decorativas, comenzó un retrato de Anna en aquel estilo. La representó con traje italiano, y todos cuantos vieron el lienzo parecieron tan satisfechos como él mismo autor.

## IX

**E**L antiguo palacio, algo deteriorado, donde fueron a establecerse los dos amantes, hizo concebir a Vronski una agradable ilusión; se le figuró haber sufrido una metamorfosis, por la cual el propietario ruso, coronel retirado, se convertía en inteligente aficionado a las artes, dedicándose modestamente a la pintura y sacrificando el mundo y sus ambiciones al amor de una mujer. El antiguo palacio era muy propio para alimentar estas quimeras, con sus altos techos pintados, sus paredes cubiertas de frescos y de mosaicos, sus grandes vasos en las chimeneas y las consolas, sus espesas cortinas amarillas en las ventanas, sus puertas esculpidas y sus vastas salas melancólicas adornadas con cuadros.

Su nueva ocupación satisfizo a Vronski durante algún tiempo; trabó conocimiento con un profesor de pintura italiano, dedicándose con él a los estudios al natural; y quiso conocer al mismo tiempo a fondo las obras de la Edad Media, lo cual le interesó tanto que acabó por llevar sombreros al estilo de aquella época y embozarse en su abrigo a la antigua, lo cual le sentaba muy bien.

—¿Conoces tú el cuadro de Mijáilov? —preguntó un día Vronski a Goleníschev, al entrar este en su casa.

Y le entregó un diario ruso con un artículo sobre dicho artista, que acababa de pintar un lienzo, ya célebre, vendido antes de estar terminado. Residía en la localidad donde ellos se hallaban, falto de recursos; y el artículo censuraba severamente al gobierno y a la academia por abandonar así a un artista de talento.

—Lo conozco —contestó Goleníschev—; no carece de mérito, pero sus tendencias son de todo punto falsas. Solo trata las concepciones sobre la imagen de Cristo y los asuntos de la vida religiosa, a la manera de Ivanov, Strauss y Renan.

—¿Cuál es el asunto del cuadro? —preguntó Anna.

—Cristo ante Pilatos; la figura del primero es la de un hebreo de la nueva escuela realista más pura.

Y como la cuestión se relacionaba con uno de sus asuntos favoritos, Goleníschev siguió desarrollando sus ideas.

—No comprendo —dijo— que puedan incurrir en un error tan craso. El tipo de Cristo se ha determinado bien en el arte por los maestros antiguos. Los que quieran representar un sabio o un revolucionario que elijan a Sócrates, Franklin, Carlota Corday o a quien quieran; pero no a Cristo, único a quien el arte no debe atreverse a tocar, y que...

—¿Es verdad que Mijáilov está en la miseria? —preguntó Vronski, pensando que en calidad de mecenas debería ayudar al artista, sin cuidarse del valor de su cuadro.

—No creo, es un retratista estupendo. ¿Habéis visto alguna vez el retrato de Vasílchikova que hizo? Me parece que iba a dejar los retratos, puede que por esa



razón esté más necesitado. Digo que...

—¿No podríamos encargarle que hiciera el retrato de Anna?

—¿Por qué el mío? —preguntó esta—. Después del tuyo no quiero otro. Encarguemos más bien el de Ania<sup>[49]</sup> —así llamaba a su niña—. Ahí está... —añadió, señalando a la hermosa nodriza italiana, que acababa de bajar al jardín con la criatura y les dirigía una furtiva mirada.

Aquella mujer, cuya belleza admiraba Vronski porque era un tipo de la Edad Media, y de la cual había copiado la cabeza, era el único punto negro en la vida de Anna, que no se atrevía confesar que temía estar celosa; y por tanto estaba especialmente atenta y cariñosa con ella y su hijo.

Vronski miró también por la ventana, y al notar que su amante lo observaba, se volvió hacia Goleníschev.

—¿Conoces a Mijáilov? —le preguntó.

—Lo he visto algunas veces. Es un hombre original, sin la menor educación, uno de esos salvajes como los que se ven ahora a menudo; es decir, uno de esos librepensadores que se lanzan al ateísmo, el materialismo y la negación de todo. En otro tiempo —continuó Goleníschev sin dejar tiempo a Vronski y a Anna para interrumpirle— el librepensador era un hombre educado en las ideas religiosas y morales, que no ignoraba las leyes que rigen la sociedad, y llegaba a la libertad del pensamiento después de muchas dudas; pero ahora tenemos un nuevo tipo, el de los librepensadores que creen sin haber oído hablar nunca de las leyes de la moral y de la religión, ignorando que puedan existir ciertas autoridades, y que no poseen el sentimiento de la religión; en una palabra, salvajes. Mijáilov es uno de ellos. Hijo de un ayuda de cámara de Moscú, no recibió educación; pero al entrar en la academia con cierta nombradía, quiso instruirse, pues no es tonto; con este objeto buscó en la fuente de toda ciencia, los diarios y las revistas. En los buenos tiempos, si un hombre deseaba aprender, estudiaba los clásicos, la poesía trágica, la historia y la filosofía; pero entre nosotros se busca en la literatura negativa, de la cual se toma fácilmente un extracto. Apenas hace veinte años, esa misma literatura conservaba vestigios de la lucha contra las autoridades y tradiciones seculares del pasado, vestigios que ensangrientan aún la existencia de esas cosas. Ahora no se piensa siquiera en combatir el pasado; se contentan con las palabras selección, evolución, lucha por la existencia y vacío; esto lo llena todo en mi artículo...

—Hagamos una cosa —dijo Anna, cortando resueltamente el interminable discurso de Goleníschev, después de cambiar una mirada con Vronski—: vamos a ver a ese pintor...

Goleníschev consintió con la mejor voluntad, y como el taller del artista estaba en un barrio lejano, enviaron a buscar un coche.

Una hora después, Anna, Goleníschev y Vronski llegaban a una casa nueva, muy

bonita, e hicieron pasar su tarjeta a Mijáilov, rogándole se les permitiera ver el cuadro.

## X

**M**IJÁILOV estaba trabajando, como siempre, cuando le entregaron las tarjetas del conde Vronski y de Goleníschev; había pasado toda la mañana pintando en su taller, pero al volver a su casa se encolerizó contra su mujer porque no había sabido arreglarse con una propietaria exigente.

—Te he dicho veinte veces —gritó— que no discutas con ella, porque eres una tonta rematada, y mucho más cuando entras en explicaciones con los italianos.

—¿Por qué no piensas en los atrasos? No es culpa mía; si yo tuviese dinero...

—¡Déjame en paz! —gritó Mijáilov, retirándose a su cuarto y cerrándose con llave. «Esa mujer no tiene sentido común», se dijo, sentándose a su mesa y comenzando a trabajar con afán.

El artista no estaba nunca tan inspirado como cuando le hacía falta el dinero o reñía con su mujer. Había comenzado el bosquejo de un hombre poseído de un acceso de cólera, y como no lo encontrase, se dirigió al cuarto de su mujer, con el ceño fruncido y sin mirar a esta, y pidió a la mayor de los hijos el dibujo que les había dado. Después de buscar por todas partes, lo encontró por fin, aunque sucio y lleno de gotas de estearina. Tal como estaba se lo llevó a su cuarto, lo colocó sobre la mesa, lo examinó a cierta distancia, guiñando los ojos, y después sonrió con expresión satisfecha.

—¡Eso es, eso es! —murmuró, tomando un lápiz y dibujando rápidamente; una de las manchas de estearina comunicaba al bosquejo nueva expresión. Empezó a dibujar aquella nueva expresión y recordó el rostro enérgico, de acusada barbilla, de un comerciante al que compraba los cigarrillos. Y dio al bosquejo el rostro y la barbilla de aquel hombre. La alegría le hizo reír. El dibujo hasta entonces muerto, falso, había recobrado vida y había adquirido una forma que ya no se podía cambiar. Podía arreglarse el dibujo, cambiar la mano izquierda, apartar los cabellos, pero aquellas correcciones no alteraban el aspecto del hombre, sino que lo destacaban más. Parecía quitar los velos que ocultaban la figura del hombre. Cada nuevo rasgo descubría más la enérgica figura del hombre tal como lo vio con la mancha de estearina. Cuando terminaba cuidadosamente su dibujo, recibió las dos tarjetas.

—Voy al momento —contestó.

Y volvió a la habitación de su esposa.

—Venga, Sasha, no te enfades —le dijo con una sonrisa tierna y tímida—. Tu lo has hecho mal, y yo también; tu tienes la culpa, pues yo igual. Ya lo arreglaré yo.

Y reconciliado con su esposa, se puso el paletó de color de aceituna, se caló el sombrero y se dirigió al taller, muy contento e ilusionado por la visita de aquellos personajes rusos que iban a verlo en su carruaje.

Su opinión respecto al cuadro se podía resumir así: nadie era capaz de producir

otro semejante, no porque él se creyese superior a un Rafael, sino porque estaba seguro de haber representado todo cuanto él quería, y no pensaba que los otros pudieran hacer otro tanto. No obstante, a pesar de esta convicción, daba mucha importancia al juicio del público, y la ansiedad sobre su fallo lo inquietaba profundamente. Atribuía a sus críticos una penetración de que él mismo carecía, y recelaba que descubriesen en su obra defectos que no había observado aún. Avanzando rápidamente hacia el taller, muy pronto divise a Anna, que, manteniéndose en la sombra del portal, hablaba con Goleníschev y dirigía sus miradas al artista como para examinarlo desde lejos. La figura de Anna, suavemente iluminada, le sorprendió. Él mismo no se dio cuenta de cómo había captado aquella imagen y cómo la había ocultado, para extraerla en el momento necesario.

Los visitantes, que habían perdido ya sus ilusiones respecto a Mijáilov al oír lo que de él decía Goleníschev, formaron una opinión menos favorable aún por el exterior del artista. De estatura regular y fornido, con su sombrero de color café, su paletó verde aceituna y su pantalón estrecho, Mijáilov producía una impresión desagradable, que no contribuía a mejorar su rostro, de facciones vulgares, y una mezcla de timidez y pretendida dignidad.

—Tengan ustedes la bondad de pasar —dijo, tratando de afectar indiferencia, mientras introducía a sus visitantes abriendo la puerta del taller.

## XI

**A** PENAS entrados, Mijáilov fijó otra mirada en los desconocidos; la cabeza de Vronski y su rostro de pómulos algo salientes se grabó al punto en su mente, pues el sentido artístico de aquel hombre trabajaba a pesar de su turbación, reuniendo sin cesar nuevos materiales. Sus observaciones, hechas por imperceptibles indicios, no carecían de exactitud: Goleníschev debía de ser un ruso establecido en Italia; no sabía su nombre ni le había hablado nunca; pero recordaba sus facciones, como todas aquellas que veía, por haberlas clasificado ya en el inmenso grupo de fisonomías pobres de expresión, a pesar de su falso aire de originalidad. Su abundante cabellera y la frente despejada daban un aire de importancia superficial a su rostro, en el cual se podía leer tan solo una preocupación infantil concentrada en el entrecejo. Vronski y Anna, según el artista, debían de ser rusos distinguidos e ignorantes de las cosas del arte, como todos los rusos ricos, que se las dan de aficionados e inteligentes.

«Seguramente han visitado las galerías antiguas —pensé—, y después de recorrer los talleres de los charlatanes alemanes y del imbécil prerrafaelista inglés, me honran con una visita para completar su excursión.» Sabía muy bien cómo examinan los *dilettanti* los talleres de pintura, y no ignoraba que su único objeto es poder decir que el arte moderno prueba la incontestable superioridad del arte antiguo. Se esperaba esto y lo adivinaba en la indiferencia con que sus visitantes hablaban entre sí y se paseaban por el taller, mirando los bustos y maniqués, mientras que el artista descubría su cuadro.

A pesar de su íntima convicción de que los rusos ricos y de elevado nacimiento no podían ser más que imbéciles y estúpidos, Vronski y especialmente Anna le caían bien; sentía una emoción fuerte y descubría su cuadro con mano temblorosa.

—Helo aquí —dijo, alejándose del lienzo y señalándolo a sus espectadores—. Es Cristo ante Pilatos; Mateo, capítulo XXVII.

Durante los pocos segundos de silencio que siguieron, Mijáilov miró su cuadro con indiferencia, aunque, a pesar suyo, esperaba un juicio superior, una sentencia infalible de aquellas tres personas que despreciaba un momento antes; y olvidando su propia opinión, así como el mérito incontestable que reconocía en su obra hacía tres años, la miraba con frialdad, sin encontrar ya en ella nada bueno. Veía en primer plano el rostro irritado de Pilatos y el rostro sereno de Cristo; en el fondo, los servidores de Pilatos y San Juan Bautista, atento a lo que sucedía. Cada rostro, fruto de tantas búsquedas, de tantos errores, que había adquirido su carácter peculiar gracias a las infinitas correcciones, que le había traído tantos sufrimientos y alegrías, cada rostro, todos los matices de color, todas las tonalidades, al verlos por los ojos de los demás, le parecían una vulgaridad, repetida mil veces. El rostro más querido, el de Cristo, centro del cuadro, que tanta alegría le había producido al descubrirlo, había

perdido todo su encanto al mirarlo con los ojos de los visitantes. Veía una no muy correcta (eran evidentes numerosos defectos) repetición de los infinitos Cristos de Ticiano, Rafael, Rubens. Todo era vulgar, pobre, anticuado, e incluso mal pintado. ¡Qué merecidas serían las frases corteses e hipócritas que esperaba oír, y qué razón tendrían sus visitantes para compadecerlo y burlarse de él cuando hubieran salido!

Aquel silencio, aunque solo duró un minuto, le pareció intolerable, y para disimular su turbación, hizo un esfuerzo y dirigió la palabra a Goleníschev.

—Creo haber tenido el honor de verle a usted antes —dijo, dirigiendo inquietas miradas a Vronski y Anna para observar sus fisonomías.

—Ciertamente que nos hemos encontrado; fue en casa de Rossi, la noche en que debutó la joven italiana, aquella nueva Rachel —dijo. Goleníschev, apartando sus miradas del lienzo sin el menor sentimiento aparente.

Observando, no obstante, que el artista esperaba una apreciación, añadió:

—La obra de usted ha progresado mucho desde la última vez que la vi, y ahora, como entonces, me llama mucho la atención su Pilatos; se ve que es un hombre bueno y débil, funcionario hasta el fondo de su alma, que ignora completamente el alcance de su acto; pero me parece...

El rostro vivaz de Mijáilov se iluminó de repente. Sus ojos brillaron. Fue a decir algo, pero la emoción se lo impidió y fingió un ataque de tos. A pesar de lo poco que apreciaba el gusto artístico de Goleníschev, a pesar de la insignificancia de aquella justa observación sobre la expresión del rostro de Pilatos como funcionario, a pesar de lo humillante que pudiese parecer un comentario tan minúsculo silenciando lo principal, Mijáilov se sintió entusiasmado de aquella observación. Él opinaba sobre la figura de Pilatos exactamente lo mismo. Que aquel comentario fuese uno de los millones de comentarios justos que pudieran hacerse sobre su pintura, no disminuía a sus ojos la importancia de la observación de Goleníschev. Sintió una simpatía profunda hacia el otro y pasó de pronto del estado de abatimiento en que se encontraba a un estado de alegre entusiasmo.

El cuadro en un instante adquirió vida delante de sus ojos con inexplicable complejidad en cuanto tenía de vivo. Trató de decir que él entendía también así a Pilatos, pero le temblaron los labios y fue incapaz de pronunciar una palabra.

Vronski y Anna hablaban en voz baja, como se hace en las exposiciones de pintura, para no resentir el amor propio del pintor por un lado y, por el otro lado, para no decir ninguna estupidez en voz alta, lo que es muy fácil de decir, hablando de pintura, lo que suele pasar mucho en las exposiciones. Mijáilov creyó que su impresión era favorable, y se acercó a ellos.

—¡Qué admirable expresión la de ese Cristo! —exclamó Anna. Esa expresión fue lo que le había gustado más de lo que representaba el cuadro. Le pareció que este elogio no podía menos de ser agradable al artista, puesto que aquella figura

representaba el personaje principal del cuadro—. Se adivina que compadece a Pilatos.

Este era también uno de aquel millón de comentarios exactos que se podían hacer. El rostro de Cristo debía expresar la resignación a la muerte, el sentimiento de una tranquilidad sobrenatural, de un sublime amor y, por tanto, la compasión a sus enemigos; Pilatos debía representar forzosamente la vida carnal, por oposición a Cristo, tipo de la vida espiritual, y era forzoso que tuviese el aspecto de un funcionario común; pero el rostro de Mijáilov rebosaba satisfacción.

—¡Y qué bien pintado está el conjunto que rodea a esa figura! —dijo Goleníschev, queriendo demostrar con esta observación que no aprobaba la parte realista del Cristo.

—Sí, es una obra magistral —repuso Vronski—. ¡Qué relieve tienen las figuras del fondo. ¡Qué técnica! —añadió, volviéndose hacia Goleníschev y recordando una discusión en la que se mostró desanimado por las dificultades prácticas del arte.

—Sí, es notable —dijeron Goleníschev y Anna.

Pero la última observación de Vronski picó al artista, que, frunciendo el entrecejo, miró a su visitante con expresión de enojo. Oía con frecuencia la palabra «técnica», pero no comprendía a qué se referían con ella. Intuía que indicaban así la capacidad mecánica de pintar y dibujar completamente independiente de la idea del cuadro. Observaba a menudo cómo el elogio que le tributaban los visitantes contraponía la técnica al verdadero mérito, como si fuera posible pintar solo con talento una mala composición. Conocía el esfuerzo y el cuidado que se necesitaban para no dañar la obra de arte al levantar el velo que la cubría. Pero ello nada tenía que ver con el oficio y la técnica. Si un niño o su cocinera viesan lo que él veía ante sus ojos, también encontrarían el medio de expresarlo. Mientras que ningún pintor-técnico, por mucho oficio que tenga, nunca podría pintar nada valedero, si no descubre antes los límites del contenido. Además, no era la técnica su fuerte. Llamaban su atención muchos defectos debidos al descuido con que había levantado los velos de la naturaleza, defectos que ya no podía corregir sin dañar el conjunto. Y en casi todas las figuras y rostros veía aún los restos de aquel velo, no quitado de todo, que afeaba el cuadro.

—La única observación que osaría hacer, si usted me lo permite... —dijo Goleníschev.

—Hágala usted cuanto antes —replicó el artista, con una sonrisa falsa.

—Es que ha pintado usted un hombre hecho Dios y no Dios hecho hombre. Por lo demás, ya sé que esta era su intención.

—No puedo pintar el Cristo si no como lo comprendo —contestó el artista con aire sombrío.

—En ese caso, dispénseme usted una apreciación que me es propia; su lienzo es tan hermoso que nada puede perjudicarle lo que acabo de exponer... Tomemos por ejemplo a Ivanov. ¿Por qué representa el Cristo con las características de una figura

histórica? Podía elegir un nuevo tema menos gastado.

—Pero advierta usted que ese tema es el más grande de todos para el arte.

—Buscando bien se encontraría otra cosa. El arte, en mi concepto, no admite discusión; y el cuadro de Ivanov se presta a ella, pues cualquiera se preguntará si lo que representa es a Dios, destruyéndose así la unidad de la impresión.

—¿Por qué? Yo creo que esta pregunta no se haría por hombres ilustrados — repuso Mijáilov.

Goleníschev no estaba de acuerdo con ello y mantuvo su idea acerca de la unidad de impresión, necesaria para el arte.

Mijáilov se emocionaba, pero no sabía cómo defender su opinión.



## XII

**A** NNA y Vronski, cansados de la discusión sabia de su amigo, resolvieron al fin continuar solos la visita del taller, y se detuvieron ante un pequeño cuadro.

—¡Qué alhaja, es encantadora! —exclamaron los dos a un tiempo.

«¿Qué será lo que los agrada tanto?», pensó el artista.

Había olvidado completamente aquel cuadro, hecho tres años antes, porque una vez terminado un lienzo no solía volver a mirarlo, y solo lo tenía allí porque un inglés deseaba comprárselo.

—No vale nada —dijo—; es un antiguo estudio.

—Pues yo lo creo excelente —repuso Goleníschev, admirando sinceramente la obra.

Dos niños pescaban con caña a la sombra de un árbol; el mayor, muy absorto, retiraba prudentemente su sedal de las ondas, mientras que el más joven, echado en la hierba, apoyaba en un brazo su cabeza rubia, mirando el agua con expresión pensativa: tal era el asunto del lienzo.

El entusiasmo producido por aquel estudio hizo experimentar al artista su primera emoción; pero temía las vanas reminiscencias del pasado, y quiso enseñar a sus visitantes otro lienzo. Vronski le desagradó al preguntarle si aquel cuadro era para vender; esta alusión al dinero le pareció inoportuna, y contestó, frunciendo las cejas:

—Está expuesto para la venta.

Cuando se hubieron retirado los visitantes, el artista fue a sentarse frente al cuadro que representaba a Cristo delante de Pilatos, y repasó mentalmente todo cuanto se había dicho sobre la obra; pero, ¡cosa extraña!, las observaciones que parecían tener antes tanto peso, perdían ahora toda su significación. Al examinar el trabajo con su mirada de artista, se convenció de que era perfecto, y recobró, por tanto, la disposición de espíritu necesaria para continuar su obra.

Sin embargo, creyendo reconocer un defecto en la pierna de Cristo, cogió su paleta, y al corregirlo examinó en el segundo término la cabeza de Juan, que consideraba como el cúmulo de la perfección, y en la cual no habían reparado los visitantes. Quiso retocarla también, mas para trabajar no debía estar tan conmovido; en su consecuencia, resolvió cubrir su cuadro, y, al hacerlo, miró otra vez con éxtasis a San Juan, hasta que, arrancándose a su contemplación, dejó caer la cortina y se marchó a su casa cansado, pero satisfecho.

Vronski, Anna y Goleníschev volvieron alegremente al palacio, hablando del artista y de sus obras; con frecuencia pronunciaban la palabra talento, entendiendo por esto un don innato, casi físico, independiente del espíritu y del corazón. Necesitaban aquella palabra para expresar todo lo que el artista había sentido, y resumir en ella algo que no alcanzaban a comprender, aunque deseaban hablar de

ello. «Seguramente tiene talento —decían—; pero no está bastante desarrollado por falta de cultura intelectual, defecto propio de todos los artistas rusos.» Pero no podían olvidar el cuadro de los niños, y constantemente volvían a mencionarlo.

—¡Qué encanto! ¡Qué logrado está y qué sencillez! ¡Él mismo no se da cuenta del valor de ese cuadro! Tengo que comprarlo —dijo Vronski.

## XIII

VRONSKI compró el pequeño cuadro, y hasta consiguió que Mijáilov se aviniese a retratar a Anna. En el día prefijado, el artista se presentó para comenzar el bosquejo, que ya en la quinta sesión admiró a Vronski por la semejanza y la delicada interpretación de la belleza del modelo. «Es preciso conocerla y amarla, como yo la amo, para encontrar esa expresión espiritual tan encantadora», pensaba Vronski, aunque solo el retrato le había revelado aquella expresión, tan sincera y verdadera, que a todos les parecía haberla observado siempre.

—Trabajo hace mucho tiempo —decía Vronski al hablar del retrato de Anna— para obtener un parecido exacto, y no he logrado hacer nada bueno; mientras que a nuestro artista le ha bastado mirar para expresarlo bien; a esto llamo yo la técnica.

—Todo vendrá con la práctica —decía Goleníschev para consolarlo, pues, a sus ojos, Vronski tenía talento, y además una instrucción que debía elevar en él al fin el sentimiento del arte. Las convicciones de Goleníschev se explicaban por la necesidad que tenía de los elogios de Vronski para sus trabajos, era un cambio de atenciones.

Fuera de su taller, Mijáilov parecía otro hombre; en el palacio, sobre todo, se mostró respetuoso sin ninguna intención de ser simpático, evitando toda intimidad con personas que en el fondo no apreciaba. Daba siempre a Vronski el tratamiento de usía; y a pesar de las reiteradas instancias de Anna no consintió nunca en quedarse a comer, ni se presentó más que a las horas de las sesiones. Anna fue más amable para él que para otros; Vronski le trató con exquisita cortesía, pidiéndole parecer sobre sus cuadros; y Goleníschev no perdió ocasión de inculcarle sanas ideas sobre el arte; pero Mijáilov se mostraba siempre frío. Anna observó, sin embargo, que el artista la miraba con frecuencia, aunque evitando toda conversación. En cuanto a los consejos pedidos por Vronski, se encerró en un silencio obstinado, miró los cuadros sin decir palabra, y no ocultó el enojo que le causaban los discursos de Goleníschev.

Esta sorda hostilidad producía una penosa impresión, y así es que todos se sintieron aliviados cuando las sesiones terminaron; Mijáilov dejó de ir a palacio, dejando como recuerdo su admirable retrato; y Goleníschev fue el primero en expresar la idea que estaba en la mente de todos, de que el pintor envidiaba a Vronski.

—Para ser exacto, no es envidia lo que experimenta: Mijáilov tiene talento. Lo que lo enoja —decía— es ver que un hombre rico, de la alta sociedad y además conde, ha llegado sin gran esfuerzo a pintar tan bien como él, si no mejor, aunque ha consagrado toda su vida a la pintura. Usted tiene además una buena educación, que no adquieren nunca los hombres como Mijáilov.

Aunque Vronski abogaba en favor del artista, en el fondo parecía participar de la opinión de su amigo, pues juzgaba muy natural que un hombre de posición inferior

envidiase la suya.

Los dos retratos de Anna hubieran debido bastar para hacerlo comprender la diferencia que existía entre Mijáilov y él, sin embargo, no la veía. Mas, después de haber terminado Mijáilov el suyo, dejó el retrato de Anna inacabado considerándolo ya innecesario. Aun así continuó con su cuadro de la Edad Media, del cual estaba tan satisfecho como Goleníschev y Anna, porque se semejaba a una pintura antigua mucho más que todo lo que hacía Mijáilov.

El artista, por su parte, a pesar del atractivo que el retrato de Anna había tenido para él, se dio por muy contento al verse libre de los discursos de Goleníschev y de las obras de Vronski. Seguramente no se podía impedir a este que se entretuviera, pues los aficionados tienen por desgracia el derecho de pintar lo que mejor les parece; pero le enojaba aquel pasatiempo *de dilettante*. Nadie puede impedir a un hombre que modele una muñeca de cera y la bese; pero no debe acariciarla delante de dos enamorados. La pintura de Vronski le producía un efecto de insuficiencia análogo; lo resentía y lo ofendía, pareciéndole ridícula y lastimosa.

La afición de Vronski a la pintura y a la Edad Media fue, sin embargo, de corta duración; tuvo bastante instinto artístico para no terminar su cuadro, y percibir vagamente que los defectos del lienzo, no muy visibles al principio, serían horribles si llegaba al final. Se hallaba en el mismo caso de Goleníschev, que a pesar de sentir el vacío en su espíritu, se alimentaba de ilusiones, imaginándose que maduraba sus ideas y hacía acopio de materiales. Pero mientras Goleníschev se irritaba por esto, Vronski permanecía tranquilo, e, incapaz de engañarse, abandonó simplemente la pintura con la resolución propia de su carácter, sin tratar de justificarse.

Sin embargo, la vida sin ocupación llegó a ser muy pronto intolerable en aquella pequeña ciudad; el palacio le pareció de repente viejo y sucio; las manchas de las cortinas tomaron un aspecto sórdido; los mosaicos, agrietados; el eterno Goleníschev, el profesor italiano y el viajero alemán fueron, al fin, por demás enojosos; y Vronski experimentó la imperiosa necesidad de cambiar de existencia.

Anna extrañó este repentino cambio, pero consintió de la mejor gana en volver a Rusia y vivir en el campo.

Vronski quiso pasar por San Petersburgo para evacuar unas diligencias sobre repartición con su hermano, y Anna para ver a su hijo. Se proponían pasar el verano en la extensa propiedad patrimonial de Vronski.

## XIV

LIEVIN, casado hacía tres meses, era feliz; pero, contrariamente a lo que había pensado, y a pesar de ciertos encantos imprevistos, experimentaba cada día algún desengaño. La vida conyugal era muy diferente a lo que él había soñado; semejante al hombre que después de admirar la marcha tranquila y regular de un barco en un lago quisiera dirigirlo él mismo, comprendía la diferencia que existe entre la simple contemplación y la acción; no bastaba estar sentado sin hacer falsos movimientos; era preciso pensar en el agua, dirigir la embarcación y levantar con inexperta mano los pesados remos.

En otra época, cuando aún era soltero se había reído a menudo interiormente de las ligeras contrariedades de la vida conyugal: disputas, celos y mezquinas preocupaciones, pensando que jamás se produciría nada de esto en la suya, y que nunca su existencia íntima se semejaría a las de los demás; pero tocaba estas mismas pequeñeces, que, a pesar suyo, tomaban una importancia indiscutible.

Como todos los hombres, Lievin había pensado encontrar las satisfacciones del amor en el matrimonio, sin admitir ningún detalle prosaico; el amor debía darle el reposo después del trabajo; su mujer se contentaría con ser adorada, y olvidaba del todo que ella también tenía derecho a cierta actividad personal. No fue poca su sorpresa al ver que aquella poética y encantadora Kiti se ocupaba, desde los primeros días de su casamiento, del mobiliario, de la ropa blanca, del servicio de la mesa y de la cocina. Ya antes de casarse había extrañado que su prometida rehusase viajar, prefiriendo ir a establecerse en el campo; lo mismo que ahora al ver que al cabo de algunos meses el amor no le impedía ocuparse de la parte material de la vida, por lo cual le gastaba bromas algunas veces.

A pesar de todo, admiraba a Kiti y le divertía ver cómo presidía el arreglo de la casa con los nuevos muebles llegados de Moscú, dando sus órdenes para poner cortinas, preparar las habitaciones destinadas a recibir a los amigos, dirigir a su nueva doncella y al anciano cocinero y trabar discusiones con Agafia Mijáilovna, a la cual retiró el cargo de guardar las provisiones. El pobre cocinero sonreía dulcemente al recibir órdenes caprichosas, imposibles de ejecutar, y Agafia Mijáilovna movía la cabeza con aire pensativo ante las nuevas medidas decretadas por su joven señora. Lievin miraba a todos, y cuando Kiti se dirigía a él entre risueña y llorosa para quejarse de que nadie la escuchaba con formalidad, le parecía encantadora, pero extraña, y no comprendía la metamorfosis experimentada por su mujer al verse dueña de comprar montañas de confites, gastar y mandar lo que se le antojaba para desquitarse, sin duda, de su privación de satisfacer toda clase de caprichos mientras estuvo con sus padres.

Los detalles caseros atraían invenciblemente a la joven esposa, y su celo por las

más insignificantes bagatelas, muy contrario al ideal de felicidad soñado por Lievin, fue por varios estilos un desencanto; mientras que aquella misma actividad, cuyo objeto no penetraba, pero que no podía observar sin placer, le parecía por otros puntos un encanto imprevisto.

Las disputas fueron también sorpresas; jamás se hubiera imaginado Lievin que entre su esposa y él podría haber más que dulzura, respeto y cariño; pero he aquí que ya en los primeros días se indispusieron; Kiti declaró que su marido no pensaba más que en sí, y comenzó a llorar, haciendo ademanes desesperados.

La primera de estas disputas sobrevino a consecuencia de una excursión que Lievin debió hacer a una nueva granja; queriendo volver por el camino más corto se extravió y tardó más de lo que había dicho. Al acercarse a la casa solo pensaba en Kiti, en su felicidad y en el cariño que le profesaba; de modo que al entrar lo primero que hizo fue correr al salón, poseído de un sentimiento análogo al que experimentó el día en que pidió la mano de Kiti. Esta última lo recibió con expresión sombría, y cuando la quiso abrazar, lo rechazó con ademán airado.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Bien te diviertes —comenzó a decir Kiti con afectada frialdad.

Y apenas hubo abierto la boca, los absurdos celos que experimentó mientras esperaba a Lievin sentada en el reborde de la ventana se tradujeron en amargas frases y reprensiones. Lievin comprendió entonces claramente, por primera vez, lo que hasta aquel día solo entendió confusamente, es decir, que el límite que los separaba era indefinible y que no podían determinar dónde comenzaba y acababa su propia personalidad. En el primer instante se ofendió, pero luego comprendió que ella no podía ofenderlo, porque ella es él. Experimentó al principio lo que un hombre que, sintiendo un violento golpe por detrás y volviéndose enojado y anheloso de venganza en busca del agresor, halla que él mismo se ha lastimado por descuido y no tiene con quien enfadarse, y le es preciso tranquilizarse y aguantar el dolor. Este fue un doloroso sentimiento interior, y jamás le había impresionado nada tan vivamente; quiso disculparse, probar a Kiti su injusticia, y hasta le habría atribuido todo, pero temía irritarla más, envenenando la cuestión, aunque era sensible sufrir una injusticia y más aún resentir a Kiti bajo el pretexto de justificarse. Semejante al hombre que lucha medio dormido contra un mal doloroso que quisiera arrancarse, y reconoce al despertar que este mal está en su interior. Lievin se persuadió que la paciencia era el único remedio.

La reconciliación se efectuó pronto. Kiti, sin confesarlo, reconoció su error, y se mostró tan cariñosa que su amor no se resintió; mas, por desgracia, estas dificultades se renovaban a menudo por causas frívolas e imprevistas, y porque ambos ignoraban aún lo que para uno y otro tenía importancia. Aquellos primeros meses fueron difíciles de pasar; ninguno estaba de buen humor y la causa más pueril bastaba para

promover una incomprensión. Cada cual tiraba por su lado de la cadena que los unía, y aquella luna de miel que tantas ilusiones infundiera a Lievin, no les dejó en realidad más que penosos recuerdos. Ambos procuraron después borrar de su memoria los mil incidentes casi ridículos de aquel periodo, durante el cual se hallaron tan rara vez con el espíritu tranquilo.

Su vida no fue más regular hasta que regresaron de Moscú, donde fueron a pasar el segundo mes de su matrimonio.

## XV

Los cónyuges habían vuelto a su casa y disfrutaban de su soledad. Lievin, sentado a su mesa, escribía; Kiti, con un vestido morado, querido de su esposo porque lo llevaba los primeros días de su casamiento, se ocupaba en bordar, sentada en el enorme diván de cuero que comunicaba a la estancia el mismo carácter que tenía cuando la habitaron el abuelo y el padre de Lievin. Este último estaba muy satisfecho de la presencia de su esposa, reflexionando y escribiendo a la vez. No había renunciado a sus trabajos sobre la transformación de las condiciones agronómicas de Rusia, pero si antes le parecieron pobres comparadas con su tristeza, entonces, que era feliz, las juzgaba insignificantes. Continuaba sus ocupaciones, aunque comprendía claramente que el centro de sus intereses era otro y que como consecuencia de ello, veía todo de un modo distinto. Antes aquello era para Lievin su salvación. Sin ello su vida hubiera sido demasiado triste. Ahora, necesitaba aquel trabajo por temor a la monotonía de la felicidad. Cuando releyó sus notas, encontró para gran satisfacción suya que valía la pena continuar el trabajo. Era un trabajo nuevo y útil. Muchas ideas le parecieron exageradas y superfluas, pero, sin embargo, se le aclararon muchas cosas al repasar en su memoria todo el problema. Lievin comenzó un nuevo capítulo acerca de las causas de la situación desventajosa de la agricultura en Rusia. Demostraba que la miseria de Rusia provenía no solo de una distribución injusta de la propiedad sobre la tierra; contribuía a ello la civilización exterior implantada en Rusia, sobre todo sus vías de comunicación, los ferrocarriles que trajeron consigo la concentración en las ciudades, el desarrollo del lujo y, como consecuencia de ello, el desarrollo, en perjuicio de la agricultura, de la industria, el crédito y la bolsa. Lievin consideraba que, en un estado en que la riqueza se desarrolla normalmente, todos estos fenómenos deberían surgir tan solo después de que la agricultura alcanzara unas condiciones determinadas. Que la riqueza debía aumentar de forma regular, de tal modo que otras ramas no se adelantaran a la agricultura; de aquí que los ferrocarriles tendrían que corresponder al estado de la agricultura y que como aquellos habían surgido por razones políticas y no económicas, su desarrollo era prematuro, y que en lugar de contribuir al desarrollo de la agricultura, como se esperaba de ellos, lo habían detenido, al provocar el desenvolvimiento de la industria y del crédito; por estas razones, del mismo modo que el desarrollo unilateral y prematuro de un órgano animal impediría el desarrollo del conjunto, el crédito, los ferrocarriles, las fábricas, necesarias en Europa, en Rusia perjudicaban el aumento de la riqueza nacional, al no resolver el problema de la agricultura.

Mientras que Lievin escribía, Kiti pensaba en el proceder extraño de su esposo en la víspera de su salida de Moscú respecto al joven príncipe Charski, que con muy



poco tacto quiso hacerle un poco la corte. «Está celoso —pensaba Kiti—. ¡Dios mío, si supiera el efecto que todos me producen! Lo mismo que si me hablara Piotr, el cocinero.» Y fijó una mirada dominante, todavía tan extraña para ella, en el cuello vigoroso de su marido.

«Es lástima interrumpirlo —añadió Kiti mentalmente—; pero ya tendrá tiempo de trabajar más tarde; quiero verle la cara; ¿sentirá que lo estoy mirando?, quiero que se vuelva hacia mí...» Y abrió los ojos cuanto le fue posible para comunicar más fuerza a su mirada.

«Sí, atraen la mejor savia y comunican una falsa apariencia de riqueza», se dijo Lievin, dejando la pluma al comprender que su esposa lo miraba fijamente.

—¿Qué tenemos? —preguntó, sonriendo y levantándose.

«Ya se ha levantado —pensó Kiti—; esto es lo que yo quería.» Y lo miraba con el deseo de adivinar si le había molestado la interrupción.

—¡Qué bueno es estar nosotros dos solos, al menos para mí! —exclamó Lievin, acercándose a su esposa con expresión de contento.

—Yo me hallo tan bien aquí que no iré a ninguna parte, y menos a Moscú.

—¿En qué pensabas?

—Pensaba..., no, no; sigue escribiendo y no te distraigas —contestó Kiti, haciendo una mueca—; ahora voy a cortar esos ojales que ves.

Y cogió las tijeras.

—No, dime qué pensabas —repitió Lievin, sentándose junto a Kiti y siguiendo el movimiento de las tijeras.

—¿En qué pensaba? Pues en Moscú y en tu cuello.

—¿Cómo he merecido yo esa felicidad? No es natural —dijo Lievin, besando la mano de Kiti.

—En cuanto a mí —repuso esta—, cuanto más feliz soy, más natural me parece.

—Mira que te sobresale un mechón de cabello —dijo Lievin, volviendo la cabeza de su esposa con precaución.

—Pues déjalo estar y ocupémonos de cosas formales. Pero estas cosas se interrumpieron, y cuando Kuzmá se presentó para anunciar que el té estaba servido, separáronse ambos bruscamente como dos culpables.

—¿Han traído el correo?—preguntó Lievin a Kuzmá.

—Acaban de traerlo.

—No tardes —le dijo Kiti al salir del gabinete—, si no voy a leer sola las cartas. Después tocaremos el piano a cuatro manos.

Una vez solo, Lievin guardó sus cuadernos en un nuevo pupitre, comprado por su esposa, se lavó las manos en una jofaina también nueva, y sonriendo al hacer sus reflexiones, se encogió de hombros con una expresión parecida a la del remordimiento. Su vida era demasiado regalada, y se avergonzaba un poco de ella.

«Esta existencia no conviene —pensó—; y hace tres meses que me entrego al ocio; por primera vez me he puesto a trabajar hoy, y lo he dejado a poco de empezar; descuido hasta mis ocupaciones ordinarias, no vigilo nada ni voy a ninguna parte. Unas veces temo dejarla y otras que se aburra. ¡Y yo que creía que no se comenzaba a vivir hasta que se contraía matrimonio! Durante tres meses he sido un holgazán, y esto no puede continuar así. La culpa no es suya, y, por tanto, no merece la menor reprensión. Yo hubiera debido mostrar firmeza, defender mi libertad de hombre, y si no lo hago, se adquirirán al fin malas costumbres...»

Difícil es que un hombre descontento se abstenga de atribuir a alguno la causa de aquel. Lievin pensaba con tristeza que si la culpa no era de su esposa (no podía acusarla), sería por lo menos de su educación, demasiado superficial y frívola. «Ni aun supo imponer respeto —pensaba— a ese imbécil de Charski.» Fuera de los ligeros quehaceres de la casa, de los cuales se ocupaba mucho; de su tocador y de su bordado, Kiti no se cuidaba de nada. «No manifiesta afición a mis trabajos agrícolas, ni a los campesinos, y ni siquiera le gusta la lectura o la música, aunque es inteligente en esta última; no hace absolutamente nada, y sin embargo, está muy satisfecha.»

Al juzgar así, Lievin no comprendía que Kiti se preparaba para un periodo de actividad que la obligaría a ser, a la vez, esposa, madre, ama de casa, nodriza e institutriz; no comprendía que consagraba algunas horas al ocio y al amor, porque un secreto instinto le advertía que iba a serle preciso cumplir con una sagrada misión, trabajando muy duro, por lo cual preparaba alegremente su nido para el porvenir.

## XVI

**A**L entrar en el comedor, Lievin encontró a su esposa sentada delante del nuevo servicio de té, leyendo una carta de Dolli, porque las dos hermanas sostenían una correspondencia seguida; Agafia Mijáilovna, con su taza delante, se hallaba junto a Kiti.

—La señora me ha ordenado que me siente aquí —dijo la anciana, mirando a Kiti con expresión de cariño.

Estas últimas palabras demostraron a Lievin que había terminado el drama doméstico entre su esposa y Agafia Mijáilovna, a pesar del disgusto que esta sufrió al ver que la despojaban de las riendas del gobierno. Kiti, victoriosa, había conseguido que se la amase.

—Toma, aquí tienes una misiva para ti —dijo Kiti, entregando a su marido una carta llena de faltas de ortografía—. Creo que es de aquella mujer, ya sabes..., de tu hermano, yo no la he leído. Esta otra es de Dolli, que llevó una noche a Grisha y Tania a un baile de niños celebrado en casa de los Sarmatski; Tania vestía de marquesa.

Lievin no escuchaba; tomó, sonrojándose, la carta de Maria Nikoláievna, la antigua querida de Nikolái, y la leyó rápidamente. Le escribía por segunda vez; en la primera carta le decía que Nikolái la echó de casa sin motivo alguno, añadiendo, con una ingenuidad conmovedora, que no pedía socorro alguno, aunque se hallaba en la miseria, pero que el recuerdo de Nikolái Dmítrich la mataba. ¿Qué sería de él estando ya tan débil? Maria Nikoláievna suplicaba a su hermano que no le perdiera de vista. En la segunda carta, cuyo tono era muy diferente, la firmante decía que había vuelto a encontrar a Nikolái en Moscú; que desde aquí marchó con él a una ciudad de provincia, donde iba a ocupar un destino; que al poco tiempo discutió con uno de sus jefes, lo cual lo obligó a dirigirse a Moscú, pero que había caído enfermo en el camino y probablemente no se restablecería ya. «Siempre pregunta por usted —decía la carta—; pero no tenemos ya dinero.»

—Lee lo que Dolli escribe respecto a ti —comenzó a decir Kiti; más al observar la expresión de trastorno de su esposo, preguntó con inquietud—: ¿Qué ocurre?

—Me escribe que mi hermano Nikolái se muere, y debo marchar.

Kiti cambió de expresión olvidando al punto a Dolli y a Tania con su traje de marquesa.

—¿Cuándo marcharás?

—Mañana.

—¿Podré acompañarte?

—¡Vaya ocurrencia! —replicó Lievin con tono de represión.

—¡Cómo ocurrencia! —exclamó Kiti, resentida de que se acogiera tan mal su

proposición—: ¿Por qué no he de ir yo contigo? No molestaré en nada; yo...

—Debo marchar porque mi hermano se muere —dijo Lievin—. ¿Qué podrás hacer tú allí?

—Lo mismo que tú.

«En un momento tan grave para mí —pensó Lievin—, solo piensa en el enojo que le causará estar sola.» Y esta reflexión lo afligió.

—Es imposible —contestó severamente.

Agafia Mijailóvna, viendo que las cosas se maleaban, dejó su taza y salió sin que Kiti lo notase. El tono de su esposo había resentido a esta tanto más cuanto que, al parecer, no daba ninguna importancia a sus palabras.

—Y yo te digo que si marchas, yo me iré también. Quiero acompañarte —añadió, con acento de cólera—, y me agradaría saber por qué sería imposible.

—Porque solo Dios sabe en qué punto o en qué posada lo encontraré, y qué caminos será preciso recorrer para llegar hasta él. Tú no puedes menos de ser un entorpecimiento para mí en el caso presente —añadió Lievin, procurando conservar su sangre fría.

—De ningún modo, yo no necesito nada, donde tú vayas yo puedo ir también, y...

—Aunque solo fuera por esa mujer, con la cual no puedes ponerte en contacto...

—¿Por qué? Yo no tengo que ver con esas historias, pues nada me importan. Sé que el hermano de mi esposo se muere, que mi marido va a buscarlo, y yo quiero ir con él para...

—Kiti, no te incomodes, y piensa que en un caso tan grave, me es doloroso que agregues a mi pesar una verdadera debilidad, el temor de quedarte sola. Si te aburres, vete a Moscú.

—¡Así eres tú! Siempre me supones sentimientos mezquinos —exclamó Kiti, con las lágrimas de injusticia y cólera—. Yo no soy débil...; conozco que es deber mío estar junto a mi esposo en semejante momento, y tú quieres ofenderme, interpretando torcidamente mis intenciones.

—¡Vamos, es terrible verse esclavizado así! —exclamó Lievin levantándose, sin poder disimular su descontento, pero en el mismo instante comprendió que se culpaba a sí mismo.

—¿Pues por qué te casas? —exclamó Kiti—. Siendo soltero, estarías libre. ¿Te arrepientes ya?

Y sin poder reprimir las lágrimas, salió de la habitación.

Cuando Lievin fue a reunirse con su esposa, la encontró sollozando.

Al principio procuró no persuadirla con palabras, sino calmarla, pero Kiti no quiso admitir ninguno de sus argumentos; Lievin tomó una de sus manos, la besó y acarició su cabello, sin conseguir con esto que le contestara, hasta que al fin,

cogiendo su cabeza entre las manos, pronunció con dulzura su nombre. Kiti se suavizó, lloró y se efectuó la reconciliación al punto.

Decidieron partir al día siguiente. Lievin dijo a su esposa que estaba convencido de que a ella la guiaba únicamente el deseo de ser útil y que la presencia de Maria Nikoláievna no tenía nada de indecoroso. Sin embargo, emprendía el viaje descontento de Kiti y de sí mismo. Descontento de ella porque no quería dejarlo marchar solo (¡qué extraño era pensar que él, Lievin, que hacía tan poco osaba creer en la felicidad del amor de Kiti, se sentía ahora desgraciado porque la amaba demasiado!). Y estaba descontento de sí mismo, por haber cedido. En su fuero interno le desagradaba pensar que a Kiti no le importaba encontrarse con Maria Nicoláievna y temía los posibles choques entre ellas. El mero hecho de que su mujer, su Kiti, pudiera estar en una misma habitación con una mujerzuela le hacía temblar de horror y repugnancia.

## XVII

LA fonda donde Nikolái Lievin se moría era uno de esos establecimientos de construcción reciente, con pretensiones de ofrecer a un público poco acostumbrado a los refinamientos modernos, el aseo, la comodidad y la elegancia; pero que este mismo público había convertido muy pronto en ligón. Todo produjo en Lievin un efecto penoso; el soldado que hacía de portero, revestido de desastroso uniforme, y fumando su cigarro en el vestíbulo; la escalera de palastro sombría y triste, el mozo con su traje negro lleno de manchas, la mesa redonda, adornada con su espantoso ramo de flores de cera cubiertas de polvo, el desorden y el desaseo, y hasta una actividad con carácter de suficiencia; todo este conjunto era repulsivo; pero dentro, Lievin debía ver algo peor aún.

Las mejores habitaciones resultaron estar ocupadas, y se ofreció a los esposos un aposento sucio, prometiéndoles otro para pasar la noche; Lievin hubo de conducir allí a Kiti, enojado al ver que sus previsiones se realizaban tan pronto, y que le era forzoso ocuparse de la instalación en vez de correr en busca de su hermano.

—Ve pronto —dijo Kiti con aire contristado.

Lievin salió sin decir palabra, y cerca de la puerta se encontró con Maria Nikoláievna, que acababa de saber su llegada; no había cambiado desde la última vez que Lievin la viera en Moscú; llevaba el mismo vestido de lana, que dejaba al descubierto su cuello y sus brazos, y conservaba en su rostro demacrado la misma expresión de bondad.

—¿Cómo sigue? —preguntó Lievin.

—Muy mal; ya no se levanta, y lo espera a usted siempre. ¿Ha venido usted... con su esposa?

Lievin no sospechó al principio por qué aquella mujer estaba confusa; pero Maria Nikoláievna se expresó al punto.

—Yo me iré a la cocina —dijo— y él estará así más contento, pues recuerda haberla visto en el extranjero.

Lievin comprendió que se trataba de su esposa y no supo qué contestar.

—¡Vamos, vamos! —dijo.

Mas apenas hubo dado un paso, se abrió la puerta de su habitación y Kiti apareció en el umbral. Lievin se sonrojó, muy contrariado al ver a su esposa en tan falsa posición; pero Maria Nikoláievna se ruborizó mucho más, y se oprimió contra la pared, dispuesta a llorar, tapando con el chal sus manos coloradas.

Lievin notó desde luego la expresión de ávida curiosidad que se pintó en los ojos de su esposa al fijar sus miradas en aquella mujer incomprensible para ella y casi espantosa, pero esa expresión duró solo un momento.

—¿Qué tal? ¿Cómo está? —preguntó mirando a Levin y después a ella.

—No podemos permanecer en el corredor —dijo Lievin con acento irritado.

—Pues bien, entremos —replicó Kiti volviéndose hacia Maria Nikoláievna, que se retiraba ya; mas al ver la expresión de temor de su esposo, añadió—: Mejor es que vayas tú primero y me envíes a buscar a mi cuarto.

Lievin se dirigió a la habitación de su hermano.

Pensaba encontrarlo en ese estado de ilusión propio de los tísicos, que le había chocado en su última visita; creía hallarlo más débil y más flaco, con síntomas de un próximo fin; y se figuró que iba a conmoverse mucho al verlo poseído de la idea de la muerte, como algún tiempo antes; pero lo que vio fue muy distinto de lo que esperaba.

En una pequeña y sórdida habitación, en cuyas paredes habían escupido sin duda muchos viajeros, y separada solo de otra estancia en la cual se oía hablar a varias personas, Lievin vio en una mísera cama un cuerpo cubierto con una colcha, y sobre esta una mano enorme que empuñaba de una manera singular una especie de huso largo y delgado; la cabeza, reposando en la almohada, solo tenía algunos raros cabellos, que el sudor adhería a las sienes, mientras que la frente se transparentaba casi.

«¿Es posible que ese cadáver sea mi hermano Nikolái?», pensó Lievin; pero al acercarse, cesaron sus dudas; le bastó fijar la vista en los ojos de su hermano para conocer la espantosa verdad.

Nikolái miró a Konstantín con expresión severa, y esto bastó para que restablecieran las relaciones acostumbradas entre los dos hermanos; Lievin creyó que se le dirigía una muda reprensión, y le remordió su felicidad.

Al coger la mano de Nikolái, este sonrió; pero sin que cambiase la dureza de su fisonomía.

—Sin duda, no esperabas encontrarme así —dijo al fin Nikolái, haciendo un esfuerzo.

—Sí..., no —contestó Lievin, confundiéndose—. ¿Por qué no me has avisado antes, cuando aún era soltero? He practicado verdaderas pesquisas para encontrarte.

Lievin hablaba a fin de evitar un silencio penoso, pero su hermano no respondía y lo miraba fijamente, cual si quisiera pesar cada una de sus palabras; sin saber ya qué decirle, le manifestó al fin que había llegado con su esposa. Nikolái manifestó su satisfacción, aunque añadiendo que temía espantarla; siguió una pausa, y después el enfermo comenzó a hablar; Lievin creyó, por la expresión de su rostro, que deseaba comunicarle alguna cosa de importancia, pero no hizo más que renegar del médico, manifestando su sentimiento por no poder consultar a una celebridad de Moscú. Lievin comprendió que su hermano todavía creía tener curación.

A los pocos momentos, Konstantín se levantó, con el pretexto de ir a buscar a su esposa, pero en realidad para sustraerse, al menos durante algunos minutos, a sus

dolorosas impresiones.

—Está bien —dijo el enfermo—; voy a mandar que limpien y ventilen un poco esto. ¡Masha! —gritó, haciendo un esfuerzo—. Ven a poner un poco de orden aquí— y volviéndose a Lievin, añadió con una mirada interrogadora—: ¿Tú, Masha, te irás después?

Lievin salió sin contestar, mas apenas estuvo en el corredor; se arrepintió de haber prometido presentar a su esposa, y pensando en lo que había sufrido, resolvió demostrar a Kiti que aquella visita sería infructuosa. «¿Para qué atormentarla como a mí?», pensó.

—¿Qué hay? —preguntó Kiti, asustada.

—Es horrible —contestó Lievin—; yo no sé por qué has venido.

Kiti miró un momento a su esposo sin decir palabra, y cogiéndolo después del brazo, repuso tímidamente:

—Kostia, condúceme a su habitación, y el servicio será menos pesado para los dos; yo me quedaré con él, pues ya comprenderás que ser testigo de tu dolor e ignorar la causa es para mi más cruel que todo. Tal vez le sea yo útil, y a ti también. Te ruego que me lo permitas —añadió Kiti, con tono suplicante, como si se tratase de la felicidad de su vida.

Lievin hubo de consentir y acompañarla, con lo cual olvidó completamente a Maria Nikoláievna.

Kiti andaba ligera y animosa, mirando a su esposo con expresión de cariño; al entrar, se acercó al lecho de modo que el enfermo no necesitase volver la cabeza; cogió con su fresca mano la diestra enorme del moribundo, y manifestando esa simpatía que las mujeres saben demostrar sin ofender, le dirigió la palabra con dulce animación:

—Nos hemos visto en Soden sin conocernos —dijo Kiti—. ¿Pensaba usted entonces que yo llegaría a ser su cuñada?

—Supongo que no me habría reconocido usted —repuso el enfermo, cuyo rostro se había animado con una sonrisa al ver entrar a Kiti.

—¡Oh, sí! —replicó Kiti—. Y ha hecho usted bien en llamarnos. No se pasaba ni un día sin que Konstantín se acordase de usted, inquietándose por no recibir noticias.

La animación del enfermo duró poco; antes que Kiti acabase de hablar, reapareció en su rostro la expresión de amargura que antes manifestara al observar la salud y robustez de su hermano.

—Temo que no se halle usted bien aquí —continuó la joven, evitando la mirada fija de él para examinar el aposento—. Será preciso pedir otra habitación para estar más cerca de él —dijo a su esposo.



## XVIII

LIEVIN no podía estar tranquilo en presencia de su hermano, pero los detalles de su espantosa situación, para la cual no veía remedio, pasaban inadvertidos para él por lo muy turbado que estaba su espíritu.

Impresionado por la suciedad de la habitación, el desorden, la atmósfera infecta que allí se respiraba y los gemidos del enfermo, no se le ocurrió que podría informarse sobre la especie de cama que tenía, y tratar de aliviarlo materialmente para que estuviese menos mal si no mejor; solo al pensar en aquellos detalles se estremecía; y el enfermo, comprendiendo instintivamente la impotencia de su hermano, se irritaba cada vez más. Lievin se limitaba a entrar y salir de la habitación bajo diferentes pretextos; estaba mal junto a su hermano, pero no podía dejarlo solo.

Kiti comprendió las cosas de otro modo; apenas estuvo junto al enfermo, se compadeció de él, y en su corazón de mujer, este sentimiento, lejos de producir el terror o el disgusto, la indujo, por el contrario, a informarse sobre todo de lo que podría dulcificar aquella triste situación. Persuadida de que era su deber socorrerlo, no dudó que sería posible aliviarlo, y al punto puso manos a la obra. Los detalles que repugnaban a su esposo fueron precisamente los que llamaron su atención; envió a buscar un médico; dispuso que su doncella y Maria Nikoláievna barrieran todo, ayudándolas ella misma; dio orden de retirar lo inútil o traer lo necesario; y sin cuidarse de las personas que encontraba al paso, iba y venía desde su cuarto al de su cuñado para llevar cuanto se requería: sábanas, fundas de almohada, servilletas y camisas.

El criado que servía la comida en la mesa redonda contestó varias veces a su llamamiento con tono de mal humor, pero Kiti daba sus órdenes tan dulcemente, que el hombre la secundaba al punto. Lievin no aprobaba todo aquel movimiento, pues no veía el objeto, temiendo además irritar a su hermano; pero este permanecía tranquilo e indiferente, aunque algo confuso, y observaba con interés los movimientos de la joven. Cuando Lievin volvió de buscar al médico, pudo ver al abrir la puerta, que se cambiaba la ropa al enfermo; su enorme espalda arqueada, los costados y las vértebras salientes quedaron al descubierto, mientras que Maria Nikoláievna y el lacayo se esforzaban inútilmente para introducir en las mangas de la camisa los largos y descarnados brazos de Nikolái. Kiti cerró vivamente la puerta sin mirar a su cuñado, pero como este profiriese un gemido, se aproximó al punto.

—Despachad pronto —dijo.

—No se acerque usted —murmuró el enfermo con acento de cólera—; ya me arreglaré yo solo...

—¿Qué dice usted? —preguntó Maria Nikoláievna.

Pero Kiti oyó y comprendió que Nikolái estaba vergonzoso y confuso al verse en

aquel estado.

—¡No veo nada! —dijo, ayudando a introducir su brazo en la manga—. Maria, pase usted al otro lado del lecho para ayudarme. Y tú —añadió, dirigiéndose a su esposo— ve a buscar en mi saco un frasquito que tengo allí.

Cuando Lievin volvió con el objeto pedido, el enfermo estaba echado, y a su alrededor todo tenía otro aspecto. En vez del aire viciado que antes se respiraba, se percibía cierto aroma de vinagrillo de tocador; el polvo había desaparecido; a los pies del lecho se veía una pequeña alfombra; en una mesita estaban alineadas las botellas que contenían los medicamentos, y en otra junto al lecho se había puesto una bujía y la poción recetada. El enfermo, lavado, peinado, echado en sábanas limpias y sostenido por varias almohadas, tenía puesta una camisa muy blanca que hacía resaltar más su cuello extraordinariamente delgado. Sus ojos, que expresaban una esperanza, estaban siempre fijos en Kiti.

\* \* \*

El médico, al que Lievin encontró en el club, no era el mismo que enojó en otro tiempo a Nikolái; después de auscultar cuidadosamente al enfermo, movió la cabeza y recetó, dando algunas explicaciones detalladas sobre la manera de administrar los remedios y el alimento; aconsejó huevos frescos casi crudos y agua de Seltz con leche caliente a cierta temperatura. Cuando se hubo retirado, el enfermo dijo a su hermano algunas palabras que este no comprendió apenas; mas por su mirada, Lievin adivinó que Nikolái elogiaba a Kiti, a la cual llamó un momento después.

—Me siento mucho mejor —dijo—, y estoy seguro de que con usted me hubiera curado. Ahora todo va bien.

Y quiso acercar a sus labios la mano de su cuñada, pero temiendo ser enojoso, se contentó con acariciarla. Kiti estrechó afectuosamente la de Nikolái entre las suyas.

—Vuélvame ahora del lado izquierdo —murmuró—, y váyanse todos a dormir.

Solo Kiti comprendió lo que decía, porque pensaba de continuo en lo que podría serle útil.

—Vuélvelo del otro lado —dijo a su esposo—, pues yo no puedo hacerlo sola, y no quisiera llamar al criado. ¿Puede usted levantarlo? —preguntó a Maria Nikoláievna.

—Tengo miedo —contestó esta.

Lievin, aunque espantado por la idea de levantar aquel corpachón, sufrió la influencia de su esposa, y rodeando con los brazos al enfermo, lo volvió resueltamente, llamándole mucho la atención la pesadez de aquellos miembros gastados. Entre tanto, Nikolái le rodeaba el cuello con los brazos, mientras que Kiti volvía las almohadas a fin de echar mejor al enfermo.

Nikolái atrajo hacia sí la mano de Lievin, y la acercó a sus labios para besarla;

Konstantín, sintiéndose desfallecer, no opuso resistencia, y sin poder reprimir sus sollozos, salió de la habitación.

## XIX

«**H**A revelado a los simples y a los niños lo que ocultaba a los sabios», pensó Levin acerca de Kiti, mientras hablaba con ella pocos momentos después. Citaba las palabras del Evangelio no porque se considerase sabio, sino porque no podía ignorar que era más inteligente que su mujer y que Agafia Mijáilovna, ni podía ignorar tampoco que, cuando pensaba en la muerte, lo hacía con todas las fuerzas de su alma. Sabía también que muchos cerebros célebres habían filosofado sobre la muerte, Levin había leído sus trabajos, pero no entendían sobre ella ni la centésima parte de lo que sabían Agafia Mijáilovna y Kiti, Katia<sup>[50]</sup>, como la llamaba Nikolái y como ahora le gustaba llamarla a Levin. Estas dos mujeres, tan desemejantes entre sí, se parecían en un todo por sus ideas sobre la materia; ambas sabían, sin abrigar la menor duda, el sentido de la vida y de la muerte, y aunque incapaces de contestar a las preguntas que fermentaban en el espíritu de Lievin, debían explicarse del mismo modo esos grandes hechos del destino humano, compartiendo su creencia sobre este punto con millones de seres. Como prueba de su familiaridad con la muerte, sin ninguna duda sabían exactamente, cómo tratar a los moribundos y no los temían, mientras que Lievin y aquellos que como él podían reflexionar largamente sobre tan lúgubre tema, carecían de valor y temían la muerte y no tenían ni menor idea cómo había que actuar con una persona a punto de morir; solo con su hermano, Konstantín se hubiera contentado con mirarlo, esperando su fin con espanto, pero sin hacer cosa alguna para retardar la última hora.

La vista del enfermo lo paralizaba; ante él no podía ya hablar, ni mirar, ni andar; hablar de cosas indiferentes le parecía ofensivo, y tratar de cosas tristes, como, por ejemplo, la muerte, imposible; de modo que más valía callarse.

«Si lo miro —pensaba— creerá que tengo miedo, y si no lo miro, puede suponer que mis pensamientos están en otra parte; si ando de puntillas, tal vez le enoje, y si hago ruido, le parecerá brutal.»

Kiti no pensaba en ningún momento de sí misma ni tenía tiempo para ello; ocupada solo del enfermo, sus ideas sobre lo que debía hacer parecían muy claras y todo le salía bien.

Le contaba detalles sobre sí misma, sobre su casamiento, se sonreía, compadecía al enfermo, lo acariciaba, hacía mención de varias curas y lo reanimaba así. ¿De dónde había recibido estas luces particulares? Y así Kiti como Agafia Mijáilovna no se contentaban con los cuidados físicos y los actos puramente materiales; se preocupaban las dos de una cuestión más elevada; al hablar de un servidor que acababa de morir, Agafia Mijáilovna había dicho:

—A Dios gracias, ha comulgado y recibido los santos sacramentos; Dios conceda a todos un fin semejante.

Kiti, por su parte, halló el medio de inclinar a su cuñado desde el primer día a recibir los santos sacramentos, y esto mientras se ocupaba de las ropas y de las medicinas.

Cuando volvió a sus habitaciones, Lievin no sabía qué hacer. Cenar, acostarse, pensar en sus propios asuntos, incluso hablar con su mujer le daba vergüenza. Kiti, por el contrario, estaba más activa que de costumbre. Incluso más animada que nunca. Ordenó servir la cena, ayudó a preparar las camas, sin olvidarse de echar «polvos persas». Kiti sentía la excitación y rapidez de comprensión que experimenta un hombre ante la batalla, ante la lucha, en los momentos peligrosos y decisivos de la vida, en aquellos minutos en que un hombre muestra que toda su vida anterior no transcurrió en vano, sino que fue una preparación para aquellos instantes. Todo le salía bien. Aún no habían dado las doce, había deshecho ya sus equipajes, y las habitaciones del hotel adquirieron el aspecto de su propia casa: las camas hechas, los cepillos, peines, espejos cuidadosamente colocados, los manteles puestos.

A Lievin le parecía imperdonable comer, dormir, hablar en un momento así y consideraba cada movimiento suyo inconveniente. Kiti hacía sus cosas de tal modo que era imposible hallar algo ofensivo en sus ocupaciones.

Sin embargo, no pudieron comer nada, ni dormir, y tardaron mucho en acostarse.

—Lo he convencido para que le administren mañana los santos sacramentos —decía Kiti, mientras, sentada ante un pequeño espejo, peinaba sus suaves y perfumados cabellos—. Nunca he visto hacerlo, pero he oído decir que existen oraciones de curación.

—¿Crees que puede curarse? —dijo Lievin, mientras seguía los movimientos de Kiti.

—Se lo he preguntado al doctor. Dice que no vivirá más de tres días. Pero ¿cómo pueden saberlo? No obstante, me alegro de haberlo convencido. Todo puede ocurrir —agregó, con una expresión peculiar de astucia, que siempre adquiriría su rostro cuando hablaba de religión.

Después de su conversación sobre la religión durante su noviazgo, nunca habían vuelto a hablar sobre aquel tema. Pero Kiti seguía yendo a misa y rezando con el mismo sereno convencimiento de cumplir un deber. A pesar de que Lievin afirmaba lo contrario, Kiti estaba firmemente persuadida de que su marido era tan bueno o mejor cristiano que ella, y que su actitud religiosa no era más que una de esas curiosas manías de los hombres; algo así como sus afirmaciones acerca de la *broderie anglaise*: todo el mundo zurce los agujeros mientras que ella los recorta intencionadamente, etc.

—Esa mujer, Maria Nikoláievna, no ha sabido arreglar nada —dijo Lievin—. Y... debo reconocer que me alegro, me alegro mucho de que hayas venido. Eres la limpieza misma —y Lievin le tomó su mano y no la besó (besarle la mano cuando la

muerte estaba tan cerca le parecía indecoroso), sino la estrechó suavemente, con una expresión de culpabilidad, mientras fijaba su mirada en sus ojos iluminados.

—Tú solo sufrirías más —dijo Kiti, mientras levantaba los brazos, que ocultaban el rubor de satisfacción que cubría sus mejillas, y clavaba con horquillas sus trenzas—. No —prosiguió—, no, esa mujer no hubiera sabido hacerlo... Yo aprendí mucho en Soden.

—¿Y allí había enfermos así?

—Y peor.

—Lo más terrible para mí es que no puedo dejar de recordar cómo era Nikolái en su juventud. No puedes imaginarte qué muchacho tan extraordinario era, pero yo entonces no lo comprendía.

—Sí, me lo imagino. Siento que nos hubiéramos llevado muy bien los dos —dijo Kiti asustada; miró a su marido y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí, *hubiérais* sido buenos amigos —contestó Lievin tristemente—. Es uno de esos hombres que no han nacido para este mundo.

—Bueno, ya es hora de acostarse, que nos quedan muchos días así por delante —dijo Kiti al mirar su diminuto reloj.

## XX

### LA MUERTE

**A**L día siguiente el enfermo se confesó y le administraron los santos sacramentos. Mientras duró la ceremonia, Nikolái Lievin oró con ardor. Sus grandes ojos, fijos en la imagen, puesta sobre una mesa de juego cubierta con un mantel, reflejaban una súplica de gracia y esperanza, y Konstantín Lievin no podía mirar aquello sin sentirse invadido por el terror. Konstantín comprendía que aquella súplica y aquella esperanza hacían para el enfermo más dolorosa la separación con la vida que tanto amaba. Conocía a su hermano y conocía sus pensamientos. Nikolái había dejado de creer no porque le fuera más fácil vivir sin fe, sino porque, paso a paso, la explicación científica moderna del mundo había desplazado sus creencias. Y por eso aquella vuelta a la religión no era legal, no correspondía al desarrollo de sus ideas, era tan solo temporal, interesada, determinada por su loco deseo de curarse. Los relatos de Kiti acerca de curaciones milagrosas habían reforzado aquella esperanza. Todo esto lo sabía Lievin, y sufría al ver aquella mirada suplicante, preñada de esperanza, y aquella mano enflaquecida, que se movía con dificultad al santiguarse, al mirar sus hombros salientes y su pecho vacío, que ya no podía encerrar la vida que el enfermo pedía. Durante la ceremonia Konstantín rezaba y hacía aquello que él, incrédulo, había hecho miles de veces. Le decía a Dios: «Si existes, haz que este hombre se cure (¡cuántas veces se repetía aquello!), y lo salvarás a él y me salvarás a mí».

Una vez administrados los santos sacramentos, el enfermo se sintió mejor. Estuvo sin toser durante más de una hora, sonrió, besó la mano de Kiti y, con lágrimas en los ojos, le dio las gracias. Decía que se encontraba bien, que no le dolía nada y que sentía apetito. Se levantó solo cuando le sirvieron la sopa y pidió una croqueta más. A pesar de que su estado era desesperado, de que bastaba mirarlo para comprender que ya no podría curarse, Lievin y Kiti experimentaban una misma excitación, feliz y tímida.

—Está mejor.

—Sí, mejor.

—Es sorprendente.

—No tiene nada de particular.

—Cuánto mejor es así.

Hablaban en voz baja y sonreían.

Aquella ilusión no duró mucho. El enfermo se durmió tranquilo, pero a la media hora lo despertó la tos. Y de pronto desaparecieron todas las esperanzas en Lievin y Kiti, y en el enfermo mismo. La realidad del sufrimiento, sin dudas, sin recuerdos y sin esperanzas acabaron con las ilusiones.

Olvidando todas sus esperanzas y como si se avergonzara de recordarlas, Nikolái pidió el frasco de yodo. Lievin se lo dio al punto, y su hermano lo miró con la misma expresión apasionada de esperanza con que contempló antes la imagen para que le confirmase las palabras del doctor, el cual atribuía al yodo virtudes milagrosas.

—¿No está Katia aquí? —preguntó con voz ronca cuando Lievin le hubo repetido las palabras del médico, bien a pesar suyo—. ¿No? Pues entonces puedo hablar. Todo ha sido pura comedia por mi parte; si he fingido, lo he hecho todo por amor a ella, porque es verdaderamente encantadora; pero nosotros no podemos engañarnos. He aquí lo único en que tengo fe —añadió oprimiendo el frasco entre sus manos huesosas para aspirar el yodo.

A eso de las ocho de la noche, cuando Lievin y su esposa tomaban el té en su habitación, vieron llegar a Maria Nikoláievna muy agitada, pálido el rostro y temblorosos los labios.

—¡Se muere! —balbució—. Temo que haya llegado su última hora.

Los dos corrieron al aposento de Nikolái, a quien vieron sentado en el lecho, de lado y con la cabeza inclinada.

—¿Qué tienes? —preguntó Lievin con dulzura, después de un instante de silencio.

—¡Ya me voy! —murmuró Nikolái, sacando a duras penas los sonidos de su pecho, aunque pronunciaba claramente todavía; y sin levantar la cabeza, volvió la vista hacia su hermano, cuyo semblante no podía ver, y balbució—: ¡Vete de aquí, Katia!

Lievin obligó a su esposa dulcemente a salir de la estancia.

—Me voy —repitió el moribundo.

—¿Por qué lo crees? —preguntó Lievin, por decir alguna cosa.

—Porque me voy —replicó Nikolái, como si se hubiese encariñado con estas palabras—. Esto ha concluido.

Maria Nikoláievna se acercó al lecho.

—Échese usted y estará mejor —dijo.

—Muy pronto estaré echado tranquilamente en el otro mundo —murmuró Nikolái, con una especie de ironía irritada—; pero, en fin, echadme si así lo queréis.

Lievin recostó a su hermano, se sentó junto a él y, respirando apenas, examinó su rostro. El moribundo tenía los ojos cerrados, pero los músculos de su frente se agitaban a intervalos, como si reflexionara. A pesar suyo, Lievin trató de comprender lo que el moribundo podía pensar en aquel momento; aquel rostro de expresión severa, y el movimiento de los músculos sobre las cejas parecían indicar que su hermano entreveía misterios ocultos para los vivos.

—Sí, sí... —murmuró lentamente el agonizante, haciendo largas pausas—; esperad; ¡eso es! —murmuró de pronto, como si todo se hubiese aclarado para él—.



¡Oh señor! —exclamó, suspirando profundamente.

Maria Nikoláievna puso la mano sobre los pies del moribundo.

—Ya se enfría —dijo en voz baja.

El enfermo permaneció largo tiempo inmóvil, pero vivía y suspiraba a intervalos. Lievin comenzaba a sentirse fatigado de la tensión de su espíritu; ya no tenía fuerza para pensar en la muerte; por su mente cruzaban las ideas más extrañas, y se preguntaba qué le quedaría por hacer, si sería preciso cerrar los ojos a su hermano, vestirle y encargarse del ataúd. Cosa extraña, se sentía frío e indiferente; el único sentimiento que experimentaba era más bien el de la envidia, pues su hermano tendría en adelante una certeza que él, Konstantín, no podía obtener. Largo tiempo estuvo junto a Nikolái, esperando el fin, que no llegaba; la puerta se entreabrió, apareciendo Kiti en el umbral, y su esposo quiso contenerla, pero el moribundo se agitó en su lecho.

—No te vayas —murmuró, extendiendo la mano.

Lievin la cogió entre las suyas, e hizo una seña a Kiti para que se retirase.

Con la mano de Nikolái cogida, Lievin esperó media hora, una, y luego otra: había dejado de reflexionar sobre la muerte para pensar en Kiti. ¿Qué haría su esposa? ¿Quién habitaría la habitación contigua?

Al fin Lievin tuvo hambre y sueño; entonces desprendió suavemente su mano para tocar los pies del moribundo; ya estaban fríos, pero Nikolái respiraba todavía; Lievin quiso levantarse silenciosamente, mas el enfermo se agitó al punto, repitiendo:

—No te vayas...

Amaneció el día siguiente sin que la situación hubiese cambiado. Lievin se levantó poco a poco, y sin mirar al enfermo, volvió a su habitación, se acostó y muy pronto quedó profundamente dormido. Al despertar supo que Nikolái no solamente no había muerto, sino que acababa de recobrar el conocimiento; estaba sentado en la cama y pedía de comer; lejos de hablar de la muerte, expresaba la esperanza de curarse, manifestando más irritación y tristeza que de costumbre. Aquel día nadie consiguió calmarlo; acusaba a todo el mundo de sus padecimientos; quería que se llamase a un célebre médico de Moscú, y a todas las preguntas que se le dirigían sobre su estado contestaba que su padecimiento era intolerable.

Aquella irritación aumentaba por momentos; la misma Kiti no pudo dulcificarla, y Lievin echó de ver que estaba agotada física y moralmente, aunque se negase a confesarlo. La ternura producida por la aproximación de la muerte se mezclaba con otros sentimientos; todos sabían que el fin era inevitable; veían a Nikolái medio muerto ya, y llegaron a desear un pronto desenlace, lo cual no impidió que dieran al moribundo los medicamentos y se enviara a buscar al doctor. Esto era engañarse a sí mismos, y aquel disimulo era más doloroso para Lievin que para los demás, porque amaba a su hermano tiernamente y nada lo contrariaba tanto como la falta de

sinceridad.

Konstantín, preocupado largo tiempo por la idea de reconciliar a sus dos hermanos, había escrito a Serguieí Ivánovich; este le contestó, y Lievin leyó la carta al enfermo, en la cual decía aquel que no le era posible ir, pidiendo perdón a Nikolái con palabras conmovedoras.

El enfermo no dijo nada.

—¿Qué quieres que conteste? —preguntó Lievin—. Supongo que no le guardarás rencor...

—¡De ningún modo! —replicó Nikolái, con acento de enojo—. Escríbele que me envíe al doctor.

Así pasaron tres días crueles; el moribundo seguía en el mismo estado, y todos cuantos se acercaban a él no tenían más deseo que ver el fin de sus padecimientos; pero Nikolái no pensaba así; seguía incomodándose contra el médico, tomaba sus remedios y hablaba de restablecerse. En los raros momentos en que, bajo la influencia del opio, se olvidaba un instante de sí, confesaba, medio aletargado, todo cuanto lo inquietaba. ¡Ah, si esto pudiese acabar!

Aquel padecer, siempre más intenso, hacia su obra, preparando a Nikolái a morir; cada movimiento era un dolor; ni un solo miembro de aquel pobre cuerpo dejaba de producir una angustia; los recuerdos mismos, las impresiones y los pensamientos del pasado repugnaban al enfermo; las personas que veía a su alrededor, sus palabras, todo le hacía daño; de modo que nadie osaba moverse ni expresar una opinión; la vida se concentraba para todos en el sentimiento de las angustias del moribundo, y en el ardiente deseo de que llegase su fin.

El moribundo estaba en el momento supremo en que la muerte debía parecerle apetecible como la última felicidad; hasta el hambre, la fatiga y la sed, esas sensaciones que después de haber sido causa de sufrimiento o privación le producían cierto goce, no eran ya más que dolor; solo podía aspirar a verse libre del principio mismo de sus males, de su cuerpo atormentado; y sin hallar palabras para expresar este deseo, continuaba, por costumbre, reclamando lo que le satisfacía en otro tiempo. «Echadme del otro lado», murmuraba, y apenas lo hacían, manifestaba el deseo de volver a su primera posición; pedía caldo y lo rechazaba un momento después; quería que contasen alguna cosa en vez de guardar silencio; y apenas oía hablar, su expresión de fatiga, de indiferencia y disgusto reaparecía al momento.

Kiti enfermó a los diez o doce días de su llegada; tenía vómitos, dolores de cabeza, y pasó toda la mañana en la cama; el médico dijo que era por efecto de las emociones y de la fatiga, y prescribió la calma y el reposo. Sin embargo, se levantó después de comer y fue a la habitación del enfermo con su labor, según costumbre. Nikolái la miró severamente, sonriendo con desdén, cuando le dijo que había estado enferma. Durante todo aquel día se sonó con mucha frecuencia, quejándose

lastimosamente.

—¿Cómo se siente usted hoy? —le preguntó Kiti.

—Peor —contestó Nikolái—; sufro mucho.

—¿Qué le duele a usted?

—Todo.

—Ya verán ustedes como esto concluye hoy —dijo Maria Nikoláievna, en voz baja.

Lievin la mandó callar, temiendo que la oyera su hermano, cuyo oído era muy fino, y se volvió hacia el moribundo; pero este, a pesar de haber oído las palabras, no manifestó la menor impresión; su mirada siempre era fija y grave.

—¿Por qué cree usted que morirá hoy? —preguntó Lievin, conduciendo a Maria Nikoláievna al corredor.

—Porque ya se está cogiendo.

—¿Cómo?

—Así —contestó Maria Nikoláievna, cogiendo los pliegues de su vestido de lana y tirando de ellos.

Lievin observó, en efecto, que durante todo el día el enfermo cogía las sábanas y su ropa entre sus dedos y tiraba de ellas como para quitárselas.

Maria Nikoláievna no se había engañado en su pronóstico.

Hacia la entrada de la noche, Nikolái no tuvo ya fuerza para levantar los brazos, y su mirada inmóvil adquirió una fijeza que no se modificó cuando Lievin y su esposa se inclinaron sobre él a fin de que pudiese verlos. Kiti envió a buscar al sacerdote para rezar las oraciones de los agonizantes.

Durante la ceremonia, el enfermo, a cuyo lado estaban Lievin, Kiti y Maria Nikoláievna, no dio ninguna señal de vida; pero antes de terminarse el rezo, exhaló un suspiro de pronto, se extendió y abrió los ojos; el sacerdote colocó la cruz sobre aquella frente helada, y cuando hubo acabado sus oraciones, permaneció en pie, silencioso, junto al lecho, tocando con sus dedos la enorme mano del moribundo.

—Todo ha concluido —dijo al fin, haciendo ademán de alejarse; pero en el mismo instante los labios de Nikolái se estremecieron, y del fondo de su pecho salieron estas palabras, resonando claramente en el silencio de la noche:

—Aún no..., muy pronto.

Un minuto después el rostro se serenó, dibujándose una sonrisa debajo del bigote; y las mujeres se dispusieron a vestir al difunto.

Todo el horror que a Lievin infundía el terrible enigma de la muerte se despertó con la misma intensidad que durante la noche en que su hermano fue a verlo, y más que nunca comprendió su incapacidad para sondear aquel misterio. La presencia de su esposa le impidió entregarse a la desesperación, pues, a pesar de sus terrores; experimentaba la necesidad de vivir y de amar. Solo el amor lo salvaba, y se hacía

más fuerte y puro porque estaba amenazado. Apenas vio realizarse aquel misterio de la muerte, pudo observar a su lado otro milagro de amor y de vida, también insondable: el doctor declaró que Kiti estaba encinta.

## XXI

**A** PENAS Karenin hubo comprendido, gracias a Betsi y Oblonski, que todos, y Anna la primera, esperaban que librase a esta última de su presencia, su espíritu se turbó, y no sintiéndose capaz de tomar una resolución personalmente, confió su suerte en manos de terceras personas, muy satisfechas de poder tomar cartas en el asunto, aceptando cuanto se propusiera.

Solo comprendió la realidad cuando al día siguiente de la marcha de su esposa se presentó la inglesa para preguntarle si debería comer a la mesa o en la habitación de los niños.

Lo peor era que Karenin no podía unir, conciliar su pasado con el presente. Y no porque el recuerdo de su felicidad conyugal lo turbara. El paso de la felicidad al conocimiento del adulterio de su esposa ya lo había vivido. Su estado era penoso; pero comprensible. Si en el momento de declararle su infelicidad, Anna lo hubiera abandonado, Alexiéi Alexándrovich se sentiría triste, desgraciado, pero no se encontraría en una situación sin salida, absurda, como le ocurría ahora. No podía conciliar su perdón, su enternecimiento, su amor a Anna enferma y la niña extraña, con su situación actual, cuando como compensación se encontró solo, deshonorado, ridiculizado, despreciado y olvidado por todos.

Durante los primeros días de la ausencia de Anna, Alexiéi Alexándrovich continuó sus recepciones, asistió al consejo y comió en su casa como de costumbre; todos sus esfuerzos no tenían más objeto que parecer tranquilo e indiferente, y fueron sobrehumanos los que hizo para contestar con serenidad a las preguntas de los sirvientes respecto a los cambios que se deberían introducir en la habitación de su esposa y en la marcha de la casa. Durante dos días consiguió disimular su padecimiento, pero llegado el tercero no pudo resistir, a causa de haberse presentado el dependiente de una tienda con una factura que Anna había olvidado pagar.

—Vuecencia —dijo el dependiente— dispensará si me permito pedirle las señas de la señora, si es a ella a quien debemos dirigirnos.

Alexiéi Alexándrovich pareció reflexionar, se sentó junto a la mesa y durante largo tiempo permaneció silencioso, tratando de hablar, mas sin poder conseguirlo.

Korniéi, el criado, comprendió el estado de su señor, e hizo salir al dependiente.

Una vez solo, Karenin comprendió que no tenía ya fuerza para resistir más, y mandó que desengancharan los caballos de su coche, cerró su puerta y no comió a la mesa.

El desdén y la crueldad que creyó leer en la fisonomía del dependiente, del criado y todos aquellos que encontraba, llegaron a ser al fin una cosa insoportable para Alexiéi Alexándrovich. Si hubiera merecido el desprecio público por una conducta censurable, hubiese podido abrigar la esperanza de recobrar el aprecio del mundo

procediendo mejor; pero no era culpable: sí solo víctima de una desgracia vergonzosa. Y los hombres se mostrarían tanto más implacables cuanto más sufriese, acosándolo como los perros que rematan a un animal cuando aúlla de dolor. Para resistir a la hostilidad de todos, le era preciso ocultar sus heridas; pero, ¡ay!, dos días de lucha le habían agobiado ya. ¡Y no tenía a nadie a quien confiar su pena; en todo San Petersburgo no conocía un solo hombre que se interesase por él, que demostrara alguna consideración, no al personaje de importancia, sino al esposo desesperado!

Alexiéi Alexándrovich había quedado huérfano de madre a la edad de diez años, y no se acordaba de su padre; su hermano y él quedaron solos con una módica fortuna; pero su tío Karenin, hombre influyente, muy apreciado del difunto emperador, se encargó de su educación. Después de útiles estudios en la universidad, Alexiéi Alexándrovich se dio a conocer ventajosamente, gracias a dicho tío, en la carrera administrativa, y se dedicó solo a negocios. Nunca contrajo amistad con nadie; su hermano era la única persona a quien profesaba cariño; pero este, que desempeñaba un destino en el ministerio de estado, salió de Rusia para desempeñar una misión diplomática poco después del casamiento de Alexiéi Alexándrovich, y murió en el extranjero.

Karenin, nombrado gobernador de provincia, trabó conocimiento con una tía de Anna, mujer muy rica, que influyó para que su sobrina hiciese conocimiento con aquel gobernador, joven aún, sino por su edad, al menos desde el punto de vista de su posición social. Alexiéi Alexándrovich se vio un día en la alternativa de elegir entre una demanda de matrimonio o una dimisión, y vaciló largo tiempo, hallando tantas razones en pro como en contra del matrimonio; pero no pudo aplicarse aquella vez su máxima favorita: «En la duda, abstente». Un amigo de la tía de Anna le hizo entender que sus asiduidades habían comprometido a la joven, y que, como hombre de honor, debía declararse a ella.

Lo hizo así, y desde entonces consagró a su prometida primero y después a su esposa la suma de cariño de que su carácter era capaz.

Aquel afecto le retrajo de contraer ninguna otra intimidad: tenía numerosas relaciones, podía invitar a comer a grandes personajes, pedirles un servicio o protección para algún solicitante; y hasta discutir y criticar libremente los actos del gobierno ante cierto número de oyentes; pero a esto se limitaban sus relaciones de cordialidad.

Las personas a quienes trataba más íntimamente en San Petersburgo eran el jefe de sección y su médico: el primero, Mijaíl Vasílievich Sliudin, hombre muy amable, sencillo, bueno e inteligente, profesaba, al parecer, mucha simpatía a Karenin; pero la jerarquía en el servicio elevaba entre ambos una barrera que no permitía las confidencias. He aquí por qué, después de firmar los papeles que le llevaba, Alexiéi Alexándrovich juzgó imposible expansionarse con él; ya estaba en sus labios la frase

«Conoce usted mi desgracia», mas no pudo pronunciarla, y al despedir al jefe, se limitó a la fórmula habitual: «Tendrá usted la bondad de preparar este trabajo...».

El doctor, cuyos sentimientos benévolos eran bien conocidos por Karenin, estaba siempre ocupado, y no parecía sino que entre aquellos dos hombres mediaba un pacto en virtud del cual ambos se suponían sobrecargados de ocupación, siéndoles forzoso abreviar sus entrevistas.

En cuanto a las amigas, y a la principal de todas, la condesa Lidia, Karenin no pensaba siquiera en ellas; las mujeres le daban miedo, y se mantenía tan apartado de ellas como le era posible.

## XXII

**P**ERO si Alexiúi Alexándrovich había olvidado a la condesa Lidia, esta pensaba en él; y llegó precisamente en una hora de solitaria desesperación, en que, con la cabeza entre las manos, Karenin se sentía aniquilado y sin fuerzas. La condesa, sin esperar a que la anunciaran, penetró en el despacho.

—He forzado la consigna —dijo, entrando con paso rápido, agitada por la emoción—. ¡Todo lo sé, amigo Alexiúi Alexándrovich!

Y le estrechó la mano entre las suyas, mirándolo con sus hermosos ojos, de penetrante mirada.

Karenin se levantó, retiró su mano frunciendo el ceño y adelantó una silla.

—Sírvase usted sentarse —dijo—; no recibo a nadie porque me siento mal, condesa.

—¡Pobre amigo mío! —murmuró la dama, y sus cejas se elevaron hasta formar un triángulo en la frente, gesto que afeaba más aún su rostro amarillento, desagradable de por sí.

Karenin comprendió que iba a llorar, y enterneciéndose de pronto, cogió la mano de la condesa y la besó.

—Amigo mío —dijo la dama, con voz entrecortada por la emoción—, no debe usted entregarse así a su dolor; es muy sensible, pero se ha de buscar el medio de calmarlo.

—¡Estoy aniquilado, muerto, y ya no soy un hombre! —repuso Karenin, dejando la mano de la condesa, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas—. Y mi situación es tanto más terrible cuanto que no encuentro, ni en mí ni fuera de mí, apoyo para sostenerme.

—Ya lo encontrará usted —replicó la condesa, suspirando—, no en mí, aunque le ruego crea en mi amistad, sino en él. Nuestro apoyo está en su amor; y su yugo es ligero —añadió la condesa, con la mirada de exaltación que le era familiar—; le oirá a usted y le ayudará.

Estas palabras fueron dulces para Karenin, aunque revelaban una exaltación mística, nuevamente introducida en San Petersburgo.

—¡Soy débil y estoy agobiado! ¡Esto no lo había previsto, y ahora nada comprendo!

—¡Amigo mío!

—No es mi pérdida lo que lloro —continuó Alexiúi Alexándrovich—, ¡oh, no!, pero no puedo menos de avergonzarme a los ojos del mundo por la posición en que se me pone. Y nada puedo...

—No es usted quien ha perdonado, con una nobleza que admiro —dijo la condesa, levantando la vista con entusiasmo—; es él, y por tanto no hay motivo para



que usted se sonroje.

Karenin se entristecía, y estrechando sus manos una contra otra, hizo crujir sus articulaciones.

—¡Si supiera usted todos los detalles! —dijo con su voz penetrante—. Las fuerzas del hombre tienen sus límites, y yo he hallado el de las mías, condesa. He pasado todo el día ocupado en arreglos domésticos, resultantes —y recalcó esta palabra— de mi situación aislada; los criados, el ama de gobierno, las cuentas y todas esas mezquindades me consumen a fuego lento. Ayer, a la hora de comer..., apenas pude contenerme; no me era posible soportar la mirada de mi hijo; él no se atrevía a preguntarme nada, sin duda porque tenía miedo de mí, y yo no osaba mirarlo... Pero no se reduce todo a esto...

Karenin quiso hablar de la factura que le habían llevado, pero se contuvo; aquella factura, en papel azul, en la cual se consignaba el importe de un sombrero y varias cintas, era un recuerdo angustioso para Alexiéi Alexándrovich.

—Todo lo comprendo —dijo la condesa—. No hallará usted en mí el auxilio y el consuelo; pero he venido para ofrecerle mis servicios y procurar librarle de esas pequeñeces a que no debe descender. Lo que necesita aquí es una mano de mujer. ¿Quiere usted que yo me encargue de todo?

Karenin calló y estrechó la mano de su amiga con agradecimiento.

—Los dos nos cuidaremos de Seriozha; yo no soy mujer entendida en las cosas de la vida práctica; pero me comprometo a ser su ama de gobierno. No me dé usted gracias, pues no hago esto por mí sola...

—¡Cómo no he de estar agradecido!

—Lo que usted quiera; con tal que no ceda al sentimiento de que hablaba ahora. Usted no puede sonrojarse de lo que ha sido el más alto grado de la perfección cristiana. «El que se humilla será ensalzado.» Y no me dé usted gracias a mí, sino a aquel a quien debemos dirigir nuestras oraciones, porque solo en él hallaremos la paz, el consuelo, la salvación y el amor.

Y como elevase la vista al cielo, Alexiéi Alexándrovich comprendió que la condesa oraba.

Aquella fraseología, que en otro tiempo lo desagradaba, le parecía en aquel momento natural y dulcificante. No aprobaba la exaltación que estaba de moda; pero, creyente, la religión le interesaba sobre todo desde el punto de vista político, y he aquí por qué las nuevas enseñanzas le eran antipáticas por principio. La condesa, a quien estas nuevas doctrinas entusiasmaban, no merecía su aprobación, y en vez de discutir sobre este asunto, le eludía siempre y no contestaba; pero esta vez la dejó hablar con gusto, sin hacer oposición ni aun interiormente.

—Le agradezco a usted mucho sus palabras y promesas —dijo Karenin cuando su amiga hubo terminado la oración.

La condesa estrechó la mano de Karenin.

—Ahora —dijo— voy a poner manos a la obra; veré por lo pronto a Seriozha, y no consultaré a usted sino en los casos graves.

La condesa Lidia se levantó y fue en busca del niño, a quien aseguró, bañando sus mejillas en lágrimas, que su padre era un santo y que su madre había muerto.

\* \* \*

La condesa cumplió lo prometido, y se encargó efectivamente de los detalles de la casa; pero no había exagerado al confesar su incapacidad práctica; sus órdenes no podían ejecutarse razonablemente, por lo cual no fueron atendidas; y el gobierno de la casa quedó poco a poco en manos del ayuda de cámara, Korníei, que acostumbró a su amo a escuchar, mientras se vestía, los informes que tenía por oportuno darle. La intervención de la condesa no fue por eso menos útil; su aprecio y su afecto eran para Karenin un apoyo moral, y con gran satisfacción suya, consiguió casi convertirlo, o por lo menos cambió su tibieza en una sincera simpatía a la enseñanza cristiana, tal como se practicaba entonces en San Petersburgo; esta conversión no fue difícil.

Karenin, así como la condesa y todos aquellos que preconizaban las nuevas ideas, no tenía una imaginación profunda, o mejor dicho, carecía de esa facultad del alma gracias a la cual los espejismos del espíritu mismo exigen, para ser aceptados, cierta conformidad con lo verdadero. Por eso no veía nada de imposible ni de inverosímil en el hecho de que la muerte existiera para los incrédulos y no para él; de que el pecado se excluyera de su alma porque tenía una completa fe, de la que era el único juez; y de que desde este mundo pudiera ya considerar su salvación como cierta.

La ligereza y el error de estas doctrinas, sin embargo, le llamaban la atención a veces, y entonces comprendía hasta qué punto la alegría causada por el irresistible sentimiento que le impulsó a perdonar difería de aquel que experimentaba ahora, hallándose dominado por su amor a Cristo. No obstante, por ilusoria que fuera esta grandeza moral, le era indispensable en su humillación del momento; sentía la imperiosa necesidad de mirar con desdén, desde su imaginaria altura, a los que le despreciaban, y aferrarse a sus nuevas convicciones como una tabla de salvación.

## XXIII

LA condesa Lidia se había casado muy joven. De carácter exaltado, le pareció su esposo un buen muchacho, muy rico, de elevada posición, pero bastante disoluto. Llegado el segundo mes de su matrimonio, su marido la abandonó ya, respondiendo a sus efusiones de ternura con una sonrisa irónica, casi maligna, que nadie consiguió explicar, pues el conde era bien conocido por su bondad y la romántica Lidia no daba motivos para que se la criticase. Desde entonces, los esposos, sin estar separados, vivían cada cual por su lado, y el conde no veía nunca a su mujer sin saludarla con una sonrisa por demás enigmática.

La condesa había renunciado hacía largo tiempo a querer a su esposo; pero siempre estaba enamorada de alguno, y hasta de varias personas a la vez, hombres y mujeres, generalmente aquellos que llamaban su atención por una causa cualquiera. Así, por ejemplo, se enamoró de todos los nuevos príncipes o princesas que se aliaban con la familia imperial; después amó sucesivamente a un metropolitano, a un vicario notable y a un simple oficiante; luego se encaprichó de un periodista, tres oficiales, Komisárov, un ministro, un doctor, un misionero inglés y, por último, se enamoró de Karenin.

Estos amores múltiples y sus diversas fases de calor o de enfriamiento no impidieron en modo alguno a la condesa Lidia mantener las relaciones más complicadas, así en la corte como en la sociedad; pero desde el día en que tomó a Karenin bajo su protección, ocupándose de sus asuntos domésticos y de dirigir su alma, comprendió que nunca había amado sinceramente más que a él; las demás pasiones perdieron todo valor a sus ojos. Por otra parte, analizando sus sentimientos pasados y comparándolos con el que experimentaba entonces, no podía menos de reconocer que jamás se hubiera enamorado de Komisárov si no hubiese salvado la vida al emperador, ni de Rístich-Kudzhitski si no hubiera existido la cuestión eslava; mientras que amaba a Karenin por su persona, por la grandeza de su alma, que otros no comprendían; por su carácter, por el sonido de su voz, por su modo de hablar con lentitud, por su mirada de fatiga y por sus manos blancas y suaves, de venas dilatadas. No solo se regocijaba con la idea de verlo, sino que buscaba en el rostro de su amigo una impresión análoga a la suya; se empeñaba en agradecerle tanto por su persona como por su conversación; y nunca se había emperejilado tanto. Más de una vez reflexionó sobre lo que hubiera podido suceder si ambos hubieran sido libres. Cuando entraba en el aposento de Karenin se ruborizaba por efecto de su emoción, y no podía reprimir una sonrisa de contento cuando él le dirigía alguna palabra amistosa. Hacía algunos días que la condesa estaba muy inquieta, pues acababa de saber el regreso de Anna y de Vronski. ¿Cómo libraría a su amigo Alexiúi Alexándrovich del tormento de ver otra vez a su mujer? ¿Cómo alejar de él la odiosa

idea de que la culpable Anna respiraba en la misma ciudad y podía encontrarla de un momento a otro?

Lidia Ivánovna mandó practicar indagaciones sobre los proyectos de aquella «gente repugnante», según llamaba a Anna y a Vronski. El joven ayudante de campo amigo de aquel, encargado de esta misión, y que necesitaba el apoyo de la condesa para cierto asunto, practicó la diligencia, y se presentó muy pronto a su protectora para anunciar que Vronski y su amante pensaban marchar el día siguiente, después de arreglar algunas cosas. Lidia Ivánovna comenzaba a tranquilizarse, cuando le llevaron una carta, cuya letra reconoció enseguida: era de Anna Karénina. El sobre, de papel inglés, del grueso de una corteza de árbol, contenía una hoja de papel oblonga y amarilla, adornada con un inmenso monograma; la carta exhalaba un delicioso perfume.

—¿Quién la ha traído? —preguntó.

—Un lacayo del hotel.

La condesa permaneció en pie, sin tener valor para sentarse y leer, pues la emoción producía casi siempre en ella uno de sus accesos de asma; pero calmándose al fin, abrió la carta, cuyo contenido, en francés, decía lo siguiente:

*Señora condesa:*

*Conociendo los cristianos sentimientos de que su alma está llena, me atrevo a tener la imperdonable audacia, bien lo comprendo, de dirigirme a usted. Es para mí una desgracia estar separada de mi hijo, y, por tanto, le suplicaré que me permita verlo una vez antes de mi marcha. Si no escribo directamente a Alexiéi Alexándrovich es para no ocasionar a este hombre generoso el sentimiento de ocuparse de mí. Como conozco la amistad que usted le profesa, he pensado que me comprendería. ¿Quiere usted enviarme a Seriozha a casa, o prefiere que vaya yo al punto que me indique y a la hora que tenga por conveniente? La negativa me parece imposible cuando pienso en la grandeza de alma de aquel a quien corresponde resolver. No puede usted imaginarse cuán ardientemente anhelo ver otra vez a mi hijo, ni comprenderá tampoco la extensión de mi agradecimiento por el apoyo que tenga a bien prestarme en esta circunstancia.*

*Anna*

Todo lo que decía irritó a la condesa Lidia: su contenido, las alusiones a la grandeza de alma de Karenin y particularmente su tono y su estilo de suficiencia.

—No hay contestación —dijo al criado, y abriendo al punto su pupitre, escribió a Alexiéi Alexándrovich, diciéndole que esperaba encontrarlo a la una en el palacio; era día de fiesta y se trataba de felicitar a la familia imperial.

«Necesito hablarle —decía— sobre un asunto de gravedad y algo triste; en palacio convendremos sobre el sitio y la hora, aunque me parece que lo mejor será en mi casa, donde le tendré preparado el té. Es indispensable. Él nos impone su cruz, pero él nos da también la fuerza para llevarla», añadía, como para preparar el terreno.

La condesa escribía dos o tres cartas diarias a Alexiúi Alexándrovich; le agradaba este medio, a la vez elegante y misterioso, para mantener con él relaciones que la vida habitual simplificaba demasiado.

## XXIV

**T**ERMINADAS las felicitaciones, todos se retiraron, hablando de las últimas noticias de las recompensas obtenidas aquel día, y de los cambios de algunos altos funcionarios públicos.

—¿Qué pensaría usted si se concediese a la condesa Maria Borísovna un cargo en el ministerio de la Guerra, y se nombrara a la princesa Vatkóvskaia jefe de estado mayor? —decía un viejecillo que ostentaba orgulloso su uniforme lleno de bordados, a una hermosa camarista, la cual le había hecho preguntas sobre los cambios ocurridos.

—Pues en ese caso —contestó la dama, sonriendo— a mí se me debe nombrar ayudante de campo.

—El puesto de usted se halla indicado ya —replicó el vejete—; usted forma parte del departamento de cultos y tiene por ayudante a Karenin.

—Buenos días, príncipe —añadió el viejecillo, estrechando la mano a un personaje que se acercaba.

—¿Habla usted de Karenin? —preguntó el príncipe.

—Alexiúi Alexándrovich y Putiátov han sido condecorados con Alexandr Nevski<sup>[51]</sup>.

—Creí que ya la tenía.

—No. Mírelo usted —repuso el viejecillo, señalando con su tricornio bordado a Karenin, que, en pie en el umbral de una puerta, hablaba con uno de los hombres influyentes del consejo del imperio, ostentando en su uniforme de corte el nuevo cordón rojo—. Mire usted —repitió el viejecillo—, está contento como un niño con zapatos nuevos.

—Ha envejecido —dijo un chambelán que se acercó a su vez para estrechar la mano al que hablaba.

—Es porque tiene muchas cavilaciones. Pasa la vida escribiendo proyectos, y aun en este instante no dejará a su desgraciado interlocutor sin explicarle todo punto por punto.

—¿Quién dice que ha envejecido? Yo sé que inspira pasiones, y que la condesa Lidia debe estar celosa de su mujer.

—Ruego a usted que no hable de la condesa Lidia.

—¿Es algún mal que se enamore de Karenin?

—¿Es verdad que la señora de Karenin ha llegado?

—Sí, pero está en San Petersburgo, no en el palacio; la encontré ayer, cogida del brazo de Vronski, en el paseo de la Morskaia.

—*C'est un homme qui n'a pas...* —comenzó a decir el chambelán, pero se interrumpió para saludar al paso a un individuo de la familia imperial.

Mientras se criticaba y ridiculizaba a Karenin, este último saludaba a un individuo del consejo del imperio, y sin moverse de su sitio, le explicaba todo un largo proyecto financiero.

Casi al mismo tiempo de verse abandonado por su mujer, Alexiéi Alexándrovich se halló en la penosa situación del funcionario público a quien cierran el paso en la marcha ascendente de su carrera; y tal vez él era el único que no echaba de ver que esta había terminado. Su posición era importante aún; seguía formando parte de muchas sociedades y comisiones, mas parecía ser uno de aquellos de quienes ya no se espera nada: había concluido su tiempo. Todo cuanto proponía parecía viejo, gastado, inútil; pero, lejos de juzgarlo así, Karenin creía, por el contrario, apreciar los actos del gobierno con más exactitud desde que dejara de formar directamente parte de él, y juzgaba deber suyo indicar ciertas reformas. Escribió un folleto poco después de la marcha de su esposa; se refería a los nuevos tribunales, y era el primero de los que debía publicar, relativos a los diversos ramos de la administración. No pocas veces, satisfecho de sí mismo y de su actividad, pensó en el texto de San Pablo: «Aquel que tiene mujer, piensa en los bienes terrenales; el que carece de ella solo se ocupa en el servicio del señor».

La marcada impaciencia del individuo del consejo no inquietó en nada a Karenin, pero se interrumpió en el momento en que un príncipe de familia imperial acertó a pasar, y su interlocutor se aprovechó para esquivarse.

Una vez solo, Alexiéi Alexándrovich inclinó la cabeza, trató de coordinar sus ideas y dirigiendo una mirada distraída a su alrededor, se encaminó hacia la puerta, donde pensaba encontrar a la condesa.

«¡Qué rozagantes y robustos están —se dijo, mirando al paso el cuello vigoroso del príncipe, estrechado en su uniforme, y al apuesto chambelán de perfumadas patillas—. Demasiado verdad es que todo va mal en este mundo.»

—¡Alexiéi Alexándrovich! —gritó el viejecillo, cuyos ojos brillaron con expresión maligna, mientras Karenin pasaba saludando fríamente—. Aún no lo he felicitado a usted.

Y señaló la condecoración.

—Muchas gracias; este ha sido un buen día —contestó Karenin, recalcando, según su costumbre, las palabras «buen día».

No se le ocultaba que aquellos señores se burlaban de él; mas como no podía esperar de ellos sino sentimientos hostiles, se mostraba indiferente.

Los amarillentos hombros de la condesa y sus hermosos ojos de expresión pensativa atrajeron muy pronto a Karenin a otra parte, y se dirigió a la dama, sonriendo.

El tocado de Lidia Ivánovna había costado muchos esfuerzos de imaginación, como todos los que confeccionaba hacía algún tiempo, pues tenía empeño en llevar

adelante un plan muy distinto del que se propuso treinta años antes. Entonces lo que quería era adornarse con lo que fuera y cuanto más mejor. Ahora, por el contrario, había de adornarse forzosamente de modo que no correspondía a sus años y aspecto, y debía, por tanto, preocuparse de que el contraste de su atavío con su apariencia no fuera demasiado ostensible. En lo que afectaba a Karenin lo había conseguido; él no solo no lo notaba, sino que le parecía encantadora. La simpatía y la ternura de aquella mujer eran para él un refugio único contra la animosidad general; y en medio de aquella multitud hostil se sentía atraído hacia la condesa como una planta por la luz.

—Lo felicito a usted —dijo Lidia, fijando su mirada en la condecoración.

Karenin se encogió de hombros, cerrando los ojos a medias y conteniendo la sonrisa de alegría.

La condesa sabía que aquellas distinciones eran la más viva satisfacción de Alexiéi Alexándrovich, aunque no quisiese convenir en ello.

—¿Qué hace nuestro ángel? —preguntó, aludiendo a Seriozha.

—No puedo decir qué esté muy satisfecho —contestó Karenin, elevando las cejas y abriendo los ojos—; y Sítnikov no lo está más —era el pedagogo encargado del niño—. Según le dije a usted, observo en él cierta frialdad para las cosas esenciales que deben interesar a toda alma humana, hasta la de un niño.

Y Karenin se extendió sobre el asunto que, después de las cuestiones administrativas, le preocupaba más: la educación de su hijo. Hasta entonces no le había interesado el asunto; pero comprendiendo después la necesidad de instruirlo, consagró algún tiempo a estudiar libros de antropología, de pedagogía y obras didácticas a fin de formar un plan de estudios que el mejor maestro de la ciudad se encargó después de poner en práctica con arreglo a las instrucciones recibidas.

—Pero ¿y el corazón? —dijo la condesa, con expresión sentimental—. A mí me parece que ese niño tiene el de su padre, y con el corazón tan grande no puede ser malo —añadió con admiración.

—Tal vez... En cuanto a mí, cumplo con mi deber, y esto es todo lo que puedo hacer.

—¿Vendrá usted a mi casa?—preguntó la condesa, después de un instante de silencio—. Hemos de hablar de un asunto triste para usted, y la verdad, yo hubiera dado cuanto hay en el mundo para que no evocase ciertos recuerdos; pero otros no piensan así. He recibido una carta de ella; está aquí, en San Petersburgo.

Alexiéi Alexándrovich se estremeció, pero su rostro recobró al punto la expresión de mortal inmovilidad que indicaba su impotencia para tratar semejante asunto.

—Ya lo esperaba —dijo.

La condesa lo miró con entusiasmo, y ante aquella grandeza de alma, algunas lágrimas de admiración brotaron de sus ojos.



## XXV

CUANDO Alexiúi Alexándrovich entró en el gabinete de la condesa Lidia, adornado con retratos y porcelanas de mérito, no encontró allí a su amiga, porque se estaba cambiando de traje.

En un velador cubierto con un mantel se veía el servicio de té de porcelana china y una tetera de plata con el calentador de alcohol.

Alexiúi Alexándrovich, repasando las innumerables pinturas del gabinete, se sentó y tomó un evangelio.

El roce de un vestido de seda llamó de pronto su atención.

—Por fin vamos a estar tranquilos —dijo la condesa, deslizándose con una sonrisa entre la mesa y el diván—; ahora podemos hablar tomando el té.

Después de cambiar algunas palabras, a fin de preparar el terreno, ruborizándose un poco, entregó la carta de Anna a Karenin.

La leyó Alexiúi Alexándrovich, y permaneció silencioso largo tiempo.

—No me creo con derecho para rehusar —dijo al fin, levantando la vista con cierto temor.

—¡Amigo mío, usted no ve el mal en ninguna parte!

—Creo, por el contrario, que está en todas; pero ¿sería justo...?

Su rostro expresaba la indecisión, el deseo de un consejo, de un apoyo, de un guía en cuestión tan espinosa.

—No —interrumpió Lidia—, todo tiene sus límites. Comprendo la inmoralidad —esto no era exacto, puesto que ignoraba por qué las mujeres podían ser inmorales—, pero no la crueldad, y mucho menos con usted. ¿Cómo puede ella permanecer en la misma ciudad donde su esposo se halla? Nadie es nunca demasiado viejo para aprender, y yo, yo voy comprendiendo cada día mejor la grandeza de usted y la bajeza de ella.

—¿Cuál de nosotros tirará la primera piedra? —replicó Karenin, evidentemente satisfecho del papel que desempeñaba—. Después de haber perdonado todo, ¿puedo yo privarla de lo que es una necesidad de su corazón, de su amor al hijo?...

—¿Y es eso verdadero amor, amor sincero? Usted ha perdonado, y perdona aún; está muy bien, pero ¿tenemos nosotros derecho para turbar el alma de ese pequeño ángel? Seriozha la cree muerta, ruega a Dios por su alma y pide el perdón de sus pecados. ¿Qué pensaría si la viese?

—No había pensado en eso —contestó Alexiúi Alexándrovich, reconociendo la fuerza de este razonamiento.

La condesa, ocultando el rostro entre las manos, permaneció silenciosa. Lidia Ivánovna rezaba.

—Si quiere usted saber mi opinión —replicó al fin—, le diré que yo no

concedería ese permiso. Harta veo cuánto sufre usted, cómo se han abierto sus heridas. Aun suponiendo que prescindiera de sí mismo, ¿a qué lo conduciría esto? Así se prepararía usted a otros padecimientos y una nueva perturbación para el niño. Si ella fuese aún capaz de experimentar sentimientos humanos, sería la primera en comprender esto. No, yo no vacilaría, y si usted me autoriza, contestaré.

Alexiéi Alexándrovich consintió, y la condesa escribió al punto en francés la carta siguiente:

*Señora:*

*El recuerdo de usted daría pie, por parte de su hijo, a varias preguntas a las que no se podría responder sin obligarse a juzgar lo que debe ser sagrado para él.*

*Comprenderá usted, pues, muy bien la negativa de su esposo, que procede así guiado por un espíritu de caridad cristiana. Entretanto, ruego al señor que sea misericordioso con usted.*

*Condesa Lidia*

Esta carta llenaba el fin secreto que la condesa se ocultaba a sí misma, y resintió a Anna hasta lo más profundo de su corazón. Karenin, por su parte, volvió perturbado a su domicilio; no le fue posible dedicarse a sus ocupaciones habituales, y tampoco halló la tranquilidad de un hombre que está en gracia y se cree elegido.

El recuerdo de aquella mujer tan culpable para con él y a la que había tratado como un santo, al decir de la condesa, no hubiera debido perturbar su espíritu, y, sin embargo, no estaba tranquilo; no sabía lo que hacía, y le era imposible desechar las crueles reminiscencias del pasado. Al recordar la confesión de Anna al volver de las carreras, sentía como un remordimiento. ¿Por qué exigió solo de ella entonces el respeto a las conveniencias? ¿Por qué no provocó a Vronski en duelo? Esto era lo que más lo turbaba; y al pensar en la carta escrita a su esposa, en su inútil perdón, y en las atenciones prodigadas a la niña de otro, la vergüenza y la confusión lo abrasaban.

«Pero ¿en qué soy yo culpable? —se preguntaba—. ¿Cómo aman y se casan los hombres del temple de los Vronski, de los Oblonski y de los chambelanes de gallarda presencia?»

Y Karenin pensaba en otros muchos de esos seres vigorosos, seguros de sí mismos y fuertes, que siempre hablan excitado su curiosidad y su atención.

Por más que se esforzase en desechar semejantes pensamientos, recordando que si el objeto de su existencia no era este mundo mortal, solo la paz y la caridad debían llenar su alma, sufría por haber cometido algunos errores sin importancia, como le parecía, en este mundo mortal, temporal y miserable, sufría como si la salvación eterna no hubiera sido más que una quimera. Por fortuna, la tentación no fue larga, y

Alexií Alexándrovich recobró muy pronto la seguridad y la elevación de espíritu, gracias a las cuales conseguía dar al olvido cuanto quería alejar de su pensamiento.

## XXVI

¿QUÉ tal, Kapitónych? —dijo Seriozha, al volver sonrosado y fresco del paseo, en la víspera del día de su cumpleaños, mientras el anciano conserje le despojaba de su capote, sonriendo de satisfacción—. ¿Ha venido el pretendiente de la venda? ¿Lo ha recibido papá?

—Sí, apenas llegó el jefe de sección, se presentó él —contestó el conserje alegremente—. Permítame usted quitarle el abrigo.

—¡Seriozha! —gritó el preceptor, que estaba delante de la puerta por donde se entraba en las habitaciones interiores—. Usted mismo se puede quitar la ropa.

Pero Seriozha, sin escuchar la voz áspera de su preceptor, permanecía en pie junto al conserje, a quien había cogido por la casaca y le miraba a la cara.

—¿Y ha hecho papá lo que ese hombre deseaba?

El conserje hizo una señal afirmativa.

El pretendiente de la venda interesaba a Seriozha y al conserje; se había presentado siete veces sin que se lo admitiera, y el niño lo encontró un día en el vestíbulo, suplicando que se lo recibiese, porque de lo contrario no le quedaba otro remedio que morir con sus hijos. Desde aquel día, Seriozha pensaba siempre en el pobre hombre.

—¿Parecía contento? —preguntó el niño.

—¡Ya lo creo! Se marchó saltando de alegría.

—¿Me han traído alguna cosa? —preguntó Seriozha, después de una pausa.

—Sí, sí —contestó a media voz el conserje—; hay una cosa de parte de la condesa.

Seriozha comprendió que se trataba de un regalo para el día de su cumpleaños.

—¿Dónde está?

—Korniéi lo ha llevado a la habitación de su papá; debe de ser cosa muy buena.

—¿De qué tamaño?

—No muy grande, pero seguramente le gustará.

—¿Será un libro?

—No. Vamos, vaya usted, pues Vasili Lukich lo llama —añadió el conserje, desprendiendo suavemente la mano, cubierta de un guante, que le tenía cogido.

—Voy al momento, Vasili Lukich —contestó Seriozha, con la afable sonrisa que siempre seducía al severo preceptor.

Seriozha estaba contento, y quería participar con su amigo el conserje de una buena noticia para la familia, que acababa de darle la sobrina de la condesa Lidia durante su paseo en el jardín de verano. Esta alegría era mucho mayor aún porque su papá había recibido al pretendiente y le esperaba además un regalo. «Este ha sido un buen día —pensaba—, y todos deben estar alegres.»

—¿No sabes que papá ha recibido la orden de Alexandr Nievski? —dijo al conserje.

—¿Cómo no lo he de saber, habiendo venido ya algunos a felicitarlo?

—¿Está contento?

—No podía menos de estarlo por esa gracia del emperador, la cual prueba que ha merecido esta recompensa —contestó el conserje con gravedad.

Seriozha reflexionó, mirando siempre de hito en hito al conserje, cuyo rostro conocía hasta en los menores detalles, lo que le llamaba especialmente la atención fue su barbilla colgada entre dos patillas canosas, lo que no veía nadie, solo él, porque siempre le miraba al conserje de abajo arriba.

—¿Y qué hay de tu hija? —preguntó Seriozha—. ¿Hace mucho tiempo que no la ves?

La hija del conserje formaba parte del cuerpo de baile.

—¿Cómo ha de tener tiempo para venir en día de trabajo? Ella ha de recibir sus lecciones como usted, señorito.

Al entrar en su habitación, Seriozha, en vez de ponerse a estudiar, habló a su preceptor del regalo, haciendo mil suposiciones sobre lo que podría ser.

—¿Le parece a usted que será un coche? —preguntó.

Pero Vasili Lukich no pensaba más que en la lección de gramática, que debía estar aprendida a las dos, hora en que el profesor llegaría.

—Dígame usted solo, Vasili Lukich —añadió el niño, sentado a la mesa con su libro entre las manos— qué orden hay superior a la de Alexandr Nievski. Supongo que ya sabrá usted que han favorecido con ella a mi papá.

—La de Vladímir<sup>[52]</sup> —contestó el preceptor.

—¿Y sobre este?

—Sobre todo, la de Andréi Pervozvanni<sup>[53]</sup>.

—¿Y no hay otra superior?

—Lo ignoro.

—¿Cómo no lo sabe usted?

Y Seriozha, apoyando la cabeza sobre una mano, comenzó a reflexionar.

Las meditaciones del niño eran muy diversas; se imaginaba que su padre iba a ser condecorado también con las órdenes de Vladímir y Andréi, y que, por tanto, sería indulgente para la lección de aquel día. Después pensó que cuando fuese mayor haría méritos para merecer todas las condecoraciones, incluso aquellas que se crearan superiores a la de Andriéi.

En estas reflexiones se pasó el tiempo tan pronto, que cuando llegó la hora de la lección Seriozha no sabía nada, y el profesor quedó muy descontento y algo triste; esto afligía mucho a Seriozha, pero le había sido imposible aprender su lección. En presencia del profesor, no obstante, aprendió algo, a fuerza de escuchar y creer que

comprendía; pero cuando estaba solo se confundía de nuevo.

Aprovechando un instante en que su maestro buscaba alguna cosa en el libro, le preguntó:

—¿Cuándo es el santo de usted, Mijaíl Iványch?

—Mejor sería que pensara usted en el estudio —contestó el maestro—. ¿A quién se le ocurre hacer semejante pregunta? Ese día será como cualquier otro, y se trabajará lo mismo.

Seriozha miró atentamente a su profesor, examinó su escasa barba, sus gafas colocados sobre la punta de la nariz, y se entregó a reflexiones tan profundas que no oyó nada de la lección. ¿Creería su maestro lo que estaba diciendo? A juzgar por el tono con que hablaba, esto parecía imposible.

«¿Por qué se empeñarán todos —se preguntó— en decirme cosas tan desagradables e inútiles? ¿Por qué no me querrá este hombre?»

Seriozha no encontraba la contestación.

## XXVII

**D**ESPUÉS de la lección del profesor vino la del padre; Seriozha la esperó jugando con un cortaplumas y entregado a nuevas meditaciones, apoyado de codos en la mesa.

Una de sus ocupaciones favoritas consistía en buscar a su madre durante sus paseos; no creía en la muerte en general, y menos en la de aquella, a pesar de las afirmaciones de la condesa y de su padre. Por eso pensaba reconocerla en todas las mujeres altas, morenas y un poco robustas; su corazón se llenaba de ternura, se agolpaban las lágrimas a sus ojos, y esperaba que una de aquellas damas se acercase a él, levantándose el velo. Entonces volvería a ver su rostro, la besaría, sentiría la dulce caricia de su mano, reconociendo su perfume, y lloraría de contento, como una noche en que rodó a los pies de Anna porque esta le hacía cosquillas, ahogándose casi de risa. Más tarde, la anciana criada le dijo, por casualidad, que su madre vivía; pero que su padre y la condesa decían lo contrario porque se había hecho muy mala. Esto pareció a Seriozha más inverosímil aún, y, por tanto, la buscaba con mayor afán. Aquel día vio en el jardín de verano una dama con velo de color lila, y su corazón latió con fuerza al observar que tomaba el mismo sendero que él; pero de repente desapareció. El cariño de Seriozha a su madre era más vivo que nunca, y con los ojos brillantes cortaba la mesa con el cortaplumas, pensando en ella.

—¡Ya viene su papá! —le dijo Vasili Lukich.

Seriozha saltó de la silla y corrió a besar la mano de su padre, buscando en su rostro alguna señal de satisfacción por el honor recibido.

—¿Has paseado bastante? —preguntó Alexiúi Alexándrovich, sentándose en un sillón y abriendo un volumen del Antiguo Testamento.

Aunque había dicho a menudo a Seriozha que todo cristiano debía conocer el Antiguo Testamento a fondo, con frecuencia necesitaba consultar el libro para sus lecciones, y el niño lo observaba.

—Sí, papá —contestó Seriozha, sentándose de lado y balanceando su silla, a pesar de habersele prohibido esto—. He visto a Nádeñka, una sobrina de la condesa, que esta educaba, y me ha dicho que le habían concedido a usted una nueva condecoración. ¿Está usted contento, papá?

—En primer lugar, no balancees así la silla —replicó Alexiúi Alexándrovich—, y en segundo, has de saber que lo que debe sernos caro es el trabajo en sí y no la recompensa. Yo quisiera hacerte comprender esto. Si solo buscas aquella, el primero te parecerá penoso; pero si amas el trabajo, en él hallarás tu recompensa.

Y Alexiúi Alexándrovich recordó que al firmar aquel mismo día ciento dieciocho documentos distintos, solo tuvo por apoyo en aquella ingrata tarea el sentimiento del deber.

Los ojos de Seriozha, que brillaban de ternura y alegría, se oscurecieron ante la mirada de su padre.

Comprendía que este adoptaba con él un tono particular, como si se dirigiera a uno de esos niños imaginarios que se encuentran en los libros, y a los cuales Seriozha no se parecía en nada. Seriozha, siempre cuando estaba con su padre, se imaginaba aquel niño de libro e intentaba actuar como tal.

—Supongo que me comprendes —dijo el padre.

—Sí, papá —contestó el niño distraídamente.

La lección consistía en recitar algunos versículos del Evangelio, diciendo de memoria el principio del Antiguo Testamento. Al comenzar, la lección marchó bien; pero de pronto le llamó la atención al niño el aspecto de la frente de su padre, que parecía formar un ángulo casi recto cerca de las sienes, y desde entonces todo lo dijo al revés. Alexiéi Alexándrovich dedujo que no comprendía nada de lo que decía, y esto lo irritó, frunció el ceño y comenzó a explicar lo que el niño no podía haber olvidado después de repetirlo tantas veces. Pero Seriozha, atemorizado, miraba a su padre, preguntándose si sería necesario repetir las explicaciones como otras veces, y este temor le impedía comprender. Por fortuna, Alexiéi Alexándrovich pasó a la lección de la Historia Sagrada; Seriozha refirió bastante bien los hechos mismos, pero cuando se trató de dar a conocer su significación, se confundió, aunque ya había sido castigado antes por no haber sabido nada. El momento más crítico fue aquel en que debió enumerar la serie de los patriarcas antediluvianos; solo se acordaba de Enoc, su personaje favorito en la historia sagrada, y el niño había relacionado con la elevación de este patriarca a los cielos una larga serie de ideas que le absorbió por completo, mientras miraba fijamente la cadena del reloj de su padre y un botón del chaleco que estaba desabrochado.

Seriozha, que no creía en la muerte de aquellos a quienes amaba, no admitía tampoco que él pudiese morir, aunque esta idea inverosímil e incomprensible de la muerte le hubiese sido confirmada por personas dignas de su confianza, incluso la criada, quien le había dicho que todos los hombres morían. Pero si era así, ¿por qué no murió Enoc, y por qué otros no merecían también subir vivos al cielo como él? Los malos, aquellos a quienes Seriozha no amaba, podían morir muy bien; pero los buenos debían hallarse en el caso de Enoc.

—Vamos —dijo Alexiéi Alexándrovich—, ¿quiénes son esos patriarcas?

—Enoc... Enos...

—Ya los has citado. Sabes muy mal tu lección, Seriozha, y si no tratas de instruirte en las cosas esenciales para un cristiano, no sé en qué te ocuparás —dijo el padre, levantándose—. Tu profesor no está más satisfecho que yo, y, por tanto, me es preciso castigarte.

Seriozha estudiaba poco, en efecto, y, sin embargo, no le faltaba disposición, y



hasta era superior a los que su maestro le citaba como ejemplo; si no quería aprender lo que se le enseñaba, era porque no podía, y porque su alma experimentaba necesidades muy diferentes de las que le suponían sus profesores. A los nueve años no era más que un niño, pero conocía su alma y la defendía contra todos aquellos que trataban de penetrar en ella sin la llave del amor. Lo acusaban de no querer aprender nada, y ardía en deseos de saber; pero se instruía hablando con Kapitónych, su anciana criada, Nádeñka y Vasili Lukich.

Seriozha fue castigado, pues no obtuvo permiso para ir a casa de Nádeñka; pero este castigo redundó en provecho suyo, pues Vasili Lukich estaba de buen humor y le enseñó el arte de construir un pequeño molino de viento. La noche se pasó meditando sobre el medio de servirse de un molino para girar en el aire sujetándose a las aspas. Olvidó por lo pronto a su madre, pero se acordó de ella en la cama, y rezó a su manera para que dejara de ocultarse y le hiciese una visita al día siguiente, aniversario de su nacimiento.

—Vasili Lukich —dijo—, ¿sabe usted lo que he pedido a Dios, entre otras cosas?

—¿Que te permita estudiar más?

—No.

—¿Que te regalen juguetes?

—No lo adivinará usted, es un secreto; pero si se realiza lo que pido, se lo diré.

—Está bien —contestó Vasili Lukich, sonriendo, cosa que hacía raramente—; pero ahora, a la cama, pues voy a apagar la luz.

—Veo lo que he pedido en mi oración cuando estamos a oscuras. ¡Vamos, ya he revelado casi mi secreto! —dijo Seriozha, sonriendo.

El niño creyó oír a su madre y reconocer su presencia apenas se apagó la luz; estaba en pie junto a su lecho y lo acariciaba con una mirada llena de ternura; después vio un molino y un cuchillo, luego se confundió todo en su cabecita y se durmió profundamente.

## XXVIII

VRONSKI y Anna se habían alojado en uno de los principales hoteles de San Petersburgo, él en el piso bajo y ella en el principal, con la niña, la nodriza y la camarera, en una habitación grande, con cuatro aposentos. El primer día de su llegada, Vronski fue a ver a su hermano y encontró a su madre, que había llegado de Moscú para asuntos particulares.

La condesa y su cuñada lo recibieron como de costumbre; le hicieron varias preguntas sobre su viaje y le hablaron de amigos y conocidos, pero sin hacer la menor alusión a Anna. Su hermano fue el primero en hablarle de ella al devolverle la visita al día siguiente. Vronski aprovechó la ocasión para explicarle que consideraba sus relaciones con la señora Karénina como un matrimonio, pues tenía fundadas esperanzas de obtener un divorcio que regularía su posición, por lo cual deseaba que su madre y su cuñada comprendiesen el caso en que se hallaba.

—El mundo podrá no aprobarnos —dijo—; esto me es indiferente; pero si mi familia quiere mantenerse en buena inteligencia conmigo, es necesario que conserve relaciones convenientes con mi esposa.

El hermano mayor, que respetaba siempre mucho las opiniones del menor, pensó que ya se encargaría el mundo de resolver esta delicada cuestión, y sin protestar, se dirigió con Vronski al alojamiento de la señora Karénina. Delante de su hermano, Vronski hablaba a Anna, como de costumbre, de usted, como si se tratara de una buena amiga. Pero se sobrentendía que el hermano estaba al corriente de sus relaciones, y se habló del viaje de Anna a la finca de Vronski.

A pesar de su experiencia del mundo, Vronski incurría en un extraño error, comprendiendo él mejor que nadie que la sociedad le cerraría sus puertas, se figuró, por un singular efecto de imaginación, que la opinión pública, olvidando sus antiguas preocupaciones, habría sufrido la influencia del progreso general. «Sin duda no podremos contar con el mundo oficial —se decía—; pero nuestros parientes y amigos comprenderán las cosas tal como son.»

Puede uno estar sentado durante horas en la posición más incómoda, si se sabe que nadie le impedirá cambiar de postura. Pero si sabe que tiene que estar así, sin moverse, entonces las piernas tenderán a estirarse, a ocupar otra posición y sentirá calambres. Era la misma impresión que experimentaba Vronski respecto a la alta sociedad. Aunque en su fuero interno sabía que la vida mundana estaba cerrada para ellos, intentó cambiar la situación, dar algunos pasos para ser recibidos. Pronto advirtió que la alta sociedad estaba abierta para él, pero no para Anna. Las puertas abiertas ante él se cerraban ante Anna.

Una de las primeras mujeres de la alta sociedad a quien encontró fue a su prima Betsi.

—¡Al fin! —exclamó esta alegremente—. ¿Y Anna? ¿Dónde os habéis alojado? Imagino fácilmente el mal efecto que os producirá San Petersburgo después de un viaje como el que acabáis de hacer. ¿Está ya arreglado lo del divorcio?

El entusiasmo de Betsi desapareció cuando supo que aún no se había obtenido aquel, y Vronski lo notó bien pronto.

—Ya sé que me tirarán piedras —dijo—, pero visitaré a Anna, sobre todo si no habéis de estar aquí mucho tiempo.

La princesa fue, en efecto, el mismo día, pero había cambiado de tono; habló repetidas veces sobre su valor y la prueba de amistad que daba a Anna, y después de hablar de las noticias del día, se levantó a los diez minutos y dijo al marcharse:

—No me han dicho ustedes cuándo se efectuará el divorcio. En cuanto a mí, paso por todo, pero les prevengo que otros no harán como yo, y que encontrarán ustedes muchos que les volverán la espalda. ¡Es tan fácil esto ahora! *Ça se fait.* ¿Conque se van el viernes? Siento mucho que no podamos vernos de aquí a entonces.

El tono de Betsi debía haber bastado para hacer comprender a Vronski la acogida que se les reservaba; pero quiso hacer otra tentativa en su familia. Pensaba que su madre, a quien tanto agradó Anna en su primer encuentro, sería inexorable para aquella que había arruinado la carrera de su hijo; pero Vronski fundaba las mayores esperanzas en Varia, su cuñada; esta no desecharía seguramente a Anna, e iría a verla como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente, habiéndola encontrado sola, le habló con toda franqueza.

—Ya sabes, Alexiéi —contestó Varia, después de haberle escuchado—, cuánto cariño te profeso, y hasta qué punto me sacrificaría por ti; pero si ahora me mantengo separada es porque ya no puedo ser útil a Anna Arkádievna —y recalcó estos dos nombres—. No creas que me permito juzgarla, pues yo tal vez habría obrado como ella en su lugar; tampoco entraré en detalle alguno —añadió tímidamente al ver que la frente de su cuñado se nublaba—; pero es preciso dar a las cosas su verdadero nombre. Tú quisieras que yo fuese a verla para recibirla después en mi casa, a fin de rehabilitarla en la sociedad; pero yo no puedo hacerlo. Mis hijas son ya crecidas, y a causa de mi esposo me es preciso vivir en la sociedad. Si yo fuese a casa de Anna Arkádievna, no podría invitarla a venir a la mía, por temor de que encontrase en mi salón personas que no piensan como yo. ¿No se resentiría de todos modos?... Yo no puedo rehabilitarla.

—¡Pero si no admito un solo instante que se haya rebajado, ni la compararía tampoco con centenares de mujeres a quienes recibes aquí! —interrumpió Vronski, levantándose, persuadido de que su cuñada no cedería.

—Alexiéi, te ruego que no te incomodes —repuso Varia con tímida sonrisa—; esto no es culpa mía.

—No he de tenerte por eso mala voluntad —replicó Vronski, entristeciéndose

cada vez más—; pero sufro doblemente, porque así quedará rota nuestra amistad o, por lo menos, muy resentida, pues debes comprender que tal será para nosotros el inevitable resultado.

Después, Vronski se retiró. Persuadido al fin de la inutilidad de hacer nuevas tentativas, resolvió considerarse como en una ciudad extranjera y evitar toda ocasión de nuevos choques.

Una de las cosas que más sintió fue oír pronunciar en todas partes su nombre asociado con el de Alexiái Alexándrovich; en cada conversación se acababa hablando de Karenin; y si salía, siempre encontraba a este, o por lo menos se lo figuraba, como una persona que tiene un dedo dañado cree tropezar con él en todos los objetos.

Por otra parte, la actitud de Anna lo entristecía; la veía en una disposición moral tan extraña como incomprensible, que nunca le había conocido antes; sucesivamente cariñosa y fría, se mostraba siempre irritable y enigmática; evidentemente, la atormentaba alguna cosa, pero en vez de mostrarse sensible a los desaires que tanto hacían sufrir a Vronski, y que con su fina percepción debía adivinar, solo parecía cuidarse de disimular sus disgustos, mostrándose del todo indiferente a lo demás.

## XXIX

**A**L volver a San Petersburgo, el pensamiento dominante de Anna fue ver a su hijo; poseída de esta idea desde el día que salió de Italia, su alegría iba en aumento a medida que se acercaba a la capital; le parecía a ella cosa muy sencilla ver al niño, hallándose en la misma ciudad que él; pero desde que llegó pudo comprender que no sería tan fácil una entrevista.

¿Cómo arreglarse? Ir a casa de su esposo, exponiéndose a no ser admitida o a recibir una afrenta, o dirigirse por escrito a Karenin, no era posible; y, sin embargo, no se contentaría con ver a su hijo en el paseo, pues debía darle muchos besos y acariciarlo largo tiempo para quedar satisfecha. La anciana criada de Seriozha hubiera podido serle útil en aquel caso, mas ya no estaba en casa de Karenin. Dos días transcurrieron así en la incertidumbre; y al tercero, habiendo sabido las relaciones de Alexiéi Alexándrovich con la condesa Lidia, resolvió escribir a esa última. Le costó mucho trabajo componer la carta, donde recurría a propósito a la generosidad de su marido, del cual dependía el permiso de ver a su hijo. Sabía que, si Karenin llegase a ver la carta, no se lo negaría, lo que correspondía a su papel del hombre bondadoso.

Cruel decepción fue para Anna ver al mensajero regresar sin contestación; jamás se había creído tan ofendida y humillada, y, sin embargo, comprendía que la condesa podía tener razón: su dolor fue tanto más vivo cuanto que no podía confiárselo a nadie.

Ni aun el mismo Vronski sabría apreciarlo, pues trataría el hecho como de poca importancia, y solo la idea de su frialdad en este punto le parecía odiosa; el temor de aborrecer a su amante era la causa de todo, y, por tanto, resolvió ocultarle cuidadosamente sus pasos respecto al niño.

Durante todo el día se las ingenió para imaginar otros medios de ver a su hijo, y al fin se decidió por el más penoso de todos: escribir directamente a Karenin. En el momento de comenzar su carta, recibió la contestación de la condesa Lidia; se había resignado al silencio, pero la animosidad y el sarcasmo que le revelaban las líneas de aquella carta irritáronla en alto grado.

«¡Qué crueldad y qué hipocresía! —pensó—. Quieren resentirme y atormentar al niño, pero yo no lo permitiré. Esa mujer es peor que yo; por lo menos, no miento.»

Anna resolvió al punto ir a casa de su esposo al día siguiente, aniversario del nacimiento de Seriozha; sobornar a los criados costase lo que costase, ver al niño y poner término a las absurdas mentiras con que lo inquietaban.

Al efecto comenzó por ir a comprar juguetes, y después trazó su plan: iría por la mañana temprano, antes de que Alexiéi Alexándrovich se levantara; llevaría el dinero dispuesto para el conserje y el criado, y solicitaría que la dejaran subir sin levantar el velo, para depositar en la cama de Seriozha los regalos enviados por su padrino. En

cuanto a lo que diría a su hijo, aún no lo había pensado.

A la mañana siguiente, a eso de las ocho, Anna se apeó del coche y llamó a la puerta de la antigua casa.

—Ve a ver quién es; parece una señora —dijo Kapitónych a su ayudante, joven que Anna no conocía, al ver a la puerta una dama con velo.

El conserje no estaba vestido aún para recibir, y Anna, apenas estuvo dentro, deslizó un billete de tres rublos en la mano del muchacho, murmurando.

—Seriozha, Serguiéi Alexiéch...

Y avanzó algunos pasos.

El sustituto del conserje examinó el billete, y detuvo a la visitante en la segunda puerta.

—¿A quién busca usted? —le preguntó.

Anna no oyó ni contestó nada. Kapitónych, observando la turbación de la desconocida, acudió presuroso para preguntar qué deseaba.

—Vengo de parte del príncipe Skorodúmov para ver a Serguiéi Alexiéch.

—Aún no está levantado —contestó el conserje, examinando con atención a la dama velada.

Anna no hubiera creído nunca que pudiera sentir tal turbación en aquella casa donde había vivido nueve años; en su alma se despertaron recuerdos dulces y crueles, y durante un momento olvidó por qué estaba allí.

—Sírvase usted esperar —dijo el conserje, despojándola de su abrigo.

Y como la reconociese en el mismo instante, la saludó profundamente.

—Tenga vucencia la bondad de entrar —dijo.

Anna quiso hablar, pero le faltó la voz, y dirigiendo al anciano una mirada suplicante, subió la escalera con rapidez. Kapitónych trató de alcanzarla, corriendo detrás, pero sus zapatillas se enganchaban en cada peldaño.

—El preceptor no estará vestido aún —decía—; permítame vucencia avisarlo.

Anna siguió subiendo por la tan conocida escalera, sin comprender lo que el anciano decía.

—Por aquí, a la izquierda; todo está en desorden, pues ha cambiado de habitación —decía el conserje, casi sin aliento—. Sírvase vucencia esperar un momento; voy a ver —y abriendo una gran puerta, desapareció.

Anna se detuvo, esperando.

—Acaba de despertarse —dijo el conserje, presentándose a poco.

En el mismo instante, Anna oyó como un bostezo de niño, bastándole esto para reconocer que estaba allí.

—¡Déjeme usted entrar, déjeme usted! —balbució, penetrando en la habitación precipitadamente.

A la derecha de la puerta, Anna vio el lecho, y en él un niño, con su camisita de

noche, que se estiraba; sus labios se entreabrieron esbozando una sonrisa, y volvió a reclinar su cabeza sobre la almohada.

—¡Hijo mío! —murmuró Anna, acercándose al lecho sin ser oída.

Desde que estaban separados, y en sus efusiones de ternura para el ausente, Anna creía ver siempre a su hijo a los cuatro años, a la edad en que fue más hermoso. Ahora no se parecía ya al que ella dejó, era más alto y delgado, y su cara le pareció más larga, a causa de tener el cabello corto. Había cambiado mucho, pero siempre era él; la forma de su cabeza, los labios, el pequeño cuello y los anchos hombros eran los mismos.

—¡Seriozha mío! —repitió Anna al oído del niño.

Este se incorporó, apoyándose en un codo; volvió su cabeza desgreñada, tratando de comprender, y abrió los ojos. En el primer instante fijó una mirada interrogadora en su madre, inmóvil junto a él; sonrió de contento, y con los ojos medio cerrados aún por el sueño, se precipitó en sus brazos.

—¡Seriozha, hijo mío! —balbució la madre, sofocada por las lágrimas y estrechando aquel pequeño cuerpo.

—¡Mamá! —murmuró el niño, revolviéndose entre las manos de su madre como para sentir mejor la presión.

Seriozha se cogió a la cabecera de la cama con una mano, y con la otra al hombro de su madre, y comenzó a frotar su rostro contra el cuello y el pecho de Anna, a quien parecía embriagar aquel cálido perfume de su hijo.

—Bien sabía yo —dijo este, entreabriendo los ojos—, bien sabía yo que vendrías el día de mi cumpleaños; voy a levantarme enseguida.

Y hablando así volvió a quedar adormecido.

Anna lo devoraba con la vista, observando los cambios ocurridos durante su ausencia, costándole algo reconocer aquellas piernas tan largas, aquellas flacas mejillas y aquellos cabellos que formaban rizos sobre la nuca. Estrechaba a Seriozha contra su corazón, y las lágrimas le impedían hablar.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó, despierto ya del todo y dispuesto a llorar también.

—¿Yo? No lloraré más...; es de alegría, porque hace mucho tiempo que no te he visto. Vamos —añadió, reprimiendo sus lágrimas y volviéndose—, ahora debes vestirte...

Y sin dejar la mano de Seriozha, se sentó junto a la cama, en la silla en que estaba la ropa del niño.

—¿Cómo te vistes sin mí? —preguntó Anna—. ¿Cómo...?

Anna quiso hablar alegremente, mas no pudo, y volvió de nuevo la cabeza.

—Ya no me lavo con agua fría —dijo Seriozha—, porque papá lo ha prohibido. ¿Has visto a Vasili Lukich? Ahora vendrá. ¡Mira, te has sentado sobre mi ropa!...

Y Seriozha soltó la carcajada, haciendo sonreír a su madre.

—¡Querida mamá! —exclamó el niño, precipitándose de nuevo en brazos de Anna, como si comprendiera mejor lo que le sucedía—. ¡Quítate eso! —añadió, despojándola de su sombrero.

Y al verla con la cabeza desnuda, la abrazó otra vez.

—¿Qué has pensado de mí? —preguntó Anna—. ¿Creíste que me había muerto?

—Nunca lo creí.

—¿De veras, hijo mío?

—Ya lo sabía, ya lo sabía —repuso Seriozha, repitiendo su frase favorita, y apoderándose de la mano que acariciaba su cabello, la cual comenzó a besar, apoyando la palma en su pequeña boca.



**E**NTRETANTO, Vasili Lukich estaba muy apurado; acababan de anunciarle que la dama cuya visita le había parecido tan extraordinaria era la madre de Seriozha, aquella mujer que abandonó a su esposo y a quien no conocía, puesto que él no entró en la casa hasta que ella estuvo fuera. ¿Debería avisar al señor Karenin? Después de madura reflexión, resolvió cumplir estrictamente sus deberes, yendo a la habitación de Seriozha a la hora de costumbre, sin cuidarse de la presencia de tercera persona, aunque fuese la madre. Sin embargo, al ver las caricias de esta y del niño, y al oír sus palabras, cambió de parecer; se encogió de hombros, suspiró y cerró suavemente la puerta. «Esperaré diez minutos más», se dijo, tosiendo ligeramente y secándose los ojos.

Los criados estaban poseídos de una viva inquietud, pues todos sabían que el conserje había dejado entrar a la señora y que esta se hallaba en la habitación del niño; también sabían que el amo solía ir todas las mañanas a ver a Seriozha a eso de las nueve, y todos comprendían que los esposos no debían encontrarse: era preciso evitarlo a toda costa.

Korniéi, el ayuda de cámara, bajó a la portería para preguntar por qué se había permitido la entrada a la señora, y al saber que el mismo Kapitónych la había acompañado hasta arriba, lo reprendió severamente. El conserje guardó un silencio obstinado; pero cuando el ayuda de cámara añadió que merecía ser despedido, el anciano dio un salto y se acercó a Korniéi con ademán enérgico.

—¡Bah —exclamó—, como si no la hubieras dejado entrar tú también! Después de no haber oído más que buenas palabras de su boca durante diez años que la has servido, ¿le hubieras dicho tú que tuviera la bondad de salir? Tú comprendes muy bien la política, tanto como lo de robar al amo y gastar sus abrigos.

—¡Grosero! —contestó Korniéi con desdén; y se volvió hacia la criada, que entraba en aquel momento—. Sea usted juez, Maria Iefímovna —le dijo—; ha dejado entrar a la señora sin advertírselo a nadie; y de un momento a otro, cuando el amo se haya levantado, irá a la habitación de los niños.

—¡Qué apuro, qué apuro! ¿No habrá medio de entretener al amo mientras corro a prevenir a la señora para que salga al punto? ¡Qué compromiso!

Cuando la sirvienta entró en la habitación de Seriozha, este refería a su madre cómo Nádeñka y él se habían caído y resbalado en una montaña de hielo, dando tres volteretas. Anna escuchaba el sonido de la voz, observaba el rostro, el juego de la fisonomía de su hijo y le tocaba sus pequeños brazos, pero sin comprender lo que decía. Solo pensaba que era preciso dejarlo, salir de allí; había oído los pasos de Vasili Lukich y su tosecita discreta, y en aquel momento percibía también los pasos de la criada; pero sin poder moverse ni hablar, permanecía inmóvil como una estatua.

—¡Señora, hija mía! —murmuró la anciana sirvienta, acercándose a Anna y besándole los hombros y las manos—. ¡He aquí una satisfacción que Dios envía al niño que nosotros felicitamos hoy! Usted no ha cambiado nada.

—¡Ah, aya, amiga mía! —contestó Anna, reponiéndose al punto—. No sabía que estuviera usted en la casa.

—Ahora vivo con mi hija, pero he venido esta mañana para felicitar a Seriozha, querida señora.

La anciana comenzó a llorar y besó de nuevo la mano de su antigua ama.

Seriozha, con los ojos brillantes, tenía cogida con una mano la falda de su madre y con la otra la de la sirvienta, y saltaba de alegría al observar el cariño de esta última a su señora.

—Mamá —dijo—, viene muy a menudo a verme, y siempre...

El niño se interrumpió al ver que la anciana decía una cosa al oído de su madre, y que el rostro de esta última tomaba una expresión de espanto y como de vergüenza.

Anna se acercó a Seriozha

—¡Hijo mío! —exclamó.

No pudo pronunciar la palabra «adiós»; mas por la expresión de su rostro, el niño la adivinó.

—¡Hijo mío, querido Seriozha! —murmuró Anna—. Tú no me olvidarás; tu ma... —no pudo concluir.

¡Cuánto sintió después no haberle dicho muchas cosas que en aquel momento no pudo expresar! Pero Seriozha lo comprendió todo; conoció que su madre lo amaba y era desgraciada, y hasta adivinó lo que la sirvienta quería decir a su madre, pues oyó estas palabras: «Siempre a eso de las nueve». Seriozha sabía que se trataba de su padre y que este no debía encontrar a su madre; mas no pudo explicarse la causa del espanto y la confusión de Anna.

Si no era culpable, ¿por qué temía y se sonrojaba? El niño hubiera querido preguntarlo, mas no se atrevió, porque veía a su madre padecer y esto le causaba pena, aunque no le impidió estrecharse contra ella, murmurando:

—No te vayas todavía; no vendrá tan pronto.

Su madre lo apartó un instante para mirarlo y tratar de comprender si pensaba bien lo que decía; por su expresión de espanto, conoció que hablaba verdaderamente de su padre.

—Seriozha, hijo mío —dijo Anna—, ámalo; es mejor que yo, y me reconozco culpable para con él; cuando tengas más edad, ya juzgarás.

—Nadie es mejor que tú —exclamó el niño, sollozando; y cogiéndose a la falda de su madre, la estrechó con toda la fuerza de sus brazos temblorosos.

—¡Hijo querido! —balbució Anna, llorando como un niño.

En aquel momento se abrió la puerta, y Vasili Lukich entró, pero se oían otros

pasos además de los suyos, y la sirvienta, atemorizada, entregó a Anna su sombrero, murmurando:

—Ya viene.

Seriozha se dejó caer en la cama sollozando y cubriéndose el rostro con sus manos; su madre las retiró para besar una vez más sus mejillas bañadas en lágrimas, y salió con paso precipitado. Alexiúi Alexándrovich, que se acercaba ya, se detuvo al verla e inclinó la cabeza.

Aunque Anna había dicho un momento antes que era mejor que ella, la rápida mirada que fijó en toda la persona de su esposo no despertó en su corazón más que un sentimiento de odio, de desprecio y de envidia, por lo que se refería a su hijo, se bajó al punto el velo y salió casi corriendo.

En su precipitación había dejado en el coche los juguetes comprados la víspera con tanta tristeza y amor, los cuales se llevó otra vez a su alojamiento.

## XXXI

**P**OR más que Anna se hubiese preparado de antemano, no esperaba que le produjera tan violentas emociones la contemplación de su hijo; y cuando entró en su alojamiento, tardó en entender dónde estaba y para qué estaba allí. Se decía, mientras se dejaba caer en un sillón junto a la chimenea, sin quitarse el sombrero: «¡Todo ha concluido; me he quedado sola!». Fijó la mirada inmóvil en el reloj de bronce próximo a la ventana y comenzó a reflexionar.

La doncella francesa que Anna había traído del extranjero entró para recibir órdenes: Anna pareció extrañarse al verla, y contestó:

—Más tarde.

Un criado que se presentó después para preguntar si servía el café, recibió igual contestación.

La nodriza italiana entró a su vez, llevando a la niña, que acababa de vestir; la criatura, al ver a su madre, sonrió, agitando los brazos como un pez sus aletas; golpeaba los pliegues de su vestido bordado, y se inclinaba hacia Anna, que no se resistió a recibirla. Era imposible no sonreír, no besar a la niña; imposible no dejarle coger el dedo, al que ella se asió chillando y saltando con todo su cuerpo, imposible también no ofrecerle los labios que ella, persiguiendo un beso, tomó con su boquita. Besando las frescas mejillas y los redondos ojos de su hija, la dejó cogerse a su mano con gritos de alegría, la tomó en brazos y la hizo saltar sobre sus rodillas; pero la presencia misma de aquella encantadora criatura la obligó a reconocer la diferencia que su corazón establecía. Lo que sentía Anna al ver a esa niña, rellenita y encantadora, no podía considerarse ni siquiera amor, comparando con lo que experimentaba por su hijo. Todo en aquella niña era bonito, pero, sin saber por qué, no llegaba a su corazón.

En otro tiempo había concentrado todo su amor y ternura en aquel niño, hijo de un hombre a quien no amaba, y nunca su hija, nacida en las más tristes condiciones, había recibido la centésima parte de las caricias prodigadas a Seriozha. La niña, por otra parte, solo representaba para ella esperanzas, mientras que su hijo era casi un hombre, que conocía ya la lucha con sus sentimientos y sus ideas: amaba a su madre, la comprendía, y tal vez la juzgaba... Lo creía así al recordar las palabras de su hijo, de quien estaba separada moral y materialmente sin ver ya remedio para esta situación.

Después de entregar la niña a su nodriza, y cuando esta se hubo retirado, Anna abrió un medallón que contenía un retrato de Seriozha cuando tenía la misma edad de la niña, y después buscó otros retratos de él en un álbum; los sacó todos para compararlos. Quedaba la última, la mejor fotografía, representaba a Seriozha a caballo en una silla, con blusa blanca, la sonrisa en los labios y las cejas un poco

fruncidas; era su expresión más característica; y con sus dedos nerviosos, Anna quiso sacar el retrato del álbum para compararlo con los demás, pero no pudo. Para desprender la tarjeta de su marco, la empujó con otra fotografía; la primera que le vino a la mano.

Era un retrato de Vronski, hecho en Roma, con cabello largo y sombrero hongo.

«Helo aquí», se dijo; y al contemplar la imagen, recordó de pronto que representaba al autor de todos sus padecimientos.

No había pensado en él en toda la mañana, pero al ver aquel rostro varonil y de noble expresión, que tan bien conocía y amaba tanto, su corazón palpitó de amor.

«¿Dónde está? ¿Por qué me deja así sola, presa de mi dolor?», se preguntó con amargura, olvidando que ella le ocultaba con cuidado todo cuanto se refería a su hijo. En el mismo instante envió a decirle si podía subir, y con el corazón oprimido estaba pensando en las palabras con que se lo explicaría todo, e imaginando las frases de amor, que él buscaría para consolarla. El criado volvió diciendo que Vronski tenía visita, y que le enviaba a preguntar si podría recibirlo con el príncipe Yashvin, recientemente llegado a San Petersburgo. «No vendrá solo —pensó Anna—, y eso que no me ha visto desde ayer a la hora de comer; nada podré decirle si viene Yashvin.» Y una idea cruel cruzó por su mente. «¿Y si ha dejado de amarme?», murmuró.

Esta idea la indujo a repasar en su memoria todos los incidentes de los días anteriores, y en ellos creyó ver confirmado este pensamiento terrible. La víspera no había comido con ella; no ocupaba las mismas habitaciones, y en aquel momento deseaba presentarse acompañado, como si temiese una entrevista a solas.

«Pero su deber es confesármelo —se dijo—, así como el mío enterarme; si es verdad, ya sé lo que debo hacer», añadió, aunque no se hallaba en estado de imaginar lo que sería de ella si se probaba la indiferencia de Vronski. Esta inquietud, que rayaba en desesperación, la sobreexcitó; llamó a su doncella para pasar al tocador y se vistió con el mayor esmero, como para enamorar otra vez a Vronski si este se mostraba indiferente. La campanilla resonó antes que terminase su tocado.

Al entrar en el salón, la primera persona que vio fue a Yashvin. Vronski, mientras tanto, examinaba los retratos de Seriozha, olvidados sobre la mesa.

—Somos antiguos conocidos —dijo Anna, dirigiéndose hacia él y apoyando su pequeña mano en la diestra enorme del gigante, que miraba a su interlocutora con timidez, sentimiento que contrastaba singularmente con la talla gigantesca de Yashvin y sus acentuadas facciones—. Nos hemos visto el año pasado en las carreras...; déme usted eso —dijo tomando de la mano de Vronski los retratos de su hijo mientras que sus brillantes ojos le dirigían una significativa mirada—. ¿Han sido brillantes las carreras este año? —prosiguió—. Nosotros las hemos visto en Roma, en el Corso; pero me parece que a usted no le gusta vivir en el extranjero —añadió Anna

con cariñosa sonrisa—. Ya lo conozco a usted, y aunque no nos hayamos visto hace tiempo, recuerdo sus gustos.

—Lo siento, porque los míos son generalmente malos —contestó, mordiéndose el bigote.

Después de algunos momentos de conversación, el príncipe, observando que Vronski consultaba su reloj, preguntó a Anna si se proponía permanecer largo tiempo en San Petersburgo, y tomando su quepis se levantó.

—No lo creo así —contestó Anna, mirando a Vronski con cierta turbación.

—Entonces ya no nos veremos —dijo Yashvin, volviéndose hacia Vronski—. ¿Dónde comes? —preguntó a este último.

—Venga usted a comer con nosotros —dijo Anna, con tono resuelto. Y contrariada por no poder disimular su inquietud siempre que se revelaba su falsa situación ante un extraño, se ruborizó—. La comida no es muy buena aquí —añadió—; pero, cuando menos, volveremos a vernos; sé que de todos sus compañeros de regimiento, usted es el que Alexiái aprecia más.

—Con mucho gusto —contestó Yashvin, sonriendo de un modo que demostró a Vronski que Anna lo agradaba mucho.

El príncipe se despidió, quedándose Vronski atrás

—¿Te vas tú también? —preguntó Anna.

—Ya me he retrasado. Sigue andando —gritó a su amigo—, ya te alcanzaré.

Anna cogió la mano de su amante, fijó en él la vista pensando en lo que podría decirle para retenerlo.

—Espera —murmuró, oprimiendo la mano de Vronski contra su mejilla—; quiero preguntarte una cosa: ¿te parece que he hecho mal en convidarlo a comer?

—Nada de eso —contestó Vronski, con tranquila sonrisa, besándole la mano.

—Alexiái —continuó Anna estrechándole una mano contra las suyas— ¿no has cambiado para mí? Ya no puedo resistir más aquí. ¿Cuándo nos marcharemos?

—Muy pronto, muy pronto; no puedes figurarte cuánto me pesa la vida de aquí.

Y retiró su mano.

—¡Pues bien, vete! —repuso Anna, algo resentida y alejándose presurosa.

## XXXII

CUANDO Vronski volvió al hotel, Anna no estaba, y le dijeron que había salido con una señora. Esta manera de ausentarse sin decir adónde iba, juntamente con su agitación y el tono duro que empleó al recoger los retratos de su hijo delante de Yashvin, hizo reflexionar a Vronski, que, resuelto a pedir una explicación, esperó en la sala. Anna no volvió sola; iba con una tía suya, la princesa Oblónskaia, vieja solterona, con la cual había ido a comprar varios objetos. Sin observar la expresión inquieta e interrogadora de Vronski, Anna comenzó a enumerar alegremente todo cuanto había comprado por la mañana; pero se revelaba en sus ojos brillantes cierta tensión de espíritu y en sus movimientos una agitación febril que inquietó a Vronski, perturbando su ánimo.

Se habían puesto cubiertos para cuatro personas, y ya iban a sentarse a la mesa, cuando anunciaron a Tushkiévich, portador de un mensaje de la princesa Betsi para Anna.

Betsi se excusaba de no haber ido a despedirse; estaba indispuesta y rogaba a su amiga que fuese a verla de siete y media a nueve. Vronski miró a su amante como para hacerle observar que al fijarle una hora, se habían adoptado las medidas necesarias para que no encontrase a nadie. Anna pareció no fijarse en esta circunstancia.

—Siento —contestó con una imperceptible sonrisa— no estar libre precisamente de siete y media a nueve.

—La princesa lo sentirá mucho.

—Yo también.

—¿No va usted a ver a la Patti? —preguntó Tushkiévich.

—¿A la Patti? Ahora me da usted una idea. Seguramente iría si pudiese obtener un palco.

—Yo puedo traérselo a usted.

—Pues se lo agradecería mucho. —dijo Anna—. Pero ¿no quiere usted quedarse a comer con nosotros?

Vronski se encogió ligeramente de hombros, porque no comprendía la manera de proceder de Anna. ¿Por qué había ido con la vieja princesa? ¿Por qué convidaba a Tushkiévich a comer y, sobre todo, por qué pedía un palco? Dada su posición, ¿podía ella ir al Teatro de la Ópera en día de abono, cuando encontraría allí a todo el mundo? Vronski fijó una mirada grave en su amante, a la que esta contestó con otra atrevida y desesperada a la vez, cuya significación no comprendió aquel. Durante la comida, Anna estuvo muy animada y coqueteó tan pronto con uno como con otro; Tushkiévich fue a buscar el palco cuando se levantó de la mesa, y Yashvin pasó a fumar con Vronski. Al cabo de poco tiempo, este último volvió a subir y encontró a

Anna vestida con traje de seda y terciopelo claro, que se había hecho en París... con el encaje blanco muy caro en la cabeza, que enmarcaba con mucho encanto su rostro y realizaba todavía más su belleza resplandeciente.

—¿Vas verdaderamente al teatro? —preguntó Vronski, procurando no mirarla.

—¿Por qué me lo preguntas con esa expresión de temor? —replicó Anna, resentida al observar que Vronski no la miraba—. No veo por qué no he de ir.

Al parecer, no comprendía la significación de las palabras.

—Evidentemente, no hay razón alguna —repuso Vronski en francés, frunciendo el ceño.

—Eso es precisamente lo que yo digo —replicó Anna, desentendiéndose de la ironía de aquella contestación y poniéndose un guante perfumado con la mayor tranquilidad.

—¡Anna, en nombre del cielo! ¿Qué tienes? —preguntó Vronski, tratando de hacerla volver en sí, como lo había hecho antes varias veces su esposo.

—No comprendo lo que usted quiere de mí.

—Ya sabe usted que no puede ir al teatro.

—¿Por qué? No voy sola; la princesa ha ido a cambiarse de traje y me acompañará.

Vronski se encogió de hombros con expresión desesperada.

—Pero ¿no sabe usted...? —comenzó a decir.

—¡No quiero saber nada! —contestó, casi gritando—. No quiero ni me arrepiento de nada de lo que he hecho; no, no y no; y si hubiera de volver a comenzar, lo mismo haría. Solo hay una cosa importante para usted y para mí, y es saber si nos amamos; lo demás carece de valor. ¿Por qué vivimos aquí separados? ¿Por qué no puedo yo ir a donde me parezca? Yo te amo y todo me es igual —añadió en ruso, con una mirada particular, incomprensible para Vronski—; si tú no has cambiado para conmigo, ¿por qué no me miras?

Vronski la miró, y pudo ver su belleza y el adorno que tan bien le sentaba; pero esta hermosura y elegancia era precisamente lo que lo irritaba más.

—Ya sabe usted —dijo— que mis sentimientos no podrían cambiar; pero suplico a usted que no salga —añadió en francés, con la mirada fría y la voz suplicante.

Anna no vio más que la frialdad de aquella mirada, y contestó con enojo:

—Pues yo le ruego a usted que me explique por qué no debo salir.

Vronski se turbó:

—Porque esto le puede causar...

—No comprendo; *Yashvin n'est pas compromettant*, y la princesa Varvara es tan buena como otra. ¡Ah, ya está aquí!



## XXXIII

**P**OR primera vez en su vida, Vronski experimentó un descontento que rayaba en cólera contra Anna por su comportamiento de incomprensión premeditada; lo que lo contrariaba sobre todo era no poder explicarse abiertamente, no poder decir a Anna que al presentarse de aquel modo en el Teatro de la Ópera, con una persona como la princesa, arrojaba el guante a la opinión pública, se reconocía como una mujer perdida y renunciaba, por consiguiente, a volver a la sociedad.

«¿Cómo no lo comprenderá Anna así? —se preguntaba—. ¿Qué pasa en ella?», y a la vez que disminuía su estimación por Anna, admiraba más su belleza.

Cuando volvió a su habitación, se sentó, pensativo, junto a Yashvin, que bebía una mezcla de seltz y coñac, con sus largas piernas extendidas sobre una silla.

—Hablábamos del caballo de Lankovski —comenzó a decir Yashvin, observando la expresión sombría de su compañero—; es un magnífico animal, y te aconsejo que lo compres; la grupa la tiene algo floja, pero en cambio las piernas y la cabeza no pueden ser mejores.

—Por lo mismo pienso comprarlo —contestó Vronski.

Aunque hablaba con su amigo, no hacía más que pensar en Anna; escuchaba involuntariamente lo que pasaba en el corredor, y tenía la mirada fija en el reloj.

—Anna Arkádievna envía a decir que ha ido al teatro —anunció un criado.

Yashvin echó una copa más en su mezcla, apuró esta de un trago y se levantó, abotonándose el uniforme.

—Pues bien, vámonos —dijo con una sonrisa, demostrando así que comprendía la causa del enojo de Vronski, sin darle importancia alguna.

—Yo no iré —contestó Vronski, tristemente.

—Yo lo he prometido y debo ir. ¡Hasta la vista! Si cambias de parecer, toma el sillón de Krasinski, que está libre —añadió al salir.

—No; voy a trabajar.

«Se tienen disgustos con una esposa; pero con una querida es peor aún», pensó Yashvin al salir del hotel.

Vronski, una vez solo, se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

«Hoy, el cuarto abono —se dijo—; mi hermano estará allí con su esposa, y probablemente con mi madre; allí se reunirá todo lo mejor de San Petersburgo. Sin duda alguna Anna entra en este momento, se despoja de su abrigo y ya la ve todo el mundo. ¿Tengo yo miedo o habré dado a Tushkiévich el derecho de protegerla? Hágase lo que se quiera, esto es absurdo. ¿Y por qué me pone en semejante posición?», añadió con ademán desesperado. Y al hacer un movimiento tropezó con el velador, donde estaba el coñac y el agua de Seltz, y como lo viese a punto de caer,

Vronski quiso cogerlo y acabó por derribarlo. Poseído de cólera hizo rodar la mesita de un puntapié y llamó al criado.

—Si quieres estar en mi casa, no olvides tu servicio —dijo al criado con aspereza al verlo entrar—; que no vuelva a suceder esto. ¿Por qué no lo has retirado ya?

El criado se reconoció inocente y quiso justificarse; pero le bastó una mirada a su amo para comprender que sería mejor callarse; y arrodillándose en la alfombra, comenzó a recoger los restos de los vasos y de las botellas rotas.

—No te corresponde a ti hacer eso —dijo Vronski—; llama a un criado y prepárame la ropa.

\* \* \*

A las ocho y media, Vronski entraba en el Teatro de la Ópera: el espectáculo había comenzado ya.

El acomodador despojó a Vronski de su pelliza, y al reconocerlo le dio el tratamiento de vucencia.

El corredor estaba vacío; se veía solo allí a dos lacayos, cargados con los abrigos y escuchando a las puertas; la orquesta acompañaba en aquel momento una voz de mujer; la puerta se entreabrió para dar paso a otro acomodador encargado de colocar a los espectadores, y la frase cantada llegó a los oídos de Vronski, mas no pudo oír el fin, porque la puerta se volvió a cerrar, si bien comprendió por los aplausos que la cantante había terminado.

Los aplausos resonaban aún cuando Vronski penetró en la sala, brillantemente iluminada. En el escenario la célebre cantante, cubierta de diamantes, saludaba sonriente, y se inclinaba para recoger, con la ayuda del tenor, numerosos ramos de flores.

Un caballero muy bien peinado alargaba una cajita, y todo el público, así el de los palcos como el de la platea, gritaba ruidosamente, aplaudía y se levantaba para ver mejor. Vronski avanzó entre las butacas, se detuvo y observó al público, menos atento que nunca a la escena, al ruido y a la multitud de espectadores que se agolpaban en la sala.

Veía las mismas damas en los palcos, con los mismos oficiales detrás de ellas, las mismas mujeres con vestidos multicolores, los mismos uniformes y los mismos trajes negros de los hombres; en el paraíso, la multitud de siempre; y en aquella sala, unas cuarenta personas de uno u otro sexo que representaban el mundo, la sociedad. La atención de Vronski se fijó en este oasis.

Como el acto terminaba en aquel momento, avanzó hasta la primera fila de butacas y se detuvo cerca de la barandilla junto a Serpujovskói, que habiéndolo visto desde lejos, lo llamaba con una sonrisa.

Vronski no había visto aún a Anna, ni la buscaba tampoco, mas por la dirección

que seguían las miradas, sospechó dónde estaba; temía ver también a Karenin, pero afortunadamente no había ido aquella noche al teatro.

—¡Qué poco te queda de militar! —le dijo Serpujovskói—. Diríase que eres un diplomático o un artista...

—Sí, al volver a casa me he puesto el traje de etiqueta —contestó Vronski, cogiendo lentamente sus gemelos.

—En eso te envidio; cuando vuelvo a Rusia me pongo esto con disgusto —añadió, tocando los cordones de su uniforme—. Ahora afloro mi libertad.

Serpujovskói había renunciado hacía largo tiempo a elevar a Vronski en la carrera militar, pero lo apreciaba siempre y se mostró muy amable con él aquella noche.

—Es una lástima —le dijo— que no hayas asistido al primer acto.

Vronski examinó con sus gemelos los palcos de la platea, y de repente divisó la cabeza de Anna, altiva y notable por su belleza; estaba junto a una dama que llevaba una especie de turbante, y un anciano que guiñaba los ojos a cada momento. Anna ocupaba el quinto palco, a veinte pasos de Vronski, y sentada junto al antepecho hablaba con Yashvin, desviándose un poco. Su gracioso tocado, sus blancos y opulentos hombros, el brillo de sus ojos; todo, en fin, le recordaba aquella que en otro tiempo viera en el baile de Moscú, pero los sentimientos que su hermosura le inspiraban no eran los mismos; ya no tenía nada de misterioso; y aunque sometido siempre a la influencia de sus encantos, tal vez más vivamente, Vronski se irritaba casi al verla tan hermosa. No dudaba que ella lo hubiese visto por más que no lo aparentase.

Cuando Vronski dirigió otra vez sus gemelos hacia el palco, vio a la princesa Varvara, muy sonrojada, que reía al parecer contra su voluntad, mirando a menudo el palco inmediato, mientras que Anna, golpeando con su abanico el antepecho del suyo, dirigía la vista a lo lejos con evidente intención de no ver lo que pasaba junto a ella. En cuanto a Yashvin, su rostro expresaba la impresión del hombre que pierde el juego: se retorció cada vez más el bigote, fruncía el ceño y miraba de reojo el palco inmediato.

En este palco estaban los Kartásov, que Vronski conocía, y con los cuales Anna había estado en relaciones también. La señora Kartásova, mujer delgada y pequeña, estaba en pie, de espaldas a Anna, y se ponía una especie de abrigo que su esposo le presentaba; en su rostro pálido se pintaba una marcada expresión de descontento, y parecía hablar con agitación, mientras que el esposo, un señorón calvo, dirigía algunas miradas a Anna, procurando calmar a su esposa.

Cuando esta hubo salido del palco, el marido se quedó atrás, procurando encontrar la mirada de Anna, a fin de saludar; pero ella no quiso fijar en él la atención y se echó hacia atrás, mirando la cabeza rapada de Yashvin, inclinado hacia delante. Kartásov salió sin saludar y el palco quedó vacío.

Vronski no comprendió nada de aquella escena, pero se explicó muy bien que Anna acababa de sufrir una humillación, y pudo comprender por su aire que reunía sus últimas fuerzas para sostener su papel hasta el fin, conservando el aspecto de la más absoluta calma. Los que ignoraban su historia y no podían oír las expresiones de indignación de sus antiguas amigas, al censurar la audacia de presentarse así con todo el brillo de su hermosura y sus adornos, no hubieran podido sospechar las mismas que aquella mujer sufría más impresiones de vergüenza que un malhechor en la infamante picota.

Profundamente turbado, Vronski se dirigió al palco de su hermano, con la esperanza de recoger algunos detalles; atravesó intencionadamente la platea por el lado opuesto al palco de Anna, y al salir tropezó con su antiguo coronel, que hablaba con dos personas. En el mismo instante oyó pronunciar el nombre de Karenin, y notó cómo su antiguo jefe se apresuraba a llamarlo en voz alta por su nombre, mirando significativamente a sus interlocutores.

—¡Ah, Vronski! —exclamó el coronel—, ¿cuándo te veremos en el regimiento? No te perdonaremos un banquete. Eres nuestro hasta la punta de las uñas.

—Esta vez no tendré tiempo, y lo siento vivamente —contestó Vronski, subiendo rápidamente la escalera que conducía al palco de su hermano.

La anciana condesa, su madre, estaba allí; Varia y la joven princesa Sorókina se paseaban en el corredor. Al ver a su cuñado, Varia condujo a su compañera al palco, y cogiéndose del brazo de Vronski entabló la conversación sobre el asunto que le interesaba, con una emoción que no había observado hasta entonces en ella.

—Me parece que es una vileza lo que ha hecho esa mujer; Kartásova no tenía ningún derecho para proceder de esta manera. La señora Karénina...

—Pero ¿qué hay? Yo no sé nada.

—¡Cómo! ¿No has oído nada?

—Debes comprender que seré el último en saber alguna cosa.

—¡Habrá en el mundo mujer más pérfida que esa Kartásova!

—Pero ¿qué ha hecho?

—Mi esposo me ha dicho que ha insultado a la señora Karénina. El marido de Kartásova le dirigió la palabra de un palco a otro, y su mujer promovió un escándalo; pronunció en voz alta palabras ofensivas y se marchó.

—Conde, su señora madre lo llama —dijo la joven princesa Sorókina, entreabriendo la puerta del palco.

—Todavía te espero —dijo la condesa, sonriendo irónicamente—; ya no se te ve en ninguna parte.

Vronski comprendió que la condesa no podía disimular su satisfacción.

—Buenas noches, madre —contestó fríamente—; venía a ver a usted.

—¿Y cómo no vas a hacer la corte a la señora Karénina? —preguntó la madre

cuando la joven se hubo alejado—. Veo que produce sensación, tanto que por ella se olvida a la Patti.

—Madre, ruego a usted que no me hable de eso —contestó Vronski, con expresión sombría.

—Yo no hago más que repetir lo que todo el mundo dice.

Vronski no contestó, y después de cambiar algunas palabras con la joven princesa, salió del palco. En la puerta encontró a su hermano.

—¡Hola! —exclamó este—. ¿Qué te parece de la bajeza de esa estúpida mujer?... Ahora mismo quería yo ir a ver a la señora Karénina. Vamos juntos.

Vronski no le escuchaba ya; bajaba rápidamente la escalera, comprendiendo que debía cumplir un deber, aunque sin saber cuál.

Poseído de cólera, furioso al pensar en la falsa posición en que Anna había puesto a los dos, la compadecía, sin embargo, sinceramente.

Al dirigirse hacia el palco de Anna, vio a Striómov hablando con ella.

—Ya no hay tenores —decía—; *le maule en est brisé*.

Vronski se detuvo para hablar a su vez con Striómov.

—Ha venido usted demasiado tarde y se ha perdido lo mejor —dijo Anna a Vronski, con una expresión que le pareció burlona.

—No soy buen juez —contestó el conde, mirando a su amante severamente.

—Pues le sucede a usted como al príncipe Yashvin —repuso Anna, sonriendo—; le parece que la Patti canta con demasiado brío. Gracias —añadió, tomando con su pequeña mano aprisionada por un largo guante el programa que Vronski le ofrecía. Y en el mismo instante su rostro se demudó y se retiró al fondo del palco.

Apenas comenzado el último acto, y como Vronski viera que Anna se había ido, se levantó y se dirigió a su alojamiento.

Anna había entrado ya en su habitación; Vronski la encontró tal como estaba en el teatro, sentada en la primera silla que había encontrado a su alcance, y meditabunda. Al ver entrar a su amante, lo miró con fijeza.

—¡Anna!... —exclamó Vronski.

—¡Tú tienes la culpa! —gritó Anna, levantándose al punto con los ojos llenos de lágrimas de cólera y desesperación.

—Te he rogado y suplicado que no fueses, porque no se me ocultaba que te sucedería alguna cosa desagradable...

—¡Desagradable! Di más bien horrible. Aunque viviese cien años no lo olvidaría. Esa mujer ha dicho que era una deshonra estar junto a mí.

—Esas son palabras necias. Pero ¿por qué arriesgarte a escucharlas, por qué exponerte...?

—Tu tranquilidad es cargante; no debías impulsarme a esto si me amaras...

—¡Anna!, ¿qué tiene que ver con esto nuestro amor?

—Sí, si me amaras como yo te amo, si sufieras como yo... —replicó Anna, mirando a su amante con expresión de espanto.

Vronski, compadecido de ella, protestó de su amor, porque veía que era el único medio de calmar a Anna; pero en el fondo de su corazón estaba irritado contra ella.

Anna, por el contrario, escuchaba ansiosa las protestas de amor, que a él le parecían triviales, y se tranquilizó poco a poco.

Dos días después marcharon los dos al campo, completamente reconciliados.

## Sexta Parte

### I

**D**ARIA Alexándrovna aceptó la proposición que le hicieron los Lievin de pasar el verano con ellos, pues su casa de Ierguchovo estaba ya ruinosa. Stepán Arkádich, obligado a permanecer en Moscú por sus ocupaciones, aprobó aquel arreglo, manifestando vivo pesar por no poder ir a verlos sino de tarde en tarde. Además de los Oblonski y de su legión de criaturas, los Lievin recibieron la visita de la anciana princesa, que juzgaba deber suyo estar junto a su hija a causa de la situación de esta; de Váreñka, la amiga de Kiti en Soden, y de Serguiei Ivánovich, que entre los demás huéspedes de Pokróvskoie era el único que representaba a la familia Lievin, aunque solo era Lievin a medias. Konstantín, si bien muy cariñoso con todos los que se hospedaban en su casa, comenzó a echar un poco de menos las costumbres de otro tiempo, reconociendo que el «elemento Scherbatski», como él lo llamaba, era muy invasor. La antigua casa, desierta tan largo tiempo, no tenía entonces apenas ninguna habitación desocupada; todos los días, al sentarse a la mesa, la princesa Scherbátskaia contaba los comensales, a fin de que no fueran trece, y Kiti, como buena ama de gobierno, hacía provisión de gallinas y patos para satisfacer el apetito de sus huéspedes, a quienes el aire del campo hacía más exigentes. La familia estaba sentada a la mesa, y los niños proyectaban ir a buscar setas con el aya y Váreñka, cuando, con gran extrañeza de todos, que le profesaban el respeto profundo, casi lo admiraban por su inteligencia y amplia cultura, Serguiei Ivánovich manifestó deseos de formar parte de la expedición.

—Permítame usted que vaya yo también —dijo mirándola fijamente a Váreñka—. Me gusta mucho recoger setas, parece muy divertido.

—Con mucho gusto —contestó esta, ruborizándose.

Kiti cambió una mirada de complicidad con Dolli: aquella proposición venía a confirmar una idea que les preocupaba hacía tiempo. Se apresuró en entablar la conversación con su madre para que aquella mirada suya no fuera percibida.

Después de comer, Serguiei Ivánovich se sentó con una taza de café al lado de la ventana del salón, continuando la conversación con su hermano y mirando de vez en cuando a la puerta por donde iban a salir los niños. Levin se sentó en la ventana al lado de su hermano. Kiti estaba junto a su esposo, esperando que terminara la

conversación que a ella no le interesaba.

—Has cambiado mucho desde que te has casado, a mejor —dijo Serguéi Ivánovich, sonriendo a Kiti. Por lo visto la conversación no le interesaba mucho—, pero sigues fiel a tu costumbre de defender las ideas más paradójicas.

—Kiti, no debes estar de pie —dijo Lievin, y le acercó una silla.

Pero Kosznyshov vigilaba la puerta por donde debían salir los excursionistas, y apenas divisó a Váreñka con su pañuelo blanco a la cabeza y su vestido amarillo de algodón, interrumpió la conversación, y apurando el fondo de su taza exclamó:

—Heme aquí, Varvara Andriéievna.

—¿Qué decís de mi Váreñka? ¿No os parece encantadora? —preguntó Kiti, dirigiéndose a su esposo y a su hermana de modo que la oyera Serguéi Ivánovich. — ¡Qué hermosa es! Y qué belleza mas noble... ¡Váreñka! —exclamó. —¿Vais a estar en el bosque donde el molino? Luego nos acercaremos.

—Siempre olvidas tu estado, Kiti; es una imprudencia gritar así —interrumpió la princesa, saliendo presurosa del salón.

Al oír la llamada de Kiti y la reprimenda de su madre, Váreñka se acercó a Kiti con el paso ligero y rápido. La agitación y la rapidez de sus movimientos y su rostro animado con las mejillas sonrosadas —todo decía que le sucedía algo extraño. Kiti sabía qué era ese «algo extraño», y la seguía con la mirada atenta. La había llamado ahora solo para bendecirla mentalmente para un acontecimiento importante, que, según pensaba, tenía que suceder ya durante aquel paseo.

—Me alegraría mucho que se verificase cierta cosa —murmuró a su oído, besándola.

—¿Viene usted con nosotros? —preguntó la joven a Lievin, para disimular su confusión.

—Sí, hasta las granjas, pues debo examinar algunas carretas nuevas. ¿Y dónde estarás tú? —preguntó a su esposa.

—En el terrado.



## II

**E**N aquel terrado, donde las señoras solían reunirse después de comer, se ocupaban aquel día varias personas en un trabajo muy importante; y además de la confección de varios objetos destinados a la canastilla, se hacía confitura por un procedimiento practicado en casa de los Scherbatski, pero desconocido para la anciana Agafia Mijáilovna, es decir, sin añadir agua. Agafia Mijáilovna, encargada hasta entonces de aquella tarea, convencida de que lo que se hacía en casa de Levin no podía hacerse mejor, había echado agua a las fresas y fresones a escondidas, segura de que no podía prepararse de otro modo. La habían sorprendido en esta operación y ahora se hacía la preparación en presencia de todos, y a fin de que la vieja criada se convenciera de que también la confitura sin agua resultaba excelente. Agafia Mijáilovna con el rostro muy colorado, el cabello en desorden y las mangas levantadas hasta el codo, revolvía la confitura, al parecer de muy mal humor, en un perol colocado sobre el hornillo, deseando de todo el corazón que la confitura se quedase medio hecha o se cuajase demasiado. La anciana princesa, autora de estas innovaciones, adivinando que se la maldecía interiormente, vigilaba de reojo los movimientos de Agafia Mijáilovna, sin dejar de hablar con sus hijas, al parecer con indiferencia. La conversación de las tres mujeres recayó sobre Váreñka, y Kiti, para no ser comprendida de la anciana sirvienta, dijo en francés que esperaba que Serguiei Ivánovich se hubiese declarado.

—¿Qué le parece a usted, mamá? —preguntó.

—Creo que tu cuñado tiene derecho para pretender los mejores partidos de Rusia, aunque no sea de primera juventud; en cuanto a ella, es una persona excelente.

—Píenselo bien, mamá. Ni para él, ni para ella no puede haber mejor partido. Primero, ella es un encanto... —dijo Kiti, doblando uno de los dedos.

—Desde luego, a él le gusta mucho —confirmó Dolli.

—Pero advierto a usted, mamá, que Serguiei, atendida su posición en el mundo, no necesita unirse con una mujer por sus relaciones o por su fortuna; lo que a él le conviene es una joven de buen carácter, inteligente y amable...

—Sí, con ella uno puede vivir tranquilo —aseguró Dolli.

—Y tercero, que ella lo ame. Y así será... ¡Oh, qué bueno sería eso!

Cuando vuelvan del paseo, yo lo adivinaré todo por sus ojos. ¿Qué dices a esto, Dolli?

—No te agites así; debes permanecer calmada en tu estado —replicó la princesa.

—No estoy agitada, mamá. Creo que hoy él se declarará.

—¡Ah, qué extraño es el momento cuando un hombre se declara...! Es como si hubiera alguna barrera y de pronto se rompiera... —dijo Dolli con una sonrisa pensativa, recordando su pasado con Stepán Arkádich.

—Mamá, ¿cómo pidió papá tu mano? —preguntó de repente Kiti, muy orgullosa, en su calidad de mujer casada, de poder hablar sobre este punto importante con su madre como con una igual.

—Muy sencillamente —contestó la princesa, cuyo rostro se iluminó al evocar este recuerdo.

—¿Lo amaba usted antes que él se declarase?

—Ciertamente. ¿Crees tú que habéis inventado alguna cosa nueva? Aquello se resolvió, como siempre, por miradas y sonrisas.

—Qué bien lo ha dicho usted, *mamán*: exactamente así, con miradas y sonrisas —confirmó Dolli. ¿Te dijo Kostia algo de particular?

—¡Oh, él escribió su declaración con yeso! ¡Cuánto tiempo hace ya! —dijo Kiti. Y las tres mujeres se quedaron pensando en lo mismo. Kiti fue la primera en interrumpir el silencio. Se acordaba de aquella historia con Vronski, el invierno anterior a su casamiento—. He pensado que tal vez convendría indicar a Serguéi que Váreñka ha tenido ya un primer amor.

—Tú te figuras que todos los hombres dan tanta importancia a eso como tu esposo —repuso Dolli—. Estoy segura de que el recuerdo de Vronski lo atormenta aún.

—Es verdad —replicó Kiti, con aire pensativo.

—¿Y qué hay en esto que pueda inquietarlo? —preguntó la princesa, dispuesta a la susceptibilidad cuando se discutía sobre la vigilancia maternal—. Vronski te ha hecho la corte; pero ¿a que joven no se la hacen?

—No estamos hablando de eso —dijo Kiti, ruborizándose.

—No, permíteme —insistía la princesa—. Tú misma no me dejaste hablar con Vronski. ¿Te acuerdas?

—¡Por favor, mamá! —dijo Kiti con la expresión de sufrimiento.

—¿Y quién puede deteneros en estos momentos? Pero bueno, vuestra relación no habría poder pasado de ciertos límites, ya me habría encargado yo... Bueno, alma mía, no debes excitarte tanto. Recuerda tu estado y cálmate, por favor.

—Estoy absolutamente calmada, *maman* —contestó Kiti.

—Fue una dicha para Kiti que Anna interviniese —observó Dolli—. Y qué desgracia fue para Anna. Ahora es justo al revés —añadió de pronto, asombrada por esa idea—. Anna era feliz entonces, mientras que Kiti se creía desdichada. Exactamente al revés. Pienso mucho en ella.

—Es inútil pensar en esa mujer sin corazón —dijo la princesa, que no se consolaba de tener por yerno a Lievin en vez de Vronski.

—Es verdad; en cuanto a mí no quiero acordarme de ella. Ya no pienso en ello, ni quiero pensarlo —replicó Kiti, oyendo el paso bien conocido de su esposo en la escalera.

—¿En qué no quieres pensar ya? —preguntó Lievin, apareciendo en el terrado. Aunque nadie le contestó, no quiso repetir la pregunta.

—Siento mucho interrumpir vuestras confianzas —dijo, enojado al ver que ponían término a la conversación, cual si no quisieran que él la oyese.

Por un segundo Levin sintió que compartía la opinión de Agafia Mijáilovna, su descontento por hacer la confitura sin agua, y en general por la influencia ajena del clan de los Scherbatski.

Sin embargo, se acercó a Kiti sonriendo.

—¿Qué tal? —le preguntó con la misma expresión con que actualmente la miraban todos.

—Muy bien —le contestó sonriendo. —¿Y tú?

—Los furgones cargan tres veces más que los carros. ¿Quieres salir al encuentro de los niños? —preguntó—. He mandado enganchar.

—Supongo que no expondrás a Kiti a las sacudidas del carro con bancos —dijo la señora Scherbátskaia.

—Iremos al paso, princesa.

Lievin no se había podido acostumbrar, como sus cuñados, a llamar mamá a su suegra, aunque la amaba y la respetaba, porque hubiera creído faltar al recuerdo de su madre; pero esto resentía a la princesa.

—Venga con nosotros, mamá —le dijo Kiti.

—No quiero ver esas imprudencias.

—Yo iré a pie —dijo Kiti, levantándose para cogerse del brazo de su esposo.

—¿Y qué tal van esas confituras por el nuevo procedimiento, Agafia Mijáilovna? —preguntó Lievin a la anciana, sonriendo para desarrugar su ceño.

—Dicen que son buenas; pero a mí me parece que se cuecen demasiado.

—Así no se echarán a perder, Agafia —repuso Kiti, adivinando la intención de su esposo—, y ya sabe usted que no hay más hielo en la nevera. En cuanto a sus salazones, mamá asegura que no los ha comido nunca tan buenos —añadió, anudando el pañuelo de Agafia Mijáilovna, que se había desatado.

—No trate usted de consolarme, señora —repuso la sirvienta, mirando a Kiti todavía con enojo—; me basta ver a usted con él para estar contenta.

Aquella manera familiar de tratar a su amo conmovió a Kiti.

Esta última se encogió de hombros y sonrió, cual si quisiera decir: «Aunque se quisiera tener rencor, no se podría».

—Os daré un consejo —dijo la princesa—; poned sobre cada bote de confitura un papel empapado en ron y no se necesitará hielo para conservarla.

### III

**K**ITI había observado el pasajero enojo que reveló la fisonomía de su marido, y, por tanto, se alegró de verse sola con él un momento. Avanzaron por el camino cubierto de polvo, sembrado de espigas y de grano, y Lievin olvidó pronto la impresión penosa que antes experimentaba, para disfrutar del pensamiento puro, tan nuevo aún, que le producía la presencia de su amada esposa. Sin tener nada que decirle, deseaba oír el sonido de su voz y ver sus ojos, a los que su estado comunicaba una expresión particular de dulzura y gravedad:

—Apóyate en mí —le dijo— y no te cansarás tanto.

—¡Cómo me alegro de estar un momento sola contigo! —repuso Kiti. Amo a los míos, pero echo de menos nuestras veladas solitarias. ¿Sabes de qué hablábamos cuando llegaste?

—Creo que de las confituras.

—Sí, pero también de las demandas de casamiento de Serguiéi y de Váreñka. ¿Los has observado? ¿Qué te parece? —añadió, mirando a su esposo con la mayor atención.

—No sé qué pensar; Serguiéi me ha extrañado siempre. Ya recordarás que en otro tiempo estuvo enamorado de una joven que desdichadamente murió; esta es una de esas reminiscencias de la infancia; y desde aquella época creo que las mujeres no existen para él.

—¿Y Váreñka?

—Tal vez..., no sé... Serguiéi es un hombre que solo vive una vida espiritual. Tiene un alma demasiado pura y elevada.

—¿Pero en qué puede rebajarle ese sentimiento?

—No le rebajaría. Pero él está habituado a llevar una existencia puramente espiritual; no sabría conformarse con la realidad, y Váreñka, al fin y al cabo, es una realidad...

Levin se había acostumbrado ahora a expresar directamente sus pensamientos sin preocuparse de revestirlos de palabras precisas. Sabía que su mujer, en momentos llenos de amor como este, le entendía con medias palabras. Y efectivamente, Kiti lo comprendió.

—Oh, no, Váreñka no representa tanta realidad como yo. Comprendo que una mujer como yo no puede gustarle a tu hermano. Y ella toda es tan espiritual...

—No, él te quiere mucho y a mí me agrada mucho que los míos te quieran.

—Sí, es muy bueno conmigo, pero...

—Pero no como el difunto Nikóleñka. Llegasteis a quererlos mucho —concluyó Levin. Y añadió—: ¿Por qué no confesarlo? A veces me reprocho al pensar que acabaré olvidándolo. ¡Qué hombre tan admirable y tan terrible era mi hermano! Sí...

Y ¿de qué hablábamos? —preguntó tras un silencio.

—¿Crees tú que no es capaz de enamorarse? —preguntó Kiti, expresando a su manera la idea de su esposo.

—No es que sea capaz —dijo Levin sonriendo—. No tiene esa debilidad que hace falta para enamorarse... Siempre le tenía envidia, incluso ahora, cuando estoy tan feliz, lo envidio.

—¿Lo envidias porque no puede enamorarse?

—Lo envidio porque es mejor que yo. No vive para sí mismo. El deber es el que lo guía, y por consiguiente puede vivir satisfecho y tranquilo.

—¿Y tú, por qué estarías descontento de ti?

Kiti preguntó esto con una sonrisa irónica y cariñosa, sabiendo que la última conclusión de su marido, que le admiraba a su hermano y se sentía inferior que él, no fue del todo sincera. Conocía bien la causa de esa insinceridad: Levin amaba a su hermano y se sentía culpable por ser demasiado feliz, a eso se añadía su incesable deseo de mejorarse; eso le gustaba mucho a Kiti y de allí venía aquella sonrisa.

—¿Por qué estás descontento? —repitió con la misma sonrisa. La incredulidad de ella respecto a su satisfacción alegraba a Levin, porque involuntariamente le obligaba a exponer las causas de su descontento.

—Soy feliz, pero no estoy contento conmigo mismo.

—¿Cómo es posible no estar contento si eres feliz?

—A ver cómo te lo explico... Lo único que deseo en este instante es que no des ningún paso en falso. Kiti, ¡cuidado! ¡No se puede saltar así! —interrumpió, regañándola por hacer un movimiento brusco al sobrepasar una rama seca que se les encontró por el camino—. Cuando pienso en mí mismo y me comparo con otros, particularmente con mi hermano, reconozco toda mi inferioridad.

—Pero ¿no piensas siempre en tu prójimo, en tu explotación y en tus libros?

—Lo hago superficialmente, cual si fuese una tarea de que quisiera librarme. ¡Ah, si pudiese amar mis deberes como te amo a ti! ¡Tú eres la culpable!

—Entonces, ¿qué dirás de papá? —preguntó Kiti—. No debe de valer nada tampoco, puesto que no ha hecho nada para el bien público.

—¿Él? No. ¿Pero acaso tengo yo la bondad, la sencillez, la claridad de ideas de tu padre? Yo, al no hacer nada, me atormento. ¡Y todo eso te lo debo a ti! Cuando tú no estabas, cuando todavía no existía esto —dijo Levin, indicando con una mirada el vientre de Kiti, lo que ella comprendió en seguida— todas mis fuerzas se empleaban en mi actividad, pero ahora no puedo hacerlo y me avergüenzo de ello. Lo hago todo como quien recita una lección, finjo...

—¿Quisieras cambiarte por Serguiei y no amar ya más que tus deberes y el bien general?

—Ciertamente que no, pero te advertiré que soy demasiado feliz para razonar

bien... ¿Crees que se declarará hoy? —preguntó después de una pausa.

—Y sí, y no. Pero me alegraría mucho. ¡Ah! Espera —se inclinó y recogió una margarita silvestre del borde del camino—. Vamos a ver, se declara, no se declara —dijo entregándole la flor a Levin.

—Se declarará, no se declarará... —decía él deshojando los pétalos blancos y estrechos.

—No, no vale —Kiti le detuvo, cogiéndole de la mano: observaba con emoción los movimientos de sus dedos—. ¡Has arrancado dos pétalos a la vez!

—Entonces este pequeño no cuenta —dijo él, arrancando uno pequeñito apenas crecido. ¡Ah! Ahí tienes nuestro vehículo, que nos alcanza.

—Kiti —gritó la princesa—, ¿no estás cansada?

—En absoluto, mamá.

El paseo continuó a pie.

## IV

VÁREÑKA, con un pañuelo blanco sobre su cabello negro, rodeada de niños, jugando con ellos alegremente, emocionada tal vez por la muy probable declaración del hombre que le gustaba, le pareció aquel día muy encantadora a Serguiéi Ivánovich, y andando a su lado, este recordó lo que había oído decir de su vida pasada y lo que él mismo pudo observar de bueno y apreciable en aquella joven. Su corazón experimentaba un sentimiento particular, que solo lo dominó en otro tiempo, en su primera juventud, y la impresión de contento producida por la presencia de la joven fue un instante tan viva que al poner en la cesta de su compañera una seta monstruo que acababa de encontrar, sus miradas se cruzaron de una manera demasiado expresiva.

—Voy a buscar setas libremente —dijo, temiendo sucumbir como un niño al impulso del momento—, pues noto que mis hallazgos pasan inadvertidos.

«¿Por qué he de resistir? —pensó al alejarse del lindero del bosque para penetrar en su profundidad, donde, después de encender un cigarro, se entregó a sus reflexiones—. El sentimiento que me domina no es pasión; es, según creo, una inclinación mutua, que no entorpecería nada en mi vida. La única dificultad sería para mi casamiento es la promesa que me hice, al perder a Masha, de conservarme fiel a su recuerdo.» Serguiéi comprendía que esa dificultad solo afectaba al carácter poético que tenía a los ojos de la sociedad. Ninguna mujer, ninguna joven, respondía mejor que Váreñka a todo lo que él buscaba en aquella que eligiese por esposa: tenía el encanto de la juventud, sin ser una niña; conocía las costumbres del mundo sin el menor deseo de brillar, y su religión se basaba en sólidas convicciones. Además de esto, era pobre, no tenía familia y no impondría, como Kiti, una numerosa parentela a su esposo. Por otra parte, aquella joven lo amaba, lo cual le era fácil comprender, aunque fuese modesto; y en cuanto a la diferencia de edad entre ellos, no sería un obstáculo. ¿No había dicho Váreñka una vez que el hombre de cincuenta años no se consideraba como viejo más que en Rusia, mientras que en Francia estaba entonces en la «fuerza de la edad»? A los cuarenta años, pues, él era «un joven»; y cuando divisó el talle gracioso y flexible de Váreñka entre los añosos abedules, experimentó una emoción de alegría, y resuelto a explicarse, arrojó el cigarro y adelantóse hacia la joven.

## V

«**V**ARVARA Andriéievna, en mi juventud imaginé un ideal de la mujer que yo elegiría por compañera; Solo usted realiza mi sueño; yo la amo y le ofrezco mi nombre.»

Con esta declaración amorosa en la mente, Serguiéi Ivánovich miraba a Váreñka, que arrodillada en la hierba, a diez pasos de él, defendía una seta contra los ataques de Grisha, a fin de dársela a los pequeños.

—Por aquí, por aquí hay muchas —gritaba con su argentina voz.

No se levantó al acercarse Serguiéi, pero toda su persona manifestaba la alegría de verlo.

—¿Ha encontrado usted alguna cosa? —le preguntó, mirándolo con la sonrisa en los labios.

—Nada —contestó Serguiéi Ivánovich.

Después de indicar a los niños los sitios mejores, Váreñka se levantó y se reunió con Serguiéi; los dos anduvieron un corto trecho; Váreñka, dominada por su emoción, presentía que Serguiéi deseaba decirle algo; y de pronto, aunque no tenía deseos de hablar, rompió el silencio para decir casi involuntariamente:

—Si no ha encontrado usted nada es porque siempre hay menos setas en el interior del bosque que en el lindero.

Serguiéi suspiró sin contestar, porque aquella frase insignificante lo desagradó. Quería volver la conversación a las primeras palabras de Váreñka acerca de su infancia. Pero en contra de su deseo contestó, después de una pausa, a las últimas palabras de Váreñka.

Pasaron unos minutos, se apartaron de los niños y se encontraron completamente solos. El corazón de Váreñka latía con tanta fuerza que creía oír los latidos y sentía cómo se ruborizaba, palidecía y de nuevo se ruborizaba.

Ser esposa de Koznyshov, después de su situación con la señora Shtal, le parecía el colmo de la felicidad. Además, estaba casi segura de haberse enamorado de Serguiéi Ivánovich. Y en aquel instante se iba a decidir todo. Sintió miedo. Miedo a lo que pudiera decir y a lo que se callara. El momento era propicio para una explicación, y Serguiéi Ivánovich, al observar la turbación de la joven, que miraba al suelo, reconoció que la ofendía callándose; se esforzó, pues, para recordar sus reflexiones sobre el matrimonio, pero en vez de las palabras que tenía preparadas, dijo otra cosa muy distinta:

—¿Qué diferencia hay —preguntó— entre el hongo y la seta?

Los labios de Váreñka temblaron al contestar.

—Solo hay diferencia en el pie.

Los dos comprendieron que todo había concluido; las palabras que debían unirlos



no se pronunciarían ya, y la profunda emoción que los agitaba se calmó poco a poco.

—El pie de la seta recuerda una barba negra mal afeitada —dijo Serguiéi Ivánovich, tranquilamente.

—Es verdad —contestó Váreñka con una sonrisa.

Los dos se dirigieron involuntariamente hacia el paraje donde estaban los niños: Váreñka, confusa y resentida, aunque aliviada, y Serguiéi Ivánovich repasando mentalmente sus razonamientos sobre el matrimonio, los cuales le parecían ahora falsos: no podía ser infiel al recuerdo de Masha.

\* \* \*

—Poco a poco, niños; poco a poco —gritó Levin algo enfadado, poniéndose delante de su esposa e intentando protegerla al ver que todos se precipitaban hacia Kiti con gritos de alegría.

Detrás de los niños aparecieron Serguiéi Ivánovich y Váreñka; Kiti no necesitó preguntar para comprender por su expresión tranquila y algo confusa que la esperanza que abrigó no se realizaría.

—¿Y qué? —preguntó su marido cuando volvían a casa.

—No cuaja —dijo Kiti con una sonrisa, recordando a su padre en su manera de reír y hablar, lo que Levin observaba a menudo en ella con placer.

—¿Qué quiere decir «no cuaja»?

—Esto; mira lo que hacen —repuso Kiti, cogiendo la mano de su marido, llevándosela a la boca y tocándola con sus labios cerrados—. Como se le besa la mano a un obispo.

—Pero, ¿quién es el que «no cuaja»? —preguntó Levin riendo.

—Ni el uno ni el otro. Mira, es así como debe hacerse.

—Cuidado. Ahí vienen unos aldeanos.

—No, no han visto nada

## VI

**M**IENTRAS los niños tomaban el té, las personas mayores se reunieron en el terrado, todos bajo la impresión de que había ocurrido un hecho importante, aunque negativo; mas para disimular la confusión general, se habló con forzada animación. Serguiei Ivánovich y Váreñka parecían dos escolares suspendidos en los exámenes; Lievin y Kiti, más enamorados que nunca, estaban confusos de su felicidad, juzgándola como una alusión indiscreta a la torpeza de aquellos que no saben ser dichosos.

Stepán Arkádich, y tal vez el anciano príncipe, debían llegar en el tren de la noche.

—Alexandre no vendrá —decía la princesa—, pues pretende que no se debe entorpecer la libertad de dos jóvenes esposos.

—Papá nos ha abandonado, todavía no lo hemos visto —dijo Kiti—; pero no sé por qué nos considera como jóvenes casados, siendo ya antiguos esposos.

—Si papá no viene, me tendré que ir yo —dijo la princesa suspirando.

—Pero ¿por qué? —exclamaron sus hijas.

—Pensad que está solo. Ahora...

Y la voz de la princesa tembló. Las hijas se miraron y se callaron. «Mamá siempre encuentra algún motivo para estar triste», se dijeron con la mirada. Sabía que aunque estaba bien en Pokróvskoie, aunque sentía que allí la necesitaban, desde que la hija menor, la favorita de la familia, se casó, el nido había quedado vacío. La tristeza invadía a los viejos esposos.

—¿Qué sucede, Agafia Mijáilovna? —preguntó Kiti al ver a su lado a la anciana sirvienta con la expresión misteriosa y significativa en el rostro.

—Lo de la cena.

—Yo ayudaré a Agafia Mijaílovna, usted no sé nueva —dijo Váreñka a Kiti, y salió.

—¡Qué muchacha más encantadora! —dijo la princesa.

—Es difícil encontrar otra igual.

—¿Dice usted que espera hoy a Stepán Arkádich? —dijo Serguiei Ivánovich, que no deseaba continuar la conversación sobre Váreñka—. Es difícil encontrar dos cuñados menos parecidos. Uno, de carácter, se encuentra en sociedad como pez en el agua; el otro, nuestro Konstantín, es vivo, sensible, pero en sociedad o está callado, o se agita inútilmente como un pez en tierra.

—Es un imprudente —dijo la princesa, dirigiéndose a Serguiei Ivánovich—. Quería pedirle a usted que hablara con él. Kiti no puede quedarse aquí en su estado, debe marchar a Moscú. Konstantín dice que se puede invitar a un médico.

—*Maman*, hará lo que sea, está conforme con todo —dijo Kiti, irritada porque su

madre explicaba aquello a Serguiéi Ivánovich.

El ruido de un coche en la avenida interrumpió la conversación.

—Es mi amigo Stepán —gritó Lievin—, y alguno va a su lado; debe de ser papá; corramos a su encuentro, Grisha.

Pero Lievin se engañaba: el compañero de Stepán Arkádich era un robusto mancebo que llevaba cubierta la cabeza con una gorra escocesa adornada de largas cintas flotantes; se llamaba Váseñka Veslovski, era pariente lejano de los Scherbatski y uno de los ornamentos de la buena sociedad de Moscú y de San Petersburgo. Veslovski no se turbó al notar la desilusión que produjo su presencia. Saludó alegremente a Lievin, recordándole que se habían visto otras veces, y se apoderó de Grisha para instalarlo en el vehículo.

Lievin siguió a pie, contrariado al no ver al príncipe, y más aún por la intrusión de aquel extraño, cuya presencia era del todo inútil; esta enojosa impresión aumentó al ver cómo Váseñka besaba galantemente la mano de Kiti delante de las personas reunidas en el terrado.

—La esposa de usted y yo somos primos y antiguos amigos —dijo el joven, estrechando por segunda vez la mano de Lievin.

—Vamos —dijo Oblonski, saludando a su suegra y abrazando a su mujer y a sus hijos—, decidnos si hay caza por aquí, pues Veslovski y yo llegamos con intenciones mortíferas. ¡Qué bien estás, Dolli! —añadió, besando la mano de esta y acariciándola afectuosamente.

Lievin, tan feliz antes, contemplaba aquella escena con enojo.

«¿A quién habrán besado ayer esos mismos labios, y por qué Dolli estará tan contenta, no creyendo ya en su amor?» También le incomodó la benevolencia con que la princesa recibió a Veslovski y la cortesía de Serguiéi Ivánovich con Oblonski, la cual le pareció hipócrita, porque sabía que su hermano no apreciaba a Stepán Arkádich. Váreñka, a su vez, con su aspecto de *sainte nitouche*, capaz de agasajar a un extraño porque solo pensaba en casarse; pero su descontento llegó al colmo cuando vio a Kiti contestar a la sonrisa de aquel personaje que consideraba su visita como una felicidad para todos: esto era confirmarle en su necia pretensión.

Lievin aprovechó un momento en que se comenzaba a conversar alegremente para esquivarse; Kiti, que observaba el mal humor de su esposo, corrió tras él, pero Konstantín la rechazó, alegando que tenía mucho que hacer en el despacho. Sus ocupaciones no habían tenido nunca a sus ojos tanta importancia como aquel día. «Ellos están de fiesta, pero yo debo atender a cosas que no tienen nada de festivas, que no pueden esperar y sin las que es imposible vivir», pensaba.

## VII

LIEVIN volvió cuando le avisaron que la cena estaba servida, y encontró a Kiti y a Agafia Mijaílovna de pie en la escalera, consultándose sobre los vinos que se deberían servir.

—¿Para qué todo ese aparato? Que sirvan el vino común.

—No, Stepán no lo bebe —replicó Kiti—; pero ¿qué tienes, Konstantín?

Y trató de retenerlo, aunque en vano, porque Lievin, sin escuchar más, se dirigió apresuradamente a la sala, donde tomó parte en la conversación.

—¿Conque vamos mañana a cazar? —le preguntó Stepán Arkádich.

—Sí, yo se lo ruego —dijo Veslovski, inclinado en su silla, con una pierna cruzada sobre la otra.

—Con mucho gusto. ¿Ha cazado usted ya este año? —preguntó Lievin con una falsa cordialidad, que Kiti conocía muy bien—. Yo no sé si encontraremos becasas, pero las grivas abundan. Será preciso madrugar mucho. ¿No le molestará esto, Stiva?

—Estoy dispuesto aunque sea a no dormir en toda la noche.

—¡Ah, sí, eres muy capaz de ello, y hasta de no dejar dormir a los demás! —replicó Dolli, con cierta ironía—. En cuanto a mí, no ceno y me retiro.

—No, Dolli —repuso Stepán Arkádich, yendo a sentarse junto a su esposa—; espérate un poco, tengo que decirte muchas cosas. ¿Sabes que Veslovski ha visto a Anna? Reside a setenta *verstas* de aquí; y mi amigo irá a verla cuando se vaya. Yo pienso acompañarlo.

—¿De veras ha visto usted a Anna Arkádievna? —preguntó Dolli a Váreñka, que se había acercado a las señoras, colocándose junto a Kiti al sentarse a la mesa para cenar.

Lievin, aunque estaba hablando con la princesa y Váreñka, observó la animación de aquel pequeño grupo, y le pareció que los dos jóvenes entablaban un diálogo misterioso y que la fisonomía de su esposa al mirar el agraciado rostro de Váreñka revelaba una emoción profunda.

—Tienen una casa magnífica —decía Váreñka con viveza—, y en ella se está perfectamente; pero no es a mí a quien toca juzgarlos.

—¿Qué piensa hacer?

—Pasar el invierno en Moscú.

—Sería muy agradable reunirse allí. ¿Cuándo irás tú? —preguntó Oblonski a su joven amigo.

—En julio.

—¿Y tú? —preguntó a Dolli.

—Cuando te hayas marchado; iré sola y así no molestaré a nadie. Tengo empeño en ver a Anna, porque es una mujer a quien compadezco y amo.

—Muy bien —contestó Stepán Arkádich—. ¿Y tú, Kiti, no irás?

—¿Qué tengo yo que hacer en su casa? —contestó Kiti, a quien esta pregunta hizo ruborizarse de enojo.

—¿Conoce usted a Anna Arkádievna? —preguntó Veslovski—. Es una mujer seductora.

—Sí —contestó Kiti, ruborizándose cada vez más. Y dirigiendo una mirada a su esposo, se levantó y fue a reunirse con él para preguntarle—: ¿Conque vas mañana de caza?

Los celos de Lievin al ver a Kiti ruborizarse no tuvieron ya límite, y su pregunta le pareció una prueba de interés por aquel joven, del que evidentemente estaría enamorada.

—Así es —contestó con voz forzada, que lo desagradó a él mismo.

—Más vale que pases el día con nosotros —dijo Kiti—, pues Dolli no ha aprovechado mucho la visita de su marido.

Lievin traducía el significado de aquellas palabras así: «No me separes de él. No me importa que tú te vayas, pero déjame gozar de la presencia de este encantador joven».

—Si te empeñas, nos quedaremos mañana —dijo Lievin en un tono extrañamente agradable.

Váreñka, sin sospechar el efecto que su presencia producía, se había levantado de la mesa para acercarse a Kiti con la sonrisa en los labios.

«¿Cómo se atreve a mirarla así?», pensó Lievin, pálido de cólera.

—¿Conque mañana de caza? —preguntó inocentemente Váreñka, sentándose de través en una silla con una pierna doblada, según su costumbre.

Arrebatado por los celos, Lievin se ve en la situación de un marido engañado a quien la esposa y el amante tratan de explotar en interés de sus placeres; pero habló con Veslovski, le hizo preguntas sobre sus arreos de caza y le prometió con aire afable organizar la partida para el día siguiente. La princesa puso fin a la inquietud de su yerno aconsejando a Kiti que se retirara a dormir; mas para exasperar del todo a Lievin, Váreñka, al dar las buenas noches a la joven, trató de besar su mano.

—En nuestra casa no es costumbre —dijo Kiti bruscamente, retirándola con viveza.

¿Cómo había ella dado derecho al joven para permitirse semejantes familiaridades y cómo osaba manifestarle tan torpemente su desaprobación?

Stepán Arkádich, que se había alegrado con algunos vasos de buen vino, estaba del mejor humor.

—¿Por qué te has de acostar, haciendo tan buen tiempo? —preguntó a Kiti—. Mira cómo sale la luna; es la hora de las serenatas; Váreñka tiene una voz deliciosa, y sabe dos nuevas canciones que nos podría dar a conocer acompañado de Varvara

Andriéievna.

\* \* \*

Mucho tiempo después de haberse retirado todos, Lievin, hundido en su sillón y guardando un silencio obstinado, oía aún a sus huéspedes cantar las nuevas coplas en el jardín. Kiti, que le había interrogado inútilmente sobre la causa de su mal humor, acabó por preguntarle, sonriendo, si era la causa Veslovski. Esto bastó para que Lievin se explicase; en pie delante de su esposa, con los ojos brillantes, fruncido el ceño, las manos aplicadas contra el pecho como si quisiera comprimir su cólera y temblorosa la voz, dijo con una expresión que hubiera parecido dura si su fisonomía no hubiese manifestado un acerbo dolor:

—No creas que estoy celoso, porque solo esta palabra me subleva; yo no podría serlo y creer a la vez en ti; pero me resiente y me humilla que te miren de ese modo.

—¿Cómo me ha mirado? —preguntó Kiti, tratando sinceramente de recordar los menores incidentes de la noche.

Le había parecido un poco familiar la actitud de Veslovski durante la cena, pero no se atrevió a decir nada.

—¿Puede tener atractivo —preguntó a su esposo— una mujer en mi estado?

—Cállate—exclamó Lievin, cogiéndose la cabeza entre las manos—. ¿Podrías, pues, si te creyeras seductora...?

—Vamos, Kostia —repuso Kiti, afligida al verlo padecer así—; bien sabes que, fuera de ti, no hay para mí nadie. ¿Quieres que me encierre lejos de todo el mundo?

Aunque resentida por aquellos celos que le impedían hasta sus distracciones más inocentes, Kiti estaba dispuesta a renunciar a todo para calmar a su marido.

—Trata de comprender lo ridículo de mi situación; ese joven es mi huésped, y fuera de su necia galantería y de la costumbre de sentarse sobre una pierna, nada tengo que decir de él, pues cree seguramente que es de buen tono lo que hace. En consecuencia, le debo tratar con cortesía, y...

—Pero, Kostia, tú exageras las cosas —interrumpió Kiti, orgullosa en el fondo del corazón al verse tan apasionadamente amada.

—Y cuando tú eres para mí objeto de un culto, siendo tan felices los dos, ese miserable tendría derecho... Tal vez no sea un miserable, pero ¿por qué ha de estar nuestra dicha a merced suya?

—Escucha, Kostia: me parece que ya sé lo que te ha enojado.

—¿El qué? —preguntó Lievin con cierta turbación.

—Tú nos observabas durante la cena.

—Sí, sí —dijo Lievin, asustado.

Y le refirió la conversación misteriosa de que tanto había sospechado.

Levin se quedó callado, luego observó el rostro pálido de su esposa y se llevó las

manos a la cabeza.

—¡Katia! Te hago sufrir inútilmente. Perdóname, mi amor. ¡Esto es una locura! Katia, todo eso es culpa mía; ¿cómo he podido atormentarme así por una estupidez?

—No importa, tú sí que me das lastima.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Quién soy? Soy un pobre loco... ¿Pero tú, por qué tienes que sufrir? Qué terrible me resulta pensar que cualquier extraño puede destruir nuestra felicidad.

—Efectivamente. Eso es lo que me ofende...

—Tienes razón, ahora voy a colmar de atenciones a ese joven, y que se quede aquí a pasar el verano —dijo Levin, besando la mano de su esposa. —Ya verás... ¡Y mañana, a cazar!

## VIII

Los trenes de caza esperaban a la puerta, a la mañana siguiente, antes que las damas se hubieran levantado; *Laska*, junto al cochero, muy agitada y comprendiendo los proyectos de su amo, parecía desaprobando la tardanza de los cazadores. El primero que se presentó fue Váseňka Veslovski, con blusa verde y cinturón de cuero, calzado con botas nuevas, cubierta la cabeza con su gorro de cintas y una escopeta inglesa en la mano.

*Laska* saltó hacia él para saludar y preguntar a su manera si los otros vendrían pronto; mas al ver que no se la comprendía, volvió a su puesto y esperó, con la cabeza inclinada y el oído atento. Al fin se abrió la puerta con estrépito para dar paso a *Krak*, el perro de muestra de Stepán Arkádich, que saltaba delante de su amo.

—Poco a poco —dijo Oblonski alegremente, tratando de esquivar las patas del animal que, en su júbilo, trataba de agarrarse a su morral de caza.

Stepán Arkádich llevaba un calzado muy ordinario, pantalón viejo, paletó corto y sombrero abollado; pero, en cambio, su escopeta era del último modelo y el morral y canana de los mejores. Veslovski comprendió que el colmo de la elegancia, para un cazador, consistía en subordinarlo todo a sus arreos, y se prometió aprovechar la lección para otra vez, mientras miraba a Stepán Arkádich.

—Nuestro patrón tarda —dijo Veslovski

—Tiene la esposa joven —repuso Oblonski, sonriendo.

—Y a fe que es una mujer encantadora.

—Habrá entrado a ver a su señora, pues lo he visto a punto de salir.

Stepán Arkádich no se engañaba: Lievin había entrado a ver a Kiti para hacerle repetir que le perdonaba sus celos de la víspera, y para rogarle que fuese prudente, especialmente con los niños, siempre pueden dar algún empujón sin darse cuenta. La joven hubo de jurar que no le guardaba rencor porque se ausentase dos días, y que le mandaría una carta la mañana siguiente con un mensajero solo para decirle si estaba bien; la expedición no le agradaba mucho, pero se resignó alegremente al ver la animación de su marido.

—Dispénsenme ustedes, señores —gritó Lievin, corriendo hacia sus compañeros—. ¿Han empaquetado ya los víveres? ¡A tu puesto, *Laska*!

Apenas estuvo en el coche los detuvo el vaquero, que le acechaba el paso para consultarle sobre las becerras, y después el carpintero, cuyas ideas erróneas debió rectificar respecto a la construcción de una escalera. Al fin se emprendió la marcha, y Lievin, satisfecho al verse libre de cuidados domésticos, experimentó tan viva alegría que hubiera querido pensar solo en las emociones que los aguardaban. ¿Se encontraría caza? ¿Podría *Laska* competir con *Krak*? ¿Sería él tan buen cazador como aquel extraño? Las reflexiones de Stepán Arkádich eran análogas; solo Veslovski



charlaba sin cesar, y Lievin no pudo menos de arrepentirse de sus injusticias de la víspera mientras le escuchaba. Era verdaderamente un buen muchacho, al que solo se hubiera podido criticar porque consideraba que sus uñas muy bien cuidadas y su traje elegante eran pruebas de incontestable superioridad. Por lo demás, sencillo, alegre y bien cuidado, hablaba perfectamente el francés y el inglés, por todo esto le empezó a caer bien a Levin; seguramente, si le hubiera conocido antes de casarse, habrían mantenido relaciones amistosas.

Apenas hubieron recorrido los cazadores unas tres verstas, Váseñka echó de menos su cartera y sus cigarros; la primera contenía una suma bastante redonda, y quiso asegurarse de que la había olvidado en la casa.

—Permítame usted montar el caballo delantero —era un caballo cosaco, en el cual galopaba con el pensamiento a través de las estepas—, y muy pronto estaré de vuelta.

—No es necesario que usted se moleste —contestó Lievin, calculando que el peso de Váseñka representaba por lo menos seis *puds*—; mi cochero recorrerá esta distancia fácilmente.

El cochero fue despachado en busca de la cartera, y Lievin empuñó las riendas.

## IX

**E**XPLÍCANOS tu plan —dijo Stepán Arkádich.

—Helo aquí: vamos directamente a los pantanos de Gvózdievo, a veinte *verstas* de aquí, donde encontraremos seguramente caza. Si llegamos por la noche, se aprovechará la frescura para cazar; dormiremos en casa de un campesino, y mañana iremos al pantano grande.

—¿No hay nada en el camino?

—Sí, por cierto; tenemos dos buenos puntos, pero esto nos retardaría, y hace demasiado calor.

Lievin pensaba reservar para su uso aquellos parajes próximos a la caza; pero nada escapaba a la vista ejercitada de Stepán Arkádich, y al pasar delante de un pequeño pantano exclamó:

—¡Detengámonos aquí!

—¡Oh, sí! —añadió Váseñka—, detengámonos.

Fue preciso resignarse; los perros se lanzaron al punto, y Lievin se quedó guardando los caballos. Una avefría fue todo lo que Veslovski encontró, lo cual consoló un poco a Lievin

Cuando los cazadores subieron al coche, y como sostuviese torpemente el fusil y el ave con una mano, se le escapó el tiro, y los caballos se encabritaron.

Por fortuna el proyectil no hirió a nadie, y, por tanto, sus compañeros no tuvieron valor para reñirlo, porque se mostraba muy desesperado; pero muy pronto comenzaron a reír todos al pensar en su pánico y en el chichón que se había hecho Lievin al tropezar con su escopeta. A pesar de las observaciones de este último, se apearon también al llegar al segundo pantano; esta vez, después de matar una becada se compadeció de Lievin, y se ofreció cuidar de los caballos. Konstantín no se resistió, y *Laska*, que lloraba la injusticia de la suerte, se precipitó de un salto hacia el mejor sitio; dio algunas vueltas y después se detuvo de pronto. Lievin, con el corazón palpitante, avanzaba prudentemente.

Una becada se elevó de repente y Lievin apuntaba ya, cuando el rumor de pesados pasos en el agua, y los gritos de Veslovski le hicieron volver la cabeza. El ave se le había escapado, y con gran asombro suyo, vio los coches y los caballos medio hundidos en el cieno: Váseñka se había dirigido hacia el pantano para ver mejor la cacería.

«¡Malos diablos lo lleven!», murmuró Lievin.

—¿Por qué avanza usted tanto? —preguntó secamente al joven, después de llamar al cochero para ayudarle a desenganchar los caballos.

No solo le espantaban la caza, estropeando los caballos, sino que le dejaban el trabajo de desengancharlos y conducirlos a terreno firme sin ofrecerse a prestarle

auxilio, si bien era verdad que ni Stepán ni Veslovski tenían el menor conocimiento de semejante operación. En cambio, el culpable hizo cuanto pudo para desprender del cieno uno de los vehículos, pero en su celo arrancó una tabla de cuajo. Aquella prueba de buena voluntad conmovió a Lievin, sin embargo, y para disimular su mal humor, dio orden para que desempaquetaran las provisiones.

—Buen apetito, buena conciencia; ese pollo me va a llegar hasta el fondo de los talones —dijo Váseñka, sereno ya, y devorando una segunda ave—. Nuestras desgracias han terminado, señores; todo saldrá bien ahora; pero en castigo de mis fechorías, pido que se me permita subir al pescante para servirlos de automedonte.

A pesar de las protestas de Lievin, que temía por sus caballos, hubo de consentir, y la alegría contagiosa de Veslovski, que cantaba coplas e imitaba a los ingleses cuando guían un coche de cuatro caballos, se comunicó al fin a sus dos compañeros.

Llegaron a Gvózdievo riendo y bromeando.

## X

**A**L acercarse al término de su expedición, Lievin y Stepán Arkádich tuvieron el mismo pensamiento: librarse de su incómodo compañero.

—¡Qué hermoso pantano! —exclamó Stepán Arkádich, cuando después de una vertiginosa carrera llegaron al sitio en el momento culminante del calor—. Mirad cuántas aves de rapiña; esto es siempre indicio de mucha caza.

—El pantano comienza en ese islote, señores —dijo Lievin, examinando su escopeta.

Y les indicó un punto más oscuro que se destacaba sobre la inmensa llanura húmeda, segada en varias partes.

—Si a ustedes les parece —añadió—, nos separaremos en dos grupos, dirigiéndonos primero hacia esa arboleda y después al molino. Yo he matado allí hasta diecisiete becasas en poco tiempo.

—Pues bien, tomad la derecha —dijo Stepán Arkádich con tono indiferente—, pues no hay espacio más que para dos; yo iré por la izquierda.

—Eso es —replicó Váseñka—; ya verá usted cómo somos más hábiles.

Forzoso le fue a Lievin aceptar este arreglo; pero después de la aventura del tiro escapado, desconfiaba de su compañero de caza, y le recomendó que no se quedase atrás.

—No se ocupe usted de mí —contestó este—, yo no lo molestaré.

Aun así, Levin no podía evitar recordar las palabras de Kiti al despedirse: «No vayáis a mataros uno al otro sin querer», y no se fiaba de su compañero.

Los perros partieron y se alejaron, comenzando a buscar la pista cada cual por su lado. Lievin conocía bien los movimientos de *Laska*, y creía oír ya el grito de la becada.

De repente oyó varias detonaciones: era Váseñka, que tiraba a los ánades; media docena de becasas remontaron el vuelo unas tras otras, y Stepán Arkádich, aprovechando el momento, mató dos, las cuales recogió al punto con aire satisfecho, alejándose después por la izquierda con su perro, mientras que Lievin, menos feliz, cargaba de nuevo su escopeta. En cuanto a Veslovski, tiraba a diestro y siniestro sin mirar nada. Cuando Lievin erraba su primer tiro, solía perder la serenidad y no hacía ya nada bueno, esto fue lo que le sucedió aquel día. Las becasas eran tan numerosas, que nada hubiera sido tan fácil como reparar su primera torpeza, pero cuanto más avanzaba, más perdía la calma. *Laska*, mirando a los cazadores con expresión de duda, parecía censurarlos, y apenas buscaba. A lo lejos se oían las detonaciones de la escopeta de Oblonski, cuyos tiros parecían tocar siempre en el blanco, pues repetía a intervalos: «*Krak*, tráelo aquí». Lievin no llevaba en su morral más que tresavecillas cuando llegaron a una pradera, perteneciente a unos campesinos y situada en medio

del pantano.

—¡Eh, cazadores! —gritó un aldeano, que estaba sentado en un trineo, elevando sobre su cabeza una botella de aguardiente que brilló a la luz del sol—. ¡Vengan ustedes a echar un trago!

—¿Qué dicen? —preguntó Veslovski.

—Nos ofrecen beber con ellos; y yo aceptaría de buena gana —repuso Lievin con segunda intención, esperando tentar a Váseñka.

—Pero ¿por qué quieren obsequiarnos?

—En señal de regocijo; vaya usted; esto lo divertirá.

—Pues allá voy; será curioso.

—Ya encontrará usted la senda para llegar hasta el molino —gritó Lievin, muy satisfecho de ver a Veslovski alejarse.

—Ven tú también —gritó el campesino a Lievin.

Un trago de vodka y un trozo de pan no hubiera estado de sobra para Konstantín, pues se sentía ya cansado y levantaba con trabajo los pies en aquel suelo pantanoso; pero como viese a *Laska* al acecho, recobró su energía. La presencia de Veslovski le llevaba mala suerte, según él creía; pero no fue más feliz en la caza, aunque esta abundaba, cuando su compañero estuvo lejos. Llegado al punto en que debía reunirse con Stepán Arkádich, solo llevaba cinco miserables avencillas en el morral.

*Krak* precedía a su amo con aire triunfante, y detrás iba Stepán Arkádich bañado en sudor y arrastrando las piernas, pero con el morral tan lleno que se desbordaba.

—¡Qué pantano! —exclamó—. Veslovski ha debido molestarte, pues nada hay tan incómodo como cazar dos con un perro —añadió, para dulcificar el efecto de su triunfo.

## XI

LIEVIN y Oblonski encontraron a Veslovski instalado en el albergue donde debían cenar; sentado en un banco al que se cogía con ambas manos, esperaba a que le sacase las botas cubiertas de barro un soldado, hermano de la patrona.

—Acabo de llegar —dijo, sonriendo—; estos campesinos son muy amables, y después de darme de comer y beber no han querido aceptar nada. ¡Qué pan y qué aguardiente!

—¿Y por qué habrían de cobrar? —observó el soldado—. Ellos no venden su aguardiente.

A los cazadores no les repugnó el desaseo de la cabaña, que sus botas y las patas de los perros ensuciaron más aún, cubriendo el suelo de un barro negruzco; todos cenaron con ese apetito que solo se conoce en semejantes excursiones; y después de limpiarse, fueron a dormir en un pajar, donde el cochero les había preparado ya las camas.

La noche había cerrado ya, pero ninguno de los tres tenía sueño, el entusiasmo de Váseñka al hablar de la hospitalidad de los campesinos y el buen olor del heno los mantuvo despiertos.

Oblonski les refirió los detalles de una cacería a que había asistido el año anterior en casa de Maltus, empresario de ferrocarriles y hombre de muchos millones.

Habló de los inmensos pantanos de la provincia de Tver, de los trineos tirados por perros y de las tiendas levantadas solo para comer.

—¿Cómo es que no odias a esa gente? —preguntó Lievin, incorporándose en su cama de heno—. Su lujo subleva porque se enriquecen a la manera de los antiguos traficantes de aguardiente y se burlan del desprecio público, sabiendo que su dinero los rehabilitará.

—Es muy cierto —dijo Veslovski—; pero Oblonski acepta sus invitaciones por bondad, lo cual no impide que otros imiten su ejemplo.

—Estás en un error —replicó Oblonski—; si voy a su casa es porque los considero como ricos mercaderes o propietarios que deben sus bienes al trabajo y a la inteligencia.

—¿A qué llamas tú trabajo? ¿Consideras como tal obtener una concesión y explotarla?

—Seguramente en el sentido de que si nadie se tomara esa molestia no tendríamos ferrocarril.

—¿Y podrías comparar ese trabajo con el del hombre que labra la tierra o el sabio que estudia?

—No; pero no deja de dar también un resultado, el de tener vías férreas, por más que tú no las apruebes.

—Este es otro asunto; lo que yo mantengo es que cuando la remuneración no está en proporción con el trabajo, no es honrada. Las fortunas que hacen esos hombres son escandalosas; no tenemos ya granjas, pero en cambio abundan las líneas férreas y los banquetes.

—Todo eso puede ser verdad; pero ¿quien trazará el límite exacto de lo justo y de lo injusto? Así, por ejemplo, ¿por qué mi sueldo ha de ser mayor que el de mi jefe de oficina, que conoce los asuntos mejor que yo?

—Lo ignoro.

—¿Por qué ganas tú, digamos, cinco mil rublos, allí donde nuestro patrón, el campesino, solo obtiene cincuenta? ¿Y por qué Maltus no ganaría más que sus maestros? En el fondo no puedo menos de creer que el odio que inspiran esos millonarios es hijo de la envidia.

—Va usted demasiado lejos —dijo Veslovski—; no se los envidia por su riqueza, pero no se puede menos de reconocer que estas tienen su lado tenebroso.

—No te falta razón —repuso Lievin— al tachar de injusto un beneficio de cinco mil rublos, pero...

—En efecto, ¿por qué comemos, bebemos, cazamos, vivimos en el ocio, mientras que el campesino está constantemente trabajando? —dijo Veslovski, a quien, al parecer, por primera vez se le había ocurrido aquello. Su tono era sincero.

—Pero no hasta el extremo de dar tu tierra al campesino —dijo Oblonski, que desde hacía algún tiempo se complacía en tirar indirectas a su cuñado, con el cual iban tomando sus relaciones cierto carácter de hostilidad desde que ambos formaban parte de la misma familia.

—No la doy porque no sabría cómo arreglarme para desposeerme y porque, teniendo familia, he de cumplir deberes con ella, por lo cual no me reconozco derecho alguno para despojarme.

—Si consideras esa desigualdad como una injusticia, deber tuyo es poner término a ella.

—Procuro no hacer nada para aumentarla.

—¡Qué paradoja!

—Sí, eso huele a sofisma —añadió Veslovski—. ¡Eh!, compañero —gritó a un campesino que entreabría la puerta, haciéndola rechinar sobre sus goznes—, ¿no dormís vosotros aún?

—No, pero creía que estaban ustedes dormidos. ¿Puedo entrar a coger un gancho que necesito? —preguntó, mostrando los perros.

—¿Dónde dormiréis?

—Hemos de vigilar los caballos en el pasto.

—¡Magnífica noche! —exclamó Váseñka, al ver por la puerta entornada los vehículos iluminados por la luz de la luna.

—¿De dónde proceden esas voces de mujeres?

—Son las muchachas de al lado.

—Vamos a pasear, Oblonski, pues no podremos dormir.

—Estoy muy bien aquí.

—Pues iré solo —repuso Váseñka, levantándose al punto y calzándose rápidamente—. Hasta la vista, señores; si me divierto, os llamaré, pues habéis sido demasiado amables durante la cacería para que os olvide.

—Es buen muchacho, ¿no es verdad? —preguntó Stepán Arkádich cuando Váseñka hubo salido.

—Sí —contestó Lievin, siguiendo siempre el hilo de su pensamiento. «¿Cómo era posible que dos hombres sinceros e inteligentes lo acusasen de sofista, siendo así que expresaba sus ideas con tanta claridad como podía?»

—Hágase lo que se quiera —repuso Stepán Arkádich—, preciso es reconocer que, o bien la sociedad tiene razón, o que se aprovechan privilegios injustos; ya en este último caso, se debe hacer como yo: utilizarlos con placer.

—No; si tú reconocieses la iniquidad de esos privilegios, no disfrutarías por ellos; yo a lo menos no lo haría.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta también? —añadió Stepán Arkádich, cansado ya de aquella conversación—. Vamos, puesto que no dormimos.

—No, yo me quedo.

—¿Lo haces también por principio? —le preguntó Oblonski, buscando el sombrero a tientas.

—No, es porque no sé qué haría yo allá abajo.

—Estás en mal camino —dijo Stepán Arkádich cuando hubo encontrado lo que buscaba.

—¿Por qué?

—Porque acostumbras mal a tu mujer. He observado la importancia que tenía para ti obtener su autorización a fin de ausentarte dos días. Esto puede ser delicioso como idilio, pero no durará. El hombre ha de mantener su independencia, y tiene sus intereses —dijo Stepán Arkádich, abriendo la puerta.

—¿Cuáles? ¿Los de correr en busca de las muchachas de la granja?

—¿Por qué no, si eso me place? Mi mujer no se encontrará peor por eso, con tal de que yo respete el santuario de la casa. Es preciso no atarse de pies y manos.

—Tal vez —contestó secamente Lievin, volviéndose del otro lado—. Mañana me pongo en marcha al amanecer, y no despertaré a nadie; tenedlo en cuenta.

—¡Señores, venid pronto! —gritó Váseñka—. ¡Es encantadora; yo la he descubierto; es una beldad! —añadió con tono satisfecho.

Lievin simuló dormir, y dejó que se fuesen; pasó largo tiempo sin que pudiese conciliar el sueño, oyendo a los caballos comer el heno; el soldado se echó después



con su sobrino, que le dirigía preguntas en voz baja acerca de los perros, calificándolos de animales terribles; su tío le hizo callar muy pronto, y solo turbaron el silencio sus ronquidos.

Lievin, bajo la impresión de su diálogo con Oblonski, pensaba en el día siguiente: «Me levantaré al amanecer —se dijo, conservando su sangre fría—; hay muchas becas; y además tal vez encuentre un mensajero de Kiti en el camino. Oblonski quizá tiene razón al decir que me afemino con ella. ¿Qué he de hacer?»

En aquel momento, cuando ya dormitaba, oyó entrar a sus compañeros, los vio en el umbral de la puerta, iluminados por la luna, y les dijo:

—Mañana al amanecer, señores.

## XII

**A**L día siguiente fue imposible despertar a Váseñka, echado de bruces y profundamente dormido con los puños cerrados; Stepán Arkádich rehusó también levantarse, y la misma *Laska*, casi oculta en el heno, estiró perezosamente sus patas posteriores antes de resolverse a seguir a su amo. Lievin se calzó, cogió su escopeta y salió con precaución. Los cocheros dormían junto a los vehículos, y los caballos dormitaban, pues apenas rayaba el día.

—¿Por qué se levanta usted tan temprano, padrecito? —preguntó una anciana, saliendo de la vivienda y acercándose amistosamente a Lievin.

—Voy a cazar. ¿Por dónde se llega más pronto al pantano?

—Siga usted el sendero que se prolonga por detrás de nuestras granjas —contestó la anciana, conduciendo a Lievin hasta que lo dejó en buen camino.

*Laska* corría ya, y Lievin la siguió alegremente, con la esperanza de llegar al pantano antes de que saliera el sol. La luna, visible aún cuando salió de la granja, borrábase poco a poco; la estrella de la mañana no se distinguía apenas, y varios puntos confusos antes en el horizonte se marcaban cada vez más eran montones de trigo. Los más leves sonidos se percibían muy bien en el aire sereno, tanto que una abeja, rozando el cabello de Lievin, le pareció el silbido de una bala.

Algunos vapores blancos, entre los cuales se destacaban, semejantes a islotes, varios grupos de plantas, indicaban el gran pantano, en cuya orilla hombres y niños, cubiertos con sus abrigo, dormían profundamente después de haber velado. Los caballos pacían aún, haciendo resonar sus cadenas, y espantados por *Laska*, dirigiéndose hacia el agua, introduciendo en ella sus patas atadas.

El perro fijó en ellos una mirada burlona, volviendo la cabeza hacia su amo.

Cuando Lievin hubo pasado del sitio donde estaban los campesinos dormidos, examinó su escopeta y silbó para indicar a su perro que iba a dar principio a la cacería. *Laska* partió al punto, olfateando el suelo movedizo para descubrir entre otros perfumes conocidos esa emanación del ave que le atraía siempre. A fin de reconocer mejor la dirección de la caza, su puso al viento, avanzando poco a poco para poder detenerse bruscamente; pero pronto avanzó más despacio, porque ya no seguía una pista, a causa de ser la caza allí en extremo abundante. Lievin llamó al perro, pero este se detuvo vacilante y volvió después al sitio que le atraía, trazando círculos para detenerse a poco delante de un montecillo; sus patas, demasiado cortas, impedían a *Laska* ver bien, pero su olfato no la engañaba; inmóvil, con la boca entreabierta y las orejas derechas, miraba a su amo sin atreverse a volver la cabeza. Lievin avanzaba presuroso, temiendo errar el primer tiro a causa de su inveterada superstición de cazador, y al acercarse vio lo que el perro no distinguía, aunque lo olfateaba, era una becada oculta entre dos montecillos.

*Laska* vacilaba aún, como si dudase de la vista de su amo, pero como este la tocase con la rodilla, se precipitó sin saber lo que hacía.

Al punto se remontó una becada, con el ruido que acostumbran, Lievin hizo fuego, el ave agitó las alas y cayó sobre la hierba húmeda, mostrando su blanco pecho; una segunda becada sufrió la misma suerte.

—¡Muy bien, *Laska*! —dijo Lievin, guardando las dos aves en su morral.

El sol había salido ya, cuando avanzó por el pantano; la luna parecía entonces un punto blanco en el espacio, y todas las estrellas habían desaparecido; las charcas de agua despedían en aquel instante dorados reflejos; la hierba tomaba un tinte de ámbar; las aves de los pantanos se agitaban en los matorrales; varios buitres, posados en montes de trigo, miraban a su alrededor con expresión de descontento, y las cornejas revoloteaban en los campos. Uno de los durmientes estaba ya en pie, y varios chicos llevaban los caballos al camino.

—Padrecito —gritó uno de los muchachos a Lievin—, también hay ánades por aquí; ayer vimos bastantes.

Lievin tuvo la satisfacción de matar tres becadass más a la vista de los muchachos.

## XIII

**L**A superstición sobre el primer tiro no dejó de confirmarse esta vez; Lievin volvió a la casa a eso de las diez, cansado y hambriento, pero muy satisfecho; había recorrido una treintena de *verstas*, y muerto diecinueve becasas y un ánade, algunas de las cuales debió de suspender del cinto porque no le cabían en el morral. Sus compañeros habían tenido tiempo para esperarlo, rabiando de hambre, y para almorzar después.

El sentimiento de envidia que Stepán Arkádich experimentó al ver aquellas hermosas aves con la cabeza inclinada y tan diferentes de lo que eran en los otros pantanos, causó cierta satisfacción a Lievin, y para colmo de felicidad le dieron una nota de Kiti.

Sigo muy bien —escribía—, y si no me crees suficientemente segura, tranquilízate, porque la comadrona Maria Vlásievna ha venido ya. Dice que estoy muy bien y que permanecerá algunos días con nosotros; de modo que si te diviertes, no te apresures en volver.

La cacería y la carta hicieron olvidar a Lievin dos incidentes menos agradables: el primero era la fatiga del caballo delantero, que, maltratado la víspera, rehusaba comer; y el segundo la circunstancia de no haber encontrado nada de las provisiones entregadas por Kiti. Lievin contaba sobre todo con unos pastelillos que le gustaban mucho; pero todos habían desaparecido, así como los pollos y la carne, cuyos huesos fueron devorados por los perros.

—¡Y luego dirán que como mucho! —exclamó Oblonski, señalando a Váseñka—. No me puedo quejar de mi apetito, pero ese mozo me deja muy atrás.

Incomodado, Lievin no pudo menos de exclamar:

—Me parece que hubieran podido guardarme alguna cosa.

Hubo de contentarse con la leche que su cochero fue a buscar; pero mitigado su apetito, se avergonzó de haber manifestado tan vivamente su enojo, y fue el primero en burlarse de su cólera.

Aquella misma noche, después de terminada la última cacería, los tres compañeros emprendieron el regreso. En el camino reinó la mejor inteligencia; Veslovski no dejó de reír y bromear recordando sus aventuras con las jóvenes campesinas, y Lievin, reconciliado con su huésped, olvidó sus prevenciones contra él.

## XIV

A eso de las diez de la mañana, después de pasar su revista de inspección, Lievin llamaba a la puerta de Veslovski.

—Adelante —dijo este—; dispéñeme usted, ahora termino mis abluciones.

—No se moleste. ¿Ha dormido usted bien?

—Como un muerto.

—¿Qué toma usted por la mañana, café o té?

—Ni una cosa ni otra; almuerzo a la inglesa. Me avergüenzo de haberme retardado tanto; las señoras se habrán levantado ya sin duda, y en tal caso el momento sería oportuno para dar un paseo. ¿Me enseña sus caballos?

Lievin consintió; dieron una vuelta por el jardín, visitaron la cuadra, hicieron un poco de ejercicio en el gimnasio y volvieron al salón.

—Nos hemos divertido mucho en la cacería —dijo Veslovski, acercándose a Kiti—. ¡Qué lástima que las señoras no puedan disfrutar de este placer!

«Preciso es que diga algunas palabras al ama de la casa», pensó Lievin, amostazado ya al ver el aire conquistador del joven.

La princesa hablaba con la comadrona y Stepán Arkádich sobre la necesidad de instalar a su hija en Moscú para la época de su parto, y llamó a su yerno a fin de consultarle sobre esta grave cuestión. Nada molestaba a Lievin tanto como que se hablara con ligereza del nacimiento de un hijo, ¡porque sería un hijo!, acontecimiento verdaderamente extraordinario, y no admitía que esta inverosímil felicidad, rodeada de tanto misterio para él, fuese discutida como un hecho común por aquellas mujeres que contaban por los dedos los días que faltaban para el alumbramiento. Por eso eludía siempre la conversación, como en otro tiempo cuando se trató de los preparativos de su matrimonio.

La princesa no comprendía las impresiones de su yerno, viendo en aquella indiferencia aparente aturdimiento y apatía, y por lo mismo no le dejaba punto de reposo; acababa de encargar a Stepán Arkádich que buscara casa y tenía empeño en oír el parecer de Lievin.

—Haga usted lo que mejor le parezca, princesa —contestó—; yo no entiendo nada de eso.

—Pero es preciso resolver para que sepamos en qué época volverás a Moscú.

—Lo ignoro; lo que sé es que fuera de esa ciudad nacen millones de criaturas.

—En ese caso...

—Kiti hará lo que quiera.

—Kiti no debe preocuparse de esos detalles, que podrían alterarla; recuerda que Natalia Golítsina murió de sobreparto la primavera pasada por falta de una buena comadrona.

—Haré lo que ustedes quieran —repitió Lievin con expresión sombría y dejando de escuchar a su suegra para fijar su atención en otra parte.

«Esto no puede durar así», pensaba, dirigiendo de cuando en cuando una mirada a Váseñka, que estaba inclinado hacia Kiti, a la vez que observaba la turbación y el rubor de esta. La actitud de Veslovski le pareció inconveniente, y así como la antevíspera, cayó de pronto desde la altura de la felicidad más ideal a un abismo de odio y confusión. El mundo le parecía insoportable.

—Haga lo que a usted le parezca bien, princesa —dijo de nuevo volviéndose hacia la otra parte.

—No todo es de color rosa en la vida conyugal —le dijo Stepán Arkádich en broma, refiriéndose no solo a la conversación con la princesa, sino también a la causa de la turbación de Levin, de la que se había dado cuenta.

—¿Cómo bajas tan tarde? —preguntó Stepán Arkádich a Dolli, que entraba en el salón; al mismo tiempo estaba observando el rostro de Lievin.

—Masha ha dormido mal, y no me dejó dormir —contestó Dolli.

Váseñka se levantó para saludar, y sentándose de nuevo, prosiguió su conversación con Kiti; le hablaba aún de Anna, discutiendo sobre la posibilidad de amar en condiciones ilegales; y aunque el diálogo desagradase a la joven, era demasiado inexperta e ingenua para saber cómo terminarlo, disimulando la molestia y la especie de placer que a la vez le causaban las atenciones del joven. El temor a los celos de su esposo aumentaba su emoción, sabiendo muy bien que interpretaría mal todas sus palabras y ademanes. En efecto, cuando Kiti preguntó a Dolli cómo se encontraba Masha y Veslovski, esperando que acabara una conversación tan aburrida, se puso a mirar a Dolli, la pregunta le pareció a Lievin falsa, una simple artimaña.

—¿Qué, vamos hoy por setas? —preguntó Dolli.

—Sí; vamos, yo también iré —respondió Kiti y se ruborizó. Quería preguntar a Váseñka por cortesía, si iba a ir él también, pero no se atrevió—. ¿Adónde vas, Kostia? —le preguntó con aire contrito, al verlo salir resueltamente.

—Voy a buscar al mecánico alemán que ha venido durante mi ausencia —contestó Lievin sin mirarla, convencido de la hipocresía de su esposa.

Apenas estuvo en su despacho, oyó los pasos bien conocidos de Kiti, que bajaba la escalera con imprudente ligereza, un momento después llamó a la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó Lievin con sequedad—. Ahora estoy muy ocupado.

—Dispense usted —dijo Kiti, dirigiéndose al alemán—; necesito hablar dos palabras con mi esposo.

El mecánico quiso salir, pero Lievin lo detuvo, diciéndole que no se molestara.

—Quisiera aprovechar el tren de las tres —repuso el alemán.

Sin contestarle, Lievin salió con su esposa al corredor.

—¿Qué quieres? —le preguntó con frialdad, sin mirarla, porque no quería ver qué

aspecto penoso y humillado, con su rostro tembloroso, tenía ella en su estado.

—Yo..., yo quería decirte que esta vida es un suplicio... —murmuró Kiti.

—Hay gente en la oficina; no demos qué hablar —dijo Lievin con acento de cólera.

Kiti quiso conducirlo a la habitación contigua, pero allí estaba Tania tomando su lección de inglés, y, por tanto, se dirigió al jardín.

Allí se hallaba el hortelano barriendo las alamedas; pero sin cuidarse del efecto que podría producir en aquel hombre su rostro bañado en lágrimas, Kiti avanzó, seguida de Lievin, que comprendía la necesidad de una explicación para mitigar su tormento.

—Esta vida es un martirio —dijo Kiti—. ¿Por qué sufres así? ¿Qué he hecho yo? —preguntó Kiti cuando hubieron llegado a un banco.

—Confiesa que su actitud tenía algo de ofensiva y de inconveniente —dijo Lievin, oprimiéndose el pecho con ambas manos como la otra vez.

—Sí... —contestó Kiti, con voz temblorosa—; pero ¿no ves, Kostia, que no es culpa mía? Desde por la mañana quise hacerle guardar su lugar... ¡Dios mío!, ¿por qué habrán venido todos cuando éramos tan felices?

Y los sollozos ahogaron su voz.

Cuando el jardinero vio a los cónyuges poco después con la expresión tranquila que revelaba felicidad, no comprendió lo que podría haber ocurrido de bueno en aquel banco aislado.

## XV

CUANDO Kiti estuvo en su habitación, Lievin fue a ver a Dolli, y la encontró muy excitada, paseando de un lado a otro del cuarto y reprendiendo a la pequeña Masha, que lloraba amargamente.

—Ahí te estarás todo el día, sin comer y sin muñecas, y no te haré el vestido nuevo —decía la madre a la hija sin saber qué castigo peor podría inventar.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Levin con cierta indiferencia, al ver que llegaba en momento tan inoportuno, pues quería consultar a Dolli.

—Es una niña perversa. Se fue con Grisha donde crece la frambuesa y allí... ni te puedo contar lo que estaban haciendo... ¡Ah!, cuánto echo de menos a *miss* Elliot, esta nueva no hace nada, como si fuera una maquina... Imagínate que...

Y refirió las fechorías de la culpable Masha.

—No veo en todo eso nada muy grave —intentó calmarla Levin—; son niñadas...

—Pero ¿qué tienes tú, que tan trastornado parece? —preguntó Dolli—. ¿Qué ha pasado?

Y por el tono con que hizo estas preguntas, Levin comprendió que le iba a ser fácil contárselo todo.

—Acabo de tener una discusión con Kiti; es la segunda desde la llegada de Stepán.

Dolli lo miró con ojos inteligentes.

—Con la mano en la conciencia —continuó Lievin—, dime si no te parece que ese joven observa una conducta desagradable e intolerable para un marido.

—¿Qué quieres que te diga?... Según las ideas recibidas en el mundo, se conduce como todos los jóvenes; hace la corte a una mujer joven; y si el esposo es hombre de mundo, este debe lisonjearse.

—¿Conque lo has observado?

—No solamente yo, sino también mi esposo, que me lo ha dicho después de tomar el té.

—Entonces ya estoy tranquilo; voy a despedirlo —replicó Lievin.

—¿Has perdido el juicio? —exclamó Dolli, con expresión de terror—. ¿En qué piensas, Kostia?... Ve a buscar a Fanny —añadió Dolli, interrumpiéndose al ver que la niña castigada se disponía a salir de su rincón—. Déjame hablar antes con Stepán —continuó Dolli—; él se lo llevará, diciendo que se espera aquí a otra gente...

—No, yo mismo seré el ejecutor —replicó Lievin—; esto me divertirá... Vamos, Dolli —añadió, señalando a la pequeña culpable, que en pie junto a su madre no se atrevía a ir en busca de Fanny—; perdónala por mí.

La niña, observando que Dolli se dulcificaba, se precipitó en sus brazos, sollozando.



«No hay nada de común entre ese joven y yo», pensó Lievin, mientras iba en busca de Veslovski.

En el vestíbulo dio orden de enganchar el tálburi.

—Se han roto los muelles —contestó el criado.

—Pues entonces cualquier otro vehículo.

Váseñka se estaba poniendo las polainas para montar a caballo, con la pierna apoyada en una silla, cuando Lievin entró. El rostro de este tenía una expresión particular, y Veslovski no pudo ocultarse que su asiduidad con Kiti era inoportuna en aquella familia por lo cual sentía ya la inquietud que puede experimentar un joven de mundo.

—¿Monta usted a caballo con polainas? —le preguntó Lievin, apoderándose de una varilla que había recogido por la mañana en el gimnasio.

—Sí, es más limpio —contestó Veslovski, acabando de abotonarse la polaina.

Era en el fondo tan buen muchacho que Lievin se sintió algo confuso al observar la repentina timidez de su huésped.

—Quisiera —interrumpió de pronto, pero al recordar la escena con Kiti, añadió —: quería decir a usted que he mandado enganchar.

—¿Para qué? ¿Adónde vamos? —preguntó Veslovski con extrañeza.

—Para conducir a usted a la estación —dijo Lievin con expresión sombría.

—¿Se va usted? ¿Ha ocurrido alguna cosa?

—Ha ocurrido que espero gente —continuó Lievin, rompiendo la varilla que tenía en la mano—; o, mejor dicho, no espero a nadie; pero le ruego a usted que se vaya. Puede interpretar mi descortesía como mejor le parezca.

Váseñka se irguió con dignidad.

—Sírvase usted explicarme...

—Yo no explico nada, y lo que usted puede hacer es no preguntarme —replicó Lievin lentamente, procurando permanecer sereno y reprimir el temblor convulsivo de sus facciones, mientras que rompía cada vez más la varilla

El ademán y la tensión de los músculos de Konstantín, cuyo vigor había podido reconocer en el gimnasio Váseñka, convencieron a este mejor que las palabras. Váseñka se encogió de hombros, sonrió con desdén al saludar, y dijo:

—¿No podré ver a Oblonski?

—Voy a enviárselo a usted —contestó Lievin sin hacer aprecio del movimiento de hombros ni de la expresión de su interlocutor.

—¡Pero esto no tiene sentido común y es verdaderamente ridículo! —exclamó Stepán Arkádich cuando se hubo reunido con Lievin en el jardín, después de haberle dicho Veslovski que se le despedía—. ¿Qué mala mosca te ha picado? Si este joven...

La picadura era tan reciente aún que Lievin interrumpió a su cuñado en las explicaciones que trataba de darle.

—No te tomes la molestia de disculpar a ese joven —dijo—; lo siento mucho, tanto por ti como por él; pero él se consolará fácilmente, mientras que para mi esposa y para mí su presencia se hacía intolerable.

—Jamás te hubiera creído capaz de semejante proceder; *on peut être jaloux, mais à ce point, à est du dernier ridicule.*

Lievin volvió la espalda y comenzó a pasear, esperando la marcha. Poco después oyó el rumor de las ruedas y vio cruzar entre los árboles a Veslovski, sentado en un poco de heno, pues el vehículo en que iba carecía de asiento; las cintas de su gorra escocesa se agitaban a la menor sacudida.

«¿Qué ocurrirá ahora?», pensó Lievin al ver al criado que salía corriendo de la casa para detener el vehículo: era para colocar al mecánico, de quien se habían olvidado, y que tomó asiento junto a Veslovski, saludándolo cortésmente.

Stepán Arkádich y la princesa se resintieron mucho del proceder de Lievin, y este mismo se reconoció ridículo en alto grado; mas al pensar en lo que Kiti y él habían sufrido, se confesó que en caso de necesidad haría otra vez lo mismo. Por la noche se manifestó en todos, excepto en la princesa, una marcada recrudescencia, como la de los niños después de un castigo, o la de los amos de casa el día siguiente de una recepción oficial penosa; pero, en cambio, se sentía cierto alivio. Dolli hizo reír mucho a Váreñka al referirle por tercera vez sus propias impresiones; dijo que había reservado en honor de su huésped un par de botinas nuevas; que llegado el momento de lucirlas, entró en el salón, y que de pronto un ruido extraño la atrajo hacia la ventana. ¡Qué espectáculo se ofreció a sus ojos! ¡Váseñka, con su gorra escocesa, sus cintas flotantes y sus polainas, iba sentado ignominiosamente sobre un montón de heno! Si al menos le hubiesen preparado un carruaje...; pero no... De repente, lo detienen; tal vez se han compadecido... Nada de eso: es que se hace más angustiosa su desgracia, dándole por compañero un corpulento alemán. ¡No había sido posible lucir las botinas!

## XVI

**D**ARIA Alexándrovna, aunque temiendo ser desagradable a los Lievin, que rehuían toda relación con Vronski, deseaba mucho ir a visitar a Anna para demostrarle su afecto. El corto viaje que proyectaba ofrecía ciertas dificultades, y a fin de no molestar a su cuñado, quiso alquilar caballos en el pueblo. Apenas lo supo Lievin, dirigió amargas quejas a Dolli.

—¿Por qué crees tú —le dijo— disgustarme a mí por ir a visitar a Vronski? Aunque así fuese, más me afligiría que te sirvieses de otros caballos que de los míos; los que te alquilen no podrán recorrer nunca setenta *verstas* de una tirada.

Dolli se sometió al fin, y en el día indicado se puso en marcha, bajo la protección del tenedor de libros, que para mayor seguridad se colocó junto al cochero a guisa de lacayo. El coche no era muy bueno, pero sí bastante sólido para recibir una larga carrera, y Lievin, además de cumplir así con un deber de hospitalidad, evitaba que hiciese un gasto considerable, atendidos sus medios.

Comenzaba a despuntar el día cuando Daria Alexándrovna emprendió la marcha; mecida por el movimiento regular de los caballos, se aletargó muy pronto, y no se despertó hasta llegar al paraje donde se había preparado el cambio de tiro; aquí tomó té en casa del aldeano donde Lievin se detuvo cuando fue a visitar a Sviyazhski, y después de descansar un rato, continuó su viaje.

En su atareada vida, y absorta siempre por sus deberes maternos, Dolli había tenido poco tiempo para reflexionar, y así es que aquella carrera solitaria de cuatro horas le proporcionó ocasión de entregarse a profundas meditaciones sobre su pasado, considerándolo desde diversos aspectos.

Primero pensó en sus hijos, confiados al cuidado de su madre y su hermana —con esta última contaba particularmente—; y después le preocuparon otros asuntos. Debía cambiar de habitación al volver a Moscú, arreglar la casa y comprar a su hija mayor un abrigo nuevo para el invierno. Otra cuestión ocupaba el pensamiento de Dolli. ¿Cómo se compondría para continuar convenientemente la educación de los niños? Las niñas la inquietaban poco, pero no así los muchachos. Le había sido dado ocuparse de Grisha aquel verano, porque su salud se lo permitió, pero si sobrevení­a un embarazo... Y Dolli pensó que sería injusto considerar los dolores de este como una señal de la maldición que pesa sobre la mujer. «Lo malo no es el parto, sino el embarazo», pensó, al recordar su embarazo y la muerte de su último hijo. Y recordó una conversación con una campesina. A la pregunta de Dolli acerca de si tenía hijos, la campesina había respondido:

—Tenía una niña, pero Dios me ha dejado libre. La enterré en cuaresma.

—¿Sufriste mucho?

—¿Y por qué iba a sufrir? El viejo ya tiene bastantes nietos. No dan más que

trabajo.

A Daria Alexándrovna aquella respuesta le pareció entonces repugnante. Ahora recordaba las palabras de la campesina. En su cínica respuesta había una parte de razón.

«En resumen —pensó Dolli, recordando sus quince años de matrimonio—, no he conocido más que embarazos, náuseas, completa embotadura de la inteligencia, indiferencia hacia todo y, sobre todo, fealdad. Hasta Kiti, joven y bonita, se ha estropeado. A mí los embarazos me afean mucho, lo sé. El parto, los dolores, dolores horribles, el último instante..., y después el pecho, noches de insomnio y nuevos dolores.» Al evocar este recuerdo se estremeció, reflexionando sobre sus padecimientos, sus largos insomnios, las privaciones sufridas para criar a sus hijos, las enfermedades de estos, las malas inclinaciones que debió combatir, los gastos de la educación y, lo que aún era peor que todo: la muerte. Su corazón de madre padecía aún al pensar en la pérdida del último nacido, arrebatado por la difteria. Solo ella lo había llorado, y la indiferencia general contribuyó a que su pena fuese más amarga.

«¿Y cuál sería el resultado de aquella vida llena de disgustos? Sin levantar la cabeza, unas veces por los embarazos, otras por la lactancia, siempre irritada, siempre de mal humor, amargada y amargando la vida de los demás, pasaré la vida, sin gustar a mi marido, y todo para criar unos hijos desgraciados, mal educados y pobres. ¿Qué habría hecho yo este verano si los Lievin no hubiesen tenido la atención de invitarme a pasar la temporada con ellos? Pero aunque sean muy afectuosos, no podrán hacerlo otra vez, porque más tarde también ellos tendrán hijos que ocuparán la casa. Papá, que se ha despojado casi por nosotras, no podrá tampoco ayudarnos, y siendo así, ¿cómo podré lograr que mis hijos sean hombres? Será preciso buscar protección, humillarme, pues no puedo contar con Stepán. ¡Y gracias que no sigan un mal camino!» Volvió a recordar su conversación con la campesina y de nuevo tuvo que reconocer la gran parte de verdad que había en sus palabras.

—¿Nos acercamos ya, Mijaíl? —preguntó Dolli al cochero para desechar sus tristes ideas.

—Aún faltan siete *verstas* a partir del pueblo.

El vehículo atravesó un pequeño puente, donde varias segadoras, con la guadaña al hombro, se detuvieron para verla pasar; todos aquellos semblantes parecían alegres y contentos, llenos de vida y salud.

«Todos viven y disfrutan de la existencia —pensó Dolli, mientras el vehículo franqueaba una pendiente—; solo yo parezco una prisionera a quien se ha puesto momentáneamente en libertad. Mi hermana Natalia, Váreñka, Anna, todas esas mujeres saben lo que es la existencia, pero yo lo ignoro. ¿Y por qué acusan a Anna? Si yo no hubiese amado a mi esposo, habría hecho otro tanto. Ella ha querido vivir, esta es una necesidad que Dios nos ha puesto en el corazón. ¿No me arrepentí yo

misma de haber seguido sus consejos, en vez de separarme de mi esposo? ¿Quién sabe si hubiera podido comenzar la existencia de nuevo, amar y ser amada? ¿Es más decoroso lo que yo hago? Tolero a mi esposo porque lo necesito y nada más. Entonces tenía yo todavía alguna belleza.»

Dolli quiso buscar en su saco de viaje un espejito, pero se contuvo por temor de que la observaran los dos hombres que iban en el pescante. Sin necesidad de contemplar su imagen, pensó que aún podría agradar, recordando la amabilidad de Serguiei Ivánovich, la abnegación del bueno de Turovtsin, que por amor a ella le ayudó a cuidar de sus hijos cuando estaban enfermos; y las atenciones de cierto joven que habían inducido a su esposo a darle broma sobre su asiduidad.

«Anna ha tenido razón —pensó—, porque ahora es feliz, y ha hecho dichoso al hombre que la ama; siempre bella y elegante, suscita ahora tanto interés como en otros tiempos.» Una sonrisa entreabrió los labios de Dolli, que forjaba en su imaginación una novela semejante a la de Anna, figurándose que era la heroína; se representaba el momento en que confesaba todo a su marido, y comenzó a reír al pensar cuál sería el asombro de Stepán.

## XVII

**E**L cochero llamó a uno de los campesinos, que estaban sentados en el lindero de un campo de centeno.

—¡Acércate un poco, bergante! —le gritó.

El aldeano a quien se dirigía era un viejecillo encorvado que llevaba el cabello sujeto alrededor de la cabeza con una tira de cuero.

—¿Dónde está la mansión señorial del conde Vronski? —preguntó el cochero.

—Siga usted el primer camino a la izquierda, y llegará a la avenida que conduce a la casa. ¿Pregunta usted por el mismo conde?

—¿Están en su casa, amigo mío? —preguntó Dolli, sin atreverse a citar el nombre de Anna.

—Deben de estar, porque todos los días viene gente —contestó el viejecillo, deseoso de prolongar la conversación—. ¿Y quiénes son ustedes?

—Nosotros venimos de lejos —contestó el cochero—. ¿Conque estamos cerca?

Y ya iba a continuar su marcha, cuando oyeron varias voces que gritaban.

—¡Alto, alto, ya están aquí ellos mismos!

Cuatro jinetes y un tílburí avanzaban por el camino.

Eran Vronski, Anna, Veslovski y el yóquey; la princesa Varvara y Sviyazhski seguían en coche, y todos habían ido para ver funcionar una segadora de vapor.

Anna, cuya linda cabeza cubría un sombrero de hombre, del cual se escapaban los rizos de su cabello negro, montaba con soltura un potro inglés. Dolli, escandalizada al verla a caballo, porque juzgaba que esto era una coquetería inconveniente, dada la falsa posición de Anna, quedó tan seducida al ver su sencillez que todas sus prevenciones se desvanecieron. Veslovski iba al lado de Anna en un fogoso caballo, y Dolli no pudo reprimir una sonrisa al verla; Vronski avanzaba detrás, montando un caballo bayo de pura sangre, y el yóquey cerraba la marcha.

El rostro de Anna se iluminó al reconocer a Dolli en el fondo del carruaje, y profirió una exclamación de alegría, lanzó su caballo al galope, saltó ligeramente a tierra sin ayuda de nadie, al ver que su amiga se apeaba, y corrió al encuentro de ella, recogiendo la cola de su vestido.

—¡Dolli, qué inesperada felicidad! —exclamó abrazando a la viajera y mirándola con una sonrisa de agradecimiento—. No puedes imaginarte cuánto bien me haces. ¡Qué dicha! —añadió, volviéndose hacia el coche.

Vronski se acercó, descubriéndose cortésmente.

—Nos complace en alto grado la visita de usted —dijo con un acento particular de satisfacción.

Váseñka agitó su gorra escocesa sin desmontar.

—Es la princesa Varvara —dijo Anna, contestando a una mirada interrogadora de

Dolli al ver el tálburi.

—¡Ah! —exclamó, tomando cierta expresión de descontento.

La princesa Varvara, una tía de su esposo, no gozaba de la consideración de la familia; su afición al lujo la había puesto bajo la dependencia humillante de parientes ricos, y solo por la fortuna de Vronski había buscado amistad con Anna. Esta última observó la desaprobación de Dolli, y no pudo menos de ruborizarse.

El cambio de cumplido entre Daria Alexándrovna y la princesa fue bastante frío; Sviyazhski preguntó por su amigo Lievin, el original, y por su joven esposa; y después de dirigir una mirada al vetusto coche vacío, ofreció el tálburi a las damas.

—Tomaré este vehículo para volver —dijo—, y la princesa lo llevará, pues sabe conducir muy bien.

—No —replicó Anna—, quédese usted donde está y yo iré con Dolli.

Jamás Daria Alexándrovna había visto un tren tan brillante; pero lo que más la admiró fue la especie de transfiguración de Anna, que tal vez no hubieran notado ojos menos cariñosos y observadores que los suyos; para ella, en Anna resplandecía el brillo de esa belleza pasajera, por la cual la mujer tiene la certidumbre de ser amada; toda su persona, desde los hoyuelos de sus mejillas y el pliegue de sus labios hasta el sonido de su voz, respiraba una seducción que la misma Anna no desconocía.

Las dos mujeres experimentaron un momento de timidez cuando estuvieron solas; Anna sentía, sin verla, la mirada interrogadora de Dolli, mientras que esta última, recordando la reflexión de Sviyazhski, estaba confusa por la pobreza de su carruaje. Los hombres que iban en el pescante participaban de esta impresión; pero Filip, el cochero, resuelto a protestar, sonrió irónicamente al examinar el trotón negro del tálburi. «Ese cuadrúpedo —pensó— podrá ser bueno para el paseo, pero no sería capaz de recorrer cuarenta *verstas* en un día de calor.»

Los campesinos abandonaron sus carros para contemplar el encuentro de los amigos.

—Me parece que se alegran mucho de verse —observó el viejecillo.

—Mira esa mujer con pantalones —dijo otro, señalando a Veslovski, que montaba en silla de mujer.

—No, es un hombre.

—Muchachos, ¿no dormiremos más?

—No —contestó el anciano, mirando el cielo—; ha pasado ya la hora; vamos a trabajar.

## XVIII

**A**L observar Anna que Dolli parecía muy cansada y que iba cubierta de polvo, estuvo a punto de decirle que había enflaquecido; pero conociendo que era para su amiga objeto de admiración, se contuvo.

—Veo que me examinas —dijo a Dolli, dejando escapar un suspiro—, y sin duda te preguntas cómo puedo parecer feliz en mi posición. Confieso que lo soy de una manera imperdonable. Lo que ha pasado en mí tiene alguna cosa de encanto, pues he salido de mis miserias como se sale de una pesadilla. ¡Qué despertar, sobre todo desde que estamos aquí!

Y miró a Dolli con tímida sonrisa.

—Me complace oírte hablar así, y te doy la enhorabuena —contestó Daria Alexándrovna, más fríamente de lo que hubiera querido—. Pero ¿por qué no me has escrito?

—No he tenido valor.

—¿Aun tratándose de mí? Si supieras cuánto... —y Dolli iba a explicar sus reflexiones durante el viaje, cuando se le ocurrió que el momento no era oportuno—. Ya hablaremos más tarde —añadió—. ¿Qué agrupación de edificios es esa, semejante a una pequeña ciudad? —preguntó después, señalando unos tejados verdes y rojos que se divisaban a través de los árboles.

—Dime lo que piensas de mí —repuso Anna, sin contestar a la pregunta.

—Creo... —comenzó Daria Alexándrovna, pero en aquel instante Váseñka Veslovski pasó junto a ellas. Dolli pensó de nuevo que el coche no era el lugar apropiado para aquella conversación. Y se limitó a decir—: No pienso en nada; te estimo y siempre te estimaré; cuando se ama a una persona, se la quiere tal como es y no como se la desearía.

Anna apartó la vista y cerró los ojos a medias —Dolli no había conocido ante ella esa costumbre— como para reflexionar mejor sobre el sentido de estas palabras.

—Si tuvieras pecados, se te dispensarían por tus visitas y tus buenas palabras —dijo Anna, interpretando favorablemente la contestación de su cuñada, y fijando en ella sus ojos llenos de lágrimas.

Dolli estrechó su mano silenciosamente.

—Esos tejados son los de las dependencias de las cuadras —contestó Anna a una segunda pregunta de la viajera—; y ahí comienza el parque. A Vronski le gusta mucho esta propiedad, que estaba muy abandonada, y con gran asombro mío, ahora se aficiona a la agronomía. ¡Qué notables disposiciones las tuyas! Se distingue en cuanto emprende. Será un agrónomo de primer orden, económico, casi avaro, aunque solo en agricultura, pues ya no cuenta cuando se trata de gastar en otros objetos miles de rublos. ¿Ves ese gran edificio? Es un hospital. Le ha costado más de cien mil



rublos. ¿Y sabes por qué lo mandó construir? —añadió, con la sonrisa de una mujer que habla de las debilidades de un hombre amado—. Pues solo porque lo acusé de avaro a consecuencia de una disputa con varios campesinos que reclamaban una pradera. El hospital está ahí para probarme la injusticia de mi acusación; será una pequeñez, si quieres; pero yo no lo aprecio menos. Ahí verás también la mansión; data de su abuelo, y no se ha cambiado nada exteriormente.

—¡Es magnífico! —exclamó involuntariamente Dolli al contemplar el edificio, adornado con columnas y circundado de árboles seculares.

—¿Verdad que es hermoso? Desde el primer piso la vista es magnífica.

El coche rodó sobre la fina arena del patio de honor, adornado con arbustos, que varios obreros rodeaban en aquel momento de piedras toscamente cortadas, y se detuvo bajo un peristilo cubierto.

—Esos señores han llegado ya —dijo Anna, al ver que traían los caballos de silla—. ¿No te parece que son hermosos animales? Ahí tienes mi favorito... ¿Dónde está el conde? —preguntó a dos lacayos con librea—. ¡Ah! míralos ahí —añadió, al ver a Vronski y Veslovski que iban a su encuentro.

—¿Dónde alojaremos a la princesa? —preguntó Vronski, volviéndose hacia Anna, después de besar la mano de Dolli—. ¿En la cámara del balcón?

—¡No! Es demasiado lejos; me parece mejor la cámara del ángulo, porque así estaremos próximas una a otra. Bueno, vamos —dijo Anna mientras daba azúcar a su caballo favorito—. *Et vous oubliez votre devoir* —se dirigió a Veslovski.

—*Pardon, j'en ai tout plein les poches* —respondió sonriente Veslovski e introdujo los dedos en el bolsillo del chaleco.

—*Mais vous venez trop tard* —dijo Anna secándose la mano después de dar azúcar al caballo—. ¿Supongo que permanecerás algún tiempo con nosotros? —añadió, dirigiéndose a Dolli—. ¿Un solo día? Es imposible.

—Lo he prometido a causa de los niños —contestó Dolli, avergonzada del mezquino aspecto de su saco de viaje y del polvo que cubría su ropa.

—¡Oh!, es imposible, querida Dolli; pero, en fin, ya hablaremos de eso. Ahora subamos a tu cuarto.

La habitación que se le destinaba, con excusas de que no fuera la de honor, tenía un lujoso mobiliario, que recordó a Dolli el de los más suntuosos hoteles del extranjero.

—¡Qué dichosa soy al verte aquí, querida amiga! —repitió Anna, sentándose junto a Dolli con su traje de amazona—. Háblame de tus hijos; Tania debe de ser ya una mujercita.

—Sí, sí —replicó Dolli, admirada de hablar tan fríamente de los niños—. Todos estamos en casa de Lievin, y a la verdad muy contentos.

—Si hubiera sabido que no me despreciabais, habría rogado que vinierais aquí; tu

esposo es un antiguo amigo de Alexiúi —añadió Anna, ruborizándose.

—Sí, pero allí estamos perfectamente —contestó Dolli, algo confusa.

—La felicidad de verte me hace desatinar —dijo Anna, abrazando a su amiga tiernamente—; pero prométeme ser franca y no ocultarme nada de lo que piensas sobre mí, ahora que ves el género de vida que hago. No tengo otra idea sino la de no hacer daño a nadie más que a mí misma, y creo que esto me será permitido. Hablaremos despacio sobre el particular ahora voy a cambiar de traje, y te enviaré la doncella.

## XIX

**U**NA vez sola, Dolli examinó la habitación como mujer que conocía el precio de las cosas; jamás había visto un lujo comparable con el que observaba desde el encuentro con su amiga, solo por la lectura de las novelas inglesa; recordaba que se vivía así en Inglaterra; pero en Rusia, y sobre todo en el campo, no se encontraba nada análogo en ninguna parte. El lecho tenía somier elástico; la mesa-tocador, tabla de mármol del más fino; las figuras de bronce de la chimenea, los tapices, las alfombras, los cortinajes, todo era nuevo y de la más refinada elegancia.

La doncella que se presentó para ofrecer sus servicios vestía mucho mejor que Dolli, lo cual no pudo menos de avergonzarle al presentarse ante ella con el raído saco de viaje y sus menudencias de tocador, sin contar una camiseta de dormir algo remendada. Estas composturas tenían para Dolli su mérito, porque representaban una pequeña economía, pero la humillaron a los ojos de aquella brillante camarera. Por fortuna, Anna la llamó en el mismo instante, y, con gran satisfacción de Dolli, en lugar de ella se presentó Ánnushka, la antigua doncella de Anna, que la había acompañado en otro tiempo a Moscú. Ánnushka, muy contenta al ver a Daria Alexándrovna, charló tanto como pudo sobre su ama y la ternura del conde, a pesar de los esfuerzos que Dolli hacía para cambiar de conversación.

—Me he criado con Anna Arkádievna —decía—, y la amo más que a todo el mundo; no me toca a mí juzgarla, y el conde es su marido...

La entrada de Anna, que se había puesto un vestido de batista de costosa sencillez, puso término a estas confidencias; Anna, dueña ya de sí misma, parecía escudarse con un tono tranquilo e indiferente.

—¿Cómo sigue tu niña? —preguntó Dolli.

—Muy bien. ¿Quieres verla? No hemos tenido pocos trabajos con su nodriza italiana; buena mujer, pero muy estúpida. Sin embargo, como la pequeña se ha encariñado con ella, ha sido forzoso conservarla.

—Pero ¿qué has hecho... —comenzó a decir Dolli, queriendo preguntar el nombre de la niña; mas se detuvo al ver que el rostro de Anna cambiaba de expresión—. ¿La has criado?

—No es eso lo que ibas a decir —replicó Anna, comprendiendo la reticencia de Dolli—; tú pensabas seguramente en el nombre de la niña. El tormento de Alexiéi es que no tenga otros más que el de Karenin —al decir esto cerró los ojos a medias, nueva costumbre que Dolli no conocía—. En fin, ya hablaremos de eso después.

La «habitación de los niños», espaciosa y con buena luz, se había arreglado con el mismo lujo que el resto de la casa; allí se veían los procedimientos más nuevos para enseñar a los niños a trepar y andar, bañera, balancines y cochecitos; todo era nuevo, de origen inglés y evidentemente muy costoso.

La niña, en camisa, sentada en un sillón, servida por una muchacha de servicio rusa, comía en aquel momento una sopa, con la que había manchado todo el babero; ni el aya ni la nodriza estaban presentes, pero se oía en la habitación contigua la jerga francesa que les servía para comprenderse.

El aya inglesa se presentó al oír la voz de Anna, excusándose de mil maneras, aunque no se le dirigía ninguna reprensión; era una mujer alta, de cabello rubio y malencarada; la expresión de su fisonomía desagradó a Dolli, desde luego; a cada palabra de Anna contestaba: «*Yes, lady*».

En cuanto a la niña, su cabello negro, su aspecto de salud y su manera de arrastrarse sedujeron a Daria Alexándrovna; sus bonitos ojos miraban con aire satisfecho a las espectadoras, como para demostrar que era sensible a su admiración; y sirviéndose de pies y manos, avanzaba resueltamente hacia ellas, semejante a un bonito animal.

Pero la atmósfera de aquella habitación tenía algo desagradable. ¿Cómo podía Anna conservar a su lado un aya de tan poco atractivo exterior? ¿Sería porque ninguna otra más conveniente había consentido en servir a una familia irregular? Dolli creyó reconocer también que Anna era casi una forastera en aquel sitio; no vio ninguno de los juguetes de la niña, y, cosa singular, la madre no sabía cuántos dientes le habían salido ya.

—Me creo inútil aquí —dijo Anna al salir, levantando la cola de su vestido para no engancharse en algún objeto—. ¡Qué diferencia con el mayor!

—Yo hubiera creído, por el contrario... —comenzó a decir Dolli, tímidamente.

—¡Oh, no! ¿No sabes que volví a ver a Seriozha? —dijo Anna, mirando a lo lejos, cual si buscara alguna cosa en el horizonte—. Estoy como una criatura que se muere de hambre, o que hallándose en un festín no supiera por dónde comenzar. Tú eres ese festín para mí. ¿Con quién sino contigo podría hablar yo con toda franqueza? *Mais je ne vous ferai grâce de rien*. Por lo mismo no te ocultaré nada cuando podamos hablar tranquilamente, y por ahora te haré un bosquejo de la sociedad que encontrarás aquí. Por lo pronto, la princesa Varvara; ya conozco tu opinión y la de Stepán Arkádich respecto a ella, pero debo decirte que tiene algo bueno, y te aseguro que le estoy muy agradecida, pues me ha servido de mucho en San Petersburgo, donde me vi rodeada de dificultades a causa de mi posición. Pero hablemos de los demás; ya conoces a Sviyazhski, el mariscal de distrito; este necesita a Alexiéi, que con su fortuna puede adquirir mucha influencia si vivimos en el campo; tenemos también a Tushkevich, a quien has visto en casa de Betsi, y que ha recibido su licencia; como dice Alexiei, es un hombre muy agradable si se le toma por lo que quiere parecer, y la princesa le tiene por un hombre *comme il faut*; y, por último, tenemos como huésped a Veslovski, a quien ya conoces, y que nos ha referido una historia inverosímil de Lievin —añadió Anna, sonriendo—; es un muchacho muy

galante e ingenuo. Deseo conservar esta sociedad, porque los hombres necesitan distraerse, y porque a Vronski le conviene un público, a fin de que no tenga tiempo de desear otra cosa. Se me olvidaba decirte que también encontrarás aquí al intendente, un alemán que entiende bien su negocio; al arquitecto y al doctor; este último, no es que sea un nihilista consumado, pero come con cuchillo... *Une petite cour.*

VAMOS, aquí tiene usted a esa Dolli que tanto deseaba ver —dijo Anna a la princesa Varvara, sentada ante un bastidor en el terrado que se comunicaba con el jardín por una escalera—; no quiere tomar ni un bocado antes de comer, pero tal vez conseguirá usted que almuerce mientras yo voy a buscar a esos señores.

La princesa acogió a Dolli benévolamente, con cierto aire protector, y le explicó al punto las razones que había tenido para prestar su auxilio a Anna, a quien siempre amó más, que su propia hermana, Katerina Pávlovna, la que crió a Karénina, en aquel periodo transitorio de su vida tan aflictivo y penoso.

—Apenas su esposo haya consentido en el divorcio —dijo la princesa—, me retiraré a mi soledad; pero ahora, por sensible que sea, me quedo y no imito a las otras —indicaba con esta palabra a la hermana y a la tía que educaron a Anna, y con las cuales estaba en continua rivalidad—. Vronski y Anna viven como unos esposos perfectos; Dios será quien los juzgue y no nosotros. ¿Y Biriuzovski y Aviénieva? Y Nikándrov, Vasíliev y Mamónova, y Liza Neptunova... Y no pasó nada. Todos acabaron por recibirlos. Además, *c'est un intérieur si joli, si comme il faut. Tout-à-fait à l'anglaise. On se réunit le matin au breakfast et puis on se sépare.* Cada cual hace lo que se le antoja, hasta que llega la hora de comer. Stepán Arkádich ha hecho muy bien en dejarte venir, y le convendrá mucho mantenerse en buena inteligencia con ellos. El conde tiene bastante influencia debido a su madre y su hermano, y además tiene fama de generoso. ¿Te han hablado del hospital? Será admirable; todo viene de París.

Esta conversación fue interrumpida por Anna, que volvió al terrado seguida de los caballeros, a quienes halló en la sala de billar.

El tiempo estaba magnífico; no faltaban medios de divertirse, y aún faltaban algunas horas para que llegase la de comer.

—Vamos a jugar a los bolos —dijo Veslovski.

—Hace mucho calor; mejor será dar una vuelta por el parque para que Daria Alexándrovna pueda pasear en la lancha y ver el paisaje —replicó Vronski.

Veslovski y Tushkiévich fueron a preparar la barca, y las dos señoras, acompañadas del conde y de Sviyazhski, siguieron paseando por el parque.

Dolli, lejos de censurarla, se mostraba dispuesta, en teoría, a aprobar su conducta, y como acontece a las mujeres irreprochables a quienes la uniformidad de su vida cansa algunas veces, envidiaba un poco aquella existencia culpable, entrevista desde lejos; pero transportada a aquel centro extraño, donde observaba costumbres de refinada elegancia, desconocidas para ella, experimentó un verdadero malestar. Aunque dispensase a su amiga, a quien amaba sinceramente, la presencia de aquel que la había inducido a faltar a sus deberes la ofendía, y la complicidad de la princesa

Varvara, que lo perdonaba todo para participar del lujo de su sobrina, le parecía odiosa. Además de esto, en ningún tiempo le había sido Vronski simpático; lo creía orgulloso, y en su concepto solo la riqueza podía justificar su vanidad. A pesar de todo, se imponía como amo de la casa, y Dolli se creía humillada en su presencia como delante de la camarera al sacar su camisola remendada. No atreviéndose a dirigirle un cumplido trivial sobre la belleza de su domicilio, no encontraba asunto alguno para entablar conversación, y a falta de otra cosa mejor, se permitía hacer algunos elogios sobre el aspecto de la mansión.

—La arquitectura es de buen estilo —dijo el conde.

—¿Estaba trazado del mismo modo en otro tiempo el patio de honor?

—No. ¡Si le hubiera usted visto en la primavera!

Y poco a poco, al principio fríamente y después con entusiasmo, mostró a Dolli los embellecimientos de que había sido autor: los elogios de su interlocutora lo complacieron visiblemente.

—Si no está usted cansada —dijo, mirando a Dolli para asegurarse de que la proposición no la enojaba—, podremos llegar al hospital. ¿Quieres tú, Anna?

—Ciertamente; pero no debemos dejar a esos señores aburriéndose en la barca, es preciso avisarlos. Ese monumento —añadió, dirigiéndose a Dolli— se ha erigido para gloria suya.

—Es una fundación magnífica —dijo Sviyazhski; y para que esto no pareciese lisonja, añadió—: Me extraña que ocupándose tanto de la cuestión sanitaria, no haya pensado usted nunca en la de las escuelas.

—Es porque ha llegado a ser demasiado común —contestó Vronski— y porque además me ha seducido... Por aquí, señora —añadió, dirigiéndose a una senda lateral.

Al salir del jardín, Dolli se encontró ante un gran edificio de ladrillo rojo y de estilo arquitectónico bastante complicado, cuyo techo brillaba a la luz del sol; junto a este edificio se elevaba otra construcción.

—La obra avanza rápidamente —observó Sviyazhski—; la última vez que vine aún no se había puesto el tejado.

—Todo terminará en el otoño, pues el interior está casi concluido —dijo Anna.

—¿Qué construyen ustedes nuevo?

—Alojamiento para el médico y una farmacia —contestó Vronski.

Y al ver que el arquitecto se acercaba, fue a reunirse con él después de excusarse con las señoras. Terminado el diálogo, invitó a Dolli a visitar el interior del edificio.

Una amplia escalera de hierro fundido conducía al primer piso, cuyas grandes habitaciones recibían la luz por inmensas ventanas; las paredes eran de estuco y aún faltaba embaldosar el suelo.

Vronski explicó la distribución de las habitaciones, el sistema de ventilación y de

calefacción; hizo admirar a los visitantes las bañeras de mármol, las camas, las camillas para transportar enfermos y los sillones con ruedas. Sviyazhski, y sobre todo Dolli, admirada de cuanto veía, hacían numerosas preguntas y no disimulaban su asombro.

—Este hospital será en su género el único en Rusia —dijo Sviyazhski, muy capaz de apreciar los perfeccionamientos introducidos por el conde.

Dolli se interesó en todo; y Vronski, satisfecho de la aprobación que se le manifestaba y sinceramente animado, le produjo la mejor impresión. «Es verdaderamente bueno y digno de ser amado —pensó—, y ahora comprendo a Anna.»



## XXI

**L**A princesa debe de estar rendida, y sin duda los caballos no le interesan mucho —dijo Vronski a Anna, que proponía enseñar a Dolli la yeguada en la cual Sviyazhski quería ver cierto potro—. Vayan ustedes —añadió—; yo acompañaré a la princesa, y si me lo permite hablaremos un poco en el camino.

—Con mucho gusto, porque yo no entiendo nada de caballos —contestó Dolli extrañada, comprendiendo, por la fisonomía de Vronski, que este deseaba hablarle en particular.

Efectivamente, cuando Anna se hubo alejado, el conde mirando fijamente a Dolli con expresión risueña, le dijo:

—Supongo que no me engaño al considerar a usted como una sincera amiga de Anna.

Y al decir esto, se descubrió para enjugar su frente.

Dolli miró con cierta inquietud a su interlocutor. ¿Iba a solicitar acaso que fuera a vivir con sus hijos en compañía de Anna, a fin de formar para ella un círculo cuando fuese a Moscú? ¿Se propondría hablarle de Kiti o de Veslovski?

—Anna —dijo Vronski— profesa a usted el más tierno cariño, y yo quisiera que usted me prestase el apoyo de su influencia sobre ella —Dolli observó con timidez, sin contestar, la expresión grave y enérgica de Vronski—. Si de todas las amigas de Anna usted es la única que ha venido a verla, y advierta que no cuento a la princesa Varvara, harto comprendo que no es porque juzgue normal nuestra posición, sino porque ama lo bastante a su amiga para procurar que su situación sea más llevadera. ¿Tengo razón?

—Sí, pero...

—Nadie se resiente tanto como yo de las dificultades de nuestra vida —continuó Vronski, deteniéndose y obligando a Dolli a que hiciera lo mismo—, y creo que usted lo comprenderá fácilmente si me hace el honor de ver en mí a un hombre de corazón. Soy la causa de esa situación y por ello la comprendo bien.

—Ciertamente; pero no exagere usted esas dificultades —dijo Dolli, conmovida al ver la sinceridad con que su interlocutor le hablaba—; en el mundo puede ser esto penoso...

—¡Es más: es un infierno! Usted no puede imaginarse los tormentos morales que Anna ha sufrido en San Petersburgo.

—Pero no aquí; y puesto que ni ella ni usted necesitan la vida mundana...

—¿Para qué podría quererla yo? —interrumpió Vronski con desdén.

—Usted puede prescindir de ella ahora y tal vez siempre; y en cuanto a Anna, según lo que me ha dicho, se considera del todo feliz.

Así diciendo, Dolli pensó que tal vez su amiga no había sido franca con ella.

—Sí —repuso Vronski—; pero ¿durará esa felicidad? Perdona, ¿quizá prefiera pasear?

—No, me es igual.

—Pues sentémonos aquí.

Daria Alexándrovna se sentó en un banco en un rincón del paseo. Vronski quedó de pie ante ella.

—Yo temo lo que nos espera en el porvenir. ¿Hemos obrado bien o mal?... De todos modos, ya está echada la suerte —dijo pasando al francés—, y nos hemos unido para toda la vida; ya hay de por medio una criatura y podría haber otra, para las cuales la ley reserva rigores que Anna no quiere prever, porque después de haber sufrido tanto, necesita tranquilidad. En fin, mi hija es de Karenin —añadió Vronski, fijando en Dolli una mirada interrogadora y sombría. Daria Alexándrovna callaba—. Si nace mañana un hijo —continuó el conde—, siempre será un Karenin, sin derecho para heredar mi nombre ni mis bienes. ¿No comprende usted que esta idea ha de ser odiosa para mí. Pues bien, Anna no quiere entender nada de esto, porque se irrita..., y vea usted lo que resulta. Estoy feliz con su amor, pero necesito hacer algo. Tengo aquí un objeto que me interesa y me sirve para ejercer mi actividad, la considero más digna que las de mis ex compañeros en la corte y en el servicio, y esto me enorgullece. Sin duda alguna, a estas alturas no me cambiaría por ellos. Trabajo aquí, sin moverme del sitio, estoy contento y no necesitamos nada más para ser felices. Esto me agrada. *Cela n'est pas un pis aller*, por el contrario...

Dolli observó que al llegar a aquel punto Vronski comenzó a confundirse y ella no veía claramente la causa de ello. Pero sentía la necesidad de Vronski de hablar de aquellos problemas íntimos que no podía contar a Anna. Sus actividades en la finca estaban en el mismo apartado de problemas íntimos que sus relaciones con Anna.

—Continúo —dijo Vronski volviendo en sí—. Para trabajar con entera convicción, he de hacer algo para los otros, no para mí solo; y desgraciadamente no me es dado tener sucesores. ¿Imagina usted cuáles serán los sentimientos de un hombre cuando sabe que sus hijos y los de la mujer a quien ama no le pertenecen, y que tienen por padre a una persona que, aborreciéndolos, no querrá reconocerlos nunca? ¿No le parece a usted esto terrible?

Vronski enmudeció, poseído de profunda emoción.

—Lo comprendo. Pero ¿qué puede hacer Anna?

—He aquí el punto principal de que se trata —repuso el conde, tratando de recobrar la serenidad—. Anna puede obtener el divorcio; Stepán Arkádich había inducido ya a Karenin a consentir en él, y yo sé que no rehusaría, ni aun ahora, si Anna le escribiese. Esta condición es evidentemente una de estas crueldades farisaicas de que solo son capaces los hombres sin corazón, porque sabe el tormento que impone; pero es preciso *passer pardessus toutes les finesses de sentiments il y va*

*du bonheur et de l'existence d'Anne y de ses enfants*; sin hablar de mí. Ya sabe usted ahora, princesa, por qué me dirijo a usted, como a una amiga que puede salvarnos, para que me ayude a persuadir a Anna de la necesidad de pedir el divorcio.

—Lo haré con mucho gusto —contestó Dolli pensativa, recordando su conversación con Karenin—. Con mucho gusto—repitió enérgicamente al recordar a Anna.

—Procure convencerla de que lo haga. No quiero, ni puedo hablarle de este tema.

—Sí, lo intentaré. Pero ¿cómo no se le ocurre a ella?

Y de pronto recordó aquella nueva costumbre de Anna de cerrar a medias los ojos, y le pareció que esto era debido a sus preocupaciones íntimas y a sus esfuerzos para desechar, o cuando menos, no recordar cosa alguna por lo que tenía a la vista.

—Sí, seguramente le hablaré —repitió Dolli, contestando a la mirada agradecida de Vronski.

Y ambos se dirigieron hacia la casa.

## XXII

**S**E va a servir la comida y apenas nos hemos visto —dijo Anna al entrar, esforzándose para leer en los ojos de Dolli lo que había pasado entre ella y Vronski—. Cuento con esta noche; y por lo pronto es preciso ir a cambiar de traje, porque nos hemos manchado al visitar el hospital.

Dolli sonrió, pues no llevaba más que el vestido puesto; mas a fin de hacer un cambio cualquiera en su tocado, se puso un lazo de cinta sobre el pecho y una blonda en la cabeza, y se cepilló un poco.

—Es todo cuanto puedo hacer —dijo sonriendo a Anna, cuando esta fue a buscarla, después de cambiar de vestido por tercera vez.

—Aquí somos muy formalistas —dijo esta última para excusar su elegancia—. Alexiéi está contentísimo por tu llegada, y hasta creo que se ha enamorado de ti.

Al entrar en el salón, ya encontraron allí a la princesa Varvara y a los hombres, con levitas negras todos, excepto el arquitecto, que iba de frac.

Vronski presentó a Dolli al encargado de su finca y también al arquitecto, aunque ya se lo había presentado durante la visita al hospital.

Deslumbrante con su oronda y afeitada cara, su cuello y su camisa almidonados y el lacito de su corbata blanca, el grueso mayordomo anunció que la comida estaba servida; y todos se dirigieron al comedor.

Vronski pidió a Sviyazhski que diese su brazo a Anna Arkádievna y él se acercó a Dolli. Veslovski, adelantándose a Tushkevich, ofreció el brazo a la princesa Varvara; así que Tushkevich, el encargado de la finca y el doctor no tuvieron pareja y entraron solos.

La comida, el comedor, vajilla, criados, vino y viantes, no solamente estaban en armonía con el tono lujoso general de la casa, sino que aun parecían más ricos y nuevos.

Daria Alexándrovna observaba este lujo, tan nuevo para ella, y, como dueña de una casa, aunque no tenía esperanza de aplicar algún día nada de lo que veía a la suya propia —aquel lujo estaba tan lejos de su modo de vivir— involuntariamente entraba en todos los detalles y se preguntaba quién y cómo lo había hecho. Váseñka Veslovski, su marido, incluso Sviyazhski y otros hombres que ella conocía, jamás pensaban en estas cosas e incluso creían que cualquier buen dueño daría a entender a sus invitados que no les había costado trabajo alguno organizarlo, que todo se había hecho como por sí mismo. Y Daria Alexándrovna sabía bien que por sí mismas no se hacen ni las más sencillas papillas para los niños; se decía que, por tanto, para que en aquella comida tan complicada y maravillosa estuviera todo tan bien dispuesto, alguien debía de haber puesto en ello muy aplicada atención. Y por la mirada con que Vronski revisó la mesa e hizo señal al mayordomo para comenzar a servir, y la

manera en que la invitó a ella a elegir entre el potaje de verdura y la sopa, Dolli comprendió que todo aquello se hacía y mantenía por los cuidados del mismo dueño. De Anna no dependía más que de Veslovski. Ella, Veslovski o Sviyazhski, o la princesa Varvara, todos no eran allí más que invitados que, sin preocupación alguna, alegremente, gozaban de lo que otro había preparado para ellos. Anna, cuidándose solo de la conversación, desempeñaba este cometido con su tacto habitual, y siempre tenía alguna palabra para cada uno, cosa difícil cuando los convidados pertenecen a distintas clases.

Después de tratar superficialmente diversas cuestiones en las que no participaban ni el doctor, ni el archirecto, ni el encargado, sumidos en un silencio profundo, la conversación siguió igual de animada, deslizante y a veces hasta punzante para los participantes. En una ocasión Dolli se sintió incomoda, empezó a discutir, incluso se llegó a calentar; y después se quedó recordando si había dicho algo inconveniente o desagradable. Sviyazhski habló de Levin con sus ideas absurdas que las máquinas no podrían servir para la agricultura en Rusia.

—No he tenido el gusto de conocerlo —dijo Vronski sonriendo—. Tal vez el señor Levin no haya conocido nunca las máquinas que critica, pues de otro modo no me explico su juicio sobre el asunto ni su punto de vista.

—Será un punto de vista turco —añadió Veslovski sonriendo a Anna.

—Yo no sabría defender opiniones que no conozco —replicó Dolli, muy sonrojada—; pero sí puedo aseguráros que Lievin es hombre muy ilustrado, y que le sería fácil explicar sus ideas si se hallase aquí.

—¡Oh!, nosotros somos muy buenos amigos —repuso Sviyazhski, sonriendo—; pero Lievin está un poco raro... los jueces de paz y el *zemstvo*, ni quiere asistir a las juntas.

—¡He ahí una prueba de la indiferencia rusa! —exclamó Vronski—. Antes de tomarnos la molestia de comprender nuestros deberes que nos otorgan nuestros derechos, nos parece más sencillo negarlos.

—No conozco hombre que cumpla más estrictamente los suyos —repuso Dolli, irritada por el tono de superioridad del conde.

—En cuanto a mí, agradezco mucho el honor que se me dispensa, gracias a Nikolái Ivánovich Sviyazhski, eligiéndome juez de paz honorario —replicó Vronski—. El deber de juzgar los asuntos de un campesino me parece tan importante como cualquier otro; y esta es mi única manera de pagar a la sociedad los privilegios de que disfruto como propietario.

Dolli comparó la seguridad de Vronski con las dudas de Lievin sobre los mismos asuntos, y como amaba a este último, le dio en su pensamiento la razón.

—Supongo, pues —dijo Sviyazhski—, que podemos contar con usted para las elecciones, en cuyo caso sería tal vez prudente marchar antes del ocho. ¿Me honrará

usted con una visita, señor conde?

—Por lo que a mí hace —observó Anna—, opino como el señor Lievin, aunque tal vez por motivos diferentes; los deberes públicos se multiplican, a mi modo de ver, con exageración. Hace solo seis meses que estamos aquí, y Alexiéi forma ya parte de la tutela, del jurado, de la municipalidad y no sé qué más; y allí donde las funciones se acumulan de este modo, deben llegar a ser forzosamente pura cuestión de forma. Seguramente tendrá usted veinte cargos distintos —añadió, volviéndose hacia Sviyazhski.

En aquel tono de broma de su amiga, Dolli reconoció un marcado enojo, y al ver la expresión resuelta de la fisonomía del conde y el apresuramiento de la princesa Varvara para cambiar al punto de conversación, comprendió que se tocaba un tema delicado.

La comida, el vino, el servicio —todo fue lujoso, pero... en los banquetes de ceremonia, pero un día como cualquiera, en una comida íntima, aquello le había parecido desagradable; después se pasó al terrado para jugar al *lawn-tennis*; Dolli renunció muy pronto, y para no demostrar que se aburría, aparentó interesarse en la partida de los demás: Vronski y Sviyazhski eran jugadores formales, pero Veslovski lo hacía muy mal, lo cual no le impedía reír a carcajadas y proferir gritos; y su familiaridad con Anna desagradó a Dolli, para quien aquella escena tenía un ridículo carácter infantil. Se apoderaba de ella el vivo deseo de volver a ver a sus hijos y encargarse otra vez del gobierno de su casa, que tan desagradable le había parecido algunas horas antes. Por tanto, resolvió marchar a la mañana siguiente, aunque había ido con la intención de pasar allí dos días. Cuando entró en su cuarto, después de tomar el té y de haber dado un paseo en la barca experimentó un verdadero alivio al verse sola, y hubiera preferido no recibir la visita de Anna.

## XXIII

**E**N el momento en que iba a meterse en la cama, se abrió la puerta y Anna entró, vestida con un traje de noche blanco. En el curso del día, y cuando estuvieron a punto de abordar una cuestión íntima, ambas se habían dicho: «Más tarde, cuando nos hallemos solas»; y ahora les parecía que no tenían que decirse nada.

—¿Qué hace Kiti? —preguntó al fin Anna, sentándose y mirando a Dolli con expresión humilde—. Dime la verdad, ¿me guarda rencor?

—Nada de eso —contestó Dolli, sonriendo.

—¿Me odia o me desprecia?

—Tampoco; pero ya sabes que hay cosas que no se perdonan.

—Es verdad —replicó Anna, volviéndose hacia la ventana abierta—. ¿He tenido yo la culpa de todo eso? ¿A qué se llama ser culpable? ¿Podía él hacer otra cosa? ¿Crearás tú posible no ser esposa de Stepán Arkádich?

—No sé qué contestarte; pero tú...

—¿Es feliz Kiti? Me han asegurado que su esposo es un hombre excelente.

—Más aún, no conozco ninguno mejor.

—¡Qué bien, cómo me alegro! No hay mejor —repitió Anna.

Dolli sonrió.

—Pero cuéntame tus cosas —dijo Dolli—. He hablado con...

No sabía cómo llamar a Vronski, no podía referirse a él ni como conde, ni como Alexiúi Kirílovich.

—Con Alexiúi, sí, y ya sospecho cuál habrá sido vuestra conversación. Veamos, dime lo que piensas de mí y de mi vida.

—No puedo hacerlo así de pronto.

—Te es imposible juzgar con exactitud porque nos ves rodeados de gente, mientras que en la primavera no había aquí nadie. Para mí sería la suprema felicidad vivir los dos solos; pero temo que tome la costumbre de salir a menudo, y en tal caso, figúrate lo que sería la soledad para mí. ¡Oh!, ya sé lo que vas a decir —añadió, acercándose más a Dolli—; ciertamente no lo retendré aquí por la fuerza; pero hoy, por ejemplo, habrá carreras, mañana elecciones u otro cualquier asunto, y entretanto yo... ¿De qué habéis hablado?

—De un asunto del que ya te habría dicho alguna cosa sin que él me indicase nada, de la posibilidad de regular vuestra situación. Tú sabes mi manera de ver en esta cuestión; pero, en fin, más valdría el matrimonio.

—Es decir, el divorcio. Betsi Tverskaia —*au fond c'est la femme la plus dépravée qui existe*— me ha hecho la misma observación. Ella, el ser más ruin que cabe imaginarse, que engaña abiertamente a su marido con Tushkiévich, ha osado decirme que no puede verme mientras no legalice mi situación. ¡Ah.!, no creas que establezco

comparación entre vosotras. En fin, ¿qué ha dicho?

—Que sufre por ti y por él; si es egoísmo, proviene de un sentimiento de honor, pues el conde quisiera legitimar a su hija, ser tu esposo y tener derechos sobre ti.

—¿Qué mujer puede pertenecer a su marido más completamente que yo a él? ¡Soy su esclava!

—Pero él no quisiera verte sufrir.

—¿Es posible esto?...

—Y además, legitimar a sus hijos, darles su nombre.

—¿Qué hijos? —preguntó Anna, cerrando a medias los ojos.

—Ania y los que puedas tener.

—¡Oh!, puede estar tranquilo; ya no tendré más.

—¿Cómo puedes tú responder de esto?

—Porque yo no quiero tener más.

Y a pesar de su emoción, Anna sonrió al observar la expresión de asombro, de cándida curiosidad y de horror que se pintó en el rostro de Dolli.

—Después de mi enfermedad —añadió Anna—, el doctor me ha dicho...

—¡Es imposible! —exclamó Dolli, contemplando estupefacta a su amiga.

Lo que acababa de oír confundía todas sus ideas; y las deducciones que hizo fueron tales que muchos puntos misteriosos para ella hasta entonces se aclararon súbitamente. ¿No había soñado ella con alguna cosa análoga durante su viaje?... Y ahora la espantaba aquella respuesta, demasiado sencilla, a una pregunta espinosa.

—¿No es inmoral? —preguntó después de una pausa.

—¿Por qué? No olvides que puedo elegir entre estar embarazada, es decir, enferma, y la posibilidad de ser una compañera para mi esposo, pues como tal lo considero; si el punto es discutible para ti, no lo es para mí. Yo no soy su mujer sino en tanto que me ame, y ¿cómo quieres que mantenga ese amor? ¿Con esto? —Anna extendió sus brazos ante el vientre.

Dolli estaba entregada a las numerosas reflexiones que estas confidencias hacían nacer en su espíritu. «Yo no he tratado de retener a Stepán —pensó—; pero ¿ha conseguido su objeto la que me lo robó? Era joven y bonita, y esto no ha impedido que mi esposo la abandonase también. ¿Se dejará sujetar el conde por los medios de que Anna se sirva? ¿No encontrará cuando quiera una mujer más seductora aún?» Y Dolli suspiró profundamente.

—Tú dices que es inmoral —repuso Anna, comprendiendo que su amiga desaprobaba su conducta—; pero debes pensar que mis hijos no pueden ser más que desgraciadas criaturas, destinadas a sonrojarse cuando se trate de sus padres y de su nacimiento.

—Por eso debes pedir el divorcio.

Anna no escuchaba; quería llegar hasta el fin de su argumentación.



—Yo no debo procrear desgraciados; si no existen, no conocerán el infortunio; y si existen para sufrir, la responsabilidad recae sobre mí.

Eran los mismos argumentos con que Dolli intentaba convencerse a sí misma. «¿Cómo se podrá ser culpable con las criaturas que no existen?», pensaba Dolli, moviendo la cabeza para desechar la idea extraña y terrible de que tal vez le habría convenido más a Grisha no nacer.

—Te confieso que eso me parece mal —dijo Dolli, con expresión de disgusto.

—Piensa en la diferencia que hay entre nosotras dos: para ti no se trata más que de saber si deseas aún tener hijos, y para mí la cuestión es determinar si me está permitido tenerlos.

Dolli se calló, comprendiendo al punto el abismo que la separaba de su amiga; ciertas cuestiones no podrían ser ya discutidas entre las dos.

## XXIV

**R**AZÓN de más —dijo Dolli— para regularizar la situación, si es posible.

—Si es posible —contestó Anna, con un tono muy distinto de calma y de dulzura.

—Me han dicho que tu esposo consentía.

—Dolli, no hablemos de eso.

—Como quieras —contestó Dolli, sorprendida al notar la expresión de dolor que se pintó en las facciones de Anna—; pero me parece que ves las cosas demasiado negras.

—De ningún modo; soy feliz y estoy muy contenta; y hasta inspiro pasiones. ¿Te has fijado en Veslovski?

—El tono de ese joven me desagrada mucho —dijo Dolli para cambiar la conversación.

—¿Por qué? El amor propio de Alexiúi se despierta así; esto es todo, y yo hago de ese niño lo que quiero, como tú con Grisha. No, Dolli; no lo veo todo negro, pues trato de no ver nada, porque todo me parece terrible.

—Estás en un error; deberías hacer lo necesario.

—¿Casarme con Alexiúi? No creas que no pienso en ello; pero cuando esta idea se apodera de mí, creo volverme loca, y necesito la morfina para calmarme —dijo Anna, levantándose y recorriendo la habitación de un lado a otro—. En primer lugar, él no consentiría en el divorcio, porque se halla bajo la influencia de la condesa Lidia.

—Es preciso probar —dijo Dolli con dulzura, observando los movimientos de Anna con simpatía y compasión.

—Supongamos que hemos probado —siguió Anna—. ¿Qué significa esto? —dijo, repitiendo una idea sobre la cual había, evidentemente, reflexionado mil veces y que se sabía de memoria—. Esto significa que yo, aunque lo odio, reconozco, no obstante, mi culpa; que lo considero un hombre generoso y debo rebajarme para escribirle... Supongamos que, haciendo un esfuerzo, me decido a hacerlo. O bien recibiré una contestación humillante o su consentimiento... Pues bien, he recibido su consentimiento...

Anna estaba en este momento en el rincón más lejano de la habitación y se había detenido allí haciendo algo distraídamente con la cortina. ¿Y mi hijo? ¿Me lo devolverán? No; crecerá en casa de su padre, aprendiendo allí a despreciarme. ¿Concibes tú que yo ame, casi por igual, y más que a mí propia, a esos dos seres que se excluyen uno de otro, Seriozha y Alexiúi?

Anna salió al centro de la habitación y se paró delante de Dolli, oprimiéndose el pecho con las manos. Con el traje blanco su figura parecía especialmente ancha y alta. Ella inclinó la cabeza y estaba mirando de arriba abajo, con sus ojos brillando de

lágrimas, a Dolli, la pequeña, delgadita y miserable Dolli con su camisón remendado, Dolli, que estaba temblando de emoción.

—¡Solo a ellos amo en el mundo —continuó Anna—, y no puedo reunirlos! Lo demás me es indiferente. Esto acabará de un modo cualquiera, por eso no me gusta, no puedo hablar de ello. No me guardes rencor, no me juzgues. Con toda tu pureza no puedes ni imaginar cuánto me hace sufrir.

Pasado un momento, se sentó junto a Dolli, y cogió una de sus manos.

—No me desprecies —dijo—, porque no lo merezco; compadéceme, por el contrario, pues no hay mujer más desgraciada...

Y rompió a llorar...

Cuando Anna se hubo retirado, Dolli rezó sus oraciones y se acostó; compadecía con todo su corazón a Anna, mientras hablaban, pero ahora no podía obligarse a pensar en ella; sus pensamientos se fijaron involuntariamente en la casa y la familia, y nunca comprendió tan bien como entonces cuán caros y preciosos eran para ella los niños que la rodeaban. Por lo mismo resolvió no estar más tiempo alejada de ellos y ponerse en marcha al día siguiente.

Llegada a su gabinete, Anna cogió un vaso y vertió en él algunas gotas de una poción que contenía principalmente morfina; se calmó con esto y entró serena en su alcoba.

Vronski fijó en ella una mirada penetrante, buscando en su fisonomía algún indicio de la conversación que había tenido con Dolli; pero solo vio esa gracia seductora a cuyo encanto estaba sometido, y esperó a que hablase.

—Me alegro mucho de que Dolli te agrade —dijo Anna, sencillamente.

—Hace ya largo tiempo que la conocía; es una mujer excelente, aunque excesivamente *terre-à-terre*; aprecio mucho su visita.

Vronski miró a su amada con expresión interrogadora, cogiendo su mano; Anna sonrió y no quiso comprender aquella muda pregunta.

\* \* \*

A pesar de las reiteradas instancias de sus amigos, Dolli hizo al día siguiente sus preparativos de marcha, y el antiguo coche la esperó en el zaguán a la hora convenida.

Daria Alexándrovna se despidió fríamente de la princesa Varvara y de los caballeros; el día que pasaron juntos no había hecho nacer la menor intimidad entre ellos, y solo Anna estaba triste sabiendo que nadie vendría ya a despertar los sentimientos que Dolli agitó en su alma, los mejores que ella tenía y que muy pronto quedarían olvidados completamente.

Dolli respiró con toda libertad cuando estuvo en medio del campo, y deseosa de conocer las impresiones de los criados, iba a preguntarles, cuando Filip, el cochero,

volvió la cabeza y dijo:

—Aunque sean tan ricachones, no pecan de generosos, pues los caballos no han recibido más que tres medidas de avena, con lo cual tenían lo suficiente para no morir de hambre. No haríamos eso nosotros en casa.

—Es un señor avaro —dijo el tenedor de libros.

—Pero los caballos son hermosos.

—Eso sí, nada hay que decir, y también el alimento es bueno; mas no por eso he dejado de aburrirme, Daria Alexándrovna. ¿No le ha sucedido a usted lo mismo?

—Sí, amigo mío. ¿Crees que llegaremos esta noche?

—Preciso será.

Cuando Dolli encontró a sus hijos con buena salud, la impresión de su viaje fue más favorable; describió con animación el lujo y el buen gusto de la casa de Vronski, la cordialidad con que se la había recibido y no permitió ninguna observación crítica.

—Para comprenderlos es preciso verlos —dijo, olvidando el malestar que ella misma experimentó—; y yo sé ahora que son buenos.

VRONSKI y Anna permanecieron en el campo todo el verano y una parte del otoño sin dar paso alguno para regularizar su situación, pero resueltos a quedarse en casa: cuanto más tiempo se quedaban allí, particularmente solos en otoño, no iban a soportar aquella vida y tendrían que cambiarla. Al parecer, no les faltaba nada de lo que constituye la felicidad; eran ricos, jóvenes y gozaban de buena salud; tenían una hija; sus ocupaciones los agradaban, y, sin embargo, después de haberse marchado sus huéspedes, reconocieron que su género de vida debía sufrir alguna modificación.

Anna seguía cuidando mucho de su persona y de su tocado, leía de continuo y enviaba a pedir al extranjero las obras de valor citadas por las revistas. No se mostraba indiferente a ninguno de los asuntos que podían interesar a Vronski; dotada de excelente memoria, lo admiraba por sus conocimientos de agronomía y de arquitectura, tomados de libros o periódicos especializados, y acostumbraba a consultarlas sobre todas las cosas, incluso las referentes a la equitación o a la cría caballar. El interés que se tomaba en la instalación del hospital iba en aumento, y aportaba ideas personales que sabía muy bien hacer ejecutar. El objeto de su vida era agradar a Vronski, compensando lo que por ella había dejado; y él, conmovido por esta abnegación, sabía apreciarla también. Sin embargo, la atmósfera de ternura celosa con que lo rodeaba oprimió al fin a Vronski, haciéndole experimentar el deseo de obtener su independencia; le parecía que su felicidad hubiera sido completa si cada vez que deseaba salir de casa no hubiese tenido que luchar contra una viva oposición por parte de Anna.

Vronski se aficionaba cada vez más a sus funciones de gran propietario, y reconocía en sí las mejores disposiciones para la administración de sus bienes. Sabía descender a los detalles, defender obstinadamente sus intereses, escuchar e interrogar a su intendente alemán sin dejarse convencer por él cuando se trataba de hacer gastos exagerados, y aceptar a veces las innovaciones útiles, sobre todo cuando podían producir efecto; pero jamás traspasaba los límites que se había trazado. Gracias a esta prudencia, y a pesar de las considerables sumas que le costaban sus construcciones y otras mejoras, no comprometía su fortuna.

En la provincia de Kashin, donde estaban situadas las tierras de Vronski, de Sviyazhski, de Oblonski, de Koznyshov y, en parte, las de Lievin, debía reunirse en el mes de octubre una asamblea provincial, a fin de proceder a la elección de sus mariscales; y a causa de tomar parte en ella ciertas personas notables, llamaba la atención general. Se esperaba gente de Moscú, de San Petersburgo y hasta del extranjero; Vronski había prometido asistir también.

Había llegado el otoño, sombrío, lluvioso y singularmente triste en el campo.

La víspera de su marcha, el conde anunció con tono frío y breve que se ausentaba por algunos días, preparado como estaba para una lucha en la que tenía empeño de salir vencedor; mas no fue poca su sorpresa al ver que Anna recibía la noticia con mucha tranquilidad, contentándose con preguntar cuál sería con exactitud la fecha de regreso.

—Espero que no te aburrirás —dijo, observando la fisonomía de Anna y receloso de la facultad que tenía de concentrarse en sí completamente cuando adoptaba alguna resolución extrema.

—¡Oh, no! —contestó Anna—. Acabo de recibir una caja de libros de Moscú, y con esto me entretendré.

«Habría adoptado ahora un nuevo tono», pensó Vronski, y aparentó creer sinceramente lo que se le decía.

Se despidieron sin más explicación, cosa que no les había sucedido nunca, y aunque con la esperanza de que su libertad sería respetada en lo sucesivo, Vronski se separó de su amante dominado por una vaga inquietud, ambos conservaron una penosa impresión de aquella escena.

## XXVI

LIEVIN había vuelto a Moscú en septiembre, época del alumbramiento de su esposa; hacía ya un mes que estaba allí, cuando Serguiei Ivánovich lo invitó a acompañarlo a las elecciones en que iba a tomar parte. Konstantín vacilaba, aunque debía arreglar varios asuntos sobre la tutela de su hermana en el gobierno de Kashin; pero Kiti, viendo que se aburría en la ciudad, lo indujo a marchar, aconsejándole antes que se mandara hacer el uniforme que le correspondía como delegado de la nobleza; este gasto resolvió al punto la cuestión.

Al cabo de seis días, empleados en practicar diligencias, el asunto de la tutela no había adelantado nada, porque dependía en parte del mariscal cuya reelección se preparaba; se pasaba el tiempo en largas conversaciones con personas muy buenas y deseosas de prestar servicio, pero que nada podían hacer sin el mariscal. Aquellas idas y venidas sin resultado se parecían a los inútiles esfuerzos que se hacen en un sueño. Lievin experimentaba a menudo aquella impresión, al hablar con su abogado. Este, hombre bondadoso, hacía todo lo posible para sacar a Lievin del atolladero. «Intente ir a tal y tal sitio», le decía, componiendo todo un plan de acción. Y agregaba: «Lo retendrán; no obstante, inténtelo». Y Lievin lo intentaba, e iba y venía. Todos los funcionarios eran amables, bondadosos, pero al final de nuevo surgían obstáculos. Y lo peor era que Lievin no sabía contra quién luchaba, quién se beneficiaba en no resolverle el asunto. Probablemente nadie lo sabía, como no lo sabía el abogado. Si Lievin hubiese sido capaz de comprenderlo, como comprendía por qué había que pedir la vez en la taquilla de la estación de ferrocarril, no se irritaría ni se sentiría molesto. Pero nadie podía explicarle para qué existían aquellos obstáculos. Y Lievin, más paciente desde que era casado, procuraba no exasperarse, haciendo al mismo tiempo lo posible para comprender los manejos electorales que agitaban a su alrededor a tantas personas honradas y dignas de aprecio.

Ahora, al presenciar e incluso participar en las elecciones, Lievin procuraba no discutir ni juzgar, sino intentar comprender aquellos problemas que discutían con tanta seriedad y pasión hombres honrados y buenos. Desde que se había casado, Lievin había descubierto tantas nuevas e interesantes facetas en la vida, que antes le habían parecido ínfimas, que también buscó en las elecciones un significado serio.

Serguiei Ivánovich no perdonó nada para explicarle el sentido y el alcance de las nuevas elecciones en que se interesaba particularmente. Snietkov, que entonces desempeñaba el cargo de mariscal, era hombre que profesaba los antiguos principios, fiel a las pasadas tradiciones, que habían derrochado honradamente una fortuna considerable, y cuyas ideas atrasadas no correspondían a las necesidades del momento; como mariscal, tenía grandes sumas entre sus manos, y asuntos muy graves, como las tutelas, la dirección de la enseñanza pública, etcétera, todo lo cual

dependía de él. Se trataba de elegir en su lugar otro hombre más activo, de ideas modernas, capaz de obtener los elementos necesarios para el «gobierno propio» y desechar el espíritu de casta que desnaturalizaba su carácter. Si se sabían emplear bien las fuerzas concentradas, la rica provincia Kashin podía servir de ejemplo al resto de Rusia, y las nuevas elecciones tendrían así gran importancia.

En lugar de Snietkov, se elegiría a Sviyazhski, o mejor aún a Neviedovski, hombre eminente, en otro tiempo profesor y amigo íntimo de Serguiéi Ivánovich.

Los estados provinciales se abrieron después de haber pronunciado un discurso el gobernador, invitando a la nobleza a no considerar las elecciones sino desde el punto de vista del bien público y de la fidelidad al monarca. El discurso fue muy bien acogido; los delegados de la nobleza rodearon al gobernador cuando salió de la sala, y después todos fueron a la catedral para prestar juramento. El servicio religioso le impresionaba siempre a Lievin, que se conmovió al oír a aquella multitud de ancianos y jóvenes repetir solemnemente las fórmulas del juramento.

Transcurrieron varios días en reuniones y debates relativos a un sistema de contabilidad que el partido de Serguiéi Ivánovich reprobaba, censurando al mariscal agriamente. Lievin acabó por preguntar a su hermano si se sospechaba que Snietkov hubiera abusado de la confianza cometiendo dilapidaciones.

—De ningún modo; es un hombre muy digno, pero es preciso poner término a esa manera de dirigir los negocios.

La sesión celebrada para elegir mariscales de distrito fue tempestuosa, terminando con la reelección de Sviyazhski, quien con este motivo obsequió el mismo día a sus favorecedores con un banquete.



## XXVII

LA elección principal, la del mariscal de la provincia, no se efectuó hasta el sexto día; la multitud se agolpaba en las dos salas, arreciando los debates bajo el retrato del emperador.

Los delegados de la nobleza se habían dividido en dos grupos, los antiguos y los nuevos: entre los primeros se veían solo uniformes que habían pasado de moda, cortos de talle y oprimidos, como si sus poseedores se hubieran desarrollado mucho, notándose algunos de marina y de caballería de muy antigua fecha; los nuevos delegados llevaban, por el contrario, uniformes de moda y chaleco blanco, distinguiéndose también varios de corte.

Pero la división entre antiguos y nuevos no coincidía con la división en partidos. Algunos jóvenes, como pudo observar Lievin, pertenecían al grupo conservador, mientras que algunos viejos nobles hablaban a solas con Sviyazhski y eran, al parecer, ardientes defensores del nuevo partido.

Lievin había seguido a su hermano a la pequeña sala donde se fumaba y comía, procurando seguir la conversación de que Koznyshov era el alma, y de comprender por qué dos mariscales de distrito hostiles a Snietkov se empeñaban en que presentase su candidatura. Oblonski, con traje de chambelán, se unió al grupo después de haber almorzado.

—Somos dueños de la situación —dijo, arreglándose las patillas, después de escuchar a Sviyazhski y de confirmar sus palabras—; y si Sviyazhski interviene, será pura afectación.

Todo el mundo parecía comprender, excepto Lievin, que no entendía una palabra; para ilustrarse, se cogió del brazo de Stepán Arkádich, y le manifestó su asombro por el hecho de que varios distritos hostiles exigieran al anciano mariscal que presentase su candidatura.

—¡Oh, *sancta simplicitas!* —exclamó Oblonski—. ¿No comprendes que, estando adoptadas nuestras medidas, es preciso que Snietkov se presente, porque si desistiera, el partido antiguo elegiría un candidato, burlando así nuestras combinaciones? El distrito de Sviyazhski hace la oposición, habrá votaciones y nos aprovecharemos para proponer candidato elegido por nosotros.

Lievin comprendió solo a medias, y hubiera continuado sus preguntas si no hubiesen llamado su atención los clamores que partían de la sala grande.

—¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué? ¿Un voto de confianza? ¿A quién? ¿Por qué?... Lo rechazaban... ¿A Fliórov?... ¿Qué importa que esté bajo la acción de causa?... Si continúan así, no van a dejar votar a nadie... ¡La ley! —oía Lievin por todas partes y junto con todos entró en la amplia sala y, empujado por los electores, se acercó a la mesa junto a la cual discutían acaloradamente el mariscal, Sviyazhski y otros nobles.

## XXVIII

LA discusión parecía muy viva bajo el retrato del emperador; pero Lievin no distinguió más que la voz dulce del mariscal, la de Sviyazhski y el tono agrio de un diputado de la nobleza. Para contestar a este último y calmar la agitación general, Serguiéi Ivánovich pidió al secretario que se leyera el texto mismo de la ley, de la cual sé dio lectura, a fin de probar al público que en caso de divergencia de opiniones se debía apelar a la votación.

Un caballero muy grueso, oprimido en su uniforme, se acercó a la mesa y gritó:

—¡A votar, a votar! ¡Nada de discusiones!

Esto era pedir la misma cosa, pero con un carácter de hostilidad que hizo crecer de punto el clamoreo; el mariscal reclamó silencio, sin poder dominar la gritería; y así los semblantes como las palabras revelaban la mayor excitación.

—¡A votar, a votar! Quien sea noble, lo comprenderá bien. Hemos vertido nuestra sangre... La confianza del monarca... No cuenten el voto del mariscal... Un momento... Es repugnante... —se oía por todas partes las voces irritadas. Los rostros, las miradas expresaban un odio irreconciliable.

Lievin comprendió, con ayuda de su hermano, que se trataba de hacer valer los derechos de elector de un delegado que estaba, según decían, bajo la acción de una causa. Un voto de menos no era lo bastante para derrotar a la mayoría, y por eso se demostraba tanta agitación. Lievin, penosamente impresionado al ver cómo se dejaban llevar de sentimientos rencorosos hombres a quienes apreciaba, prefirió a este triste espectáculo ir a ver a los criados que preparaban platos y copas en la pequeña sala, y ya iba a trabar conversación con un camarero, cuando fueron a llamarlo para votar.

Al entrar en la sala grande, le entregaron una bola blanca, y se le empujó hacia la mesa donde Sviyazhski, con aire importante e irónico, presidía la votación. Lievin, desconcertado y no sabiendo qué hacer con su bola, preguntó a su hermano a media voz:

—¿Qué debo hacer?

La pregunta era intempestiva, y como los presentes la oyesen, Serguiéi Ivánovich contestó con acento severo:

—Lo que le dicten a usted sus convicciones.

Lievin, sonrojado y confuso, depositó su voto a la casualidad.

Los nuevos ganaron la causa; el anciano mariscal presentó su candidatura, pronunció un discurso muy conmovido, y después de ser aclamado por sus partidarios, se retiró con lágrimas en los ojos. Lievin, en pie junto a la puerta de la sala, lo vio pasar, al parecer con deseos de salir cuanto antes; la víspera había ido a verlo para tratar del asunto de la tutela, y recordaba el aire digno y respetable del anciano en su gran casa,

de aspecto señorial, con sus antiguos muebles, sus viejos servidores y su anciana mujer, que llevaba gorro y un chal turco. Este mismo hombre era el que ahora, ostentando varias condecoraciones, huía como fiera acosada por los perros.

—Espero que se quedará usted con nosotros —dijo Lievin, solo por decir algo agradable.

—Lo dudo —contestó el mariscal, dirigiendo una mirada a su alrededor—; soy ya muy viejo y hay muchos jóvenes que pueden sustituirme.

Y desapareció por una puertecilla.

Por fin llegó el momento decisivo. Era preciso votar. Los responsables de ambos partidos contaban las bolas.

La discusión acerca de Fliórov dio al partido nuevo no solo un voto más, sino también tiempo para llevar a tres nobles que, gracias a las intrigas del partido conservador, no habían podido participar en las elecciones: a dos de ellos los emborracharon, al tercero le quitaron el uniforme de gala.

Al enterarse de lo ocurrido, el partido nuevo mandó buscar a los tres nobles. Trajeron al del uniforme y a uno de los borrachos.

—He traído a uno. Le he dado un buen remojón —dijo a Sviyazhski el terrateniente que fue por los borrachos—. Bueno, así sirve.

—¿Cree usted que no se caerá? —preguntó Sviyazhski.

—¡Oh, no! Con tal que no lo emborrachen mas... Ya he dado orden de que no le dejen probar ni una gota de alcohol.

## XXIX

**L**A sala, larga y estrecha, que hacía de comedor y salón de fumar, se llenaba de gente, y la agitación iba en aumento, pues se acercaba el momento decisivo; los jefes de las fracciones políticas, que sabían a qué atenerse respecto al número de votantes, eran los más animados; los otros procuraban distraerse, y se preparaban para la lucha comiendo, fumando y paseando.

Lievin no fumaba ni tenía apetito, y a fin de evitar el encuentro con sus amigos, entre los cuales acababa de ver a Vronski, con su uniforme de ayudante del emperador, se refugió junto a una ventana, desde la que podía examinar los grupos que se formaban y prestar oído a cuanto se decía a su alrededor. En medio de aquella multitud reconoció, aunque vestía el antiguo uniforme de general de estado mayor, al anciano propietario de bigote gris que en otro tiempo viera en casa de Sviyazhski; sus miradas se encontraron, y se saludaron cordialmente.

—¡Cuánto me alegro de ver a usted! —dijo el anciano—. Recuerdo muy bien que tuve el gusto de encontrarlo en casa de Nikolái Ivánovich.

—¿Qué tal van los asuntos del campo?

—Siempre con pérdida —contestó el anciano con aire de convencimiento, como si este resultado fuese el único que pudiera admitir—. Y usted, ¿cómo es que toma parte en nuestro golpe de estado? Toda Rusia debe haberse citado; tenemos aquí hasta chambelanes, y tal vez ministros —añadió señalando a Oblonski, cuya elevada estatura llamaba la atención.

—Confieso a usted —replicó Lievin— que no comprendo mucho la importancia de estas elecciones de la nobleza.

El anciano miró con asombro a su interlocutor.

—Pero ¿qué ha de comprender, ni qué importancia puede tener todo esto? Aquí no hay más que una institución en decadencia que se prolonga por la fuerza de la inercia; vea usted todos esos uniformes; han venido jueces de paz y empleados, pero no caballeros.

—¿Pues por qué viene usted a estas asambleas?

—Por costumbre, por mantener relaciones y por especie de obligación moral, aunque también media una cuestión de interés propio; mi yerno necesita que lo empujen un poco, y he de ayudarle para que obtenga un destino; pero ¿por qué vienen aquí personajes como esos? —añadió, señalando a un orador, cuyo tono áspero había llamado la atención de Lievin durante los debates que precedieron a la votación.

—Es una nueva generación de caballeros.

—En cuanto a nuevos, seguramente lo son; pero ¿se puede considerar como caballeros a los que atacan los derechos de la nobleza?

—Puesto que se trata de una institución en desuso, según usted dice...

—Hay instituciones antiguas que deben ser respetadas y tratadas con toda consideración. No valemos tal vez gran cosa, pero hemos durado mil años. Supongamos que se trata de un nuevo jardín: ¿cortaría usted el árbol secular que se halla en su terreno solo porque tarda más que los otros en cubrirse de follaje? No; trazará usted sus modernos cuadros de flores de modo que la añosa encina quede intacta. ¿Y qué tal van los asuntos de usted?

—No del todo bien; cuando más, me dan el cinco por ciento.

—Sin contar el trabajo, que seguramente merece una remuneración. Le cuento mi experiencia. Cuando estuve de servicio, ganaba tres mil rublos al mes; ahora, ya jubilado, trabajo mucho más y tengo lo mismo que usted, cinco por ciento, cuando sale bien la cosa. Y el propio trabajo resulta gratis.

—Siendo así, no sé por qué perseveramos.

—Supongo que por costumbre. Yo, por ejemplo, sabiendo de antemano que mi hijo único será sabio, y no agricultor, me obstino a pesar de todo; y hasta he formado otra huerta este año.

—Se diría que nos creemos obligados a llenar algún deber con la tierra, pues por mi parte hace ya mucho tiempo que no me hago ilusiones sobre mi trabajo.

—Tengo por vecino un mercader —dijo el anciano—; el otro día fue a verme, recorrimos la granja y el jardín, y después de haberlo mirado todo me dijo: «El dominio de usted me parece muy bien ordenado; pero no comprendo por qué no corta de raíz los tilos de su jardín, pues agotan la tierra, y la madera se vendería muy bien. Yo lo haría, desde luego».

—No lo dudo —dijo Lievin, sonriendo—, pues ya conozco ese razonamiento; con el importe de la madera vendida, compraría ganado, o bien un espacio de tierra para arrendarle a los campesinos. Así haría una pequeña fortuna, mientras que nosotros nos contentamos con guardar nuestra tierra intacta a fin de legarla a los hijos.

—Me han dicho que se ha casado usted.

—Sí —contestó Lievin con orgullosa satisfacción—. ¿No le parece a usted admirable que nos encariñemos así con la tierra como las vestales de la antigüedad con el fuego sagrado?

El anciano sonrió.

—Nadie como nuestro amigo Sviyazhski, y el conde Vronski, que pretenden ocuparse de la industria agrícola; aunque esto no les ha servido hasta ahora más que para comerse su capital.

—¿Por qué no habríamos de hacer nosotros lo que aconsejaba el mercader? —preguntó Lievin, a quien había llamado la atención esta idea.

—A causa de nuestra manía de mantener el fuego sagrado, como usted dice; este es un instinto de casta, y los campesinos tienen el suyo. El buen labrador se obstinará

en arrendar el mayor espacio de tierra posible, y buena o mala, se labrará de todos modos.

—Todos nos parecemos —dijo Lievin—. Me alegro mucho de haberlo encontrado a usted— añadió al ver que Sviyazhski se acercaba.

—Nos hemos encontrado por primera vez desde el día que trabamos conocimiento en casa de usted —dijo el anciano, dirigiéndose a Sviyazhski.

—Sin duda habrá usted venido a murmurar del nuevo orden de cosas—repuso Sviyazhski, sonriendo.

—Preciso es desahogarse de una manera o de otra.

## XXX

**S**VIYAZHSKI se cogió del brazo de Lievin y se acercó con él a un grupo de amigos, entre los cuales era imposible evitar el encuentro con Vronski, que en pie junto a Oblonski y Koznyshov los veía acercarse.

—Celebro ver a usted por aquí —dijo el conde, ofreciendo su mano a Lievin—: creo que ya nos hemos visto en casa de la princesa Scherbátskaia.

—Recuerdo muy bien nuestro encuentro —contestó Levin, que había esperado la oportunidad de establecer la conversación con Vronski para arreglar su comportamiento grosero del primer encuentro, y con el rostro purpúreo se volvió hacia su hermano para hablarle.

Vronski sonrió y se dirigió a Sviyazhski sin manifestar el menor deseo de proseguir su conversación con Lievin; pero este, arrepentido de su grosería, buscaba medio de repararla.

—¿Cómo marcha el asunto? —preguntó Lievin, dirigiéndose a Sviyazhski y Vronski

—Snietkov parece vacilar.

—¿Qué candidatura propondrá si desiste?

—La que se quiera —contestó Sviyazhski

—¿La de usted, tal vez?

—Ciertamente, no —dijo Nikolái Ivánovich, dirigiendo una inquieta mirada al personaje de voz áspera que estaba junto a Koznyshov.

—Si no es la de usted será la de Neviedovski —continuó Lievin, echando de ver que se aventuraba en un terreno peligroso.

—De ningún modo —repuso el personaje desagradable, que resultó ser el mismo Neviedovski, a quien Sviyazhski se apresuró a presentar a Lievin.

Siguió una pausa, durante la cual Vronski miró distraídamente a Lievin; y para dirigirle una palabra insignificante, le preguntó cómo era que viviendo siempre en el campo no desempeñaba el cargo de juez de paz.

—Porque estas autoridades me parecen una institución absurda —contestó Lievin.

—Yo hubiera creído lo contrario —repuso Vronski, con asombro.

—¿De qué sirven los jueces de paz? Durante ocho años no los he visto juzgar bien una sola vez.

Y citó inoportunamente algunos hechos.

—No te comprendo —dijo Serguiei Ivánovich cuando, después de este diálogo, salieron de la sala para ir a votar—. Carecemos completamente de tacto político; te veo en buena inteligencia con nuestro adversario Snietkov, y ahora te haces un enemigo del conde Vronski. No creas que necesito la amistad de este último, pues

acabo de rehusar la invitación que me ha hecho para ir a comer a su casa; pero es inútil hostigarlo para que sea nuestro adversario. Por otra parte, has dirigido preguntas indiscretas a Neviedovski...

—Todo esto es para mí un embrollo, al que no doy ninguna importancia —contestó Lievin, con expresión sombría.

—Así lo creo; pero el caso es que cuando tú intervienes lo echas a perder todo.

Lievin se calló, y los dos entraron en la sala grande. El anciano mariscal había resuelto presentar su candidatura, aunque dudara del éxito, pues sabía que un distrito le haría oposición.

En el primer escrutinio obtuvo una gran mayoría, y recibió las felicitaciones de todos, siendo aclamado por la multitud.

—Ya hemos concluido —dijo Lievin a su hermano.

—Nada de eso; ahora comienza —replicó Sviyazhski sonriendo—; el candidato de la oposición puede alcanzar más votos.

No se le había ocurrido a Lievin semejante cosa, así es que la respuesta de su hermano le produjo una especie de melancolía; creyéndose del todo inútil e insignificante, volvió a las pequeñas salas para comer alguna cosa, y a fin de no mezclarse con la multitud, fue a visitar las tribunas. Estaban llenas de damas, oficiales, profesores y abogados; y Lievin oyó elogiar la elocuencia de Serguiei Ivánovich pero en vano trató de comprender lo que tanto excitaba a toda aquella gente. Aburrido ya y contristado, bajó la escalera con el propósito de marcharse, cuando fueron a buscarlo otra vez para votar. El candidato que se oponía a Snietkov era aquel mismo Neviedovski cuya negativa le había parecido tan categórica; él fue quien ganó la votación, con gran descontento de los unos y entusiasmo de los otros, mientras que el anciano mariscal disimulaba a duras penas su despecho. Cuando Neviedovski se presentó en la sala, le acogieron con las mismas aclamaciones con que fue saludado antes el gobernador, y hasta el anciano mariscal.



## XXXI

**V**RONSKI obsequió con una gran comida al nuevo elegido y a sus favorecedores. Al asistir a las elecciones, el conde había querido asegurar su independencia a los ojos de Anna, complacer a Sviyazhski y llenar los deberes que se imponía como propietario de importancia; pero sin presentir el apasionado interés que tomaría en las elecciones y el éxito con que desempeñaría su papel. Había conseguido, por lo pronto, atraerse la simpatía general, y no se engañaba al creer que inspiraba ya confianza. Esta súbita influencia era debida, en parte, a la hermosa casa que ocupaba en la ciudad, cedida por un antiguo compañero suyo, entonces director del banco de Kashin; a su excelente cocinero, a su compañerismo con el gobernador y, sobre todo, a sus modales sencillos y afables, con que se atrajo las simpatías, a pesar de su reputación y altivez. Los que hablaron con él aquel día, excepto Lievin, le atribuyeron el triunfo de Neviedovski, y experimentó cierto orgullo al pensar que dentro de tres años, si estaba casado, nada le impediría presentarse de por sí a las elecciones. En la mesa del banquete colocó a su derecha al gobernador, como hombre a quien respetaba la nobleza, de la cual había merecido los sufragios por su discurso, pero que para Vronski no era más que Máslov Katka —así lo llamaban en el cuerpo de pajes—, a quien Vronski intentaba *mettre à son aise*; y a su izquierda se sentó Neviedovski, joven de fisonomía impenetrable y expresión desdeñosa, que fue objeto de toda clase de consideraciones.

A pesar de su derrota parcial, Sviyazhski estaba muy satisfecho de que su partido hubiese triunfado, y refirió con mucho gracejo durante la comida diversos incidentes de las elecciones, en las que el anciano mariscal había hecho un papel tan ridículo. Oblonski, muy contento al ver la satisfacción general, estaba de broma, y así es que cuando después de la comida se expidieron telegramas a todas partes, también quiso enviar uno a Dolli «para complacer a todos», según dijo a sus amigos; pero Dolli, al recibir el parte, lamentó con un suspiro el rublo que le costaba, comprendiendo que su esposo había comido bien, porque era una de sus debilidades servirse del telégrafo después de un banquete.

Se brindó con vinos excelentes, que no tenían nada de ruso; se dio al nuevo mariscal el tratamiento de excelencia, tratamiento que, a pesar de su aire indiferente, le agradó sin duda tanto como a la casada joven le gusta que la llamen señora. No se olvidó beber a la salud de «nuestro amable anfitrión» y a la del gobernador.

Jamás hubiera esperado Vronski verse en provincia como centro de tan distinguida reunión.

Hacia el fin del banquete redobló la alegría, y el gobernador rogó al conde que asistiera a un concierto organizado por su esposa «en provecho de nuestros hermanos»; era antes de la guerra de Serbia.

—Se bailará después —dijo—, y verás a nuestra beldad, que es notable.

—*Not in my line* —contestó Vronski, sonriendo—; pero, en fin, iré.

En el momento en que se encendían los cigarros, al levantarse los convidados de la mesa, el ayuda de cámara de Vronski se le acercó, llevando una carta en una bandeja.

—Un mensajero la trae del campo —dijo.

La carta era de Anna, y antes de abrirla, Vronski adivinó su contenido; se había obligado a estar de vuelta el viernes, pero aún se hallaba ausente el sábado, a causa de haberse prolongado las elecciones. La carta debía estar llena de quejas, y sin duda se había cruzado con la que envió la víspera para explicar su retraso. El contenido de la carta fue más penoso aún de lo que esperaba; la niña estaba enferma y el médico temía una inflamación.

Aquí sola —decía— pierdo la cabeza, pues la princesa Varvara, en vez de auxiliar, es un estorbo. Te esperaba anteanoche, y te envió un mensajero para saber lo que ha sido de ti. Si no hubiese temido ser desagradable, hubiera ido yo misma. Da una contestación cualquiera, a fin de que yo sepa lo que debo hacer.

¡La niña estaba gravemente enferma, y Anna había querido ir ella misma!

El contraste de este amor exigente con la divertida reunión que era preciso abandonar, produjo en Vronski una impresión desagradable; pero marchó aquella misma noche en el primer tren.

## XXXII

**A**NTES de que Vronski marchara a las elecciones, Anna se había prometido hacer los mayores esfuerzos para soportar estoicamente la separación; pero la mirada fría e imperiosa con que el conde le anunció que se ausentaba hirió su amor propio, y sus resoluciones se debilitaron. Una vez sola, comenzó a comentar aquella mirada y se la explicó de una manera humillante. «Sin duda tiene derecho para ausentarse cuando le parezca, y a decir verdad, todos los derechos, mientras que yo no tengo ninguno; pero es poco generoso demostrármelo de esa manera, y mucho menos con la dura mirada que me ha dirigido... Su falta es bien leve..., mas en otro tiempo no me miraba así, y esto prueba que su amor se ha enfriado.»

A fin de distraerse, multiplicó su actividad, sus quehaceres, y por la noche tomaba morfina. En medio de sus pensamientos, le pareció que el divorcio era un medio de impedir que Vronski la abandonara, porque el divorcio implicaba el matrimonio; en consecuencia, resolvió no resistir ya más sobre este punto, como lo había hecho hasta entonces desde la primera vez que Vronski le hablara sobre el particular.

Cinco días pasaron así. Para matar el tiempo, Anna paseaba con la princesa, visitaba el hospital y, sobre todo, leía; pero llegado el sexto día, y al ver que Vronski no regresaba, se debilitaron sus fuerzas; y la niña enfermó, aunque demasiado ligeramente para que la inquietud distrajesse a la madre, la cual no podía, por otra parte, fingir sentimientos que no experimentaba.

En la noche del sexto día, el temor de que Vronski la abandonase fue tan vivo, que quiso marchar, pero se contentó con la carta que envió por medio de un mensajero. A la mañana siguiente sintió ya haber procedido con tanta ligereza, al recibir una misiva de Vronski en la cual este explicaba su tardanza; y al punto se apoderó de ella el temor de volver a verlo. ¿Cómo so portaría ella la severidad de su mirada cuando supiese que su hija no había estado seriamente enferma? A pesar de todo, su regreso era una dicha; tal vez echaba de menos su libertad, pareciéndole pesada su cadena; pero estaría allí y podría verlo de continuo.

Sentada junto a la lámpara, leía una obra nueva de Taine, escuchando el silbido del viento y los más leves rumores para espiar la llegada del conde; y después de engañarse varias veces, oyó al fin con toda claridad la voz del cochero y el ruido del vehículo al entrar en el zaguán. Anna se levantó; pero no atreviéndose a bajar, como lo había hecho ya dos veces, se detuvo, ruborizada, confusa e inquieta por la acogida que se le haría. Se habían desvanecido ya todas sus anteriores susceptibilidades; ya no temía más que el descontento de Vronski, y enojada al recordar que la niña estaba muy bien, le tenía mala voluntad por haberse restablecido tan pronto. Sin embargo, al pensar que iba a ver el conde, ya no se acordó de nada más, y cuando oyó su voz, corrió alborozada al encuentro de su amante.

—¿Cómo está Ania? —preguntó tímidamente Vronski desde abajo al ver a Anna bajar rápidamente, mientras le quitaban las botas.

—Mucho mejor.

—¿Y tú?

Anna le cogió ambas manos, y lo atrajo hacia sí sin separar de él la vista.

—Me alegro mucho —replicó el conde fríamente, fijando su atención en el vestido de Anna y comprendiendo que se lo había puesto solo para recibirlo.

Estas atenciones lo agradaban, pero le habían gustado hacía ya demasiado tiempo; y por eso se reflejó en su semblante la expresión de severidad que Anna temía.

—¿Cómo sigues? —preguntó Vronski, besando la mano de su amante después de limpiarse la barba, húmeda por el frío.

«Tanto peor —pensó Anna—; con tal de que él esté aquí, todo me es igual, pues cuando yo me hallo a su lado no se atreve a dejar de amarme.»

La noche se pasó alegremente en compañía de la princesa, que se quejaba de que Anna tomase morfina.

—No puedo prescindir de ella —dijo Anna— porque mis pensamientos me impiden conciliar el sueño; cuando él está aquí, no la tomo casi nunca.

Vronski refirió los diferentes episodios de la elección, y Anna supo interrogarlo hábilmente para que hablara de la buena acogida que había merecido; a su vez contó cuanto había ocurrido en ausencia de Vronski, y solo le dijo cosas que pudieran agradarlo.

Cuando estuvieron solos, Anna quiso borrar la impresión desagradable producida por su carta, y más segura de sí misma, dijo:

—Confiesa que te ha desagradado mi carta y que no has creído en mis palabras.

En cuanto pronunció estas palabras Anna, comprendió que, a pesar de su amor, Vronski no le había perdonado aquella carta...

—Es verdad —contestó Vronski—; tu misiva era extraña; me decías que Ania te inquietaba, y, sin embargo, querías ir tú misma.

Anna comprendió que Vronski, a pesar de su ternura, no perdonaba.

—Una y otra cosa eran verdad.

—No lo dudo.

—Sí, lo dudas; y veo que estás incomodado.

—Nada de eso; pero me contraría que tú no quieras reconocer deberes...

—¿Qué deberes? ¿El de ir al concierto?

—No hablemos más.

—¿Por qué no hablar?

—Quiero decir que puede haber deberes imperiosos; así, por ejemplo, me será preciso ir a Moscú para resolver algunos asuntos... Pero, Anna, ¿por qué te irritas de ese modo cuando sabes que no puedo vivir sin ti?

—Pues te advertiré —repuso Anna, cambiando súbitamente de tono— que si llegas un día para marcharte al siguiente, y si te cansa esta vida...

—Anna, no seas cruel; ya sabes que estoy dispuesto a sacrificártelo todo.

—Cuando vayas a Moscú —continuó Anna, sin escuchar —no me quedaré sola aquí; vivamos juntos, o separémonos.

—Yo no deseo otra cosa más que vivir contigo; pero es indispensable...

—¿El divorcio? Pues voy a escribir; reconozco que no puedo vivir de esta manera. Iré contigo a Moscú.

—Dices eso con aire de amenaza, pero yo no deseo otra cosa —replicó Vronski, sonriendo.

La mirada del conde al pronunciar estas palabras afectuosas era glacial, como la de un hombre a quien la persecución exaspera, y parecía decir: «¡Qué desgracia!». Anna lo comprendió, y nunca pudo olvidar la impresión que experimentó en aquel instante.

Sin pérdida de tiempo, Anna escribió a Karenin pidiéndole el divorcio, y a fines de noviembre, después de separarse de la princesa, que debía ir a San Petersburgo, marchó a Moscú para establecerse allí con Vronski.

# Séptima Parte

## I

Los Lievin estaban en Moscú hacía dos meses, y había pasado ya el término fijado por los médicos para el alumbramiento de Kiti sin que nada hiciese presagiar un desenlace próximo, lo cual comenzaba a producir cierta inquietud. Mientras que Lievin veía acercarse con terror el momento decisivo, Kiti conservaba toda su calma; aquella criatura tan esperada existía ya para ella, y hasta daba pruebas de su presencia, haciéndola sufrir a veces; pero este dolor extraño y desconocido hacía asomar la sonrisa a sus labios y sentía nacer en su corazón un nuevo y suave amor. Nunca le había parecido su felicidad tan completa; jamás los suyos la habían mimado tanto; y, de consiguiente, ¿por qué iba a apresurar con sus votos el término de una situación que le era tan grata? La única circunstancia enojosa en su nueva vida era el cambio sobrevenido en el carácter de su esposo; siempre estaba inquieto, sombrío y agitado, sin ocuparse en nada; no parecía el mismo hombre de antes consagrado útilmente al campo, y cuya tranquila dignidad admiraba tanto como sus sentimientos hospitalarios. Kiti no reconocía ya a Lievin, y su transformación le inspiraba un sentimiento de lástima que ella era la única en experimentar, pues reconocía que en su marido nada excitaba la conmiseración; cuando se entretenía en estudiar el efecto que producía su marido en la sociedad, como a veces se hacen con las personas amadas, intentando verlas desde fuera, como si fuesen extrañas, Kiti observaba con cierto temor para sus celos que Levin no solo no daba ninguna pena, sino era un hombre atractivo por sus principios, por su cortesía tímida y un poco anticuada con las damas, su aspecto fuerte y su rostro particular, como lo veía ella, y expresivo. No obstante, como había adquirido Kiti aquel habito de leer en su alma, estaba convencida que aquel Levin no era el verdadero, no sabía definir mejor su estado; pero aunque censurase a Lievin su incapacidad para acomodarse a una nueva existencia, Kiti reconocía que Moscú no le proporcionaba ninguna satisfacción. ¿Qué ocupaciones le era dable encontrar allí? No le gustaba el juego. No iba a ningún círculo. ¿Tener amistad con los hombres alegres, como Oblonski? Kiti sabía ahora que aquello significaba beber y luego, una vez bebidos, ir Dios sabía adónde. Y ella nunca había podido pensar sin horror en los lugares a donde debían ir los hombres en tales ocasiones. Tampoco le atraía la alta sociedad. Para atraerlo habría debido

frecuentar el trato de mujeres jóvenes y bellas, cosa, que a Kiti no podía gustarle de ninguna manera; y, por tanto, nada le quedaba fuera del monótono círculo de su familia. Había pensado en terminar su libro, para lo cual comenzó a buscar datos en las bibliotecas públicas; pero confesó a Kiti que no sentía ya interés por ese trabajo; y, por otra parte, no se juzgaba en estado de hacer nada formal.

Las condiciones particulares de su vida en Moscú tuvieron, en cambio, un resultado inesperado; el de poner término a sus disputas; el temor que ambos abrigaban de ver reproducirse escenas de celos, no se confirmó, ni aun a causa de un incidente imprevisto, cual fue el encuentro con Vronski. Kiti, acompañada de su padre, lo halló un día en casa de su madrina, la princesa María Borísovna, y al ver aquellas facciones tan conocidas en otro tiempo, sintió latir su corazón, tiñéndose sus mejillas de un vivo carmín; pero su emoción no duró más que un segundo. El anciano príncipe se apresuró a entablar un animado diálogo con Vronski, y antes de que lo terminaran, Kiti hubiera podido sostener la conversación sin que su sonrisa ni el sonido de su voz pudiera suscitar en su marido el más leve recelo.

Cambió algunas palabras con Vronski, sonrió cuando este tituló a la asamblea de Kashin «nuestro parlamento», para demostrar que comprendía la broma, y no volvió la cabeza hasta que el conde se levantó para marcharse; entonces correspondió a su saludo sencilla y políticamente.

El anciano príncipe no hizo observación alguna sobre aquel encuentro al salir, pero Kiti comprendió que estaba contento de ella y le agradeció su silencio. También ella estaba satisfecha de haber podido dominar sus sentimientos, hasta el punto de ver a Vronski con indiferencia.

—He sentido que no estuvieses allí —dijo a su esposo, al hablarle de aquella entrevista—, o por lo menos me habría agradado que hubieses podido verme por el agujero de la cerradura, pues delante de ti me hubiera sonrojado mucho más, siéndome tal vez imposible conservar mi aplomo. ¡Mira cómo me ruborizo ahora!

Lievin, al principio más sonrojado que ella y escuchándola con expresión sombría, se calmó ante la mirada sincera de su mujer, y le hizo algunas preguntas como ella deseaba. Lievin declaró que en lo futuro no se conduciría tan torpemente como en las elecciones ni huiría tampoco de Vronski.

—Es muy penoso —dijo— temer la presencia de un hombre y considerarlo como enemigo.

## II

¡No olvides hacer una visita a los Boll! —dijo Kiti a su marido cuando antes de partir, entró en su cuarto a las once de la mañana—. Sé que comerás en el club con papá, pero ¿qué harás antes?

—Iré a casa de Katavásov.

—¿Por qué tan temprano?

—Me ha prometido presentarme a un sabio de San Petersburgo, Metrov, con quien quiero hablar sobre mi libro.

—¿Y después?

—Al tribunal para un asunto de mi hermana.

—¿No irás al concierto?

—¿Qué quieres que haga allí solo?

—Te ruego que vayas, pues oirás dos composiciones nuevas que te gustarán.

—En todo caso volveré antes de comer para verte.

—Ponte la levita para ir a casa de los Boll.

—¿Lo crees necesario?

—Ciertamente, lo mismo hizo el conde para venir a vernos.

—He perdido de tal modo la costumbre de las visitas, que tengo cortedad; siempre me parece que van a preguntar con qué derecho se introduce en la casa un extraño como yo que no va para tratar de negocios.

Kiti soltó la carcajada.

—Bien hacías visitas cuando eras soltero.

—Es verdad, pero mi confusión era la misma. Ahora he perdido el habito por completo, y de verás, prefiero quedarme dos días sin comer a una visita de estas. ¡Que vergüenza! Siempre pienso que se van a enfadar y decir: ¿para que habrá venido si no tiene ningún asunto pendiente?

Y besando la mano de su esposa iba a retirarse, cuando esta lo detuvo.

—Kostia —le dijo—, ya sabes que solo me quedan cincuenta rublos; y me parece que no hago gastos inútiles —añadió, al notar que el semblante de su esposo se oscurecía—. El dinero desaparece tan pronto que sin duda nuestro sistema es vicioso por algún concepto.

—De ningún modo —contestó Lievin, con una tosecita seca que en él era indicio de contrariedad—. Ahora iré al banco; y, por otra parte, he escrito al intendente para que venda el trigo y cobre por adelantado el alquiler del molino. No faltará el dinero.

—A veces me arrepiento de haber escuchado a mamá, pues os canso a todos y se gasta mucho. ¿Por qué no nos habremos quedado en el campo, donde estábamos tan bien?

—Yo no me arrepiento de nada de lo que he hecho desde que me casé.



—¿De veras? —preguntó Kiti, mirando fijamente a su marido.

Lievin había dicho aquello sin pensarlo tan solo para consolarla. Pero cuando leyó en aquellos ojos sinceros una interrogación muda, repitió lo mismo de todo corazón. «Empiezo a olvidarla», pensó. Y recordó el acontecimiento que esperaban.

—¿Pronto? —le preguntó, tomándole ambas manos.

—Lo he pensado tantas veces que ya no sé nada.

—¿Tienes miedo?

Kiti sonrió con desprecio.

—En absoluto.

—Si ocurre algo, estoy en casa de Katavásov.

—No va a ocurrir nada. Iré a pasear con papá. Pasaremos por casa de Dolli. Te espero antes de comer. A propósito, ¿sabes que la posición de Dolli no es ya sostenible? Ayer hablamos con mamá y Arsieni, el esposo de nuestra hermana Natalia, y han acordado que tú hables a Stepán, porque papá no hará nada.

—Con Arsieni estoy dispuesto a todo; pero ¿qué quieres que hagamos nosotros? De todos modos iré a casa de los Lvov, y tal vez entonces vaya al concierto con Natalia.

El anciano Kuzmá, que hacía las funciones de mayordomo, anunció a su amo que uno de los caballos cojeaba. Al instalarse en Moscú, Lievin había procurado montar una cuadra conveniente que no le costase mucho; pero hubo de reconocer que los caballos alquilados eran más baratos, y optó por ellos, porque estaba decidido a suprimir todo exceso de gasto. El primer billete de cien rublos invertido fue el único que le causó pesar; se trataba de comprar libreas a los criados, y al pensar que aquel dinero le representaba el salario de dos trabajadores de verano, es decir de trescientos días laborales en total, preguntó si las libreas eran indispensables; pero el asombro de la princesa y de Kiti al oír esto le cerró la boca. El segundo billete de cien rublos, para la compra de las provisiones necesarias con motivo de darse una gran comida de familia, no le costó tanto, aunque calculaba mentalmente el número de medidas de avena que aquel dinero representaba.

Después de esto, los billetes desaparecieron como por encanto, pero Lievin no se preguntó ya si el placer que compraba con su dinero era proporcionado a las molestias que ocasionaba; olvidó sus principios fijos sobre el deber de vender el trigo al más alto precio que fuera posible; y ni aun pensó que los gastos que hacía le llenarían de deudas muy pronto.

Tener dinero en el banco para atender a las necesidades diarias de la casa fue en adelante todo su afán; hasta entonces no le había escaseado, pero la demanda de Kiti acababa de turbarlo. ¿Cómo adquiriría dinero más tarde? Sumido en estas reflexiones se dirigió a casa de Katavásov.

### III

LIEVIN se había relacionado íntimamente con su antiguo compañero de universidad, cuyo juicio correcto admiraba, aunque atribuyéndole cierta pobreza de imaginación; y el profesor, por su parte, censuraba en Lievin la falta de lógica en sus razonamientos; pero no le desagradaba discutir con él; y le había persuadido a leer una parte de su obra. Habiéndole llamado la atención algunas consideraciones, propuso a Lievin presentarle a un sabio eminente, el profesor Metrov, que estaba de paso en Moscú, y a quien había hablado de los trabajos de su amigo.

La presentación se hizo muy cordialmente aquel mismo día; Metrov, hombre amable y benévolo, comenzó por abordar la cuestión del día, que era la sublevación de Montenegro; habló de la situación política y citó algunas palabras significativas pronunciadas por el emperador, a las cuales Katavásov opuso otras de un sentido diametralmente opuesto, dejando a Lievin en libertad de elegir entre las dos versiones.

—Este caballero —dijo después— es autor de un trabajo sobre economía rural, cuya idea fundamental me agrada en mi calidad de naturalista; tiene en cuenta el medio en que el hombre vive y se desarrolla; no le considera sino dentro de las leyes zoológicas, y estudia en sus relaciones con la naturaleza.

—Eso es muy interesante —dijo Metrov.

—Mi objeto era simplemente escribir un libro sobre agronomía —dijo Lievin, sonrojándose—; mas, a pesar mío, al estudiar el instrumento principal, el trabajador, he llegado a conclusiones imprevistas.

Y Lievin desarrolló sus ideas, tanteando con prudencia el terreno, pues sabía que Metrov profesaba opiniones opuestas a la enseñanza de la economía política del momento y dudaba del grado de simpatía que iba a merecer.

—¿En qué difiere Rusia de los demás pueblos desde el punto de vista del trabajador, dice usted? —preguntó—. ¿Es desde el punto que usted califica de zoológico, o por el que se refiere a las condiciones materiales en que se halla?

Esta manera de plantear la cuestión demostraba a Lievin una absoluta divergencia de ideas; pero siguió exponiendo su tesis, la cual consistía en demostrar que el pueblo ruso no puede tener con la tierra las mismas relaciones que los demás de Europa, por el hecho de que se reconoce por instinto predestinado a colonizar espacios aún incultos.

—Es fácil engañarse sobre los destinos generales de un pueblo haciendo deducciones prematuras —observó Metrov, interrumpiendo a Lievin—; y en cuanto a la situación del trabajador, siempre dependerá de sus relaciones con la tierra y el capital.

Y sin dar a Lievin tiempo para replicar, le explicó en qué diferían sus propias opiniones de las aceptadas generalmente. Lievin no entendió nada, ni trató de comprender, pues para él Metrov, así como todos los economistas, no estudiaban la situación del pueblo ruso sino desde el punto de vista del capital, del salario y de la renta; convenía en que esta última era nula para la mayor parte de Rusia, en que el salario consistía en no morir de hambre y en que el capital estaba representado solamente por útiles primitivos. Metrov no difería de los demás representantes de la escuela más que por una nueva teoría sobre el salario, la cual demostró por extenso. Después de haber procurado escuchar e interrumpir para expresar sus ideas personales, probando así hasta qué punto podrían entenderse. Lievin acabó por dejar hablar a Metrov, lisonjeado en el fondo de que un hombre tan sabio lo tomara por confidente de sus ideas, manifestándole tanta deferencia; ignoraba que el eminente profesor, después de agotar el asunto con sus oyentes habituales, estaba muy satisfecho de encontrar uno nuevo, sin contar que era muy aficionado a tratar de las cuestiones que le preocupaban, porque le parecía que una demostración oral contribuía a dilucidar para él mismo ciertos puntos.

—Vamos a llegar tarde —dijo al fin Katavásov, consultando su reloj—. Tenemos hoy sesión extraordinaria en la universidad con motivo del jubileo de los cincuenta años de Svíntich —añadió, dirigiéndose a Lievin—, y he prometido hablar sobre sus trabajos zoológicos. Ven con nosotros; será interesante.

—Sí, venga usted —dijo Metrov—; y después de la sesión, si tiene a bien pasarse por mi casa para leerme su obra, lo escucharé con gusto.

—Es un bosquejo que no vale la pena presentar; pero acompañaré a ustedes.

—Qué, ¿se ha enterado? —dijo Katavásov.

Y comenzaron a hablar del problema universitario. Se trataba de lo siguiente. Tres profesores viejos no quisieron tener en cuenta la opinión de los jóvenes. Los profesores jóvenes manifestaron su discrepancia. Según unos, la opinión de los jóvenes era espantosa; según otros, sencilla y justa. El profesorado se dividió en dos partidos. Para unos, entre los que estaba Katavásov, la opinión de los jóvenes era una denuncia. Para otros, una expresión de su juvenil irreverencia a las autoridades. Lievin, aunque ya no pertenecía a la Universidad, conocía el problema y se había formado una opinión sobre este. Por eso tomó parte en la discusión, que duró hasta que llegaron al viejo edificio de la Universidad.

Cuando llegaron a la Universidad, la sesión había comenzado; seis personas estaban sentadas ante una mesa cubierta con un tapete, y una de ellas leía; Katavásov y Metrov ocuparon sus sitios, y Lievin fue a sentarse junto a un estudiante, a quien preguntó qué leían.

—La biografía.

Lievin escuchó, y pudo enterarse de diversas particularidades curiosas sobre la

vida del sabio cuyo recuerdo se celebraba. Después se recitó una poesía de Ment; y Katavásov leyó luego con voz sonora una reseña sobre los trabajos de Svíntich. Cuando hubo terminado, Lievin, viendo que se hacía tarde, se excusó con Metrov de no ir a su casa, y se marchó muy pronto. Durante la sesión había tenido tiempo de reflexionar sobre la inutilidad de relacionarse con el sabio economista; si estaban destinados uno y otro a trabajar con fruto, no podía ser sino prosiguiendo sus estudios cada cual por su lado.

## IV

**A**RSIENI Lvov, el marido de Natalia, a cuya casa fue Lievin al salir de la Universidad, acababa de establecerse en Moscú para vigilar la educación de sus hijos; había hecho sus estudios en el extranjero y pasado su vida en las principales capitales de Europa, donde debió de desempeñar funciones diplomáticas. A pesar de su diferencia de edad y de profesar opiniones muy distintas, aquellos dos hombres se apreciaban mucho y eran verdaderos amigos.

Lievin encontró a su cuñado en traje de casa, sentado ante un pupitre y con el lente calado en la punta de la nariz; el semblante de Lvov, de expresión joven aún, y al que su cabello rizado y plateado comunicaba cierto aire aristocrático, se iluminó con una sonrisa al ver entrar a Lievin sin anunciarse.

—Pensaba enviar a pedir noticias sobre Kiti —dijo—. ¿Cómo sigue? —añadió, adelantando una mecedora—. Siéntese ahí y estará más cómodo. ¿Ha leído usted el editorial del *Diario de San Petersburgo*? Me parece muy bien —Lvov hablaba con un ligero acento francés.

Lievin refirió cuanto le habían dicho sobre los rumores propalados en San Petersburgo; y después de agotar la cuestión política, habló de su conversación con Metrov y de la sesión de la Universidad.

—¡Cuánto le envidio a usted sus relaciones con esa sociedad de profesores y de sabios! —dijo Lvov, que le había escuchado con el más vivo interés. Y pasando al francés, al que estaba habituado, prosiguió—; pero yo no podría aprovecharme como usted, por falta de tiempo y de suficiente instrucción.

—Permítame poner en duda este último punto —contestó Lievin, sonriendo y conmovido ante aquella modestia y sencillez.

—No podría usted imaginarse hasta qué punto creo lo que le digo, ahora que me ocupa la educación de mis hijos. No solo me es necesario refrescar la memoria, sino también rehacer mis estudios. Aquí me tiene repasando la gramática. Usted se reirá...

—Nada de eso; muy por el contrario, usted me sirve de ejemplo para el porvenir, y al ver cómo procede con sus hijos, aprendo lo que deberé hacer con los míos.

—¡Oh!, el ejemplo no tiene nada de notable.

—Sí, por cierto, porque jamás he visto niños tan bien educados como los suyos.

Lvov no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Que sean mejor que yo. No deseo otra cosa. No se imagina el esfuerzo que exigen unos niños como los míos, acostumbrados a vivir en el extranjero.

—Lo conseguirán. Los muchachos son capaces. Lo principal es la educación moral. Eso es lo que yo aprendo, cuando veo a sus hijos.

—Dice usted la educación moral. No tiene usted idea de lo difícil que es conseguirla. Supera uno un defecto en los niños, y surge otro. Si no se tiene un sostén

en la religión, recuerde lo que hablamos, ningún padre podrá por sus propias fuerzas educar a sus hijos.

En aquel momento entró su bella esposa, con traje de paseo, e interrumpió el diálogo que tanto interesaba a Lievin.

—No sabía que estuviese usted aquí —dijo a Lievin—. ¿Cómo sigue Kiti? Ya sabrá usted que como hoy con ella.

Los esposos acordaron el plan del día, y Lievin se ofreció a acompañar a su cuñada al concierto.

—Aquí tienes a Konstantín Dmitrich, que me echa a perder —dijo Lvov a su mujer—. Asegura que tenemos unos niños extraordinarios, aunque sé perfectamente que tienen muchos defectos.

—Arsieni siempre exagera —dijo Natalia—. Si se busca la perfección, nunca se puede sentir uno satisfecho. Papá tiene razón; cuando nos educaron se llegó al extremo de tenernos en el entresuelo y nuestros padres vivían en el principal. Ahora el extremo es opuesto; los hijos en el principal y los padres a la buhardilla.

—¿Y qué importancia tiene? —dijo Lvov sonriendo—. Quien no te conozca pensará que eres una madrastra.

—No, los extremos no llevan a nada —dijo Natalia con serenidad, mientras colocaba la plegadera en su sitio.

—Acercaos, niños perfectos —dijo Lvov a sus hijos que, después de saludar a Lievin, se acercaron a su padre para preguntarle algo.

Lievin deseaba hablar con ellos, escuchar lo que decían, pero Natalia se dirigió a él y al mismo tiempo entró Majotin, un compañero de Lvov, y empezó una conversación incesante acerca de Herzegovina, la princesa Korzínskaia, la duma y la muerte inesperada de Apráxina. En el momento de salir, recordó el encargo de Kiti respecto a Stepán.

—Sí, ya sé —repuso Lvov—; la mamá quiere que le prediquemos moral; pero ¿qué puedo decirle yo?

—Pues entonces me encargaré yo —dijo Natalia Lvova riéndose—. Vámonos ya. Estaba en su abrigo de pieles blancas esperando a que se terminase la conversación. —dijo Lievin, sonriendo; y corrió a reunirse con su cuñada, que le esperaba al pie de la escalera ostentando las blancas pieles de su abrigo.

## V

AQUEL día se iban a interpretar dos nuevas composiciones en el concierto organizado en la sala de la asamblea: una de ellas era una fantasía sobre *El rey Lear de la estepa*, y la otra un cuarteto dedicado a la memoria de Bach. Lievin tenía grandes deseos de formar su opinión sobre aquellas obras, escritas con un espíritu nuevo, y para no someterse a la influencia de nadie, se apoyó en una columna después de colocar a su cuñada, resuelto a escuchar concienzuda y atentamente. No se distrajo con los ademanes del director de orquesta, ni con el tocador de las damas, y se alejó sobre todo de los aficionados e inteligentes, que tanto hablan en tales casos. En pie, con la mirada fija en el espacio, se absorbió en una profunda contemplación; pero cuanto más escuchaba la fantasía sobre *El rey Lear*, más reconocía la imposibilidad de formar una idea clara y precisa; en el momento de desarrollarse, la frase musical se confundía siempre con otra o se desvanecía, dejando como única impresión la de una penosa investigación instrumental. Los mejores pasajes no se producían con oportunidad; la alegría, la tristeza, la desesperación; la ternura y el triunfo se sucedían con la incoherencia de las impresiones de un loco para desaparecer de la misma manera.

Cuando la pieza terminó bruscamente, Lievin se extrañó de la fatiga que aquella tensión de espíritu le había causado; experimentó el efecto que pudiera producir en un sordo ver bailar, y al oír los aplausos del auditorio quiso comparar sus impresiones con las de aquellas personas competentes.

Por todas partes se levantaban ya para reunirse y hablar sobre las dos composiciones durante el entreacto; y entonces fue a buscar a Pestsov, que conversaba con uno de los principales inteligentes.

—¡Es sorprendente! —decía Pestsov con su voz de bajo—. Buenos días, Konstantín Dmítrich. El pasaje de más colorido —dijo Pestsov, continuando su diálogo— es aquel en que aparece Cordelia, aquel en que la mujer entra en lucha con la fatalidad. ¿No es cierto?

—¿Por qué Cordelia? —preguntó tímidamente Lievin, que había olvidado que se trataba de *El rey Lear*.

—Cordelia aparece. ¿No lo ve usted? —repuso Pestsov, indicando el programa a Lievin, que no había observado el texto de Shakespeare, traducido en ruso e impreso en el dorso del programa.

El entreacto se pasó en discutir los méritos y defectos de las tendencias de Wagner, y como Lievin se esforzaba para demostrar que este compositor había hecho mal en invadir el dominio de las otras artes, como lo hace la poesía, cuando quiere describir los rasgos de un rostro, lo cual debe dejarse a la pintura; Pestsov quiso probarle que el arte es único, y que para llegar a la suprema grandeza es preciso que

todas las manifestaciones se hallen reunidas en un solo grupo.

Lievin, cansado de fijar la atención, no escuchó ya la segunda pieza, cuya afectada sencillez fue comparada por Pestsov con una pintura prerrafaelista; y apenas terminado el concierto, fue a reunirse con su cuñada. Al salir, después de haber encontrado a varias personas conocidas, vio al conde Boll, y esto le hizo pensar en la visita que debía hacerle.

—Vaya usted pronto —dijo Natalia, a la cual confió su olvido, y a quien debía acompañar a una sesión pública de un comité eslavo—. Tal vez la condesa no reciba, y en tal caso volverá usted a reunirse conmigo.



## VI

¿SE recibe hoy? —preguntó Lievin, entrando en el vestíbulo de la casa de la condesa Boll.

—Sí, señor —contestó el conserje, apresurándose a despojar de su abrigo al visitante.

«¡Qué fastidio! —pensó Lievin, que daba vueltas a su sombrero entre las manos, dejando escapar un suspiro—. ¿Qué voy a decirles? ¿Para qué he venido aquí?»

En el primer salón encontró a la condesa, que con acento severo daba órdenes a un criado; pero la expresión de su rostro se dulcificó al ver a Lievin, a quien rogó que pasase a un gabinete, donde sus dos hijas hablaban con un coronel de Moscú, a quien Levin ya había conocido. Konstantín entró, saludó, se sentó junto a un canapé y colocó su sombrero entre las rodillas.

—¿Cómo sigue su esposa? —preguntó una de las jóvenes—. ¿Viene usted del concierto? Nosotras no hemos podido y mamá ha tenido que asistir a unos funerales.

—Sí —respondió Lievin—, ya sé. ¡Qué muerte tan inesperada!

La condesa se presentó a poco, se sentó en el canapé, y, volviéndose hacia Lievin, le hizo las mismas preguntas sobre la salud de Kiti y el concierto, añadiendo, para variar, algunos detalles sobre la muerte de una amiga.

—Nunca había gozado de buena salud. ¿Ha estado usted ayer en la ópera?

—Sí.

—La Lucca estuvo sublime.

Sí, estuvo muy bien —dijo Levin. Y, sin importarle lo que pudieran pensar de él, se puso a repetir lo que había oído decir cien veces respecto al talento particular de la cantante. La condesa Boll fingía escucharle.

Le pareció que había dicho ya bastante, se calló, y entonces el coronel, que hasta entonces había guardado silencio, comenzó a hablar a su vez. Habló de la ópera, de la nueva iluminación, y, tras hacer alegres pronósticos acerca de la *folle journée* que se preparaba en casa de Tiurin, rio, se levantó con gran ruido, saludó a todos y se fue.

Lievin hizo ademán de seguir el ejemplo; pero una mirada de asombro de la condesa lo contuvo. Había que esperar unos minutos más. Volvió a sentarse, renegando en su interior del papel que hacía, e inútilmente buscó un asunto de conversación.

—¿Irás usted a la sesión del comité? —preguntó la condesa—. Dicen que será interesante.

—He prometido ir allí a buscar a mi cuñada.

Nuevo silencio, durante el cual las tres damas cambiaron una mirada.

«Ya debe de ser tiempo de marcharme», pensó Lievin, levantándose de pronto. Las señoras no lo retuvieron esta vez, estrechándole la mano y encargándole mil

cosas para Kiti.

Al ponerse el abrigo, el conserje le preguntó cuáles eran las señas de su casa, y las apuntó gravemente en un magnífico libro encuadernado.

«En el fondo, todo me es igual —pensó Lievin—; pero, ¡Dios mío, qué estúpido parece el que visita y qué inútil y ridículo es todo esto!»

Y fue a buscar a su cuñada. La sesión pública del comité eslavo estaba muy concurrida. Asistía toda la buena sociedad. Lievin llegó al resumen, que según decían era muy interesante. Lievin encontró allí a Sviyazhski quien le invitó a la Sociedad de Agricultura a escuchar un célebre discurso; a Stepán Arkádich, recién llegado de las carreras, y a muchos otros conocidos. Lievin habló sobre la sesión, sobre una nueva obra teatral, sobre un proceso. Pero debido al cansancio, Lievin al hablar del proceso se confundió y después varias veces recordó con desagrado aquel error. Se trataba de la deportación de un extranjero juzgado en Rusia, y Lievin repitió lo que había oído decir la víspera a un conocido.

—Deportarlo es lo mismo que condenar a un pez a ser soltado en el agua —dijo. Después recordó que aquella frase, que había dado por suya y que había oído la víspera, estaba extraída de una fábula de Krilov, y que el conocido de Konstantín la había leído en un artículo de periódico.

Junto con su cuñada, Lievin se dirigió a su casa, encontró a Kiti alegre y sin novedad y se fue al club.

## VII

LIEVIN no había vuelto a poner los pies en el club desde la época en que, después de haber terminado sus estudios, pasó un invierno en Moscú, pero sus recuerdos se despertaron ante el gran pórtico, en el fondo el vasto patio circular, cuando vio al conserje abrirle la puerta de entrada saludando, e invitarle a despojarse de su abrigo antes de subir al piso primero. Así como en otro tiempo, experimentó una especie de bienestar, con la satisfacción de verse en tan buena compañía.

—Ya hacía mucho tiempo que no teníamos el gusto de verle a usted por aquí —dijo el segundo conserje, que recibió a Lievin en la parte superior de la escalera y que conocía a todos los socios del club, así como a sus familias—. El príncipe le escribió a usted ayer; Stepán Arkádich no ha llegado aún.

Al entrar Lievin en el comedor, halló las mesas ocupadas, y vio entre los convidados varias caras conocidas; allí estaban el anciano príncipe, Sviyazhski, Serguiei Ivánovich y Vronski; y todos, jóvenes y viejos, parecían haber dejado sus preocupaciones en el guardarropa para no pensar más que en las dulzuras de la vida.

—Vienes tarde —dijo el anciano príncipe, dando a su yerno la mano por encima del hombro—. ¿Cómo está Kiti? —añadió, mientras se introducía una punta de la servilleta en un ojal del chaleco.

—Está bien, y hoy come con sus dos hermanas.

—Tanto mejor; ve pronto a tomar asiento a la mesa si quieres encontrar sitio —añadió el príncipe.

—Por aquí, Lievin —gritó una voz jovial desde el fondo de la sala.

Era Turovtsin, que estaba sentado junto a un joven oficial y reservaba dos sitios, uno para Oblonski y el otro para Lievin; este ocupó con gusto una de las sillas y fue presentado al oficial, Gaguin de San Petersburgo. Siempre había sentido una simpatía particular hacia Turovtsin, que le recordaba el día de su declaración a Kiti, pero ahora, después de tensas y fatigosas conversaciones de aquel día, su presencia le agradó especialmente.

—Este Stepán se retrasa siempre.

—Ya viene.

—Acabas de llegar, ¿verdad? —dijo Oblonski a Lievin cuando estuvo a su lado—. Vamos a tomar una copita de vodka.

Y antes de dar principio a la comida, los dos amigos se acercaron a una mesa de grandes dimensiones; donde se veía un variado surtido de licores y entrantes. De unos veinte tipos de entrantes parecía que se podía elegir alguno acorde con cualquier gusto, pero Stepán Arkádich pidió uno especial, que un criado se apresuró a presentarle.

Después de la sopa se sirvió el champaña; Lievin tenía apetito, y bebió y comió

con gran placer, divirtiéndose mucho con las conversaciones de los comensales.

Se refirieron anécdotas un poco ligeras, los brindis recíprocos menudearon y las botellas iban desapareciendo rápidamente; se habló de caballos y de carreras, y se elogió el trotón de Vronski, *Atlasni*, que acababa de ganar un premio.

—Y he aquí el feliz propietario —dijo Stepán Arkádich hacia el fin de la comida, inclinándose para ofrecer la mano a Vronski, a quien acompañaba un coronel de la guardia, de gigantesca figura.

Vronski se inclinó hacia Oblonski y le dijo algunas palabras al oído, alargando después su mano a Lievin con una sonrisa.

—Me alegro mucho encontrarlo —le dijo—; lo busqué en toda la ciudad después de las elecciones, pero había desaparecido.

—Es verdad; marché el mismo día. Hablábamos de su caballo, y le doy la enhorabuena por su triunfo.

—¿No tiene usted también caballos de carrera?

—Yo, no; mi padre poseía una yeguada, y solo por tradición entiendo de ellos.

—¿Dónde has comido? —preguntó Oblonski.

—En la segunda mesa, detrás de las columnas.

—Lo han agobiado de felicitaciones; es muy bonito ganar un segundo premio imperial —dijo el coronel gigantesco—. ¡Ah, si yo pudiese tener la misma suerte en el juego! Bueno, que tengo prisa —y se alejó.

—Es Yashvin —contestó Vronski a Túrovtsyn, al ver al gigante dirigirse hacia la sala llamada infernal.

Vronski se sentó a la mesa; y bajo la influencia del vino y de la atmósfera sociable del club, Lievin habló cordialmente con él, muy satisfecho de no sentir odio contra su antiguo rival; hasta hizo una alusión al encuentro de Vronski con su esposa en casa de la princesa María Borísovna.

—¡Qué mujer! —exclamó Stepán Arkádich.

Y refirió una anécdota de la anciana señora que hizo reír a todo el mundo, particularmente a Vronski.

—Si hemos acabado, señores, salgamos —dijo Oblonski.

## VIII

LIEVIN salió del comedor muy contento y encontró a su suegro en la sala contigua.

—¿Qué dices de este empleo de la indolencia? —preguntó el anciano príncipe, cogiéndose del brazo de su yerno—. Vamos a dar una vuelta.

—No deseo otra cosa, porque esto me interesa.

Hablando y saludando a sus antiguos amigos al paso, los dos atravesaron las salas donde se jugaba a los naipes o al ajedrez, y pronto llegaron al billar, en el que un grupo de jugadores rodeaba una mesa llena de botellas de champaña; después dirigieron una mirada a la sala infernal, donde vieron a Yashvin, y, por último, visitaron el gabinete de lectura y otra habitación a la que el príncipe daba el nombre de «sala de los sabios», donde solo hallaron a tres caballeros discutiendo sobre política.

—Príncipe, lo esperan a usted —dijo uno de sus compañeros de juego, que lo buscaba por todas partes.

Una vez solo, Lievin, recordando las conversaciones sobre política oídas aquella mañana, no quiso escuchar la de aquellos tres señores, y se alejó en busca de Túrovtsyn y de Oblonski, con los cuales no se aburría.

Los encontró en la sala de billar, donde Stepán Arkádich y Vronski hablaban junto a la puerta.

Lievin oyó que el último decía: «No es que ella se aburra, pero esa indecisión la enerva», y quiso alejarse, pero Stepán Arkádich lo llamó.

—No te vayas, Lievin —le dijo, con los ojos húmedos, como los tenía siempre después de beber o de enternecerse; aquel día era lo uno y lo otro.

—Es mi mejor amigo —dijo, dirigiéndose a Vronski—, y como también me une contigo una sincera amistad, quisiera que os apreciaseis, porque sois dignos uno de otro.

—Ya no nos falta más que abrazarnos —contestó Vronski alegremente, ofreciendo a Lievin una mano, que este estrechó con la mayor cordialidad.

—Quedo muy complacido —dijo.

—Yo también —repuso Vronski.

A pesar de esta mutua satisfacción, ninguno de los dos supo decir nada.

—¡Trae champaña! —gritó Oblonski a un criado, y volviéndose hacia Vronski, añadió—. Ya sabes que Lievin no conoce a Anna, y por tanto quiero presentarlo.

—Se alegrará mucho —replicó Vronski—. Yo os hubiera rogado que fuéramos ahora mismo, pero estoy inquieto por Yashvin, y quiero vigilarlo.

—¿Está perdiendo?

—Todo cuanto posee; solo yo tengo alguna influencia sobre él, y, por

consiguiente, voy a buscarlo.

Y Vronski se alejó para reunirse con su amigo. Lievin descansaba de la fatiga intelectual producida por la conversación con Katavásov. Le alegraba su reconciliación con Vronski, y no le abandonaba ni por un instante una sensación de serenidad y satisfacción.

—¿Por qué no hemos de ir a casa de Anna sin él? —preguntó Stepán Arkádich, cogiendo del brazo a Lievin cuando estuvieron solos—. Hace mucho tiempo que he prometido presentarte. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—Nada de particular; vamos allá si lo deseas.

—Muy bien. Manda acercar el coche —dijo Oblonski a un lacayo.

Levin se acercó a la mesa, pagó la apuesta perdida en el partido, cuarenta rublos; pagó el gasto que había hecho en el club a un lacayo viejecito en la puerta, que de una manera particularmente misteriosa ya sabía cuánto era; y moviendo mucho los brazos, a través de diversas salas se dirigió hacia la puerta.

## IX

¡E L coche del príncipe Oblonski! —gritó el conserje con voz estentórea.

—El vehículo avanzó, y los dos amigos tomaron asiento. La impresión de bienestar físico y moral que Lievin experimentaba al entrar en el club persistió mientras estuvieron en el patio; pero los gritos de los cocheros en la calle y la muestra de color rojo de una taberna lo volvieron a la realidad, y se preguntó si haría bien en ir a casa de Anna. Stepán Arkádich, como si adivinase lo que su amigo pensaba, cortó sus meditaciones:

—¡Cuánto me agrada que la conozcas! Ya sabes que Dolli lo desea hace largo tiempo; Lvov la visita también; y aunque se trate de mi hermana, no puedo menos de reconocer su gran superioridad; es una mujer notable, mas por desgracia se halla en una situación muy crítica.

—¿Por qué?

—Negociamos un divorcio, en el que su esposo consiente, pero surgen dificultades a causa del niño, y hace tres meses que el asunto está paralizado. Cuando se decrete el divorcio se casará con Vronski, y su posición será entonces tan regular como la tuya o la mía.

—¿En qué consisten esas dificultades?

—Sería muy largo de contar. De todos modos, ya hace tres meses que está en Moscú, donde todo el mundo la conoce, y no ve a más mujer que a Dolli, porque no quiere imponerse a nadie. ¿Creerías tú que esa necia de princesa Varvara le ha dicho que dejaba de visitarla por conveniencia? Cualquiera otra mujer se juzgaría perdida; pero ya verás qué digna es su conducta y qué bien sabe arreglarse. ¡A la izquierda, frente a la iglesia! —gritó Oblonski al cochero, asomándose por la portezuela y echando hacia atrás sus pieles, a pesar de los doce grados de frío.

—¿No tiene una niña? No le dejará tiempo para aburrirse —preguntó Lievin.

—No ves en las mujeres más que una hembra, *une couveuse*. No puede ocuparse de otra cosa que no sean los niños. Anna educa muy bien a la niña, aunque no habla de ello. Pero no se ocupa solo de ella; también ejercita su inteligencia escribiendo. Sonríes y haces mal, pues lo que Anna escribe es un libro infantil; nadie sabe esto más que yo, pues fui quien enseñó el manuscrito al editor Vorkúiev. Como este último es también escritor, puede juzgar, y en su concepto, lo que ha leído es notable. Anna se ha encargado también de una niña inglesa y de su familia.

—¿Por filantropía?

—No se ha de buscar el ridículo. Esta familia es la de un profesor inglés de equitación, muy hábil en su oficio, a quien Vronski ocupó en otro tiempo; el infeliz, entregado a la bebida, abandonó mujer e hijos, y Anna se ha interesado por esa desgraciada. Y no creas que se limita a ofrecerles una ayuda material. Ella misma

prepara el ingreso de los niños en el gimnasio y les da clases de ruso. La niña se educa con su hija. Ahora la conocerás.

El coche penetró en aquel momento en un patio; Stepán Arkádich llamó a una puerta, y sin preguntar si se recibía, se despojó de sus pieles. Lievin, cada vez más inquieto sobre la conveniencia de lo que hacía, imitó a su amigo, y al mirarse en un espejo observó que estaba rojo como la grana. Un criado los recibió en el primer piso, e interrogado familiarmente por Stepán Arkádich, contestó que la señora estaba en el gabinete del conde con el editor Vorkúiev.

Cruzaron un pequeño comedor, entrando después en una habitación débilmente iluminada, en una de cuyas paredes se veía el retrato de una mujer de formas opulentas, cabello negro y mirada pensativa. Lievin quedó fascinado, y pensó que no podía existir en realidad semejante hermosura: era el retrato de Anna, hecho por Mijáilov en Italia. Había perdido noción del lugar en que se encontraba. Ya no escuchaba lo que le decían absorto en la contemplación de aquel extraordinario retrato. Aquello era más que un retrato, era una bella mujer viva, de negros y ondulados cabellos, hombros y brazos desnudos, con una sonrisa pensativa en sus labios cubiertos de un delicado vello. Su mirada dulce y triunfal lo turbaba. No estaba viva porque era más bella de lo que puede ser una mujer en la realidad.

—Me alegro mucho... —dijo una voz, que se dirigía evidentemente al recién llegado; era Anna, que, oculta en parte por unas macetas, se levantaba para recibir a los visitantes.

Y en la semioscuridad de la habitación, Lievin reconoció el original del retrato, con un traje sencillo que no se prestaba a la ostentación de la belleza; en la vida Anna era menos brillante, pero tenía un encanto singular, que faltaba al retrato.



## X

**A** NNA se adelantó hacia Lievin sin disimular el placer que le producía la visita; y con soltura y sencillez de una mujer de buen tono, le ofreció su pequeña mano. Le presentó a Vorkúiev y le dijo el nombre de la niña, sentada allí, junto a la mesa.

—Celebro mucho conocerlo —le dijo—, porque hace largo tiempo que ya no es un extraño para mí, gracias a Stepán y a la esposa de usted. Jamás olvidaré la impresión que Kiti me produjo; yo no podría compararla sino con una hermosa flor, y hace poco he sabido que muy pronto será madre.

Anna hablaba sin apresurarse, mirando sucesivamente a su hermano y a Lievin, y tratando a este último como si lo hubiese conocido desde la infancia.

Stepán Arkádich preguntó si se podía fumar.

—Para eso nos hemos refugiado en el gabinete de Alexiéi —contestó Anna, presentando una cigarrera de concha a Lievin, después de tomar un cigarrillo de papel.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Stepán Arkádich.

—Bastante bien, aunque un poco nerviosa, como siempre.

—¿No te parece hermoso? —preguntó Stepán Arkádich, observando la admiración de Lievin al contemplar el retrato.

—No he visto nada más perfecto.

—Ni de tanto parecido —añadió Vorkúiev.

El rostro de Anna pareció iluminarse cuando, para comparar el retrato con el original, Lievin la miró atentamente; se sonrojó al punto, y para ocultar su turbación quiso preguntar a la señora de Karenin cuándo había visto a Dolli. Pero Anna se adelantó:

—Ahora hablaba con el señor Vorkúiev de los cuadros de Váschenkov. ¿Los conoce usted?

—Sí —contestó Lievin

—Pero, perdone, le he interrumpido. Quería decir...

Lievin le preguntó cuándo había visto a Dolli.

—Ayer. Está muy enfadada con los profesores de Grisha, a quienes acusa de injustos.

—Sí, he visto los cuadros y no me han gustado nada —dijo Lievin, volviendo a la conversación anterior.

Lievin ya no hablaba por pura cortesía como por la mañana. Toda palabra pronunciada en aquella conversación adquiriría un significado especial. Le agradaba hablar con Anna, pero sobre todo le agradaba escucharla.

Anna hablaba con naturalidad y conocimiento del problema, pero sin dar

importancia a sus opiniones y, por el contrario, atenta a la opinión de su interlocutor.

Se hablaba de las nuevas tendencias del arte, de las ilustraciones de la Biblia hechas por un pintor francés.

Como Vorkúiev censurase el realismo exagerado del artista francés, Lievin observó que este realismo era una reacción, pues jamás se había extremado tanto como en Francia la convención en el arte.

—No mienten y hasta en ello ven la poesía —dijo.

Nunca había encontrado Lievin tanto placer al expresarse como aquel día. El rostro de Anna se iluminó cuando comprendió y apreció la idea profunda de Lievin. Anna Arkádievna sonrió.

—Me río —dijo— como ríe uno al encontrar un gran parecido en un retrato. Lo que dice usted caracteriza perfectamente todo el arte francés actual, tanto la pintura como la literatura: Zola, Daudet.

Y tal vez suceda siempre así; se comienza por soñar tipos imaginarios, un ideal de convención; pero hechas las combinaciones, estos tipos parecen desagradables y fríos, y se vuelve a lo natural.

—Justamente —repuso Vorkúiev.

—¿Conque vienes del club? —preguntó Anna a su hermano, inclinándose hacia él para hablarle en voz baja.

«¡Qué mujer!», pensó Lievin, absorto en la contemplación de aquella fisonomía movible, que tan pronto expresaba curiosidad, cólera y altivez, mientras Anna hablaba con Stepán. Pero su emoción fue pasajera, y cerrando a medias los ojos, como para concentrar sus recuerdos, se volvió hacia la pequeña inglesa, a la cual dijo en inglés;

—*Please, order the tea in the drawing-room.*

La niña salió.

—¿Cómo se ha portado en los exámenes? —preguntó Stepán Arkádich.

—Perfectamente; es una joven de mucha disposición.

—Acabarás por preferirla a tu hija.

—¡Lo dice un hombre! ¿Se pueden comparar estos dos afectos? Amo a mi hija de una manera y a esta niña de otra.

—¡Ah, si Anna quisiera aplicar en provecho de los niños rusos la centésima parte de la actividad que consagra a esta pequeña inglesa, qué útiles serían sus servicios! —dijo Vorkúiev.

—¿Qué quiere usted? Esto no se impone; el conde Alexiúi Kirílovich me recomendó mucho visitar las escuelas en el campo, y jamás pude interesarme por ellas. Ustedes hablan de energía; pero la base de esta es el amor, y el amor no se da como se quiere. Me sería muy difícil explicar por qué he tomado cariño a esa niña inglesa, pues no lo sé.

Y miró a Lievin como para demostrarle que solo hablaba con el objeto de obtener su aprobación, aunque segura de que los dos se comprendían.

—Soy en un todo del parecer de usted —dijo Lievin—; pero no se puede poner el corazón en esas cuestiones escolares, y he aquí por qué las instituciones filantrópicas son generalmente letra muerta.

—Sí —repuso Anna, después de una pausa—; jamás he sentido nada al ver un colegio de niñas; sin duda no tengo el corazón bastante grande, ni aun ahora, cuando tanto necesito...

Y aunque hablaba con su hermano, fijó una triste mirada en Lievin, a quien dijo después de una pausa:

—Tiene usted fama de no ser un buen ciudadano; pero siempre lo he defendido a usted.

—¿De qué modo?

—Según eran los ataques. Si a ustedes les parece —añadió, tomando de la mesa un libro encuadernado—, vamos a tomar el té.

—Déme usted eso—dijo Vorkúiev, señalando el libro.

—No; vale poca cosa.

—Ya se lo he dicho —murmuró Stepán Arkádich, señalando a Lievin.

—Has hecho mal —replicó Anna—, pues mis escritos se parecen a esas pequeñas obras hechas por los prisioneros a fuerza de paciencia.

Lievin advirtió un nuevo rasgo en aquella mujer que tanto le había agradado. Además de inteligencia, gracia, belleza, poseía el don de la sinceridad. No intentaba ocultar la gravedad de su situación. Al explicarlo, Anna suspiró y su rostro, con una expresión severa, quedó inmóvil. Aquella expresión, nueva para Lievin, y que la hacía más bella, no aparecía en el retrato, en el que el rostro de Anna irradiaba felicidad. Lievin volvió a mirar el retrato, después dirigió la vista a Anna, cuando esta, del brazo de su hermano, atravesaba la puerta, y sintió que su corazón se colmaba de ternura y compasión. Aquellos sentimientos lo sorprendieron. Anna dejó a los hombres pasar delante y se quedó detrás para conversar con Stepán. ¿De qué le hablaría? ¿Del divorcio y de Vronski? Lievin, pensando en esto, no oyó nada de lo que le dijo Vorkúiev sobre el libro escrito por la señora de Karenin.

Durante el té prosiguió la misma agradable conversación. Ni por un instante faltó tema para conversar. Por el contrario, Lievin tenía que contenerse para escuchar con agrado lo que decían los demás. Y toda aquella conversación —no solo las palabras de Anna, sino también de Vorkúiev, de Stepán Arkádich— adquiría, gracias a ella, un significado especial.

Al oír a Anna, admiraba su inteligencia, su instrucción, su buen criterio, y trataba de penetrar en los pliegues de su vida íntima. Aunque tan rápido para juzgar y tan severo en otro tiempo, solo pensaba en excusarla, y la idea de que no era feliz y de

que Vronski no la comprendía, le oprimió el corazón.

Eran ya más de las once cuando Stepán Arkádich se levantó para marcharse; Vorkúiev se había retirado ya; Lievin dejó su silla con sentimiento, pareciéndole que solo había estado allí un instante.

—Adiós —le dijo Anna, reteniéndole una mano entre las suyas, con una mirada que lo turbó—. Me alegro que se haya roto al fin el hielo que nos separaba; diga usted a su esposa que la amo como en otro tiempo, y si no puede perdonarme mi situación, desearé, por lo menos, que jamás la comprenda ella. Para perdonar es preciso haber sufrido, y que Dios la preserve de ello.

—Se lo diré —contestó Lievin, sonrojándose.

## XI

¡ENCANTADORA e infeliz mujer!», pensó Lievin cuando estuvo en la calle y sintió el aire helado de la noche.

—¿Qué te había dicho yo? —le preguntó Stepán Arkádich—. ¿No tenía razón?

—Sí —contestó Lievin, con aire pensativo—; esa mujer es verdaderamente notable, y la seducción que ejerce no es debida solo a su talento; se comprende que tiene corazón; pero inspira lástima.

—A Dios gracias, confío que todo se arreglará; pero sirva esto para demostrarte que es preciso desconfiar de los juicios temerarios. Adiós, pues no vamos por el mismo camino.

Lievin entró en su casa subyugado por el encanto de Anna, tratando de recordar los menores incidentes de la tertulia y persuadido de que comprendía a aquella mujer superior.

\* \* \*

Al abrir la puerta, Kuzmá dijo a su amo que Katerina Alexándrovna seguía bien, y que sus hermanas acababan de salir; al mismo tiempo, le entregó dos cartas, que Lievin leyó al punto. Una era de su intendente, que no encontraba comprador para el trigo a un precio razonable; la otra de su hermana, la cual le daba quejas por haber descuidado el asunto de la tutela.

«Pues venderemos más barato —pensó Lievin, resolviendo ligeramente la primera cuestión—; y en cuanto a mi hermana, tiene razón de quejarse; pero el tiempo pasa tan rápidamente que no he hallado medio de ir al tribunal hoy.»

Lievin se prometió ocuparse del asunto el día siguiente, y al encaminarse a la habitación de su mujer, pensó en sus ocupaciones de aquel día. ¿Qué había hecho más que hablar y siempre hablar? Ninguno de los asuntos tratados le hubiera hecho perder el tiempo en el campo; solo tenían importancia allí, y aunque aquellas conversaciones no tuviesen nada de reprensibles, sentía como un remordimiento en el fondo del corazón al recordar su ternura hacia Anna.

Kiti estaba triste y meditabunda; la comida de las tres hermanas había sido alegre, pero como Lievin no volvía, la noche le pareció más larga.

—¿Qué ha sido de ti? —le preguntó al observar en sus ojos un brillo sospechoso, pero absteniéndose de indicar nada que pudiese contener su expansión.

—He encontrado a Vronski en el club, y me alegro mucho; todo ha pasado naturalmente, y en adelante no habrá hostilidad entre nosotros, aunque mi intención no sea buscar su compañía.

Al decir estas palabras se sonrojó, pues para no buscar su compañía había ido a casa de Anna al salir del club.

—Nos quejamos de las tendencias del pueblo a la embriaguez, pero yo creo que los hombres de mundo no beben menos ni se limitan tampoco a emborracharse los días de fiesta.

A Kiti le interesaba mucho más averiguar por qué su marido se sonrojaba que discutir sobre las tendencias a la embriaguez, y, por tanto, continuó sus preguntas:

—¿Qué has hecho después de comer?

—Stepán se empeñó en que lo acompañase a casa de Anna Arkádievna —contestó Lievin, sonrojándose cada vez más, y no dudando ya que su visita había sido poco conveniente.

Los ojos de Kiti brillaron como un relámpago, pero se contuvo y exclamó sencillamente:

—¡Ah!

—Supongo que no te enojarás, pues Stepán Arkádich me lo rogó con mucha insistencia, y yo sabía que Dolli lo deseaba igualmente.

—¡Oh, no! —contestó Kiti con una mirada que no presagiaba nada bueno.

—Es una mujer encantadora que debemos compadecer —continuó Lievin; y refirió los detalles sobre la vida de Anna, repitiendo a su esposa las últimas palabras que le había dirigido para que las transmitiera a Kiti.

—¿De quién has recibido carta? —preguntó.

Lievin se lo dijo, y engañado por la aparente calma de Kiti, pasó a su gabinete para desnudarse; pero, cuando volvió, su esposa, que no se había movido, al verlo acercarse, comenzó a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto, aunque comprendía la causa de aquel llanto.

—Tú te has enamorado de esa espantosa mujer —dijo Kiti—; lo he conocido en tus ojos; te ha hechizado y no podía ser de otro modo. Has estado en el club, has bebido en demasía; y después de esto, ¿dónde habías de ir sino a casa de una mujer como ella? No, esto no puede seguir así, y mañana mismo nos marcharemos... Yo me marcho.

Mucho tuvo que hacer Lievin para dulcificar a su esposa, y no lo consiguió sino prometiendo no volver más a casa de Anna, cuya perniciosa influencia, agregada a un exceso de la bebida, había turbado su razón. Lo que confesó con más sinceridad fue el mal efecto que le producía aquella vida ociosa que se pasaba en correr, beber y charlar. Los cónyuges hablaron hasta altas horas de la noche, y al fin conciliaron el sueño a las tres de la mañana, suficientemente reconciliados.

## XII

**D**ESPUÉS de haberse despedido de sus visitantes, Anna comenzó a pasear por las habitaciones, sin ocultarse que hacía algún tiempo sus relaciones con los hombres tomaban cierto carácter de coquetería casi involuntaria, y se confesaba que había hecho lo posible para trastornar la cabeza a Lievin; pero aunque este la hubiera agradao y encontrara cierta analogía secreta entre él y Vronski, a pesar de ciertos contrastes exteriores, no era en él en quien pensaba: la perseguía otra idea.

«Puesto que ejerzo una atracción tan sensible en un hombre casado, enamorado de su esposa, ¿por qué —se preguntaba— no la tengo yo para él? ¿Por qué se muestra tan frío? Aún me ama, pero alguna cosa nos divide. No ha vuelto en toda la noche, bajo el pretexto de vigilar a Yashvin, como si este fuera algún niño. No miente, sin embargo, lo que se propone es probarme que quiere conservar su independencia; pero como yo no la discuto, no necesitaba hacer eso. ¿No podrá comprender el horror de mi vida presente y esta larga expectativa y un desenlace que no llega? ¡Siempre sin respuesta! ¿Qué puedo hacer yo entretanto? ¡Nada; solo reprimirme, tascar el freno y forjarme distracciones! Esos ingleses, esas lecturas y ese libro no son sino tentativas para aturdirme, como la morfina que tomo por la noche. ¡Solo su amor me salvaría!», murmuró, y sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su suerte.

En aquel momento resonó un campanillazo bien conocido, y Anna, enjugándose los ojos, fingió la mayor serenidad, y fue a sentarse junto a la lámpara con un libro en la mano; quería manifestar su descontento, pero no dar a conocer su dolor; era preciso que Vronski no se permitiese compadecerla; y de este modo ella misma provocaba la lucha, aunque acusaba a su amante de querer empeñarla. Vronski entró, muy contento y animado, se acercó a ella y le preguntó alegremente si se había aburrido.

—¡Oh, no; ya he perdido la costumbre! Stepán Arkádich y Lievin han venido a verme.

—Ya lo sabía. ¿Te agrada Lievin? —preguntó Vronski, sentándose al lado de Anna.

—Mucho; hace un momento que acaban de salir. ¿Qué has hecho de Yashvin?

—¡Qué terrible pasión la del juego! Ganaba ya diecisiete mil rublos, y había conseguido llevármelo, cuando se me escapó de pronto y ahora lo está perdiendo todo.

—Entonces, ¿por qué vigilarlo? —preguntó Anna, levantando la cabeza bruscamente y mirando atentamente a Vronski con la expresión fría y disgustada—. Después de haber dicho a Stepán que te quedabas con tu amigo para impedirle jugar, ¿acabas al fin por abandonarlo?

—En primer lugar, yo he encargado a Stepán que no te dijera nada; en segundo, no acostumbro mentir —contestó Vronski, con fría resolución—, y, por último, he

hecho lo que convenía hacer. Anna —añadió después de una pausa—, ¿a qué vienen esas recriminaciones? —y alargó hacia ella su mano abierta, esperando que la estrechase; pero un mal espíritu aconsejó a Anna no dar la suya, como si las condiciones de la lucha no le dejasen bajar la cabeza, aunque le agradaba este gesto de ternura.

—Seguramente —dijo— has hecho lo que te parecía mejor; no lo dudo, pero no es necesario insistir en ello. ¿Para qué me lo dices? ¿Hay alguien que discute tus derechos? ¡Si quieres tener la razón, te la doy!

Al ver que Vronski retiraba su mano con aire resuelto, añadió:

—Esta es una cuestión de tenacidad por tu parte, y solo se trata de saber quién de los dos vencerá. ¡Si tú supieras hasta qué punto me creo estar en el borde de un abismo y me espanta a mí misma cuando manifiestas ese carácter hostil, no me lo darías a conocer!

Y entristecida al pensar en su suerte, volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—Pero ¿a qué viene todo eso? —dijo Vronski, atemorizado al ver aquella desesperación e inclinándose hacia ella para coger su mano y besarla—. ¿Puedes acusarme porque busco distracciones fuera? ¿No huyo de la compañía de mujeres?

—¡No faltaría más sino que la buscaras!

—Vamos, dime lo que necesitas para ser feliz; estoy dispuesto a todo para evitarte una pena —añadió, al verla entristecida.

—No, no es nada —repuso Anna—; la soledad y mis nervios me ponen así; no se hable más del asunto. Cuéntame lo que ha ocurrido en las carreras —añadió, procurando disimular el orgullo que experimentaba por haber triunfado en esta pequeña batalla—, pues aún no me has dicho nada.

Vronski pidió de cenar, y mientras comía repitió los incidentes de la carrera; pero por la inflexión de su voz y su mirada cada vez más fría, Anna comprendió que le hacía pagar su reciente victoria, y que no le perdonaría nunca las palabras «me espanto de mí misma y creo estar en el borde de un abismo». Esta era un arma peligrosa de que no convenía servirse ya; Anna reconoció que entre ellos se interponía un espíritu de lucha que no podía dominar, así como tampoco Vronski.



## XIII

**A**LGUNOS meses antes, Lievin no hubiera creído posible dormir tranquilamente después de un día como el que acababa de pasar; pero no es difícil acostumbrarse a todo, particularmente cuando se ve a los demás hacer lo mismo. Durmió, pues, pacíficamente, sin cuidarse de los gastos exagerados, del tiempo perdido, de sus excesos en el club, de su absurda intimidad con un hombre que en otro tiempo estuvo enamorado de Kiti y de su intempestiva visita a Anna, que, bien mirado, no era más que una mujer perdida. El ruido de una puerta que se abría lo despertó sobresaltado; Kiti no estaba en el lecho, y detrás del biombo que dividía la habitación vio luz.

—¿Qué ocurre, Kiti? —preguntó—. ¿Eres tú?

—No es nada —contestó Kiti, presentándose con una bujía en la mano y sonriendo significativamente—; me siento un poco indisputa.

—¡Cómo!, ¿comienza ya eso? —exclamó Lievin, ya atemorizado, buscando su ropa para vestirse cuanto antes.

—No, eso no es nada; ya pasó —dijo Kiti, reteniendo a su esposo con ambas manos.

Y acercándose al lecho, apagó la luz y se acostó otra vez. Lievin estaba tan cansado, que a pesar del temor que experimentó al ver a su mujer aparecer con una luz, volvió a dormirse muy pronto, sin cuidarse de los pensamientos que debían cruzar por la mente de su querida esposa mientras permanecía echada a su lado esperando el momento más solemne en la vida de una mujer. A eso de las siete, Kiti, luchando entre el temor de despertar a su marido y el deseo de hablarle, acabó por apoyar su mano en el hombro de Lievin.

—Kostia —le dijo—, no temas nada, pero me parece que sería mejor ir a buscar a Lizavieta Petrovna—. Así diciendo, volvió a encender la bujía, y Lievin la vio sentada en el lecho, calcetando. Te ruego que no te espantes —le dijo al ver la expresión de terror de su esposo—; yo no temo nada.

Y cogiéndole la mano, la oprimió contra su corazón y sus labios.

Lievin saltó del lecho, se puso la bata, y sin apartar la vista de su esposa, se dirigió a sí mismo las más amargas reprensiones al recordar la escena de la víspera. Aquel rostro querido, aquella mirada, aquella expresión encantadora que amaba tanto, se le aparecieron bajo una nueva luz; jamás aquella alma cándida y transparente se le había revelado así; y en su desesperación por verse obligado a salir en aquel momento, no se cansaba de contemplar aquellas facciones animadas de una alegre resolución.

También Kiti lo miraba, pero de pronto se fruncieron sus cejas, atrajo a su esposo hacia ella y se oprimió contra su pecho como angustiada por un vivo dolor. El primer

pensamiento de Lievin ante aquel sufrimiento mudo fue creerse otra vez culpable; pero la tierna mirada de Kiti lo tranquilizó, y lejos de acusarlo, parecía expresar que lo amaba más; se hubiera dicho que en medio de sus quejas se enorgullecía de aquel padecimiento; y Lievin comprendió que su esposa llegaba a una elevación de sentimientos que él no podía comprender.

—Vamos —dijo Kiti al cabo de un momento—; ahora no sufro ya, y puedes ir a buscar a Lizavieta Petrovna; ya he enviado un recado a mamá.

Con gran asombro suyo, Lievin observó que su esposa recobraba el ánimo después de llamar a su doncella. Cuando entró en la habitación, después de haberse vestido apresuradamente, vio a Kiti andar de un lado a otro y dando sus órdenes para que arreglasen las cosas.

—Voy a casa del doctor —dijo—, y ya he dado orden para que avisen a la comadrona. ¿No se necesita nada más? ¡Ah, sí, Dolli!

Kiti lo miraba sin escuchar, y le hizo una señal con la mano.

—Sí, sí —repuso—; ya puedes ir.

Y mientras cruzaba la sala creyó oír una queja.

«¡Señor —exclamó, cogiéndose la cabeza con ambas manos y saliendo precipitadamente—, apiadaos de nosotros, perdonadnos, socorrednos!»

En aquel instante, Lievin comprendía que ni las dudas ni la imposibilidad racional de creer, le impedían dirigirse a Dios. ¿A quién iba a dirigirse si no era a Aquel, que en sus manos tenía su vida, su alma y su amor?

El caballo no estaba enganchado aún, y para no perder tiempo ni distraer su atención, mandó al cochero seguirlo tan pronto como pudiera.

En la esquina de la calle vio un pequeño trineo que llegaba al trote de un escuálido caballo, y el cual conducía a Lizavieta Petrovna, que llevaba la cabeza casi oculta por un chal.

—¡Gracias a Dios! —murmuró al divisar a la comadrona, cuyo rostro tenía en aquel momento una expresión grave.

Y corrió a su encuentro, deteniéndola al paso.

—¿No hace más que dos horas? —preguntó la comadrona—. Pues entonces no dé usted mucha prisa al doctor, y no se olvide de comprar un poco de opio en la botica.

—¿Cree usted que saldrá bien? —preguntó con ansiedad—. ¡Dios me ampare!

Y viendo llegar a su cochero, saltó al vehículo y se dirigió a casa del doctor.

## XIV

**A**ÚN dormía el doctor, y el criado, que se ocupaba en limpiar las lámparas, dijo que su señor se había acostado muy tarde y que no se atrevía, por tanto, a interrumpir su sueño.

Lievin, turbado al principio, resolvió ir a la botica, prometiéndose permanecer tranquilo; pero sin omitir nada para llevar consigo al doctor. En la farmacia comenzaron por rebuscarle el opio con tanta indiferencia como la que mostró el criado del médico para despertar a su amo; pero Lievin insistió, citó el nombre del doctor que lo enviaba y de la comadrona, y al fin obtuvo el medicamento. Apurada la paciencia, arrancó el frasco de manos del farmacéutico, que le ponía su etiqueta, lo envolvía y ataba con una calma insoportable.

El doctor seguía durmiendo, y esta vez el criado sacudía la alfombra. Resuelto a conservar su sangre fría, Lievin sacó un billete de diez rublos de su cartera, y poniéndolo en la mano del inflexible servidor, le aseguró que Piotr Dmítrich no le reñiría, pues había prometido ir a la casa a cualquier hora del día o de la noche. ¡Cuánta importancia tenía a sus ojos ahora aquel Piotr Dmítrich, tan insignificante de ordinario!

El criado, a quien aquellos argumentos convencieron, abrió entonces la puerta de una sala de espera, y muy pronto se oyó al doctor toser en la habitación contigua y contestar que iba a levantarse. Aún no habían transcurrido tres minutos, cuando Lievin, fuera de sí, llamaba a la puerta de la alcoba.

—¡En nombre del cielo, Piotr Dmítrich! Dispéñseme usted, porque mi mujer sufre hace ya más de dos horas.

—Ya voy, ya voy —contestó el doctor, con una voz que indicaba que se sonreía.

«Esa gente no tiene corazón —pensó Lievin al oír que el doctor se arreglaba—; puede lavarse y peinarse tranquilamente cuando en este momento se agita tal vez una cuestión de vida o muerte.»

—¡Buenos días, Konstantín Dmítrich! —dijo el doctor, entrando tranquilamente en el salón—. ¿Qué ocurre?

Lievin hizo entonces un relato circunstancial sobre lo que pasaba, con una infinidad de detalles inútiles, interumpiéndose a cada momento para instarle a que lo acompañase a su casa; y por eso consideró como una burla la proposición que este le hizo de tomar una taza de café.

—Ya comprendo de qué se trata —dijo el doctor con una sonrisa—, y puede usted creer que la cosa no es urgente. Nosotros los maridos hacemos un papel muy ridículo en tales casos; el esposo de una de mis clientes se suele refugiar en la cuadra.

—Pero ¿usted cree que saldrá bien?

—Así lo espero.

—¿Vendrá usted pronto?

—Dentro de una hora.

—¡En nombre del cielo!

—Pues bien, déjeme usted tomar café y voy enseguida.

Mas al ver al doctor dar principio a su desayuno con la mayor cachaza, Lievin no pudo contenerse más tiempo.

—Yo me voy —dijo—; júreme usted que vendrá de aquí a un cuarto de hora.

—Concédame usted media hora.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

Lievin encontró junto a la puerta a la princesa, que acudía también presurosa, y ambos se dirigieron a la habitación de Kiti después de haberse abrazado con lágrimas en los ojos.

Desde que Lievin había comprendido la situación, al despertarse, resuelto a sostener el valor de su mujer se había prometido reprimir sus impresiones y los impulsos de su corazón; e ignorando la duración posible de aquella prueba, se había fijado como término máximo cinco horas, durante las cuales se proponía conservar toda su firmeza; pero cuando volvió al cabo de una hora y encontró a Kiti padeciendo siempre, lo acosó el temor de no poder resistir, e invocó al cielo para no desfallecer. Transcurrieron cinco horas sin que el estado variase, y el terror de Lievin aumentó con los padecimientos de su esposa; poco a poco, las condiciones habituales de la vida desaparecieron para él; la noción del tiempo dejó de existir, y según que su mujer se cogía a él con fuerza o le rechazaba profiriendo un gemido, los minutos le parecían horas o las horas minutos. Cuando la comadrona pidió luz, le sorprendió que hubiese llegado ya la noche. ¿Cómo había pasado aquel día? No hubiera podido decirlo: unas veces se vio junto a Kiti, agitada y quejándose y después serena y casi risueña; otras, se hallaba al lado de la princesa, dominada por su emoción, con sus rizos grises descompuestos y mordiéndose los labios para no llorar; también había visto a Dolli, al doctor fumando cigarrillos, a la comadrona con su expresión grave, aunque tranquila, y al anciano príncipe paseando por el comedor con aire sombrío. Las entradas, las salidas, todo se confundía en su pensamiento; la princesa y Dolli estaban con él en la habitación de Kiti, y de pronto todos iban al salón, donde estaba la mesa puesta para tomar algún refrigerio. Se le enviaba varios recados, y después arreglaba varias sillas y divanes, donde debía pasar la noche, según le dijeron. De pronto le ordenaban que fuera a preguntar alguna cosa al doctor, y este lo contemplaba, hablándole después de los imperdonables desórdenes de la Duma<sup>[54]</sup>. ¿Cómo había sucedido todo esto? ¿Por qué la princesa lo cogía de la mano con aire compasivo? ¿Por qué Dolli trataba de hacerle comer, procurando inducirle a ello con sus razonamientos? ¿Por qué el doctor le ofrecía gotas para calmarse, mirándolo

gravemente?

Lievin se hallaba en el mismo estado moral que un año antes junto al lecho de muerte de Nikolái; la ansiedad del dolor futuro, así como la esperanza de la dicha, lo transportaba sobre el nivel habitual de la existencia, elevándolo a grandes alturas, desde donde descubría cimas que las dominaban; y su alma llamaba a Dios con la misma sencillez e igual confianza que cuando era niño.

Todo aquel tiempo Lievin sintió su alma desdoblada. Cuando no estaba con Kiti, en presencia del doctor, de Dolli, del viejo príncipe, donde se hablaba de la comida, de política, de la enfermedad de María Petrovna, Lievin olvidaba por un instante todo lo que ocurría y se le antojaba haberse despertado después de una pesadilla; mientras que al pie del lecho de Kiti, su corazón se desgarraba de compasión y Lievin rezaba sin cesar. Y cada vez que oía un grito en la alcoba, acudía para justificarse, aunque comprendía que no era culpable de nada, y defenderla, ayudarla. Pero al ver que en nada podía ayudarla, exclamaba lleno de horror: «Dios mío, perdónala y ayúdala». A medida que transcurría el tiempo, más agudos eran ambos estados de ánimo: en su ausencia, el olvido de Kiti era completo; junto a su lecho, sentía la inmensidad de sus sufrimientos y su total impotencia. Lievin quería huir y corría hacia ella. A veces, cuando ella lo llamaba, la hacía culpable de todo. Pero le bastaba mirar su rostro sumiso y sonriente, oír sus palabras: «Te estoy martirizando», para que Lievin condenara a Dios, pero al instante le pedía perdón y gracia.

## XV

Las bujías se consumían en sus candelabros, y Lievin sentado junto al doctor, le oía discutir sobre el charlatanismo de los magnetizadores, cuando de pronto resonó un grito que no tenía nada de humano; Konstantín quedó inmóvil, mirando con expresión de terror al médico, que inclinando la cabeza como para oír mejor, sonrió con aire de aprobación. Lievin se había acostumbrado ya a no extrañar nada, y pensó que el grito no tenía nada de extraordinario; mas para explicárselo entró de puntillas en la alcoba de la paciente. Evidentemente ocurría alguna cosa nueva; lo reconoció por la expresión grave del pálido rostro de la comadrona, que no separaba la vista de Kiti; esta volvió la cabeza, y, con su mano húmeda cogió la de su esposo y la oprimió sobre la frente.

—Quédate, quédate —le dijo—; ya no tengo miedo... Mamá, quítame los pendientes. ¿Se acabará esto pronto, Lizavieta Petrovna?

Mientras hablaba, su semblante se desfiguró de repente, y Kiti profirió otro grito espantoso.

Lievin se llevó ambas manos a la cabeza, y huyó de la habitación.

—No es nada, todo va bien —le murmuró Dolli al oído.

Pero era inútil hablarle; lo creía perdido todo, y apoyado en el marco de la puerta, se preguntaba si era Kiti la que había podido gritar así; pensaba en la criatura con horror, y sin rogar a Dios por la vida de su mujer, le pedía que pusiera fin a sus horribles padecimientos.

—¿Qué significa eso doctor? —le preguntó, cogiéndolo del brazo.

—Es el fin —contestó el médico, con una expresión tan grave que Lievin creyó que su esposa se moría.

Y no sabiendo ya qué hacer, volvió a la alcoba de la paciente, a la cual no reconoció; tal era la descomposición de sus facciones. Levin apoyó su cara contra la madera de la cama y le parecía que su corazón iba a estallar.

Los gritos estremecedores sonaron sin interrupción durante algún tiempo, cada vez más terribles. Pero de pronto, y como habiendo llegado ya su último límite, se dejaron de oír, cosa que pareció a Lievin increíble; se siguieron varias idas y venidas; se cuchicheaba a su alrededor, y al fin la voz de Kiti murmuró con indefinible expresión de contento: «¡Ya se acabó!». Lievin levantó la cabeza; su esposa lo miraba, tratando de sonreír, y su belleza era en aquel momento sobrenatural.

Las cuerdas demasiado tensas se rompieron, y saliendo del mundo misterioso y terrible donde se había agitado durante veintidós horas, Lievin, volviendo a la realidad de una luminosa dicha, comenzó a llorar y a sollozar con tal fuerza que no pudo decir una sola palabra. De rodillas junto a su esposa, besaba su mano, mientras que al pie del lecho se agitaba entre los brazos de la comadrona, como la luz vacilante

de una pequeña lámpara, la débil llama de aquel ser humano que entraba en el mundo con derechos para existir.

—Vive, vive; no hay nada que temer, y es un niño —oyó decir Lievin, mientras que con mano temblorosa Lizavieta Petrovna friccionaba la espalda del recién nacido.

—¿Es cierto, mamá? —preguntó Kiti.

La princesa contestó con un sollozo.

Como para desvanecer la menor duda de la madre, una voz se elevó en medio del silencio general; esta voz era un grito particular, resuelto, casi impertinente, proferido por aquel nuevo ser humano.

Algunos momentos antes, Lievin hubiera creído sin vacilar, si alguien se lo hubiese dicho, que Kiti había muerto, que sus hijos eran ángeles y que todos se hallaban en presencia de Dios; y aun ahora que volvía a la realidad hubo de hacer un prodigioso esfuerzo para admitir que su esposa vivía y que aquella criatura era su hijo. Inmensa felicidad era para Konstantín ver a Kiti salvada; mas ¿para qué se quería aquel niño y de dónde venía? Pasó mucho tiempo antes que pudiese acostumbrarse a esta idea.

## XVI

**E**L anciano príncipe, Serguiéi Ivánovich y Stepán Arkádich se hallaron reunidos al día siguiente en casa de Lievin a eso de las diez, para enterarse del estado de Kiti. Konstantín se creía separado de la víspera por un intervalo de cien años; oía a los demás conversar y se esforzaba para descender hasta ellos desde las alturas en que creía hallarse. Hablando de cosas indiferentes, pensaba en su esposa y en su hijo, a cuya existencia no daba crédito aún; la misión de la mujer en la vida tenía para él gran importancia desde que se casó, y ahora ocupaba a sus ojos el más alto lugar. Escuchando la conversación sobre la comida del día anterior en el club, pensaba: «¿Qué estará pasando ahora? ¿Se habrá quedado dormido? ¿En que estará pensando? Estará llorando mi hijo Dmitri?». No pudo aguantar más sin verlos.

—Pregunta si puedo entrar —dijo el anciano príncipe al ver a Lievin saltar de la silla para ir a ver a su esposa.

Kiti no dormía; bien arreglada en su lecho, tenía las manos puestas sobre la colcha y hablaba en voz baja con su madre; su mirada brilló al ver a Lievin, En su rostro se advertía aquel cambio de terrenal a ultraterreno, aquella serenidad sobrenatural que se observa en los rostros de los muertos, con la diferencia de que en estos es de despedida y en el de Kiti era de bienvenida.

La emoción que había experimentado durante el parto, volvió a apoderarse de él. Levin, vencido por su debilidad, no pudo decir ni una palabra y volvió la cabeza.

—¿Has dormido poco? —preguntó a su marido—. Yo he dormitado y me siento bien.

La expresión de su rostro cambió súbitamente al oír el vagido de la criatura.

—Démelo usted para enseñárselo a su padre —dijo a la comadrona.

—Ahora lo enseñaremos, cuando esté arreglado —contestó Lizavieta, fajando al pie de la cama algo extraño, rojizo, que no paraba de moverse. La comadrona desenvolvió aquel objeto tan raro —el niño— y se puso a vestirlo otra vez, moviéndolo con un solo dedo de un lado para otro y echándole el talco.

Lievin miró a la criatura, esforzándose inútilmente para reconocerse sentimientos paternos, pero lo único que sentía por ella era cierta grima. Pero cuando lo desnudaron y dejaron al descubierto sus bracitos diminutos, sus piernecitas de color azafranado con sus deditos, ¡hasta tenía el dedo gordo que era distinto de los otros! —cuando se fijó en todo aquello, sintió de pronto tanta compasión y tanto temor, que le podía hacer daño... que hizo un gesto para detenerla.

—No se preocupe —dijo la mujer, sonriendo—, no le haré mal.

Y después de arreglar la criatura convenientemente y convertirla en un muñeco, la presentó con orgullo, diciendo:

Kiti no les quitaba el ojo.



—Démelo, démelo —dijo impacientemente, intentando levantarse en la cama.

—¡Que hace usted, Katerina Alexándrovna! No debe hacer estos movimientos. Espere, ahora se lo traigo. Antes dejemos que lo vea su papá.

Y Lizavieta Petrovna levantó en una de sus manos (la otra, con solo los dedos, sostenía la débil cabecita) a aquella extraña criatura, rojiza y movable, que ocultaba su rostro detrás de los bordes del arrullo, pero se le veían las naricillas, los ojos, algo torcidos, y los labios que hacían ademán de chupar.

—¡Es un hermoso niño!

Pero con su rostro rojizo, sus ojos prolongados y su cabeza vacilante, el hermoso niño no produjo en Lievin más que un sentimiento de compasión y de disgusto. Esperaba otra cosa, y volvió la cabeza, mientras que la comadrona lo dejaba en brazos de Kiti, la cual comenzó a reír de pronto al ver que la criatura tomaba el pecho.

—Ya basta —dijo la comadrona un momento después.

Pero Kiti no quiso dejar a su hijo, que se durmió junto a ella.

—Míralo ahora —dijo, volviendo el niño hacia su padre, en el instante en que su expresión era más cómica, porque iba a estornudar.

Lievin, muy enternecido, estaba a punto de llorar, y abrazando a su esposa, salió de la habitación. ¡Cuán diferentes eran los sentimientos que le inspiraba aquella criatura de aquellos que él había previsto! No se creía ni alegre, ni satisfecho. El único sentimiento que experimentaba era el miedo desconocido y angustioso. Se dio cuenta del nuevo punto de vulnerabilidad. Solo sentía profunda compasión, un temor tan vivo de que aquel pobre niño sufriese, que al principio casi ni se notaba esa sensación extraña de la alegría tonta y del orgullo inexplicable, que experimentó aquel día al verlo estornudar.

## XVII

Los asuntos de Stepán Arkádich atravesaban por una fase muy crítica. Había gastado las dos terceras partes del dinero obtenido en la venta de la madera, y el traficante no quería adelantar nada; por primera vez en su vida, Dolli rehusó firmar un recibo para cobrar con descuento la suma del último plazo, y se manifestó resuelta a conservar en lo sucesivo todos los derechos sobre su fortuna personal.

La situación comenzaba a ser enojosa; pero Stepán Arkádich lo atribuía solo a su escaso sueldo, y al ver a varios de sus compañeros desempeñando destinos muy bien remunerados, se acusaba de indolencia, persuadido de que suya era la culpa si se le había olvidado. En su consecuencia, comenzó a buscar alguna buena colocación bien retribuida, y hacia fines del invierno creyó haberla encontrado. Fue el puesto del miembro de la Comisión perteneciente a la Agencia Reunida del Balance de Créditos Mutuos de la Red Ferroviaria del Sur y Asociaciones Bancarias. Era uno de esos destinos como los que se encuentran ahora, que producía de mil a cincuenta mil rublos anuales, y para el cual se necesitaban aptitudes tan diversas, y al mismo tiempo tan extraordinaria actividad, que no siendo fácil hallar un hombre bastante bien dotado para desempeñarlo, se contentaban con una persona honrada. Stepán Arkádich lo era en toda la extensión de la palabra, según la sociedad moscovita, pues en Moscú la honradez tiene dos formas: consiste en saber hacer frente con habilidad a los hombres que se hallan en las esferas gubernamentales y en no defraudar las esperanzas del prójimo.

Oblonski podía desempeñar este destino sin dejar el que ya tenía, y obtener así un aumento de sueldo de siete mil a diez mil rublos; pero todo dependía de la buena voluntad de dos ministros, de una dama y de dos judíos a quienes debía visitar como solicitante en San Petersburgo, después de poner en juego las influencias de que disponía en Moscú. Como había prometido también a Anna hablar con Karenin acerca del divorcio, se valió de sus mañas para obtener de Dolli cincuenta rublos y marchó a la capital.

Recibido por Karenin, hubo de comenzar por someterse a escuchar los detalles sobre un proyecto de reforma para mejorar el estado de la hacienda rusa, esperando que Alexiéi Alexándrovich concluyera para hablar a su vez sobre sus asuntos personales y los de Anna.

—Está muy bien —dijo cuando Karenin, interrumpiendo su lectura, se quitó el lente para mirar a su ex cuñado con aire interrogador—; me parecen muy bien los detalles, pero ¿no es en definitiva la libertad el principio predominante de nuestra época?

—El nuevo principio que yo expongo abraza igualmente el de la libertad —contestó Alexiéi Alexándrovich, volviendo a calarse el lente para indicar en su

manuscrito un párrafo más terminante—, pues si yo reclamo el sistema proteccionista, no es para la ventaja de los menos, sino para el bien de todos, así de las clases bajas como de las superiores. Esto es lo que no se quiere comprender —añadió, mirando a Oblonski por encima del lente—, porque todos se absorben en sus intereses personales y se contentan fácilmente con frases huecas.

Stepán Arkádich sabía ya que Karenin llegaba al término de sus demostraciones cuando interpelaba a los que se oponían a las reformas elaboradas por él; por eso no trató de salvar el principio de la libertad, y esperó a que Alexiéi Alexándrovich acabase de hablar.

—A propósito —dijo después de una pausa—, te agradeceré que si encuentras a Pomorski le digas dos palabras en mi favor; quisiera que se me nombrase vocal de la Comisión de la Agencia Reunida del Balance de Créditos Mutuos de la Red Ferroviaria del Sur y Asociaciones Bancarias reunidas del crédito mutuo y de los ferrocarriles del sur.

Stepán Arkádich sabía indicar sin equivocarse el cargo a que aspiraba.

—¿Para qué quieres esa plaza? —preguntó Karenin, temiendo una contradicción.

Sus planes de reforzar las funciones de aquella comisión eran tan complicados y los proyectos de reforma de Karenin tan vastos, que a primera vista no era posible formar idea.

—Ese destino produce nueve mil rublos —dijo Stepán Arkádich—, y mis medios...

—¡Nueve mil rublos! —repitió Karenin, recordando que uno de los puntos que trataba en su proyecto era la economía—. Esos sueldos exagerados son, según lo demuestro en mi escrito, una prueba de lo defectuoso que es nuestro sistema económico.

—Un director de banco —repuso Stepán Arkádich— percibe diez mil rublos, y un ingeniero cobra hasta veinte mil, sin que esto se considere como una canonjía.

—En mi opinión, esos sueldos se deben considerar desde el mismo punto de vista que el precio de una mercancía, y se han de someter, por consiguiente, a las mismas leyes de oferta y demanda. Ahora bien: si yo veo que dos ingenieros igualmente capaces, que han hecho los mismos estudios, reciben el uno cuarenta mil rublos y el otro solo dos mil, y si por otra parte veo que un empleado, sin poseer ningún conocimiento especial, llega a ser director de un banco con un sueldo exorbitante, deduciré que aquí hay un vicio económico de la más desastrosa influencia para el servicio del estado.

—Convendrás, no obstante, en que es esencial que ese destino nuevo y obviamente útil se desempeñen por hombres honrados —repuso Stepán Arkádich, recalando esta última palabra.

—Ese es un mérito negativo —contestó Alexiéi Alexándrovich, insensible a la

significación moscovita de esta palabra.

—De todos modos, ten la bondad de hablar con Pomorski.

—Con mucho gusto, pero me parece que Bolgárinov ha de tener más influencia.

—Bolgárinov está bien dispuesto —se apresuró a decir Oblonski, ruborizándose al recordar con cierto disgusto la conferencia que había solicitado de aquel judío en la misma mañana y la antesala que le había sido preciso hacer, él, príncipe de Oblonski, descendiente de Riúrik, para ser recibido, después de una larga espera, con una cortesía obsequiosa que disimulaba mal el triunfo de Bolgárinov al verse solicitado por un príncipe.

Había recibido casi una negativa, pero solo la recordaba en aquel momento gracias a los esfuerzos que hizo por olvidar el incidente, que le hacía ruborizarse a pesar suyo.

## XVIII

**S**OLO me falta pedirte ahora una cosa, y bien puedes adivinar cuál es —dijo Stepán Arkádich, desechando los recuerdos desagradables de su pensamiento—; se trata de Anna...

El semblante de Karenin cambió radicalmente: en vez de entusiasmo tomó un aspecto de rigidez cadavérica al oír este nombre.

—¿Qué quieres ahora de mí? —preguntó, dando media vuelta en su sillón y cerrando el lente.

—Una decisión cualquiera, Alexiéi Alexándrovich; me dirijo a ti no como a... —iba a decir «esposo engañado», pero se contuvo para pronunciar, muy poco oportunamente, las palabras «hombre de estado»—; hablo al cristiano, al hombre de corazón, y pido compasión para ella.

—¿En qué sentido? —preguntó Karenin dulcemente.

—Tendrías lástima si la vieras; su situación es cruel.

—Yo creía —dijo de pronto Karenin con acento penetrante— que Anna Arkádievna había obtenido cuanto deseaba.

—No recriminemos, Alexiéi Alexándrovich, pues el pasado no nos pertenece; lo que ella espera ahora es el divorcio.

—Yo había creído comprender que en caso de quedarme con mi hijo, Anna Arkádievna rehusaría el divorcio; y mi silencio equivalía, por tanto, a una respuesta, pues considero esa cuestión como juzgada —repuso Karenin, animándose cada vez más

—No te alteres, por favor —dijo Stepán Arkádich, tocando la rodilla de su cuñado—; recapitulemos más bien. En el momento de vuestra separación, y con una generosidad sin ejemplo, tú le dejabas tu hijo, aceptando el divorcio; y entonces ella, reconociéndose demasiado culpable hacia ti, a la vez que humillada, no aceptó; pero el porvenir le hizo ver que se había creado una situación intolerable.

—La situación de Anna Arkádievna no me interesa en nada —dijo Karenin, frunciendo las cejas.

—Permíteme que no lo crea —contestó Oblonski, con dulzura—; su situación es agobiante para ella y no ofrece ventaja alguna a nadie. Me dirás que se la ha merecido... Anna lo reconoce, y precisamente por eso no te pide nada; no se atreve a hacerlo. Pero yo, todos sus parientes y todos los que la queremos, te lo rogamos. ¿Por qué tiene que sufrir tanto? ¿Qué ganas con eso?

—A decir verdad, no parece sino que yo soy el culpable.

—Nada de eso —dijo Stepán Arkádich, tocando esta vez el brazo de Karenin, como si esperase dulcificarlo con estos ademanes—; yo quiero hacerte comprender simplemente que no puedes perder nada al contribuir a que su posición se determine

con claridad. Por otra parte, lo has prometido; permíteme arreglar el asunto, y no tendrás que molestarte nada.

—Ya di mi consentimiento antes, y he podido pensar que Anna Arkádievna tendría a su vez la generosidad de comprender... —los labios temblorosos de Karenin apenas pudieron pronunciar estas palabras.

—Ya no pide el niño, solo pide un medio de salir del atolladero en que se halla; el divorcio ha llegado a ser para ella una cuestión de vida o muerte, y tal vez se hubiera sometido antes si no hubiese tenido confianza en tu promesa y si durante los seis meses que se halla en Moscú no viviera poseída de la fiebre de la ansiedad. Su situación es la de un condenado a muerte que hubiera tenido la cuerda al cuello todo ese tiempo sin saber si debe esperar el perdón o el golpe final. Compadécete de ella, y en cuanto a los escrúpulos...

—No hablo de eso —interrumpió Karenin, con disgusto—; pero tal vez haya prometido más de lo que puedo cumplir.

—¿Quiere decir esto que rehusas?

—Yo no rehuso nunca lo posible, pero pido tiempo para reflexionar hasta qué punto es posible lo prometido.

—¡No, Alexiéi Alexándrovich! No puedo creérmelo —dijo Oblonski, levantándose de pronto de su silla—. Está tan infeliz. Todo lo infeliz que puede estar una mujer... No puedes rehusarle lo que...

—Hasta qué punto es posible, repito. *Vous professez d'être un libre penseur*; pero yo, que soy creyente, no puedo eludir la ley cristiana en una cuestión tan grave.

—¿No admite nuestra Iglesia el divorcio? —preguntó Stepán Arkádich, saltando de su silla.

—No en este sentido.

—Alexiéi Alexándrovich —exclamó Oblonski, después de una pausa—, ya no te reconozco... ¿Eres tú quien decía en otro tiempo que después de la capa se debe dar el vestido? Y ahora...

—Te agradeceré que pongas término a esta conversación —dijo Karenin, levantándose de pronto y temblando de pies a cabeza.

—Dispénsame si te aflijo —contestó Oblonski, confuso y ofreciendo la mano a su interlocutor—; mas me era preciso desempeñar mi comisión.

Karenin puso su mano en la de Stepán Arkádich, y le dijo después de reflexionar un momento:

—Recibirás mi contestación definitiva pasado mañana; es preciso que yo busque el mejor medio.

## XIX

**S**TEPÁN Arkádich iba a salir, cuando el ayuda de cámara anunció a Serguéi Alexiéich.

«¿Qué significa esto? —se preguntó Oblonski—. ¡Pues si es Seriozha! Yo creía que era algún director del departamento; ahora recuerdo que Anna me rogó que lo viera.»

Y se le representó la expresión tímida y triste con que Anna le dijo: «Lo verás y podrás saber qué hace, dónde está y quién lo cuida. Y acuérdate, Stepán, que si fuera posible, con el divorcio...».

Stepán Arkádich comprendió el gran deseo de Anna de encargarse del niño; pero después de la conversación que acababa de tener con su cuñado, ya no se debía pensar en ello. Sin embargo, no se alegró menos de ver a Seriozha, aunque Karenin le advirtió al punto que no se debía hablar a Seriozha de su madre.

—Ha estado gravemente enfermo después de la última entrevista con Anna Arkádievna, y hemos temido un instante por su vida. Ahora está ya fuerte, gracias a los baños de mar, y siguiendo el consejo del doctor, va al colegio. La compañía con los muchachos de su edad produce en él una influencia benéfica, y ahora está muy contento y trabaja bien.

—¡Pero ya no es un niño; es verdaderamente un hombre! —exclamó Stepán Arkádich, al ver entrar a un muchacho robusto y hermoso, que vestía el traje de los escolares y que, sin ninguna timidez, corrió hacia su padre.

—Seriozha saludó a su tío como a una persona extraña, y al reconocerlo después, se ruborizó, se volvió y presentó sus notas a Karenin.

—Está bien —dijo este—, puedes ir a jugar.

—Ha crecido, pero está más flaco y ya no tiene su expresión infantil —observó Stepán Arkádich, sonriendo—. ¿Te acuerdas de mí? —añadió, dirigiéndose al chico.

—Sí, *mon oncle* —contestó Seriozha después de mirar rápidamente a su padre, y bajó la mirada.

Stepán Arkádich lo tomó de la mano.

—Bueno, ¿qué tal tus asuntos? —dijo, deseando entablar conversación y sin saber qué decir.

El niño se ruborizó y empezó a tirar de la mano. En cuanto Stepán Arkádich lo soltó, Seriozha lanzó una mirada interrogadora a su padre y, como un pájaro que se siente en libertad, salió apresuradamente de la habitación.

Hacía ya un año que Seriozha había visto por última vez a su madre; poco a poco dejó de pensar en ella, y a esto contribuyó mucho su reunión con muchachos de la misma edad; si alguna vez evocaba este recuerdo, lo rechazaba como indigno de un hombre, y al observar que nadie le hablaba de su madre, dedujo que se había

indispuesto con su padre, y que debía acostumbrarse a la idea de permanecer con este. Sin embargo, ver a su tío, tan parecido a su madre, le resultó desagradable, por despertar en él aquellos recuerdos que consideraba vergonzosos. Y aún le fue más desagradable la visita por algunas palabras que oyó cuando esperaba a la puerta del despacho y que, por la expresión de los rostros de su padre y su tío, adivinó que se referían a su madre. Y, para no inculpar al padre, puesto que con él vivía y de él dependía y, principalmente, por no entregarse a la sensibilidad que él consideraba denigrante, Seriozha procuró no mirar a Stepán Arkádich, que llegó para turbar su vida tranquila, y no pensar en lo que este le recordaba.

Stepán Arkádich lo encontró jugando en la escalera, al salir del despacho de Karenin, y el niño se mostró más comunicativo entonces; contestó con alegría a varias preguntas sobre sus lecciones, sus juegos y sus amiguitos; y Oblonski, admirando su expresiva mirada, tan semejante a la de Anna, no pudo menos de preguntarle:

—¿Te acuerdas de tu madre?

—No —contestó el niño, sonrojándose; y su tío no consiguió hacerle hablar más.

Cuando el preceptor encontró a Seriozha en la escalera, media hora después, no pudo reconocer si lloraba o estaba enojado.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

—Si me hubiera hecho daño, nadie lo notaría —contestó el niño.

—¿Pues qué tienes?

—Nada; déjeme usted. ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Qué puede importarle a nadie que yo me acuerde o me olvide?

Y el niño parecía desafiar al mundo entero.



STEPÁN Arkádich no consagró exclusivamente su estancia en San Petersburgo a solucionar sus asuntos; iba, según él solía decir; a «remozarse», pues Moscú, a pesar de sus cafés cantantes y de sus tranvías, no dejaba de ser una especie de pantano, en el cual todos se encenagaban moralmente. El resultado forzoso de una permanencia demasiado continua en aquellas aguas estancadas era debilitarse de cuerpo y espíritu; hasta el mismo Oblonski tenía allí un carácter más adusto, disputaba con su esposa, se preocupaba de su salud y de la educación de los niños, así como de los menores detalles del servicio, y hasta se inquietaba por sus deudas.

Apenas ponía los pies en San Petersburgo, tomaba gusto a la vida, olvidando sus enojos. ¡Se entendía allí de una manera tan diferente la existencia y los deberes para con la familia! El príncipe Chechenski le había contado, con la mayor naturalidad del mundo, que, teniendo dos mujeres, le parecía muy ventajoso, introducir a su hijo legítimo en su familia de corazón, considerándolo beneficioso para el desarrollo del niño. ¿Se hubiera comprendido esto en Moscú? En San Petersburgo no se apuraban por los niños como lo hacía Lvov; iban a la escuela o al colegio, y no se invertían los papeles al concederles un lugar indebido en la familia. ¡En qué condiciones tan diferentes se prestaba allí también el servicio del estado! Era fácil crearse relaciones, buscar protección y hacer carrera.

Stepán Arkádich había encontrado a uno de sus amigos, Bartnianski, cuya posición era cada vez más brillante, y a quien habló de la plaza que solicitaba.

—¡Vaya una ocurrencia que has tenido en apelar a esa gente! —le contestó—. Esos negocios son siempre feos.

—Necesito dinero, y es necesario buscar con qué vivir.

—¿Pues no vives?

—Sí, pero con deudas.

—¿Tienes muchas? —preguntó Bartnianski, con expresión de simpatía.

—¡Oh, sí! ¡Veinte mil rublos!

Bartnianski soltó la carcajada.

—¡Feliz mortal! —exclamó—. Yo tengo millón y medio de deudas, y no poseo ni un cuarto, lo cual no me impide vivir, como puedes ver.

Este ejemplo se confirmaba con otros muchos.

¡Y cómo se rejuvenecían todos en San Petersburgo! En Moscú, Oblonski veía que tenía canas, debía reposar después de cada comida, andaba encorvado, subía las escaleras paso a paso y respirando con gran dificultad, se aburría en compañía de las mujeres jóvenes y bellas, no bailaba en las veladas... En cambio, en San Petersburgo, aquel agotamiento físico y espiritual desaparecía y se sentía como si le hubiesen quitado diez años de encima. Stepán Arkádich experimentaba el mismo sentimiento

que su tío, el príncipe Piotr, en el extranjero.

—No sabemos vivir —decía aquel joven de sesenta años—; en Baden me siento renacer, me divierto en la comida, las mujeres me interesan y estoy fuerte y vigoroso. Cuando vuelvo a Rusia y me encuentro con mi esposa, soy hombre al agua, y ya no me quito nunca la bata. ¡Adiós las bellas, ya soy viejo y debo pensar en mi salvación! Para rehacerme, debo volver a París.»

Al día siguiente de su entrevista con Karenin, Stepán Arkádich fue a ver a Betsi Tverskaia, con la que mantenía relaciones bastante extrañas. Había tomado la costumbre de cortejarla de broma y de dirigirla frases bastante ligeras; pero aquel día, bajo la influencia del aire de San Petersburgo, se condujo tan libremente que se alegró cuando la princesa Miagkaia le interrumpió la conversación, que comenzaba a molestarle y Betsi ya no era de su agrado.

—¡Ah!, al fin se deja usted ver —exclamó la robusta princesa al entrar—. ¿Qué hace su pobre hermana? Desde que algunas mujeres que son cien veces peores que ella le arrojan la piedra, yo la absuelvo completamente. ¿Por qué no me anunció Vronski su paso por San Petersburgo? Yo hubiera acompañado a Anna a todas partes. Ofrézcale mis afectos y hábleme usted de ella.

—Su posición es muy penosa... —comenzó a decir ingenuo de Stepán Arkádich, creyendo, que la princesa de verdad quería saber de Anna.

Pero la princesa, prosiguiendo su idea, le interrumpió:

—Hizo lo que todos, excepto yo, hacen, pero intentan ocultar; ella no ha querido fingir y se comportó de una manera excepcional. Ha hecho tanto mejor —dijo— cuando que era para dejar plantado a ese imbécil, dispense usted la expresión, a su señor cuñado, a quien se quiere hacer pasar por un águila. Yo he protestado siempre, y desde que se ha puesto en relaciones con la condesa Lidia, se me da la razón, pero me enoja opinar como todo el mundo.

—Tal vez me explicará usted un enigma; ayer, cuando hablábamos del divorcio, mi cuñado me dijo que no podía darme contestación sin reflexionar antes, y esta mañana he recibido una invitación de Lidia Ivánovna para ir a su casa esta noche.

—Eso es —exclamó la princesa—; consultarán con Landau.

—¿Quién es Landau?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Es el famoso Jules Landau, el clarividente. ¡He aquí lo que se gana viviendo en provincia! Landau era un dependiente de comercio en París; cierto día fue a casa de un médico, se durmió en la sala de consultas, y durante su sueño dio sabios consejos a los presentes. La esposa de Yuri Meledinski lo llamó con motivo de tener a su marido enfermo; pero a mí me parece que no le ha hecho ningún bien, porque el paciente sigue tan enfermo como antes, lo cual no impide que ambos cónyuges estén prendados de Landau, pues lo llevan por todas partes, y al fin le han traído a Rusia. Como era natural, lo han acosado inmediatamente, y ahora trata

con todo el mundo, tanto más cuanto que habiendo curado a la princesa Bezzúbova, esta lo adoptó por agradecimiento.

—¿Cómo se entiende?

—He dicho que lo adoptó, pues ya no se llama Landau, sino conde Bezzúbov. Lidia ha sabido atraerse a Landau, y ni ella ni Karenin hacen cosa alguna sin consultarle antes. La suerte de Anna está, pues, en manos de Landau, conde de Bezzúbov.

## XXI

**D**ESPUÉS de tomar parte en una excelente comida en casa de Bartnianski, seguida de algunas copas de coñac, Stepán Arkádich fue a casa de la condesa Lidia un poco después de la hora prefijada.

—¿Tiene visitas la condesa? —preguntó al criado al ver el bien conocido paletó de Karenin junto a un singular abrigo con broches.

—Ahí está el señor de Karenin y el conde Bezzúbov —contestó el criado.

«La princesa Miagkaia tenía razón —pensó Oblonski al subir la escalera—; es preciso conservar la amistad de esa mujer, pues tiene muchas influencias y podría decir dos palabras a Pomorski.»

Aún no había llegado la noche, pero ya estaban cerradas las persianas en el saloncito de la condesa Lidia, y esta última, sentada ante una mesita junto a la lámpara, conversaba con Karenin, mientras que un hombre pálido y flaco, de piernas raquílicas, aspecto afeminado, con el cabello muy largo y hermosos ojos, vivos y brillantes, permanecía en la extremidad de la habitación examinando los cuadros. Oblonski, después de saludar a la dueña de la casa, se volvió involuntariamente para examinar a aquel singular personaje.

—Señor Landau —dijo la condesa, con una dulzura que llamó la atención de Stepán Arkádich.

Landau se acercó al punto, apoyó su mano húmeda en la de Oblonski, después de ser presentado por la condesa, y volvió a examinar los retratos; Lidia y Karenin cambiaron una mirada.

—Me alegro mucho verle a usted hoy —dijo la condesa a Oblonski, señalándole una silla—. Ya observará —añadió a media voz— que le he presentado a este caballero bajo el nombre de Landau; pero debo advertirle que se llama conde Bezzúbov, título que por cierto no le agrada.

—Me han dicho que había curado a la condesa Bezzúbova.

—Sí; hoy ha venido a verme —repuso la condesa, dirigiéndose a Karenin—, y me ha inspirado lástima; esta separación es para ella un golpe terrible.

—¿Es cosa resuelta la marcha?

—Sí, va a París porque ha oído una voz —dijo la condesa Lidia mirando a Oblonski.

—¡Una voz! —repitió Stepán Arkádich, comprendiendo que era preciso tener la mayor prudencia en una sociedad donde se producían tan extraños incidentes.

—Lo conozco a usted hace mucho tiempo —continuó la condesa, después de una pausa—. Los amigos de nuestros amigos lo son también nuestros; mas para ser verdaderamente amigos, es preciso darse cuenta de lo que pasa en el alma de aquellos a quienes se ama, y yo temo que en este punto no se avenga usted con Karenin.

¿Comprende usted lo que quiero decir? preguntó, fijando en Stepán Arkádich la mirada de sus hermosos ojos.

—Comprendo, en parte, la posición de Alexiéi Alexándrovich —contestó Oblonski, que no comprendía una palabra y deseaba mantenerse en las generalidades.

—¡Oh!, no hablo de los cambios exteriores —dijo gravemente la condesa, dirigiendo una tierna mirada a Karenin, que se había levantado para ir a reunirse con Landau; el alma es la que ha cambiado, y temo que no haya usted reflexionado suficientemente sobre el alcance de esta transformación.

—Siempre hemos sido amigos, y puedo figurarme ahora en términos generales... —dijo Oblonski, contestando a la mirada profunda de la condesa con otra muy cariñosa, sin dejar de reflexionar sobre cuál de los dos ministros podría servirle más eficazmente.

—Esa transformación no podría oponerse a su amor al prójimo; lejos de ello, la eleva y la purifica; pero temo que usted no me comprenda.

—No del todo, condesa; su desgracia...

—Sí, su desgracia ha llegado a ser la causa de su dicha, puesto que su corazón se ha despertado para él —repuso la condesa, tratando de penetrar con su mirada en el alma de su interlocutor.

«Creo que podría rogarle que hablase con los dos», pensó Oblonski.

—Ciertamente, condesa —repuso—; pero estas son cuestiones íntimas que nadie osa abordar.

—Al contrario, debemos ayudarnos unos a otros.

—Sin duda alguna; mas las diferencias de convicción —replicó Oblonski, con una sonrisa melosa—, y por otra parte...

—No puede haber diferencia alguna en el asunto de la Verdad Sagrada...

Oblonski calló turbado al comprender que la condesa se refería a la religión.

—Creo que va a dormir —dijo Alexiéi Alexándrovich, acercándose a la condesa para hablarle en voz baja.

Stepán Arkádich se volvió; Landau estaba sentado cerca de la ventana, con el brazo apoyado en un sillón y la cabeza inclinada; al ver que todos lo miraban, la levantó y sonrió con expresión infantil.

—No haga usted caso —dijo la condesa, adelantando una silla para Karenin—; he observado que los moscovitas, sobre todo los hombres, eran muy indiferentes en materia de religión.

—Yo hubiera creído lo contrario, condesa —replicó Oblonski.

—Aun usted mismo —dijo Alexiéi Alexándrovich, con su sonrisa de expresión fatigada— me parece pertenecer a la categoría de los indiferentes.

—¿Es posible serlo? —exclamó Lidia Ivánovna.

—Yo me limito más bien a esperar —repuso Stepán Arkádich con su más amable

sonrisa—; mi hora no ha llegado aún.

Karenin y la condesa se miraron.

—No podemos conocer nunca cuál es nuestra hora, ni creernos tampoco cuándo llega —dijo Alexiéi Alexándrovich—; la gracia no toca siempre al más digno; tenemos la prueba en San Pablo.

—Todavía no —murmuró la condesa, siguiendo con la vista los movimientos del francés, que se había acercado.

—¿Me permiten ustedes escuchar? —preguntó Landau.

—Ciertamente; puede tomar asiento —dijo la condesa con acento de ternura.

—Lo esencial es no cerrar los ojos a la luz —continuó Alexiéi Alexándrovich.

—¡Qué felicidad se experimenta al sentir su presencia constante en nuestra alma!

—Desgraciadamente, se puede ser incapaz de elevarse a semejante estado —dijo Stepán Arkádich, convencido de que las alturas religiosas no eran su fuerte, pero temiendo indisponerse con una persona que podía hablarle a Pomorski.

—¿Quiere usted decir que el pecado nos lo impide? Semejante idea es falsa; el pecado no existe para aquel que cree.

—Sí, pero ¿no es letra muerta la fe sin las obras? —preguntó Stepán Arkádich, recordando esta frase de su catecismo.

—¡He aquí el famoso pasaje de la epístola de Santiago que tanto daño ha hecho! —exclamó Karenin, mirando a la condesa como para recordarle frecuentes discusiones sobre este punto—. ¡Cuántas almas no habrá alejado de la fe!

—Nuestros monjes son los que pretenden salvarse por las obras, los ayunos, las abstinencias, etc. —dijo la condesa, con expresión de soberano desprecio. —Es una concepción salvaje... Eso no está dicho en ninguna parte. Es mucho más sencillo y fácil —añadió, mirando a Oblonski con la misma sonrisa reconfortante con la cual, en la Corte, animaba a las jóvenes damas de honor cuando las veía cohibidas por el nuevo ambiente.

—Cristo nos salva por la fe al morir por nosotros —repuso Karenin.

—¿Comprende usted el inglés? —preguntó Lidia Ivánovna, levantándose para ir a coger un folleto, al ver que se le contestaba afirmativamente—. Voy a leer a usted «*Safe and Happy*» o «*Under the wing*». Es muy corto —añadió—; pero ya verán cómo es la felicidad sobrehumana que llena el alma creyente; no conociendo la soledad, el hombre no es ya desgraciado. ¿Han oído ustedes hablar de Mari Sánina y de su desgracia? ¡Perdió a su hijo único! Y después de encontrar su senda, su desesperación se trocó en consuelo, y dio gracias a Dios por la muerte de su hijo. ¡Tal es la felicidad que resulta de la fe!

—¡Oh, sí! —murmuró Stepán Arkádich, muy satisfecho de poder callarse durante la lectura y no comprometer así sus asuntos. «Mejor será no pedir hoy nada», pensó.

—Esto le aburrirá a usted —dijo la condesa a Landau—, puesto que no sabe el

inglés.

—¡Oh, también lo comprenderé! —contestó este con una sonrisa, cerrando los ojos.

Alexiéi Alexándrovich y la condesa se miraron, y se dio principio a la lectura.

## XXII

**S**TEPÁN Arkádich estaba perplejo. Después de la monótona vida moscovita, la de San Petersburgo presentaba contrastes tan vivos que casi lo aturdían; le gustaba la variedad, pero la hubiera preferido más conforme con sus costumbres; le parecía haberse extraviado en aquella atmósfera totalmente extraña; y mientras escuchaba la lectura y al ver que Landau fijaba en él la vista obstinadamente, experimentó cierta pesadez en la cabeza. Los más diversos pensamientos cruzaban por su mente bajo la mirada del francés, que le pareció a la vez cándido y astuto. «Mari Sánina es feliz por haber perdido a su hijo... ¡Ah, si pudiese fumar!... Para salvarse basta creer... Los monjes no entienden de esto, pero la condesa lo sabe bien... ¿Por qué duele la cabeza? ¿Será por efecto del coñac o por la extrañeza de esta reunión? Yo no he hecho nada incongruente hasta aquí; pero no me atreveré a pedir cosa alguna hoy. Se pretende que la condesa obliga a recitar oraciones, mas esto sería demasiado ridículo. ¿Qué tonterías está leyendo? Pero tiene un acento excelente. ¿Por qué llamarán Bezzúbov a este francés Landau?» Al llegar aquí, y como sintiese en la mandíbula un movimiento que iba a convertirse en bostezo, disimuló este incidente arreglando sus patillas, y entonces le acometió el temor de dormirse y tal vez de roncar. De pronto oyó a la condesa decir «ya duerme», y se estremeció como un culpable; mas estas palabras se referían por fortuna a Landau, que dormía profundamente, lo cual regocijó mucho a la condesa.

—Amigo mío —dijo llamando a sí a Karenin en el entusiasmo del momento—, dele usted la mano... ¡Chist!, no haga usted ruido —dijo a un criado que entraba por tercera vez en la sala con un mensaje.

Landau dormía, o fingía dormir, con la cabeza apoyada en el respaldo de su sillón, y haciendo ligeros ademanes, con una mano puesta sobre las rodillas, cual si hubiera querido coger alguna cosa. Alexiéi Alexándrovich puso su mano en la del durmiente, mientras que Oblonski, completamente despierto, miraba sucesivamente a uno y otro, pareciéndole que sus ideas se embrollaban cada vez más.

—Que salga la persona que ha llegado la última, la que pide alguna cosa —murmuró el francés sin abrir los ojos.

—Suplico me dispense, pero ya lo oye usted —dijo la condesa—; puede volver a las diez, o mejor aún, mañana.

—¡Que salga! —repitió el francés con impaciencia.

—Lo dice por mí, ¿no es cierto? —preguntó Oblonski, aburrido ya.

Y como se le contestara con una señal afirmativa, salió presuroso de la estancia y bajó corriendo a la calle cual si huyese de una casaapestada. Para recobrar su equilibrio mental, habló y bromeó con un cochero, se hizo conducir al Teatro Francés y terminó la noche en el restaurante bebiendo champaña. A pesar de sus esfuerzos, el



recuerdo de aquella reunión lo oprimía.

Al volver a casa de su tío Oblonski, donde se había alojado, encontró un billete de Betsi, invitándole a ir a continuar la conversación interrumpida por la mañana, lo cual le hizo torcer el gesto. Un ruido de pasos en la escalera le llamó la atención, y al salir de su cuarto para ver qué ocurría, vio a su tío tan rejuvenecido por su viaje al extranjero y que lo llevaban completamente ebrio.

Contra su costumbre, Oblonski no durmió fácilmente; lo visto y oído durante el día lo perturbaba; pero la reunión de la condesa excedía a todo lo demás en extravagancia.

Al día siguiente recibió de Karenin una negativa categórica respecto al divorcio, y comprendió que esta decisión era obra del francés y de las palabras que había pronunciado durante su sueño, verdadero o fingido.

## XXIII

**P**ARA emprender algo en la vida familiar se precisa un acuerdo completo entre los esposos, basado en el amor, o un desacuerdo total. Cuando la relación en pareja no está bien definida, es decir, no es ni una, ni otra cosa, nada se puede hacer. Muchas familias permanecen largos años en el mismo sitio, desagradable e incómodo para ambos esposos, a causa de las dificultades de comunicación entre ellos.

Vronski y Anna se hallaban en este caso; los árboles de los bulevares habían tenido tiempo de cubrirse de hojas, y estas de convertirse en polvo, sin que hubieran pensado en salir de Moscú, aunque la residencia en este punto les era odiosa. Sin embargo, no existía entre ellos ninguna causa grave de mala inteligencia, fuera de esa irritación latente que impulsaba a Anna a pedir de continuo una explicación, mientras que Vronski oponía una reserva glacial. La acritud iba en aumento diariamente; Anna consideraba el amor como objeto único de la vida de su amante, a quien no comprendía sino desde este punto de vista; pero aquella necesidad de amar inherente a la naturaleza del conde debía concentrarse solo en ella; de no ser así, le suponía infiel, y en la ceguedad producida por los celos, atribuía la culpa a todas las mujeres. Tan pronto temía las relaciones ordinarias accesibles a Vronski en su calidad de célibe como desconfiaba de las damas del mundo, y particularmente de toda joven, con quien su amante podría unirse en caso de rompimiento. Este amor se había despertado en su espíritu por una confidencia imprudente del conde, que vituperó, cierto día de abandono, la falta de tacto de su madre al proponerle que se casara con la joven princesa Sorókina. Los celos condujeron a Anna a multiplicar las quejas contra aquel a quien adoraba en el fondo; lo hizo responsable de su prolongada permanencia en Moscú, de la incertidumbre en que vivía, y, sobre todo, de la dolorosa separación de su hijo. Vronski, por su parte, descontento de la falsa posición en que Anna se había empeñado en mantenerse, la acusaba de haber agravado más las dificultades. Si sobrevenía algún momento de ternura, ya muy raro, Anna no se calmaba, y solo veía en el conde la calma y seguridad, lo que no existía antes, y eso le molestaba.

El día comenzaba a declinar y Vronski asistía a una comida de solteros; mientras que Anna se había refugiado en su despacho para esperarlo, porque allí la molestaba menos el ruido de la calle.

Andaba de un lado a otro de la habitación, repasando en su memoria el asunto de la última disputa y extrañando ella misma que una causa tan frívola hubiera producido una escena tan penosa. Al tratarse de la protegida de Anna, Vronski había ridiculizado las escuelas de mujeres, pretendiendo después que las ciencias naturales serían de poca utilidad para aquella niña. Anna había aplicado al punto esta crítica a sus propias ocupaciones, y al fin de picar a Vronski, a su vez le contestó:

—No espero de usted que comprenda mis sentimientos, comprenda a mí como un hombre quien ama, pero me creía con derecho para esperar algo mejor de su delicadeza.

El conde se había sonrojado, permitiéndose algunas palabras para zaherir a su amante:

—Confesaré que no me explico tanta afición a esa niña; a mí me desagrada porque veo que no es sincera.

Esa crueldad suya, con la que él destruía su pequeño mundo, creado con tanto esfuerzo para poder soportar mejor la situación muy dura; esa injusticia, con la que culpabilizaba a ella de hipocresía y falta de sinceridad, la hicieron estallar.

—Es una lástima —replicó Anna, saliendo de la habitación— que los sentimientos groseros y materiales sean los únicos accesibles para usted.

Esta discusión no se continuó, pero ambos comprendieron que no la olvidarían. Sin embargo, un día entero pasado en la soledad —hizo reflexionar a Anna, que, no pudiendo resistir la frialdad de su amante, resolvió acusarse a sí misma fin de conseguir a toda costa una reconciliación.

«Mis absurdos celos —se dijo— me hacen irritable; obtenido mi perdón, nos iremos al campo y allí me calmaré. “Hipocresía”, de repente se acordó no tanto de la palabra, sino de la intención de herirla, lo que más le dolió de la discusión. “Entiendo lo que quería decir: que es hipócrita fingir la ternura con una niña extraña, y no sentir afecto por mi propia hija”; pero ¿qué sabe él del amor que un niño puede inspirar? ¿Piensa por ventura lo que vale el sacrificio que por él hice al renunciar a Seriozha? Si trata de ofenderme es porque ya no me ama y prefiere a otra...» Al notar, que intentando calmarse, se volvía a esta pendiente fatal de celos e irritación, se horrorizó de si misma. «¿Será imposible? ¿Es posible que yo acepte la culpa?» —pensó y sin querer entró otra vez en el círculo vicioso. «Él es sincero, honrado, me ama. Yo lo amo, pronto obtendré el divorcio. ¿Qué más necesito? Necesito tranquilidad y confianza. Sí, aceptaré la culpa, aunque no lo creyera. Ahora, cuando vuelva, se lo diré y nos marcharemos.» Para no reflexionar más del asunto, llamó y dio orden de subir los cofres, a fin de comenzar los preparativos de marcha. Vronski volvió a las diez.

## XXIV

¿CÓMO ha ido en la comida? —preguntó Anna, saliendo al encuentro del conde con aire conciliador.

—Poco más o menos como siempre —contestó Vronski, observando al punto aquella favorable disposición de espíritu. Ya se había habituado a los cambios del ánimo en Anna, y ahora su estado lo agradó especialmente, porque volvía de humor excelente. ¡Vaya, ya empaquetan! —exclamó al ver los cofres—. Me parece bien.

—Sí —contestó Anna—, más vale marcharnos; el paseo de esta mañana me ha hecho desear el campo otra vez; y por otra parte, nada tenemos que hacer aquí.

—No deseo otra cosa; haz servir el té mientras voy a mudarme; al instante vuelvo.

La aprobación relativa a la marcha se había dado con un tono de superioridad ofensivo; se hubiera dicho que el conde hablaba a una niña mimada a quien dispensase sus caprichos, y al pensar esto, se despertó otra vez en el corazón de Anna la necesidad de luchar. ¿Por qué se humillaba ante aquella arrogancia? Se contuvo, sin embargo, y cuando Vronski volvió, le refirió con calma los incidentes del día y sus planes de viaje.

—Creo que es una inspiración —dijo—; ¿para que vamos a esperar aquí el divorcio? Qué más da, aquí o en el campo. No es posible seguir esperando. No quiero oír más del divorcio, ni quiero vivir solo de esperanzas. He decidido que esto no tiene que afectar a mi vida. ¿No eres de mi parecer?

—Ciertamente —contestó Vronski, observando con inquietud la emoción de Anna.

—Cuéntame a tu vez —dijo esta— lo que ha pasado en vuestra comida.

—Ha sido muy buena —repuso el conde, citando los nombres de los convidados—; después hemos ido a ver las regatas, y como siempre se halla en Moscú el medio de ponerse en ridículo, nos han enseñado a la profesora de natación de la reina de Suecia.

—¡Cómo! ¿Y ha nadado delante de vosotros? —preguntó Anna, cuya frente se oscureció de pronto.

—Sí, y con un espantoso traje rojo *de natation*; estaba horrible. ¿Qué día nos vamos?

—¿Se podrá imaginar cosa más estúpida? ¿Hay algo de especial en su manera de nadar?

—Nada de eso; era verdaderamente absurdo. ¿Has fijado ya el día de la marcha? ¿Cuándo será?

Anna movió la cabeza como para desechar una idea tenaz.

—Cuanto antes mejor; temo no estar dispuesta para mañana, pero sí para el día

siguiente.

—Pasado mañana es domingo y deberé ir a ver a mi madre.

Vronski se turbó involuntariamente al observar la mirada recelosa de Anna fija en él, y esta turbación aumentó la desconfianza de aquella. Olvidando a la profesora de natación de la reina de Suecia, Anna no se preocupó más que de la princesa Sorókina, que habitaba en los alrededores de Moscú con la anciana condesa.

—¿No puedes ir mañana? —preguntó.

—Es imposible, pues debo exigir a mi madre que firme una procuración y recoger el dinero que debe darme.

—Pues entonces no nos marcharemos.

—¿Por qué?

—El lunes o nunca.

—¡Pero esto no tiene sentido común! —exclamó Vronski con asombro.

—Para ti, porque solo piensas en tus cosas y no quieres comprender lo que sufro en esta casa. Hanna era la única persona que me inspiraba interés, y has hallado medio de acusarme de hipocresía respecto a ella diciéndome que albergo sentimientos que no tienen nada de natural. Quisiera saber lo que puede ser natural en mi género de vida.

Anna se atemorizó de su violencia, y no tenía, sin embargo, suficiente dominio sobre sí para resistir a la tentación de echarle en cara sus errores.

—Tú no me has entendido —replicó Vronski—; he querido decir que esa repentina ternura no me agradaba.

—No es cierto; y para aquel que se precia de su rectitud...

—No tengo costumbre de preciarme de mentir —repuso Vronski, reprimiendo la cólera que rugía en su interior—, y siento mucho que no respetes...

—El respeto se ha inventado para disimular la falta de amor; y de consiguiente, si no me amas ya, sería más leal que me lo confesaras.

—¡Vamos, esto es intolerable! —gritó el conde, acercándose a Anna bruscamente—. Mi paciencia tiene límites, y no veo por qué has de ponerla a prueba —añadió, conteniendo las amargas palabras que estaba a punto de pronunciar.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Anna al observar la mirada de odio de su amante.

—Yo soy quien preguntaría qué pretende usted de mí.

—¿Qué puedo yo pretender sino que no se me abandone, como tiene usted intención de hacerlo? Por lo demás, la cuestión es secundaria; quiero ser amada, y si usted no me ama ya, hemos concluido.

Así diciendo, se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dijo Vronski, reteniéndola por el brazo—. ¿De qué se trata entre nosotros? Yo pido solo que nos marchemos de aquí a tres días y tú contestas que

miento y que soy un mal hombre.

—Sí, y lo repito; un hombre que me echa en cara los sacrificios que hizo por mí —era una alusión a pasadas quejas—; es más que malo, es un hombre sin corazón.

—Decididamente se me acaba la paciencia —exclamó Vronski, soltando de pronto su brazo.

Y la dejó salir.

«Me odia, esto está claro», se dijo ella. Y sin decir ni una palabra más ni volver la cabeza, y con pasos vacilantes, salió de la habitación.

«Ama a otra mujer. Esto es evidente», se decía entrando en su cuarto. «Quiero amor y no lo encuentro. Es decir, que ya ha terminado todo entre nosotros y tengo que poner fin de una vez. Pero ¿cómo?», se preguntó, sentándose en una butaca ante el espejo.

Los pensamientos más contradictorios cruzaron por su mente. ¿Adónde ir? ¿A casa de su tía, que la había educado? ¿A casa de Dolli? ¿O simplemente al extranjero? ¿Sería definitivo este rompimiento? ¿Qué hacía Vronski en su gabinete? ¿Qué dirían Alexiéi Alexándrovich y la sociedad de San Petersburgo? De pronto germinó en su mente una idea que no podía formular; recordó unas palabras que había dicho a su esposo después de su enfermedad: «¡Por qué no habré muerto!». Y al punto estas palabras despertaron el sentimiento que en otra época expresaban. «¡Morir, sí; es el único medio de verme libre de todo: mi vergüenza, la deshonra de Karenin y de Seriozha; todo se borra con mi muerte; entonces me llorará, se arrepentirá, me compadecerá, sufrirá por mí y me amará!» Estaba sentada en la butaca con una sonrisa pasmada de compasión por sí misma, quitando y poniéndose las sortijas de su mano izquierda e imaginándose vivamente, cómo serían los sentimientos de Vronski después de su muerte.

Sus pasos acercándose a ella le hicieron gracia. No volvió la cabeza pretendiendo estar ocupada con colocar sus sortijas.

—Anna —dijo Vronski afectuosamente, cogiéndola de la mano—, estoy dispuesto a todo; marchemos pasado mañana.

Vronski había entrado muy despacio y le hablaba muy afectuosamente.

—¿Qué contestas? —añadió.

—Tú sabes —contestó Anna.

Y no pudiendo reprimir sus lágrimas, comenzó a llorar.

—¡Abandóname! —murmuró en medio de sus sollozos—. ¡Me iré, y aún haré más! ¿Qué soy yo? Una mujer perdida, una carga para ti. No quiero atormentarte más. Tú amas a otra y yo te dejaré libre.

Vronski le suplicó que se calmase, jurando que no había motivo para justificar sus celos, y diciendo que nunca había dejado de amarla, que la ama más que nunca, y siempre la seguirá amando.

—¿Por qué atormentarnos así? —le preguntó con ternura besándole las manos.

Anna creyó reconocer lágrimas en sus ojos y en su voz, y pasando súbitamente de los celos a la ternura más apasionada, cubrió de besos la cabeza el cuello y las manos de su amante.

## XXV

LA reconciliación era completa. Desde el día siguiente, Anna, sin fijar definitivamente el día de la partida, activó los preparativos; y hallándose ocupada en sacar varios objetos de un cofre, amontonándolos en los brazos de Ánnushka, Vronski entró de pronto, vestido como para salir, aunque era muy temprano.

—Ahora voy a casa de mi madre —dijo—, pues tal vez pueda enviarme dinero, y en tal caso marcharemos mañana.

El anuncio de aquella visita cambió las buenas disposiciones de Anna.

—No vale la pena —contestó—, porque aún no estaré dispuesta mañana.

Y se preguntó por qué la marcha, imposible en la víspera, se podría emprender ya al día siguiente.

—Haz como gustes —dijo—; el almuerzo te espera en el comedor y ahora iré yo.

Anna entró en dicha habitación cuando Vronski comía un bistec.

—Esta casa comienza a ser odiosa para mí —dijo—. No hay nada tan horrible como estas *chambres garnies*. No tienen expresión; les falta el alma. Este reloj, estas cortinas y, lo principal, estos papeles pintados de las paredes, todo esto ha sido una pesadilla para mí. La casa del campo me parece la tierra prometida. ¿No mandas todavía allí los caballos?

—No, los enviarán cuando nos hayamos marchado de aquí. ¿Vas a ir a alguna parte?

—Quería ir a casa de Wilson. Tengo que llevarle mis vestidos. Entonces, ¿decididamente nos marchamos mañana? —preguntó con voz alegre.

Al ver al ayuda de cámara entrar para pedir el recibo de un telegrama, el rostro de Anna se demudó, aunque nada de particular tenía el hecho. Sin embargo, Vronski se apresuró a decir que tenía el recibo en el despacho, como si quisiera ocultar algo. Y con prisas dijo a Anna:

—Mañana lo terminaré todo.

—¿De quién es? —preguntó Anna, sin prestar atención a sus palabras.

—De Stepán —contestó el conde con desgana.

—¿Por qué no me lo has enseñado? ¿Qué secreto hay entre mi hermano y yo?

—Stepán ha dado en la manía de telegrafiar. ¿Qué necesidad tenía de enviar un telegrama para decirme que todavía no está resuelto nada?

—¿Del divorcio?

—Sí; dice que no ha podido obtener contestación definitiva; en pocos días se la darán. Toma, míralo tu misma.

Anna tomó el telegrama con mano temblorosa; el final estaba concebido en estos términos:



«Poca esperanza, pero haré lo posible y lo imposible».

—¿No te dije ayer que esto me era indiferente? —preguntó Anna ruborizándose—. Por eso era inútil ocultármelo. «Sin duda, igual me puede ocultar su correspondencia con las mujeres» —pensó Anna. Y añadió:

—Desearía que esta cuestión te interesara tan poco como a mí.

—Me interesa porque me gustan las cosas bien determinadas.

—¿Por qué? ¿Qué necesidad tienes del divorcio si el amor existe? —dijo Anna, irritándose más no con sus palabras, sino por la expresión de fría tranquilidad, con la que hablaba él—. ¿Para qué lo quieres? —insistió.

—«¡Siempre el amor!», pensó Vronski, haciendo una mueca.

—Ya sabes —contestó— que si lo deseo es por tu causa y por los niños.

—Ya no habrá más niños.

—Tanto peor, y lo siento.

—No piensas más que en los niños y no en mí —replicó Anna, olvidando que su amante acababa de decir «por tu causa y por los niños» y descontenta por aquel deseo de tener familia que parecía demostrar indiferencia por su hermosura.

—Al contrario —repuso el conde—; pienso en ti, porque estoy persuadido de que tu irritabilidad consiste principalmente en lo falso de tu posición.

«Sí, ahora ha dejado de fingir, y se ve claramente su odio frío hacia mí», pensó Anna horrorizada, sin escuchar lo que le decía.

—No comprendo que mi situación pueda ser causa de mi irritabilidad —dijo Anna, pareciéndole que un juez terrible la condenaba por los ojos de Vronski—; esta situación parece muy clara, puesto que me hallo completamente en tu poder.

—Lamento mucho que no me quieras comprender —interrumpió Vronski, insistente en su deseo expresarle su idea. —La situación no está clara porque te parece que mantengo mi libertad.

—¡Oh!, en cuanto a eso, puedes estar tranquilo —contestó Anna, llenándose la taza de café. Cogió la taza con la mano y se la llevó a la boca, separando el dedo meñique. Después de tomar unos sorbos, miró a Vronski y en la expresión de su rostro vio con toda claridad que a él le eran desagradables su mano, su gesto y el ruido que producía con los labios al sorber el café. Dejó la taza con la mano temblorosa y dijo: No me preocupan mucho los proyectos de matrimonio de tu madre.

—No hablemos de ella.

—Claro que sí, y puedes creerme: una mujer sin corazón, bien sea joven o vieja, tu madre o la de cualquiera, me interesa muy poco.

—Anna, te ruego que respetes a mi madre.

—Una mujer que no comprende en qué consiste el honor y la felicidad para su hijo no tiene corazón.

—Te vuelvo a rogar que no hables de mi madre de una manera tan irrespetuosa — repitió el conde, levantando la voz y fijando en su amante una mirada severa.

Anna la sostuvo sin contestar, y recordando con los detalles la reconciliación de la víspera y las caricias apasionadas del conde, pensó: «¡Cuántas mujeres habrán conocido las mismas caricias, cuántas más las conocerán!».

—Tú no amas a tu madre —le dijo con la mirada de odio—; esas son frases y siempre frases.

—En tal caso es preciso...

—Es preciso adoptar una resolución; y en cuanto a mí, ya sé lo que me resta hacer —replicó Anna, disponiéndose a salir de la habitación; pero en el mismo instante se abrió la puerta para dar paso a Yashvin.

Anna se detuvo al punto y le dio los buenos días. ¿Por qué, cuando su alma estaba atormentada y presentía que su vida esta a punto de dar un giro, las consecuencias de cual serían espantosas, por qué en aquel momento disimulaba así ante un extraño que más pronto o más tarde debía saberlo todo? Ni ella misma hubiera podido explicarlo; pero el caso es que volvió a sentarse y preguntó tranquilamente:

—¿Le han pagado a usted su dinero?

Sabía que Yashvin acababa de ganar una considerable suma en una sala de juego.

—Lo recibiré probablemente hoy —contestó el gigante, observando que había llegado en momento poco oportuno—. ¿Cuándo se van ustedes?

—Creo que pasado mañana —dijo Vronski.

—Ya hace tiempo que dicen que parten.

—Esta vez va en serio —dijo Anna mirando fijamente a Vronski. Su mirada parecía decirle que no había posibilidad de una reconciliación.

—¿No se compadece usted nunca de sus desgraciados adversarios? —preguntó Anna, dirigiéndose siempre al jugador.

—Es una cosa que nunca he pensado, Anna Arkádievna; toda mi fortuna está aquí —añadió, enseñando su bolsillo—; rico ahora, puedo ser pobre al salir esta noche del club. El que juega conmigo me ganaría de buena gana hasta la camisa, y esta lucha es la que constituye el placer.

—Pero y si fuera usted casado, ¿qué diría su esposa?

—Por lo mismo no pienso casarme —contestó Yashvin, riendo de la mejor gana.

—¿Y la Helsingfors? —dijo Vronski entrando en la conversación y fijando su mirada en la sonriente Anna.

Al encontrar su mirada, el rostro de Anna adquirió una expresión fría y severa que parecía decirle: «No lo he olvidado. Nada ha cambiado».

—¿Y no se ha enamorado usted nunca?

—¡Santo cielo, no pocas veces! Pero siempre hallé medio de no faltar a mi partida de juego.

—No le pregunto eso, le pregunto si ahora está enamorado —Anna iba a nombrar a la Helsingfors, pero no quiso pronunciar una palabra dicha por Vronski.

En aquel instante entró un aficionado a caballos, que iba a tratar de un negocio con el conde, y Anna salió del comedor.

Antes de marcharse, Vronski entró en la habitación de su amante y esta aparentó buscar alguna cosa en la mesa; pero avergonzada de este disimulo, lo miró fríamente y le preguntó en francés qué buscaba.

—El certificado de origen del caballo que acabo de vender —contestó Vronski con un tono que significaba más claramente que con palabras: «No tengo tiempo de entrar en explicaciones que no conducirían a nada». «No soy culpable —pensó—; tanto peor para ella si quiere castigarme.» Sin embargo, al salir de la habitación le pareció que lo llamaba, y su corazón se oprimió de compasión.

—¿Qué quieres, Anna? —preguntó.

—Nada —contestó esta fríamente.

«Tanto peor», pensó Vronski.

Y al pasar por delante de un espejo vio reflejado en él un semblante tan alterado, que tuvo intención de retroceder para consolar a su amante; pero ya estaba lejos.

El conde pasó todo el día fuera de casa, y cuando volvió, la doncella le dijo que Anna Arkádievna tenía jaqueca y deseaba que no se la molestase.

## XXVI

JAMÁS había transcurrido hasta entonces un solo día sin efectuarse la reconciliación; pero esta vez su disputa se semejaba a una confesión del enfriamiento evidente. Para que Vronski se alejase con esa mirada, sin dirigirle ni una palabra, con ese rostro indiferente y calmado, como lo había hecho, a pesar de la desesperación en que la dejaba, era preciso que la aborreciese por estar enamorado de otra. Las crueles palabras del conde acudían a la memoria de Anna, y al reflexionar sobre ellas atribuía a su amante expresiones de que era incapaz; le parecía que Vronski quería decir: «Yo no la retengo a usted y puede marcharse cuando guste; si no tiene empeño en el divorcio, es porque piensa volver con su esposo; y si necesita dinero, puede indicar la suma». «Todas las palabras más crueles, que podría decir un hombre grosero, en su imaginación le parecía haber dicho Vronski. No se lo podía perdonar, como si lo hubiera dicho en realidad que a nadie amaba más que a mí... Es un hombre honrado y sincero. ¿No me he desesperado ya muchas veces?»

Excepto una visita de dos horas que Anna hizo a la familia de su protegida, todo el día lo pasó en alternativas de dudas y esperanza, pensando si debía marcharse ya, yo debía esperar para verle una vez más. Cansada de aguardar toda la tarde, acabó por volver a su habitación, recomendando a Ánnushka que estaba indispuesta cuando preguntaran por ella. «Si viene, a pesar de todo —pensó—, es que aún me ama; de lo contrario, esto habrá concluido y ya sé lo que me resta hacer.»

En aquel momento oyó ruido de un coche, el sonido de la campanilla cuando el conde entró y el coloquio de este con la doncella; después sus pasos se alejaron en dirección a su gabinete y Anna comprendió que todo había terminado. La muerte le pareció entonces el único medio de castigar a Vronski, de triunfar de él y reconquistar su amor, es decir, ganar en aquella lucha, que el demonio desconocido de su alma emprendió contra él. La marcha o el divorcio no tenían importancia; lo esencial era el castigo.

Anna cogió su frasquito de opio y echó en el vaso la dosis acostumbrada. ¡Qué fácil le hubiera sido acabar de una vez bebiéndose todo! Echada, con los ojos abiertos, seguía en el techo la sombra de la bujía que acaba de consumirse en su candelero y cuya vacilante luz se confundía por momentos con la sombra del biombo que dividía la habitación.

¿Qué pensaría el conde cuando ella hubiese desaparecido? ¡Cuántos remordimientos experimentaría! «¿Cómo he podido hablarle con tanta dureza —se dirá—, separarme de ella sin dirigirle una palabra de cariño? ¡Ahora ya no existe y nos ha abandonado para siempre!» De repente la sombra del biombo pareció vacilar y llegar al techo y todas las demás se confundieron con una oscuridad completa. «¡La muerte!», pensó con espanto; y fue tan profundo el terror que se apoderó de ella, que

buscando los fósforos con temblorosa mano, permaneció inmóvil algún tiempo, tratando de coordinar sus ideas sin saber dónde se hallaba. Y cuando comprendió que aún vivía, copiosas lágrimas bañaron su rostro. «¡No, no; todo antes que la muerte! ¡Lo amo y él me ama también; estos malos días pasarán!» Y para huir de sus horrores, cogió la bujía y fue a refugiarse en el gabinete de Vronski.

El conde dormía tranquilamente y Anna lo contempló largo rato, llorando con fuerza por su enternecimiento; pero se guardó muy bien de despertarlo, por temor de que fijase en ella su mirada glacial y porque no hubiera podido resistir a la necesidad de justificarse y acusarlo. Volvió a su habitación, tomó doble dosis de opio y al fin quedó dormida, pero con un sueño pesado que no borró el recuerdo de sus padecimientos. Por la mañana tuvo otra pesadilla espantosa; así como en otro tiempo le parecía ver a un hombre de aspecto repugnante, que pronunciaba palabras ininteligibles, removiendo alguna cosa metálica encima de ella, la cual le inspiró tanto más terror cuanto que aquel extraño individuo la agitaba sobre su cabeza (la de Anna) sin advertir al parecer su presencia; un sudor frío inundó su frente.

Al despertar, le acudieron a la memoria los incidentes de la víspera.

«¿Qué ha ocurrido para despertarme así? —pensó—. Una disputa; no es la primera. He mandado decir que tenía jaqueca y no habrá querido molestarme; a esto se reduce todo. Mañana marcharemos; es preciso verlo, hablarle y apresurar la partida.»

Apenas levantada, se dirigió al gabinete de Vronski; pero al cruzar por la sala, el ruido de un coche que se detenía a la puerta llamó su atención y la indujo a mirar por la ventana. Era una berlina; una joven con sombrero claro, inclinada sobre la portezuela, daba órdenes a un lacayo; este último llamó a la puerta y habló en el vestíbulo; después alguien subió y Anna oyó a Vronski bajar la escalera corriendo; lo vio salir con la cabeza descubierta hasta el zaguán, acercarse enseguida al coche, tomar un paquete de manos de la joven y hablarle sonriendo. El coche se alejó y Vronski subió rápidamente.

Esta breve escena disipó de pronto la especie de entorpecimiento que parecía embargar el alma de Anna, y las impresiones de la víspera le laceraron su corazón más dolorosamente que nunca. ¿Cómo había podido rebajarse hasta el punto de permanecer un día bajo el techo de aquella casa?

Entró en el gabinete del conde para declararle la resolución que había tomado.

—La princesa Sorókina y su hija me han traído el dinero y los papeles de mi madre que no pudieron darme ayer —dijo Vronski tranquilamente, sin observar al parecer la expresión sombría y trágica del semblante de Anna—. ¿Cómo te sientes hoy?

En pie, en medio de la habitación, Anna lo miró fijamente, mientras él seguía leyendo su carta, con el ceño fruncido después de observar su expresión.

Anna, sin abrir la boca, dio media vuelta y salió de la estancia; Vronski podía retenerla aún, pero la dejó pasar del umbral de la puerta.

—A propósito —gritó en el momento en que iba a desaparecer—, ¿nos vamos decididamente mañana?

—Usted, si quiere, pero no yo —replicó.

—Anna, la vida es imposible en estas condiciones.

—Usted, si quiere, pero no yo —volvió a repetir Anna.

—Esto es intolerable.

—Usted..., usted se arrepentirá —añadió Anna, saliendo de la habitación.

Atemorizado por el tono con que había pronunciado estas últimas palabras, el primer impulso de Vronski fue seguir a su amante; pero reflexionó un momento, volvió a sentarse, e irritado por aquella amenaza inoportuna, murmuró, apretando los dientes: «He apelado a todos los medios, ya no me queda más camino que la indiferencia». Se vistió al punto y salió para ir a casa de su madre a fin de que firmara la procuración.

Anna lo oyó salir de su gabinete y del comedor y detenerse en la antecámara para dar algunas órdenes relativas al caballo que acababa de vender; oyó también el ruido del coche que se adelantaba hasta la puerta; alguien subió la escalera precipitadamente y por la ventana pudo ver que Vronski tomaba de manos de su ayuda de cámara un par de guantes, olvidados sin duda, diciendo algunas palabras al cochero; después, recostándose en el carruaje, sin mirar a la ventana, cruzó las piernas, según su costumbre, y el coche desapareció al doblar la esquina de la calle.

## XXVII

«¡S E ha marchado; todo ha concluido!», se dijo Anna, inmóvil en el mismo sitio. Y como se apoderase de ella la sensación de fría oscuridad, que la trago cuando se apagó la bujía, y la misma impresión de horror que experimentara durante su pesadilla, tuvo miedo de estar sola, y después de llamar corrió al encuentro del criado.

—Procure usted averiguar —le dijo— adónde ha ido el conde.

—A las caballerizas, y me ha dado orden para que se advierta a la señora que iba a enviar el carruaje a fin de que estuviese a su disposición.

—Está bien; voy a escribir dos palabras y las llevará usted inmediatamente a las caballerizas.

Se sentó y escribió:

Soy culpable; pero en nombre de Dios, vuelve y nos explicaremos; tengo miedo.

Selló su carta, la entregó al criado, y temiendo siempre a estar sola, fue a ver a su hija.

—«¡Ya no lo conozco! ¿Dónde están sus ojos azules y su tímida sonrisa?», pensó al ver la hermosa niña de rizos negros en vez de Seriozha, que en la confusión de sus ideas esperaba encontrar.

La niña, sentada junto a la mesa, jugaba con un tapón, y volviendo la cabeza miró a su madre, que sentándose a su lado le quitó aquel de las manos para hacerle dar vueltas. La risa de la niña y el movimiento de las cejas recordaban de tal modo a Vronski, que Anna no pudo resistir más, y levantándose bruscamente, huyó de la habitación, intentando contener las lágrimas. «¿Es posible que todo haya concluido? —pensó—. Ya volverá; pero ¿cómo podrá explicarme su animación y su sonrisa al hablarle? Lo aceptaré todo; de lo contrario, no veo más que un remedio, y no quiero apelar a él.» Aún no habían transcurrido doce minutos, cuando se dijo: «Ya habrá recibido mi carta; debe de venir de un momento a otro. ¿Y si no viniese? Es imposible. Debo evitar que me vea con los ojos llorosos, y voy a lavarme. ¿Y mi cabello?» Se llevó las manos a la cabeza y reconoció que se había peinado sin saberlo. «¿Qué es esto? —se preguntó después de ver en un espejo su rostro alterado y el brillo singular de sus ojos—. ¡Soy yo!», y Anna creyó sentir en sus hombros los recientes besos de su amante, se estremeció y puso una mano sobre sus labios. «¿Me volveré loca?», se preguntó con espanto. Y huyó de la habitación donde Ánnushka arreglaba su vestido.

—¡Ánnushka! —exclamó, no sabiendo qué decir.

—¿Quiere usted ir a casa de Daria Alexándrovna? —pregunto la buena mujer, como para sugerirle una idea.

«Quince minutos para ir y otros tantos para volver —pensó consultando su reloj

—; debe de llegar de un momento a otro. ¡Pero cómo ha podido abandonarme así! ¿Cómo puede vivir sin reconciliarse conmigo?» Se acercó a la ventana; se le ocurrió que se había engañado en su cálculo y volvió a contar los minutos desde el momento de la marcha.

En el momento en que se proponía ir a consultar el péndulo de la sala, un coche se detuvo a la puerta: era su carruaje; pero nadie subió, y Anna oyó voces en el vestíbulo.

—El señor conde había ya marchado a la estación de Nizhni —dijo el criado, presentándose de nuevo y devolviendo la carta a su ama.

—¿Qué dices? ¿Qué...? —le iba a preguntar, pero enseguida se dio cuenta: «¡Entonces no ha recibido mi carta!».

—Pues que la lleven inmediatamente al conde para dársela en casa de su madre, y que me traigan cuanto antes la contestación.

«¿Qué será en el entretanto? Iré a casa de Dolli para no volverme loca. ¡Ah, aún podré servirme del telégrafo!»

Y escribió el telegrama siguiente:

Necesito hablar a usted a toda costa; vuelva pronto.

Un momento después comenzó a vestirse, y puesto ya el sombrero, se detuvo delante de Ánnushka, cuyos ojillos grises expresaban una viva simpatía.

—Amiga Ánnushka, ¿qué haré? —murmuró Anna, dejándose caer en una silla y exhalando un gemido.

—Es preciso no agitarse así, Anna Arkádievna; vaya usted a dar un paseo para distraerse, y esto pasará.

—Sí, voy a salir; si durante mi ausencia trajesen algún telegrama, enviámelo al punto a casa de Daria Alexándrovna —dijo Anna, procurando dominarse—; pero volveré muy pronto.

«Debo evitar las reflexiones —pensó, escuchando atemorizada los latidos de su propio corazón—; es preciso salir, y sobre todo abandonar esta casa.»

Y bajando presurosa, subió vivamente al coche.

—¡A casa de la princesa Oblónskaia! —dijo con voz sonora.



## XXVIII

**E**L tiempo estaba sereno; pero una menuda lluvia, que había caído por la mañana, hacía brillar aún a los rayos del sol los tejados de las casas, las piedras de las aceras y el cuero de los coches: eran las tres de la tarde, la hora más animada del día.

Anna, suavemente mecida en su carretela, tirada por dos trotones grises, juzgó de una manera distinta su situación al repasar al aire libre los incidentes de los últimos días. La idea de la muerte no la espantó ya tanto, y al mismo tiempo no le pareció tan inevitable; pero se echó en cara la humillación a que se había sometido. «¿Por qué acusarme como lo he hecho? Le ruego perdonarme, me someto a él. ¿Por qué? —se preguntó—. ¿No puedo vivir sin él?», y dejando esta pregunta sin contestar, comenzó a leer las muestras de las tiendas. «Sí —continuó—, quiero confesar todo a Dolli; ella no quiere a Vronski y será duro decírselo todo; pero lo haré; me ama y seguiré su consejo. No permitiré que se me trate como a una niña.» Al pasar por delante de una tienda leyó en la muestra Filíppov, e interrumpiendo el hilo de sus ideas, se dijo: «Aseguran que este fabricante envía sus géneros a San Petersburgo; el agua de Moscú es buena, y los pozos de Mytischi...». Esto le hizo recordar que había pasado por aquella localidad en otro tiempo, al dirigirse en peregrinación con su tía al convento de Troitsk. «En aquella época se iba en coche. ¿Era yo verdaderamente aquella de las manos coloradas? ¡Cuántas cosas que entonces consideraba como sueños de felicidad irrealizables me parecen míseras ahora! ¡Ningún poder humano me podría volver a la inocencia de entonces! ¡Quién me hubiera dicho que iba a envilecerme así!... Mi carta será para él un triunfo. ¡Dios mío, qué mal huele la pintura de esa tienda! ¿Por qué ese continuo empeño de construir y pintar?»

De pronto la saludó un transeúnte, que era el marido de Ánnushka, «Nuestros parásitos, como dice Vronski. ¿Y por qué nuestros?... ¡Ah, si se pudiese arrancar el pasado con sus raíces! Pero esto es imposible; cuando más, se puede aparentar que se olvida.» Al recordar su pasado con Alexiái Alexándrovich, vio, sin embargo, que había dejado de pensar en él fácilmente. «Dolli no me dará la razón—se dijo—, puesto que es el segundo hombre de quien me separo. ¿Pretenderé yo tenerla?» Al dirigirse esta pregunta sintió deseos de llorar.

«¿Hablarán de amor esas jóvenes que se ríen? Sin duda no saben qué cosa tan triste es... He ahí niños que juegan a los caballos... ¡Querido Seriozha, aunque lo perdiese todo, no te volvería a encontrar! ¡Oh, si Vronski no viene, todo se ha perdido..., tal vez se le haya escapado el tren y le encontraré —en casa!... ¿Me humillaré todavía? No, voy a entrar en casa de Dolli y le diré que soy desgraciada, que sufro, que lo he merecido; pero que me ayude... —¡Oh, este coche con sus caballos le pertenece; horror me da ya servirme de él...; muy pronto no volveré a

verlos más!»

Atormentándose de esta manera, Anna llegó a casa de Dolli y subió rápidamente la escalera.

—¿Hay gente? —preguntó en la antecámara.

—Ahí está Katerina Alexándrovna Liévina —contestó el criado.

«Kiti, esa Kiti de quien Vronski estaba enamorado —pensó Anna— y con la cual siente no haberse unido, al paso que deplora el día en que me conoció.»

Las dos hermanas hablaban sobre el niño de Kiti cuando les anunciaron la llegada de Anna; solo Dolli salió a recibirla en el salón.

—¿No te marchas aún? —le preguntó—. Hoy mismo pensaba ir a tu casa, pues he recibido carta de Stiva.

—Y nosotros un telegrama —contestó Anna, volviéndose para ver si Kiti venía.

—Me dice que no comprende nada de lo que Alexiúi Alexándrovich quiere; pero no volverá sin obtener una contestación definitiva.

—¿Tienes gente?

—Sí, está Kiti —contestó Dolli, algo confusa—; ha ido a la habitación de los niños; ya sabrás que ha salido del paso.

—Sí. ¿Puedes enseñarme la carta de Stepán?

—Seguramente... Alexiúi Alexándrovich no rehusa; lejos de ello, Stiva tiene esperanzas —dijo Dolli, deteniéndose en el umbral de la puerta.

«No espero ni deseo nada. ¿Creerá Kiti rebajarse si me habla? —se preguntó Anna cuando estuvo sola—. Tal vez tenga razón; pero ella, que se enamoró de Vronski, no tiene derecho para darme lecciones. Bien sé que una mujer honrada no puede recibirme; por él lo he sacrificado todo, y esta es mi recompensa. ¡Ah, cómo lo odio! ¿Por qué habré venido aquí? Aún estoy peor que en mi casa.» En aquel momento oyó las voces de las dos hermanas en la habitación contigua. «¿Y qué voy a decir a Kiti? Kiti se regocijará de mi desgracia... Si tengo empeño en verla es para demostrarle que soy insensible a todo y que lo desprecio todo.»

Dolli entró con la carta; Anna la leyó rápidamente y se la devolvió.

—Ya lo sabía —dijo—; pero no me importa.

—¿Por qué? Pues yo tengo esperanzas —repuso Dolli, observando a su amiga con atención; jamás la había visto en semejante disposición de espíritu.

—¿Qué día marchas? —le preguntó.

Anna cerró los ojos a medias y no contestó.

—¿Tiene Kiti miedo de mí? —preguntó después de una pausa, dirigiendo una mirada hacia la puerta.

—¡Qué ocurrencia! Es que está dando el pecho ahora al niño y no sabe arreglarse bien...; ahora vendrá —dijo Dolli, a quien se le resistía mentir—. ¡Mira, ahí la tienes!

Kiti, efectivamente, no quería presentarse al saber que era Anna la que estaba allí,

pero Dolli consiguió convencerla, y haciendo un esfuerzo entró en el salón; se acercó a Anna ruborizándose y le presentó la mano.

—Me alegro de verla —dijo con acento conmovido.

Y todas sus prevenciones contra aquella mala mujer se desvanecieron al contemplar el hermoso y simpático rostro de Anna.

—Me habría parecido natural que hubiera usted rehusado verme —dijo Anna—, pues ya estoy hecha a todo. Me han dicho que ha estado usted enferma, y efectivamente, la veo algo cambiada.

Kiti atribuyó el tono seco de Anna al disgusto que le producía su falsa situación y no pudo menos de experimentar un sentimiento compasivo.

Hablaron de la enfermedad de Kiti, de su niño y de Stiva; pero el espíritu de Anna estaba visiblemente en otra parte.

—He venido a despedirme —dijo a Dolli levantándose.

—¿Cuándo marchas?

Sin contestar, Anna se volvió hacia Kiti y le dijo sonriendo:

—Me alegro mucho de haber vuelto a verla, pues he oído hablar con frecuencia de usted aun a su mismo esposo. Sin duda sabrá usted ya que vino a verme, y, por cierto, que me agradó mucho —añadió con maligna intención—. ¿Dónde está?

—En el campo —contestó Kiti, ruborizándose.

—Dele usted las más afectuosas expresiones de mi parte, y no lo olvide.

—Así lo haré —dijo Kiti cándidamente, mirando a su interlocutora con aire compasivo.

—Adiós, Dolli —dijo Anna, besando a su amiga y estrechando la mano de Kiti, y después salió.

—Es tan seductora como antes —observó Kiti a su hermana cuando esta volvió a la habitación después de despedirse en la puerta—. ¡Y qué hermosa es! Sin embargo, veo en ella algo particular que entristece, sin saber por qué.

—A mí me parece que no se halla hoy en su estado normal; creí que iba a llorar en el recibidor.

## XXIX

CUANDO estuvo otra vez en su coche, Anna se juzgó más desgraciada que nunca. Su entrevista con Kiti despertaba dolorosamente en ella el sentimiento de su decadencia moral, y esto la hacía sufrir más aún. Sin saber lo que decía, mandó al cochero volver a casa.

«Me han mirado como a una mujer extraña e incomprensible... —se dijo—. ¿Qué podrán decir esos dos que van por ahí? —pensó, al ver a dos transeúntes que hablaban animadamente—. ¿Pretenderán acaso comunicarse lo que sienten? No se puede participar a otro lo que se piensa. ¡Y yo que me proponía confesarme a Dolli! Mejor ha sido callar, pues en el fondo se hubiera regocijado de mi desgracia, aunque disimulándolo; le parecía justo verme expiar la felicidad que me envidió. ¿Y Kiti? Esta se hubiera alegrado más aún, pues lo he leído en su corazón; me odia porque agradé a su marido, y a sus ojos soy una mujer inmoral, a quien desprecia. ¡Ah, si yo hubiese sido lo que ella piensa, con qué facilidad hubiera hecho perder el juicio a su esposo! Confieso que he tenido intención de hacerlo. He ahí un hombre prendado de su persona —pensó al ver un hombre grueso y rollizo que la saludaba y que después echó de ver que la había tomado por otra—. Lo mismo me conoce ese que los demás. ¿Me conozco yo acaso a mí misma? Yo no conozco más que los apetitos, como dicen los franceses... Esos pilletes codician los malos helados —se dijo al ver dos chicos detenidos delante de una tienda de refrescos—; a todos nos gustan las golosinas, y a falta de confites se desean helados de esa especie, como Kiti, que no pudiendo casarse con Vronski se contentó con Lievin; esa mujer me aborrece y tiene celos de mí, y por mi parte la envidio. Así va el mundo. «Tiutkin, *coiffeur*. *Je me fais coiffer par* Tiutkin...» Le haría reír con esta observación si tuviese yo alguien a quien hacer reír. Ahora tocan a vísperas; ese mercader hace la señal de la cruz con tanta precipitación que se diría que le falta el tiempo para repetirla suficientes veces. ¿Para qué esas iglesias, esas campanas y esas mentiras? Para disimular que todos nos odiamos, como esos los cocheros que ahora se injurian. Yashvin tiene razón al decir: «Quiere mi camisa y yo la suya».

Absorta en sus pensamientos y olvidando un instante su dolor, quedó sorprendida cuando el coche se detuvo; el conserje, saliendo a su encuentro, la hizo volver a la realidad.

—¿Se ha recibido contestación? —preguntó.

—Voy a informarme —dijo el conserje.

Un momento después volvió con un telegrama en su sobre. Anna leyó lo siguiente:

No puedo volver antes de las diez. Vronski.

—¿Y el mensajero?

—Aún no ha vuelto.

En el alma de Anna se despertó al punto un deseo de venganza y subió la escalera corriendo. «Iré yo misma a buscarlo —pensó— antes de marcharme para siempre y le diré claramente lo que es. ¡Oh, jamás he odiado a nadie tanto como a ese hombre!» Y al ver un sombrero del conde en el recibidor hizo un ademán de repugnancia. No reflexionaba que el telegrama era la contestación al suyo, y no el mensaje enviado por un expreso, que Vronski no podía haber recibido aún. «Ahora estará en casa de su madre, hablando alegremente con su madre y con la joven princesa Sorókina, sin pensar en lo que yo sufro...» Y queriendo desechar los terribles pensamientos que la acometían en aquella casa, cuyas paredes le parecía que iban a desplomarse sobre su cabeza, murmuró: «Es preciso marchar cuanto antes; pero ¿adónde ir? Iré por ferrocarril para perseguirlo y humillarlo...». Consultando la guía ferroviaria, vio que el tren de la noche salía a las 8 y 2 minutos. «Aún llegaré a tiempo», se dijo.

Mandó enganchar caballos de refresco y puso en un pequeño saco de viaje los objetos indispensables para una ausencia de algunos días. Resuelta a no volver a la casa, proyectaba mil planes distintos, y al fin resolvió continuar su viaje por la vía férrea de Nizhni Nóvgorod, después de la escena que tendría lugar en la estación o en casa de la condesa para detenerse en la primera ciudad.

Se acababa de servir la comida; se acercó a la mesa, olió pan y queso, comprobó que el olor de la comida le daba asco; volvió a subir al coche tan pronto como los caballos estuvieron enganchados, irritada al ver que los sirvientes se agitaban a su alrededor.

—No te necesito, Piotr —dijo al lacayo.

—¿Quién tomará el billete?

—Pues bien, ven si quieres; a mí me es igual —contestó con acento de enojo.

Piotr saltó a la trasera y dio al cochero orden de dirigirse a la estación.

«¡Y A se aclaran mis ideas! —se dijo Anna cuando se halló otra vez en el coche—. ¿En qué pensaba yo últimamente? ¡Ah, ya me acuerdo: en las reflexiones de Yashvin sobre la lucha por la existencia y el odio que une a los hombres!... ¿Vais en busca de placer? —preguntó, interpelando mentalmente a unos alegres jóvenes que en un coche de cuatro caballos iban al parecer a divertirse al campo—. ¡No escaparéis de vosotros mismos! —Anna observó que Piotr miraba algo y miró hacia allí. Vio a un obrero, borracho perdido, cuya cabeza temblaba, acompañado de un policía—. ¡Este quizá lo haya logrado! ¡El conde Vronski y yo hemos tratado también de divertirnos para reconocer después cuán inferiores eran nuestros placeres a los supremos goces a que aspirábamos!» Y por primera vez, Anna consideró sus relaciones con Vronski bajo esa luz brillante que de repente le revelaba la vida. «¿Qué ha buscado en mí? ¡Las satisfacciones de la vanidad más bien que las del amor!» Y recordando las palabras del conde y su aspecto sumiso en el primer tiempo de sus relaciones, se confirmó en su idea. «Buscaba ante todo —pensó— un triunfo; me amaba, pero principalmente por vanidad; ahora que ya no está orgulloso de mí, todo concluyó; después de tomar de mí todo cuanto podía, y no teniendo ya de qué vanagloriarse, no soy para él sino una carga, y solo se cuida de guardarme exteriormente las debidas consideraciones. Ahora pretende conseguir el divorcio y casarse para quemar con ello sus naves: quiere conservar su honor. Tal vez me ame aún; pero ¿cómo? *The zest is gone*. Este va muy satisfecho de sí mismo y quiere que todos lo admiren —pensó al ver pasar a un dependiente a caballo—. Ya no lo atraigo. Si lo abandono, en el fondo se alegraría.» Aquello no era una suposición. Lo veía claramente gracias a aquella luz intensa que le revelaba el significado de la vida y de las relaciones humanas. «Mientras mi amor es cada día más apasionado y egoísta, el suyo se extingue poco a poco, y he aquí por qué ya no vamos bien; yo quiero atraerlo y él se empeña en huir; hasta el momento de comenzar nuestras relaciones íbamos uno al encuentro del otro; ahora vamos en sentido contrario. Me acusa de ser ridículamente celosa, y yo lo creo también así; pero la verdad es que mi amor no está ya satisfecho.» Anna cambió de sitio en el coche, moviendo los labios, como si tratase de hablar. «Si yo pudiera procuraría ser para él una amiga razonable en vez de una querida apasionada; pero no me es posible esa transformación. Mis ganas de amor le inspiran repugnancia, y yo le respondo con la cólera, no puede ser de otra manera. Segura estoy de que no me engaña y de que no está enamorado de Kiti ni de la princesa Sorókina; pero ¿qué me importa, si mi amor lo fatiga y no siente ya por mí lo que yo por él? Casi preferiría su odio, pues allí donde cesa el amor, comienza el infierno; esto es lo que me sucede... ¿Qué barrio será este? Montañas y casas, y siempre casas habitadas por gente que se aborrece... ¿Cómo podría yo volver a ser

feliz? Supongamos que Karenin consiente en el divorcio, me devuelve a Seriozha y me caso con Vronski.» Al pensar en su marido, Anna creyó verlo ante sí, con su mirada apagada, sus manos de gruesas venas y sus dedos crujientes, y solo el recuerdo de sus relaciones de otro tiempo la hizo estremecerse de horror. «Admitamos que me caso. ¿Me respetará por eso Kiti? ¿Y no se preguntará Seriozha por qué tengo dos maridos? ¿Cambiará Vronski para mí? ¿Puede haber aún entre él y yo relaciones que me hagan feliz? No, la escisión entre nosotros es demasiado profunda; yo soy causa de su desgracia y él de la mía, y esto no cambiará. Una mendiga con un niño. Cree que la gente la compadece. ¿Acaso no nos han lanzado al mundo para odiarnos unos a otros y atormentarnos mutuamente? He ahí unos muchachos que vuelven de la escuela... ¡Pobre Seriozha!... Creí amarlo, y mi cariño por él me enternecía; pero he vivido sin él, cambiando su amor por el de otro, y mientras esa pasión me satisfizo, no me he quejado del cambio.» Anna se alegraba casi de poder analizar sus sentimientos con esta implacable claridad.

—¿Se ha de tomar el billete para Obirálovka? —preguntó Piotr al divisar la estación.

Anna no comprendió apenas la pregunta; sus pensamientos estaban en otra parte y había olvidado a qué iba allí.

—Sí —contestó al fin, entregando su bolsillo y apeándose con su pequeño saco en la mano.

Mientras atravesaba entre la multitud para dirigirse a la sala de espera, recordó los detalles de su situación, y de nuevo la esperanza y la desesperación removieron las heridas de su pobre corazón, que sufriendo tanto palpitaba ahora con la violencia estremecedora, y un momento después, sentada en un ancho diván circular, aguardando la llegada del tren, repasó en su memoria los diversos planes en que se podía fijar; luego reflexionó sobre el momento en que llegaría a la estación, el billete que escribiría a Vronski y lo que le diría al entrar en casa de la anciana condesa, donde tal vez en aquel momento se lamentaba de las amarguras de la vida. La idea de que aún hubiera podido ser feliz cruzó también por su pensamiento... ¡Qué duro era amar y aborrecer a la vez! ¡Cómo latía en aquel instante su pobre corazón!

## XXXI

**D**E repente resonó un campanillazo y algunos jóvenes alegres, de aspecto vulgar, pasaron por delante de Anna; Piotr acompañó a su señora hasta el vagón; los hombres agrupados junto a la puerta enmudecieron al verla pasar, y uno de ellos murmuró algunas palabras al oído de su vecino, sin duda una grosería. Anna tomó asiento en un coche de primera y Piotr se quitó el sombrero, con una sonrisa idiota, en señal de despedida, y se alejó. El conductor cerró la portezuela; una dama ridículamente vestida corría por el andén con una niña que reía afectadamente.

«Esa criatura es grotesca y pretenciosa ya», pensó Anna, y para no ver a nadie, fue a sentarse en el lado opuesto.

Un hombrecillo sucio, que llevaba una gorra muy raída, por cuyos lados asomaban algunos mechones de cabello desgredado, pasó por delante de la ventanilla y se inclinó sobre la vía.

«Yo he visto esa figura en alguna parte», pensó Anna; y de pronto, recordando su pesadilla, retrocedió con espanto hacia la puerta del coche, que un empleado abría para dar paso a un caballero y a una señora.

—¿Desea usted salir? —preguntó el empleado.

Anna no contestó, y nadie pudo observar bajo el velo su expresión de terror. Se sentó al punto y la pareja se colocó enfrente, examinando con discreción, aunque con curiosidad, los detalles de su traje. Ambos parecieron a Anna repugnantes. El marido pidió permiso para fumar, y habiéndolo obtenido comenzó a hablar con su mujer, en francés, con el único objeto de llamar la atención de Anna para trabar conversación con ella.

Aquella pareja debía aborrecerse, según Anna, porque era imposible que semejantes monstruos se amasen.

El ruido, los gritos y las carcajadas que resonaron después de la segunda señal de la campanilla indujeron a Anna a taparse los oídos, pues estas carcajadas la irritaban causándole casi el dolor, no quería oírlas más, pues tenía muy claro que nadie en este mundo tenía motivos para alegrarse. Apenas se hizo la tercera señal, la locomotora silbó, se puso el tren en movimiento y el caballero que estaba sentado frente a Anna hizo la señal de la cruz. «¿A qué vendrá esto?», pensó Anna, observando a su vecino; y volvió la cabeza con ademán de enojo para mirar los vagones y las paredes de la estación, que parecían pasar por delante de la ventanilla. El movimiento comenzó a ser más rápido; los rayos del sol poniente llegaron hasta el coche y comenzó a soplar una ligera brisa.

Anna, olvidando a sus compañeros de viaje, respiró el aire fresco y prosiguió el curso de sus reflexiones.

«¿En qué pensaba yo? —se dijo—. En que mi vida, de cualquier modo que me la



represente, no puede ser más que dolor; todos estamos destinados a sufrir y solo buscamos un medio para disimularlo, aunque la verdad nos salta a la vista.»

—El hombre está dotado de razón para rechazar lo que le molesta o desagrada —dijo en francés la señora que iba en el coche, satisfecha de su frase.

Estas palabras respondían al pensamiento de Anna.

«Rechazar lo que molesta», pensó; y le bastó fijar una mirada en el hombre que tenía enfrente y en su esposa para comprender que esta última debía considerarse como un ser incomprensible, y que su marido, sin disuadirla de ello, se aprovechaba para engañarla.

Anna creía ver claramente todos los rincones de sus almas, pero como no representaban para ella ningún interés, continuó el hilo de sus pensamientos. «Rechazar lo que molesta. Para ello el hombre está dotado de razón. ¿Por qué no apagar la luz, cuando ya no hay qué mirar, cuando todo produce repugnancia? Pero ¿cómo? ¿Por qué ha pasado corriendo el mozo del tren? ¿Por qué hablan? ¿Por qué ríen? ¡Todo es mentira, engaño, maldad!»

Al llegar a la estación, trató de evitar el contacto con toda aquella gente ruidosa y permaneció en el andén, preguntándose qué haría. En aquel momento le parecía todo de difícil ejecución; empujada por uno u otro lado y observada con curiosidad por todos, no sabía dónde refugiarse; pero al fin se le ocurrió detener a un empleado para preguntarle si no había ido a la estación el cochero del conde Vronski con un mensaje.

—¿El conde Vronski? Hace muy poco tiempo han venido de su finca a buscar a la princesa Sorókina y a su hija. ¿Cómo es ese cochero?

En el mismo instante Anna vio avanzar hacia ella a su enviado, el cochero Mijaíl, que llevaba un caftaán nuevo y en la mano una carta, manifestando en su rostro orgullosa satisfacción por haber cumplido su encargo.

Anna rasgó el sobre y su corazón se oprimió al leer lo siguiente:

*Siento que su carta no me haya encontrado en Moscú: volveré a las diez.*

*Vronski.*

«Eso es; ya me lo esperaba», murmuró Anna con sarcástica sonrisa.

—Ya puedes volverte a casa —dijo al joven cochero, pronunciando estas palabras lenta y dulcemente. Su corazón latía de tal modo, que apenas la dejaba hablar. «No —pensó—, no consentiré que me haga sufrir más.» Y siguió avanzando por el andén. «¿Adónde ir, Dios mío?», se preguntó al ver que la observaban varias personas, a quienes su traje y hermosura llamaban sin duda la atención. Un empleado le preguntó si esperaba el tren y un vendedor ambulante no separaba de ella la vista. Llegada a la extremidad del andén se detuvo, unas señoras y sus niños hablaban con un caballero, a quien sin duda habían ido a buscar, y también volvieron la cabeza para mirar a

Anna cuando pasó. Esta última apresuró el paso; en aquel instante se acercaba un tren de mercancías, haciendo retemblar las paredes de la estación, y repentinamente se acordó del hombre destrozado por la locomotora el día en que encontró a Vronski por primera vez en Moscú; entonces comprendió lo que debía hacer. Rápidamente franqueó los escalones que desde la cisterna, colocada en la extremidad del andén, conducían hasta los carriles, y se detuvo al borde del andén; con singular frialdad examinó la rueda grande de la locomotora, las cadenas y los ejes, tratando de medir con la vista la distancia que separaba las ruedas delanteras de las traseras del primer vagón, para calcular aproximadamente la mitad y el minuto, cuando ese punto iba a pasar a su lado.

«¡Ahí! —se dijo, fijando su vista en la sombra que proyectaba el tren en la arena y la carbonilla que cubría las traviesas—. ¡Ahí quedará castigado y yo me veré libre de todos y de mi misma!»

El saquito rojo, que no pudo desprender fácilmente de su brazo, la hizo perder el momento de arrojarse bajo el primer furgón. Esperó el segundo, y entonces experimentó una impresión semejante a la que en otro tiempo sentía al sumergirse en el río para bañarse e hizo la señal de la cruz. Este ademán familiar despertó en su alma una infinidad de recuerdos de la juventud y de la infancia; ante ella brilló la vida un momento con sus fugaces alegrías; pero no separó la vista del tren, y cuando vio el espacio entre dos ruedas arrojó su saquito, inclinó la cabeza, y cruzando los brazos, se dejó caer de rodillas bajo el vagón, como dispuesta a levantarse. Aún le quedó tiempo para tener miedo. «¿Dónde estoy? ¿Por qué?», pensó Anna, haciendo un esfuerzo para echarse hacia atrás. Pero una pesada mole, enorme e inflexible, chocando con su cabeza, la arrastró por los hombros.

—¡Perdóname, señor! —murmuró, comprendiendo la inutilidad de la lucha.

En aquel momento un hombrecillo de espesa barba y cabello desgredado se inclinó en el estribo del vagón para mirar la vía. Y la luz que para aquella infeliz había iluminado el libro de la vida con sus tribulaciones, sus falsedades y sus dolores, rasgando en aquel momento las tinieblas, brilló con vivo fulgor, iluminándolo todo, lo que hasta entonces estaba oculto en la oscuridad, vaciló y se extinguió para siempre.

# Octava Parte

## I

**H**ABÍAN transcurrido dos meses, y aunque el verano estaba muy adelantado, Serguiéi Ivánovich permanecía aún en Moscú, en vez de hallarse en el campo para pasar las vacaciones según costumbre. Acababa de efectuarse para él un acontecimiento importante, cual era la publicación de un libro sobre las formas gubernamentales en Europa y en Rusia, fruto de un trabajo de seis años. Así la introducción como algunos fragmentos de la obra se habían dado a luz ya en varias revistas, y por más que aquella no tuviese el atractivo de la novedad, Serguiéi Ivánovich confiaba en que produciría sensación.

Sin embargo, pasaron dos semanas sin que produjese agitación alguna en el mundo literario; algunos amigos, hombres de ciencia, hablaron a Koznyshov de su libro por pura política; pero la sociedad propiamente dicha estaba demasiado preocupada por cuestiones muy diferentes para fijar su atención en una obra de aquel género.

Transcurrió otro mes —Serguiéi Ivánovich había calculado detalladamente el tiempo necesario para escribir las críticas—, pero el silencio continuaba. Tan solo en el *Abejorro del Norte* un artículo cómico dedicado a un cantante que había perdido la voz, se mencionaba con desprecio el libro de Koznyshov.

Por fin, al tercer mes, en una revista seria apareció una crítica. Serguiéi Ivánovich conocía al autor. El artículo era horrible. Recordó haber rectificado una vez al autor, y comprendió el significado de aquel artículo. Después llegó un completo olvido y Serguiéi Ivánovich comprendió que aquellos seis años de trabajo habían sido inútiles.

Al descontento producido al ver que pasaba así inadvertido el trabajo de seis años se agregaba para Koznyshov una especie de desaliento ocasionado por la ociosidad que para él seguía al periodo de agitación que precedió a la publicación de su libro. Por fortuna, la atención pública se preocupaba en aquel momento de la cuestión eslava y la guerra en Serbia<sup>[55]</sup>, con un entusiasmo que parecía comunicarse a los hombres de más talento. Todo lo que hacía habitualmente la sociedad ociosa para matar el tiempo —bailes, conciertos, comidas, brindis; los trajes de las mujeres, la cerveza, los restaurantes—, todo se dedicaba ahora a los eslavos. Koznyshov tenía demasiado buen sentido para no reconocer que aquel impulso pecaba de pueril en

cierto modo, ofreciendo numerosas ocasiones a las personalidades vanidosas para ponerse en evidencia; tampoco se fiaba mucho de los relatos exagerados de los diarios; pero le conmovió el sentimiento unánime de simpatía que todas las clases de sociedad manifestaban a los serbios y a los montenegrinos. Esto le llamó la atención.

«El sentido nacional —pensaba— podía producirse al fin públicamente.» Y cuanto más estudiaba aquel movimiento en su conjunto, más grandiosas le parecían sus proporciones, destinadas a señalar un periodo en la historia de Rusia. Olvidó su libro y sus decepciones, y se consagró tan completamente a la obra común, que llegó a la mitad del verano sin haber podido librarse del todo de sus nuevas ocupaciones para ir al campo. En su consecuencia, resolvió marchar, aunque solo fuese para quince días, al fin de reposar un poco y asistir al principio de aquel movimiento nacional que todas las grandes ciudades del imperio esperaban.

Katavásov aprovechó la ocasión para cumplir la promesa que había hecho a Lievin de ir a visitarlo, y los dos amigos se pusieron en marcha el mismo día.

## II

LAS inmediaciones de la estación de Kursk estaban atestadas de coches, que conducían a los voluntarios y a los que los escoltaban; muchas señoras cargadas de ramilletes esperaban a los héroes del día para saludarlos, y la multitud los seguía hasta el interior de la estación.

Entre las damas de que hablamos se hallaba una que conocía a Serguiéi Ivánovich; al verlo le preguntó en francés si acompañaba a alguno de los voluntarios.

—No, princesa —contestó Serguiéi—, hoy marchó al campo para visitar a mi hermano, pues necesito descansar un poco. Y usted, ¿no abandona su puesto?

—Preciso será. Dígame usted, ¿es cierto que ya hemos enviado ochocientos?

—Más de mil si contamos los que no han salido directamente de Moscú.

—Bien lo decía yo —exclamó la dama—. ¿Y es verdad que los donativos ascienden ya a cerca de un millón?

—Y más aún, princesa.

—¿Ha leído usted el telegrama? Se ha vuelto a batir a los turcos. A propósito: ¿sabe usted que hoy marcha el conde Vronski? —añadió la princesa con aire triunfante y una sonrisa significativa.

—He oído decir que marchaba, pero ignoraba que fuese hoy.

—Acabo de verlo; está aquí con su madre, a decir verdad, no podía hacer nada mejor.

—Seguramente.

Durante esta conversación, la multitud se precipitaba en la cantina, donde un caballero, con un vaso en la mano, dirigía a los voluntarios un discurso, el cual terminó bendiciéndolos con voz conmovida en nombre de «nuestra madre Moscú». La multitud contestaba con vivas y Serguiéi Ivánovich y su compañera estuvieron a punto de verse envueltos entre los manifestantes.

—¿Qué dice usted a esto, princesa? —gritó de repente en medio de la muchedumbre la voz de Stepán Arkádich, que se abría paso entre las masas—. ¿No te parece que habla muy bien? ¡Bravo! Usted debería decirles también algunas palabras, Serguiéi Ivánovich —añadió Oblonski con acento cariñoso, tocando el brazo de Koznyshov.

—No puede ser; me marchó.

—¿Adónde va usted?

—A casa de mi hermano.

—Entonces verá usted a mi esposa; dígame que me ha visto y que *all right*; que me han nombrado individuo de la comisión; ya sabe ella lo que es, porque se lo he escrito. Dispéñeme usted, princesa; estas son mezquindades de la vida —añadió volviéndose hacia la dama—. Supongo que sabrá usted ya que la Miagkaia envía mil

fusiles y doce enfermeras.

—Sí —contestó fríamente Koznyshov.

—¡Qué lástima que se vaya usted! Mañana ofrecemos un banquete de despedida a dos voluntarios, Bartnianski y Veselovski, que apenas casado se marcha. ¿No le parece a usted que esto es hermoso?

Y sin reparar que no interesaba en nada a sus interlocutores, continuó hablando:

—¿Qué dice usted? —exclamó cuando la princesa le hubo manifestado que Vronski marchaba en el primer tren.

Y su alegre semblante tomó al punto una marcada expresión de tristeza; pero Stepán Arkádich olvidó pronto las lágrimas que había vertido sobre el cuerpo inanimado de su hermana para no ver en Vronski más que un héroe y un antiguo amigo, a quien fue a buscar al punto.

—Es preciso hacerle justicia a pesar de sus defectos —dijo la princesa cuando Stepán Arkádich estuvo lejos—; es un eslavo por excelencia; pero creo que no le agrade mucho ver a nuestro amigo. Por más que se diga, compadezco a ese pobre Vronski; procure usted distraerlo un poco en el viaje.

—Seguramente, si encuentro ocasión para ello.

—Es hombre que a mí no me agradó nunca; pero lo que hace ahora basta para dispensarle muchos errores. ¿Sabe usted que costea por sí solo un escuadrón?

En aquel momento resonó la campanilla y la multitud se precipitó hacia las puertas.

—¡Helo aquí! —exclamó la princesa, llamando la atención de Koznyshov sobre Vronski.

Este último llevaba un largo paletó y sombrero de anchas alas y daba el brazo a su madre. Oblonski los seguía, hablando con mucha animación, y sin duda habría anunciado la presencia de Koznyshov, pues el conde lo miró y levantó silenciosamente su sombrero, dejando ver una frente envejecida y arrugada por el dolor; un momento después desapareció en el andén.

Los vivos y el himno nacional resonaron hasta que el tren se puso en marcha, un joven voluntario, de elevada estatura y aspecto enfermizo, contestaba al público con ostentación, agitando su gorro de fieltro; detrás de él dos oficiales y un hombre de edad saludaban más modestamente.

### III

**D**ESPUÉS de despedirse de la princesa, Koznyshov entró con Katavásov, que acababa de llegar, en un coche atestado de gente.

El himno nacional resonó de nuevo cuando los voluntarios llegaron a la estación siguiente y fue contestado con los mismos saludos, estas ovaciones eran harto familiares para Serguiéi Ivánovich y conocía demasiado aquella gente para que le inspirase la menor curiosidad; mas para Katavásov, aquellas escenas eran nuevas e interrogó a su compañero sobre los voluntarios, Serguiéi Ivánovich le aconsejó que los estudiara en la segunda clase, y así lo hizo.

Los cuatro individuos a quienes se consideraba como principales héroes hablaban ruidosamente en un ángulo del coche, sabiendo que eran objeto de la atención general; el joven alto levantaba la voz más que los otros, bajo la influencia de copiosas libaciones, y contaba una historia a un oficial que vestía uniforme austríaco; el tercer voluntario, vestido de artillero, estaba sentado junto a ellos en un cofre, y el cuarto, dormía. Katavásov supo que el joven enfermizo era un hombre de negocios que a la edad de veintidós años había devorado una considerable fortuna y creía excitar la admiración del mundo al marchar a Serbia: era un muchacho mimado, sin salud y estaba bebido y lleno de suficiencia, por lo cual produjo muy mala impresión en el profesor.

El segundo, un militar retirado no valía mucho más; se había dedicado sin fruto a diversos oficios y su ignorancia era completa.

El tercero, por el contrario, agradó a Katavásov a causa de su modestia y dulzura, la presunción y falsa ciencia de sus compañeros le imponían y permanecía silencioso.

—¿Qué va usted a hacer en Serbia? —le preguntó el profesor.

—Voy, como todo el mundo, para ver si puedo ser útil.

—Allí faltan artilleros.

—Pues yo he servido muy poco en artillería —repuso.

Y refirió cómo no habiendo podido sufrir los exámenes, debió retirarse del ejército como subalterno.

La impresión general producida por aquellos personajes era poco favorable; un anciano que vestía uniforme militar y los escuchaba con Katavásov no parecía más satisfecho que este, y le era difícil considerar como héroes a aquellos hombres, cuyo valor militar se manifestaba solo por sus copiosas libaciones.

Sin embargo, habría sido una imprudencia manifestar francamente semejante opinión, y cuando Katavásov preguntó al veterano qué juicio formaba de los voluntarios, este le contestó sonriendo:

—¡Qué quiere usted! ¡Se necesitan hombres! Dicen que los oficiales serbios no valen para nada.

Katavásov al entrar en su coche, no se sintió con valor para expresar su opinión con sinceridad, lo que iba contra sus costumbres, y contándole sus observaciones dijo a Serguéi Ivánovich que los voluntarios le habían parecido unos excelentes muchachos.

Las aclamaciones y los ramos menudearon también en la ciudad siguiente y se acompañó a los voluntarios como en Moscú, pero el entusiasmo disminuía.



## IV

CUANDO el tren se detuvo, Serguiéi Ivánovich, paseando por el andén, cruzó por delante del compartimiento de Vronski, cuyas cortinillas estaban corridas, pero al volver vio junto a la ventanilla a la anciana condesa, que lo llamó al punto.

—Ya ve usted —dijo— que lo acompaño a Kursk.

—Ya lo sabía —contestó Koznyshov, deteniéndose junto a la portezuela. Y al ver que Vronski no estaba en el interior, añadió—: Hace una buena acción.

—¿Qué otro remedio le quedaba después de su desgracia?

—¡Qué horrible suceso!

—¡Dios mío, solo yo sé lo que he pasado! Pero entre usted —dijo la anciana, haciendo sitio a Koznyshov—. ¡Si supiera usted cuánto he sufrido! Durante seis semanas no habló una sola palabra, y solo a fuerza de súplicas conseguí que comiera algo. Temíamos que atentase contra su vida, le habíamos quitado todo con que pudiera hacerse daño, pues ya sabe usted que una vez estuvo a punto de suicidarse por la difunta. Sí —añadió la condesa, cuyo rostro tomó una expresión sombría al evocar este recuerdo—, esa mujer murió como había vivido, cobarde y miserablemente.

—No nos toca a nosotros juzgarla, condesa —contestó Serguiéi con un suspiro—; pero comprendo que habrá usted sufrido mucho.

—¡No se puede ni imaginar! Alexiéi estaba en casa, en mi finca de los alrededores de Moscú, donde yo paso el verano, cuando le trajeron una carta, a la cual contestó inmediatamente. Nadie sabía que esa mujer se hallase en la estación. Por la noche, al subir a mi cuarto, la doncella me dijo que una señora se había arrojado bajo un coche del tren de mercancías; y comprendiendo al punto quién era, mis primeras palabras fueron para recomendar que no se dijese nada al conde; pero ya era tarde. Su cochero acababa de referirle el hecho, pues se hallaba aún en la estación cuando ocurrió y pudo verlo todo. Corrí presurosa en busca de mi hijo; estaba como loco y salió precipitadamente sin pronunciar una palabra. Yo no sé lo que vería, pero al volver parecía un muerto, tanto, que apenas lo reconocí. Según el doctor, *prostration complete*, y poco después creyó que perdería la razón. Por más que usted diga, esa mujer era mala. ¿Comprende usted una pasión de ese género? ¿Qué ha querido demostrar con su muerte? Ha perturbado la existencia de dos hombres de raro mérito, su esposo y mi hijo, y se ha perdido ella misma.

—¿Qué ha hecho el marido?

—Se ha encargado de la pequeña. En el primer momento, mi hijo consintió en todo, pero ahora se arrepiente de haber abandonado la niña a un extraño. Karenin asistió al entierro y conseguimos evitar un encuentro entre el esposo y mi Alexiéi. Esa muerte es para Alexiéi Alexándrovich un bien, pero mi pobre hijo, que había

sacrificado todo a esa mujer, su madre, su posición, su carrera..., ¡concluir así! Por más que diga usted en contra, ese es el fin de una mujer sin religión. ¡Dios me perdone mis palabras, pero al pensar en el daño que ha hecho a mi hijo, no puedo menos de maldecir su memoria!

—¿Y cómo sigue ahora Alexiúi Kirilovich?

—Esa guerra es la que nos ha salvado; yo no la entiendo y me infunde temor, tanto más cuanto que no la aprueban en San Petersburgo; mas no por eso doy menos gracias a Dios. Ese movimiento ha reanimado a mi hijo; su amigo Yashvin es quien le ha hecho entrar en deseos de acompañarlo a Serbia, aunque él va solo porque se ha arruinado en el juego. Los preparativos distrajeron bastante a mi hijo, y yo ruego a usted que hable con él, porque está muy triste; y para mayor disgusto tiene un dolor de muelas rabioso. Se alegrará de verlo, y si quiere usted decirle algo, lo encontrará paseando al otro lado de la vía.

## V

**E**NTRE los fardos amontonados en el andén, Vronski andaba de un lado a otro como una fiera en su jaula, en un trecho donde apenas podía dar veinte pasos; con las manos en los bolsillos, pasó por delante de Serguiéi Ivánovich sin reconocerlo al parecer; pero este no era susceptible, tanto más cuanto que, a su modo de ver, cumplía con una gran misión. Era preciso reanimarlo a toda costa, y con esta intención Koznyshov se acercó al conde, que, fijando en él la vista, se detuvo y le ofreció cordialmente la mano.

Vronski se paró, fijo su mirada en Kóznishev y dando unos pasos hacia él, le estrechó la mano con mucha fuerza.

—Tal vez hubiera usted preferido no verme —dijo Serguiéi Ivánovich—; pero dispensará mi insistencia, porque tenía empeño en ofrecerle mis servicios.

—A nadie vería con más agrado que a usted —contestó Vronski—, aunque la vida tiene muy pocos atractivos para mí.

—Lo comprendo; pero tal vez le fuera útil a usted una carta para Rístich o Milán —repuso Koznyshov, admirado de la expresión de sufrimiento que se revelaba en las facciones del conde.

—¡Oh, no! —contestó este, haciendo un esfuerzo para comprender—. ¿Quiere usted que andemos un poco? Solo la vista de esos furgones me ahoga. Hablaba usted de darme una carta..., muchas gracias ¿La necesito acaso para dejarme matar? Tal vez les convenga a los turcos... —añadió sonriendo ligeramente, sin que desapareciese de sus ojos la expresión de dolor.

—Le sería más fácil a usted —dijo Serguiéi Ivánovich— trabar relaciones con hombres preparados para la acción, pero usted obrará como mejor le parezca. De todos modos, quería decirle que aplaudo su decisión, porque podrá usted realzar ante la opinión pública a esos voluntarios tan atacados.

—Mi único mérito —replicó Vronski— consiste en mi poco amor a la vida; en cuanto a la energía, sé que no me faltará; y es un alivio para mí aplicar a un objeto una existencia que me pesa ya. Alguien tal vez la necesitará.

Diciendo eso, Vronski hizo con la mandíbula un movimiento de impaciencia, provocado por un dolor de muelas que lo atormentaba sin cesar, impidiéndole incluso hablar como quería.

—Permítame usted pronosticarle que ahora entra en una nueva vida —repuso Serguiéi Ivánovich—, pues salvar a unos hermanos oprimidos es empresa en la cual se puede vivir o morir dignamente. Dios le concede a usted el triunfo devolviendo a su espíritu la calma que necesita.

—Sí, como un arma quizá valga aun para algo, pero como una persona, ya no soy más que una ruina —murmuró el conde lentamente, estrechando con fuerza la mano

que le ofrecía Koznyshov.

Molestado por su dolor de muelas, Vronski guardó silencio y su vista se fijó maquinalmente en las ruedas de la locomotora, que se deslizaban con lentitud y regularidad; en el mismo instante su dolor físico cesó de pronto ante el recuerdo que en él despertaba la presencia de un hombre a quien no había visto desde su desgracia; y ella se le apareció de repente, o por lo menos, lo que de ella había quedado. Se presentó el momento en que, entrando como un loco en la caseta donde la transportaron, cerca de la vía, vio su cuerpo ensangrentado, casi desnudo, expuesto a las miradas de todos; la cabeza estaba intacta, con sus magníficas trenzas y sus ligeros rizos alrededor de las sienes; tenía los ojos medio cerrados y sus labios entreabiertos parecían a punto de proferir aún su terrible amenaza, prediciéndole, como en la última entrevista, «que se arrepentiría».

Y esto hizo evocar a Vronski el recuerdo de su primer encuentro en la estación también; pensó en la poética belleza y en los encantos de Anna cuando, llena de vida y juventud, buscaba la felicidad y estaba dispuesta a darla; y continuamente creía ver su irritada imagen animada de un implacable deseo de venganza; las alegrías del pasado quedaban envenenadas para siempre. Recordaba únicamente el triunfo de la amenaza de un arrepentimiento inútil. El dolor de muelas cesó y un sollozo estremeció todo su ser.

Después de una pausa, el conde, repuesto de su emoción, cambió algunas palabras con Koznyshov sobre el porvenir de Serbia; y como oyesen la señal de marcha, se despidieron afectuosamente.

## VI

COMO Serguiéi Ivánovich no sabía a punto fijo cuán do iba a ponerse en camino, no había anunciado su llegada por telegrama, y debió contentarse con un mal vehículo, hallado en la estación, para emprender el viaje; de modo que su compañero y él no llegaron hasta mediodía a su destino, cansados y llenos de polvo.

Kiti, sentada en el balcón con su padre y su hermana, reconoció al punto a su cuñado y corrió al encuentro de los viajeros.

—Debería usted avergonzarse de llegar así sin avisarnos —dijo, presentando su frente a Serguiéi Ivánovich.

—Con esto les hemos ahorrado molestias y de todos modos hemos llegado estupendamente bien —respondió Serguéi Ivánovich—. Pero estoy tan cubierto de polvo, que me asusta acercarme. Andaba muy ocupado, y no sabía cuándo podría marcharme... Sigue usted como siempre —añadió sonriendo—: gozando de su tranquila felicidad, fuera de las corrientes vertiginosas, en este sereno remanso. Pues traigo aquí a nuestro amigo Fiódor Vasílievich, por fin se ha decidido a venir también.

—No me confunda usted con un negro —dijo Katavásov con una sonrisa—; cuando me haya lavado, ya verá que tengo cara humana.

—Kostia se alegrará mucho; ahora está en la granja, pero no tardará en volver.

—¡Siempre ocupado en sus asuntos, mientras que nosotros no hacemos más que hablar de la guerra de Serbia! Tengo curiosidad por saber la opinión de mi amigo en este asunto, pues sin duda no piensa como la generalidad.

—Yo creo que sí —contestó Kiti algo confusa, mirando a Serguiéi Ivánovich—. Voy a mandar que lo busquen. Por lo pronto, tenemos aquí a mi padre, que acaba de regresar del extranjero.

Y Kiti, aprovechándose de la libertad de movimientos de que tanto tiempo había estado privada, se apresuró a instalar a sus huéspedes, envió a buscar a su esposo y corrió en busca del anciano príncipe, que estaba en el terrado.

—Aquí está Serguiéi Ivánovich —dijo—, que ha llegado con el profesor Katavásov.

—¡Qué pesada será con este calor semejante compañía!

—Nada de eso, papá, es un hombre muy amable y Kostia lo aprecia mucho. Baja tú para hacerles un momento compañía —añadió Kiti dirigiéndose a su hermana—, y entretanto voy a buscar al niño, que no ha tomado alimento desde esta mañana y debe de estar impaciente. Estos señores han encontrado a Stepán en la estación.

El lazo que unía a la madre y al niño era tan íntimo aún que la primera adivinaba las necesidades del segundo sin que este las expresase.

—Déme usted al niño —dijo a la criada, con tanta impaciencia como la que este

manifestaba ya.

Después de proferir un ligero grito, Mitia, que en su ansia por tomar el pecho no sabía cómo comenzar, la madre y el niño, tranquilos ya, respiraron libremente, y Kiti sonrió al observar la mirada casi picaresca que su hijo le dirigía, dilatando sus mejillas.

—Créame usted, Katerina Alexándrovna, madrecita mía —dijo la anciana Agafia Mijaílovna, que no se quería alejar nunca de la habitación del niño—, a mí me conoce la criatura muy bien.

—¡Imposible! —repuso Kiti sonriendo—. Si la conociera a usted, me conocería lo mismo a mí.

La joven madre, sin embargo, sabía muy bien hasta qué punto aquella criatura comprendía cosas ignoradas de los otros y que la misma Kiti no habría conocido a no ser por el tierno infante.

—Ya verá usted cómo me conoce cuando se despierte —dijo la anciana Agafia Mijaílovna.

—Bien, bien; pero ahora déjelo usted dormir.

## VII

**A** GAFIA Mijáilovna se alejó de puntillas, mientras la criada, sentada junto a su señora y provista de una rama de abedul, se ocupó en ahuyentar las moscas ocultas en las cortinas de muselina de la cuna.

Mitia, cerrando poco a poco los ojos, hacía con sus redondeados bracitos ademanes que inquietaban a Kiti, deseosa de abrazar a la criatura y al mismo tiempo de verla dormida.

Sobre su cabeza oía un murmullo de voces, y la risa sonora de Katavásov.

«Vamos —pensó Kiti—, ya se animan; pero es enojoso que Kostia no esté aquí; sin duda se habrá entretenido con las abejas; a veces me incomoda que vaya tan a menudo, aunque esto lo distrae. Ahora está mucho más alegre que en Moscú durante la primavera, me daba miedo verle tan sombrío. ¡Qué hombre tan raro!»

Kiti conocía la causa de la inquietud de su esposo, que se hacía desgraciado por sus continuas dudas; y aunque pensase, con su ingenua fe, que no hay salvación para el incrédulo, el escepticismo de aquel, cuya alma le era tan querida, no la inquietaba en manera alguna.

«¿Por qué lee —se preguntó— todos los libros de filosofía, donde nada encuentra? Puesto que desea la fe, ¿por qué no la tiene? Reflexiona demasiado, y si se absorbe en meditaciones solitarias, es porque no estamos a su altura. La visita de Katavásov lo agradará, porque es muy aficionado a discutir con él...» Los pensamientos de la joven esposa se fijaron entonces en sus huéspedes. «¿Les daremos una sola habitación —se preguntó— o preferirán estar separados?...» De repente, le acosó el temor de que la lavandera no hubiese llevado la ropa. «¡Con tal que Agafia Mijáilovna no haya dado ya la que ha servido! —pensó—. Será preciso asegurarme yo misma.»

Y continuando el hilo de sus pensamientos interrumpidos, se dijo: «Sí, Kostia es incrédulo, pero mejor lo quiero así que no semejante a la señora Shtal o a mí misma cuando me hallaba en Soden. Él no será nunca hipócrita».

Kiti recordó de pronto un rasgo de bondad de su esposo algunas semanas antes; Stepán Arkádich había escrito una carta de arrepentimiento a su esposa, suplicándole que le salvase el honor, vendiendo su tierra de Iergushovo para pagar sus deudas.

Dolli, aunque despreciaba a su marido, se desesperó; pero compadecida de él, se avino a ceder una parte de aquella finca; Kiti recordó la timidez con que Kostia le propuso un medio de ayudar a Dolli sin ofenderla, y consistía en ceder la parte a que tenían derecho en aquella propiedad.

«¿Puede ser incrédulo —se preguntó Kiti— un hombre que tiene tan buen corazón y que teme afligir aunque sea a un niño? Nunca piensa más que en nosotros; a Serguiei Ivánovich le parece muy natural considerarlo como su intendente, lo

mismo que su hermana; Dolli y sus hijos no tienen más apoyo que él; y hasta creo que es su deber sacrificar su tiempo a los campesinos, que sin cesar vienen a consultarle...»

«Sí —añadió mentalmente, tocando con sus labios la mejilla de su hijo antes de entregarlo a la criada—, lo mejor que puedes hacer, hijo mío, es parecerte a tu padre.»



## VIII

**D**ESDE el día en que Lievin, junto al lecho de su hermano moribundo, había entrevisto el problema de la vida y de la muerte, a la luz de las nuevas convicciones, según él las llamaba, convicciones que desde los veinte a los treinta y cuatro años había reemplazado a las creencias de su infancia, la vida le parecía más terrible aún que la muerte. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Para qué la recibíamos? El organismo, su aniquilamiento, la indestructibilidad de la materia, las leyes de la conservación y el desarrollo de las fuerzas; todas estas palabras y las teorías científicas que con ellas se relacionan eran, sin duda, interesantes desde el punto de vista intelectual; pero ¿cuál sería su utilidad en el curso de la existencia?

Y Lievin, semejante al hombre que en tiempo frío se hubiera despojado de un abrigo de pieles para vestirse de muselina, sintió que estaba desnudo y destinado a perecer miserablemente.

Desde entonces, sin cambiar nada en su vida exterior y sin tener casi conciencia de ella, no pudo menos de experimentar el terror de su ignorancia, tristemente persuadido de que lo que él llamaba convicciones, lejos de contribuir a iluminarlo, le impedían adquirir los conocimientos que tanto necesitaba.

El matrimonio, sus alegrías y sus nuevos deberes borraron del todo estos pensamientos; pero se renovaron con creciente persistencia después del parto de su esposa, cuando estuvo en Moscú sin ninguna ocupación formal.

La cuestión se planteaba para él de este modo: «Si no acepto las explicaciones que el cristianismo me ofrece sobre el problema de mi existencia, ¿dónde encontraré otras?». Y estudiaba sus convicciones científicas tan inútilmente como si hubiera registrado un depósito de armas para buscar alimento.

Involuntaria e inconscientemente, buscaba en sus lecturas, en sus conversaciones y hasta en las personas que le rodeaban una relación cualquiera con el asunto que le absorbía.

Un hecho le preocupaba esencialmente. ¿Por qué los hombres de su sociedad, los más de los cuales habían dejado como él la fe por la ciencia, no parecían experimentar ningún padecimiento moral y vivían muy satisfechos y contentos? ¿Sería porque no eran sinceros o porque la ciencia respondía más claramente para ellos a esas espinosas cuestiones? Y Lievin estudiaba aquellos hombres y los libros que podían contener las soluciones tan deseadas.

Sin embargo, reconoció que había cometido un grave error al compartir con sus compañeros de la universidad la idea de que la religión no existía ya; aquellos a quienes más amaba, el anciano príncipe, Lvov, Serguiéi Ivánovich y Kiti, conservaban la fe de su infancia, esa fe que él mismo tuvo en otro tiempo; las mujeres en general, y todo el pueblo, la conservaban.

Después se convenció de que los materialistas, de cuyas opiniones participaba, no daban a estas ningún sentido particular, y lejos de explicarse estas cuestiones, sin la solución de las cuales la vida le parecía imposible, las dejaban para resolver otras que le parecían a él indiferentes, tales como el desarrollo del organismo, la definición mecánica del alma, etc.

Durante el alumbramiento de su esposa, Lievin experimentó una extraña sensación: aunque incrédulo, había orado, y con fe sincera; pero cuando volvió a la tranquilidad, comprendió que su vida era inaccesible a semejante disposición de alma. ¿En qué momento se le había aparecido la verdad? ¿Podía admitir que se hubiese engañado? Si sus impulsos hacia Dios se convertían en polvo cuando los analizaba fríamente, ¿debía considerarlos por esto como una prueba de debilidad? Esto hubiera sido rebajar sentimientos cuya grandeza apreciaba... Aquella lucha interior le pesaba dolorosamente, y se esforzaba para librarse de ella.

## IX

**A**GOBIADO con estos pensamientos, leía y meditaba; pero el objeto deseado parecía alejarse cada vez más.

Convencido de la inutilidad de buscar en el materialismo contestación a sus dudas, releyó, en el último tiempo de su residencia en Moscú y en el campo, las obras de Platón, Espinosa, Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer, que correspondían a su modo de ver, y cuyas doctrinas comparaba con otras enseñanzas, sobre todo con las teorías materialistas; mas, por desgracia, apenas buscaba, independientemente de estos guías, la aplicación a cualquier punto dudoso, volvía a caer en las mismas vacilaciones. Los términos espíritu, voluntad, libertad y sustancia solo tenían sentido para su inteligencia mientras seguía el hilo artificial de las deducciones de aquellos filósofos, quedando entonces cogido en el lazo de sus sutiles distinciones; pero considerada desde el punto de vista de la vida real, la armazón se derrumbaba, y no veía ya más que un conjunto de palabras sin relación con «aquella cosa» más necesaria en la vida que la razón.

Hubo un tiempo en que leyendo a Schopenhauer, sustituyó la palabra *voluntad* por *amor*, y esta nueva filosofía lo consoló durante dos días. Pero se derrumbó cuando la miró desde las posiciones de la vida.

Serguiéi Ivánovich le aconsejó que leyese a Jomiakov; y aunque le disgustaron el rebuscado estilo de este autor, lleno de exageración, y sus marcadas tendencias a la polémica, le admiró ver cómo desarrollaba la idea siguiente: «El hombre no podía llegar solo al conocimiento de Dios, pues la verdadera luz está reservada para una reunión de almas, a las cuales inspira el mismo amor, y esta reunión es iglesia». Este pensamiento reanimó a Lievin... ¡Cuánto más fácil era aceptar la Iglesia establecida, santa e infalible, puesto que tiene a Dios por jefe, con sus enseñanzas sobre la creación, la redención, y llegar por ella a Dios; cuánto más fácil era esto, repetimos, que no sondear el impenetrable misterio de la divinidad para explicarse después la creación, la redención, etc.!

Mas, ¡ay!, después de haber leído, a continuación de Jomiakov, una historia de la iglesia escrita por un autor católico, Lievin volvió a recaer dolorosamente en sus dudas. La iglesia griega ortodoxa y la iglesia católica, ambas infalibles en su esencia, se excluían mutuamente, sin que la teología ofreciese fundamentos más sólidos que la filosofía.

Durante toda aquella primavera, Lievin pasó horas crueles.

«Yo no puedo vivir —se decía— sin saber lo que soy y con qué objeto existo; puesto que no puedo adquirir este conocimiento, la vida es para mí imposible. En la infinidad del tiempo, de la materia y del espacio, se forma una célula orgánica que se sostiene un momento y se rompe después... ¡Esa célula soy yo!»

Tan doloroso sofisma era el único, el supremo resultado del trabajo del pensamiento humano durante muchos siglos; era la creencia final en que se basaban las investigaciones más recientes del espíritu científico; era la convicción dominante, y Lievin, sin explicarse bien la razón, y simplemente porque esta teoría le pareció más clara, se penetró de ella sin que interviniese su voluntad.

Pero esta conclusión era en su concepto más que un sofisma; vio en ella la obra irrisoria de algún espíritu del mal, y era deber suyo liberarse de ella... La liberación estaba al alcance de todos. Era preciso romper la dependencia del mal. Y el medio de conseguirlo era la muerte. Amado, feliz, padre de familia, Lievin alejó cuidadosamente de su alcance toda clase de arma, como si hubiera temido ceder a la tentación de poner término a su largo suplicio.

Por eso no se mató, y quiso seguir viviendo y luchando.

## X

AUNQUE Lievin se hallase mortalmente perturbado por la dificultad de analizar el problema de su existencia, obraba sin vacilar en su vida diaria. Hacia el mes de junio dio principio a sus trabajos habituales en Pokrovskoie: la inspección de las tierras de sus hermanos, sus relaciones con la vecindad y los campesinos y la cría de las abejas lo tenían muy ocupado. No obstante, el interés que se tomaba en los negocios tenía ahora un límite más reducido; hasta había renunciado a sus miras generales y proyectos, cuya aplicación le causara tantas decepciones, y se contentaba con llenar sus nuevos deberes, advirtiéndole un secreto instinto que así obraba mejor. En otro tiempo, la idea de hacer una acción buena y útil le producía de antemano una dulce impresión de alegría; pero la acción en sí misma no realizaba nunca sus esperanzas, y muy pronto comenzaba a dudar de la utilidad de sus empresas; ahora iba directamente al hecho, sin alegría pero sin vacilación, y los resultados eran satisfactorios. Ahora trazaba el surco en la tierra tan inconscientemente como el arado. En vez de discutir ciertas condiciones de la vida, las aceptaba como indispensables; vivir lo mismo que sus antecesores, prosiguiendo su obra a fin de legarla a sus hijos era a los ojos de Lievin un deber indiscutible, y no se le ocultaba que para alcanzar este objeto le era preciso ahumar la tierra, labrarla y practicar la siembra, debiéndose hacer todas estas operaciones bajo su vigilancia; sabía igualmente que debía proteger a sus hermanos y a los numerosos campesinos que iban a consultarle, y a los niños que se le confiaban; su mujer y Dolli tenían igualmente derecho a que las consolara algunas horas; y le bastaba todo esto para ocupar su existencia, de la cual no comprendía el sentido cuando reflexionaba. Cosa singular, no solamente sus deberes le parecían ahora bien definidos, sino que ya no abrigaba dudas sobre la manera de llenarlos en los casos particulares de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, no vacilaba ya en contratar sus jornaleros al precio más arreglado que le era posible; pero tampoco quería hacerlos trabajar por menos de lo que ganaban por costumbre; adelantaba dinero a un campesino para librarlo de las garras de los usureros, pero no le perdonaba los atrasos; castigaba severamente los robos en los bosques, pero habría tenido escrúpulo en retenerle el ganado del campesino cogido *in fraganti*; conservaba y mantenía a los antiguos servidores de edad avanzada, y hacía esperar a los campesinos, que le esperaban ya tres horas, para ir a dar un abrazo a su esposa al volver a casa después del trabajo, pero no habría ido a ver sus colmenas antes de recibirlos. No profundizaba este código personal, y temía las reflexiones que podían conducirlo a dudar sobre sus deberes; pero su conciencia, siempre alerta, era severo juez para sus faltas.

Así vivió, siguiendo la senda trazada por la vida, siempre sin entrever la posibilidad de explicarse el misterio de la existencia y atormentado por su ignorancia

hasta el punto de temer el suicidio.

## XI

**E**L día de la llegada de Serguiei Ivánovich a Prokóvskoie fue uno de los días más duros para Lievin.

Era el tiempo más ocupado del año, aquel que exige un esfuerzo de trabajo y de voluntad, y que no se aprecia lo bastante porque se reproduce periódicamente con resultados muy sencillos. Segar, almacenar el trigo, labrar, batir el grano y sembrar son trabajos que no admiran a nadie; mas para llevarlos a cabo en el corto espacio de tiempo concedido por la naturaleza es forzoso que todos trabajen, y que durante tres o cuatro semanas cada cual se contente con un pedazo de pan y cebolla, sometiéndose a dormir muy pocas horas; es preciso que nadie pierda un momento ni de día ni de noche; y este fenómeno se realiza anualmente en toda Rusia.

Lievin hacía como los demás; iba al campo a la primera hora de la mañana; volvía para almorzar con su esposa y su cuñada, y sin perder un momento se dirigía a la granja; pero mientras vigilaba a sus trabajadores, hablaba con su suegro y las señoras, y se preguntaba siempre lo mismo: «¿Qué soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Para qué?».

En pie, cerca de la granja, miraba el polvo que se producía al batir el trigo, contemplando al mismo tiempo las golondrinas que se refugiaban en el tejado y los trabajadores que se oprimían en el oscuro interior de la granja.

«¿Por qué todo esto? —pensaba—. ¿Por qué estoy aquí vigilándolos a ellos y me dan prueba de su celo? He ahí la vieja Matriona —una jornalera a quien había curado una quemadura hacía tiempo, y que en aquel instante trabajaba vigorosamente—, a quien curé muy bien; pero si no es hoy, de aquí a un año o dentro de diez, será preciso enterrarla, lo mismo que a esa joven que se la da de graciosa, o ese caballo que tira del arado, y también a Fiódor, que imperativamente manda a las mujeres... Y yo también seguiré el mismo camino... ¿Por qué?» Y maquinalmente consultaba su reloj para señalar su tarea a los trabajadores.

Llegada la hora de comer, Lievin dejó a todos dispersarse y, apoyándose en un aparato de moler trigo, trabó conversación con Fiódor, dirigiéndole varias preguntas sobre un rico campesino llamado Platón, que rehusaba arrendar su campo explotado por un labrador el año precedente.

—El precio es muy subido, Konstantín Dmítrich —dijo Fiódor.

—Bien lo pagaba Mitiuja el año último.

—Platón no dará la misma suma —repuso el campesino con tono desdeñoso—; el viejo Platón no quiere desollar a su prójimo, porque se compadece del pobre y fía en caso necesario.

—¿Y por qué ha de fiar?

—No todos los hombres son iguales, unos viven para su vientre, como Mitiuja, y otros para su alma, para Dios, como el viejo Platón.

—¿A qué llamas tú vivir para su alma o para Dios? —preguntó Lievin.

—Es muy sencillo; vivir según Dios, según la verdad. Claro es que no todos se parecen. Usted, por ejemplo, Konstantín Dmítrich, no perjudicaría al pobre.

—¡Cierto..., cierto!... ¡Adiós! —balbució Lievin, muy impresionado.

Y cogiendo su bastón, se dirigió hacia la casa. «Vivir para Dios, según la verdad..., para su alma.» Estas palabras del campesino hallaban un eco en su corazón, y en su mente se agitaron pensamientos confusos que le parecían fecundos y que se despertaban de pronto al cabo de mucho tiempo para deslumbrarlo con una nueva claridad.



## XII

LIEVIN avanzó a largos pasos por el camino, bajo el imperio de una sensación del todo nueva; las palabras del campesino habían producido en su alma el efecto de una chispa eléctrica, y el cúmulo de ideas vagas y oscuras que le habían dominado pareció condensarse para llenar su corazón de inexplicable alegría. Lievin vislumbraba una sensación nueva, y esta sensación, todavía confusa, lo llenaba de placer.

«¡No vivir para sí mismo, sino para Dios!... ¿Qué Dios? ¿No es insensato pretender que no debemos vivir para nosotros, es decir, para lo que nos agrada y nos atrae, sino para Dios, a quien nadie comprende ni podría definir?... Sin embargo, estas palabras insensatas yo las he comprendido, no he dudado de su verdad, y no me parecen falsas ni oscuras...; les he dado el mismo sentido que ese aldeano, y tal vez no he comprendido nunca nada tan claramente. Fiódor pretende que Mitiuja vive para su vientre; ya sé lo que entiende por esto; lo mismo que hacemos los demás; pero Fiódor añade que es preciso vivir para Dios según la verdad, y esto lo comprendo también... Yo, y millones de hombres, ricos y pobres, sabios y tontos, así en el pasado como en el presente, estamos de acuerdo sobre un punto; y es que se ha de vivir para el bien. Este es el único conocimiento claro y absoluto que poseemos. El bien dejaría de serlo si tuviese una causa, como si tuviera una sanción, una recompensa... Yo sé esto, y todos lo sabemos. ¡Y yo que buscaba un milagro para convencerme! ¡Aquí está; no lo había observado, aunque me estrechaba por todas partes!... ¿Podría ser más grande? ¿Habré encontrado verdaderamente la solución de mis dudas? ¿Dejaré de sufrir al fin?...»

Lievin avanzó por el camino polvoriento, insensible a la fatiga y al calor, sofocado por la emoción, y sin creer apenas en el sentimiento de tranquilidad que penetraba en su alma. De pronto, se desvió de la línea que seguía para dirigirse al bosque, fue a echarse a la sombra de un árbol, descubrió su frente bañada en sudor, y observando los movimientos de un insecto que trepada por el tallo de una planta, se entregó a sus reflexiones.

«Es preciso —pensó— recogerme un poco, resumir mis impresiones y comprender la causa de mi felicidad... He creído en otra época que se efectuaba en mi cuerpo, así como en el de ese insecto, una evolución de la materia, según ciertas leyes físicas, químicas y fisiológicas; evolución, lucha incesante que se extiende a todo: a los árboles, a las nubes, a las nebulosas...; pero ¿a qué conducía esa evolución? ¿Es posible la lucha con lo infinito?... Y me admiraba de no encontrar cosa alguna en esa vía que me revelara el sentido de la vida, de mis impulsos y admiraciones... Este sentido, no obstante, es tan claro para mí, que constituye el fondo mismo de mi existencia; y cuando Fiódor me ha dicho: “Vivir para Dios y su

alma”, me he regocijado y admirado a la vez al oír su definición. Yo no he descubierto nada...; solo he reconocido esa fuerza que en otro tiempo me dio la vida y me la devuelve hoy. Estoy libre del error..., veo a mi maestro...»

Lievin recordó el curso de sus pensamientos durante los dos últimos años, desde el día en que la idea de la muerte cruzó por su espíritu al ver a su hermano enfermo; entonces había comprendido claramente que el hombre, no teniendo más perspectiva que el sufrimiento, la muerte y el olvido eterno, debía, si no se suicidaba, llegar a explicarse el problema de la existencia de manera que no viese en él la cruel ironía de algún genio maléfico; pero sin conseguir explicarse nada, él no se había dado muerte, se había casado y conocía nuevos goces, que le hacían feliz cuando no trataba de profundizar estos pensamientos perturbadores. ¿Qué probaba esta inconsecuencia? Que vivía bien, pensando mal. Sin saberlo, le habían sostenido estas verdades de la fe, que su espíritu desconocía antes, comprendiendo ahora cuánto les debía...

«¿Qué hubiera sido de mí si yo no hubiese sabido que era preciso vivir para Dios y no para la satisfacción de mis necesidades? Habría robado, mentido, asesinado... Ninguno de los goces que la vida me proporciona hubiera existido para mí... Yo buscaba una solución que las reflexiones no pueden hallar, porque no están a la altura del problema; solo la vida, con el conocimiento innato del bien y del mal, me ofrecía una respuesta; y este conocimiento no lo he adquirido yo, pues no hubiera sabido dónde tomarlo; me ha sido dado como todo lo demás. El razonamiento no me habría demostrado que debo amar a mi prójimo en vez de estrangularlo. Si cuando me lo enseñaron en mi infancia lo creí fácilmente, era porque ya lo sabía. La enseñanza de la razón es la lucha por la existencia, esa ley que exige que se arrollen todos los obstáculos para realizar nuestros deseos; la deducción es lógica, mientras que no hay nada menos razonable que amar al prójimo. ¡Oh orgullo, oh necedad! —pensó—. Astucia del espíritu... ¡Sí, astucia y perversidad!»

## XIII

LIEVIN recordó una escena ocurrida recientemente entre Dolli y sus hijos, que cierto día se entretenían en hacer confituras, colocando una taza sobre la llama de una luz, y en arrojarse leche a la cara; su madre los sorprendió y los riñó delante de su tío, procurando hacerles comprender que si rompían las tazas les faltarían luego para tomar el té, lo mismo que la leche si la arrojaban. A Lievin le llamó la atención el escepticismo con que las criaturas escucharon a su madre; los razonamientos de esta los dejaron fríos, y solo sintieron verse privados de jugar más. Era evidente que ignoraban el valor de los bienes de que hacían uso, sin comprender que destruían en cierto modo su subsistencia.

«Todo eso está muy bien, se dijeron sin duda; pero ¿es tan precioso lo que nos da? Lo mismo es hoy que mañana, mientras que lo que hacíamos tiene algo de nuevo, como juego inventado por nosotros. ¿No es así como nosotros obramos —se dijo Lievin—, y particularmente yo, al esforzarme en penetrar por el razonamiento los secretos de la naturaleza y el problema de la vida humana? ¿No es esto lo que hacen los filósofos con sus teorías? ¿No se ve claramente en el desarrollo de cada una de ellas el verdadero sentido de la vida humana, tal como la entiende Fiódor, el campesino? Déjese a los niños buscar por sí mismos la subsistencia, y en vez de hacer travesuras se morirán de hambre... Que nos dejen a nosotros entregarnos a nuestras ideas y pasiones sin el conocimiento de nuestro creador, sin el sentimiento del bien y del mal moral... ¿Qué resultados obtendremos? Si vacilamos en nuestras creencias es porque, semejantes a los niños, nos cansamos de una misma cosa. Yo, cristiano, educado en la ley, colmado de los beneficios del cristianismo, viviendo de ellos sin echarlo de ver, lo mismo que esas criaturas, he tratado de destruir la esencia de la vida...; pero en la hora del sufrimiento me dirijo al todopoderoso, y comprendo que se me perdonan mis pueriles faltas. Sí, la razón no me ha enseñado nada; lo que se me ha revelado por el corazón y sobre todo por la fe en las enseñanzas de la Iglesia... ¿La Iglesia? —repitió Lievin, volviéndose y mirando a lo lejos el ganado que bajaba hacia el río—. ¿Puedo yo creer verdaderamente en todo lo que la Iglesia me enseña? —se preguntó para hallar un punto que turbase su tranquilidad. Y recordó los dogmas que le habían parecido extraños—. ¿La creación?... ¿Cómo había llegado a explicarse la existencia?... ¿El diablo, el pecado?... ¿Cómo se había explicado el mal?... ¿El redentor?

Ninguno de estos dogmas le parecían atacar a los únicos fines del hombre, la fe en Dios, en el bien; todos concurrían, por el contrario, al milagro supremo, el que consiste en permitir a los millones de seres humanos que pueblan la tierra, jóvenes y viejos, aldeanos y emperadores, sabios y tontos, comprender las mismas verdades, para componer esa vida del alma.

Lievin contempló el cielo, y se dijo: «Bien sé que esa es la inmensidad del espacio y no una bóveda azul que se extiende sobre mi cabeza; pero mis ojos no ven más que la bóveda redondeada, y no distinguen mejor que si mirasen más allá».

Lievin dejó de reflexionar, y escuchó las voces misteriosas que resonaran a su alrededor.

«¿Es verdaderamente la fe? —se preguntó, sin atreverse a creer en su dicha—. ¡Dios mío, yo te doy gracias!» Y algunas lágrimas de agradecimiento se deslizaron por sus mejillas.

## XIV

UN pequeño coche, que se divisaba a lo lejos, se aproximó poco después al rebaño; Lievin reconoció al cochero, que hablaba con el pastor, y muy pronto oyó el rumor de las ruedas y el relincho de su caballo; pero, sumido en sus meditaciones, no pensó en preguntar quien lo buscaba.

—La señora me envía —gritó el cochero desde lejos— para decir a usted que Serguiei Ivánovich ha llegado con un desconocido.

Lievin tomó asiento en el coche y empuñó las riendas. Como si despertara de un sueño, no pudo volver en sí hasta largo rato después; sentado junto al cochero, miraba el caballo, pensando en su hermano y en su esposa, a quienes su larga ausencia debía inquietar, y en el huésped desconocido, preguntándose si sus relaciones con los suyos sufrirían alguna modificación.

«Ya no quiero más frialdad con mi hermano —se decía—, ni disputas con Kiti, ni impaciencias con los criados; y seré cordial para mi nuevo huésped.»

Y reteniendo el caballo, que solo deseaba correr, quiso dirigir algunas palabras bondadosas al cochero, que se mantenía inmóvil a su lado sin saber qué hacer con sus manos ociosas.

—Sírvase usted tomar la derecha, pues se ha de evitar el choque con un tronco —dijo en aquel momento Iván, tocando las riendas que su amo empuñaba.

—Déjeme usted en paz y no venga a darme lecciones —contestó Lievin, con el enojo que manifestaba siempre cuando intervenían en sus asuntos.

Y al momento comprendió que su nuevo estado moral no ejercía ninguna influencia en su carácter.

Un poco antes de llegar divisó a Grisha y a Tania que corrían a su encuentro.

—¿Quién ha venido? —gritó.

—Un caballero muy feo, que hace muchos ademanes con los brazos, así —dijo Tania, imitando a Katavásov.

—¿Es joven o viejo? —preguntó Lievin sonriendo—. «¡Con tal que no sea un hombre molesto!», pensó.

Al doblar un recodo del camino reconoció a Katavásov, que avanzaba a la cabeza de los demás, gesticulando como lo había observado Tania.

A Katavásov le agradaba hablar de filosofía, como naturalista, y Lievin había discutido a menudo con él en Moscú, dejando a veces a su adversario en la ilusión de que lo había convencido. En aquel instante recordó una de sus pasadas discusiones y se prometió no expresar ligeramente sus ideas. Lo primero que hizo cuando se reunió con los que iban a buscarle fue preguntar por su esposa.

—Está en el bosque con Mitia, porque hacía mucho calor en casa —contestó Dolli.

Esto contrarió a Lievin, a quien siempre parecía peligroso llevar el niño tan lejos.

—Esa muchacha no sabe ya qué inventar —dijo el anciano príncipe—; siempre anda con su hijo de un lado a otro. Le he recomendado que pruebe también la nevera.

—Se reunirá con nosotros en las colmenas, pues creía que estabas allí —añadió Dolli.

—¿Qué haces de bueno? —preguntó Serguiéi Ivánovich a su hermano.

—Nada de particular. ¿Y tú? ¿Permanecerás aquí algún tiempo? Te esperábamos mucho antes.

—Estaré unos quince días, porque tengo mucho que hacer en Moscú.

Las miradas de los dos hermanos se cruzaron y Lievin bajó la vista sin saber qué decir; queriendo abstenerse de hablar sobre la guerra de Serbia y la cuestión eslava, a fin de no promover debates que pudieran perturbar las relaciones sencillas y cordiales que deseaba conservar con Serguiéi, le pidió noticias sobre su libro.

Koznyshov sonrió.

—Nadie piensa en él —repuso—, y yo menos que los demás. Ya veréis cómo tendremos lluvia, Daria Alexándrovna —añadió, mostrando unas nubes que se amontonaban sobre los árboles.

Bastaron aquellas palabras para que las relaciones entre los hermanos se tornaran de nuevo no enemistosas, pero sí frías, por mucho que Lievin intentara evitarlo. Lievin se acercó a Katavásov.

—Buena idea ha tenido usted en venir —le dijo.

—Lo deseaba hace largo tiempo; vamos a charlar en grande. ¿Ha leído usted a Spencer?

—No del todo, porque lo creo inútil.

—¿Cómo es eso? Me extraña usted.

—Quiero decir que no me ayudará más que los otros a resolver ciertas cuestiones. Por lo demás, ya hablaremos del asunto —añadió Lievin, admirado de la alegría que expresaba el rostro de Katavásov.

Y temiendo comenzar desde luego el debate, condujo a sus huéspedes por un angosto sendero hasta un prado sin segar y los instaló a la sombra de unos árboles en bancos preparados al efecto. Quiso ir él mismo a buscar pan y miel; al llegar a las inmediaciones de las colmenas, descolgó de la pared de la cabaña una careta de alambre, se cubrió la cabeza, introdujo las manos en los bolsillos y penetró en el recinto reservado para las abejas, donde se velan las colmenas alineadas en buen orden. Allí, en medio de los insectos que zumbaban, se felicitó de tener un momento para reflexionar y recogerse; y pudo comprender que la vida real recobraba su imperio, rebajando sus ideas. ¿No había reprendido ya a su cochero, manifestando después frialdad con su hermano y diciendo cosas inútiles a Katavásov?

«¿Será posible —se preguntó— que mi felicidad no haya sido más que una

impresión furtiva que se desvanece sin dejar ningún vestigio?»

Pero al volver en sí reconoció que sus inspiraciones estaban intactas; evidentemente se había producido un fenómeno en su alma; la vida real, que acababa de tocar, solo había extendido una nube sobre su calma anterior. Así como las abejas, zumbando a su alrededor, lo obligaban a defenderse sin atender contra sus fuerzas físicas, del mismo modo su nueva libertad resistía los ligeros ataques de los incidentes producidos durante las últimas horas.

## XV

**H**AS de saber, Kostia —dijo Dolli, después de dar su parte de pepinos y miel a cada uno de los niños—, que Serguiéi Ivánovich acaba de viajar con Vronski, el cual se dirige a Serbia.

—No va solo —añadió Katavásov—, pues ha organizado un escuadrón a sus expensas.

—¡Eso es lo que le conviene! —contestó Lievin—. ¿Y envían ustedes todavía voluntarios? —añadió, mirando a su hermano.

Serguiéi Ivánovich se ocupaba en desprender una abeja cogida por la miel en el fondo de una taza y no contestó.

—¡Cómo si se envían aún! —exclamó Katavásov—. ¡Si nos hubiera usted visto ayer!

—Le agradecería que me explicara adónde van todos esos héroes y contra quién han de batirse —dijo el anciano príncipe, dirigiéndose a Koznyshov.

—Contra los turcos —contestó este, sonriendo, mientras ponía en libertad a la abeja cogida.

—Pero ¿quién ha declarado la guerra a los turcos? ¿Serán por ventura la condesa Lidia y la señora Sthal?

—Nadie ha declarado la guerra; pero condolidos por los padecimientos de nuestros hermanos, se busca el medio de auxiliarlos.

—No es eso lo que admira al príncipe —dijo Lievin, tomando el partido de su suegro—; lo que le parece extraño es que algunos particulares, sin autorización alguna de su gobierno, se atrevan a tomar parte en una guerra.

—¿Y por qué los particulares no han de tener ese derecho? —replicó Katavásov—. Explíquenos usted su teoría.

—Hela aquí: hacer la guerra es cosa tan terrible que ningún hombre, sin hablar aquí de cristianos, tiene derecho para asumir la responsabilidad al declararla; esto incumbe a los gobiernos, y hasta los ciudadanos deben renunciar a toda voluntad personal cuando se hace inevitable una declaración de guerra. Fuera de toda ciencia política, el buen sentido basta para indicar que esta es exclusivamente una cuestión de estado.

Serguiéi Ivánovich y Katavásov tenían ya preparadas sus contestaciones.

—En esto se engaña usted —dijo el segundo—; cuando un gobierno no comprende la voluntad de los ciudadanos, la sociedad impone la suya.

—Tú no explicas suficientemente el caso —interrumpió Serguiéi Ivánovich, frunciendo el ceño—. Aquí no se trata de una declaración de guerra, sino de una demostración de simpatía cristiana. Se asesina a nuestros hermanos, y no solamente a los hombres, sino también a las mujeres, y a los niños y a los ancianos, y el pueblo



ruso, sublevándose contra semejante violencia, corre en auxilio de esa gente para reprimir los horrores. Figúrate que ves a un borracho pegar a una criatura sin defensa en la calle, ¿preguntarás si se ha declarado la guerra para auxiliarle?

—No, pero no asesinaré a mi vez.

—Quizá lo harías.

—No lo sé; acaso matara en el arrebato del momento; pero no veo este impulso en el caso presente.

—Puede ser que tú no lo veas; pero no todo el mundo piensa lo mismo —replicó Serguiei Ivánovich con cierto disgusto—: el pueblo conserva la tradición de los hermanos ortodoxos que gimen bajo el yugo del infiel y se ha despertado.

—Es posible —contestó Lievin con tono conciliador—; pero yo no veo nada de ese impulso a mi alrededor, ni experimento nada tampoco, aunque formo parte del pueblo.

—Otro tanto digo yo —añadió el anciano príncipe—. Los diarios que he leído en el extranjero son los que me revelaron el súbito amor de toda Rusia a los hermanos eslavos; yo no había pensado nunca en tal cosa, pues jamás me inspiraron la menor simpatía. A decir verdad, mi indiferencia me inquietó al principio, y la atribuía a las aguas de Carlsbad; pero desde mi vuelta, veo que no soy el único de mi especie.

—Las opiniones personales importan poco cuando Rusia entera se pronuncia.

—Pero el pueblo no sabe nada.

—Sí, padre —interrumpió Dolli, ocupada hasta entonces con sus niños, que interesaban mucho al guardián de las abejas—. ¿Se acuerda usted lo que pasó el domingo en la iglesia?

—¿Qué sucedió? Los sacerdotes tienen orden de leer al pueblo un escrito del que nadie entiende una palabra; y si los campesinos suspiran durante la lectura, es porque creen estar oyendo el sermón; aquellos que dan alguna moneda se imaginan que se les había de salvar sus almas, aunque no saben cómo.

—El pueblo no puede ignorar su destino, pues no le falta la intuición, y en momento como este la manifiesta —dijo Serguiei Ivánovich, fijando una serena mirada en el guardián de las abejas, que estaba en medio de ellos y contemplaba a sus amos sin entender una palabra de la conversación.

Sin embargo, como notase que lo observaban, se creyó obligado a decir:

—Eso es, seguramente.

—Interrogadlo —dijo Lievin—y veréis lo que sabe. ¿Has oído hablar de la guerra, Mijáilich? —añadió, dirigiéndose al criado—. ¿Sabes qué os han leído el domingo en la iglesia? ¿Te parece que debemos batirnos por los cristianos?

—¿Qué me ha de parecer? Nuestro emperador Alejandr Nikolaévich pensará por nosotros; él sabe lo que se ha de hacer. ¿Quieren ustedes que traiga más pan? —preguntó a Dolli al ver que Grisha devoraba una corteza.

—¿Para qué le hemos de interrogar —dijo Serguiéi Ivánovich— cuando vemos centenares de hombres que abandonan cuanto poseen y se alistán por sí mismos, acudiendo de todos los puntos de Rusia con el mismo objeto? ¿Me dirás que esto no significa nada?

—Esto significa, a mi modo de ver, que entre ochenta millones de hombres no faltarán nunca algunos centenares, y hasta miles, que no sirviendo para nada en la vida regular, se lanzan en la primera aventura, bien se trate de seguir a Pugachóv<sup>[56]</sup> o de marchar a Serbia —repuso Lievin con calor.

—No son aventureros los que se consagran a esa obra, sino dignos representantes de la nación —replicó Serguiéi Ivánovich algo amostazado, como si se tratase de una cuestión personal—. ¿Y los donativos? ¿No manifiesta el pueblo así también su voluntad?

—¡Es tan vaga la palabra pueblo! Entre mil campesinos tal vez uno comprenda, pero el resto de los ochenta millones hacen como Mijáilich; y no solamente no manifiestan su voluntad, sino que no tienen la menor noción de lo que podrían pedir. ¿A qué llamaremos, pues, voto del pueblo?

## XVI

**S**ERGUIÉI Ivánovich, hábil en dialéctica, abordó otro lado de la cuestión.

—Es evidente —dijo— que no poseyendo el sufragio universal, no podríamos conocer la opinión del país por vía de aritmética; pero hay otros medios para obtenerla. No hablo de esas corrientes subterráneas que han agitado la masa del pueblo; pero considerando la sociedad en una esfera más reducida, ved hasta qué punto los partidarios más hostiles, en la clase inteligente, se confunden en uno solo cuando se hallan en este terreno. No hay ya divergencia de opiniones; todos los órganos sociales se expresan lo mismo y todos comprenden la fuerza elemental que comunica a la nación su impulso.

—Verdad es que los diarios dicen todos la misma cosa —explicó el príncipe—, pero también las ranas saben gritar antes de la tempestad.

—No veo qué tenga de común la prensa con las ranas y no me erijo en defensor de ella; solo hablo de la unanimidad de opinión en el mundo inteligente.

—Esa unanimidad tiene su razón de ser —repuso el príncipe—. Ahí tiene usted a mi querido yerno Stepán Arkádich, a quien se nombra individuo de una comisión cualquiera con ocho mil rublos de sueldo para no hacer nada; esto no es un secreto para nadie. Pues bien, aunque hombre de buena fe, conseguirá demostrar que la sociedad no puede prescindir de ese cargo. Otro tanto sucede con los diarios; como la guerra hace subir en un doble su precio, sostendrán la cuestión eslava y el instinto nacional.

—Es usted injusto.

—Alphonse Karr estaba en lo cierto cuando, antes de la guerra franco-alemana, proponía a los partidarios de ella que formasen parte de la vanguardia y sufriesen el primer fuego.

—A nuestros redactores les agradaría eso —dijo Katavásov, sonriendo.

—Pero después huirían —dijo Dolli.

—Se podría hacerles volver al fuego a latigazos —repuso el príncipe.

—Esto es una broma de gusto dudoso; pero la unanimidad de la prensa es un síntoma feliz que se debe reconocer; los individuos de una sociedad deben cumplir todos con un deber, y los hombres que reflexionan llenan el suyo dando expresión a la opinión pública. Hace veinte años todo el mundo se habría callado; hoy se deja oír la voz del pueblo ruso, que quiere vengar a sus hermanos oprimidos; con esto se da un gran paso y una prueba de fuerza.

—El pueblo está seguramente dispuesto a muchos sacrificios cuando se trata de su alma; pero aquí es cuestión de matar turcos —dijo Lievin, relacionando involuntariamente esta conversación con la de la mañana.

—¿A qué llama usted su alma? —preguntó Katavásov sonriendo—. Este es un

término para el naturalista.

—Bien me entiende usted.

—Palabra de honor que no sé lo que es eso —replicó Katavásov, soltando la carcajada.

—«No traigo la paz, sino el acero» —dijo Serguiei Ivánovich, citando un texto que siempre había preocupado a Lievin.

—Es cierto —murmuró el guardián, siempre en pie entre los que hablaban, como para contestar a una mirada que le dirigieron por casualidad.

—Vamos, le han derrotado a usted, padrecito —exclamó alegremente Katavásov.

Lievin se sonrojó no porque hubiesen refutado sus argumentos, sino por haber cedido a la necesidad de discutir. Convencer a Serguiei Ivánovich era imposible, tanto como dejarse convencer por él. ¿Cómo admitir el derecho que se arrogaba un puñado de hombres de representar con los diarios la voluntad de la nación, cuando esta significaba venganza y asesinato, y cuando toda su certeza se fundaba en los relatos; sospechosos de algunos centenares de perdidos que iban en busca de aventuras?

Lievin no veía la expresión de estas opiniones en el pueblo, en sí mismo (y él no era otra cosa que un hombre del pueblo). Y, sobre todo, aunque junto con el pueblo no podía saber en qué consistía el beneficio general, sí sabía que ese beneficio general se podía alcanzar tan solo mediante el cumplimiento de la ley del bien, abierto a todo ser humano, y, por tanto, no podía desear la guerra y predicarla en nombre de fin alguno. Junto con el pueblo, repetía la leyenda de cómo llamaron a los *variagos*<sup>[57]</sup>: «Podéis reinar y disponer de nosotros. Os prometemos nuestra total sumisión. Nos hacemos cargo de todo el trabajo, de las humillaciones, de los sacrificios. Pero no queremos juzgar ni decidir». Y ahora, según Serguiei Ivánovich, el pueblo renunciaba a ese derecho, comprado a un precio tan elevado. Si la opinión pública pasaba por infalible, ¿por qué la revolución y la comuna no llegarían a ser tan legítimas como la guerra en provecho de los eslavos?

Lievin hubiera querido expresar estas ideas, pero pensó que la discusión irritaría a su hermano sin conducir a nada, por lo cual llamó la atención de todos sobre el tiempo, que amenazaba lluvia.

## XVII

**E**L príncipe y Serguiei Ivánovich subieron al coche, y los demás apresuraron el paso; pero las nubes, bajas y negras, se amontonaban con tal rapidez, que a doscientos pasos de la casa la lluvia se hizo inminente.

Los niños corrían delante gritando y Dolli trató de seguirlos; los hombres apretaban el paso, sujetando con dificultad sus sombreros; pero en el instante que comenzaron a caer gruesas gotas, se consiguió llegar a la casa.

—¿Dónde está Katerina? —preguntó Lievin a la criada, que salía del vestíbulo con varios abrigos y paraguas.

—Creíamos que estaba con ustedes.

—¿Y Mitia?

—Sin duda en el bosque con el aya.

Lievin cogió los abrigos y echó a correr.

En aquel corto espacio de tiempo el cielo se había oscurecido como durante un eclipse, y el viento, soplando con violencia, hacía volar las hojas, doblando los árboles, las plantas y las flores; los campos y los bosques desaparecían tras un torrente de lluvia, y todos aquellos a quienes la tempestad acababa de sorprender fuera, corrían en busca de un refugio.

Luchando vigorosamente contra el temporal para preservar sus abrigos, Lievin, inclinado hacia delante, avanzaba presuroso, y ya creía divisar formas blancas detrás de una encina bien conocida cuando, de pronto, una luz deslumbradora inflamó el suelo ante él, mientras que sobre su cabeza la celeste bóveda pareció fundirse de repente.

Apenas abrió los ojos, buscó la encina con la vista, y con gran terror observó que su copa había desaparecido.

—¡El rayo! —murmuró; y en el mismo instante oyó el ruido del árbol que se desgajaba con estrépito.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Con tal que no los haya tocado!

Y aunque comprendiese la inutilidad de sus palabras, puesto que el mal estaba ya hecho, las repitió, sin saber qué decía. Se dirigió hacia el sitio donde solía colocarse Kiti y no la vio; pero en el mismo instante oyó que lo llamaban por el lado opuesto: Kiti se había refugiado debajo de un añoso tilo, y allí, inclinada sobre la criatura, así como la criada, preservaban de la lluvia el cochecito en que descansaba.

Lievin, cegado por los relámpagos y la lluvia, acabó por divisar al fin el pequeño grupo y corrió hacia él tan presuroso como se lo permitían sus botas llenas de agua.

—¡Vivos, loado sea Dios! ¡Es posible que pueda cometerse semejante imprudencia! —gritó furioso a su esposa, que lo miraba con el rostro lleno de agua.

—Te aseguro que no tengo yo la culpa; íbamos a marchar, cuando...

—Puesto que estáis sanos y salvos, demos gracias a Dios...; ya no sé lo que me digo.

Lievin entregó el niño a la criada, y dando el brazo a su mujer, se la llevó presuroso, estrechando suavemente su mano, pues se arrepentía de haberla reñido.

## XVIII

A pesar de la decepción que experimentara al reconocer que su regeneración moral no modificaba favorablemente su carácter, Lievin no estuvo por eso menos satisfecho durante todo el día. Katavásov se atrajo las simpatías de las damas por su agudo ingenio, y como Serguiei Ivánovich le excitaba, les habló de sus estudios sobre las costumbres de las moscas, machos y hembras, y su género de vida en las habitaciones.

Koznyshov, por su parte, volvió a tratar de la cuestión eslava, desarrollándola de una manera interesante. El día, en fin, terminó del modo más agradable, sin discusiones enojosas, y como la temperatura había refrescado, resolvió no salir de casa.

Kiti, obligada a ir a cuidar a su hijo, para bañarlo como de costumbre, se retiró con sentimiento y pocos minutos después le trajeron a Lievin el recado de que su esposa lo llamaba. Este, muy inquieto, se levantó al punto, aunque escuchaba con mucho interés a su hermano, que hablaba sobre la influencia que la emancipación de cuarenta millones de eslavos podría tener para Rusia. Y todas aquellas consideraciones acerca de la influencia del elemento eslavo en la historia universal le parecieron a Lievin tan insignificantes en comparación con los cambios en su alma, que olvidó todos los problemas y se sumió en el mismo estado de ánimo en que había permanecido por la mañana.

No intentaba restablecer el hilo de su pensamiento (no lo necesitaba). Se dejó llevar por el sentimiento que rigió sus actos, y descubrió que este sentimiento era más claro y definitivo que antes. Ya no necesitaba restablecer todo el proceso de su pensamiento para sumergirse en aquel estado de ánimo. Ahora la serenidad y alegría eran más fuertes que nunca. El sentimiento dejaba rezagada a la razón.

¿Para qué lo llamarían, puesto que esto no se hacía nunca sino en casos urgentes? Su inquietud se disipó cuando, al hallarse solo un momento, pensó en su íntima felicidad; cruzó el terrado y vio dos estrellas que brillaban en el firmamento.

«Sí —se dijo, mirando al cielo—, recuerdo haber pensado que había una ilusión en esa bóveda que contemplaba; pero ¿cuál era la idea que no completé en mi espíritu?» Al entrar en la habitación del niño la recordó. «¿Por qué si la principal prueba de la existencia de Dios es la revelación que a todos nos da del bien y del mal, se habrá de limitar esta a la Iglesia cristiana? ¿Y esos millones de budistas y de musulmanes que buscan igualmente el bien?...» La contestación a esta pregunta debía existir por fuerza; pero no pudo formularla al pronto.

Kiti, con las mangas recogidas e inclinada sobre la bañera, sostenía con una mano la cabeza del niño, mientras lo lavaba con la otra.

—¡Ven pronto! —dijo a Lievin al verlo—. Agafia Mijaílovna tenía razón: nos

reconoce.

El suceso era importante; para asegurarse del hecho, se sometió a Mitia a diversas pruebas; se hizo subir a la cocinera, a quien jamás había visto, y el experimento fue concluyente; el niño rehusó mirar a la extraña, sonriendo a su madre y al aya. Lievin quedó muy complacido.

—Me alegro de ver que empiezas a quererlo —dijo Kiti cuando hubo sentado al niño sobre sus rodillas—; comenzaba a entristecerme cuando decías que te era indiferente.

—No quería decir eso, sino que me ha ocasionado una decepción.

—¿Cómo?

—Esperaba que me revelase un sentimiento nuevo; pero solo me inspiraba compasión, disgusto y temor; solo hoy, después de la tempestad, he comprendido que lo quería.

Kiti sonrió dulcemente.

—Has tenido mucho miedo, pero yo más aún, y todavía lo tengo al pensar en el peligro que corríamos. Mañana quiero ver la encina..., y ahora vuelve con tus amigos; me alegro mucho de que estés en buena armonía con tu hermano.



## XIX

**A**L separarse de su esposa, Lievin prosiguió el curso de sus pensamientos y, en vez de entrar en el salón, se apoyó en la balaustrada del terrado.

Se acercaba la noche, y el cielo, puro por la parte del mediodía, seguía tempestuoso por el lado opuesto; de cuando en cuando, un relámpago deslumbrador, seguido de un sordo trueno, hacía desaparecer a los ojos de Lievin las estrellas y la Vía Láctea que antes contemplaba, oyendo caer las gotas de lluvia cadenciosamente sobre el follaje de los árboles; y las estrellas reaparecían después poco a poco y ocupaban su lugar, como si una mano cuidadosa las ajustase al firmamento.

«¿Qué temor me turba? —se preguntó, comprendiendo que la contestación estaba en su alma, aunque no podría definirla—. Sí, las leyes del bien y del mal, reveladas al mundo, son la prueba evidente e irrecusable de la existencia de Dios; yo conozco esas leyes en el fondo de mi corazón y me uno de grado o por fuerza con aquellos que las acatan como yo; esta remisión de seres humanos, que participan de la misma creencia, se llama la iglesia. ¿Y los hebreos, los musulmanes y los budistas? —se preguntó, volviendo al dilema que le parecía peligroso—. ¿Estarán privados esos millones de hombres del mayor de los beneficios, del único que da un sentido a la vida? La cuestión que yo me enuncio, ¿será la de las relaciones de las diversas creencias de la humanidad entera con la divinidad? ¿Es la revelación de Dios al universo, con sus planetas y sus nebulosas, la que yo pretendo sondear? ¿Me obstinaré en apelar a la lógica en el momento en que se me revela una sabiduría evidente, aunque inaccesible a la razón? Yo sé que las estrellas no andan —se dijo, observando el cambio ocurrido en la posición del astro brillante que acababa de elevarse sobre los abedules—; pero no pudiendo imaginar la rotación de la Tierra al ver a las estrellas cambiar de sitio, tengo razón al decir que andan. ¿Habrían comprendido ni calculado nada los astrónomos si hubiesen tomado en consideración los movimientos complicados y diversos de la Tierra? ¿No se han basado sus asombrosas conclusiones sobre las distancias, la gravitación y las revoluciones de los cuerpos celestes, en los movimientos aparentes de los astros alrededor de la Tierra inmóvil? Millones de hombres han podido observar durante siglos esos mismos movimientos, como yo ahora, y siempre se pueden reconocer. Y así como las conclusiones de los astrónomos hubieran sido falsas si no las hubieran basado en sus observaciones del cielo aparente, con relación a un solo meridiano y a un solo horizonte, de la misma manera todas mis deducciones sobre el conocimiento del bien y del mal carecerían de sentido si no las relacionase con la revelación que me ha hecho el cristianismo y que siempre podré comprobar en mi alma. Las relaciones de las otras creencias con Dios seguirán siendo para mí insondables y no tengo derecho para profundizarlas.»

—¿Cómo no has entrado en el salón? —preguntó de pronto la voz de Kiti—. Supongo que nada te preocupa ahora —añadió, examinando el rostro de su marido a la claridad de las estrellas.

El resplandor de un relámpago le permitió ver su expresión tranquila y feliz.

«Me comprende —pensó al verla sonreír— y sabe lo que pienso. ¿Deberé decírselo?»

—Te ruego, Kostia —interrumpió Kiti—, que vayas a ver si está ya preparada la habitación de Serguiéi Ivánovich.

—Muy bien, ya voy—contestó Lievin, levantándose para abrazarla.

«Más vale callarse —pensó, mientras que su esposa volvía al salón—; este secreto no tiene importancia más que para mí, y mis palabras no podrían explicárselo. Este sentimiento nuevo no me ha cambiado ni hecho feliz, como lo pensaba; así como para el amor paternal no ha producido sorpresa ni encanto; pero se ha deslizado en mi alma por el sufrimiento, se ha implantado en ella para siempre, y llámalo como quieras, es la fe. Seguiré sin duda impacientándome contra mi cochero, discutiendo inútilmente y expresando sin oportunidad mis ideas; entre el santuario de mi alma y la de los otros, incluso la de mi esposa, veré elevarse de continuo una barrera, y haré a Kiti responsable de mis terrores para arrepentirme después. Continuaré orando, sin poder explicarme por qué; pero mi vida interior ha conquistado su libertad; no estará ya a la merced de los acontecimientos, y cada minuto de mi existencia tendrá un sentido incontestable y profundo, que podré imprimir a cada uno de mis actos: el del bien.»

- [1] Se refiere a Dolli. El nombre completo de la princesa Oblónskaia.
- [2] Diminutivo de Matriona.
- [3] Príncipe vikingo considerado el fundador de las dinastías rusas.
- [4] Electivos órganos de gobierno en autonomías en Rusia (1864-1917). Se ocupaban de las cuestiones de educación, sanidad, construcción, etc.
- [5] Una de las calles más céntricas de Moscú.
- [6] Viene de alemán, en la Rusia del siglo XIX hasta 1917 un rango militar de honor para los oficiales del emperador.
- [7] El cochero (rus.).
- [8] *Schi*: sopa de col.
- [9] *Kasha*: especie de gachas de cereales o legumbres, comida habitual del pueblo.
- [10] *Printanére*: primaveral (fr.).
- [11] En la mitología eslava especie de duende, espíritu de la casa.
- [12] Se refiere a Kiti, muy cariñosamente.
- [13] Se refiere a Dolli.
- [14] Diminutivo de Alexiúi.
- [15] *Artel*: asociación obrera.
- [16] Diminutivo de Vania, Iván.
- [17] Un recipiente de metal (tradicionalmente de latón) en Rusia para hervir agua y preparar el té.
- [18] Petritski proviene de Piotr, su equivalente en francés sería Pierre.
- [19] Se refiere a Dolli.
- [20] 1 rublo = 100 kopeikas.

[21] Locución popular para hacer callar a alguno.

[22] *Desiatina*: unidad de área en Rusia en los siglos XVIII-XIX. Aproximadamente, 1,09 hectáreas.

[23] Coche llevado por tres caballos.

[24] *Pirozhki*: especie de panecillos con relleno de carne picada, verduras, etc.

[25] Diminutivo de Serguéi.

[26] *Verstá*: antigua unidad de longitud en Rusia, aprox. 1066,8 m.

[27] *Sazhen*: medida de longitud rusa equivalente a 2.134 m.

[28] *Arshín*: medida de longitud antiguamente en Rusia equivalente a 71,12 cm.

[29] El Príncipe Scherbatski con esposa e hija (alemán).

[30] Princesa (alemán).

[31] *Engouements*: entusiasmo (fr.).

[32] Se refiere a agua mineralizada.

[33] *Primesautiere*: espontánea, impulsiva (fr.).

[34] Un poco más, por favor.» (inglés).

[35] Los que pertenecían al Movimiento Decembrista, organizado por los oficiales del ejército ruso, jóvenes aristócratas, durante el reinado de Alexandr I en Rusia Imperial. Destacaba por sus ideas liberales, incluyendo derechos humanos, el gobierno representativo y la democracia total. Su culminación fue el Levantamiento Decembrista el 26 de diciembre de 1825, después de cual los cinco líderes del movimiento fueron ahorcados, y los participantes más activos fueron exiliados a Siberia.

[36] *Gritska*: una forma amistosa de llamar a Grigori.

[37] *Starshina*: el anciano elegido cada tres años por el distrito, del cual es juez.

[38] *Piotr I*: se refiere a Pedro I El Grande, zar y primer emperador ruso (los años de reinado 1682-1725), la emperatriz Ekaterina II La Grande (1762-1796) y al

emperador Alexandr I (1801-1825).

[39] *Prostokvasha*: un producto lácteo a base de leche fermentada, típico en Rusia.

[40] *Bliny*: Tortitas finas de harina de trigo o centeno, similares a crepes; se comen solos con mantequilla o rellenos de caviar, carne picada, verdura, etc.

[41] *Reps*: tela para tapicería.

[42] Se refiere a un proverbio ruso: «Se recibe a las personas por el traje y se las despide por su inteligencia».

[43] Se refiere a un antiguo proverbio ruso: «Cabello largo, cerebro corto».

[44] *Saikas*: un tipo de bollería.

[45] Enloquecen aquellos que Júpiter quiere perder.

[46] Avenida principal en San Petersburgo.

[47] Un rito nupcial. Quien de los novios pise el primero será el que manda en casa.

[48] Convento de frailes, célebre por sus chantres.

[49] Diminutivo de Anna en ruso.

[50] Diminutivo de Yekaterina, nombre completo de Kiti.

[51] La orden del Santo Alexandr Nevski de alto rango, que se adquiría por los hechos distinguidos civiles y militares.

[52] Se refiere a la Orden del Santo príncipe Vladímir.

[53] Se refiere a la orden del Santo Apóstol Andréi Pervozvanni (San Andrés), santo patrono de Rusia. Se consideraba la mayor condecoración en Rusia Imperial hasta 1917, fue restablecido como tal en 1998 por la Federación Rusa.

[54] Cualquiera de las diferentes asambleas representativas de la historia rusa. Es también el término empleado para designar un consejo de legisladores rusos, así como para los consejos municipales en la Rusia Imperial.

[55] Se refiere a la guerra de independencia en Serbia contra el Imperio Otomano, que finalizó en 1878, con la participación activa de Rusia en favor de los serbios.

[56] Yemelián Pugachóv (1772-1775): cosaco, líder de la Guerra Campesina en Rusia en 1773-1775. Consiguió levantar los cosacos del Don y luego del Ural bajo el nombre del zar Piotr III contra el gobierno de Ekaterina II la Grande. Fue traicionado, luego juzgado y ejecutado públicamente en Moscú.

[57] Se refiere a los varegos.